
3 1761 09545018 5

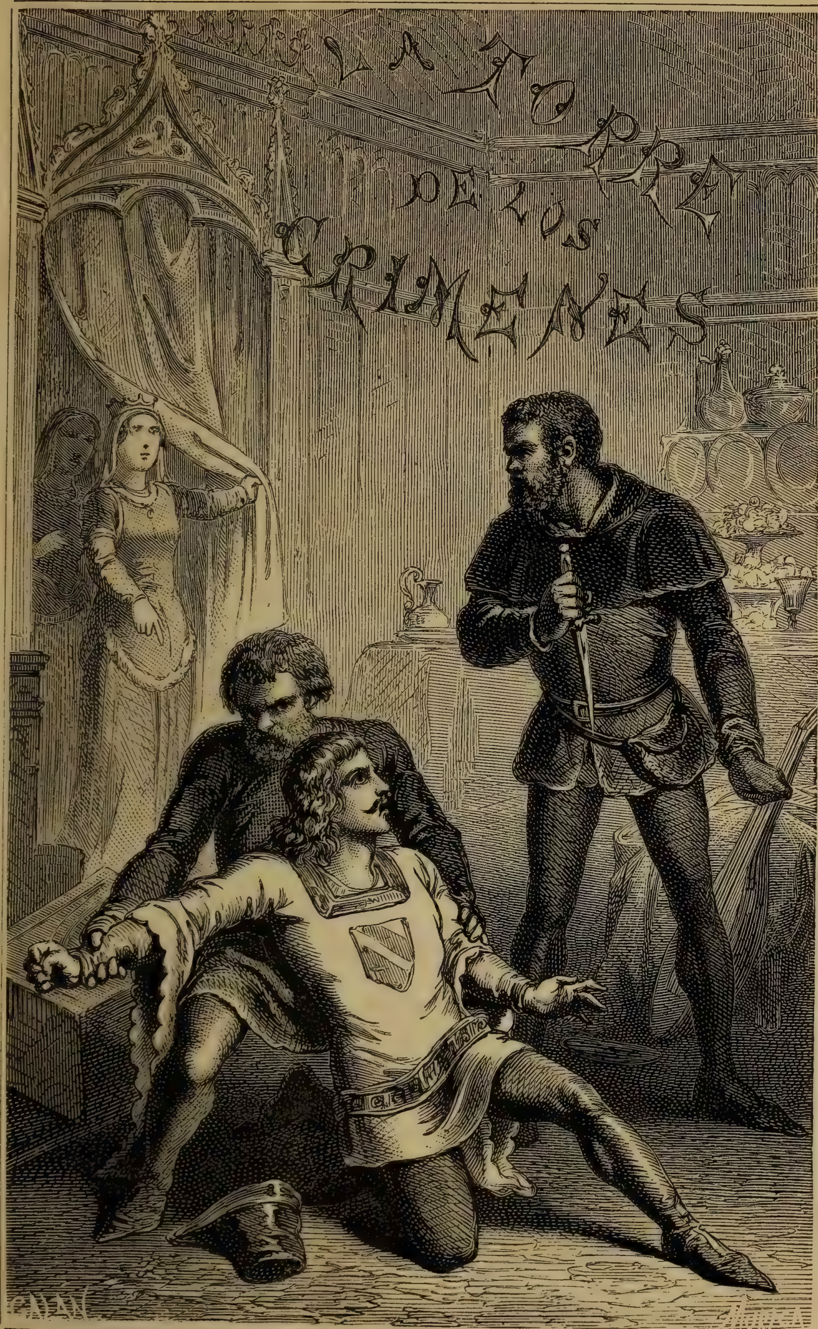
LA TORRE DE LOS CRIMENES
Ó
EL SUPLICIO DE UNA REYNA

POR D. RAMON R. LUNA.

MURCIA Y MARTI
EDITORES.



LA TORRE DE LOS CRIMENES.



POR D. RAMON R. LUNA.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LA TORRE DE LOS CRIMENES

Ó

EL SUPLICIO DE UNA REINA.

Novela histórica original

DE D. RAMON R. LUNA.

TOMO II.

MADRID. 1865.
Imprenta de la Galería Literaria,
Cruz Verde, 12.

LIBRO TERCERO.

VENGANZAS REALES.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Felipe el Hermoso no duda en tender un lazo á su muy amada hija la duquesa de Lyon.

Muchos dias son pasados desde que tuvieron lugar los últimos acontecimientos.

Buridan y Sataniel, seguidos de Polioni, habian vuelto á París arrostrando mil peligros la misma noche en que espiró su madre, y aunque al segundo convenia presentarse sin pérdida de tiempo en el Louvre para no perder la confianza del poderoso ministro y estar al corriente de cuanto se maquinaba en la córte, no quiso hacerlo así y prefirió sepultarse con su hermano en los subterráneos de la torre de Nesle hasta que su dolor se hubiese calmado un tanto.

Aunque encerrados en aquella horrible tumba, no por eso vivian ignorantes de cuanto en París ocurria.

Tampoco permanecian ociosos, pero su actividad de nada les habia servido hasta entonces por desgracia.

Todo el oro empleado en sobornar infieles servidores, toda su astucia, todos los esfuerzos hechos para llegar hasta Blanca-flor y sus pequeños ahijados, se habian estrellado contra la vigilancia del rey que convirtió el hotél de Nesle en una fortaleza inespugnable defendida por gentes á prueba de soborno.

Esto enfurecia á Buridan hasta el punto de enloquecerlo, y mil proyectos de horrible venganza concebía para desmayar al ir á ponerlos en práctica solo al escuchar esta pregunta que le dirigía Sataniel:

—¿Tendrás valor para derramar la sangre del protector de tus hijos?

Y en efecto: ¿qué otra cosa que un protector, un padre cariñoso era Felipe para los hijos bastardos de su nuera, Margarita de Borgoña?

¿No los amaba con entrañable cariño? ¿No les prodigaba sus caricias? ¿No los ennoblecia al ennoblecer á su supuesta madre, mandaba darles una educacion brillante y los trataba como á príncipes?

Buridan nada de esto ignoraba, y aunque sus celos eran grandes y su impaciencia más grande todavía, su amor de padre y un sentimiento de gratitud que muchas veces no queria confesarse así mismo, le obligaban á rechazar todo medio violento y esperaba un dia, y otro, y otro con esa calma terrible que á veces presta la desesperacion, á que al fin la ocasion se presentase favorable para lograr con astucia lo que por fuerza no podia, á ménos de ser ingrato y hasta cruel.

Verdad es, y esto tampoco se ocultaba á nuestro hidalgo, que Felipe el Hermoso ignoraba quién eran los verdaros padres de aquellos inocentes ángeles.

Ha saberlo, ¿qué hubiera hecho de ellos?

Indudablemente lo que intentaba hacer el rey de Navarra, que así como Buridan esperaba con calma la ocasion para salvarlos, él esperaba con calma tambien el momento oportuno de darles cruenta muerte para deshacerse de este modo de aquellas pruebas vivas de su deshonra.

Y no era Isabel de Rocafort la que ménos deseaba la pronta muerte de los inocentes niños.

Habia un dia jurado vengarse de Buridan y no hallaba otro medio más á propósito de llevar á cabo su bárbara venganza.

Ella habia sido la primera en descubrir la existencia de los adulterinos hijos de Margarita, su odiosa rival, á su esposo Luis el Hutin.

Ella tambien la primera en aconsejar á este vengativo príncipe que se deshiciese cuanto antes de los hijos y la madre para lograr sus ambiciosos fines.

Y esta mujer infame que aconsejaba el castigo de un crímen idéntico al que ella estaba cometiendo con escándalo de la Francia, proseguia habitando el Louvre temida por el rey, mirada por su amante, que cada dia adoraba más en ella, y adulada por los cortesanos, desafiando con impúdico descaro y con imprudencia loca la justa cólera de su ultrajado esposo el duque de Borgoña.

Bien es verdad que Odon hasta entonces se habia concretado á amenazar con una guerra intestina, sin pasar á las vías de hecho cuando tan fácil le hubiera sido hacerlo contando como contaba con un poderoso y aguerrido ejército levantado á sueldo con la excusa de repeler á los ingleses que ni soñaron molestarle ocupados como estaban en la conquista de una parte del ducado de Bretaña.

Ni para el rey ni para nadie era ya un secreto que la reina Margarita se habia refugiado en los estados de su

hermano al huir del castillo de Gaillard, y que el gran duque despues de haberla perdonado estaba resuelto á vengar su ultraje al propio tiempo que vengaba su deshonra.

Esta noticia produjo en un principio la alarma consiguiente en la familia real, y mayor todavía en el ánimo de Isabel de Rocafort que no ignoraba de lo que era capaz Margarita una vez libre, y más si la ayudaba Buridan con sus consejos y su temerario arrojo.

Tampoco lo ignoraba Felipe el Hermoso, y por eso al propio tiempo que enviaba á su *noble primo* el de Borgoña un embajador extraordinario con instrucciones secretas, ponia en juego en París todos los medios que estaban á su alcance para capturar al terrible aventurero que habia llegado á ser su pesadilla, y el cual era notorio que permanecia en la córte, oculto no se sabia donde y maquinando no se sabia el qué.

Lo que maquinaba no se le ocultaba al rey, y por eso sus temores acrecian, le robaban el apetito y el sueño y le obligaban á redoblar la vigilancia en el hotél de Nesle, y aun en el mismo Louvre, recelando, y no sin razon, un atrevido golpe de mano por parte de su encarnizado enemigo.

Viendo que eran inútiles todas las pesquisas practicadas por los agentes del preboste Capetal y los de aquella especie de policia secreta que habia creado hacia años para su exclusivo servicio, ocurriósele poner á precio la cabeza del rebelde y contumaz hidalgo, más advirtiendo que el premio ofrecido al que lo presentase muerto ó vivo daba el mismo resultado que las pesquisas de sus agentes, apeló á un medio ingenioso, pero digno de censura y reprobacion eterna.

Este medio consistió en engañar pérfida y cruelmente á su querida hija la duquesa de Lyon.

La enamorada Leonor, como ya en otro lugar dijimos, era muy desgraciada en medio de aquella córte fastuosa que habia saludado su aparicion con entusiasmo, y era infeliz porque vivia alejada de su esposo, por cuya vida temiendo estaba á cada instante en vista del encarnizamiento conque el rey perseguia al conde de Bournonwille, su segundo padre, como ella le llamaba.

Felipe el Hermoso, que á pesar de amarla con delirio no habia accedido jamás á las súplicas de perdon que á nombre de Buridan y Polioni le dirigia incesantemente la cuitada niña, á quien le estaba prohibido revelar á nadie su vergonzoso y desigual enlace, fingió un dia conmoverse profundamente al verla derramar amargas y abundosas lágrimas, y la preguntó con sentido acento en tanto que la estrechaba tiernamente en sus brazos:

—Leonor, ¿por qué lloras de esa suerte?

—¡Ay!—suspiró la jóven.

—¿No eres feliz?

—Harto sabeis que no, padre mio.

—¿Pues qué causa tu desventura?

—¿Y vos me lo preguntais, señor?

—¡Oh! Esto es cruel, esto no puede seguir así.

—¡Perdon! No volveré á llorar en vuestra presencia.

—¿Y qué me importa si á tus solas prodigarás el llanto?

—¡Ay!

—¿Qué te falta para ser feliz?

—¿Y me lo preguntais?

—¡Siempre la misma respuesta!

—Padre...

—Está bien. Te empeñas en sufrir... te empeñas en que sufra... Suframos, pues, en buen hora.

—¡Qué crueldad!

—¿A quién llamas cruel?

—A mi estrella aciaga.

—¿A tu estrella ó á tu padre?

—A ella... á ella.

Y de nuevo un mar de lágrimas inundó las pálidas y marchitas mejillas de la tiernísima Leonor.

Desesperado Felipe descargó un terrible golpe sobre una mesa que estaba al alcance de su mano, y exclamó con grande enojo:

—Señorita, esto no puede seguir así.

—Ya lo sé, padre mio,—contestó la duquesa sollozando.

—Esto es preciso que tenga un pronto término.

—¡Es verdad!

—Me desespera veros llorar y jemir sin trégua ni descanso.

—Será la última vez.

—Siempre decís lo mismo y vuestro llanto no cesa.

—Cesará al fin, señor.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Y volverás á ser dichosa como lo eras en Gisors?

—¡Ay!

—Responde.

—Sí... muy dichosa porque me hallaré en los brazos de mi madre.

—¿Qué dices?

—¡Que deseo morir!—exclamó Leonor con acento de la mayor desesperacion.

—¡Morir!—murmuró Felipe palideciendo hasta el punto de asemejarse á un cadáver.—¡Que deseas morir!...

—¡Soy muy desgraciada, padre mio!

—¿Y yo, Leonor?

—Si vos lo sois, ¿á quién culpais?

—A tí, hija cruel.

—¡Dios mio! Me llama cruel y su crueldad me priva de la vida lentamente.

—¡Leonor!

—Está en su mano salvarme y no me salva...

—¡Hija!... ¡Qué es lo que diciendo estás que á Dios ofendes y faltas á tu padre y tu rey?

—¡Perdon! ¡Perdon! ¡El dolor me vuelve loca!

—¿Conque tanto sufres?

—Como sufrir no puede nadie.

—¿Conque tanto amas á ese hombre?

—Más que á mi vida.

—¿Y más tambien que á tu padre, verdad?

—¡Eso no!

—¿Por qué negarlo?

—Yo os amo con delirio... harto lo sabeis, señor; os amo con toda la efusion de mi alma, pero sin él mi vida es un suplicio.

—Estoy convencido de esa verdad, pobre niña.

—¿Me compadeceis al fin?

—¿Y cómo no, cuitada criatura?

—¡Ah!

—Te compadezco, compadeciéndote estoy desde el momento en que llorar te ví por vez primera por la causa que lloras de contínuo.

—¿Será cierto?

—¿Y lo has dudado amándome como dices que me amas?

—Padre mio...

—¿Tan cruel y despiadado me crees?

—¡Oh Dios!

—Responde.

—No, no.

—¿Por qué entonces me acusabas ha un instante de dejarte morir teniendo en mi mano el remedio de tus males?

—¡Perdon!... ¡Estaba loca!

—¡Pobre hija mia!

—Padre...

—Loca estabas, sí, cuando advertir no has podido la terrible lucha que dos opuestos deberes mantienen hace tiempo dentro de mi paternal corazon.

—¡Qué escucho!

—El uno me aconsejaba dejarte entregada á tus propios sufrimientos.

—Y el otro...

—Me ordenaba con imperio hacer tu felicidad, que tambien es la mia.

—¿Será cierto?—exclamó Leonor concibiendo de súbito una consoladora esperanza.

—No lo dudes.

—Pero esa lucha cruenta...

—Acaba de terminar en este instante.

—¡Cielos!

—Tus lágrimas pudieron más que mis esfuerzos.

—¿Y venció el deber de rey?

—Venció el deber de padre.

—¡Ah padre mio!—exclamó la engañada niña arrojándose en los brazos del rey con arrebato apasionado, llorando de alegría y cubriendo de celestiales besos sus mejillas. —¿No me engañais, siquiera sea por no verme sufrir? ¿Es cierto lo que acabo de escuchar de vuestros lábios?

—Sí, pobre ángel.

—Que venció el deber de padre me habeis dicho...

—Y por ello al cielo doy las gracias.

—¡Oh! Yo tambien, yo tambien se las daré eternamente.

—Y bien, niña adorada, cesa de verter líquidas perlas.

—Si lloro de felicidad.

—Ni aun esas lágrimas quisiera ver empañando el puro azul de tus hermosos ojos.

—Vedlos enjutos... ya no lloro... ya estoy tranquila... ya la alegría irradia en mi semblante.

—¡Cuán bella estás así!

—Padre querido...

—Hija...

—Mas decidme, decidme: ¿qué hareis ahora que no teneis enemigos que os combatan?

—Labrar tu eterna dicha.

—¿Y cómo?

—Arrojándote en brazos de tu esposo.

—¡Ah!

—Que deje de vivir oculto, que venga á mí, que se arroje á mis plantas en demanda de un perdon que de antemano le otorgo, que me cuente la verdad, y si es noble como dice, yo aumentaré sus blasones, y si es plebeyo como temo, caballero lo haré sin pérdida de tiempo, para que digno sea de poseer tan preciada joya.

—¡Gracias!... ¡Gracias!

—¿Quedas contenta así?

—Contenta y feliz cual no lo he sido jamás.

—Tambien yo lo soy, Leonor.

—¡Oh padre de mi alma!

—Pero que venga pronto, muy pronto.

—¿Y cómo hacerlo venir?

—¿No hallas un medio?

—Ninguno.

—¿Ignoras dónde se oculta?

—¿Y cómo no ignorarlo si todos lo ignoran, señor?

—No lo has visto desde que te separaste de él en Gaillard?

—Ni una sola vez.

—¿De veras?

—Os lo juro, padre mio.

—Hay quien dice que se halla en París en compañia del conde de Bournonwille.

—¿Dicen eso?

—Pues qué, ¿tú lo ignorabas?

—Sí,—contestó la pobre niña con temblorosa voz y ruborizándose un tanto.

—¿Tampoco has visto al conde desde entonces?

—No.

—Pues tambien añaden que ha penetrado en el Louvre de incógnito muchas veces con la esperanza de verte.

—¿Quién?

—Bournonwille.

—¿Penetrar en el Louvre? ¿Y hallándose perseguido por órden vuestra?

—Sí.

—¡Es imposible!

—Es muy audaz el buen conde.

—Es muy bravo.

—Eso he querido decir, muy bravo, y su bravura y arrojo más que otra consideracion me inclinan á perdonarlo tambien.

—¿De veras?

—¿No es ese tu deseo?

—¡Oh! Sí. Me dió tantas pruebas de cariño en las pocas horas que permanecimos juntos...

—¿Conque te dió pruebas de cariño?

—Demostró amarme como á su propio hijo.

—No lo dudo, porque el buen conde á pesar de su carácter revoltoso...

—No lo dudeis, señor, y perdonadlo.

—Tú imploras por él, y basta.

—Gracias, padre adorado, gracias en su nombre, en el de Angelo y en el mio.

—Que llegue á mí tambien y otorgado le será el perdon de sus pasadas faltas si jura por su fé de caballero no volver á cometer otras.

—¿Mas cómo llegará á su noticia vuestras generosas intenciones?

—Eso falta resolver, hija mia.

—Un indulto público...

—¿Qué me propones?

—El medio más fácil de que ambos sepan...

—¿Y habia el rey de otorgar á los culpables el perdon que aun no han impetrado?

—¡Ah!

—Me exijes un imposible.

—Perdonad.

—Que arrepentidos lleguen á las plantas del rey, y el rey no vacilará un instante en concederles gracia.

—¡Buen Dios! ¿Pero cómo sabrán...

—El amor todo lo puede,—dijo Felipe sonriendo maliciosamente.

—Padre mio...

—¿No podrá en esta ocasion vencer ese pequeño obstáculo?

—¿Pero cómo?

—El cómo yo lo ignoro.

—Yo tambien por desgracia.

—¿De veras?

—No lo dudeis.

—Dudar de tí no quisiera, más....

—Señor...

—Advierto que no eres franca conmigo.

—Padre...

—Que algo me ocultas.

—Padre mio...

—Y haces mal, muy mal en esta ocasion, Leonor querida.

—¡Oh! Me desgarrais el corazon.

—No ignoras ni has ignorado nunca el lugar donde tu esposo y el conde de Bournonwille se ocultan.

—¿Yo?

—Y esa verdad jamás me la has confesado.

—Creed...

—Que ayer negases con tenaz insistencia, lo comprendo y aun lo aplaudo, porque temias por ellos mis enojos; pero que niegues hoy que ningun peligro corren, hoy que posees mi real palabra de que serán perdonados, no puedo ménos de censurarlo, hija mia.

—¡Dios mio!

—Dudas de tu padre, y esto me martiriza.

—¿Dudar de vos que tantas pruebas de cariño me estais dando? Seria una impiedad horrible.

—Y sino dudas, ¿por qué me callas lo que en decir no hay peligro?

—¿Pero cómo, cómo, Dios de bondad, deciros puedo lo que ignoro... lo que siempre ignoré?

—No insisto más, Leonor.

—¡Ah! Creedme... creedme que yo os juro decir verdad por la memoria de mi pobre madre.

—Basta, hija mia.

—Convenceos...

—Convencido quedo al fin.

—¿De veras?

—Sí.

—¡Loado sea Dios!

—Pero es cruel no poder dar un pronto aviso, una secreta cita por ejemplo, á esos rebeldes indultados.

—Es verdad.

—Más yo no desespero, porque repito, niña mia, que el amor hace milagros.

—Señor...

—¿Quién sabe si cuando ménos esperanzas tengas hallarás un medio fácil de comunicarte con tu esposo, á quien con ánsia viva deseo conocer y estrecharlo en mis brazos paternales?

—Plegue al cielo que lo halle pronto... muy pronto.

—Y lo hallarás, Leonor, si con ardiente fé lo buscas.

—¡Oh!

—Si tal sucede debes obrar con cautela.

—No comprendo...

—Nada de revelaciones por escrito.

—¡Ah!

—Tampoco te aconsejo que por medio de la pluma comuniques á tu esposo el perdon que le acabo de otorgar y la felicidad que le espera en tus amantes brazos.

—¿No?

—No, hija mia, porque el conde es desconfiado y en el primer momento temeria una asechanza, creeria que por mi consejo tratabas de tenderle un lazo y haria á Angelo participar de sus temores.

—Es verdad.

—Soy de opinion que todo se lo reveles de viva voz.

—¿Mas cómo?

—El medio es muy sencillo.

—No me explico...

—Cuando descubras el lugar donde se oculta...

—¿Qué haré, padre mio?

—Pedirle una entrevista secreta.

—¿En dónde?

—En tu cámara.

—Angelo venir aquí...

—¿No es tu esposo?

—Sí...

—¿Qué peligro puede haber...

—Ninguno, es cierto.

—Yo no me opongo á que venga y á solas contigo permanezca.

—Gracias, señor.

—En fin, hija mia, este es asunto que á tí te toca arreglar del mejor modo que tu talento y amor de esposa te sugieran.

—¡Oh!

—Ningun temor te arredre.

—Ninguno me arredrará, pues que ninguno abriga mi corazon despues de haberos escuchado.

—Por última vez, Leonor: ¿eres feliz?

—Tan feliz como desgraciada era hace una hora.

—¿Estás convencida y satisfecha del acendrado amor que te profesa tu padre?

—Sí, padre mio, sí.

—Es cuanto ambicionaba.

—Y yo tambien.

—Ahora queda en paz en brazos de la más bella esperanza que puede sonreirte.

—Adios, padre adorado, adios.

—Un beso en premio á mi cariño.

—Cien y otros cien por mi madre que desde el cielo os bendice por vuestro generoso proceder.

Felipe no tuvo valor para contestar á las sentidas frases de su engañada hija, y despues de abrazarla estrechamente abandonó la cámara firmemente convencido de que antes de muchos dias Buridan estaria de nuevo en su poder.

CAPITULO II.

El doble lazo.—La cita.

Pero en tanto que el rey de Francia conspiraba en el Louvre contra la libertad y la vida de su rebelde y peligroso súbdito, Buridan conspiraba como siempre contra la felicidad de su real enemigo en los lóbregos subterráneos de la torre de Nesle.

Cansado nuestro intrépido hidalgo de aquella inaccion terrible á que parecia haberle condenado Sataniel con sus prudentes consejos, resolvió obrar por propia cuenta, pronta y resueltamente como tenia por costumbre hacerlo siempre que proyectaba una empresa por jigantesca y temeraria que fuese.

Para el efecto aprovechó la primera ausencia de su hermano que al fin se habia presentado á su despótico señor, Enguerrando de Marigny fingiendo volver de un largo viaje para el cual le concediera permiso despues de muchas súplicas, y tomando la mano de su leal escudero

que á la sazon yacia sumido en profundas reflexiones con los codos apoyados en la raquítica mesa y la vista fija en la luz de la lámpara de hierro que apenas bastaba á disipar en parte las densas tinieblas que eternamente reinaban en aquella lóbrega mansion, le dijo:

—¿En qué piensas, hijo mio?

—En lo que pienso siempre,—contestó el esposo de Leonor saliendo de su abstraccion y fijando con cariño sus negros y chispeantes ojos en el pálido y demacrado rostro de su señor y amigo.

—¿Qué es ello?

—Pienso en vos.

—¡Ah!

—En vuestra infelicidad.

—¡Oh!

—Que por cierto es muy terrible.

—Sí, muy terrible, Polioni. Tú que hace tiempo vienes siendo testigo de mis tristezas y alegrías, comprenderás mejor que nadie si las unas compensan á las otras.

—Nadie mejor que yo, es verdad, y por eso...

—Sufres como yo sufro.

—Creo que sufro más considerándome impotente para curar vuestros dolores.

—Gracias, hijo mio, gracias.

—Si pudiera haceros feliz en un instante aun á costa de mi vida...

—¿Y quién te dice que no puedes contribuir á mi felicidad sin apelar á tamaño sacrificio?

—¿De veras, señor?

—Sí, Polioni.

—Decidme cómo.

—Escucha. He concebido un proyecto.

—¿Otro?

—Pero famoso.

—¿Para apoderaos de esos queridos niños?

—Sí.

—¿De éxito seguro?

—Muy seguro.

—¿Fácil de ejecutar?

—Muy fácil.

—Explicádmelo...

—Es el siguiente. Apoderarnos sin pérdida de tiempo de tu esposa Leonor, traerla aquí prisionera, irritar al rey unos dias con el dolor de su pérdida y despues exijirle por su rescate...

—Que os entregue vuestros hijos.

—Cierto.

—Famosa idea.

—¿La aplaudes?

—Tan desesperado estoy que todos los medios me parecen ya buenos con tal de conseguir el fin apetecido.

—Tambien yo.

—No así vuestro hermano que reprueba la violencia, os aconseja la calma y en la inaccion nos hace perder un tiempo muy precioso.

—Por esa causa no he querido someter mi proyecto á su aprobacion.

—Lo hubiera rechazado.

—Tal temia.

—Y si por ese medio no conseguimos nuestro objeto, considero que por otro será imposible conseguirlo.

—Soy de tu opinion, amigo mio.

—Pues manos á la obra.

—¿Estás resuelto?

—Como siempre.

—Considera que ha engañar vas de nuevo á esa pobre

criatura que demuestra amarte tanto.

—¿Y qué hacer? ¿No la engañé ya una vez del modo más cruel?

—¡Y todo por mi causa!

—Que es la mia.

—¡Cuán grande es tu cariño, Polioni!

—¿Es menor el vuestro por ventura?

—Harto sabes que no.

—Pues bien, adelante en nuestra empresa.

—Mañana mismo...

—Pero me ocurre una duda, señor.

—Explícala.

—¿Cómo diantres cazaremos á mi bellísima esposa?

—No ignoras que está resuelta á seguirnos al primer aviso que la demos.

—Lo estaba un dia.

—Y ahora tambien.

—No lo sabemos. Ahora está reconocida pública y solemnemente por su padre, es una princesa de Francia, es duquesa de Lyon.

—¿Y eso qué importa?

—¡Hum!

—¿Dudas de su amor?

—De todo dudo á pesar mio.

—Polioni...

—Los consejos paternales pueden mucho, y la ausencia, el fasto, los honores y la adulacion trasforman á la mujer en un dia.

—A todas podrá trasformar ménos á esa pobre niña.

—No os fieis, señor. Leonor es un ángel, pero ángel terrenal y por lo tanto expuesto á las debilidades que plagan á la humana criatura.

—¡Qué diantre! ¿Filósofo tambien?

—¡Ay! La desgracia hace filósofo al ménos entendido.

—¡Bah! No divaguemos, Polioni.

—Perdonad.

—Si comienzas á dudar y poner obstáculos...

—¿Yo poner obstáculos? Se acabó aquel tiempo. Vedme resuelto á obrar pronta y enérgicamente.

—Así me gustas.

—Demos por infundados mis temores y adelante. Explicadme si gustais cómo nos apoderaremos de la hermosa duquesita.

—Sin apelar á la fuerza.

—Eso me gusta, porque al fin...

—La amas.

—Como á una hermana.

—Y algo más.

—Os juro...

—Ningun crímen cometerias amándola con igual pasion que ella te ama.

—¡Amarla!... ¿Y para qué? ¿Para sufrir despues una tortura horrible? La duquesa de Lyon es un imposible para un hombre como yo.

—No digas tal, hijo mio.

—¿Por qué desconocer la verdad?

—Leonor es tu esposa.

—Lo fué en el nombre algunas horas. ¿Quién me asegura que á estas fechas nuestro enlace no estará anulado por el Papa?

—No ha habido tiempo para tanto.

—Lo habrá mañana.

—El amor de esa niña puede operar milagros en el ánimo del rey, y un título de nobleza te haria digno de su mano.

—¡Hum! Cuando ese milagro no se ha operado ya, dudo

que se opere en adelante. Para milagros está S. A. segun veo. Suponiendo que Leonor le haya suplicado nuestro indulto, ¿cómo ha contestado á sus súplicas sentidas? Con un pregon en el cual se ofrece un premio crecido al que muertos ó vivos nos presente.

—¡Diantre! Eso es cierto.

—Y tan cierto por desgracia.

—En fin, no desmayemos.

—Sí, no desmayemos de conseguir nuestro principal objeto, que es lo que importa, señor.

—Volvamos á nuestro proyecto.

—Os escucho.

—Decia que sin apelar á la violencia podremos apoderarnos de la duquesa de Lyon.

—¿Mas cómo?

—Bastará un simple aviso para dejarse arrebatar del Louvre.

—¿Y quién la dará ese aviso?

—Yo.

—Señor...

—Lo dicho, Polioni.

—Reflexionad...

—Es llegado el momento de atropellar y vencer todos los obstáculos y peligros.

—Enhorabuena.

—Déjame obrar libremente y nada temas.

—¿Conque se trata de pedir á Leonor una cita?

—Me has comprendido.

—¿Y dónde?

—En el Louvre.

—¿En su misma cámara?

—En los jardines.

—¡Ah!

—¿Te parece á propósito el lugar?

—Magnífico.

—Es el mejor y el ménos peligroso para efectuar un rapto ó una fuga.

—¿Y cuándo debemos...

—Mañana á la hora de la media noche.

—Está bien.

—Leonor abrirá el postigo, tú penetras dentro, yo te guardo las espaldas, y media hora despues...

—Los cuatro estaremos de vuelta en estos subterráneos, —dijo una voz allí inmediata.

Buridan y Polioni despues de exhalar un grito de sorpresa se pusieron de pié y desnudaron los aceros.

Pero no habia motivo para alarma tanta.

El nuevo interlocutor era Sataniel que llegaba por la galería subterránea.

—¡Ah! ¿Eres tú, hermano mio?—exclamó el hidalgo tranquilizándose de súbito al reconocer á Pedro.

—El mismo soy.

—¿Has escuchado mis últimas palabras?

—Y las primeras tambien.

—¿Conque todo...

—Todo.

—¡Bravo, señor espia!

—¡Bravo, señores conspiradores!

—No niego mi crímen: contra el rey conspiraba en union de Polioni.

—Y contra tu hermano.

—¿Qué eso digas?

—¿Qué eso me niegues?

—Pedro...

—Basta, Juan.

—¡Oh! ¿Te has ofendido porque trataba de ocultarte...



—Buridan y Polioni despues de exhalar un grito de sorpresa, se pusieron de pié y desnudaron los aceros.

—¿Y cómo no?

—Perdóname mi pecado, pero tú tienes la culpa de que haya caido en la tentacion de cometerlo.

—¿Me recriminas porque te aconsejaba la paciencia?

—No, hermano mio, pero la paciencia se me agota.

—Ya lo veo.

—Tanta espera me mata lentamente.

—Tambien lo advierto, infeliz.

—Y antes que consentir morir en la inaccion, soy capaz...

—De todo.

—Sí, Sataniel, de todo.

—¡Bravo!

—Si obro mal déjame solo, si obro bien ayúdame.

—Obto por lo segundo.

—¿De veras?

—Mi deber lo ordena así.

—Gracias al cielo que te hallo decidido.

—Mañana la epístola de Polioni llegará por mi conducto á mamos de Leonor.

—¿Sin exponerte?

—Por supuesto.

—¿Tienes entrada franca en su cámara?

—No, pero la tiene una doncella de su servicio.

—Y esa doncella...

—Es mia en cuerpo y alma.

—¡Qué diantre! ¿Y me habias ocultado esa preciosa circunstancia?

—Te advierto que hasta hoy no he logrado sobornar á Berta.

—¡Ah!

—Lo dicho, Juan. Mañana la duquesa de Lyon será nuestra prisionera de guerra, y suceda lo que está escrito que debe suceder.

Buridan por toda contestacion estrechó afectuosamente la mano de Sataniel, y sin perder momento se puso á escribir, á nombre de su escudero, aquella célebre epístola, causa de tantos y tan dolorosos sucesos que tuvieron lugar más tarde.

Y hé aquí explicado el cómo Buridan conspiraba contra la felicidad del rey, en tanto que este conspiraba contra su libertad y su vida.

Sataniel cumplió fielmente su palabra.

A las diez de la mañana del siguiente dia la carta se hallaba en poder de Berta.

Cuando Leonor, despues de la entrevista con su padre quedó sola y entregada á la más viva alegria, notó que se abria con sigilo una puerta secreta que habia en la misma cámara, y que por ella asomaba la rubia cabeza de una de sus doncellas de servicio.

Era Berta.

—¿Estais sola, noble señorita?—la preguntó en voz baja y con misterio.

—Sola estoy,—contestó la duquesa mostrando algun asombro.

—¿Podrá oirnos Monseñor?

—Su alteza se halla lejos.

—¡Loado sea Dios!

—¿Pero qué ocurre?...

—¿Me dais permiso para que os lo diga?

—Sí.

—Mas antes os suplico que me perdoneis mi falta.

—¿Tu falta?

—He cometido una muy grande.

—¿Pues qué has hecho, desgraciada?

—Tomar despues de alguna resistencia, lo que me ha dado para vos.

—¿Quién?

—Un embozado y misterioso caballero.

—¿Dónde?

—En la antecámara.

—¿Y qué te ha dado para mí?

—Una carta.

—¡Cielos!

—Vedla.

—¡Oh Dios!

—¿No adivinais de quién sea?

—No... te juro que no.

—Abridla y sabreis...

—Tiemblo á pesar mio.

—Vamos...

—No me atrevo.

—¡Qué niñería!

—Temo que sea...

—¿De un amante?

—¡Berta!—exclamó Leonor con dignidad.—Yo no tengo amantes.

—Perdonad. He querido decir de un esposo.

—¡Cómo!

—Señorita, basta de disimulo.

—Ese lenguaje...

—No es propio de una sierva, pero es confidencial, es amistoso cual debeis desearlo en este instante.

—No comprendo...

—¿Quereis que me explique?

—Te lo mando.

—¿Quereis que os diga la verdad del caso? Pues bien, madama, no ignoro que sois casada.

—¡Cielos!

—Tampoco ignoro que vuestro noble y bello esposo vive

oculto en París porque lo persigue el rey por causas que deploro, aunque respeto.

—¿Conque todo lo sabes?

—Todo, mi amada señorita.

—¿Y quién te ha revelado ese terrible secreto?

—¿Quién? Adivinadlo.

—Acaba, Berta.

—El conde de Bournonwille.

—¡Misericordia!

—El padre de vuestro esposo.

—¿Es posible?

—¿Quién sino me lo pudo revelar?

—Pero el conde...

—Sabe que os podeis fiar de mí como él mismo se fia.

—¿De veras?

—Que á prueba me pongais desea.

—¿Le has visto?

—En este instante.

—¿El te dió esta carta?

—Sí, madama.

—¡Loado sea Dios! Dame, dame; quiero leer su contenido.

Y con febril exaltacion se apoderó del pergamino, rompió el sello, leyó de una rápida ojeada las breves líneas que contenia, y despues exclamó postrándose de hinojos y elevando al cielo una mirada de gratitud:

—¡Gracias, Dios mio, gracias! Vos me lo enviais cuando yo desesperaba de encontrarlo.

—¡Chist!—murmuró Berta.—Hablad más bajo.

—Nada me importa que me escuchen.

—¡Cómo!

—Nada, nada.

—¡Oh Dios! ¿Os habeis vuelto loca, señorita?

—Loca, sí, pero loca de alegría.

—¿Quereis perderos?

—Tranquilízate.

—¿Quereis perderme?

—Nada temas.

—Sí Monseñor sabe que yo...

—El rey acaba de perdonar á mi esposo y á su noble padre el conde de Bournonwille.

—¡Ah!

—Me acaba de otorgar su perdon, sí, y solo anhela que lo demanden ellos mismos para concedérselo pública y solemnemente.

—¿Será posible?

—No lo dudes.

—¿Cómo dudarlo viendo por la vez primera desde que tengo el alto honor y la dicha de estar á vuestro servicio, retratada en vuestro divino rostro la más pura alegría?

—No puedo ocultarlo, Berta. Soy tan feliz...

—Plegue al cielo que lo seais toda la vida.

—Gracias, gracias por tu buen deseo.

—Creedme, bella señora de mi alma, tanta fué la compasion que me inspiraron vuestras lágrimas...

—¡Ah!

—Que no vacilé en exponer mi vida aceptando la delicada mision que me confió el señor conde de Bournonwille.

—¿De veras?

—Ni tampoco en ofrecerme á ser vuestra confidenta, la intermediaria por medio de la cual...

—¡Oh Berta! El cielo te bendiga una y mil veces.

—Señora...

—Tu heróica y generosa accion merece una recompensa.

—Madama...

—Toma esta preciosa joya, regalo de Monseñor mi augusto padre, y consérvala toda la vida como recuerdo mio contando siempre con mi cariño y proteccion.

Y al decir esto la cándida duquesa entregó á Berta una rica sortija de diamantes que acababa de sacar de uno de sus blancos y torneados dedos.

La doncella entonces se arrojó á las plantas de Leonor vertiendo algunas falsas lágrimas de gratitud, la besó las manos con entusiasmo, la dió las gracias y la hizo mil y mil protestas de adhesion.

Y la incauta Leonor creyó á Berta como creia á todo el mundo, sin poder sospechar que cada lágrima de las que acababa de verter su doncella favorita habia sido pagada de antemano con un puñado de oro.

Pasada aquella emocion natural por parte de la una y estudiada por parte de la otra, la hija de Felipe el Hermoso preguntó con el mayor candor:

—¿Conque puedo fiarme de tí como de la mejor amiga?

—¡Oh! Sí, sí, noble señora.

—Pues bien, voy á darte una prueba de la confianza que me inspiras...

—¿De qué suerte?

—Confiándote el secreto que encierra esta preciosa carta.

—¿Es de vuestro esposo?

—Sí.

—¡Ah!

—Leela.

—Señora...

—Yo te lo permito.

—Pero...

—Te lo mando si es preciso.

Berta tomó la carta de manos de la princesa, y aunque sabia de memoria su contenido por habérselo revelado Sataniel algunas horas antes, fingió leerla con detencion y asombrarse mucho.

—¡Cielos!—exclamó.—Vuestro noble esposo os pide una entrevista.

—Dios le aconsejó pedírmela.

—Para esta noche á las doce.

—A las doce.

—En los jardines.

—Sí.

—Vos debeis abrir el postigo que dá paso á la ribera...

—¿Yo ó tú, Berta.

—Yo, yo soy quien debe abrirla, y la abriré, señora.

—¡Oh, gracias! Has adivinado mi deseo.

—¿Qué no adivinaré yo en vuestros hermosos y celestes ojos?

—Amiga mia...

—A las doce en punto bajaremos al jardin.

—¿Mas por dónde?

—Dejadlo á mi cuidado.

—¿Conoces alguna escalera secreta?

—Conozco muchas.

—¿Tienes la llave del postigo?

—La tendré para esa hora.

—¿Y en el jardin no habrá peligro de que nos sorprendan?

—¿Quién?

—Algun importuno paseante de palacio...

—Tranquilizaos: nadie piensa en pasear á tales horas por el jardin desde que madama Margarita de Borgoña dejó de habitar el Louvre.

—¡Oh!

—Además, en tanto que conversais yo vigilaré en las sombras para advertiros, si por desgracia se aproximase cualquier remoto peligro.

—¡Qué buena eres!

—¿Me concedeis la vénia para ir á prepararlo todo?

—Sí, sí.

—El cielo os guarde, pues, bellísima señora.

—El cielo nos preste su favor y ayuda.

—¡Amen!—murmuró Berta desapareciendo por la secreta puerta que la diera entrada en la cámara poco antes.

Leonor al quedar sola de nuevo corrió presurosa ante un espejo, se contempló extasiada por espacio de algunos segundos, hizo contraer sus divinos lábios por una infantil sonrisa y luego murmuró:

—¿Me hallará bella como antes? ¿Le pareceré bastante hermosa? ¡Oh! ¿Quién lo duda? La felicidad que experimento desde esta mañana empieza á borrar de mi semblante las huellas de fealdad que el dolor habia impreso en él. Hermosa soy, sí... debo creerlo pues que todos me lo dicen. ¡Ay! ¡Qué lástima que tenga lugar de noche nuestra primera entrevista despues de tan larga y cruel separacion!

¡Pobre niña!

CAPITULO III.

En el que se dá cuenta del cruento martirio á que fué condenada la condesa de Poitiers por su esposo Felipe el Largo.

Recordarán nuestros lectores que el conde de Poitiers, Felipe el Largo, siguiendo los consejos de sus hermanos Luis el Hutin y Cárlos el Hermoso, más que obedeciendo los impulsos de su enamorado corazon, habia desterrado para siempre á su esposa Juana de Borgoña á pesar de haberla declarado inocente el Parlamento, y recordarán tambien que como lugar de su destierro la habia señalado aquella fatídica torre testigo un tiempo de sus adúlteros amores y cuya sola vista ahora despertaba en ella tantos y tan crueles remordimientos.

De tan extraña resolucion por parte del príncipe que algunos meses antes la habia llamado á sí y considerado como en los primeros dias de su matrimonio, no habia tenido conocimiento Juana por los lábios de su esposo y sí por medio de una confidencia que ella creyó falsa, abrigando por lo tanto una esperanza de que aquella gran des-

gracia que la anunciaba un oficioso amigo no llegase á realizarse jamás.

Pero aquella esperanza se desvaneció como el humo algun tiempo despues de tener lugar su entrevista con el intrépido Buridan.

A la vez que el alto tribunal de justicia, nombrado por el rey un año antes para entender en tan ruidosa causa, la declaraba inocente y condenaba á reclusion perpétua á Margarita y Blanca, los Estados generales convocados en París y la Universidad del mismo, decretaban, con gran placer del monarca y sus hijos, que las mujeres serian escluidas para siempre del trono de Francia.

Felipe el Largo, que sin duda esperaba esta ocasion para poner en planta este proyecto, se presentó á su esposa el mismo dia en que aquella ley fué promulgada, y despues de darle conocimiento de ella, la dijo con la mayor naturalidad.

—Abrigo la creencia de que este bello trabajo, de que esta ley, sino muy equitativa, de grande utilidad para los pueblos, honrará en los siglos venideros el reinado de mi augusto padre.

—Tambien la abrigo yo, señor,—balbuceó Juana palideciendo hasta asemejarse á un cadáver y sin saber siquiera lo que contestaba.

—¿Es cierto?

—No lo dudeis.

—¿Reconoceis su bondad?

—No puedo ménos de reconocerla.

—Que me place, porque en ello me dais una prueba de recta imparcialidad, señora.

—¡Oh!

—Veamos ahora si convenís en lo que yo convengo.

—¿Qué es ello, monseñor?

—Despues de promulgada esta ley, soy de opinion de que lo que más conviene á las mujeres, y principalmente á las de los reyes y príncipes herederos, es vivir honestamente, lejos del fausto, lejos de la ostentacion y en tan buen retiro que no puedan escuchar allí los malos y torcidos consejos que sin querer muchas veces escuchan en los palacios.

La condesa miró con asombro á su marido despues de oir estas palabras dichas por él con tanta naturalidad y abandono.

—¿Me habeis comprendido?—la preguntó Felipe despues de algunos segundos de sepulcral silencio.

—Sí, monseñor,—contestó la cuitada con voz desfallecida.

—Y vuestra opinion es respecto á tan delicado asunto...

—La vuestra como siempre.

—Adivinando que así sucederia no vacilé en escojeros una morada que os agradará muy mucho por los gratos recuerdos que debeis conservar de ella.

—¡Oh! ¿Qué decís?

—¿Qué os asombra?

—¿Estoy soñando?

—Despierta estais á lo que veo.

—¿Escuché mal?

—Creo que no, madama.

—Dijísteis que me habeis escojido...

—Una nueva morada, más modesta que el Louvre, pero para vos más grata por los bellos recuerdos que despertará en vuestra mente.

—¡Ah señor! todo lo voy comprendiendo.

—Que me place.

—Se trata de un destierro...

—No tanto.

—Se trata de que abandone el Louvre...

—De eso sí.

—¿Pero por qué? ¿Por qué, monseñor?

—Ya os lo dije en un principio.

—¿Qué mal os hice yo para que me condeneis á vivir alejada de vuestro lado?

—No os torture la idea de una eterna separacion: nos veremos con frecuencia.

—¡Ay!

—Permaneceremos vecinos.

—No comprendo...

—Pues no quiero que haya de distancia entre los dos más que la anchura del Sena.

La princesa al ver que sus sospechas se confirmaban, exhaló un penetrante grito de dolor, palideció horriblemente y estuvo á punto de perder los sentidos.

Ya lo dijimos.

Juana de Borgoña no era ya aquella mujer de espíritu rebelde capaz de sostener una cruenta lucha con Margarita, Orsini y el mismo Buridan, á quienes al fin venció cuando más seguro consideraban su triunfo.

Su antigua energía se habia desgastado con los tormentos morales que la hacian sufrir los remordimientos que esperimentaba por sus crímenes pasados, y la sola voz de su marido la causaba un terror supersticioso.

Felipe el Largo saboreaba con placer aquel dolor sin límites que veia retratado en el rostro de su esposa, pues la habia amado con esceso, aun la amaba á pesar suyo, pero la declaracion de su inocencia no habia podido arrancar de su corazon la serpiente de los celos, siéndole por lo tanto muy dulce la venganza.

—Monseñor,—exclamó al fin la princesa anegada en

un mar de amargas lágrimas;—sois mi señor y dueño, teneis derechos de vida y muerte sobre mí, os debo ciega obediencia, pero os imploro piedad... piedad y gracia por última vez.

—¿Piedad? No sé por qué me la pedís.

—¡Ah señor! Mi sufrimiento es mucho.

—¿Quién os lo causa?

—¡Ay!

—Señora, no se trata de haceros ningun mal.

—¡Que no trata de eso y me desgarra el alma!

—Por el contrario; bien y fortuna os deseo, y bien y fortuna estoy pronto á otorgaros.

—El único bien que yo ambiciono es vivir á vuestro lado.

—¡Bah!

—Creedme, señor, creedme.

—Quiero creeros, pero no puede complaceros, madama.

—Monseñor...

—El rey lo ordena.

—Yo me arrojaré á las plantas de S. A...

—Sería inútil, pues mis súplicas no lograron conmover su corazon.

—¡Ah! No es el rey que sabe mi inocencia y pureza, sino vos quien me castigais tan cruelmente por un crímen que ni aun soñé cometer.

—Madama, doblemos la hoja sobre tan delicado y doloroso asunto.

—¡Ay!

—Doblémosla, sí, y nos evitaremos ambos muchos y grandes tormentos.

—¡Dudais... dudais todavía!

—Hablemos de lo que importa, señora.

—¿Y qué otra cosa me puede importar más que probaros mi inocencia?

—Probada la teneis.

—Entonces, ¿por qué me desterrais?

—Si no os destierro.

—¿Por qué me alejais del Louvre?

—Para evitaros mil peligros y evitarme mil disgustos.

—¡Oh!

—Creo haberme explicado lo bastante.

—¡Por piedad!

—Acabemos esta escena de ruegos y de lágrimas inoportunas.

—¡Perdon! Ya no os molestaré de nuevo con mi llanto.

—Y hareis bien, porque el llanto enferma vuestros hermosos ojos.

—¡Ah!

—Os repito que es fuerza que vayais á vivir mañana mismo á la torre de Nesle, de la cual os hace el rey graciosa concesion.

—¡A la torre de Nesle!

—¿No os gusta ese edificio?

—¡Buen Dios!

—Allí existen cómodos departamentos decorados con soberbio lujo, y sino recuerdo mal, existe uno, el más bello de todos, llamado por el vulgo el *templo del amor*.

—Señor... señor... ¿quereis despedazarme el corazon más aun de lo que está?

—Yo nada quiero que no sea razonable y justo.

—Entonces...

—Por eso os he destinado ese retiro delicioso.

—Por piedad... en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, permitid que me retire á un convento.

—¡Eh, señora! ¿Qué más convento que esa sombría tor-

re? La encontrareis seguramente en el mismo estado que la dejaron, bien á pesar suyo, Margarita y Blanca.

—Monseñor...

—¡Basta! Ni una palabra más, ni una súplica, ni una lágrima, ni una queja, porque todo será inutil.

—¡Ah! que martirio!

—El cielo os guarde, madama.

Y dicho esto, el implacable príncipe abandonó la cámara.

La pobre Juana fué presa de un terror invencible y cruel cuando al siguiente dia la trasladaron á la torre de Nesle, á donde la siguió toda su servidumbre.

A la torre de Nesle que la recordaba sin cesar los pasados crímenes que empezaba á espiar entonces.

A partir desde aquel momento no debia gozar un sólo segundo de felicidad y reposo.

Su marido, con refinada crueldad, la hizo comer desde el primer dia en la misma mesa donde habia pasado tan deliciosas horas, en la doble embriaguez del amor y del vino.

En aquella mesa donde se habian sentado junto á ella el gentil page Olivier, y tantos jóvenes señores ó estudiantes de hermosísima presencia.

Y la obligó á dormir en el mismo lecho donde tantas víctimas durmieron algunos momentos antes de caminar á la muerte sonriendo de placer todavía.

Allí encontró la estancia destinada para la ejecucion de sus bárbaras sentencias.

Inmediato á esta el aposento donde esperaban en acecho Orsini y sus asalariados asesinos.

Allí tambien la ventana desde la cual se arrojó una noche Buridan á la corriente de las aguas huyendo de una muerte cierta...

La desgraciada, en fin, no podia dar un paso, sus miradas no podian fijarse en ningun objeto sin que mil gritos lanzados por los remordimientos que la torturaban, se elevasen desde el fondo de su conciencia.

Si los dias eran para ella borrascosos, no eran las noches más apacibles y tranquilas.

Cuando vencida por aquella cruenta lucha quedaba dormida un solo instante, la atormentaban los ensueños más horribles.

Solo veia sangre, cadáveres por doquier, y solo escuchaba gritos desgarradores y amenazadoras voces que atronaban sus oidos, siendo el despertar insuficiente para alejar tan espantosas visiones.

Entonces la cuitada lanzábase fuera del lecho y caia de hinojos pidiendo gracia y haciendo esfuerzos inauditos por detener los fantasmas que hácia ella avanzaban en ademan de asirla.

—¡Misericordia!... ¡Rogad por mí!—gritaba á sus doncellas que luego acudian en su auxilio.—¡Rogad por esta gran pecadora!

Y ella misma intentaba elevar á Dios su voz y su pensamiento, pero en vano porque el terror atribulaba su espíritu y la impedia orar con el fervor que deseaba.

No pudiendo hallar consuelo ni tranquilidad en parte alguna, rogó á su esposo por conducto de uno de sus más fieles servidores, que ya que le habia donado aquella torre le permitiese fundar en ella un monasterio, pero el príncipe no permitió que ningun cambio se operase.

Dijo, y con harta razon, que si su esposa era inocente, como los jueces lo habian declarado, aquella morada no podria serle tan desagradable como exponia, y que si por el contrario era culpable, el castigo no era en verdad muy severo; añadiendo, que en todo caso creeria hacer profa-

nacion convirtiendo tal lugar en monasterio, pues que tanto valdria colocar el Paraiso en el sitio donde situado estaba el Infierno.

Juana, pues, perdió toda esperanza y continuó sufriendo sus horribles torturas sin trégua ni descanso.

Y aquella mujer poco antes tan fresca, tan bella y seductora, acabó por convertirse en un viviente esqueleto.

Juventud y belleza se habian desvanecido como el humo en breves dias.

Al través de su finísimo cútis, se dibujaban sus músculos y huesos.

Sus ojos enrojecidos en las órbitas, no arrojaban más que un pálido y fúnebre resplandor.

Sus cabellos habian emblanquecido, y sus manos largas y huesosas, se crispaban incesantemente, dándola el aspecto más feo y repugnante á no contemplarla con la piedad que merecia.

Tal era el estado en que se hallaba la cómplice de Margarita de Borgoña, la delatora de su propia hermana, la antigua amante del gentil y malogrado Olivier, el dia en que tuvieron lugar los acontecimientos que dejamos apuntados en el capítulo anterior.

Llegada que fué la noche, la grande, pero arrepentida pecadora, se dirigió sola y con vacilantes pasos á un pequeño oratorio próximo al profano templo de sus pasados amores, y se postró de hinojos ante un reclinatorio, y en mental oracion permaneció algun tiempo.

Tan profundo era el silencio que allí reinaba, silencio solo de vez en cuando interrumpido por el chisporroteo de dos velas de amarilla cera que ardian á derecha é izquierda de un Cristo de elevada talla que se alzaba sobre el reclinatorio, que bastó un levísimo ruido que resonó de sú-

bito para sacar á la condesa de Poitiers de la profunda abstraccion en que sumida quedara con la frente apoyada entre ambas manos.

Al dirigir sus azorados ojos al muro fronterizo en averiguacion de aquel extraño ruido, un grito penetrante dejaron escapar sus lábios lívidos.

Habia visto á un hombre que avanzaba hácia ella lentamente.

Era Buridan.

Tan terrorífica impresion causó su vista en el ánimo de la ofuscada princesa, que esta infeliz apenas tuvo fuerzas para levantarse y dar algunos pasos con intencion de huir.

Pero el hidalgo la salió al encuentro y la dijo con acento suplicante que logró tranquilizarla un tanto:

—No griteis ó soy perdido; no huyais, porque necesito hablaros.

—¿Quién sois?—preguntó la condesa con voz ahogada y temblando de terror.

—Un amigo.

—No os conozco.

—Miradme bien, señora.

—No, no puedo reconoceros.

—¿Tanto he variado?

—Acabemos. ¿Qué es lo que quereis de mí?

—Ya os lo he dicho, madama: hablaros un momento sin testigos.

—¿Por dónde habeis entrado?

—Por una puerta secreta.

—¡Ah! Tiene puertas secretas este oratorio...

—Tiene una que nadie conoce más que yo.

—¿Pero quién sois, quién sois para entrar así en mi casa?

—Soy Buridan.

—¡Cielos!

—Miradme con detencion y me reconocereis al fin.

—¡Ah! Sí, sois vos... sois vos, amigo mio.

—Gracias, madama, gracias por tan cariñoso título.

—¿Pero cómo pude tardar tanto en reconoceros, Buridan?

—Yo he tardado mucho tiempo tambien en convencerme de que érais la amiga en cuya busca vengo.

—¡Ay!

—Y es que hemos variado mucho, muchísimo los dos desde nuestra última entrevista.

—¡Es verdad! Hemos envejecido veinte años.

—¿Y cómo no?

—¡Dios mio!

—Vos habeis sufrido y sufrís dolores infinitos.

—Horribles, Buridan.

—Yo tambien los he sufrido bien crueles, señora.

—¡Infeliz!

—He perdido á mi madre y estoy á punto de perder mis hijos.

—¡Cielos!

—Los hijos de mi alma.

—¡Vuestros hijos!... ¡Sois padre!...

—De dos hermosos niños que más que humanas criaturas dos ángeles parecen.

—¿Están enfermos?

—No, pero sus vidas peligran.

—Explicaos.

—Sobre sus inocentes pechos pende el puñal asesino.

—¡Horror! ¿Y no lo desviais?

—Soy impotente.

—¡Cómo!

—Impotente, sí, por mi desgracia.

—¿Pues dónde están vuestros hijos?

—En poder de mi cruel enemigo.

—¿Quién es?

—El rey de Francia.

—¿Y el rey quiere matarlos?

—Sí.

—¡Imposible!

—Los matará sino se los arrebato pronto.

—¿Pero por qué?

—Porque aborrece á su padre.

—¡Qué crueldad!

—Nadie mejor que vos puede saber hasta qué extremo son crueles los Valois.

—¡Verdad! ¡Verdad!

—¡Pobre princesa!

—Mas no hablemos de mí... hablemos de esos tiernos niños á quienes amo ya sin conocerlos.

—Gracias, señora.

—¿Qué edad tienen?

—Siete años.

—¿Los dos?

—Son gemelos.

—¡Ah!

—Y son tan bellos...

—¿Y su madre?... ¿vive?

—Sí, madama.

—¿Dónde está?

—Tambien en poder del rey.

—¡Qué escucho!

—Las tres prendas queridas de mi corazon me las arrebató una noche en tanto que yo yacia sepultado en un hediondo calabozo.

—¡Infamia! ¡Infamia!

—La infamia será con sangre lavada.

—Mas antes de pensar en la venganza debeis rescatar á vuestros hijos.

—Para rescatárlos rompí mis férreas cadenas, escalé los muros de Gisors, vine á París y puse en juego cuantos medios estaban á mi alcance.

—¿Y nada habeis conseguido?

—Conocer el lugar donde los oculta.

—¿Qué lugar es ese?

—El hotél de Nesle.

—¡Cielos!

—¿Sabeis quién lo habita?

—La querida del rey.

—Esa mujer que hoy se titula la condesa de Burdeos, fué un tiempo mi prometida esposa.

—Y los hijos que tiene...

—Son los mios.

—Todo lo comprendo ahora.

—¡Oh!

—Pero esa dama se hace pasar por viuda.

—Y lo es en efecto.

—¿Mas el rey sabe que esos niños son vuestros hijos?

—No.

—Eso les salva, pues.

—Eso sin duda les ha salvado hasta hoy, señora, pero mañana no les salvará porque hay en la córte una persona que posee mi secreto.

—¿Y esa persona os aborrece?

—Tanto ó más que Monseñor.

—¿Quén es?

—La duquesa de Borgoña.

—¡Infame mujer! A ella debo mis sufrimientos actuales.

—Y á ella debe Margarita el ódio profundo que la profesa su esposo, y á ella deberé tal vez muy pronto la mayor desgracia que puede pesar sobre mí... la muerte de mis tiernos hijos.

—¿Y lo consentireis, amigo mio?

—Trabajo para impedirlo.

—Trabajad más... no descanseis un momento... poned en juego todos los rosortes... apelad á la fuerza si es preciso.

—Sería en vano.

—A la astucia...

—A ella apelo.

—¿Necesitais oro para el logro de vuestra empresa? Poco poseo, pero todo es vuestro.

—¡Oh! Gracias, gracias, cariñosa amiga mia.

—Vuestra amiga, sí, vuestra amiga leal y decidida. ¡Ah Buridan! Hoy que arrepentida estoy de mi pasado, hoy que deploro la enemistad que me hizo un dia desear vuestra muerte, hoy que todos me abandonan, me desprecian y vejan, y que vos, solo vos llegais á mí con el perdon en los lábios para prestarme algun consuelo...

—Madama...

—Hoy es fuerza que os dé inequívocas pruebas del cariño que me inspirais, cariño que supera en mucho al ódio que en otro tiempo me inspirabais.

—¿Es cierto?

—Ya en el Louvre os lo juré por lo más sagrado que existe para mí. Soy vuestra amiga, vuestra aliada, vuestra hermana en la desgracia. De hoy en adelante, y aunque separados por el destino inexorable, nuestros dolores, nuestras alegrías, nuestras aspiraciones deben ser comunes.

—Y lo serán; princesa.

—Lo son ya, Buridan.

—¡Oh, sí!—exclamó el hidalgo conmovido al escuchar el lenguaje sincero de Juana, de cuyo arrepentimiento y amistad ya no podia dudar un solo instante.

—Hago mios desde luego los temores que abrigais respecto á vuestros hijos.

—¡Qué imponderable bienestar esperimenta el alma mia oyéndoos hablar de aquesa suerte!

—¡Amigo mio!... Pero decid, decid; ¿teneis esperanzas de salvarlos?

—Sí, madama.

—¿Cuándo?

—Muy pronto: mañana... pasado tal vez.

—¿Cómo?

—El medio de que voy á valerme es ingenioso y seguro.

—Nada me oculteis, porque vuestra hermana soy.

—Felipe el Hermoso tiene una hija natural á quien acaba de reconocer pública y solemnemente.

—Sí, Leonor de Valois, la duquesa de Lyon, la esposa de vuestro escudero Polioni.

—¡Cómo! ¿Sabeis que por vengarme del rey y dar libertad á Margarita, llevé la osadía hasta el extremo...

—Nada ignoro de cuanto atañe á esa aventura peregrina.

—Pues bien; he proyectado apoderarme de Leonor, hacerla mi prisionera y proponer luego al rey...

—¡Un canjeo!...

—Cierto, señora.

—¡Ah Buridan! Antes me causaban profunda admiracion vuestro talento, vuestra intrepidez y arrojo, pero ahora...

—¿Conque aprobais mi plan?

—¿Y cómo no?

—Es el único que sin violencia y sin efusion de sangre...

—¿Pero estais seguro de su éxito?

—Debo estarlo.

—¿Cuándo lo pondreis en práctica?

—Dentro de algunas horas.

—¡Ah!

—Todo lo tengo preparado. La misma Leonor nos abrirá el postigo que dá paso á los jardines del Louvre y nos seguirá sin vacilar, porque ama á su esposo con delirio.

—Os seguirá... ¿y adónde? ¿Teneis un lugar seguro donde poder ocultarla?

—Los subterráneos de esta torre.

—¡Cielos!

—Nadie, escepto yo, conoce sus entradas, y en ellos vivo con mi escudero desde que estoy en París.

—Y sin duda desde esos subterráneos habeis llegado hasta este oratorio...

—Por una escalera secreta que os servirá para huir el dia que resolvais recobrar la libertad abandonando la Francia.

—¡Oh!

—Si tal es vuestro deseo no vacileis en decírmelo, y tan pronto como rescate á mis hijos libre os haré, y aun poderosa, en cualquiera nacion enemiga de Felipe IV.

—¿Será posible?

—Pocas cosas hay imposibles para mí, señora.

—¡Ah Buridan!

—Quise ser libre y lo fuí sin grande esfuerzo.

—Es verdad.

—Quise libertar á Margarita y Margarita es libre en los estados de su hermano.

—Es verdad.

—Quise ser rico y un tesoro me salió al encuentro.

—¡Cielos!

—Quiero salvar á mis hijos y los salvaré si Dios me sigue prestando su divino y poderoso apoyo.

—¡Oh!

—Quered ser libre, rica y feliz y lo sereis tambien, madama.

—Buridan...

—¿Me creeis incapaz de cumplir lo que os ofrezco delante de esa sagrada imágen que nos contempla?

—Os creo capaz de hacer feliz en fuerza de bondades á la criatura más desgraciada de la tierra, y por eso no vacilo en declararos mi protector, mi ángel de consuelo..... mi todo en este mundo.

—Acepto, acepto con placer todos esos cariñosos títulos con los cuales me honrais sobre manera.

—¡Ah caballero! Dejad que llore de felicidad en vuestros brazos como llorar pudiera en los de un padre,—dijo la condesa de Poitiers posando dulcemente sus descarnadas manos sobre los hombros del hidalgo y reclinando su pálida cabeza en su robusto y noble pecho.

—Llorad, llorad, cuitada criatura sin vergüenza y temor, que en brazos llorais del más leal amigo que habeis podido tener.

—¡Oh, sí!

—La desgracia nos hermana... hermanos seamos pues.

—Hermanos hasta la tumba, á la cual tan próxima me encuentro.

—¿Que eso digais, señora?

—¡Si supiérais lo que sufro en esta mansion maldita, teatro en otro tiempo de tan sangrientos dramas!

—Dad al olvido esos recuerdos.

—No es posible, Buridan amigo. Todos los objetos que me rodean jueces acusadores son para mí, testigos despia-

dos que me recuerdan sin cesar la sangre que por mi causa derramaron Orsini y sus satélites.

—Huid, pues, de esos testigos terribles.

—¿Huir?

—Yo os lo aconsejo.

—¿Y á donde?

—A Borgoña.

—Allí tambien...

—A Inglaterra, á Castilla, á cualquier punto.

—¿Y creeis que existe un rincon de tierra á donde yo pueda ir sin que me sigan en confuso tropel los crueles remordimientos que me despedazan el corazon sin lástima ni piedad?

—Sí, madama.

—¿Dónde? ¿dónde?

—En la pátria de mi madre, por ejemplo.

—¡Ay!

—A ella debo partir tan pronto como rescate á mis queridos hijos. ¿Vacilareis en abandonar vuestros verdugos por seguir al más leal de los amigos que será para vos el más amante y respetuoso de los hermanos?

—¡Ah!

—Responded.

—No puedo ¡gran Dios! no puedo hacerlo en este instante.

—Reflexionad con calma.

—Hay deberes sagrados que me encadenan en Francia.

—Antes que los deberes es la vida.

—¿Qué me importa perderla? El alma... el alma deseo salvar antes que todo, y no es eludiendo tan cruel martirio, tan larga y penosa espiacion como conseguiré salvarla del poder del espíritu de las tinieblas, de quien es presa por mis culpas.

—Si tal pensais...

—Basta, amigo mio, basta. Yo os doy las gracias por vuestro buen deseo; yo os las doy tambien por vuestras generosas ofertas...

—Que temeis aceptar.

—Hoy, pero mañana... ¿quién sabe?

—Cuidad sobre todo no tomar tarde una resolucion definitiva.

—¿Será esta la última vez que nos vemos?

—No, madama, si vos no os oponeis á mis visitas misteriosas.

—¿Oponerme? Y quisiera teneros á mi lado todos los momentos del dia y de la noche para sufrir ménos de lo que á mis solas sufro.

—Condesa...

—Basta, basta. Os repito que muy pronto habré tomado una resolucion que me salve ó me pierda para siempre. Solo espero el resultado de la última tentativa que acabo de hacer hoy mismo para conmover el diamantino corazon de mi señor y esposo.

—Esperaré, madama.

—Y ahora no más hablemos de mí, y únicamente pensemos en llevar á cabo con felicidad vuestro proyecto jigantesco. Decíais...

—Que tengo un lugar seguro donde poder ocultar á Leonor de Valois en tanto que consigo del rey lo que conseguir deseo.

—Sí, los súbterraneos de esta torre.

—Cierto.

—¿Y bien, amigo mio?

—Pero esos subterráneos son demasiado lóbregos, humedos, frios y pavorosos para que pueda vivir un solo dia en ellos mi inocente prisionera.

—Es verdad. Deben causar terror y espanto al ánimo más fuerte.

—Oh, sí.

—¡Pobre niña! ¿Y qué hacer?

—Sí vos pudiérais...

—No prosigais, Buridan.

—¿Adivinais mi idea?

—Sí.

—¿Y la aprobais?

—Sin vacilar.

—¡Gracias, gracias!

—Traedme á Leonor tan pronto como se halle en vuestro poder, que yo respondo de su guarda.

—No debeis temer su fuga, ni sus gritos ni sus lágrimas porque repito que ncs seguirá gustosa, creyendo como cree que se trata de no separarse jamás de su marido.

—¿Pues qué debo temer?

—Que vuestra servidumbre la vea.

—Tranquilizaos.

—Que sospeche siquiera...

—Nada sospechará, os lo aseguro.

—¿Dónde pensais ocultarla?

—En este mismo oratorio.

—Pero aquí...

—Nadie entrará escepto yo.

—Una imprudencia...

—Nadie osará cometerla, pues que nunca abandono la llave de esa puerta.

—Siendo así me tranquilizo.

—En cuanto al lecho y alimentos...

—No os cuideis de eso, madama.

—¿Vos proveereis...

—De todo, porque de todo tengo gran repuesto en los subterráneos.

—¡Ah! Bien, muy bien.

—Vencido este inconveniente, que á la verdad me torturaba un tanto, ya puedo obrar con la conciencia más tranquila.

—Sí, sí.

—La hija del tirano será mi prisionera, pero no habitará una hedionda mazmorra parecida á las que habitaron tantos meses Margarita y Blanca.

—¡Oh!

—Sus alimentos en vez de pan y agua serán manjares y vinos regalados, su lecho blanda pluma y no fétida paja y su carcelero un ángel que en vez de insultos y denuestos la dirigirá palabras cariñosas.

—No lo dudeis.

—Porque os conozco no lo dudo.

—Buridan...

—Tratadla con cariño, sí, como yo la trataré, porque aunque pertenece á la raza de nuestros verdugos y opresores, es inocente, ningun mal nos ha causado y es fuerza que sepan todos más tarde ó más temprano que nuestros nobles pechos son incapaces de la ruin venganza, son incapaces de castigar en los hijos las culpas de los padres.

—Verdad, verdad.

—Pero no la saqueis del error en que vive la cuitada.

—Fiad en mi prudencia.

—Doloroso es mentir, pero la mentira en las actuales circunstancias es salvadora para todos y por lo tanto conveniente.

—¿Quién lo duda?

—Que siga ignorando hasta el fin...

—¡Oh Dios!

—¿Por qué palideceis, amiga mia?

—Perdonad...

—¿Os asalta algun temor?

—Uno terrible.

—Explicadme...

—Leonor vendrá, sabrá donde se encuentra, conocerá á su carcelera, y mañana que torne á los brazos de su padre, ¿qué será de mí?

—Tranquilizaos.

—Por sus lábios sabrá el rey que he sido vuestra cómplice en lo que él llamará crímen de alta traicion.

—Leonor es incapaz de una delacion infame.

—Es una niña, y el dolor que indudablemente esperimentará cuando de un modo cierto sepa que ha perdido á su esposo para siempre, la hará confesar toda la verdad, amigo mio.

—¡Oh!

—¿No temeis eso mismo?

—Sí, madama; debemos temerlo todo de nuestra aciaga estrella, y por lo tanto renuncio á vuestra generosa oferta para evitar mayores males.

—¡Eso no!

—¡Cómo!

—Ya nada temo porque estoy resuelta á participar de cuantos peligros os rodean, Buridan.

—Madama...

—¿No lo he jurado hace un instante?

—Pero...

—Repito que estoy resuelta á todo, amigo mio. El dia en que Leonor salga de este oratorio para volver al Louvre, yo descenderé á los subterráneos de la torre para desde allí huir de Francia á donde me mandeis huir.

—¿Será cierto?

—No lo dudeis.

—¿Al fin vencísteis los escrúpulos...

—La desesperacion me hace vencerlos.

—¡Oh!

En aquel momento llamaron en la puerta de la cámara inmediata al oratorio, ó sea en la del salon que Margarita habia bautizado con el nombre de *templo del amor*.

—¿Llaman?—preguntó Buridan todo alarmado y bajando la voz cuanto le fué posible.

—Sí... parece que sí.

—¿Quién puede ser?

—Mis doncellas sin duda que alarmadas por mi larga permanencia en el oratorio, y sabiendo que padezco frecuentes desmayos...

—¡Cielos! ¿Habrán oido...

—Nada, porque la puerta está cerrada con llave y la distancia es grande.

—Respiro.

—Tranquilizaos.

—Volved, volved al lado de vuestras damas para no infundir sospechas.

—¿Y vos?

—Desciendo á los subterráneos.

—Para esperar la hora...

—Que no está ya lejana.

—Que el cielo proteja vuestra arriesgada empresa.

—Orad porque así suceda.

—Volvereis, ¿verdad?

—O vencedor ó vencido antes que el dia nazca me tendreis de nuevo á vuestras plantas.

—Os esperaré anhelante.

—Bien, señora:

—Id, id; no os detengais si tan escaso es el tiempo.

—Adios, madama.

—Adios, mi cariñoso y esforzado amigo.

Buridan despues de besar con entusiasmo las yertas y descarnadas manos de la condesa de Poitiers, desapareció presuroso por la secreta y simulada puerta que le diera paso al oratorio, y Juana entonces salió con vacilantes pasos al encuentro de su alarmada servidumbre.

CAPITULO IV.

En el jardin del Louvre.—Los esposos.

La hora de la media noche llegó al fin con gran contentamiento de algunos de los personajes de esta historia que la esperaban despiertos y con impaciencia suma.

Algunos momentos antes penetró con misterio en la oscura y silenciosa cámara de Leonor de Valois una mujer muy jóven todavía, de facciones, sino bellas, simpáticas y agraciadas, envuelta en una flotante túnica de lino ménos blanco que las delicadas formas que ocultaba pudorosa, y conduciendo en la convulsa diestra una pequeña lámpara de plata cuyos pálidos y oscilantes rayos de luz herian de lleno su delicioso busto.

Aquella mujer era Berta.

Despues de tender en su derredor una mirada escrutadora y de aprestar el oido con atencion un instante, avanzó con rapidéz, atravesó la cámara con breve planta, penetró en el dormitorio de la hermosa duquesa de Lyon,

y aproximándose al suntuoso lecho cuyos cortinajes de terciopelo y oro permanecian corridos, murmuró en voz muy baja:

—Madama... la media noche.

—¿Eres tú, Berta amiga? preguntó en el mismo tono la dulce voz de la duquesa.

—Vuestra sierva fiel,—contestó la doncella descorriendo los pesados cortinajes y haciéndose visible á su jóven señora.

—¡Loado sea Dios! Con cuanta impaciencia te esperaba.

—¿No dormíais?

—¿Dormir? No era posible.

—Es natural, el deseo de...

—No era únicamente el deseo de hallarme en breve en los brazos de mi idolatrado esposo lo que ahuyentaba el sueño de mis ojos.

—¿Pues qué era?

—El terror.

—¿El terror?

—Tengo miedo, Berta.

—¿Pero de qué, señora?

—Si supieras...

—Explicaos por Dios.

—Mi augusto padre, segun tiene por costumbre todas las noches antes de retirarse al lecho, vino aquí no hace una hora para darme el ósculo de paz.

—¿Y bien?

—Su mirada era sombría, su gesto amenazador....

—Pero...

—Otras veces me sonrie con cariño, me habla de fiestas, de galas y de otros devaneos con el fin de despertar en mí la aficion y el gusto á la vida cortesana, pero esta

noche solo desplegó sus lábios, lívidos como los de un cadáver, para formular esta pregunta con sepulcral acento:

—Y bien, Leonor, ¿todavía no has descubierto el paradero de tu querido èsposo? ¿Todavía no has podido comunicarte con él?

—No, padre mio,—le contesté.

—Que el cielo te perdone esa mentira como yo te la perdono una vez más,—añadió entonces con voz más sombría aun y se ausentó bruscamente sin darme tiempo para besar su temblorosa mano.

—¡Oh!

—¿No te aterran como á mí sus misteriosas palabras?

—Confieso...

—Mi padre todo lo sabe.

—O no, señora.

—Sí, sí.

—Sospechará no más.

—¡Ay!

—¿No ha sospechado siempre que estábais en inteligencia con el señor vizconde de Bournonwille, cuando por desgracia vuestra nada sabíais de él?

—Es verdad.

—Tambien ahora...

—¡Ay Berta mia!

—Pero madama, aun cuando todo lo haya descubierto, aun cuando sepa por una de esas casualidades que en el Louvre á cada instante ocurren, que esta noche vais á ver al vizconde como el mismo Monseñor desea, ¿qué puede importaros?

—Nada y mucho.

—No comprendo...

—Nada, porque como dijiste bien, mi propio padre anhela tanto como yo que tenga lugar esta entrevista, y

para tenerla tan pronto como la ocasion se presentase propicia para ello, autoridad concedióme esta mañana.

—Entonces...

—Pero me importa mucho por haber contestado á su natural pregunta con una negativa que encierra una mentira infame.

—¡Bah! madama...

—Monseñor aborrece la mentira, y en los lábios de sus hijos más que en los lábios de nadie.

—Comprendo su horror á tal pecado.

—¡Ay!

—Pero adivinando, como adivinado habrá, la intencion con que le habeis mentido...

—Mi intencion no era dañada, no, pero así lo habrá creido, Berta.

—Imposible.

—Trataba de darle una sorpresa grata...

—Y se la dareis mañana.

—Mas despues de haber lacerado su corazon paternal.

—Qué empeño en considераros culpable.

—¿No lo soy por ventura?

—¡Ay señora de mi alma! Si todos los pecados de los príncipes fuesen como el que á vos os causa tan crueles remordimientos...

—¡Oh!

—Por Dios, madama, cesad en vuestros escrúpulos y pensemos en lo que más importa.

—Perdóname, Berta. Todo lo habia olvidado á mi pesar.

—¡Y decís que amais tanto á vuestro esposo!

—Le amo más que á mi vida.

—¡Y olvidábais que os espera!

—Berta...

—Vamos, vamos.

—Sí, vamos y que el cielo nos proteja.

Diciendo esto Leonor saltó presurosa del lecho en donde vestida estaba, pero su temblor era tan grande que al dar el primer paso tuvo que asirse á los bordados cortinajes para no rodar sobre la alfombra.

—¿Qué es esto? ¿temblais? ¿desfalleceis?

—De emocion.

—¿De emocion ó de miedo?

—De emocion y de placer, Berta querida.

—Es natural.

—¡Dios mio!

—Vais á verlo despues de tanto tiempo...

—¡Ah!

—Pero tranquilizaos... recobrad fuerzas.

—Ya estoy tranquila, ya me hallo con valor para seguirte al fin del mundo si es preciso.

—Pues vamos.

—¿Mas por dónde salir? ¿Por dónde bajar á los jardines? Me hablaste de una escalera secreta...

—En efecto.

—¿Y dónde está?

—En mi dormitorio.

—¡Oh!

—Seguidme y nada temais, señora.

—Guia, guia sin dilacion.

Berta tomó de nuevo la lámpara de plata y con mucho silencio condujo á Leonor á su modesto dormitorio, allí inmediato.

Despues apagó la luz y tomando la mano de la duquesa, avanzó hasta el muro donde se apoyaba la cabecera de su lecho, buscó al tacto un objeto, un simulado resorte que al ser con fuerza oprimido produjo un sordo ruido que hizo

estremecer de terror á la cuitada hija de Felipe IV.

—¿Qué es esto?—murmuró con desaliento.

—Bajad la voz, madama,—dijo Berta.

—¿Pueden oirnos?

—No ignorais que mi dormitorio está inmediato al de las otras doncellas de vuestro servicio.

—Es verdad. ¿Pero aquel ruido, quien lo produjo?

—Una puerta al girar sobre sus mohosos goznes.

—¡Ah! ¿Tú la has abierto?

—En este instante.

—¿Y es la que dá paso á la escalera secreta...

—Que conduce á los jardines

—Me tranquilizas. Creí que nos seguian.

—¿Quién?

—El rey.

—¡Jesus! Qué miedo teneis esta noche á vuestro augusto padre, quien dormirá sin duda bien ageno de lo que pasa en el Louvre en este instante.

—¡Oh!

—Vamos, vamos, porque el noble vizconde se estará desesperando de impaciencia al otro lado del postigo. Cuidado con la escalera que es estrecha y tortuosa: caminad detrás y apoyad las manos en mis hombros.

Leonor de Valois hizo lo que la indicaba su intrépida doncella, la puerta se cerró de nuevo produciendo el mismo ruido sordo y terroroso, y ambas mujeres empezaron á descender con lentitud la estrechísima y empinada escalera que las condujo en breve al solitario jardin del Louvre.

La noche era oscurísima por haberse ocultado la luna á tales horas, pero Berta que parecia ver en las tinieblas tan bien ó mejor que en la mitad del dia, avanzó resueltamente, siempre llevando de la mano á la duquesa, por

una anchurosa calle de frondosos árboles, á cuyo final hallábase enclavado en la dorada arena un espacioso banco de carcomida piedra.

Llegado que hubieron á él un tanto agitadas por tan violenta marcha, Berta exclamó parándose de súbito:

—Aquí es.

—¿Aquí debo...

—Esperar á vuestro esposo.

—¡Ah esposo mio!

—Solo os separan de él algunos veinte pasos.

—¿De veras?

—Al final de esa calle que tuerce á la derecha, se encuentra el muro que cerca los jardines.

—¿Y el postigo?

—Tambien.

—¡Oh Berta mia! Corre, corre y abre al fin esa puerta bienhadada.

—Voy al punto.

—Sí, sí.

—¿Teneis miedo de quedaros sola?

—No, porque la bella imágen de mi Angelo me acompañará en tanto que con él tornas.

—Celebro vuestro valor.

—No te detengas.

—Vuelvo sin dilacion.

Y Berta corrió con la velocidad de una gacela perseguida, por la indicada calle de árboles que la condujo en breve al raquítico postigo que daba paso á la ribera del Sena.

Una vez colocada tras de aquella puerta por la cual tantas noches salieran con el mayor misterio Margarita, Blanca, Juana, Olivier, los hermanos d'Aunoi y el malvado Orsini para reunirse todos en la tranquila cabaña de

Pedro el pescador, ó en la fatídica torre de los crímenes, Berta aprestó el oido con atencion.

Creyendo sin duda escuchar algun ruido por la parte esterior, aplicó sus lábios á la mohosa cerradura y murmuró sin esforzar mucho la voz:

—¿Mr. Sataniel?

—Aquí estoy,—contestó el interpelado con prontitud y como si sus lábios estuviesen aplicados tambien á las rendijas del postigo.

—¿Hace mucho?

—Media hora.

—Lo siento.

—¿Y la duquesa?

—A veinte pasos de distancia.

—¿Sola?

—Por supuesto.

—¡Bravo!

—¿Y esos caballeros?

—A mi lado.

—¡Qué me place!

—Abrid, Berta.

—¿No hay peligro en la ribera?

—Ninguno. ¿Y en el jardin?

—Tampoco.

—Pues abrid, abrid.

—Estais obedecido,—contestó la doncella abriendo en efecto el postiguillo con una llave que luego entregó á Sataniel que fué el primero que apareció ante ella, y quien en cambio depositó en su mano un repleto bolsillo que Berta hizo desaparecer en su limosnera con rapidéz maravillosa.

—¿Conque decís que ningun peligro existe?—preguntó Pedro despues que hubieron efectuado el cambio.

—Ninguno.

—¿Todos duermen en el Louvre?

—Todos, escepto una esposa enamorada y una sierva fiel y agradecida.

—Gracias, Berta.

—¿Estais contento de mí?

—Tanto como vos lo estareis de mí mañana.

—Señor...

—Pero el tiempo pasa: guiad á este caballero al lugar donde espera la duquesa, y cumplid luego con vuestro deber, amiga mia.

—Estoy pronta.

—Vizconde de Bournonwille, seguid á vuestra fiel confidenta y volved presto que aquí os esperamos con impaciencia suma.

Polioni se destacó entonces de las sombras y obedeció á Sataniel sin pronunciar una palabra.

—¿Y nosotros dos qué hacemos?—preguntó Buridan aproximándose á su hermano.

—Esperar á que los muchachos vuelvan despues de decirse las ternezas consiguientes en estos casos.

—¿Pero dónde?

—Tú en las ruinas, y yo en el jardin.

—Mejor sería...

—No, Juan, porque tú no conoces ese terreno tan bien como yo.

—Me resigno.

—A nuestros puestos, hermano.

—No olvides la señal en caso de peligro.

—Tranquilo queda.

Y Salaniel se internó lentamente en la silenciosa calle de árboles, despues de haber entornado el postigo cuidadosamente.

Conforme se aproximaba á la segunda calle de árboles, un confuso murmullo de voces llegaba más distinto á sus oidos.

Producíanlo Leonor y Polioni que á la sazon se hallaban el uno en brazos del otro prodigándose caricias que no tenian fin por parte de la enamorada esposa.

—Angelo... Angelo mio,—exclamaba la jóven duquesa de Lyon con arrebato apasionado é inundando de cariñosos besos el pálido rostro del escudero á quien mortificaban los remordimientos de un modo cruel.—¿Cómo has tardado tanto en volar á los amantes brazos de la que ausente de los tuyos lentamente moria en fuerza de dolor y desesperacion sin límites?

—¿Y tú me lo preguntas, hermosa luz de mis ojos?

—¡Ingrato! ¡Ingrato!

—No de ingrato, ni de cruel, ni olvidadizo me taches, Leonor mia. ¿Pude por ventura venir á tí antes de ahora?

—No lo sé.

—¿Ignoras que perseguido estaba?

—Nada ignoro.

—Entonces...

—Pero hoy tambien te se persigue segun dicen las gentes, y vienes para darme vida con el fuego de tus lábios. Ya era hora... ¡Oh! Si tardas un dia más me hubieras hallado muerta.

—Leonor...

—Muerta, sí.

—No lo repitas, dulcísima esposa mia, porque desgarras mi corazon sin compasion ni lástima.

—Mi bien...

—De tan prolongada ausencia, ¿quién tiene la culpa?

—Mi estrella aciaga.

—Y la mia, Leonor.

—¡Ay!

—Obstáculos insuperables se oponian al logro de mi intento.

—No lo ignoro.

—Presentarme en el Louvre era imposible.

—Es verdad.

—Los agentes de tu padre me hubieran reconocido bajo cualquier disfraz, y hubiera muerto sin poderte dar siquiera mi postrero adios.

—¡Calla!

—Por eso en los primeros momentos del peligro me concreté á poner en salvo mi vida que es la tuya...

—¡Oh, sí!

—Mas luego...

—Trabajaste por salvar mi vida.

—Y lo he logrado al fin con ayuda de mi esforzado y cariñoso padre.

—Bendígale Dios como yo le bendigo, Angelo mio.

—Gracias en su nombre, gracias.

—¡Os amo tanto á los dos!

—¿Y nos culpas todavía de ingratos y morosos?

—Si nunca os culpé, mi bien.

—No hace un instante...

—¡Incauto! ¿Y lo creiste?

—¿Conque todo fué ficcion?

—Ficcion no más, ídolo mio. Tenia ganas de reñirte un poco, cansada de reñir á mi hasta hoy destino adverso, y no sabiendo por dónde empezar...

—¡Angel candoroso y puro!

—Ya estoy vengada... ¿vés?

—¿Y satisfecha de tu cruel venganza?

—Tambien, señor esposo rebelde.

—¿Eres feliz?

—¿Y eso me preguntas, Angelo, cuando en tus brazos me encuentro?

—Perdóname: temía...

—¿Por ventura tú no lo eres?

—No, te le confieso.

—¡Cómo!

—Pero lo seré muy pronto si tú quieres.

—¡Si yo quiero!... ¿Qué significa esa palabra? ¿He dejado alguna vez de querer tu bien y tu ventura?

—No, no.

—¿He vacilado alguna vez en sacrificarlo todo á tu mayor felicidad?

—Nunca.

—¿Entonces, por qué dudas ahora...

—Sino dudo, dulce dueño.

—Pues recoje esa frase que me ofende.

—La recojo desde luego, y en vez de decir seré feliz si tú quieres...

—Dirás; te ordeno que me hagas dichoso una vez más y para siempre.

—Y esas órdenes que son más bien una sentida súplica al ser dictadas por mis amantes lábios, ¿las obedecerás, Leonor?

—Sin pérdida de tiempo.

—Hazme dichoso, pues, mi esposa idolatrada.

—¿Y cómo si mis caricias no bastan?

—Jurando no volverte á separar un momento de mi lado.

—El mismo juramento iba á exigirte.

—¿De veras?

—Por ser para mi dicha de tan absoluta necesidad como lo es para la tuya.

—¡Oh ventura!

—Juro por ese Dios que nos escucha, antes morir que permanecer un dia más ausente de mi bien amado esposo.

—Juro lo mismo, esposa mia; y por lo tanto, antes que el eco de tan solemne juramento se estinga en la bóveda azul del firmamento, cumplamos lo que jurado habemos.

—Estoy pronta.

—Sígueme, pues.

—¿Que te siga?—preguntó Leonor llena de asombro.

—Sí,—contestó Polioni con firmeza y poniéndose de pié.

—¿Y adónde?

—Por esta noche á un lugar seguro; mañana lejos de Francia.

—¡Cielos!

—¿Te aterra la idea de abandonar á tu padre?

—No, no.

—¿Te aterra la idea de abandonar esta brillante córte en donde eres poderosa reina?

—Ménos aun.

—Entonces...

—Mi grito no fué de terror... fué de sorpresa, pero aun así debí ser cauta y no exhalarlo, porque al fin tú ignoras...

—¿Qué ignoro, Leonor?

—Lo que acontece, Angelo mio.

—¿Dónde?

—En el Louvre.

—¡Ah!

—Si tú supieras...

—Nada por Dios me ocultes.

—Siéntate y recobra calma.

—Leonor mia, advierte que la noche avanza con suma rapidéz.

—¿Y qué importa?

—Que mi padre espera...

—Haz que llegue á nuestro lado.

—No querrá consentir aunque es grande su anhelo por estrecharte en sus paternales brazos, porque su puesto de honor es siempre aquel donde el peligro más arrecia.

—Vuela, vuela en su busca y dile que ningun peligro corre de hoy en adelante.

—¡Cómo!

—Ni tú tampoco.

—¿Deliras?

—Los dos, los dos habeis sido perdonados por mi augusto padre el rey.

—¡Cielos!

—¿No te enagena de gozo esa noticia?

—Pero...

—Monseñor fué implacable en un principio, es cierto, muy implacable: á mis súplicas sentidas contestó sin piedad poniendo á precio vuestras queridas cabezas y diciéndome que no reconocia la legitimidad de nuestro enlace, mas compadecido luego de mis cruentos dolores, viéndome al borde de la tumba me concedió vuestro perdon y me juró que en breve la Francia entera te reconoceria por mi legítimo esposo.

—¡Es imposible!

—No lo dudes.

—El rey perdonar al conde de Bournonwille...

—Le ha perdonado sin condiciones, Angelo.

—Tu padre reconocer la legitimidad de nuestro enlace...

—Tal juró solemnemente, y un rey no falta á lo jurado.

—¡Hum!

—No dudes, mi bien, no dudes si hidalgo corazon te alienta.

—¿Mas cuándo á tenido lugar tan extraordinario suceso?

—Esta mañana.

—¡Cielos! ¡Qué idea!...

—¿Qué te alarma?

—¿Esta mañana dices?

—Sí.

—¿Antes ó despues de recibir mi carta?

—Antes.

—¿Quién te la entregó, Leonor mia?

—Berta.

—¿Y tienes confianza en esa mujer?

—¿Yo?—murmuró la pobre jóven temblando de terror al recordar de súbito las palabras misteriosas que la habia dirigido su padre aquella misma noche.—Yo solo tengo confianza en Dios y en tí, Angelo idolatrado.

—¡Oh! Haces bien, haces bien en desconfiar de todos, cándida paloma, porque todos á porfia te venden y te engañan cobarde y villanamente..

CAPITULO V.

En el que á Monseñor Felipe el Hermoso se le puede aplicar con propiedad aquel adagio castellano que dice: «ir por lana y volver trasquilado.»

—¡Qué escucho!

—La verdad, esposa mia, la verdad por la vez primera sin duda desde que habitas este alcázar donde imperan el dolo y la mentira.

—¡Que me venden!... ¡Que me engañan todos!..

—Y tu padre el primero.

—Por Jesus, no digas eso, Angelo.

—¿Te ofende mi lenguaje franco?

—Me desgarra el corazon.

—Lo creo, pobre niña, pero es fuerza que abras al fin los ojos á la luz de la verdad, fuerza es que sufras hoy un poco más de lo que hasta aquí has sufrido, sino quieres morir mañana desesperada y loca.

—¡Oh Dios!

—Sí, Leonor querida, sí, mañana...

—¿Mas en qué te fundas para creer que el rey me engaña?

—¿En qué me fundo?

—Dímelo por Jesus crucificado.

—Me fundo en su repentina reconciliacion con el conde de Bournonwille.

—¡Ah!

—Con el conde de Bournonwille á quien aborrece de muerte, cuyo esterminio ha jurado y cuya cabeza á puesto á precio por el solo crímen de haber dado libertad á la sin ventura reina de Navarra.

—Le odiaba por esa causa, es cierto, pero hoy...

—Le ódia más todavía.

—No, no.

—Mal conoces á tu padre.

—Angelo...

—Mal le conoces, sí, cuando una palabra suya, que solo encierra un lazo, te hizo abrigar tan gratísima esperanza.

—Pero...

—Su sed de venganza es tan devoradora, pobre niña, que por apagarla de una vez con la sangre de nuestras venas, un año diera y más de su reinado, y por lo tanto de su vida.

—¡Horror!

—Su desesperacion es tanta al ver que el conde y yo burlamos siempre sus pesquisas, que despues de registrar inútilmente cuantos edificios cuenta la ciudad y de poblar las cárceles con sus propios agentes á quienes acusa de poco activos y malos servidores, no ha vacilado en convertirte á tí, tierna gacela, en instrumento vil, en asqueroso esbirro, en infame delatora de tu esposo.

—¿Qué dices?

—La verdad como siempre.

—Que mi padre me ha convertido en infame instrumento de su venganza...

—¿Qué otra cosa ha hecho al concederte hoy para nosotros un perdon de que es incapáz su corazon ruin y vengativo?

—¡Angelo!...

—No pudiendo habernos á las manos proyecta que tú misma nos entregues indefensos.

—¡Horror! ¡Horror!

—¡Y que aun lo dudes!...

—Creer tantas infamias en un padre, seria dudar de Dios.

—Y bien, no dudes, no me creas...

—¡Esposo mio!...

—En cuanto á mí, seguiré dudando, no de Dios, pero sí de un rey como Felipe IV, por más que tu padre sea.

—¡Qué aberracion!

—La tuya, desdichada.

—¿Y qué hacer? ¿qué hacer?

—¿Eso me preguntas?

—¿Qué partido tomar?

—Pide consejo á tu conciencia.

—¡Oh cielo!

—Yo he consultado á la mia, y ella me aconseja...

—¿Qué?

—Rechazar desde luego el generoso perdon que se me ofrece.

—¿Y tu padre?

—Lo rechaza tambien.

—Consúltale...

—Seria inútil. Mi padre tiene más motivos que yo para dudar de las promesas del tuyo.

—¡Esto es cruel!

—Pero justo.

—Dudar hasta ese punto de la palabra de un padre y de la equidad de un rey, es horroroso.

—Tal vez lo sea para tí, pero para mí que no me liga á él ni aun el juramento de fidelidad...

—¿Dices que nada te liga al rey?

—Nada, Leonor.

—Eres su hijo.

—¿Yo su hijo?

—Por tal te reconoce.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—Es verdad: desde esta mañana que concibió el proyecto satánico de dejarte viuda por un medio más fácil y seguro.

—No, no; sus intenciones no son tan crueles, Angelo.

—¡Hum!

—El padre que llora en brazos de su moribunda hija, y le concede conmovido la gracia que le pide como postrer favor, no miente ni engaña como temes.

—¡Hum!

—Por piedad, Angelo, no me mates con tus dudas

—Pero...

—Cede á mis ruegos, cede, como el rey cedió compadecido de mi dolor inmenso.

—¿Qué exijes de mí, Leonor?

—Que depongas tus temores.

—Jamás los abrigué desde que ciño espada.

—Que vengas mañana al Louvre.

—¿Para sucumbir al número de mis enemigos?

—Para arrojarte primero á las plantas y luego en los brazos del que anhela titularte hijo.

—¡Basta!

—¿Conque no accedes á mi súplica?

—¡Por el cielo! que á no estar seguro de tu amor sin límites, á no estar convencido de tu inocencia angelical creeria que cómplice eres de tu padre y empeño por lo tanto tienes en entregar mi cabeza al hacha del verdugo.

—¡Horror! ¿Yo querer derramar tu preciosa sangre? ¡Yo!...

—Cálmate, Leonor mia.

—¡Ah! ¡Me has dado la muerte, Angelo!

—Repito que no dudo ni he dudado jamás de tu amor ni de tu inocencia y pureza.

—Dudas, sí.

—Te juro...

—Dudas cuando interpretas de un modo tan cruel mi insistencia en rogarte que aceptes el perdon y la felicidad que Monseñor te ofrece sin condicion alguna.

—¡Oh! Basta, ó harás que me vuelva loco.

—Angelo...

—¡Reniego de mi estrella!

—¡Ah!

—Y reniego tambien...

—¡Calla, impío!

—Leonor... Leonor, y qué en mal hora nos vimos para amarnos.

—¡Cómo! ¿Tambien maldices aquel momento venturoso?

—¿Venturoso le llamas?

—¡Ay! Los temores que entonces abrigaba, se realizan por desgracia en este instante. ¡Estás arrepentido de haber unido tu suerte con la mia!

—¡Eso no! Yo te amo hoy más que te amaba ayer; más... mucho más si esto es posible, pero maldigo y mal-

deciré mi suerte ingrata que me impide hacerte todo lo feliz que mereces ser por tus virtudes, imponderable criatura.

—¡Que te impide hacerme feliz!

—Sí, Leonor mia.

—Te engañas.

—¿Que otra cosa que llorar y sufrir has hecho desde que el sacerdote ligó nuestros destinos como ligadas estaban nuestras almas?

—¡Ay!

—¿Qué otra cosa haces en este instante supremo?

—¿Y tú?

—Tambien sufro dolores infinitos, mas no te culpo.

—Tampoco yo te culpo á tí.

—¿Pues á quién?

—A mí misma.

—¡Cómo!

—Si yo desde un principio...

—Explícate por Dios.

—Por ultima vez, Angelo mio. ¿Crees en conciencia que el perdon de mi padre encierra un lazo?

—Sí.

—¿Y estás resuelto...

—A no caer en él, pese á quien pese.

—¿Y decidido á no separarte nunca de mi lado?

—Sí, porque te amo con delirio y tal juré no hace mucho.

—Pues bien, cumple tu juramento, que pronta á cumplir el mio estoy.

—¿Es de veras, Leonor?

—En tus brazos me arrojo... á tu hidalguía me entrego...

—¡Oh ventura!

—Llévame, llévame al último rincon del mundo, si es

que en él la felicidad se anida; esa felicidad suprema decantada por todos los amantes y nunca por mí gozada.

—Ven, ven.

—Partamos cuanto antes.

—¿Pero no tiemblas al abandonar este soberbio alcázar?

—Sí, tiemblo... pero tiemblo de emocion porque lo abandono en tus brazos.

—¿No te aterra la idea de huir del lado de tu padre?

—Dios manda que le abandone para seguir á mi esposo.

—¡Angel divino!—exclamó con entusiasmo Polioni al estrechar contra su pecho el pecho amante de su tierna esposa.

En aquel momento resonó un terrible grito en el extremo opuesto de la calle de árboles.

Habíalo exhalado una mujer.

Sin duda Berta.

Luego se escucharon estas angustiosas voces:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Misericordia!

Despues nada.

Un silencio sepulcral reinó de nuevo en el jardin.

—¡Cielos!—exclamó Leonor con espresion de espanto y abrazándose fuertemente á la cintura de Polioni.—¿Quién á exhalado ese grito? ¿Quién dió tan angustiosas voces?

—Berta sin duda,—contestó el escudero desnudando con rapidéz la espada.

—¿Berta?

—Mis temores se realizan, Leonor mia.

—¡Oh Dios!

—¿No escuchas á lo lejos pasos precipitados que se acercan?

—Sí.

—Son los soldados de tu padre que vienen en nuestra busca.

—¡Es imposible!

—¿Cómo me explicas, pues, ese tumulto?

—Mi padre...

—Viene á derramar mi sangre, de la cual sediento se halla.

—Huye si tal sospechas.

—¿Huir sin tí?

—Salva tu vida que es la mia.

—¿No juraste seguirme?

—Me faltan fuerzas para seguir tus pasos.

—Te llevaré en mis brazos... ven.

—Seré un estorbo en tu fuga.

—No.

—¡Dejame!...

—Pues bien; quedemos los dos.

—¡Huye!...

—¿No es mi muerte la que deseas?

—¡Ah madre mia y con cuanta crueldad me tratan todos!

—Pues si salvar mi vida anhelas, sálvala huyendo á tu vez. Pero pronto... nuestros perseguidores se aproximan... ¿oyes sus pasos?... ¿divisas una luz?...

—¡Huyamos... huyamos y que Dios se compadezca de nosotros!

Y huyeron en efecto asidos de las manos con la velocidad que huye la gacela perseguida de cerca por una jauría de furiosos perros.

Pero para huir era ya tarde.

—¡En nombre del rey, deteneos!—gritó en aquel momento una voz terrible allí muy próxima.

Era la de Felipe el Hermoso.

Leonor al reconocerla lanzó un grito penetrante y desgarrador y cayó sin sentidos á las plantas de Polioni.

El escudero contestó al grito de su esposa con un rujido de rábia.

Veinte espadas amenazaban su pecho en aquel instante.

Dos no más le defendian.

Eran las de Sataniel y Buridan.

—¡Rendios en nombre del rey!—gritaron algunas voces.

Los tres aventureros contestaron á estas palabras arremetiendo á la vez y como leones furiosos contra aquel muro de hierro, en el cual lograron abrir tres brechas con solas tres estocadas.

Desde aquel momento todo fué confusion, griterío y desórden en el campo de batalla, del cual desapareció Leonor como por encanto al desaparecer Sataniel.

Mas bien por cálculo que por temor al número del enemigo, Buridan y Polioni empezaron desde entonces á combatir en retirada.

Amo y criado se dijeron algunas palabras en voz baja.

Y prosiguieron replegándose hácia el muro de la cerca.

De súbito Buridan despareció tambien de entre los combatientes, y un violento portazo y el áspero chirrido de una llave se oyó despues.

Era el postigo que se cerraba para mejor protejer el rapto de Leonor.

Desde entonces los mal heridos soldados de Felipe el Hermoso, que estuvo á punto de volverse loco de desesperacion al notar al fin que se habia quedado sin hija, solo tuvieron que combatir con un enemigo.

Con Polioni que los dejó diezmados antes de rendir su espada, tinta en sangre hasta los gabilanes, sin que en su piel se notára el más leve rasguño.

CAPITULO VI.

Polioni en las prisiones del Louvre.—El interrogatorio.

—¿Qué edad teneis?

—Veintidos años.

—¿Cómo os llamais?

—Polioni.

—¿Sois francés?

—Soy italiano.

—¿Noble?

—Nací en plebeya cuna.

—¿Sois esclavo?

—Soy libre.

—¿Qué profesion teneis?

—La de escudero.

—¿A quién servís?

—Al hombre más bravo, noble y generoso que ha nacido.

—¿Su nombre?

—El caballero Buridan.

Este ligero interrogatorio tenia lugar en uno de los aposentos más lóbregos de las prisiones de Estado en el Louvre, dos horas despues de los sucesos que dejamos apuntados en el capítulo anterior.

El interrogante era Felipe el Hermoso.

El interrogado escusamos decir quien era, puesto que él mismo confesó su nombre sin empacho.

Acusado y acusador se hallaban solos á la sazon.

El esposo de Leonor de Valois, de pié, cargado de cadenas, con los brazos cruzados sobre su robusto pecho, la cabeza descubierta, suelto el cabello, alta la frente, la mirada fiera, pálida la mejilla y el lábio contraido por una sonrisa desdeñosa.

El rey de Francia sentado ante una mesa de nogal sin pulimento, con la frente apoyada en una mano, con la angustia retratada en el semblante cadavérico, y con la mirada fija en el rostro sereno y agraciado del altivo prisiosionero que más que reo juez parecia en aquel supremo instante en que sin duda se hallaba al borde de la tumba.

La luz de una lámpara iluminaba de lleno sus facciones, al paso que las del acongojado monarca envueltas permanecian en una semi-oscuridad.

Despues de la última contestacion de Polioni, el más profundo silencio reinó en la prision por espacio de dos ó tres segundos.

Al fin fué interrumpido de súbito por la voz de Felipe que dijo con mucha calma pero con espresion de la más grande amargura:

—¿Conque sois vos el infame cómplice del no ménos infame Buridan? No me engañaba el deseo.

—Polioni soy, el fiel amigo del más valiente caballero.

—¡Del más infame!

—Perdonad. Yo creo á mi señor tan honrado como el mismo rey de Francia.

—¡Miserable!—exclamó Felipe con mal reprimido enojo y descargando un violento golpe con el crispado puño sobre la tabla de la mesa.

Polioni permaneció impasible.

—¿Ignorais que hablando estais al rey?

—No lo ignoro.

—¿Y no ignorándolo osais hablar con tal cinismo y arrogancia?

—¿Cinismo llamais al lenguaje de la verdad?

—¡Villano!...

—En nada creí ofender al rey defendiendo á mi señor ausente, á mi señor por quien estoy dispuesto siempre á sacrificar mi vida, pero si ofendido le hube que me perdone le suplico.

—¿Conque tanto amais á ese rebelde hidalgo?

—Como á mi padre amaria; y perdóneme Dios, aún creo que un poco más.

—Os titulais su hijo segun dicen.

—Con tal título me honro.

—¿Há mucho que estais á su servicio?

—Bastante tiempo.

—¿Dónde le conocísteis?

—En Italia, y algunos dias antes de hacer prisionero por órden de V. A. al Papa Bonifacio.

—¿Siempre permanecísteis á su lado desde entonces?

—Siempre no, pues que la suerte adversa nos separó una noche ante los muros del castillo de Gisors.

—¿Cuando cayó prisionero?

—Sí.

—¿Y cómo amándole tanto huisteis cobardemente dejándolo abandonado?

—No huí sin matar antes á cuantos se pusieron al alcance de mi espada. Lo que hice fué partir á cumplimentar sus órdenes.

—¿A dónde?

—A Flandes.

—¿A Flandes?

—A la ciudad de Brujas.

—¿Y qué debiais hacer allí?

—Buscar á su prometida esposa.

—El nombre de esa mujer.

—Madama María de Compliegne, ó Blanca-flor, que para mí es lo mismo.

—¡Ah! ¿Conque Buridan amaba á Blanca-flor?

—Y la ama todavía.

—¿Lográsteis hallarla en Brujas?

—Llegué tarde para tener tal dicha.

—Explicaos.

—Habia sido robada de la ciudad de un modo misterioso, por un amante terco que la perseguia sin trégua ni descanso, á pesar de no ser por ella amado.

—¿Conoceis el nombre de ese amante?

—Sí, Monseñor.

—Decidlo.

—No sé si debo...

—Debeis decir toda la verdad, como jurásteis hacerlo antes de empezar el interrogatorio.

—Pues bien; el robador de Blanca se llama Felipe de Valois.

—Adelante,—dijo el rey con una calma glacial.

—He contestado á la pregunta, señor.

¿Sabeis á dónde condujo á la mujer amada desde Brujas?

—A París.

—¿Sabeis en qué lugar la oculta?

—En el hotél de Nesle.

—¿Y tambien sabeis...

—Que hoy la titula el mundo la condesa de Burdeos.

—¿Y Buridan?

—Lo sabe como yo.

—¿Y qué intenta?

—Rescatarla.

—¿Apelando á la fuerza?

—O á la astucia.

—¿Escalando los muros del hotél?

—O minando la tierra donde asienta sus cimientos.

—¡Ira de Dios! ¿Osará á tanto?

—Porque le asiste el derecho.

—¡Cómo!

—Robar á quien le robó primero, no es gran pecado, señor.

—¡Bellaco mal nacido!... ¿Llamas ladron al rey?

—¿Pues qué nombre merece el que roba la mujer agena, de noche y con violencia?

—¡Miserable! ¿Te empeñas en que amordace tus lábios? Pues por Jesús crucificado que á conseguirlo vas.

—Si la verdad ofende al rey, ¿por qué me obliga á dedecirla?

—Acabemos.

—Acabar ansío.

—¿Sois en resúmen el que dió libertad á Buridan hace dos meses?

—Sí, Monseñor.

—¿El que robó de Gisors una doncella...

—¿Robar? Con permiso del rey rechazo esa acusacion.

—¡Cómo!

—Yo no he robado nunca.

—Robásteis el honor á una dama.

—¡Calumnia!

—¿Qué hicísteis, pues, en Gisors la noche en qué os fugásteis de sus muros con Buridan y Lherbíer?

—Ceder á las súplicas de una niña enamorada que me pedia con lágrimas la arrancase de la esclavitud en que gemia para hacerla mi esposa.

—¡Mentís!

—Apelo á Leonor para probar que no miento.

—Y bien, cierto será que ella os siguió gustosa hasta el pié de los altares; ¿pero es ménos cierto que á vos se unió engañada miserablemente?

—Engañada... tal vez.

—¿Lo confesais?

—Confieso que la mentí nobleza.

—Y amor.

—No, Monseñor; no pude mentir una pasion que me esclavizaba y esclaviza, una pasion que ella leyó mil veces en mis ojos, como yo leí en los suyos la que su pecho atesoraba.

—¡Infame!

—¿Es infamia amar como yo amo? ¡Oh buen Dios! Entonces acepto la calificacion de V. A. é infame apellidaré á cuantos aman de igual suerte.

—¡Callad! ¡Callad!

—Plego mi lábio.

—Que la ama osa decir... y osó tambien unirse á ella...! á una princesa real...

—Hé ahí mi crímen que estoy pronto á purgar...

—¡Con la cabeza!

—Y bien, tanto me importa; pero conste al rey que antes de unir su suerte con la mia en los altares, yo ignoraba que por las venas de la hermosísima Leonor la sangre de cien reyes circulaba.

—¿Que lo ignorabais?

—Lo juro por su propia salvacion.

—¿Y cuándo lo supísteis?

—Cuando ya era imposible deshacer lo hecho, cuando ya el sacerdote unido nos habia con lazos indisolubles.

—¿Leonor os lo confesó?

—Creyendo la cuitada hacerme venturoso, pero en realidad para hacerme, sin ella sospecharlo, el más desgraciado de los hombres.

—Explicaos,—dijo el rey en cuyo pecho mil pasiones contrarias batallaban.

—Muy desgraciado, sí, porque no se me ocultó que desde entonces un abismo insuperable debia separarnos para siempre.

—¿Y espusísteis á Leonor vuestros temores?

—Sí, alteza, pero su corazon no desmayó como desmayaba el mio: por el contrario, se consideró más fuerte porque abrigaba la esperanza de obtener el perdon de vuestra gracia.

—¡Oh! ¡oh!

—Mas soy franco, señor; sus esperanzas nunca pudieron halagarme, y á haber ella seguido mi consejo...

—¿Qué hubiérais hecho?

—Huir al rincon más ignorado de la tierra.

—¡Por el cielo! ¿Queriais privar á un padre de las caricias de su hija?

—Para que el padre no me privase á su vez como lo hizo, de las caricias de mi esposa.

—Vos mismo confesásteis que un crímen considerábais la posesion de tal tesoro.

—Cierto... muy cierto, Monseñor, y por eso...

—Acabad.

—Renuncié luego á su posesion con el pecho desgarrado por el dolor.

—¿Que renunciasteis?— preguntó Felipe con ansiedad y abrigando una súbita esperanza.

—Sí, alteza.

—Explicaos.

—¿No me comprendeis, señor?

—Explicaos, hidalgo.

—V. A. olvida que nací en plebeya cuna.

—Hidalgo sois desde el momento que á Satán le plugo uniros á mi hija.

—¡Oh!

—Proseguid, proseguid. Dijísteis...

—Que respetar supe la pureza y virginidad de mi adorada esposa.

—¿Es verdad eso?

—Vírgen llegó á mis brazos al pié de los altares, y vírgen la separó de ellos el destino cruel.

—¿No me engañais?

—Lo juro por la memoria de mi madre.

—Bien... muy bien: cumplir supísteis como bueno.

—Señor...

—Premiar sabré vuestra virtud, mancebo.

—No aspiro á premio alguno, alteza.

—¿Pues á qué aspirais?

—A morir.

—¡Tan jóven!

—No se me oculta que la muerte vate sus fatídicas alas sobre mi cabeza en este instante.

—Tranquilizaos.

—Tranquilo estoy.

—El rey podrá perdonaros vuestras pasadas faltas.

—Lo dudo.

—Os ha perdonado ya.

—Si eso es cierto, al rey le doy las gracias.

—Y está pronto á entregaros la mano de Leonor...

—¡La mano de Leonor!... ¡A mí!...

—Si la rescatais sin pérdida de tiempo.

—¿Y cómo?

—Descubriendo el lugar donde Buridan la oculta en este momento.

—Lo ignoro.

—Es imposible.

—¿Cómo puedo saber lo que no he visto?

—Lo sabríais de antemano.

—Tampoco, señor.

—Sabreis el lugar donde se oculta Buridan y donde vos mismo habeis hasta hoy permanecido oculto.

—Eso sí.

—Reveládmelo y es bastante.

—Me exigís un crímen y soy incapáz de cometerlo.

—¡Cómo!

—Me exigís que delate á mi señor, mas por fortuna no de la raza vengo de los Judas.

—¡Polioni!...

—Perdonad la rudeza del lenguaje.

—Os pido que me ayudeis á salvar de un peligro á vuestra esposa.

—Habed tranquilidad, alteza, pues Leonor ningun peligro corre en poder del más hidalgo de los hombres.

—Os pido que me ayudeis á rescatarla.

—¡Por medio de una traicion cobarde!..... ¡Qué horror!

—¿Accedereis?

—¡Jamás!

—Decid por grado lo que más tarde tendriais que decir por fuerza.

—¡Ah! ¡ah! Se trata del tormento...

—A él os someteré para descubrir el paradero de Leonor.

—Trabajo inútil. Los dolores más horribles, la proximidad de la muerte, no serian capaces de arrancarme del pecho este secreto que tanto importa á la vida del mejor de los amigos.

—¿No?

—¡No!

—Recapacitad.

—Mi propósito está hecho.

—Temed arrepentiros tarde.

—¡Nunca!

—Ved que vuesta terquedad os hará perderlo todo.

—Nada me importa la vida.

—¿Y la posesion de vuestra esposa? ¿y los títulos? y los honores? ¿y las riquezas que estoy pronto á concederos?

—Nada tampoco si todo lo he de conseguir cometiendo el más horrendo de los crímenes.

—Por última vez. ¿Descubrireis el asilo donde se oculta ese infame aventurero?

—No y mil veces no.

—Entre Leonor y su raptor, ¿por quién obtais?

—Por los dos.

—No puede salvarse el uno sin que se pierda el otro.

—Pues bien; sálvese Buridan y muera Leonor, ya que á morir su padre la condena.

—¡Miserable!

—Ho dicho, señor.

—¡Y aún sostiene que la ama!...

—Si vuestro amor de padre y mi amor de esposo pudieran colocarse en la balanza...

—¡Infame!....¡Infame!...

—¡Basta de insultos, denuestos y amenazas!—exclamó Polioni agitando con brío sus férreas cadenas.—¿Es mi muerte lo que deseais? Enhorabuena. Llamad á los verdugos y aprendereis abnegacion viendo morir á un hijo por salvar la vida de su padre.

—¿Tú lo quieres?... ¡Pues sea!—gritó el rey con voz convulsa y levantándose con violencia para dirigirse á la puerta de la prision.

Polioni entonces estendió una mano y dijo con calma glacial:

—Una palabra, Monseñor.

—¿Vais á confesar?

—Todo ménos eso.

—¡Por el cielo!...

—Pero olvidaba una circunstancia grave.

—Decid y sed breve, porque se agota mi paciencia.

—Y digo grave, señor, porque supongo que un resto de paternal amor aun debe en vuestro pecho albergarse.

—¿Qué dice este miserable?

—Si amais á Leonor, juzgo mi muerte imposible.

—¿Imposible? Vana esperanza. El desengaño lo tocareis muy pronto.

—Pronto tambien sufrireis el más cruel de los dolores.

—¡Cómo!

—El caballero Buridan está resuelto á sepultar su propia daga en el pecho de vuestra hija en el mismo momento en que yo muera á vuestras manos.

—¡Poder de Dios!

—Tal amenaza lanzó á vuestros soldados al fugarse anoche con su presa, y harto sabeis cómo cumple Buridan sus amenazas.

—¡Que matará á mi hija!...

—Creerá la represalia justa.

—¿Y vos tambien la creeis justa?

—Sí, conociendo la inmensidad del amor que me profesa ese hombre; no, adorando como adoro en esa infeliz niña, juguete como yo de la más negra fortuna.

—¡Dios!... ¡Dios!... ¡No permitas que me vuelva loco!

—No os imploro por mi vida que me es odiosa ya desde que el amor de mi Leonor es para mí un imposible... Os imploro por la suya, rey de Francia.

—¡Buridan!... ¡Buridan!... ¡Confúndate el averno!

—Rescatad vuestra inocente hija dejándome en libertad sin daño alguno, y si despues de rescatada podeis haberme á las manos, mil muertes dadme, que mil muertes merezco.

—¡Oh! Esta duda cruel me despedaza el pecho.

—Tomad una resolucion pronta, Monseñor.

—¿Conque es preciso dejarte en libertad para que viva ella?

—De todo punto preciso.

—¡Sea, ya que el infierno lo quiere!

—No es el infierno, es el cielo quien trata de evitar que derrameis la sangre del esposo de vuestra pobre hija que al quedar viuda de dolor moriria maldiciéndoos.

Felipe el Hermoso al escuchar estas palabras pronunciadas por el preso con acento sentencioso, exhaló un penetrante grito de terror y huyó de la prision para refugiarse en su cámara, dejando á Polioni sumido en mil dudas y temores.

CAPITULO VII.

En donde se dá cuenta de los medios empleados por Sataniel para salir de la condicion de siervo.—De poder á poder.

Cuando tuvo lugar este acontecimiento era ya muy entrada la mañana.

A imitacion del rey, el superintendente de Hacienda, Mr. Enguerrando de Marigny, no habia dormido la noche anterior ni cesado de dar pasos inútiles para hallar á la jóven duquesa de Lyon y sus raptores.

A la sazon encontrábase en su despacho, solo, con los brazos cruzados sobre el pecho, paseando desde el balcon al muro opuesto, con la angustia retratada en el semblante, y el oido atento á cualquier ruido que resonaba al otro lado de la cerrada puerta, de la cual no separaba sus azorados ojos.

—No vendrá,—murmuraba á media voz con el mayor desaliento,—no vendrá y todo vá á perderse.

Y estas mismas palabras las repitió muchas veces en tanto que proseguia su monótono paseo.

Al fin se abrió la puerta del despacho, y una voz respetuosa exclamó desde el umbral:

—¿Dá vuestra gracia permiso?

Al reconocerla, Enguerrando que se hallaba de espaldas y próximo al balcon, dió un brinco de alegría, mas reponiéndose de súbito contestó con la mayor naturalidad y sin volver la cabeza:

—Adelante el que sea.

Sataniel penetró entonces en la estancia.

Vestía con la elegancia y lujo que le era peculiar, y en su semblante no se advertia ninguna alteracion.

Por el contrario, leíase en él una tranquilidad de conciencia á toda prueba.

—El cielo guarde á monseñor,—dijo depositando el birrete en un sitial.

—Y á vos tambien,—contestó el conde de Longueville volviéndose lentamente y fijando su mirada de águila en el sereno rostro de su privado y cómplice.

Despues añadió:

—Tarde venís hoy, señor hidalgo.

—¿Tarde?—contestó Sataniel con acento chancero.—Por el contrario, creo haber venido á cumplir con mi deber más temprano que nunca.

—Tal vez tengais razon.

—¿Me esperaba vuestra gracia?

—Con impaciencia suma.

—¡Ah! Pues ved explicada la causa...

—No hablemos más de ese incidente.

—No hablemos más si os desagrada. Pero habeis dicho que me esperábais...

—Con impaciencia suma, sí.

—¿Pues qué ocurre?

—¿No adivinais?

—Algun trabajo...

—No se trata de asuntos del Estado.

—Entonces...

—Cerrad la puerta, Sataniel.

Sataniel obedeció.

—Ahora sentaos.

—¿En vuestra presencia?

—Yo os lo permito.

—Tanta bondad...

—Muchas os he dispensado sino recuerdo mal.

—¡Oh! Sí.

—Pero á todas habeis sido al fin ingrato.

—¡Cielos! ¿Que tal creais, señor?

—¡Silencio! Os prohibo defenderos por ahora.

—Mas...

—Os lo prohibo.

—Está bien.

—Ante todo voy á poner en vuestro conocimiento la desgracia que ha tenido lugar...

—¿Dónde?

—En el Louvre.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¡Una desgracia!

—De grande trascendencia.

—¡Oh!

—La duquesa de Lyon ha sido robada.

—¡Cielos!

—¿Ignorábais tan doloroso suceso?

—Sí, monseñor.

—¿Nadie os lo ha notificado al entrar en el Louvre?

—Nadie.

—Celebro ser el primero en comunicaros tal noticia.

—¿Pero quién fué el raptor?

—Asombraos. Vos mismo.

—¿Yo?—exclamó el jóven fingiendo el mayor asombro, y en realidad esperimentando una gran consternacion.

—Vos.

—¿Yo el raptor de madama Leonor de Valois?

—Vos, Sataniel, vos.

—¡Miente quien tal afirme!

—Yo lo afirmo y no miento, señor aventurero.

—Habeis sido engañado infamemente.

—No.

—¿Teneis pruebas del crímen que me imputais?

—Tengo pruebas.

—¿Dónde están?

—Aquí,—dijo el conde de Longueville sacando un objeto de uno de los cajones de la mesa-despacho y mostrándoselo al antiguo monedero falso.

—¿Qué es esto?—preguntó Sataniel con espresion de terror y palideciendo por grados.

—Miradlo bien.

—¡Un bolsillo de seda!...

—Que ayer os pertenecia.

—¿A mí?

—Sin duda. Ved qué iniciales tiene bordadas con oro.

—¡P. y S!

—P. y S.

—¿Y bien?

—O lo que es lo mismo: Pedro Sataniel.

—¿Cuántos nombres y apellidos no pueden empezar con esas iniciales?

—Cierto que muchos, pero solo á vos conozco que posea las dos que aquí bordadas veo.

—Señor, esa prueba no basta para acusar á un hombre de tan horrendo crímen.

—¿Lo creeis así?

—Y lo creería el juez más interesado en condenarme.

—¿Quereis que haga la prueba?

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Quereis que os someta á un tribunal en averiguacion de vuestra culpabilidad ó inocencia?

—Haced lo que gusteis.

—¡Temerario! Me retais sin calcular las consecuencias del reto.

—Calculo que el resultado sería...

—La horca.

—Hace tiempo que me espera.

—¿Y ansiais á su espera poner término?

—Confieso que nó, señor.

—Pues sed prudente.

—No me escedo.

—Y sed franco.

—Ya lo soy.

—¡Mentís como un bellaco, Sataniel!

—Monseñor...

—Y no es por cierto la mentira lo que decirme siempre jurásteis cuando os arranqué de las gradas de un infamante suplicio.

—¡Oh buen Dios y cuántas veces me habreis recordado ese suceso! En cambio yo que más de una vez os he salvado la vida y el honor, y más de una vez tambien llené de oro las arcas del Erario para arrancaros de la ruina, del proceso y del patíbulo, en cambio yo, repito, jamás enrojecí vuestras mejillas recordando lo que recordar no debe ningun hombre que por hidalgo se tenga.

—¡Vive el cielo!...

—Si esta verdad os amarga no me culpeis por haberla pronunciado.

—¿Osais á mí?

—Sí, monseñor, porque se agota el sufrimiento.

—¡Villano!...

—¡Alto allá el noble!—rugió Sataniel desenvainando la daga con la rapidéz del rayo y asiendo con fuerza convulsiva por el cuello al sorprendido ministro antes de que este tuviera tiempo de evitar la accion ni exhalar el menor grito.—Si un nuevo insulto pronuncian vuestros lábios, juro á Cristo librar á la Francia en el instante del mayor ladron que calza espuela de oro, debiendo calzar el grillo del galeote.

—¡Sataniel...—barboteó Enguerrando con voz ahogada y suplicante acento.

—Os mato si dais un grito.

—¡Piédad!

—¿Confesais que tengo razon de hacer lo que estoy haciendo?

—Sí.

—¿Confesais que habeis abusado de mí de un modo infame?

—¡Me ahogo!...

—¿Lo confesais?

—Sí, sí.

—¡Ya era hora!

—¡Piedad! ¡Piedad!

—No os la tendré sino jurais dejarme libre en el instante.

—Lo juro.

—Cumplid, pues, por la vez primera lo jurado.

Y al decir esto Sataniel abandonó su presa, pero sin separar un punto la daga de su pecho.

Enguerrando entonces se dejó caer pesadamente en un sitial exhalando un angustioso y sofocado grito.

—¡Oh!—exclamó luego con impotente rabia al notar que estaba desarmado.—Me has vencido esta vez como saben vencer los traidores y asesinos, pero tiembla, esclavo.

—Repito que os sepulto la daga en el corazon si me insultais de nuevo.

—¿Te atreverás?

—Ponedme á prueba.

—¿Te atreverás á derramar la sangre del primer ministro de Francia?

—Aquí no existe el ministro, sino el primer criminal del reino.

—¡Oh rabia!

—Aquí no existe el conde de Longueville, sino el cómplice de Sataniel, el monedero falso con patente real.

—¿Qué dice este loco?

—Aquí, en fin, solo existen dos hombres infames en igual grado, dos hombres que se aborrecen hace tiempo, dos hombres que desean destruirse el uno al otro.

—¡Ah! ¡ah! ¿Conque deseas mi muerte?

—Como vos la mia.

—¡Desgraciado! Si tu muerte deseara, hace una hora que estarias preso y dos más tarde en Montfaucon.

—¡Oh! ¡oh! Sino estoy preso, sino estoy camino de la horca... ¿á quién debo beneficio tanto?

—Al cariño que en mal hora me inspiraste, ingrato.

—No, monseñor; lo debo al miedo... al miedo horroroso que os inspiro.

—¿Inspirarme miedo tú?

—Sí, poderosísimo señor.

—¡Estás loco!

—Más miedo os inspiran las revelaciones que puedo hacer, las pruebas que puedo presentar, que la punta de esta daga.

—¡Revelaciones!... ¡Pruebas!...

—¿No es cierto lo que digo?

—¡Oh!

—Una puñalada certera en el corazon mata en el acto sin dolor y sin causar deshonra, pero las revelaciones y las pruebas presentadas al Parlamento, ¿cuántos dolores, cuántas muertes lentas é interminables no os harian sufrir? Primero el calabozo, la cadena, el pan negro, el agua turbia y la paja hedionda; luego el proceso; despues la pérdida de todos los empleos, honores y regalías; más tarde la sentencia infamatoria, la confiscacion, la persecucion de la familia... y por último la horca de Montfaucon, el suplicio de los traidores, ladrones y asesinos.

—¡Calla!

—¡Oh! ¿Cómo no he de creer que prefeririais una puñalada á todo eso? Si yo os matase ahora, la execracion caeria únicamente sobre mí; el rey lloraria vuestra muerte, todos honrarian vuestra memoria, y vuestra esposa y vuestros hijos quedarian con honra, con títulos y honores, y serian ricos... muy ricos con el fruto de vuestra rapacidad.

—¡Baja la voz!

—¡Ah! Teneis miedo..... confesais al fin que teneis miedo...

—Sataniel, Sataniel... ¿por qué me aborreces tanto?

—¿Y me preguntais la causa?

—¿No te salvé la vida?

—Yo os la salvé mil veces.

—¿No te he colmado de riquezas?

—Yo las habia ganado con el sudor de mi frente.

—¿Te he causado algun mal?

—Infinitos males, y el mayor de todos la odiosa esclavitud en que me habeis hecho vivir por espacio de tantos años.

—¿Es la esclavitud la que te ha conducido á tal extremo de desesperacion?

—¿Quién lo duda?

—¿Y quieres ser libre?

—En el instante.

—Libre eres, pues.

—No, no es de esa suerte como se otorgan patentes de libertad á los esclavos y los siervos. Tomad una pluma, estended una cédula en toda regla, estampad en ella el sello real y todo habrá terminado entre nosotros.

—¿Todo?

—Dije mal. Vuestro ódio me perseguirá hasta la tumba, pero soy franco, vuestro ódio ó vuestra amistad me importan ya muy poco, señor conde.

—¡Que hasta ese extremo me creas vengativo!

—Escribid, escribid, porque perdemos el tiempo lastimosamente,—replicó el hijo de Zoraida con voz de autoridad.

Y entonces el poderoso ministro obedeció temblando de terror, y algunos minutos despues Sataniel tenia en su poder el codiciado documento que lo hacia libre.

Enguerrando dijo luego:

—¿Quieres además un salvo-conducto para seguridad de tu persona?

—No, monseñor.

—Acéptalo, y así tendré ocasion de darte una nueva prueba...

—Nada temo de vos.

—Haces bien en no temer.

—Y digo que nada temo porque vuestra cabeza salvará siempre la mia.

—¿Aun me amenazas?

—Solo hago refrescar vuestra memoria.

—¡Ingrato... ingrato amigo!

—¿Amigo me llamais?

—Cuándo te negué tan cariñoso título?

—¡Es verdad! Cuando os prestaba algun importante servicio de esos que no tienen precio, soliais pagármelo con la palabra *amigo*, pero pronunciada á solas y de modo que yo solo la oyese.

—Entonces eras mi siervo.

—Tambien es verdad.

—Un abismo nos separaba á los ojos del mundo, pero ahora que eres libre, ahora que puedes adquirir sin grande esfuerzo una ejecutoria de nobleza, ahora que el mundo nada podrá criticarme, el título de amigo te lo daré á cada instante, y me honraré con tu amistad, y tendré á grande estima que habites bajo mi propio techo.

—Gracias, señor; mil y mil gracias,—dijo Sataniel sin tratar de disimular la irónica sonrisa que le arrancaba la bajeza y pequeñez de aquel hombre á quien todos tenian por grande, fuerte y poderoso.

—¡Cómo!—exclamó Enguerrando con nuevo sobresalto. —¿Desprecias mi amistad?

—Por el contrario: la tengo en grande estima.

—¿Mas no la aceptas?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque para aceptarla es tarde.

—Explícate.

—Ni debo ni quiero hacerlo.

—Pedro...

—Basta, señor, basta, y despidámonos si os place.

—¡No, por el cielo! Te alejas enemigo y tu enemistad me causa espanto.

—¡Ah! Os causa espanto.

—¿Por qué negarlo? ¿Por qué fingirme fuerte cuando ante tí soy débil? ¿Porqué fingirme poderoso cuando mi vida está en tus manos?

—¿Desde cuándo, señor?

—Desde que Satanás me sugirió la idea de hacerte depositario de todos mis secretos.

—Y si lo sabiais, ¿por qué de amigo en enemigo me trocásteis en fuerza de abusos, ingratitudes é insultos?

—¡Oh!

—Responded.

—Estaba loco... me cegó el orgullo y la soberbia.

—¡Necio del grande que así al pequeño desprecia!

—¡Perdon, Sataniel, perdon por mis pasadas faltas!

—¡Basta, señor!

—Yo te juro trocar en bien todo el mal que te he causado.

—Es tarde.

—Acepta mi amistad.

—No acepto tanta honra.

—Otórgame la tuya.

—Mi amistad solo se otorga á los pequeños, á los débiles, á los desheredados.

—¿Y á los grandes, fuertes y poderosos?

—Se vende.

—Yo te la compro,—dijo el superintendente exhalando un suspiro de salvaje alegría.

—¿Sabeis que vale mucho?

—Pide riquezas sin tasa.

—Rico soy ya.

—Pide ejecutorias de nobleza.

—Nací en hidalga cuna, y eso colma mi ambicion.

—¡Ah! ¿Lograste descubrir al fin...

—Sí, Monseñor: logré descubrir el orígen de mi nacimiento, pero la historia no es del caso.

—¿Qué exiges, pues, por tu amistad preciada?

—Muchas cosas que hoy seria dificil comprar con raudales de oro.

—¿Puedo yo otorgártelas?

—¿Y cómo no si sois el verdadero rey de Francia?

—Pide, pide sin tasa ni medida. ¿Qué deseas?

—En primer lugar que sea puesto inmediatamente en libertad el esposo de madama la duquesa de Lyon.

—¡Cielos!

—¿Qué os asombra?

—¡Sabes...

—Todo lo ocurrido en el Louvre desde ayer.

—¿Conque no ha mentido Berta? ¿Eres tú...

—Yo el verdadero raptor de Leonor de Valois.

—¡Misericordia! Te has aliado con ese terrible aventurero llamado Buridan...

—No lo niego, porque ya confesarlo no me importa.

—¿Qué has hecho, infeliz?

—Cumplir un deber sagrado.

—¡Un deber sagrado! Explícate.

—Me declaré rebelde al rey para ser leal al hombre por cuyas venas mi propia sangre circula.

—¡Qué escucho! Buridan...

—Es mi hermano.

—¡Ah!

—Mi bravo y perseguido hermano, de cuya existencia ignorante he vivido hasta hace poco tiempo.

—¿Era Buridan el misterioso personaje que te acompañó á la abadía de Maubuisson?

—El mismo.

—No fueron mis sospechas infundadas.

—Y bien, ahora que todo lo sabeis, ¿qué opinais de mi conducta?

—Nada quiero opinar.

—¿Obré como bueno al pasarme á las filas de mi hermano abandonando las de sus enemigos?

—No puedo negar que sí.

—Ni el mismo rey lo negaria.

—¿Mas qué intenta ese hombre al apoderarse de madama Leonor?

—¿No adivinais, vos que todo lo sabeis?

—¿Rescatar por ese medio á su antigua querida Blancaflor, hoy condesa de Burdeos?

—Sí.

—¿Y á los hijos de Margarita de Borgoña?

—A sus hijos ante todo.

—Pero pretender eso es un delirio.

—Yo no lo creo tal.

—Monseñor ignora que esos niños son hijos de Buridan y Margarita...

—Sí, porque al rey de Navarra, á Isabel de Rocafort, y á vos sobre todo conviene que en tal ignorancia viva. Adelante.

—Lo ignora, repito, pero ama con delirio á Blanca; y antes que consentir entregarla á Buridan...

—¿Qué hará? ¿Dejar morir á su hija?

—Tanto...

—Pues eso conseguiria reteniendo un dia más en su poder á la prometida esposa de mi hermano. Que lo tenga en cuenta el rey; á su primera negativa de canjeo el cadáver de la jóven duquesa de Lyon, flotará sobre las aguas del Sena.

—¡Horror!

—La represalia será justa.

—Pero...

—Hablemos claros, señor conde. ¿Estais dispuesto á comprar mi silencio con un importante servicio?

—¿Y cómo no?

—Pues bien. Opérese el milagro, sin importarme el cómo.

—Se operará... se operará ó dejo de ser hoy mismo primer ministro de Francia.

—Hoy mismo tambien debe ser puesto en libertad sin daño alguno el fiel escudero de mi hermano.

—Prometo que sí.

—Y ¡ay! del rey y de vos si alguien intenta seguir sus pasos ó los mios para descubrir el asilo donde se oculta Buridan.

—Tranquilízate, amigo mio.

—Nuestras medidas están bien tomadas para evitar una sorpresa, y nuestra resolucion es morir, pero despues de matar.

—¡Oh!

—Es cuanto debo advertiros, monseñor.

—Y sobra para entendernos.

—El cielo os guarde.

—¡Cómo! ¿Ya te alejas?

—Os robo un tiempo precioso para los dos.

—¿Y no hemos de volver á vernos?

—¿Quién lo duda si el peligro cesa?

—Ninguno existe para tí en el Louvre.

—Si alguno existiera, seguro estoy que tratariais de alejarlo de mi paso.

—¡Oh, sí! Pero no temas, repito, porque nadie, escepto yo, sabe en palacio que tú eres el raptor de la princesa.

—¿Es posible? El rey...

—Lo ignora tambien.

—¿No fué presa Berta?

—Sí.

—¿No confesó su complicidad...

—Sí.

—Entonces...

—Mas únicamente Dios fué testigo de la confesion que me hizo...

—¡Ah!

—Pocos momentos antes de morir.

—¡De morir!

—Berta ha muerto estrangulada por mi mano, Sataniel.

—¡Oh! ¡oh!

—Un nuevo crímen... ¿qué importa? Con él me he salvado y te he salvado.

Sataniel contempló un momento con horror á su cómplice, y luego dijo:

—Que Dios no os lo tome en cuenta, monseñor.

—¡Ay!—suspiró el ministro;—no es la cuenta con el cielo lo que más me preocupa en este instante.

—Es la cuenta con los hombres.

—Sí.

—Lo comprendo, porque es la que más apremia.

—Que ellos me dejen en paz y el arrepentimiento vendrá luego.

—En paz os dejaré muy pronto si haceis que de Francia en paz me aleje con mi hermano y mis sobrinos.

—¡Cómo! ¿Piensas partir...

—A Castilla en busca de la tumba de mi padre.

—¿Y Buridan?

—Tambien.

—¿Con Margarita?

—¿Quién se acuerda de la reina de Navarra?

—Tu hermano la ama.

—La amó en otro tiempo.

—Tu hermano la acaba de arrancar de las prisiones de Gaillard.

—Por salvar la vida de la madre de sus hijos.

—¡Ah!

—Por lo demás entre Margarita y Buridan hay un abismo insuperable. La primera ya es libre, para nada le necesita teniendo á Odon por protector; el segundo solo ambiciona la posesion y el amor de sus hijuelos.

—Y verá pronto su ambicion colmada.

—¿Teneis esperanzas de que el rey...

—Mucho confio en mí mismo.

—Quiera Dios que transija y nos evite un crímen y la desgracia eterna.

—¡Oh!

—No os canseis de repetírselo: á su primera negativa el cadáver de la duquesa de Lyon flotará sobre las aguas del Sena.

—Esa amenaza domará su orgullo.

—Ay de él sino lo doma, y ay de vos si antes que el dia espire Polioni no se encuentra en libertad.

—Libre será aun contra la voluntad del rey.

—Me tranquilizais, señor conde, porque en poder de mi hermano están las pruebas acusadoras que en un segundo pueden sepultaros en el abismo; y aun cuando yo intentase salvaros de la ruina, mi intento sería nulo.

—¡Me llenas de terror y asombro! ¿Que esas pruebas están en poder de Buridan?

—No lo dudeis.

—¡Maldicion! ¿Qué hiciste?

—Tomar mis precauciones antes de venir al Louvre.

—Que el cielo te perdone, Sataniel.

—No me acuseis de injusto.

—No, no.

—Obré como el peligro aconsejaba.

—Yo apruebo tu conducta.

—¡Me inspirábais tan poca confianza!

—¡Oh!

—¿Qué quereis? seré incrédulo... pero he creido tan poco siempre en vuestra amistad y cariño, que en esta ocasion debí creer ménos... mucho ménos.

—Sataniel...

—Perdonad mi mucha descortesía.

—Si yo pudiera probarte que mi perversidad no es tanta como la que tú imaginas.

—¿Quién duda que podeis probármelo?

—Tú.

—Estais en un error.

—¿De veras?

—Con pruebas se convence á los incrédulos:

—No he de tardar, pues, mucho tiempo en convencerte.

—¡Quiéralo el cielo!

—Mañana tendrás noticias mias.

—¿Satisfactorias?

—Se entiende.

—Que las tenga Buridan es lo que más me importa.

—Las tendrá tambien.

—Hasta mañana, pues, señor.

—Hasta mañana, Sataniel.

CAPITULO VIII.

De cómo Buridan llevó la temeridad y osadía hasta el estremo de imponer condiciones al rey más poderoso de la tierra.

No bien Sataniel habia salido del gabinete-despacho del superintendente de Hacienda á quien dejaba vencido y humillado tanto como él lo estuvo á sus piés en otro tiempo, cuando un paje del rey vino á toda prisa en busca del ministro.

El conde de Longueville que veia en aquel llamamiento del monarca una ocasion oportuna de comenzar sus trabajos de zapa en pro de la causa del osado aventurero que habia llegado á ser la pesadilla de Felipe y el coco de la córte, se apresuró á presentarse en la cámara real.

En ella se hallaba solo el angustiado rey sepultado en el fondo de un sillon de alto respaldo, medio oculto entre las sombras que proyectaban los tupidos cortinajes de un inmediato balcon, apoyando entre ambas manos su cabeza abrasada por la fiebre, y sosteniendo sobre las rodillas un pliego de pergamino, en cuyo escrito fijos los ojos tenia

cual si tratára de borrar con el fuego de su febril mirada aquellos caractéres trazados por una mano hábil y enérgica á la vez.

Al ruido que produjo la puerta, un estremecimiento involuntario recorrió todo su cuerpo.

Y rápida, aunque automáticamente, dirigió la diestra al diamantino pomo de su daga.

Mas reconoció á su privado, se tranquilizó de súbito y tornó á su primitiva postura despues de exhalar un profundísimo suspiro.

Enguerrando quedó estático y aterrado al contemplar las alteradas facciones del monarca, como tambien de hallarlo tan abatido, tan postrado, tan silencioso y quieto en aquel oscuro rincon cual si dormido ó muerto estára, pero tanto ó más se hubiera aterrorizado de sí mismo ha poderse contemplar en aquel momento en un espejo.

Por obra de Buridan, rey y ministro asemejábanse en aquel instante á dos cadáveres recien salidos de sus tumbas.

Observando que el monarca nada le decia, Marigny avanzó algunos pasos y preguntó respetuosamente:

—¿Monseñor me ha llamado?

—Sí, amigo mio,—contestó Felipe con débil voz, al paso que fijaba su estraviada mirada en el semblante del favorito.—Os he llamado para pediros consejo y suplicaros que no me dejeis solo ni un momento.

—¿Estais enfermo, señor?

—Del corazon, Marigny.

—¡Oh! Harto lo sé y harto deploro esa cruel enfermedad que la ciencia de los más sábios doctores no basta para curárosla.

—No basta, no.

—Si yo pudiera con la sangre de mis venas...

—¡Ah Marigny! De vos lo espero todo.

—¿Será posible? ¿Yo puedo...

—Vos podeis darme la vida ó la muerte en este supremo instante.

—¡Cielos!

—No fiándome de nadie, porque todos al parecer conspiran contra el rey...

—¡Qué escucho! Conspirar contra V. A...

—No me negueis que estoy rodeado de traidores.

—Monseñor...

—No me lo negueis, repito.

—Pero...

—¡Silencio, conde!

—¡Oh! Yo quisiera probar á V. A...

—¿Que me sois fiel?

—Como todos vuestros servidores y vasallos.

—Lo primero podeis hacerlo fácilmente, mas lo segundo sería tarea muy difícil.

—No, Monseñor.

—Sí, Longueville, sí.

—¡Dios mio!

—El rey no ignora que desde un año á esta parte, ni con un solo leal puede contar entre ese enjambre de ser vidores cortesanos que en sus antecámaras pululan.

—¿Ni uno solo?

—El único... quiero creer que sois vos.

—¡Alteza!...

—Dije mal: lo creo firmemente.

—¡Dudais de todos!...

—¿Y cómo no si hay momentos en que hasta del cielo dudo?

—¡Misericordia!

—¡Oh! No sé lo que me digo... ¡el dolor trastorna mi cerebro!

—Calmaos, señor, calmaos y sed justo con los que os aman y tienen la desgracia de no ser comprendidos.

—¿Y quién son esos desgraciados amantes de su rey? —preguntó Felipe el Hermoso con acento de amargura.

—Los primeros los príncipes de la sangre.

—¡Los príncipes!

—Despues el clero francés en general.

—¡El clero!

—Luego la nobleza toda.

—¡La nobleza!

—Y por último...

—El pueblo. ¿Verdad?

—Tambien el pueblo os ama como mereceis ser amado.

—Os engañais ó me engañais con disculpable, y aun laudable intencion en las actuales circunstancias, Mr. de Longueville. El pueblo no puede amarme porque las grandes necesidades del Erario me obligan á dejarle de vez en cuando sin camisa. El clero no puede amarme porque no cree justo que le exija el diezmo de sus rentas. La nobleza no puede amarme porque le pido el quinto de su vajilla de plata, le prohibo acuñar moneda por su cuenta y le arranco una por una cuantas prerrogativas le concedió la conquista sin conceder nada al trono. Ultimamente, los príncipes no me aman...

—Monseñor...

—Porque ambicionan, conde.

—¡Que eso digais y penseis de vuestros hijos!...

—¡Ingratos... ingratos todos!

—¡Oh!

—Pero basta, Enguerrando. No os llamé para hablar

de tanta miseria y dolo: os llamo para pediros consejo. ¿Qué sabeis de mi idolatrada hija?

—¡Ay!

—¿Qué sabeis de su raptor infame?

—¡Ay!

—¿Nada?

—Nada por desgracia, Monseñor.

—¡Vive el cielo!...

—Ese hombre debe ocultarse en las entrañas de la tierra.

—¡Satanás le protege y Dios á mí me abandona!

—Señor...

—Y pensar que soy impotente, contando como dicen que cuento con un ejército de fieles servidores, para hallar á ese osado aventurero... Y pensar que yo, el rey más poderoso de la tierra, me veo humillado, vencido, amenazado de muerte por un gusano vil, por un pigmeo, por el último de mis vasallos... ¡Oh!... Esto es para volverme loco... y loco estoy, sí, loco de dolor, de rabia, de desesperacion!

—Calmaos por Dios, alteza.

—No es la calma lo que aconsejarme debeis en este instante.

—Y si intranquilo se encuentra vuestro espíritu, ¿cómo podreis tomar cualquiera otro consejo prudente y acertado?

—Teneis razon, Marigny. Pero esto es horrible... ¡muy horrible!

—Aun ignoro...

—¿La causa que produce mi dolor sin límites?

—Esa causa nadie la ignora ya en el Louvre. Vuestro corazon paternal...

—Fué anoche herido de muerte por una mano aleve.

—¡Oh!

—Y esta mañana á vuelto á serlo de nuevo.

—¡Cielos!

—Leed, leed este asqueroso cartel de desafio.

—¡Un anónimo!

—Que acabo de hallar sobre esa mesa, señor gobernador del Louvre.

—¿Es posible?

—¡Y aun sosteneis que no estoy rodeado de traidores, que ni un solo desleal se halla en mi casa, cuando los anónimos penetran en mi propio dormitorio!

—¡Poder de Dios!

—Y si los anónimos penetran con esa facilidad, ¿quién me responde que mañana no penetrarán los asesinos y regicidas?

—Yo, Monseñor.

—Si impotente sois para impedir lo uno, impotente sereis para impedir lo otro.

—Velaré si es preciso noche y dia en la puerta de la cámara real.

—Vanos, vanos serán vuestros esfuerzos, conde.

—Respondo á V. A....

—De nada me respondais, porque nada podeis contra ese génio infernal llamado Buridan.

—¡Ah!

—De Buridan se trata.

—Pero ese hombre...

—De Buridan es ese cartel de desafio.

—¡Qué oigo!

—Y Buridan que es mi cruel pesadilla hace dos años, acabará por darme muerte sea en el Louvre, en la calle, en la caza ó en el templo, puesto que todos sois impotentes para impedir la infernal venganza que contra el rey á jurado.



— Enguerrando tomó de manos del rey el pliego de pergamino y temblando de terror leyó en voz alta lo siguiente:

—No lo creo capaz de tan horrible crímen.

—Leed, leed ese escrito y aprendereis á conocer de lo que es capaz ese mónstruo nacido para tortura mia.

Enguerrando tomó de manos del rey el pliego de pergamino, y temblando de terror, porque adivinaba su contenido, leyó en voz alta lo siguiente:

«Monseñor:

»Hubo un tiempo en que os amé como podia amar á un padre; hubo un tiempo en que os serví con más entusiasmo y valor que hasta entonces os sirvieron vuestros más leales súbditos, pero mi amor y servicios fueron por vos pagados con la más negra ingratitud. ¿Por qué? Lo ignoro. Tal vez porque sois incapaz de abrigar en vuestro régio pecho un sentimiento generoso como los que abriga el mio.

»Si agradecido, bueno, magnánimo y generoso fuérais, ni yo gemido hubiera en lóbregas prisiones que al fin tuve que romper para salvar la vida, ni perseguido me viera, ni llorára la pérdida y deshonra de la mujer amada, ni vos expuesto estariais á verter lágrimas amargas sobre la tumba de una hija, ni á sufrir en vuestros últimos instantes los crueles remordimientos que han de robaros la calma del espíritu.

»¿Qué maléfico génio os sugirió la idea de convertir el mansísimo cordero en irritado leon para lanzarlo en la senda de la venganza y los horrores? Lo ignoro tambien. El mal ya está causado y es tarde para poner remedio. Vos lo quisísteis ¡sea! y á nadie culpeis de lo que suceder deba en adelante. *Ojo por ojo y diente por diente,* Monseñor. Me habeis robado mi esposa y yo os robo vuestra hija. ¿No es justa la represalia? ¿En el tribunal de vuestra conciencia, se alzará una voz que la condene? Es imposible.

»En conclusion: si antes de espirar el dia no poneis en

libertad sin daño alguno al legítimo esposo de vuestra hija, Leonor de Valois, rogad al cielo por el alma de la duquesa de Lyon, pues habrá muerto.

»Item más: Si á la hora de la queda y en el lugar llamado el Paseo de los Clérigos no me son entregados por una sola persona Blanca-flor y sus pequeños hijos con un salvo-conducto que me permita salir con ellos de Francia, el cadáver de Leonor flotará mañana sobre las aguas del Sena. Si lo contrario sucede, la hija volverá en el mismo instante á los brazos de su padre y la guerra habrá terminado para siempre.

»Que el cielo, pues, os aconseje, Monseñor, y os libre de la tentacion de tenderme una celada que sabria burlar como he burlado cuantas se me han tendido al paso.

»Antes de espirar el dia, la libertad de Angelo: á la hora de la queda, el canjeo ó la muerte instantánea de la princesa Leonor de Valois.»

Terminada la lectura de tan estraño y amenazador escrito, reinó por espacio de muchos segundos un silencio profundo en la cámara real.

Enguerrando, no obstante de que nada debia sorprenderle despues de su entrevista con Sataniel, quedó estático, aterrado, quieto y mudo como una estátua de mármol.

Felipe el Hermoso habia vuelto á tomar su primitiva postura en el sillon de alto respaldo.

Al fin fué el primero en romper aquel silencio terroroso exclamando con acento que revelaba más amargura que desesperacion:

—¡El cadáver de mi adorada hija flotará mañana sobre las aguas del Sena, si esta noche pisoteando mi dignidad de rey no accedo á las exigencias de ese infame y temerario aventurero!

—¡Cruel alternativa!—murmuró Enguerrando con voz sombría y como si consigo mismo hablase.

—¡Estoy loco!... ¡Estoy loco!...

—¡Gran Dios, tened piedad de mi rey y señor!

—Marigny,—exclamó Felipe levantándose de súbito y aproximándose al privado con vacilantes pasos;—acabemos de una vez esta lucha que me despedaza el alma.

—¿Qué deseais, alteza?

—Consejos... un consejo en el instante.

—Estoy pronto á daros cuantos mi escaso talento y mi gran lealtad me dicten.

—¿Y pronto tambien á decir la verdad?

—Como siempre, señor.

—¿Sin reticencias ni escrúpulos?

—Sí, Monseñor.

—Decidla, pues.

—Más ignoro...

—¿Creeis á ese malsin, que Satanás confunda, capaz de cumplir lo que promete?

—Muy capaz.

—¿Así del bien como del mal?

—Sí, alteza.

—¿Conque asesinará bárbaramente á mi inocente hija sino accedo á entregarle su querida?

—La desesperacion parece que ha vuelto loco á ese hombre, y...

—La asesinará.

—Sí, Monseñor, aunque despues los remordimientos...

—¿Qué hablais de remordimientos? Esa fiera es incapaz de esperimentarlos.

—¿Quién sabe?

—¿Conque temeis...

—Una desgracia horrible.

—¿Y me aconsejais...

—Que seais padre antes que rey.

—¡Oh!

—Además, ¿de qué se trata? De que sacrifiqueis un amor que os cuesta tantos dolores.

—¡Maldicion! ¡Maldicion!

—Madama Blanca no os ama.

—Marigny...

—Perdon, señor, pero me habeis exigido la franqueza y franco voy á ser, aun arrostrando vuestro enojo.

—Adelante, adelante.

—Madama Blanca no os ama, no os amó jamás, ni puede amar á nadie que no sea Buridan.

—¡Maldito sea!

—¿No os ha jurado mil veces que se dará la muerte antes que consentir ser vuestra?

—¡Ingrata... ingrata criatura!

—¿No maldice mi nombre noche y dia porque la arranqué de los brazos de su espirante hermano para traerla á los vuestros, y os maldice á vos mismo...

—¡Callad!

—Reflexionad, señor. La posesion de esa mujer no vale el más leve tormento de los que os hace sufrir.

—Es verdad, pero triste verdad.

—Nunca consentirá ser vuestra por grado.

—No; convencido estoy de ello.

—Y aun cuando consintiese un dia, aun cuando os amase en la actualidad con igual pasion que vos la amais á ella, ¿valen su amor y sus caricias la vida de vuestra hija?

—¡No por el cielo!

—¿Pues si tal conoceis, por qué dudais?

—Pero acceder á las exigencias de un rebelde villano...

—Señor, juzgad su corazon por el vuestro, y comparad

los quilates de su amor con los quilates del vuestro.

—¡Oh!

—Buridan ama con esceso, para él Blanca es casi una esposa, se vé robado, se cree sin honra, y esta idea sin duda le hace atropellar por todo.

—¡Maldito, maldito sea!

—Antes de abrigar esa creencia, Buridan fué para vos un súbdito leal, un valiente defensor del trono como hay pocos. En Italia...

—No me recordeis ese suceso.

—¿Ni los servicios que os prestó ese hidalgo?

—Ménos aun.

—¡Ah!

—Quiero olvidar el bien, para acordarme únicamente del mal que me ha causado.

—Pero ese proceder...

—Es indigno de un rey. ¿Mas qué importa?

—Y contrario á los sentimientos de vuestro generoso y magnánimo corazon.

—¡Basta, Marigny!

—Señor...

—¿Teneis empeño en demostrarme que Buridan es una víctima de mi inmotivado encono y no un gran criminal digno del mayor castigo?

—Líbreme el cielo...

—Pues basta, basta.

—Plego el lábio.

—¡Oh! ¡Todo... todo se revela en contra mia!—exclamó con desesperacion el indeciso y angustiado monarca, dejándose caer de nuevo con abatimiento en un sitial.

Y allí con la cabeza oculta entre ambas manos, permaneció inmóvil y silencioso largo espacio de tiempo, sin duda meditando.

Y en tanto el traidor é hipócrita ministro le contemplaba sonriendo de placer porque lo veia próximo á sucumbir y concederle el triunfo.

Y en efecto, Felipe el Hermoso sucumbió al fin en la lucha cruenta que sosteniendo estaba en su corazon hacia tantas horas.

Despues de algunos segundos de silencio, alzó su pálida cabeza, miró fijamente á su privado y luego dijo con voz enérgica:

—Estoy resuelto, Marigny.

—¿A qué, Monseñor?

—A complacer á mi rebelde súbdito.

—¡Ah!

—A pisotear mi dignidad real para ser padre una vez.

—¡Pisotear vuestra dignidad real!... ¿Que tal penseis, señor?

—Sálvese mi hija y despues suceda lo que está dispuesto por Dios que debe suceder.

—Sí, sí, señor; ante todo sálvese esa inocente niña de la muerte que la amenaza.

—¡Hija de mi alma!

—¿Qué veo?... ¿Llorais, Monseñor? ¿Os conmoveis hasta ese extremo recordando el peligro en que se encuentra ese pedazo de vuestro corazon paternal? ¡Oh! Lo comprendo, comprendo sin grande esfuerzo lo que pasando está en este instante en vuestro régio pecho, porque tambien soy padre.

—Marigny, dad al olvido luego la debilidad en que ha incurrido el rey á pesar suyo.

—Señor...

—Que nadie sepa que el padre olvidó por un momento sus deberes de monarca.

—Fiad en mi lealtad y discrecion.

—Fiando en ella, considerándoos en este supremo instante como el mejor y más leal de los amigos...

—¡Oh Alteza!

—Ni me arrepiento de haber llorado ante vos como una débil mujer, ni dudo ya en llevar á cabo mi proyecto.

—¿Un proyecto?

—El padre lo ha concebido y el rey antes de su ejecucion lo ha sancionado con su asentimiento para tranquilidad de su conciencia.

—¡Ah!

—¿Os sorprendeis de oirme hablar así?

—Me sorprendo, pero agradablemente.

—¿No adivinais mi intento?

—Confieso...

—Señor conde de Longueville, se trata de la felicidad futura de mi Leonor, de ese ángel de candor y pureza, bálsamo de consuelo en mis crueles aflicciones.

—¡De su felicidad futura!

—Sí.

—No comprendo...

—¿Cómo podré labrarla?

—Sí, alteza.

—¿Cómo labrariais vos la felicidad de vuestra hija Inés si Inés ámase con delirio y hasta el punto de estar expuesta á morir al verse ausente del objeto amado?

—Casándola con su amante,—contestó con prontitud el ministro que empezaba á comprender lo que intentaba el rey, y esperimentando por esta causa una indecible alegría en el fondo de su corazon.

Felipe el Hermoso prosiguió:

—¿Y si casada estuviera ya en secreto?

—Uniéndola á su esposo.

—¿Aunque su esposo fuese indigno de ella por la humildad de su cuna?

—Sí, Monseñor.

—¿Sin importaros la censura del mundo?

—¿Qué importa el mundo cuando se trata de la vida y la dicha de una hija?

—¡Oh! Me hablais al corazon, Marigny.

—¿Es cierto, alteza?

—Vuestras entusiastas repuestas acaban de desvanecer los escrúpulos que aun oponia mi orgullo.

—¿Será verdad?

—Sí, Longueville, y lo que vos harias por asegurar la felicidad de Inés, voy yo á hacerlo sin pérdida de tiempo con Leonor.

—¡Unirla á su esposo!

—Despues de hacerlo noble.

—¡Bondad del cielo!

—Qué, ¿censurais mi proyecto?

—Al contrario, señor.

—¿Lo aprobais?

—¿Y cómo no si yo otro tanto hiciera si en el caso de V. A. me encontrase?

—Pues bien; ese jóven extranjero que de tal suerte supo cautivar con su hermosura y gallardía el tierno corazon de mi inocente hija, mañana será por mi propia mano armado caballero, y reconocido luego por la córte como legítimo esposo de la duquesa de Lyon.

—Me ocurre una duda, Monseñor.

—Decid.

—¿Aceptará ese jóven tan señalada honra, tan imponderable dicha sino vá acompañada de un generoso perdon para el hombre á quien demuestra amar con tal esceso?

—No, Marigny.

—¿Lo comprendeis así, señor?

—Sí, despues de haberle interrogado hace algunas horas.

—Entonces...

—Para que acepte, el perdon de Buridan será otorgado.

—¿Sereis magnánimo hasta ese estremo, Monseñor?

—¿Y qué hacer, señor superintendente?

—¡Oh!

—¿Debeis por ventura aconsejarme lo contrario?

—No, no.

—¿Creeis prudente la concesion de ese indulto?

—Prudente, muy política y de grande importancia para el Estado.

—¿De veras, conde?—dijo Felipe con espresion irónica.

—Advierta V. A. lo útil que es siempre un hombre del temple de Buridan.

—¡Oh, sí!

—Su temeridad y arrojo...

—Le hace peligroso como enemigo.

—Pero como amigo...

—Muy necesario y útil; mucho... mucho. Os lo repito en confianza, Longueville; estoy resuelto á implorar si es preciso la amistad de ese coloso.

—Buridan se apresurará á ofrecérsela al rey puesto de hinojos, y aun derramando lágrimas de gratitud, tan pronto como sea sabedor de las generosas intenciones que animan al magnánimo corazon de V. A.

—¿Lo creeis así?

—Creer otra cosa seria negar que en el pecho de ese hombre se alberga un solo sentimiento hidalgo.

—Es verdad; y no le supongo tan perverso y tan villano.

—Tampoco yo, si he de decir la verdad en todo como es mi deber y me lo exije V. A.

—A ser tan infame y malvado, mas allá llevado hubiera su venganza con mi inocente Leonor.

—¡Oh! Sí.

—Le perdono, le perdono sus pasados errores, y estoy dispuesto á darle cumplida reparacion de cuantas ofensas le inferí injustamente.

—Nadie podrá censurar al rey tal acto de justicia.

—Y ay de aquel que lo censure.

—Seré el primero como siempre en hacer respetar los actos y decisiones del monarca.

—Lo veremos, Marigny.

—¿Aun dudais, señor, de vuestro fiel criado?

—Os dije en un principio que he llegado á dudar de todo y de todos á la vez.

—Señor...

—De vos pende que mis dudas desparezcan por completo en esta ocasion solemne en que el secreto importa mucho y la fidelidad importa más.

—Pues desparecerán, alteza.

—¡Quiéralo el cielo!

—Juro á Dios...

—Basta de juramentos y protestas, Longueville, y acabemos porque el tiempo apremia.

—Espero las órdenes de Monseñor.

—Esta misma noche es fuerza que vea y hable en secreto á Buridan.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Antes ó despues de la hora que fija...

—Antes, mucho antes.

—Pero ese hidalgo desconfiará con razon estando per-

seguido y teniendo la cabeza puesta á precio.

—¿Y no vendrá?

—Temo que no.

—Yo haré que venga sin abrigar temores vanos.

—¡Ah!

—Id á las prisiones de Estado, poned en libertad al preso, dadle á entender con disimulo cual son mis intenciones, y todo saldrá perfectamente.

—Bien, Monseñor.

—Suplicad á ese doncel que influya en el ánimo de Buridan para que éste se apersone, llegada que la noche sea y sin abrigar temor de ningun género, en mi cámara privada donde será recibido como el mejor de los amigos.

—Bien, Monseñor.

—Para el efecto le dareis un salvo-conducto, á cuya presentacion le sean abiertas todas las puertas en secreto.

—Le será entregado.

—Y sobre todo insistid en que ningun recelo abrigue al entregarse indefenso al rey puesto que de su vida responde la vida de mi hija.

—¡Oh! ¿Con tales seguridades, cómo ha de dudar un solo instante?

—Id, Enguerrando, id.

—Mas antes de que salga del Louvre, ¿no quiere V. A. ver un momento á ese jóven?

—No. Es muy perspicaz el tal doncel, y podia leer en mi semblante lo que pasando está en mi corazon. Que parta en paz.

Dicho esto Felipe el Hermoso hizo una seña á su privado para indicarle que lo dejase solo, y entonces el ministro, cuya alegría era extrema, besó su régia mano y abandonó la cámara en silencio para trasladarse á las prisiones de Estado.

CAPITULO IX.

En el que Polioni en el momento de ser libre, recibe una noticia halagüeña de los lábios del superintendente de Hacienda, Enguerrando de Marigny.

Cuando penetró solo y con gran misterio en el reducido encierro que ocupaba Polioni, halló á este sentado ante la mesa, con los codos apoyados en la tabla y el rostro oculto entre ambas manos.

Su inmovilidad era tanta que Enguerrando le creyó dormido.

Y en efecto, el esposo de Leonor de Valois dormia á la sazon tranquila y profundamente como pudiera hacerlo en los subterráneos de la torre de Nesle y al lado de su querido amigo Buridan.

La luz de la lámpara se habia extinguido por completo, y la débil claridad que penetraba por entre las rejas de una pequeña y elevada ventana, permitia apenas distinguir los objetos.

Despues de cerrar la puerta interiormente, el conde

de Longueville se aproximó á la mesa y dió al prisionero dos golpecitos suaves en el hombro.

Polioni entonces despertó azorado y se puso de pié precipitadamente.

—Tranquilizaos, caballero,—le dijo Marigny con dulzura.

—¿Quién sois?—preguntó el jóven mostrando grande asombro de verse tratado con tanto respeto y deferencia.

—Un amigo.

—¿Un amigo?

—Leal y decidido, tanto de vos como de Mr. Buridan.

—Ignoro...

—¿No me conoceis?

—Recuerdo haber visto alguna vez vuestras facciones, pero en este instante...

—Soy el conde de Longueville.

—¡El privado del rey!

—Y el primer ministro de Francia.

—¡Ah!

—¿Os asombra verme en vuestra prision?

—No, porque la ha honrado el rey con su presencia antes que vos con la vuestra: lo que me llena de verdadero asombro es que os hayais titulado...

—¿Vuestro amigo?

—Sí.

—¿Tal vez porque me creeis indigno...

—Al contrario, señor; por considerarme yo mismo muy pequeño para merecer tan alta honra.

—¿Que eso digais, señor duque?

—¡Duque! ¿Quereis burlaros de mí?

—Líbreme el cielo, porque al burlarme de vos me burlaria de la princesa real que lleva vuestro propio título, y

al burlarme de tan sagrados objetos, ¿en qué concepto tendríais al primer súbdito del rey de Francia?

—¿Estoy soñando?

—Escuchais de mis lábios el lenguaje de la verdad, señor.

—¡Por Jesus, caballero! ¿Olvidais quién sóy?

—Porque lo recuerdo os hablo con el respeto debido.

—Si os escuchase el rey, caro tal vez pagárais ese respeto y esa deferencia que yo, os hablo á mi vez ingénuamente, ni aun puedo agradecerlo.

—¿No?

—No.

—¿Insistís en creer que burlándome estoy de vos?

—Y tanto.

—Caballero...

—¡Oh! Basta, señor ministro, basta y hacedme la merced de notificarme á lo que venís á esta prision.

—A poneros en libertad.

—¡Cielos!

—¿Tambien dudais?

—¿De órden de quién?

—De órden del rey.

—¡Ah! ¡ah! Al fin comprende su alteza que es peligroso seguir teniéndome en prisiones.

—No, pero comprende que es injusto.

—¡Injusto!

—Sí.

—Me maravilla oiros.

—No me extraña. Hace tiempo que tanto vos como Mr. de Buridan, dudais de la justicia y magnanimidad del monarca.

—¡Por Jesús nuestro Señor! A esa duda hemos debido salvar la piel muchas veces.

—Señor duque, suplícoos hableis con ménos encono del padre de vuestra esposa, ya que del rey no sea, pues que no ignoro que ningun juramento de fidelidad os liga hasta hoy á su persona real.

—En efecto; ninguno.

—Pero os ligan vínculos más estrechos.

—Vínculos que ya estarán rotos.

—¡Cómo!

—Rotos por medio del divorcio forzoso.

—¿Eso temeis?

—Eso sospecho.

—Vivís en un error.

—¡Bah!

—Y antes de muchas horas el mismo monarca os sacará de él.

—¡Bah! ¡bah!

—¿Quereis pruebas de lo que digo?

—¿Y cómo no quererlas?

—¿Me guardareis el secreto?

—¡Ah! Se trata de un secreto.

—No debia revelároslo, pero vuestra incredulidad me obliga...

—Sino debeis, calladlo.

—Su alteza me ha prohibido deciros una palabra para que la sorpresa sea más grata luego, pero si me prometeis ser discreto...

—¡Oh! ¡Oh! Picais mi curiosidad.

—Saciadla al fin.

—Os escucho.

—Sabed que Monseñor por mi consejo, y comprendiendo por último sus deberes de padre amante y cariñoso, á resuelto hacer feliz para siempre á su hija madama Leonor de Valois.

—¡Feliz!

—Tan feliz cual merece serlo ese ángel purísimo.

—¿Más cómo?

—¿Y me lo preguntais?

—Explicaos por Dios.

—Uniéndoos á ella mañana mismo.

—¡Unirme á ella!... ¡Reconocerme por su legítimo esposo!...

—Sí, caballero.

—No lo creo.

—¡Oh qué incrédulo sois!

—No es capaz el rey de un acto de justicia semejante.

—Lo es, amigo mio.

—No es capaz el rey de dar al olvido sus ódios y rencores para labrar la eterna felicidad de su inocente hija.

—Os juro que sí.

—Si tal os ha dicho os ha engañado.

—Imposible.

—De igual suerte ayer engañó á la crédula Leonor, y anoche mismo el desengaño fué patente.

—Ayer era ayer.

—Comprendo. Ayer por ese medio queria tendernos un lazo infame á Buridan y á mí, y hoy quiere por este otro lograr la libertad de Leonor sin hacer el sacrificio de otorgar á mi amigo lo que en justicia le reclama.

—No me habeis comprendido, caballero.

—Explicaos si os place.

—He querido decir que ayer no se hallaba por medio mi influencia.

—¡Ah!

—¿Comprendeis ahora?

—¡Vuestra influencia!

—Que es grande en el ánimo del rey como la Europa entera sabe.

—Sí, sí, más...

—Yo me he propuesto cambiar la faz de las cosas y cambiadas quedarán mañana mismo.

—Mi asombro aumenta por grados. Que os habeis propuesto cambiar la faz de las cosas... que mañana quedarán cambiadas...

—Y aun esta noche.

—¿Pero para obrar así, qué móvil os impulsa?

—Preguntádselo al caballero Sataniel.

—¡Oh! Empiezo al fin á ver luz en este asunto.

—Tan interesado estoy en vuestra felicidad como en la mia propia; tanto que no pudiendo existir la una sin la otra...

—Comprendo, comprendo.

—¡Gracias al cielo!

—¿Habeis visto á Sataniel esta mañana?

—Sí.

—Y despues de esa entrevista...

—Fuí á ver al rey.

—Y entonces...

—Hice en pró de vuestra causa más de lo que Sataniel queria.

—¡Ah!

—¿Estais satisfecho de mis explicaciones?

—Lo estoy, señor conde.

—¿Y convencido del éxito feliz de nuestra empresa?

—Tanto como convencido... no.

—Me torturais.

—Lo siento, ¿pero qué quereis? La desgracia, cuyos rigores se han cebado en mí desde la más temprana edad, me ha hecho desconfiado é incrédulo, y cuando se trata

de ciertos milagros como el que nos ocupa en este instante, digo con el discípulo de Jesus:—Ver para créer.

—Vereis y creereis al fin, señor.

—¡Plegue al cielo!

—En tanto podeis hacer de vuestra libertad el uso que más os plazca, pero si os dignais tomar mi amistoso consejo debeis volver sin pérdida de tiempo al lado del caballero Buridan que os esperará con impaciencia estrema.

—Sí; ¿más quién me responde que nadie seguirá mis pasos?

—Yo.

—Fio en vuestras seguridades.

—Fiad, fiad y nos salvamos todos.

—Volveré al lado de mi amigo.

—A quien notificareis todo lo ocurrido.

—Sí.

—Como tambien el generoso perdon que S. A. le ha concedido á mis primeras insinuaciones.

—¡Cómo! Buridan...

—Ya no corre el peligro de perder la cabeza en un patíbulo.

—¡Poder de Dios!

—Su alteza le perdona como os perdona á vos, su alteza está pesaroso de haber hasta hoy recompensado sus servicios con tan negra ingratitud, su alteza ansía devolverle bien por mal, reconciliarse, ser su amigo...

—¿Estais loco?

—Tal piensa y tal desea el rey.

—Si eso fuese verdad...

—Si hubiérais escuchado á Monseñor hace un instante...

—¡Oh ventura!

—No lo dudeis por Dios, ni vuestro amigo dude de la

sinceridad del monarca en esta ocasion solemne.

—¡Ah!

—Despues de hacerle comprender la injusticia y escesibo rigor con que ha tratado á Buridan solo por vengar sus celos, y de hacerle comprender tambien lo altamente peligroso que es para su real persona y tranquilidad del Estado tener dentro del reino y en la misma capital de la monarquia un enemigo tan poderoso como ese...

—¿Su alteza perdonó á mi amigo?

—Y mostró vivos deseos de comprar su amistad á toda costa.

—¿Es posible?

—Primero cediendo al terror supersticioso que le inspira ese hidalgo de un año á esta parte, luego á la reflexion y despues á los gritos de su conciencia, harto alarmada en la actualidad, que le ordena sin cesar ser justo, equitativo, magnánimo y generoso.

—¡Al fin!...

—Al fin, señor, al fin reconoció sus errores.

—Más vale tarde que nunca.

—Sí, más vale.

—Pero Buridan no aceptará ese perdon que puede ser ficticio y encerrar un lazo.

—Monseñor le dará desde luego cuantas seguridades exija.

—¿Y reparará los males que le causó?

—Tambien.

—¿Cómo?

—Adivinadlo.

—¿Entregándole sin dilacion á su prometida esposa madama Blanca de Compliegne?

—Y los hijos de madama Margarita.

—¡Cielos!

—Es cosa resuelta que esa entrega tenga lugar mañana.

—¿Pero el rey sabe...

—¡Oh! No.

—Respiro.

—De tan terrible secreto solo somos poseedores Margarita, Buridan, Sataniel, vos y yo.

—Estais en un error.

—¡Cómo!

—Otra persona lo posee.

—¿Quién es?

—Monseñor Luis el Hutin.

—¡Imposible!

—Lo posee puesto que Buridan tuvo que revelárselo en el tormento que le aplicó en Gisors algunas horas antes de lograr su libertad.

—¡Ah!

—Además, lo sabia de antemano puesto que exigió á mi amigo tan terrible confesion.

—¿Pero quién pudo instruirle...

—Sin duda esa pantera sedienta de sangre humana.

—¿La duquesa de Borgoña?

—La adúltera esposa de Odon IV.

—No es posible.

—¡Ah señor ministro! Harto sabeis que es cierto lo que temo, pero aparentais ignorancia porque os conviene aparentarla.

—Caballero...

—Y bien, no os acuso, pues que comprendo cuán dificil es vuestra posicion actual.

—Creed...

—Repito que no os acuso, Mr. de Marigny. Sea Isabel de Rocafort ó sea otra persona quien haya instruido sobre

el particular al rey de Navarra, no hace al caso.

—Ni nada importa que monseñor Luis se halle instruido ó no, puesto que sabrá callar ese secreto por temor de que su deshonra se haga mayor y más pública.

—Pero querrá vengarse.

—¿En los adulterinos hijos de su esposa?

—Sí.

—Téngalos Buridan en su poder...

—Eso es lo que importa, señor conde.

—Y eso sucederá mañana mismo si vuestro amigo acepta el indulto y la amistad que le ofrece gustoso el rey de Francia.

—Aceptará ambos dones.

—¿Estais seguro?

—Los aceptará sin vacilar un punto.

—¿Vos influireis en su ánimo...

—Desde luego.

—Rogároslo queria.

—¿Mas cómo se entenderán brevemente rey y vasallo si el uno permanece oculto y el otro donde se oculta ignora?

—Por medio de una entrevista que tendrán esta noche.

—¿Dónde?

—En la cámara privada de S. A.

—¿Su alteza exije esa entrevista?

—Casi la suplica.

—¡Ah!

—Porque comprende, como comprender debemos todos, que no hay otro medio de resolver pronto y bien este asunto, de suyo tan delicado.

—Sí, sí.

—Bastará que el vasallo se arroje á las plantas del monarca implorando un perdon que ya está concedido de an-

temano, para que Felipe el Hermoso se lo otorgue de viva voz sin creer su dignidad real humillada.

—Comprendo.

—¿Y lo hará así Buridan?

—Es su deber.

—¿Vendrá esta noche?

—Si se le dán seguridades.

—Hé aquí una.

—¡Un salvo-conducto!

—Con el cual podrá caminar por todas partes y llegar á la presencia del rey, sin que nadie sea osado á detener su paso ni preguntar su nombre.

—Pero esto no basta, señor conde.

—¿Aun no se creerá seguro...

—Ni vos tampoco si en su caso os hallárais, caballero.

—¿Ni teniendo en su poder á vuestra esposa?

—¡Ah! ¡Qué diantre! Habia olvidado esa preciosa circunstancia.

—La cabeza de madama Leonor de Valois, responderá esta noche de la cabeza de Buridan. Son las palabras del monarca.

—Y responderá en efecto.

—Lo creo, sabiendo que amais á vuestro amigo...

—Sobre todas las cosas de este mundo.

—Feliz él que cuenta con adictos tan leales.

—Amad como él sabe amar y los tendreis tambien.

—¡Oh! Es que se hallan en el mundo muy pocos hombres como vos.

—¿Que eso digais?

—Os hablo ingénuamente.

—Buscadlos y los hallareis á cientos.

—Hace veinte años que uno buscando estoy en vano.

—¡Bah!

—Si en vos lo hallase al fin...

—¿Quién lo duda que lo podeis hallar?

—¡Cómo! ¿Podré abrigar la grata y consoladora esperanza...

—¿De tenerme por amigo?

—Sí.

—Abrigadla.

—¡Ah monseñor!

—No tan alto todavía,—dijo Polioni sonriendo con ironía.

—Ese título os pertenece de derecho.

—Aun no, caballero.

—Esposo sois de una princesa de Francia.

—Pero la Francia lo ignora.

—Lo sabrá mañana oficialmente.

—Mañana, pues, tendré derecho á exigir que se me dé tal título. Hoy no lo acepto, ni aun de vuestros lábios, señor conde de Longueville.

—Respeto vuestra modestia.

—Os doy las gracias, y si ninguna otra advertencia teneis que hacerme y vuestra vénia me otorgais...

—Libre sois en nombre de S. A.

—Exponed á mi augusto señor los sentimientos de gratitud que su generoso y magnánimo proceder ha despertado en el fondo de mi pecho.

—Sereis obedecido...

—Que me perdone ciertas altaneras frases que pronuncié involuntariamente en su presencia la pasada noche.

—Estad seguro que perdonado os ha con todo su paternal corazon.

—Lo creo, porque dudar no puedo ya como dudaba hace una hora.

—Sería un crímen.

—Guárdeos el cielo, monseñor.

—Y á vos os conduzca en breve á los amantes brazos de vuestra noble esposa que anegada en lágrimas os esperará anhelante.

—¡Pobre ángel!

—¿Volvereis mañana?

—Volveré cuando S. A. me ordene volver.

—Hasta mañana pues.

—Hasta mañana.

—¿Aceptais mi brazo para salir de las prisiones?

—Tanto honor...

Y Polioni despues de requerir la capa y el birrete aceptó la galante oferta del complaciente ministro y ambos abandonaron el calabozo con paso mesurado.

En la inmediata estancia el oficial de la guardia que lo custodiaba, le salió al encuentro para entregarle sus armas.

Polioni se las ciñó en silencio, dió las gracias al oficial, tomó de nuevo el brazo del conde de Longueville y salió por fin de las prisiones de Estado en donde privado de la libertad solo estuvo doce horas.

La galantería y oficiosidad de Enguerrando de Marigny llegó al extremo de acompañarle hasta el pié de la gran escalera de palacio.

Allí quiso despedirse de nuestro jóven y feliz aventurero, pero este le detuvo y le dijo con intencionado acento:

—Hasta aquí todo á ido bien. ¿Y luego?

—Vuestra duda me asesina,—contestó el magnate vivamente afectado por aquella tenaz desconfianza.

—Perdonad.

—Id tranquilo, que nadie seguirá vuestros pasos, caballero.

—Me tranquilizo pues.

—Adios.

—Adios.

Y ambos se separaron con un fuerte apreton de manos.

—Mi fortuna está hecha, y la de mi señor tambien,—murmuró Polioni con satánica alegría en tanto que abandonaba el Louvre sin que nadie le estorbase el paso.

—¡Mi ruina es cierta si esos tres miserables no mueren antes de quince dias!—pensó en su interior el humillado ministro al dirigirse á su cámara en busca de algun reposo, pero en vano lo buscaba porque Isabel de Rocafort se encargaba en aquel instante de robárselo exigiéndole por conducto de su doncella Josefina una entrevista secreta en el instante.

Desesperado y loco, Enguerrando estuvo á punto de maldecir y renegar en alta voz del rey, de los príncipes, de las concuvinas, de los aventureros ambiciosos, y de sí mismo tambien, pero por fortuna logró dominarse despues de hacer un grande esfuerzo, y siguió á la doncella favorita como un perro sumiso y obediente, jurando en sus adentros tomar de todos ellos una pronta y sin igual venganza.

¡Pobre privado!

La luz de su refuljente estrella empezaba á eclipsarse con asombrosa rapidéz, y la historia nos demuestra cuán impotente fué no solo para vengarse sino tambien para conjurar la tempestad que al fin más tarde lo arrastró al torrente para sepultarlo con estruendo en los abismos de la nada.

CAPITULO X.

Tal para cual.

Lleno de zozobra, lleno de incertidumbre y terror, pálido, febril, desencajado y convulso, penetró el superintendente de Hacienda por una puerta secreta en las habitaciones de la duquesa de Borgoña que le esperaba con impaciencia suma.

Al verlo entrar, Isabel corrió á su encuentro, pero al reparar en el estado en que llegaba retrocedió dos pasos y exhaló un grito de asombro.

Marigny sonrió con ironía y dijo:

—¿Qué os asombra, madama?

—La palidéz cadavérica de vuestro rostro.

—¿Y bien?

—¿Estais enfermo?

—Lo estoy de gravedad.

—¡Dios mio!

—A guardar el lecho iba cuando os dignásteis llamarme.

—¡Oh! Lo siento, y á saber el estado en que os hallábais...

—Tranquilizaos: aunque grave no lo es tanto que me impida consagrarme un breve instante á vuestro servicio.

—A mi amistad direis.

—Sí, á vuestra amistad.

—¡Pobre conde!

—Dignaos decirme...

—Sentaos antes, porque estais muy débil.

—Os obedezco y os escucho.

—Os he llamado para imploraros una gracia.

—¿Otra gracia? ¡Ah señora! Las gracias que me pedís y que os otorgo á cada instante, labran la desgracia mia con una rapidéz que me aterra.

—¡Cómo!

—Por serviros he dejado hace tiempo de servir al rey.

—Mr. de Marigny...

—Por cuidar de vuestros intereses he abandonado los de mi señor, y aun los mios propios.

—Caballero...

—Y últimamente, por seros leal he sido traidor á quien lo debo todo.

—¿Osais echarme en rostro...

—Líbreme el cielo de cometer tal bajeza con tan noble dama.

—Entonces...

—Pero os advierto que nada, absolutamente nada puedo hacer por vuestra causa desde este instante, señora.

—¡Cómo!

—He dicho la verdad con pesar mio.

—¿Me abandonais así en brazos del peligro?

—No tanto.

—¿Me retirais vuestra proteccion cuando más la necesito, Mr. de Longueville?

—Teneis la de monseñor Luis de Navarra.

—Será impotente para salvarme si vos nos abandonais.

—¡Impotente!

—Sí, sí.

—¿Que tal digais, señora?

—El mismo me lo confesó no ha mucho.

—Su alteza me honra demasiado ponderando mi poco valimiento, pero convenceos, madama; lo que monseñor Luis no haga por vos, ménos podrá hacerlo Engüerrando de Marigny.

—¡Oh!

—Y hoy ménos aun que ayer.

—¿Pero por qué, amigo mio?

—¿Por qué, señora?

—Decídmelo ingénuamente.

—Porque mi estrella se eclipsa.

—¡Cielos!

—Porque el pedestal donde se asienta mi poder minados tiene los cimientos, y antes de mucho se hundirá y me hundiré en los abismos de la nada.

—¿Que minado está vuestro poder?

—Sí, madama.

—¿Por quién?

—Por nuestros comunes enemigos.

—¡Ah!

—Ellos desean vuestra ruina y labrarán la mia para que os falte todo apoyo.

—¡Dios de bondad!

—Ellos, aprovechando mis descuidos, se han aproximado al rey con sutileza, han logrado despertar sospechas en su corazon...

—¡Imposible!

—Es tan cierto que hoy mismo me ha dado á entender S. A. con más claridad que nunca que es sabedor de cuanto con vos y el príncipe maquino.

—¡Misericordia!

—Y á entender me dió tambien que solo un arrepentimiento sincero puede salvarme de la desgracia que amaga mi cabeza.

—¡Oh Marigny... perdidos somos!

—Perdidos sin remedio si á la prudencia no apelamos.

—¿Y bien?

—¿Me prometeis serlo, madama?

—Os lo prometo.

—¿Me prometeis obligar á monseñor Luis á serlo tambien?

—Os lo prometo.

—Pues yo á mi vez os juro salvaros y salvarme derrotando á nuestros implacables enemigos y volviendo á conquistar la confianza del monarca.

—¿Y cómo lo conseguireis?

—No contrariando en nada su voluntad y sus caprichos; no volviéndoos á ver en mucho tiempo...

—¿Ni en secreto?

—¡Ay señora! No existen secretos para el rey dentro del Louvre, porque tiene espias fieles en fuerza de ser pagados á peso de oro.

—¿Los conoceis?

—En no conocerlos estriva mi desgracia.

—¡Gran Dios!

—¿Creeis que en este instante ignora su alteza que á vuestro lado me hallo?

—¡Ah!

—Por eso me aterré al saber que me llamábais, y si

vine fué temiendo que interpretárais mal mi negativa.

—Abreviad, abreviad, pues, nuestra entrevista.

—Eso haré, señora, con profundo sentimiento, pero antes debo explicaros cuál será mi conducta en adelante.

—¿Para obtener el triunfo?

—Sí.

—Me habeis dicho que es de absoluta necesidad no contrariar en nada la voluntad y los caprichos de su alteza.

—De muy absoluta necesidad.

—Como tambien la cesacion de nuestras entrevistas.

—Eso sobre todo.

—Y bien, yo me someto resignada á la ley de la necesidad, Mr Marigny.

—Que me place.

—Continuad.

—¿Qué más puedo deciros? Cumpliendo puntualmente sus órdenes, satisfaciendo sus caprichos y fingiendo que me sois indeferente, como tambien monseñor Luis, destruiré por completo las sospechas que abriga su corazon, recobraré mi poderío, y entonces ¿qué podeis temer, señora?

—Nada, pero ahora todo lo temo, todo.

—¿Aun contando con la poderosa proteccion del rey de Navarra?

—Ya os he dicho que monseñor nada puede sin vos, y si vos permaneceis neutral para ganar el terreno perdido y en tanto mi esposo Odon declara la guerra á Francia y su alteza resuelve comprar la paz entregándome al gran duque...

—Tranquilizaos: nada de eso sucederá.

—¿Y si mis temores se realizan?

—Entonces lo arrostraré todo por salvaros.

—¿De veras?

—Os lo prometo.

—Jurádmelo.

—Os lo juro, madama.

—¡Gracias, gracias mi bueno y bondadoso amigo!

—¿Tranquila quedais?

—Tranquila quedo, conde.

—Pues el cielo os guarde, bellísima señora.

—Un momento todavia.

—Reflexionad...

—No os vayais sin explicarme lo que en el Louvre ocurre.

—¿Lo ignorais por ventura?

—Solo sé lo que de público se dice, que madama la duquesa de Lyon fué anoche robada en el jardin por ese osado aventurero á quien se persigue en vano.

—Por Buridan, sí.

—Que pudo ser apresado su escudero Polioni.

—El esposo de madama Leonor.

—¿Y qué se ha hecho con ese hombre?

—Encerrarlo en las prisones de Estado.

—¿Y con Buridan?

—Nada, porque logró fugarse con su presa.

—¿Y se ignora dónde la oculta?

—Como se ignora dónde se oculta él mismo.

—¿Habeis interrogado á Polioni?

—Le interrogó su alteza en el momento.

—¿Y bien?

—Todo en vano. Ese doncel está dispuesto á morir antes que delatar á su amigo.

—¡Infame! Pero decidme la verdad, decidme la verdad de cuanto pasa.

—Ya he tenido el honor...

—Me ocultais algo, Marigny.

—Nada, señora.

—Sí.

—¡Oh que tortura!

—Por ejemplo, me ocultais que hace un momento habeis dado libertad al prisionero.

—¡Cómo! ¿Sabeis...

—Mis gentes os han visto penetrar en su prision, salir despues conduciéndolo del brazo y despediros al pié de la escalera principal.

—¡Por el cielo! ¿Luego estoy rodeado de espias?

—Perdonadme, Marigny, pero el miedo me obliga á vigilar á todos sin trégua ni descanso.

—Está bien... está bien.

—Os soy franca, os soy ingénua, ninguno de mis hechos ó pensamientos os he ocultado ni os oculto... ¿por qué no correspondeis á mi franqueza y confianza, amigo mio?

—¿Y no correspondo, señora?

—No, Mr. de Longueville. En esté instante me ocultábais la libertad de Polioni.

—Y bien, ya os confieso que es libre.

—¿Por voluntad del rey?

—Por voluntad del rey.

—¿Y qué miras se lleva S. A. al libertar á ese hombre sin rescatar antes á su hija que está en poder de su más encarnizado enemigo?

—Lo ignoro.

—Es imposible.

—Madama...

—Decídmelo todo por piedad. ¿Qué se maquina aquí?

—Nada contra vos.

—¿Pues contra quién?

—Tambien lo ignoro.

—¿Pero confesais que algo intenta el monarca?

—Si algo intenta me lo oculta.

—¡Me engañais, y el engaño puede costaros caro!

—¡Duquesa!...

—Quiero saber todo lo que se ha dicho y proyectado esta mañana en la cámara real, ¿entendeis, señor ministro? quiero saberlo todo, y en tanto que no me lo digais sospecharé con fundada razon que conspirais en contra mia.

—¿Esto más?

—¡Oh, basta de súplicas y ruegos! Ahora os mando que me pongais al corriente de cuanto intenta el monarca.

—¡Me lo mandais!...

—Con el derecho que me asiste.

—¿Luego me creeis un vil esclavo, un siervo, un humilde criado á quien se paga para que obedezca?

—No, pero os creo mi cômplice, porque lo sois en efecto, Mr. de Marigny.

—Madama...

—¡Acabemos, caballero!

—No me pongais al borde del precipicio porque los dos rodariamos á su fondo estrechamente asidos.

—No me importa.

—¿Buscais la guerra?

—Busco el medio de salvarme y vos me robais ese medio, falso amigo.

—Estais loca, duquesa, al espresaros de esa suerte.

—Vos aumentais mi demencia.

—Habed calma que nadie puede perder más que vos con tales arrebatos en las actuales circunstancias.

—¿Me amenazais?

—Os doy un amistoso consejo.

—Probadme vuestra amistad dándome cuenta de lo que intenta el rey.

—Mañana os lo dirá la fama.

—¿Y por qué hoy no me lo dicen vuestros lábios?

—Porque los sella un juramento.

—¿Hecho al monarca?

—Para mejor poder velar por vuestra seguridad, injusta señora.

—Lo dudo.

—Me insultais de un modo incalificable, duquesa.

—Y vos sufrir me haceis una tortura horrible.

—¡Oh, acabemos!

—Acabar deseo. ¿Me revelareis ese secreto?

—Mil veces nó.

—Está bien. Salid si gustais.

—Guárdeos el cielo.

Y Enguerrando de Marigny dió con resolucion un paso para ausentarse.

—¡Deteneos!—exclamó en aquel momento una voz allí muy próxima.

El superintendente se volvió aterrado al reconocerla.

Isabel de Rocafort exhaló un grito de sorpresa.

En el dintel de la puerta principal de la cámara, apareció el rey de Navarra con las facciones algun tanto alteradas.

La duquesa de Borgoña le salió al encuentro y se arrojó en sus brazos vertiendo algunas falsas lágrimas de dolor.

El privado de Felipe el Hermoso se inclinó profundamente y esperó silencioso y quieto en medio de la cámara.

—¿Qué es esto?—exclamó Luis el Hutin haciendo un esfuerzo para sonreirse.—¿Reñiais? ¿disputábais acaloradamente? ¿os despediais enojados el uno y el otro? ¿Mas por qué causa?...

—Señor...

—No me la digais, porque creo adivinarla.

—¿Nos escuchásteis, Luis?

—Confieso mi pecado, bella Isabel. Desde la inmediata estancia escuché toda vuestra conversacion.

—¡Ah!

—Pero no os pese.

—¿Y bien, señor?

—Conde de Longueville, aunque os parezca injusto y apasionado, os quito la razon para dársela á madama.

—¡Oh!

—Madama os pide una cosa justa: ¿por qué no se la otorgais en gracia á la amistad que os liga á ella?

—Señor, porque no puedo.

—Os he oido decir que un juramento sella vuestros lábios.

—Es cierto.

—Tambien es cierto que otros solemnes rompísteis.

—Por serviros, monseñor.

—Lo sé, y así por servirme una vez más romper ese podeis sin grande escrúpulo.

—Señor, si escuchado habeis las razones que á madama espuse...

—Nada temais.

—¡Oh señor! que mi cabeza peligra más que nunca.

—Estais en un error, Marigny. Vuestra cabeza no puede peligrar en tanto que la proteja el príncipe heredero del trono francés.

—¿Me obligais á ser de nuevo perjuro?

—Absolviéndoos de antemano.

—¡Ah!

—Acabemos, conde de Longueville. ¿Estais pronto ó no lo estais á complacerme?

—El infierno lo quiere... ¡sea!—murmuró con gran desesperacion Enguerrando en sus adentros.

Y luego añadió en voz alta:

—Lo estoy, señor, lo estoy como siempre.

—De ello no os pesará algun dia. ¿Qué intenta el rey en este instante?

—Rescatar á su hija madama Leonor de Valois.

—Es muy justo.

—Buridan le ha impuesto condiciones.

—¡Infame! ¿A osado á tanto?

—En un anónimo que por arte diabólico apareció esta mañana en el despacho de su alteza.

—¿Será posible?

—Cierto es lo que digo, monseñor.

—¿Y esas condiciones...

—Las acepta vuestro augusto padre.

—¿Y qué exije en ellas ese hijo de Satanás que tan bien supo burlar mi venganza en el castillo de Gisors?

—Que Monseñor el rey le entregue esta misma noche á madama la condesa de Burdeos en cambio de madama la duquesa de Lyon que él entregará á su vez á la persona que se le presente en un sitio convenido para efectuar el canjeo.

—¿Y por lo tanto exigirá tambien que le entregue los hijos de la infame Margarita?

—Es su primera condicion.

—¡Ira del cielo! ¿Y decís que el rey está dispuesto.....

—A efectuar el cambio.

—No llevará á cabo su proyecto... no iran á poder de Buridan esos enjendros del crímen.

—¿Y cómo impedirlo si todos mis ruegos, todos mis consejos y esfuerzos fueron inútiles para hacer á S. A. variar de propósito?

—Revelándole que esos niños no deben el sér á María Blanca de Compliegne.

—Tal revelacion de nada serviria.

—¡Cómo!

—El rey sabe que Buridan está resuelto á dar violenta muerte á su prisionera, si esta noche ó mañana no le son sus hijos entregados.

—¡Maldicion!

—Y como monseñor ama con delirio á madama Leonor, la salvará á toda costa del cautiverio y la muerte que la amenaza.

—¡Ira de Dios!

—Polioni ya ha sido puesto en libertad.

—¡Sin darle tormento para obligarle á confesar dónde se oculta su amo!

—Buridan en su carta amenaza tambien con la muerte de la princesa si á su amigo se le hacia sufrir el más leve dolor.

—¡Miserable! ¡Bien á tomado sus medidas!

—Además, monseñor no podia atormentar al hombre á quien mañana presentará á la córte y hará que sea reconocido como legítimo esposo de la duquesa de Lyon.

—¿Qué decís?

—La verdad, monseñor.

—¿Eso proyecta su alteza?

—Y eso llevará á cabo sin reparar en los obstáculos.

—¿Se ha vuelto loco el rey?

—Mucho me temo que sí.

—¡Está bien... está bien!—murmuró Luis el Hutin con acento de reconcentrada rabia.

—Aun hará más,—dijo Enguerrando.

—Hablad por Cristo.

—O por mejor decir, ha hecho.

—¿Qué ha hecho? Acabad.

—Perdonar á Buridan sus pasados estravíos.

—¡Sus estravíos!

—O sus crímenes.

—¿Es cierto?

—Cierto, señor.

—¡Oh! Ya no me cabe duda. ¡El rey se ha vuelto loco!

—¡Ah!

—Loco... pero loco hasta lo sumo. Perdonar al más infame de los hombres, al más implacable de sus enemigos...

—De su temerario valor lo espera todo ahora.

—¿Será posible?

—Desconfiando de cuantos le rodean, llama á Buridan para que proteja su vida que cree amenazada.

—¡Poder de Dios!

—Esta noche tendrán una entrevista secreta.

—¿En el Louvre?

—En el Louvre.

—¿A qué hora?

—Lo ignoro.

—¿Y vendrá Buridan siendo tan desconfiado?

—Vendrá, porque la vida de madama Leonor responderá de su vida y libertad.

—¡Ah! Sí... me olvidaba que la tiene en su poder.

—Si el aventurero aceptará las proposiciones de monseñor, aun se ignora.

—Pero el rey...

—Abriga la esperanza de que las aceptará sin vacilar.

—¿Y cómo no si son buenas y conociendo á fondo al hombre de quien se trata?

—Ignoro lo que su alteza piensa proponer á Buridan.

—Yo lo adivino. ¡Bravo! El rey rodeado de asesinos para defender su vida que todos aman y respetan... No me

parece mala idea. Que se guarde, que se guarde, y que se guarde tambien el guardador, porque es muy fácil...

—Señor, os aconsejo la prudencia.

—¿Aun más prudente de lo que soy quereis que sea?

—Sería peligroso deshacernos de Buridan en el primer momento.

—¿Sí?

—Muy peligroso, y sobre todo muy estéril.

—Explicaos.

—Caso de que despues de indultado desempeñe un oficio cerca de la persona del rey, conviene dejar que pierda sus recelos. Tranquilo ya se cuidará ménos de nosotros, y entonces...

—Comprendo.

—Primero los hijos... luego el padre.

—Y mas tarde...

—¡Oh! No pasemos por hoy más adelante.

—Teneis razon.

—¿Creeis prudente mi consejo?

—Sois delicioso, Marigny.

—Solo soy un fiel y leal servidor de V. A.

—No lo olvidaré el dia en que Dios se digne asentarme en el trono de la Francia.

—Monseñor...

—Basta, conde amigo.

—¿Me dais vénia para ausentarme?

—Sí. Volved á vuestro puesto, no desampareis al rey para no desamparar nuestros comunes intereses.

El superintendente no replicó ni una palabra, y despues de besar con respeto la mano del ambicioso príncipe y de inclinarse ante la adúltera esposa de Odon IV, abandonó la cámara en silencio.

Cuando quedaron solos, Isabel de Rocafort se arrojó de

nuevo en los brazos de su régio amante y le dijo con suplicante acento:

—Luis... Luis mio, no sigais los consejos de ese hombre. Si Buridan llega á pisar los umbrales del Louvre, matadlo... ¡Matadlo sin pérdida de tiempo ó soy perdida!

CAPITULO XI.

En el que vuelven á presentarse en escena despues de mucho tiempo, Blanca-flor y los hijos de Margarita de Borgoña.

Un suceso de no ménos importancia tenia lugar en tanto en el hotél de Nesle, próximo como saben nuestros lectores á la famosa torre del mismo nombre, habitada á la sazon por la sin ventura condesa de Poitiers.

Despues de conferenciar con su traidor ministro, Enguerrando de Marigny, Felipe el Hermoso sin parar mientes en el desaliño de su traje ni tratar de ocultar la agitacion que se leia en su marchito semblante desde que recibiera el fatal escrito de Buridan, se trasladó á la deliciosa morada de su favorita la condesa de Burdeos, seguido de dos ó tres gentiles-hombres que le merecian alguna confianza.

Llegado á la antecámara del suntuoso aposento que ordinariamente ocupaba la mujer á quien tanto amaba y por quien tanto sufria desde que la conociera en Lila, á la

cabecera del lecho del dolor donde yacia luchando con la muerte el héroe de Mons-en-Puelle, sintió que las fuerzas le abandonaban de súbito, que sus piernas flaqueaban y que su valor decaia por momentos.

Incapáz de dar un paso más sin esponerse á rodar sobre la alfombra que tapizaba el pavimento, y hallándose sin testigos que presenciasen su flaqueza por haber prohibido que nadie le siguiese ni anunciase, se dejó caer pesadamente en el primer sitial que encontró á mano, y allí permaneció algunos instantes inquieto, irresoluto, batallando con dos ideas contrarias á cual más poderosas.

Al fin terminó la lucha.

Una de las dos ideas habia quedado vencedora.

Sin duda la mejor, la más digna de ser concebida por la mente de un monarca.

Entonces las facciones de Felipe se serenaron un tanto, su corazon volvió á latir con regularidad, y dueño al fin de sí mismo, recuperadas de nuevo sus abatidas fuerzas, abandonó el sitial, exhaló un profundísimo suspiro y dirigió una melancólica mirada al rico tapiz que ocultaba la puerta del aposento inmediato.

Tras de aquel tapiz escuchábase á la sazon el suave murmullo de dos voces infantiles que á la vez hablaban ó á la vez leian algun romance candencioso.

Felipe sin vacilar se dirigió á aquella puerta cuyas doradas maderas medio entornadas se hallaban, y descorriendo el tapiz sin causar ruido, miró con ansiedad al fondo de la suntosa cámara.

Al pié de una ancha ventana, hasta cuyo alfeizar trepaban atrevidas las vistosas y perfumadas flores del jardin vecino, sentada en sillon de alto respaldo hallábase una hermosísima dama que apenas contaría veinte y seis ó veinte y siete primaveras, de blanca y pálida tez, de pe-

queña y purpurina boca, de nariz perfecta, de ojos de cielo y de cabellos de oro.

Vestia un rico traje de terciopelo negro, y ni una perla, ni un simple adorno se admiraba en su graciosa toquilla, negra tambien como él vestido.

Sobre sus faldas tenia abierto un libro manuscrito en hojas de finísima gacela.

A sus plantas y arrodillados sobre un ancho cojin de terciopelo carmesí recamado de oro, hallábanse dos niños, dos ángeles, dos purísimas emanaciones del cielo, pues por tales hubiérales tenido cualquiera al verlos por primera vez y en aquella actitud encantandora.

Ambos eran bellos sobre toda ponderacion, ambos contaban la misma edad, ambos abrigaban los mismos sentimientos, los mismos deseos, las mismas aspiraciones.

Si dormia el uno el otro no velaba, si lloraba el uno á impulsos de un dolor desconocido, entristecíase el otro y acababa por verter amargas lágrimas, sucediendo lo mismo cuando la alegría asaltaba sus tiernos corazones ó una sonrisa celestial dibujábase en sus puros y rosados lábios.

Los dos eran hermanos, y aun gemelos, y solo el delicado instinto de una madre podia distinguir á Juan que era el mayor, de Gaston que era el pequeño.

¿Necesitaremos decir á nuestros discretísimos lectores quién eran la dama y los infantes para que en la primera reconozcan á María de Compliegne ó Blanca-flor la viuda de Baltasar el carpintero de Lila y en los segundos á los inocentes hijos de Buridan y Margarita de Borgoña?

Gaston y Juan leian en alta voz á la vez, á compás y con mucha correccion, en el libro que su madre adoptiva, la que ellos creian su verdadera madre, abierto tenia sobre las faldas en tanto que les escuchaba con arrobamiento, con maternal interés, con religioso silencio.

Aquel libro estaba escrito en verso.

Era un poema de Juan de Meung y se titulaba *La Cruzada* (1).

En *La Cruzada* empezaban los hijos de Buridan á familiarizarse con los gloriosos hechos de armas de los bravos guerreros que hasta el siglo XIV habian prodigado su generosa sangre en la conquista de la Tierra Santa, y en cada héroe que el poeta retrataba con vivísimos colores en sus valientes versos, creian ver retratado el hombre á quien el sér debian.

Felipe el Hermoso permaneció algunos instantes escuchando extasiado á los bellísimos niños de cuyas rubias cabecitas no podia separar su vista ni un momento, y oyéndolos parecia olvidar los agudos dolores que laceraban su corazon con fiera saña.

Mas notando que la lectura no tenia trazas de terminar tan pronto, y deseando sin duda abreviar en lo posible su estancia en el hotél, de intento produjo en la puerta un leve ruido y avanzó hasta el dintél.

La dama y los niños levantaron entonces la cabeza, y al ver al monarca exhalaron un grito de sorpresa.

---

(1) El poeta Juan de Meung, por sobre nombre *Clopinel*, fué contemporáneo de Margarita de Borgoña, y aunque *cojo*, segun feliz espresion de uno de los autores á quienes consultamos, parece ser que osó dar en una composicion poética ciertos detalles sobre la vida doméstica de las nueras del rey Felipe el Hermoso que hacian dudar muy mucho de su honestidad. Entonces las princesas le hicieron llamar al Louvre, se armaron de gruesas vergas y se encerraron con él en una cámara donde le obligaron á desnudarse. Cuando estuvo en estado de desnudéz completa, Margarita dió la señal de zurrarlo. Clopinel en aquel trance recurrió á su muchísimo talento: se puso de rodillas y suplicó que aquella de las tres damas que se creyera más ofendida por sus escritos le pegára primero, más ninguna se consideró bastante ultrajada para empezar y el poeta se vió libre.

—¡El rey!—murmuraron Juan y Gaston poniéndose de pié con suma agilidad para hacer una graciosa reverencia.

—Vuestro cariñoso amigo,—les contestó Felipe adelantando hasta ellos para sellar sus bocas purpurinas con un beso paternal, como tenia por costumbre hacerlo todos los dias.

Blanca-flor le pagó la caricia hecha á sus hijos con una de esas miradas tiernas, dulces y espresivas que solo los ojos de una madre saben lanzar en tales casos.

Despues le dijo con muestras de la mayor inquietud:

—Señor, ¿qué es lo que revelarme debe la palidéz mortal de vuestro rostro?

—Deseo hallarme á solas con vos un breve instante,—la contestó el rey en voz baja.

—Mis hijos...

—Os ruego que los alejeis por un momento.

—¿Tan grave es lo que á decirme vais?

—Muy grave.

—¡Oh!

—Obedecedme y nada temais, María.

Blanca-flor entonces temblando de emocion y sobresalto, tomó de la mano á los infantes y se trasladó con ellos á una inmediata cámara donde los dejó en compañia de una vieja aya y del poema de Clopinel, para volver luego al lado de Felipe el Hermoso á quien dijo con alterada voz:

—Solos estamos cual deseais, señor.

—¿Temblais, María?

—No, no.

—Advierto que sí.

—Perdonadme...

—¡Oh Blanca, Blanca, y cuan cruel y despiadada sois

con el hombre que todo lo hubiera sacrificado gustoso por vos en este mundo!

—Monseñor...

—Sentaos y habed tranquilidad, que ninguna violencia trata de haceros quien respetaros supo por espacio de tanto y tanto tiempo.

—Obedecido estais, señor, mas os suplico de inojos, si es preciso, que no interpreteis tan mal mis actuales emociones.

—¿De veras no debo interpretar...

—¿Qué puedo temer de vos que sois el más cumplido, generoso y noble caballero que en la tierra existe? ¿De vos que tantas y tan repetidas pruebas de respeto y cariño me habeis dado?

—Nada, María, nada.

—Me amais...

—Con pasion loca.

—Pero con el amor de un padre... de un hermano...

—Vos quereis que os ame así.

—Y amarme así me juràsteis por vuestra fé de cristiano, de rey y caballero.

—Es verdad.

—Fiada en vuestro juramento, nunca temí desde entonces hallarme á solas con vos cuantas veces lo exigísteis para pedirme consuelos...

—Que no vacilásteis nunca en prodigarme generosa.

—Señor...

—¡Oh, gracias, ángel consolador del rey más desgraciado de la tierra!

—¿Desgraciado?

—Lo soy mucho, tierna amiga mia... ¡mucho!

—Adivinando que sufriais me sobrecogió el temblor que vos por miedo interpretásteis.

—¿Es cierto? ¿Os conmueven hasta ese extremo mis cuitas?

—¿Y cómo no si vuestros dolores son los mios desde que en vos hallé el cariñoso padre que en temprana edad perdí?

—María...

—¿Y lo dudábais?

—No, no.

—¿No me habeis visto llorar siempre que llorábais, reir cuando reíais y entristecerme cuando la melancolía anublaba vuestro hermoso y venerable rostro?

—Sí, pobre ángel, sí.

—Hoy os veo triste y me entristezco.

—Y sin embargo...

—¿Qué, Monseñor?

—Hoy debiais alegraros como nunca.

—¿Alegrarme de veros sufrir como sufrís por una para mí ignorada causa?

—Sí, Blanca.

—Aun cuando os aborreciese no podria.

—¡Ay!

—¡Imposible! ¡Imposible!

—Y bien, debo creeros incapáz de tal ingratitud.

—De tal infamia, porque infamia seria en mí gozarme en vuestros tormentos.

—En vos, es cierto porque sois un ángel, una santa, pero en otro pecho ménos noble y generoso sería una cosa natural.

—¿Qué decís?

—Natural y justa.

—¡Oh!

—¿Qué otra mujer me hubiera perdonado como vos me perdonásteis tanto mal como os causé y os causo desde

que en menguada hora para los dos nos conocimos en Lila?

—¡Ah señor! Dad al olvido lo que al olvido dí hace algun tiempo.

—No es posible, Blanca, no es posible en tan supremo instante.

—Pero...

—Tengo remordimientos por haberos amado tanto.

—¡Qué escucho!

—Sí, porque mi escesivo amor os ha hecho la criatura más desgraciada de la tierra.

—¡Oh!

—¿Verdad, María?

—Y bien, muy desgraciada fuí, mucho he sufrido por causa de ese amor que yo no podia premiar cual merecia ser premiado, pero...

—Acabad.

—Hoy vuestras bondades y arrepentimiento hacen que lo olvide todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Y me perdonais?

—Ya os perdoné un dia, Monseñor.

—Necesito que me volvais á perdonar en este instante.

—Lo haré.

—Yo os lo suplico.

—Pero con una condicion.

—Imponedme cuantas gusteis, hermosa niña, en la seguridad de que serán aceptadas por el rey y el amigo que os ama y admira vuestras virtudes.

—Pues bien, señor, mi condicion se reduce á que desterreis sin pérdida de tiempo de vuestro angustiado pecho esos remordimientos que decís lo laceran tan sin compasion ni lástima.

—¿No más que á eso?

—No más.

—Pues vedlos desterrados.

—¿Cierto?

—Me prohibís que sufra y debo obedeceros.

—Gracias, señor, gracias.

—A mí, á mí únicamente toca daros las gracias y estaros eternamente agradecido, arcangel el más puro descendido del cielo á este valle de lágrimas y dolores para enseñar á los reyes á ser grandes, magnánimos, generosos y buenos á semejanza del Dios á quien en la tierra representan.

—¡Oh!

—Os estaré, repito, eternamente agradecido por haberme enseñado á practicar la virtud, que es vuestra santa divisa, pero la gratitud no basta para pagar la deuda contraida.

—¿Que no basta?

—No, Blanca-flor.

—Con ella me contento.

—Es imposible.

—Creedme.

—Pues qué, ¿nada ambicionais?

—Ambiciono morir, pero cuando mis hijos no necesiten á su madre.

—¡Morir!... ¿Quién piensa en morir?

—Yo, señor, que estoy cansada de la vida.

—¡Desdichada criatura!

—¡Ay!

—Pero en mi mano está hacer que ese hastío desparezca.

—¿En vuestra mano?

—Sí.

—No comprendo cómo.

—¡Es tan sencillo haceros amar la vida!

—¿Sencillo para vos?

—Sí, María.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Resucitando con una sola palabra vuestras muertas esperanzas.

—¡Mis esperanzas!

—Que están muertas... ¿verdad?

—Muertas ha tiempo.

—Y por mi mano.

—Señor...

—Y bien, ¿quereis que pronuncie esa palabra mágica?

—Pronunciadla y probaremos el milagro.

—Escuchadla, pues. ¡Buridan vive!

—¡Cielos!—exclamó la pobre Blanca palideciendo aun más de lo que estaba, irguiéndose de súbito y mirando al rey con asombrados ojos.

Felipe el Hermoso sonrió melancólicamente y luego dijo:

—Ved el milagro operado.

—¡Ah!

—Ved resucitadas de pronto vuestras muertas esperanzas.

—Todavía no.

—¿Dudais de lo que digo?

—Dudo.

—¿Temeis que os engañe?

—Sí.

—¡Cruel!

—Vos lo seríais, señor, si solo por jugar con mi pasion pronunciado hubiérais esas palabras armoniosas.

—¡Jugar con vuestra pasion!

—Decidme que incapaz sois de tanta crueldad.

—Soy incapaz, sí, de volver á engañaros como os engañé un dia en venganza porque no me amábais.

—¡Oh!

—Creed mis palabras en esta ocasion solemne, como creeis las que escritas están en los Santos Evangelios. Buridan no ha muerto ni de Francia salió desde que vos partísteis con vuestro hermano á la ciudad de Brujas.

—¡Vive!

—Vive y os ama como nunca.

—¡Oh Dios!

—Vive y os busca con afan por todas partes.

—¿Será verdad?

—No lo dudeis porque la duda mata.

—Que me busca con afan por todas partes...

—Sí.

—Poco me habrá buscado cuando encontrarme no ha podido.

—No le culpeis.

—¡Que no le culpe!

—No. Buridan sabe dónde os hallais, mil veces á intentado llegar hasta vos, pero yo se lo he impedido con mi escesiva vigilancia.

—¡Oh! ¿Conque está en París?

—Hace algun tiempo.

—Y antes ¿dónde á estado?

—Gimiendo en lóbregas prisiones.

—¿Por órden vuestra?

—Sí.

—¡Misericordia!

—Me inspiraba celos, le aborrecia de muerte, temia que os arrebatase de mi lado, y lo reduje á la impotencia para quedar tranquilo y vengarme al mismo tiempo.

—¡Qué crueldad!

—Perdonadme. Entonces estaba loco, y ahora estoy cuerdo y arrepentido tambien.

—¿Arrepentido del mal que le causásteis?

—Como del mal que os causé á vos, pobre niña.

—¿Ya no os inspira celos?

—¡Ay!

—Responded, señor.

—No, no, porque él os ama como amante, y yo... yo solo os amo ahora como padre.

—¿Ya no le aborreceis?

—Vos habeis logrado desterrar el ódio de mi pecho.

—¿Y por esta causa sin duda le disteis libertad?

—Perdonadme de nuevo,—murmuró Felipe algun tanto confuso.

—¿Qué os perdone? ¿Y de qué, Monseñor?

—En la época en que Buridan fué libre, era mi corazon incapaz de abrigar los sentimientos que en este instante abriga.

—¡Ah!

—Seré aun más franco. Hasta hace pocas horas mi corazon odiaba y deseaba la muerte...

—¿De quién?

—Del hombre á quien tanto amais.

—¡Cielos!

—Y se la hubiera dado á tenerlo en mi poder.

—¿Luego Buridan se encuentra perseguido?

—Desde que logró fugarse de Gisors.

—¡Dios de bondad!

—Tranquilizaos, Blanca.

—No podré en tanto...

—Os doy mi real palabra de que ningun peligro corre en este instante Buridan.

—¿De veras?

—Creedme.

—¡Oh, gracias, gracias!

—¿Quedais tranquila?

—¿Y cómo no, señor?

—¿Y sois feliz?

—Muy feliz.

—Más lo sereis cuando os inicie mi proyecto.

—¿Un proyecto?

—Que os interesa, Blanca.

—¿Y cuál es?

—¿No adivinais...

—No por Dios.

—El de haceros esposa de ese hidalgo.

—¡Cielos!

—¿Os asombrais?

—¡Su esposa!

—¿Qué os extraña?

—Vos hacerme su esposa...

—Me creeis incapaz de tanta abnegacion, ¿verdad?

—¡Dios mio!

—Ayer lo era en efecto, pero hoy mis sentimientos son otros. Estoy arrepentido del pasado, tengo crueles remordimientos y para acallarlos es fuerza que os devuelva la felicidad que os robé un dia, y que os la devuelva con creces, pobre niña.

—¡Oh Monseñor, Monseñor!

—¿No es la union con Buridan lo que ambicionando estais ha muchos años?

—Sí, sí.

—¿No le amais desde Borgoña?

—Con el primero y último amor.

—¿No os ama él tambien?

—Tal me ha jurado.

—¿Y no juró á símismo ser vuestro esposo?

—Hace un año que me prometió ir á Flandes á cumplir su juramento.

—No ignorais ya la causa que le impidió efectuar ese viaje.

—¡Oh!

—Yo le impedí hacer lo que hoy deseo que haga.

—¿Que lo deseais?

—Con todo mi corazon.

—¡Cuán generoso y bueno sois!

—Vos me enseñásteis á serlo.

—¿Yo? ¡Dios mio!

—Vos, pobre mártir, vos.

—Si eso es verdad bendígome á mí misma.

—Bendecida mereceis ser por Dios y por los hombres, Blanca.

—¡Oh! Basta, basta por piedad de encarecer virtudes que solo á medias poseo. ¿Qué hice yo que no debiera hacer?

—Tanto habeis hecho...

—Nada.

—Si os empeñais...

—No hablemos más de mí.... os lo ruego, señor.

—¿Pues de quién quereis que hablemos?

—De él.

—¿De Buridan? Es muy justo.

—¡Tantos meses sin tener noticias suyas!

—Hoy las teneis felices.

—Muy felices, sí.

—Y por un conducto que ni aun soñar pudísteis obtenerlas.

—¡Ah!

—¿Verdad que nunca creísteis la nueva que os anunció su muerte?

—Os lo confieso... ¡nunca! por más que fingí creerla.

—¿Y verdad tambien que abrigábais esperanzas de volverlo á ver en dia no lejano?

—Ellas han sido mi alimento desde que cautiva estoy en este alcázar.

—Harto lo sospechaba cuando tranquila os veia un dia y otro.

—Perdon por haberos engañado.

—¿No os engañé á mi vez?

—¡Dios mio! Cuán crueles fuimos ambos.

—Vos no, María: yo, únicamente yo merezco el dictado de cruel.

—¡Ay!

—Basta, basta de recordar lo que me causa horror y espanto,—exclamó Felipe el Hermoso bruscamente, abandonando de súbito el sitial y disponiéndose á partir.—Ni una palabra más hablemos de lo que tanto á vos como á mí nos martiriza.

—Teneis razon, señor.

—Os prometí haceros la mujer más venturosa de la tierra y es fuerza que en breve se cumpla mi promesa.

—Dios os bendiga por tan generoso proceder.

—Mañana vereis á Buridan.

—¡Mañana!

—Sí.

—¿Dónde?

—En este mismo hotél.

—¡Oh ventura!

—Y pasado mañana, si así lo deseais, el obispo de París bendecirá vuestra union en la capilla real del Louvre.

—¡Mi union con Buridan! ¡Cielos!... No permitais que

la alegria trastorne de nuevo mi mente como un dia la trastonó el dolor.

—Tranquilizaos, Blanca, y en tanto que llega ese mañana venturoso para todos, orad por el rey que harto el rey necesita de vuestras santas oraciones.

Dicho esto Felipe el Hermoso abandonó la cámara precipitadamente, sin dar tiempo á Blanca-flor para arrojarse á sus plantas y regar sus manos con lágrimas de gratitud cual era su deseo.

Entonces la enamorada María de Compliegne corrió con frenética alegria á la inmediata estancia donde los niños Juan y Gaston jugueteaban con un galgo tendidos sobre la alfombra, se arrodilló á su lado, los estrechó en sus brazos fuertemente y despues de imprimir en sus rosadas mejillas cien apasionados besos, les dijo con voz ahogada por la emocion:

—¡Hijos..... hijos de mis entrañas..... vuestro padre vive!

Luego perdió el conocimiento.

CAPITULO XII.

La reconciliacion entre rey y vasallo.—Buridan creado conde de Alenzon y nombrado ángel custodio de la vida de Felipe el Hermoso.

La noche habia llegado en tanto.

Pero no con la prontitud que deseaban llegase Felipe el Hermoso, Buridan, Leonor de Valois, Polioni, Sataniel, Enguerrando de Marigny y aun la misma Juana de Borgoña.

El rey, cuya palidéz cadavérica iba en aumento conforme las horas trascurrian siendo esto causa de que los familiares que le rodeaban le creyeran gravementente enfermo y movieran triste y silenciosamente la cabeza como desesperando de su vida, cenó más temprano de lo que tenia por costumbre, despidió á los gentiles hombres de servicio, y se retiró á su cámara secreta ó privada, denominada así tal vez porque á los ministros y altos dignatarios de la corona les estaba prohibido hablar en ella de otros asuntos que los puramente familiares cuando por una rara casualidad el monarca los recibia á su presencia.

En aquella cámara á donde fué conducido en tiempos no lejanos el cadáver de Germer de Gourbelan para probar la culpabilidad de la condesa de Poitiers, se encerraba Felipe siempre que huir queria de los complicados asuntos del Estado ó de los disturvios de familia y permanecia horas enteras sin ver ni hablar con nadie.

Allí habia resuelto conferenciar en secreto con su rebelde vasallo, seguro de la impunidad con que podia hacerlo, y esperando su llegada permaneció sèntado ante una mesa, con los codos apoyados sobre el rico tapete que la cubria, con el rostro oculto entre ambas manos, la respiracion anhelosa, el corazon palpitante y la mirada fija en la fronteriza puerta, una hora, dos, tres y cuatro sin resultado alguno.

A la media noche abandonó su primitiva actitud para oprimirse el pecho fuertemente como temeroso de que el corazon saltase hecho pedazos dentro de su reducida cárcel.

—No viene,—murmuró con angustiosa voz:—¡no vendrá á pesar de haber asegurado Marigny que vendria! Ese hombre implacable y desconfiado habrá temido una asechanza por mi parte, habrá despreciado mis ofertas y habrá dado muerte á mi idolatrada hija viendo que á las nueve no le era entregada su querida como exigia esta mañana. ¡Muerta Leonor, el ángel de mi redencion... muerta con hierro y arrojada al Sena!... ¡Oh!... ¡Me vuelvo loco! Dios de bondad y de infinita misericordia, no puedo creer que hayais permitido la consumacion de tan horrible crímen, pero si consumado fué por la sacrílega mano de ese hombre á quien parece que habeis escogido por instrumento de vuestra recta justicia, llevadme, llevadme por piedad á vuestro seno en este instante y acabe de una vez tan horroroso martirio!

Dicho esto con voz ya apenas perceptible por lo acongojada y bronca, volvió á ocultar entre ambas manos su rostro inundado de amargas y abrasadoras lágrimas.

—¿Monseñor?—llamó en aquel instante con sepulcral acento una voz allí muy próxima.

Felipe el Hermoso lanzó un penetrante grito de alegría al reconocer aquella voz, y miró frente así con ansiedad.

En medio de la cámara habia un hombre de arrogante aspecto, de elevada talla, vestido de terciopelo negro, con un manto de paño del mismo color pendiente de los hombros, la cabeza descubierta, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada de águila fija con tenacidad en el semblante del rey.

—¡Buridan!—exclamó Felipe con acento indescriptible y abandonando de súbito el sillon que ocupaba ante la mesa para salir al encuentro del aventurero.

—El mismo soy,—contestó este sin abandonar su postura arrogante y poco respetuosa ni dejar de mirar con fijeza al fascinado monarca.

—Al fin habeis venido.

—El rey me ha llamado y acudo á la voz del rey.

—¡Pero cuán tarde!

—Esperé á que todos durmiesen en el Louvre.

—Bien, bien. Adivinásteis mi deseo. ¿Pero por dónde habeis entrado?

—Por el jardin.

—¿Teniais la llave del postigo?

—Anoche me la dió Berta para distintos fines.

—¿Os han visto en la antecámara?

—No.

—¿Nadie vela en ella?

—Lo ignoro. Yo he llegado á vos por un camino secreto que en otro tiempo me enseñásteis.

—¡Ah! Mas no me importa porque no temo de vos una traicion.

—No temiéndola me haceis justicia, señor.

—Y estoy pronto á hacérosla cumplida.

—¡Ya era hora!

—Hablad, hablad, Buridan.

—Espero vuestras reales órdenes.

—¿Y mi hija?

—Vive.

—¿Me lo jurais?

—Por mi fé inquebrantable de cristiano.

—¡Oh, gracias... gracias os dá su padre sin ventura!

Buridan, que se habia afectado un tanto al contemplar las marchitas facciones del monarca, se conmovió profundamente en vista de aquel dolor sin límites que no podia ser fingido por un padre cuando se trataba de la vida ó la muerte de una hija á quien era público que amaba con delirio, y alejando de su pecho todos los rencores agrupados en él de esprofeso pocos momentos antes para presentar batalla á un enemigo que creia poderoso y sañudo y lo encontraba desarmado y casi suplicante, dijo con acento ménos acre y tomando otra actitud más respetuosa y digna del vasallo que habla á su rey:

—¡Cómo, señor! ¿Temiais...

—Que la hubiérais dado muerte despiadada.

—No soy asesino sin gran necesidad, alteza.

—Lo creo, lo creo, Buridan, cuando no habeis sepultado hace un mes vuestro puñal en mi pecho pudiendo penetrar impunemente hasta mi dormitorio.

—Tampoco soy regicida.

—Tambien lo creo, tambien, hidalgo generoso. ¿Pero qué quereis? La duda, la certeza de la muerte de Leonor se habia apoderado de mi corazon á pesar mio. Son las doce

de la noche... á las nueve os esperaba, y como á esa hora fatal cumplia el plazo que fijásteis...

—Monseñor, perdonad aquel mi grande atrevimiento.

—¡Ah! ¿Implorais mi perdon?

—De hinojos, señor, de hinojos cualimplorarlo debo,—contestó Buridan con fingida ó natural conmocion, arrojándose á las plantas del rey, tomando una de sus descarnadas, frias y convulsas manos y depositando en ella un beso respetuoso.

—Dios os inspira vuestro arrepentimiento, Buridan.

—¡Oh, sí!

—Alzad, alzad.

—¿Sin que me hayais perdonado?

—Yo os perdono como rey y como padre.

—¿Todos mis crímenes?

—Yo quiero llamarlos faltas.

—¡Oh!

—Os las perdono de corazon.

—Alteza...

—¿Dudais?

—Soy tan culpable...

—Repito que os perdono.

—¡Gracias, gracias!

—¿Quedais tranquilo ó necesitaré jurarlo por mi fé de cristiano, de rey y caballero?

—No, no.

—Pues bien, creed y perdonad á vuestra vez con igual generosidad.

—¿Que yo perdone á vuestra gracia?

—El rey os ha inferido una mortal ofensa robándoos la mujer querida.

—¡Oh!

—¿Os asombra que el rey descienda á vos en demanda de perdon?

—No me asombra, pero me humilla y me confunde.

—Solo Dios es testigo de lo que aquí pasando está entre nosotros, y por eso no me creo humillado al confesaros que los remordimientos más crueles despedazan mi pecho sin piedad ni lástima.

—¡Qué escucho!

—La verdad, Buridan.

—Que los remordimientos despedazan el régio pecho de V. A...

—Pero de un modo cruel.

—¡Dios de bondad!

—¿No veis en mi rostro impresa su fatal huella?

—¡Oh!

—Pero á nadie, ¿entendeis? á nadie más que á vos lo he confesado, ni nadie sabrá que este cruel martirio, al que Dios á sometido mi corazon, me conduce lentamente al sepulcro, si vos me jurais guardar silencio.

—Os lo juro por lo más sagrado.

—¿Y jurais asímismo perdonarme?

—Sí.

—¿Dar al olvido el pasado...

—Sí, Monseñor, sí.

—Dios os lo premie si es verdad ó Dios os lo demande si mentís aun cuando sea con el laudable fin de tranquilizar mi espíritu, harto atribulado en este instante.

—Castígueme el cielo si tal crímen cometo. Lo doy al olvido todo, todo absolutamente, y me arrepiento con sinceridad de mi rebeldía, de mi ingratitud, de mis desafueros, de la guerra de esterminio que declaré á mi rey y señor un dia en el acceso de mi demencia.

—Me dais la vida, Buridan.

—Juro en espiacion de mis culpas ser desde este instante vuestro esclavo sumiso y obediente si á la esclavitud me condenais.

—Sed mi amigo leal como lo fuisteis en otro tiempo.

—Mi corazon y espada pongo sin vacilar á los reales piés de V. A.

—Yo acepto con placer ambas preciosas joyas.

—Señor...

—Y en prueba de gratitud, tomad este pequeño don como recuerdo eterno de esta venturosa noche,—dijo Felipe el Hermoso entregando á su reconciliado enemigo un pliego cerrado que Buridan tomó con grande asombro.

—¡Oh! ¿Qué es esto, Monseñor?

—Leed y lo sabreis.

—Pero...

—Leed, leed.

Buridan se aproximó á la luz de la lámpara de plata que ardia sobre la mesa, rompió el gran sello temblando de emocion, abrió el venturoso pliego y despues de pasear una rápida ojeada por su contenido, exhaló un leve grito de alegría.

Despues dijo con sofocada voz:

—¡Conde!... ¡Vuestra alteza se digna crearme conde de Alenzon, donándome al mismo tiempo el castillo y las tierras de ese nombre!...

—Y bien, ¿os parece pequeño el premio?

—Me parece escesivo para mi escaso mérito y mi modesta ambicion.

—Méritos hareis para ganarlo.

—Ansío contraerlos.

—En cuanto á vuestra ambicion, no ignoro que es más modesta.

—¡Oh, sí!

—Se reduce...

—A la posesion de la mujer amada.

—Mañana sereis su esposo.

—¡Cielos!

—Yo os la entrego gustoso, caballero.

—¡Ah!

—Yo os la entrego honrada, pura y enamorada de vos como os la arrebaté una vez de Lila y otra de Brujas cuando gemiais en prisiones.

—¡Honrada!... ¡Pura!...

—La amistad de los reyes no deshonra á la mujer.

—Pero su amor la roba su pureza.

—Os engañais esta vez, Buridan.

—¡Cómo!

—Blanca-flor solo ha sido para mí una amiga harto cruel é ingrata.

—¿Será posible?

—Su virtud es tan inquebrantable, tan inmenso el amor que os profesa...

—Menseñor, permitid que dude de ambas cosas.

—No hagais tal, desgraciado, si ofenderla no quereis injustamente.

—La fama dice...

—¿Que es mi querida?

—Sí.

—¡Miente la fama!

—¡Oh!

—Las apariencias la acusan por mi culpa, pero yo la defiendo de cualquiera acusacion que pueda mancillarla.

—¡Dios mio!...

—Creed al rey que es incapaz de engañaros tratándose de vuestro honor.

—Creo, señor, creo sin ningun género de duda.

—¿Y hareis á Blanca vuestra esposa?

—Tal fué siempre mi deseo.

—Tambien el suyo.

—Pero Blanca...

—Es vuestra desde este instante.

—¿Dónde se encuentra?

—En el hotél de Nesle.

—¿Con sus hijos?

—Sí.

—Y en el hotél...

—La vereis mañana.

—¡Oh ventura!

—Ella os espera.

—¡Cómo! ¿Sabe...

—Todo se lo revelé esta tarde al concederla la libertad que la usurpé un dia despiadado.

—¡Gracias, gracias os doy en su nombre y en el mio, magnánimo señor!

—¿Quedais contento del rey?

—Y dispuesto á derramar la última gota de mi sangre en su servicio.

—¿De veras, Buridan?

—Vuestro es mi corazon... mi espada es vuestra.

—Acepto el primero para que me ame lealmente y la segunda para que me defienda de mis ocultos enemigos.

—¡Qué escucho!

—Una dolorosa verdad. El rey tiene enemigos poderosos.

—¿Ocultos?

—Y por lo tanto más temibles.

—¿En el Louvre?

—En el mismo Louvre.

—Y en el seno tal vez...

—De mi familia, sí. ¿Por qué negároslo?

—¡Ah! Es que negármelo sería ya inútil, Monseñor.

—¡Cómo!

—Nada ignoro de lo que en el Louvre ocurre.

—¿Es cierto?

—Conozco perfectamente á los enemigos de V. A.

—Sus nombres.

—Monseñor los conoce tambien.

—No importa, quiero escucharlos de vuestros lábios para convencerme de que no sospecho en vano.

—El primero se llama monseñor Luis de Valois.

—¡Oh! ¿Y el segundo?

—Madama Isabel de Rocafort.

—Y el tercero Marigny, ¿verdad?

—Marigny es fiel á V. A. aunque las apariencias le acusen algunas veces.

—¿Que me es fiel ese hombre?

—Sí, Monseñor.

—Lo dudo.

—Lo es, lo es,—contestó con firmeza Buridan, á quien convenia tener de su parte al poderoso valido, lo mismo que convenia á Sataniel.

—No obstante,—replicó el monarca;—no fiaré del buen conde de Longueville hasta el extremo de poner en sus manos mi existencia.

—¡Ah!

—Está vendido á los traidores y con ellos conspira sordamente.

—Perdonadme si insisto...

—Será en vano, Buridan.

—Plego, pues, el lábio, alteza.

—Mas no lo plegueis de suerte que dejeis de revelarme todo lo que sabeis sobre este asunto.

—Mi deber es no ocultar nada al rey.

—Sí, sí; dadme pruebas inequívocas de la amistad que hemos pactado para siempre.

—¿Y cómo, señor?

—Revelándome los nombres de todos mis enemigos.

—Hoy por hoy á nadie más conozco.

—¿Será posible?

—Y si conozco á los nombrados lo debo á la casualidad, pues de otra suerte ¿cómo poseer podria secretos de tal naturaleza quien alejado vive de la córte ha tanto tiempo?

—Teneis razon.

—Ahora que soy libre, gracias á vuestra magnanimidad, señor, será otra cosa.

—¿De veras?

—Nada harán ni dirán en el Louvre los grandes y pequeños sin que diez minutos más tarde lo sepa V. A.

—¿Me prometeis consagraros enteramente á mi servicio?

—Sí, Monseñor.

—¿No separaros un momento de mi lado...

—Si tal me ordena el rey...

—Yo os nombro mi ángel custodio.

—¡Oh!

—¿Aceptais?

—Acepto, acepto tan honroso cargo.

—Velareis por mi vida...

—Como por la mia propia.

—Bien, bien.

—Decir que más sería una lisonja cortesana, y comprendo que el lenguaje de la verdad, el lenguaje rudo y franco es el que más debe agradar á V. A. en este instante.

—Sí, caballero, sí.

—Por eso osé emplearlo desde un principio.

—Seguid usándolo siempre y el rey os estará reconocido.

—Confio con mi conducta futura conquistar en breve la confianza de mi señor.

—Conquistada la teneis ya, Mr. de Buridan, cuando vuestro señor os hace custodio de su vida.

—¡Ah!

—Y aun hace más: os nombra desde luego su consejero privado.

—¡Bondad suprema!

—¿Aceptais este nuevo y no ménos honroso cargo, caballero?

—Monseñor...

—Responded.

—Nó, alteza.

—¡Cómo!

—No puedo aceptarlo por creerlo superior á mis fuerzas y á mi escasísimo talento.

—Ménos modestia, señor conde de Alenzon, y complaced al rey en todo aquello que exije á su leal amigo.

—¡Vuestro amigo!... ¡Me honrais con tan hermoso título!...

—Otros mereceis de más estima.

—Es imposible que existan.

—Honraos, pues, con él, y volvamos á lo que importa.

—Soy de mi rey en cuerpo y alma.

—¿Aceptais ó no aceptais el cargo de consejero privado que os ofrezco?

—Lo acepto henchido de orgullo y enagenado de ventura.

—Que me place.

—Pero para su buen desempeño se requiere un delicado tacto, un conocimiento profundo de los negocios del Estado, y yo...

—Pronto sereis maestro en la materia.

—Plegue al cielo.

—Sois astuto y sagaz, y esto es bastante.

—Más que sagaz y astuto soy temerario.

—¿Y quién os dice que vuestra temeridad y arrojo no es lo que más conviene al rey en las actuales circunstancias?

—¿Será posible?

—Hora es ya de obrar con decision para tranquilizar mi reino y limpiar mi casa de traidores y reboltosos.

—¡Oh!

—¿No participais de la opinion del rey?

—Sí, Monseñor.

—¿Y qué le aconsejais hacer?

—¿Para conseguir el objeto apetecido?

—Sí.

—Dos cosas, una de las cuales temo que afecte el corazon del padre.

—Nada temais, Buridan, y explicaos claramente.

—Lo primero que V. A. debe hacer es obligar á monseñor Luis que vuelva á su reino de Navarra.

—¡Ah! ¡ah!

—Alejada la causa de los disturvios, se matan ó se neutralizan por completo los efectos.

—Proseguid.

—Lo segundo entregar la duquesa de Borgoña á su legítimo señor, á su esposo que con harta justicia la reclama.

—¿Con justicia?

—Y con derecho.

—Mi hijo Luis cree lo contrario.

—Vuestra alteza sabe por qué.

—Madama Isabel se ha colocado decididamente bajo nuestra proteccion.

—Vuestra alteza sabe tambien por qué.

—¿Conque opinais?...

—Que madama debe volver á Borgoña sin pérdida de tiempo. De esa suerte se evitaria una guerra intestina, un grande escándalo, un deplorable mal ejemplo.

—Caballero...

—Me refiero, señor, al que daria el duque Odon haciendo armas contra su rey.

—¡Ah!

—Ejemplo que tal vez siguieran luego otros muchos señores poderosos.

—Advierto que sois un consumado político, Buridan.

—Ni de aprendiz me precio, Monseñor.

—Sábio y modesto... ¡que me place!

—Mis consejos podrán no ser prudentes y acertados, pero mi voluntad y buen deseo...

—No muchos dias habeis de tardar en saber en qué estima los tengo, más por esta nocbe dejemos aparte la política y hablemos...

—De madama Leonor.

—De mi adorada hija.

—Adivinaba que tal era el natural deseo de V. A.

—Nada me habeis hablado de ella.

—He tenido el honor de decir...

—Que vive.

—Sí.

—Pero nada más.

—Nada más me ha preguntado Monseñor.

—Temia aventurar una pregunta imprudente en las actuales circunstancias.

—El rey nada aventura ante el vasallo.

—Sí, sí; me espondría á una justa negativa.

—¿Por mi parte?

—Por vuestra parte, Buridan.

—No comprendo á vuestra gracia.

—Queria preguntaros dónde se encuentra ese ángel purísimo.

—¡Ah!

—¿Lo veis?

—Señor, un juramento me impide...

—Callad, callad ese secreto que tal vez no pertenece á vos solo.

—¡Oh! No.

—Decidme únicamente si es feliz.

—No alteza.

—¡Cómo!

—No puede ser feliz una hija idólatra de su padre cuando ausente se halla de sus brazos.

—¿Conque tanto me ama?

—¿Lo dudábais, señor?

—Pero tambien ama á su esposo.

—Con delirio, es cierto, pero el amor conyugal nada al filial puede robar.

—¿Nada?

—Nada, y mucho ménos tratándose de una criatura tan angelical como madama Leonor.

—Me dais la vida hablando de esa suerte.

—Lo creo, porque en este momento sois padre antes que rey.

—Sí, sí. Mas os conjuro á que con la verdad contesteis á todas mis preguntas, cual si parte interesada no fuérais en esta causa.

—Juré decir la verdad en todo y cumpliré fielmente lo jurado.

—¿Ama Polioni á su esposa con igual pasion que ella le ama?

—Sí, Monseñor.

—¿Estais cierto?

—Muy cierto.

—¿Le creeis digno de ser el esposo de una princesa de la sangre?

—Por su cuna nó, por su corazon y bellos sentimientos sí.

—¿Le creeis capáz de hacer la felicidad eterna de mi hija?

—Sí, alteza.

—Nada más quiero saber.

—Pero...

—Acabais de desvanecer mis dudas.

—No adivino...

—¿Amais mucho á ese doncel, Buridan?

—Le amo como amaria á un hijo.

—Yo tambien le amo como vos, como merecece ser amado.

—¿Será verdad?

—Le amo, sí, y para probároslo, mañana, en este instante si pudiera...

—¿Qué hariais, Monseñor?

—Estrecharlo en mis brazos y titularlo mi hijo delante de la córte, para que como á tal lo reconozca y respete.

—¡Ah Monseñor, que el cielo os premie bondad tan infinita!

—¿Creeis que obrando así consolido la felicidad de esos pobres niños?

—¿Y cómo no creerlo, magnánimo señor?

—Pues bien, felices sean desde mañana como lo desea mi paternal corazon, y como antes lo hubieran sido á no oponerse obstáculos insuperables.

—¡Gracias, gracias en su nombre y en el mio!

—Nada más por esta noche, caballero; es tarde y ambos necesitamos reposo. Volved al misterioso lugar donde se ocultan mis queridos hijos, decidles que son libres, que su padre les espera con anhelo y volved con ellos apenas nazca la aurora.

—Esperar hasta mañana seria un martirio cruel para el corazon de V. A.

—¿Qué quereis decir?

—Que esta misma noche...

—¿Podia verlos?

—Si tal su alteza desea.

—¿Y dudais que lo desee?

—Seria un crímen dudar, un crímen tambien no calmar en el instante la natural ansiedad de vuestro régio pecho, y...

—¿Qué vais á hacer?

—Ausentarme un momento con vuestra vénia, alteza.

—¿Para partir en busca de los duques?

—Sí, Monseñor.

—¿Tardareis mucho?

—Pocos minutos.

—¡Cómo! ¿Tan cerca están?

—Tan cerca que con solo esforzar la voz pueden oiros.

—¡Ah!

—Tan cerca que abriendo esa puerta podeis verlos.

—Buridan...

—No miento, Monseñor.

—Mis hijos están ahí...

—Ellos siguieron mis pasos.

—¿Por vuestro consejo?

—Sí, alteza.

—¡Ah Buridan, Buridan! Ese rasgo de generoso des-

prendimiento, esa ilimitada confianza os hacen acreedor á mi amistad eterna.

—Señor... dudar en esta solemne ocasion de la magnanimidad y rectas intenciones de mi rey, hubiera sido dudar de Dios.

—Sí, sí.

—Por eso vine al Louvre en súplica de un perdon que tal vez no merezco, sin dejar tras mia prendas que garantizasen mi vida...

—¡Oh!

—Y me arrojé á las plantas del monarca, indefenso, atado de piés y manos como á su merced prosigo estando en este instante.

—Leal proceder el vuestro que no olvidaré jamás.

—Quiera Dios que no me arrepienta nunca de haber procedido como leal y bueno.

—Caiga sobre mi cabeza la maldicion de ese Dios á quien invocais si falto á los juramentos que pronunciar esta noche habeis oido de mis lábios.

—¡Amen!—contestó Buridan con voz solemne y enérgica.

Despues abrió la puerta de la cámara.

En su dintel aparecieron arrodillados, asidos de las manos y con las frentes inclinadas Leonor y Polioni.

El rey al verlos exhaló un penetrante grito de alegría y corrió á su encuentro para estrecharlos en sus brazos en tanto que exclamaba con voz desfallecida por la emocion:

—¡Hija!... ¡Hijos de mi vida!

CAPITULO XIII.

De cómo el héroe principal de nuestra historia llega á encontrar al fin lo que con tan prolijo afan buscaba desde que huyera de Gisors.

La mañana siguiente, y en hora muy temprana, María de Compliegne, la tiernísima y enamorada Blanca-flor que no habia podido reconciliar el sueño la anterior noche ni desterrar de su delicado pecho la violenta emocion que lo apresó al saber que Buridan vivia, que la buscaba anhelante, que la amaba, que debia verla en breve y ser despues su esposo, descendió con vacilantes pasos al bellísimo jardin del hotél que la servia de morada y prision al mismo tiempo desde que pisó contra su voluntad los umbrales de París algunos meses antes.

Su palidéz era estrema, su agitacion tambien.

—¿A quién buscaba en aquel pequeño paraiso terrenal?

A nadie pero iba á esperar en él al alma de su alma, á la luz de sus azules ojos, á la mitad de su vida, al hombre por quien muriendo vivia por espacio de ocho ó nueve años.

A Buridan.

Buridan no debia tardar en ir á arrojarse en sus amantes brazos por la vez primera despues de tantos meses de dolorosa ausencia.

El rey se lo habia prometido la tarde anterior.

El rey la habia jurado que así sucederia.

Y el rey no podia mentir, no podia ser perjuro, no podia dejar de darla aquella prueba de abnegacion despues de tantas y tantas como la habia dado una vez convencido de que su amor sin límites, sus ruegos, sus amenazas, sus violencias, sus promesas y sus dádivas eran insuficientes é inútiles armas para vencer su acrisolada virtud y apagar ó amortiguar la llama de la pasion que Buridan la inspirára desde el punto en que lo viera en la fastuosa córte de Borgoña.

Fiada en tan solemne promesa contó pasar las horas de la noche por los latidos de su corazon amante, al despuntar la aurora la saludó con una lágrima de gratitud y un suspiro de alegría, y despues de besar en la boca á sus dormidos niños y dar algunas instrucciones á la vieja aya que merecia su entera confianza, descendió al jardin como hemos dicho.

Y sentada en un rústico banco rodeado de flores y follaje y situado en el extremo opuesto al edificio y al pié de una cristalina fuente, tambien pasar contó por los latidos de su corazon amante, una hora, dos y tres sin que Buridan llegase al solitario retiro que ella escogió exprofeso para estrecharlo en sus brazos sin temor á testigos importunos.

En un principio habíanla distraido un tanto la vista de las perfumadas flores, el incesante revolotear de las pintadas mariposas, el tierno canto de las aves y el suave y melancólico murmurio de la aguas, más luego ni flores ni

mariposas vió, ni oyó tampoco la melodiosa voz de los alados trovadores ni el dulce susurrar del serpenteante arroyuelo.

La luz huyó poco á poco de sus celestes ojos, la sonrisa de sus lábios y la calma de su pecho.

Su corazon latió con ruda fuerza, zumbaron sus oidos, temblaron sus delicados miembros, anublose su frente, pocos momentos antes tan serena, á impulsos de una idea terrible que de súbito afluyó á su mente y murmuró con voz desfallecida:

—¡Ficcion... mentira... engaño cruel y despiadado! Buridan no viene porque no existe... ¡Oh! ¡Y que yo no pueda morir tambien para volar al cielo en busca suya! ¡Dios mio, Dios mio, tened piedad de esta mujer sin ventura!

—¡Blanca!—llamó en aquel momento una voz sonora y algo distante del lugar donde la dama se encontraba.

Al escuchar su nombre, la pobre jóven palideció hasta asemejarse á un cadáver.

Y exhaló un penetrante grito que desgarró su pecho dolorido.

Y la esperanza renació de nuevo en su angustiado corazon.

Se puso de piés como impulsada por un oculto resorte.

Y tendió con ansiedad la vista en derredor de sí.

Pero en vano; nada se dejaba ver.

Y aprestó el oido con cuidado.

Pero en vano tambien: solo se dejaba oir el tierno canto de las aves, el suave murmurio de las aguas y el sordo zumbido de los insectos voladores.

—¡Ficcion... mentira... engaño... fantasmas que forja mi deseo!

Dijo y miró al cielo con desolacion y angustia.

—¡Blanca-flor!—llamó la misma voz mucho más próxima.

—¡Dios de bondad! ¿Me engañan los oidos? ¿Soñando estoy?

—¡Esposa mia!

—¡Ah! ¡Es él!... ¡Gracias, Dios mio, gracias te dá tu pobre sierva!

Y al decir esto con espresion indefinible, cayó sin fuerzas y sin sentidos al pié del rústico banco y sobre un lecho de flores y follage.

En aquel momento apareció á su lado un hombre.

Era Buridan.

Ver á Blanca, elevarla en sus robustos brazos á la altura de su boca y sellar sus pálidos y yertos lábios con un ardiente beso, fué para nuestro héroe obra de un solo segundo.

—¡Blanca!—exclamó luego en el colmo de la felicidad que lo embargaba.—Vuelve en tí... mira á tu amante... á tu esposo bien amado, al hombre que si fué un dia ingrato y desdeñoso á tus amores, hoy moriria si ellos le faltasen maldiciendo su desgraciada suerte.

—¡Buridan!...—murmuró la dama que á la vida tornaba poco á poco en brazos de su amante tan esperado y querido.

—Yo soy, yo, luz de mis ojos, bello ideal de mis amores... yo que en tu busca vengo enamorado y tierno como nunca.

—¡Al fin... al fin llegaste, ídolo mio!

—¡Al fin te encuentro!

—Dios mio... Dadme fuerzas para soportar ventura tanta, felicidad tan grande.

—Blanca...

—Juan mio...

—¿Cómo te encuentro sola?

—¿Por qué tardaste tanto?

—¿Dónde están tus hijos?

—¿Y el rey?... ¿Qué te ha dicho el rey?

—Tus hijos, Blanca...

—¡Duermen!—contestó la jóven con armonioso acento y dulcísima sonrisa que devolvió la calma al pecho de su amante.

—Duermen dices...

—Como dos ángeles del cielo.

—¿Dónde?

—En el propio lecho de su madre.

—¡Benditos seais los tres por Dios una y mil veces!

—¡Buridan mio!

—¡Oh Blanca, Blanca idolatrada! ¿Que no pueda yo espresarte lo que en mi pecho pasa en este instante?

—Yo lo adivino, Juan.

—¿De veras?

—Sí, vida de mi vida.

—¡Ah!

—Mas dime, dime...

—¿Qué anhelas saber?

—¿Te acuerdas mucho de mis tiernos hijos?

—Más que de Dios.

—¡Impio!

—¡Perdon!

—Estás loco, Buridan.

—Loco estoy sí, mas es de amor paternal.

—¿Qué dices?

—Blanca, te imploro que hablemos de esos niños antes que de nosotros mismos.

—No es otro mi deseo.

—Te conjuro á que contestes á todas mis preguntas.

—Estoy pronta.

—A que me digas la verdad...

—Jamás la mentira manchó mis lábios.

—Lo sé.

—¿Por qué dudas, pues, ahora?

—Habla por Dios.

—Pregunta, que á contestar me apresto.

—¿Recuerdas cierta historia que me referiste en Lila...

—¿A tu vuelta de Inglaterra?

—Sí.

—La recuerdo.

—¿Y bien?

—No te comprendo.

—¡Oh por Dios! No me hagas sufrir una tortura horrible.

—Explícate, Juan mio.

—Aquella historia...

—Era el compendio de los dolores y amarguras que sufrí durante tu prolongada ausencia.

—¿Pero compendio exacto?

—Exacto.

—Me engañas.

—¿Que tal supongas?

—O si crees decirme la verdad sufres un grave error.

—¿Un error?

—Gravísimo.

—No entiendo...

—En aquella solemne ocasion me dijiste que eras madre de dos niños.

—De los mismos que en este instante duermen en ese hermoso palacio que desde aqui se divisa.

—¿Estás cierta?

—¿Y eso preguntas á una madre?

—¡Oh! Es que esa madre estaba loca en el momento de dar á luz el fruto del infame atentado de Enrique de Poitiers.

—Estuvo loca, es cierto, pero despues al recobrar la razon recobró tambien todos los recuerdos de esa época dolorosa.

—¿Todos?

—Todos, sí.

—¿Luego recuerdas que una noche horrible y tempestuosa, noche en que tú vagabas por la selva de los Encantos en busca de pan para saciar el hambre...

—¡Oh Dios!

—Un hombre te se presentó de súbito y te entregó...

—¡Cielos! ¿Sabes...

—Creo saber mucho de esa historia.

—¡Imposible!

—No lo dudes.

—Dame pruebas de que nada ignoras.

—Te daré cuantas exijas.

—¿Conoces el nombre de aquel hombre?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Orsini.

—¡Ah!

—¿Ves cómo nada ignoro?

—¿Qué me entregó Orsini aquella noche?

—Dos infantes recien nacidos.

—Que debian el sér...

—A Margarita de Borgoña.

—Y al caballero Buridan.

—Cierto.

—¿Lo confiesas?

—No puedo negar tal hecho de mi pasado borrascoso.

—Tampoco yo puedo negar que tus hijos vinieron á mi poder por permision del cielo en el momento en que su madre los condenaba á muerte.

—¡Oh!

—¿Verdad que ordenó á Orsini, su cómplice, su infame consejero, que los asesinase en el bosque de los Encantos?

—¡Ay!

—Responde.

—Sí, los mandó asesinar apenas los dió á luz.

—¡Madre cruel y desnaturalizada!

—¡Ah!

—¿Y has podido amar á esa mujer?

—No me lo recuerdes, Blanca.

—A esa mujer que fué capaz de lo que incapaces son las hienas y las panteras?

—¡Basta por Jesus Crucificado!

—¿Te martiriza oirme hablar de esa suerte?

—Me desgarras el corazon.

—¿Luego aun amas á Margarita?

—¿Yo amarla?

—No me lo ocultes... la amas todavía y á mí me mientes amores, á mí que por tu amor y para amarte vivo muriendo hace ocho años.

—Blanca...

—¡Cruel! ¡Cruel!

—Será preciso que te jure de nuevo...

—Nada jures.

—No la amo, no, la compadezco únicamente.

—La compadeces porque sufriendo está en Gisors el justo castigo á que se hizo acreedora por sus horribles crímenes y sus escandalosas liviandades y adulterios.

Al oir estas palabras Buridan respiró con libertad.

Ellas le revelaban la ignorancia en que Blanca vivia

respecto á la cautividad y libertad de Margarita.

Ni aun sabia que fué á Gaillard trasladada algunos dias despues de fracasar la intentona que á él mismo le costó nueve ó diez meses de cautiverio.

El rey nada la habia dicho, ó por olvido ó por no aumentar sus celos.

Si esto ultimo era cierto, el rey habia obrado como rey, hidalga y generosamente.

Alentado por esta ventaja, dijo:

—¿Es un pecado á tus ojos que yo compadezca á esa cuitada?

—No, no.

—Entonces...

—Si no te recrimino.

—Pero me martirizas con tus celos.

—¿Celos yo?

—Celos tienes de quien no debe inspirártelos hace mucho tiempo, Blanca.

—Buridan...

—No niegues lo que tus ojos revelan.

—¡Oh! Basta. No hablemos más de esa mujer.

—Pero hablemos de mis hijos.

—¡Tus hijos!

—¿Qué hiciste de ellos cuando los tuviste en tu poder, Blanca adorada?

—¡Ay!

—Responde.

—¿Y tú me lo preguntas?

—¿Los alimentaste con tu propia sangre?

—Sí, Juan mio, porque Dios y naturaleza así me lo ordenaban.

—¡Gracias, ángel de caridad y misericordia, gracias! Mas dime, dime, ¿qué sucedió luego?

—¡Cómo! ¿Será posible...

—¿Qué?

—Será posible que no adivines el horrible drama que tuvo lugar más tarde?

—¿Un horrible drama?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la cueva que me servía de morada.

—¡Ah!

—¡Dios mio! ¿Ya has olvidado la historia que te referí en Lila?

—No, no.

—Te dije que una noche...

—Penetró en la cueva una fiera hambrienta en busca de la cabra que amamantaba los niños.

—Cierto.

—Mas añadiste que la hiciste huir abrasándola los ojos con una tea que tomaste de la hoguera.

—¡Ay! Mentí en aquella ocasion para evitarte un dolor que ahora es forzoso causarte.

—¡Cómo!

—De nada sirvieron mis débiles esfuerzos.

—La fiera...

—Devoró la cabra en tanto que yo perdia los sentidos.

—Y luego...

—Despedazó...

—¿A mis hijos?

—¡Ay!

—¡Mientes, mujer!—gritó el hidalgo en el colmo del terror y la desesperacion.

—Buridan...

—¡Perdóname, Blanca mia! He sido injusto, he profe-

rido palabras harto duras en el acceso de mi arrebato loco.

—¡Dios mio!

—He querido decir que estás en un error y que sin querer me engañas.

—No.

—Recuerda mejor.

—Todo lo recuerdo... todo.

—¿Fueron tus hijos ó los mios los devorados por las fieras?

—¡Los tuyos, infeliz!

—¡Tortura horrible!

—¿Pero por qué dudar de esa desgracia?

—Porque Orsini aseguró más tarde á Margarita que entregó los niños á una pobre demente en ocasion en que esta vagaba por la selva en busca de un hijo que la habia arrebatado la noche anterior una rabiosa loba.

—¡Mintió Orsini!

—Aquella infeliz demente eras tú.

—Era yo, sí, pero mintió el infame al asegurar...

—¡Imposible!

—Mintió... mintió.

—¿Conque es verdad lo que á tu vez afirmas?—preguntó Buridan con espantosa calma y variando súbitamente de tono.

—¡Verdad cruel!

—¿Conque mis hijos murieron?

—¡Desdichado!

—Pues bien, ya que todas mis esperanzas é ilusiones han muerto en un instante...

—¿Qué intentas?—preguntó María con el mayor terror.

—Morir tambien,—contestó Buridan desenvainando la daga.

—¡Misericordia!—exclamó la pobre Blanca despues de exhalar un penetrante grito y arrojándose en brazos de su amante para evitar su criminal accion.—¡Quieres atentar contra tu vida... contra tu vida que es la mia!...

—Quiero poner fin á tanto sufrimiento.

—¡Cruel!

—Déjame, Blanca.

—Oye mis ruegos.

—En vano, en vano es que me implores por mi propia existencia que aborrezco desde que esa fatal revelacion á salido de tus lábios.

—¡Cruel! ¡Cruel!

—Creyendo en la existencia de mis hijos, para mis hijos he vivido desde que abandoné los campos de Turquía para tornar á mi pátria. La esperanza de hallarlos más tarde ó más temprano me ha hecho soportar con resignacion dos años de crueles sufrimientos... esa esperanza acaba de espirar... todo ha espirado, pues, para mí.

—¿Todo?

—¿Qué me resta ya en el mundo?

—Te resto yo.

—¡Ay Blanca!

—Te restan mis hijos que serán tuyos tambien.

—¡Oh!

—Qué, ¿no amas á esos inocentes ángeles?

—Los amo, pero hoy ménos que ayer y mañana los amaría ménos que hoy.

—Buridan...

—Perdona esta franqueza ruda que indudablemente debe herir tu corazon maternal.

—Sí; lo ha herido cruelmente.

—¡Perdon! ¡Perdon! No sé lo que me digo.. ¡estoy loco!

—¡Pobre padre!

—¿Me compadeces, verdad?

—¿Y cómo no?

—Soy muy digno de lástima. Si supieras... ¡Ah! No ha mucho tiempo que yo tenia una madre y en el momento de extrecharla por vez primera en mis brazos la perdí para siempre.

—¡Cielos!

—Es una historia dolorosa.

—¡Oh!

—Hace dos años que abrigaba la creencia de que tenia dos hijos bellos como dos querubes, un año que alentaba la esperanza de encontrarlos, y hoy, en el instante mismo en que creí debia realizarse, esa esperanza se desvaneció cual frágil columna de humo.

—¡Desgraciado!

—Lo soy mucho... mucho.

—Pero lo serás por muy breves segundos.

—Lo seré en tanto que exista.

—No. Tu gran dolor me ha movido á compasion, y...

—Acaba.

—Quiero hacerte tan dichoso como mereces serlo.

—¿Y podrás?

—¿Qué no puede la mujer que ama?

—Pero...

—Con una sola palabra puedo trocar tu llanto de dolor en llanto de alegría.

—¿Será posible?

—Sí.

—Haz la prueba por Dios.

—¿Y qué harás tú por la mujer á quien tan gran ventura debas?

—¿Y me lo preguntas, Blanca?

—Responde.

—Lo sacrificaría todo por tí; sería tu esposo hoy mismo.

—Eso no basta.

—Tu esclavo.

—Tampoco.

—Tu amante enamorado y tierno.

—¡Ah! Bien... muy bien. Ser tu esposa y poseer tu amor, ese amor cual solo es capaz de abrigar tu corazon de fuego, es mi única ambicion en este mundo.

—¿No hace tiempo que lo posees?

—Pero á medias.

—¿Qué dices?

—A medias, sí, porque la otra mitad pertenece á Margarita.

—¡Idea fatal la tuya!

—No me niegues que la amas.

—¿Cómo convencerte que Margarita murió hace seis años para mí, y que tú, únicamente tú ocupas por entero el santuario de mi amor?

—¡Si verdad fuese!

—Mil veces te lo he jurado por los séres ú objetos más sagrados, pero puesto que ni aun los juramentos bastan para destruir esa duda y desconfianza que á tí te roban el sueño y á mí me roban la dicha...

—¿Qué?

—Suspendamos para siempre esta cruenta é interminable lucha.

—Renunciar el uno al otro...

—Para siempre.

—¡Eso no!

—¿Luego quieres morir desesperada y que yo muera de igual suerte?

—Quiero por el contrario ser feliz y que tú tambien lo seas.

—Tú haces imposible nuestra felicidad.

—No, Juan.

—Dudas y la duda mata sordamente.

—Desecharé mis dudas... las he desechado ya.

—Te engañas á tí misma si tal crees.

—Te juro que no.

—Y bien, si eso es verdad, todavía hay esperanza...

—De ser dichosos.

—De serlo tú á lo ménos.

—Y tú tambien, mi idolatrado Buridan.

—¡Ay!

—Sí, sí.

—Para serlo por completo, me faltan dos pedazos del corazon, Blanca mia.

—¿Quieres hallarlos?

—¿Dónde?

—Dime que hallarlos quieres y los hallarás al punto.

—En el cielo... ¿verdad?

—En la tierra... á corta distancia de este plácido vergel.

—¿Quieres jugar con mis emociones?

—Quiero verte gozar como antes te ví sufrir.

—Blanca-flor...

—Te dije antes que sola una palabra...

—¿Pero por qué no la pronuncias?

—Héla aquí. ¡Tus hijos viven, Buridan!

—¡Oh!

CAPITULO XIV.

Que trata de los mismos asuntos que el anterior.

—Viven y son esos mismos adorables niños á quienes tantas veces sellaste sus lábios con tus lábios creido en que el sér debian al infame Enrique de Poitiers.

—¿Conque es verdad?—exclamó el bravo aventurero en el colmo de la felicidad suprema.—¿Conque Orsini no mintió al asegurar á Margarita...

—No mintió, no.

—No fueron mis hijos...

—Fué el mio el que pereció entre las garras de la hambrienta fiera.

—¡Oh, gracias, gracias Dios de bondad y de misericordia! No es el hombre criminal, es el padre enternecido quien osa elevar á vuestro santo sólio una mirada de gratitud, Señor!

—¡Ah!

—¿Pero qué digo? ¿qué hago? ¿estoy en mí? Me entrego

á la más loca alegría sin considerar que te despedazo el corazon, tierna gacela mia.

—¿Que me despedazas el corazon?

—Perdiste el sér enjendrado en tus entrañas...

—Dios lo quiso, sin duda para evitarme agudísimos dolores. Pero si de un hijo me privó, ¿no fuí recompensada con usura al concederme dos?

—Verdad, verdad. Para esos niños tú has sido y eres la verdadera madre.

—La verdadera, sí; lo digo con orgullo. La otra, la que los concibió y dió á luz...

—Basta por Dios de evocar recuerdos que horripilan.

—Basta, pues.

—Y dime por qué negaste en un principio...

—¡Perdon, Buridan, perdon!

—¿Perdon me pides?

—He sido muy cruel contigo.

—¡Oh!

—¿Pero qué quieres? La desgracia me ha hecho egoista hasta la exageracion... y el crímen, si por tal puede y debe interpretarse mi conducta.

—Blanca...

—Amo á esas bellas criaturas con el fanatismo, con la pasion, con el delirio que puede amar á sus hijuelos la mejor madre del mundo. Ellas han constituido hasta hoy mi única felicidad; segura estoy que la constituirán siempre. Temerosa de que me las arrebatases cruel para gozar tú solo de sus tiernas y dulcísimas caricias... ¡perdon de nuevo, Juan mio! apelé á la mentira, negué su existencia y aun seguiría negándola á no estar firmemente convencida de tu amor y de las buenas intenciones que te guiaron al venir á mí en demanda de ese precioso depósito que Dios, no los hombres, me hizo un dia cuando demente estaba.

—¡Pobre, pobre Blanca mia!

—¡Oh!

—¿Conque tanto amas á mis hijos?

—A nuestros hijos.

—Sí; nuestros, únicamente nuestros serán de hoy en adelante.

—¿Me lo juras?

—Por la salvacion de mi alma.

—¡Gracias, gracias!

—No acabo de admirarte, angelical mujer.

—¿Me perdonas lo mucho que te hizo sufrir mi egoismo?

—Yo soy quien debe implorar tu perdon una y mil veces.

—Juan...

—¿Qué haría yo, buen Dios, qué haría para pagarte la sagrada deuda que contigo tengo contraida?

—¿Y eso preguntas?

—Porque lo ignoro, Blanca.

—¡Ah! Lo ignoras.

—Ser tu esposo, amarte eternamente, adorarte de hinojos es compensacion mezquina.

—Tú lo considerarás así, pero yo no cambiaria esa mezquindad por todos los tronos de la tierra.

—¿De veras?

—Págame con amor esa deuda que ponderas y habrás realizado en un momento mis sueños todos de ambicion, Buridan mio.

—Te adoro, Blanca: no es posible adorarte con más pasion y fanatismo, no.

—Te creo, te creo porque dudar sería morir en el instante.

—Mañana serás mi esposa.

—¡Tu esposa! Cuánta armonía tiene esa palabra para mí.

—Tambien para mí la tiene.

—¿Pero lo has pensado bien?

—¿Por qué me diriges esa pregunta, María?

—Para saber si podrás un dia arrepentirte de haber honrado á Blanca con tu apellido ilustre.

—¿Yo arrepentirme?

—No olvides que la querida soy del rey de Francia.

—¡Falso!

—Lo afirma la córte... el pueblo...

—Pero lo niega el rey.

—¡Ah! Monseñor te ha confesado...

—Que ni las súplicas, ni las amenazas, ni las lágrimas, ni los infames lazos que intentó tenderte, bastaron para vencer tu acrisolada virtud.

—Tambien Blanca lo confiesa con orgullo.

—Me lo ha jurado solemnemente.

—Tambien Blanca lo jura con la frente levantada al cielo.

—Entonces...

—Pero esta verdad por nadie será creida.

—¿Qué me importa si yo la creo?

—¡Oh!

—Además, aun cuando impura fueses, aun cuando para conducirte al altar tuviera que arrancarte de los brazos de Felipe el Hermoso, no vacilaria en escudarte con mi nombre.

—¿No?

—No, porque de esa suerte te pagaba mi deuda de gratitud.

—¿Y crees que aceptaria tamaño sacrificio?

—Lo dudo.

—Dúdalo, sí, pues que antes moriria de vergüenza.

—Y bien, te repito que te creo pura, digna por todos

conceptos de ser mi dulce compañera, que desprecio cual deben despreciarse las hablillas de los grandes y pequeños que callarán al primer escarmiento que haga en ellos mi tizona, y que mañana mismo...

—Seré tu esposa.

—Mi esposa ante los hombres, pues que ante Dios ya lo eres desde que en Lila nos vimos.

—¡Oh, gracias, gracias por tan inmenso bien, mi Buridan idolatrado!—exclamó enagenada de ventura la tiernísima Blanca arrojándose de nuevo en brazos de su amante para verter en ellos dulces lágrimas de amor y gratitud.

El conmovido hidalgo la estrechó con fuerza sobre su robusto y noble pecho, besó con arrebato loco aquellos preciosos rizos que acariciaban sus lábios al ser impulsados por las perfumadas brisas, y luego dijo:

—No más llanto, no más sollozos, Blanca.

—¿Crees que lloro de dolor?

—Aunque de gozo llores, siempre tu llanto me conmueve el pecho.

—¿Y temes conmoverte?

—En este instante, sí.

—¡Oh!

—No dés una interpretacion torcida á mis palabras.

—No puedo darla pues que adivino tus pensamientos, Buridan.

—¿De veras?

—Sí.

—Que me place.

—No crees llegada todavía la venturosa hora en que entregarnos podamos sin recelo á nuestro amor.

—Es verdad, no la creo llegada.

—Yo tampoco.

—¿Crees como yo...

—¿Qué?

—¿Un mentido sueño cuanto nos está pasando?

—Confieso que sí.

—¿Y temes que el despertar sea terrible?

—No tanto.

—¡Hum! Poco fio del rey.

—Yo fio mucho esta vez.

—¡Cuidado!

—¿No nos acaba de dar inequívocas pruebas...

—Sí, de tener mucho miedo.

—¡Cómo!

—¿Ignoras lo ocurrido?

—Todo lo ignoro, Juan.

—¿Nada te dijo ayer su alteza...

—Absolutamente nada.

—¿Ni te esplicó, siquiera fuese con rebozo, la causa que le obligaba á renunciar á su amor y mostrarse bueno, generoso y magnánimo hasta el extremo de darte libertad y consentir en nuestra union?

—Me la explicó.

—¿De qué suerte? ¿A qué causa atribuia...

—A los remordimientos que esperimentaba por haberme causado tanto mal.

—Así me lo ha dicho á mí tambien.

—¿Y no crees en ellos?

—¡Hum! Los Valois son más accesibles al arrepentimiento de lo bueno que de lo malo que practican.

—¡Oh!

—Podrá existir el arrepentimiento que dice esperimenta, pero no ha sido espontáneo y estò me hace dudar.

—Explícate.

—¿Sabes que por espacio de diez meses he permanecido preso en el castillo de Gisors?

—El rey me lo dijo ayer.

—¿Sabes que á la fuga debí mi libertad?

—Tambien lo sé.

—¿Y sabes que desde entonces he permanecido en París oculto y perseguido?

—Sí, sí.

—¿Como tambien que debo mi indulto...

—Al arrepentimiento de Felipe el Hermoso.

—Al miedo, Blanca, al miedo de ese hermoso señor.

—¡Al miedo! Dos veces te he oido pronunciar esa palabra, y no me explico...

—¿No te explicas cómo un pobre y perseguido vasallo como yo haya podido infundir temor en el ánimo de tan poderoso monarca? Pues voy á explicarte el cómo, amada mia.

—Despiertas mi curiosidad, Juan.

—Lo creo.

—Dime, dime...

—No ignorarás sin duda que Monseñor tiene una bellísima hija.

—¿Natural?

—Y que se llama Leonor de Valois.

—No lo ignoro.

—Como tambien que hace muy poco tiempo fué reconocida...

—Sí, sí.

—Pues bien, la princesita, cuando todavía no se titulaba duquesa de Lyon ni habia salido del poder de su postizo padre, tuvo por conveniente enamorarse de mi escudero Polioni.

—¿Qué dices?—preguntó Blanca con asombro.

—La verdad.

—¡Se enamoró de tu escudero!

—Polioni es hermoso como un ángel.

—Pero es plebeyo.

—Leonor lo creia y aun lo cree noble.

—¡Ah!

—Tan deveras se enamoraron el uno del otro, y tan atrevido fué el mancebo...

—¿Que abusó de la inocencia de la dama?

—No; que la ofreció su mano.

—¿Y la princesa aceptó?

—Con gran contento y alegría.

—¿Y se casaron?

—Una noche en secreto.

—¡Cielos!

—Pero al poco tiempo el secreto dejó de existir para el padre postizo y el padre verdadero, Polioni tuvo que huir para salvar su vida, el rey llamó á su hija al Louvre, la reconoció por tal delante de los príncipes y de la córte, la creó duquesa de Lyon é hizo que todos la respetasen como á princesa de la sangre.

—¿Y la perdonó su atrevimiento?

—Sí, más no perdonó el de Polioni.

—Lo comprendo. El orgullo...

—Yo me encargué de abatir tan necio orgullo y de labrar la felicidad de ambos esposos, como de labrar la tuya y de rescatar mis hijos.

—¡Cuán bravo y denodado eres, Buridan!

—Hay muchos que en vez de bravo me llaman temerario.

—¡Y eso te enoja!

—No por Dios.

—La temeridad en tí...

—Prosigo.

—Sí, sí, mi bien, prosigue tan peregrina histório.

—Una vez en libertad, una vez en compañía de mi fiel amigo, sabedor de todo lo ocurrido, como tambien del entrañable cariño que Monseñor profesaba á su hija, y desesperado y loco en vista de lo inútiles que eran mis esfuerzos para arrebatarte de este hotél, apelé á un medio ingenioso para salir adelante con mi temeraria empresa.

—Y ese medio...

—Fué robar una noche á la princesa Leonor.

—¿Del Louvre?

—Sí.

—¡Gran Dios!

—La hazaña no es digna de gran renombre pues que la astucia suplió á la falta de fuerza. Polioni pidió á su esposa una cita, Leonor acudió al jardin, y lo demás se adivina.

—¡La robásteis!

—Con su consentimiento.

—¡Ah!

—Leonor ama con delirio, pequeño era el crímen que cometia siguiendo á su marido, y aun cuándo grande hubiera sido...

—Sí, lo hubiera cometido la infeliz. ¡Oh! Para el amor no hay obstáculos insuperables ni existen imposibles.

—Dígalo mi Blanca idolatrada que por espacio de dos años ha sabido resistir las súplicas y amenazas de un rey galante, seductor y porfiado.

—Dígalo mi Buridan que ha sabido vencer al monarca más poderoso de la tierra para llegar á las plantas de su cautiva dama.

—Es verdad.

—Pero prosigue la historia. Robásteis á Leonor sin grande esfuerzo... ¿pero y luego?

—Luego...

—¿Dónde la ocultásteis?

—En nuestro propio escondite.

—¿Más dónde estaba situado?

—Muy cerca de aquí.

—No adivino...

—En los subterráneos de la torre de Nesle.

—¡Oh!

—En esos subterráneos cuyas entradas y salidas nadie conoce más que nosotros.

—¿Será posible?

—Nadie más.

—Ahora me explico cómo has podido burlar por tanto tiempo la persecucion encarnizada de tus enemigos.

—Gracias á ese asilo hospitalario.

—Continúa. ¿Qué hicistes despues de tener prisionera á la princesa?

—Imponer condiciones á su padre.

—¡Al rey!

—Al rey.

—¿Osaste á tanto?

—Era preciso.

—¿Y las aceptó?

—Prueba de que sí cuando me encuentro á tu lado en este instante.

—¡Ah!

—Cuando nos sobre el tiempo te referiré detalladamente tan peregrina aventura. Ahora te bastará saber...

—Que vamos al fin á ser felices.

—Tanto como merecemos serlo por nuestra amorosa fé y nuestra constancia inquebrantable.

—Verdad, verdad.

—El rey, arrepentido ó castigado, renuncia á su pasion impura, te deja libre, te honra con el título de condesa de Burdeos, perdona mis pasadas travesuras, me honra tambien con el condado de Alenzon, apadrina nuestro enlace, reconoce la legitimidad del que contrajo su hija con Polioni, y me llama su amigo, utiliza mis servicios y me nombra *ángel custodio de su vida.*

—¿Será posible?

—Todo eso hace Felipe el Hermoso ahora que tiene miedo, pero despues que no lo tenga, ¿qué hará?

—Solo Dios puede saberlo.

—Solo Dios, sí, mas yo te prometo no vivir desprevenido.

—¡Oh!

—Si la gratitud no fuera en mí tan inmensa...

—¿Qué harias?

—Huir contigo y mis hijos.

—¿A dónde?

—A Castilla.

—¡A Castilla!

—A la pátria de mi buen hermano.

—¿Qué dices?

—¿Te asombras?

—¿Y cómo no?

—Razon tienes, idolatrada Blanca. Tú ignoras que ya no estoy tan solo en este mundo como lo estaba en Borgoña cuando nos conocimos.

—Pero...

—La casualidad me descubrió que tenia una familia, yo que desde la edad más tierna me consideraba huérfano.

—Me has dicho que murió tu madre.

—Murió la infeliz despues de pronunciar los sagrados

votos en un convento, al que se habia acogido huyendo de las borrascas del mundo.

—Pero tu hermano...

—Vive y me ama.

—¿Es jóven?

—Cuenta alguna edad más que yo.

—¿Su nombre?

—Pedro de la Mota, ó Sataniel, que es su apellido de guerra.

—¡Ah! No sois hijos de un mismo matrimonio.

—No,—contestó Buridan con voz sombría y ruborizándose un tanto.

—¿Es soldado?

—Soldado y cortesano.

—¿Noble?

—Plebeyo aquí, noble en Castilla.

—¿Pobre tal vez?

—Inmensamente rico como yo lo soy despues de la muerte de nuestra pobre madre.

—¿Y dices que te ama?

—No quiero suponer que me ama más que puedes amarme tú, Blanca querida.

—¡Oh! Pues si eso es cierto, que cuente desde este instante con mi entrañable cariño.

—Cuenta con el suyo que es extremo.

—¿Para mí?

—Para tí, ángel purísimo.

—¿Me conoce?

—Solo de nombre, jamás te ha visto, pero sabe que te adoro y él te adora.

—¡Dios mio! ¿Merezco yo ventura tanta?

—Mereces el Paraiso.

—Ayer era huérfana, carecia de honor, de libertad, y

era viuda y me avergonzaba de robar á otra mujer el título de madre, y hoy... ¡Dios de bondad! hoy vuelvo á ser honrada, vuelvo á ser libre, tengo un esposo que me adora, un hermano que me ama y unos hijos que me idolatran.

—Blanca...

—Buridan mio, mi tierno y bien amado esposo, ¡y que yo no pueda con mis propias manos abrir las puertas de la estrecha cárcel do encerrado se halla mi amante corazon para que ver pudieras lo que en él pasa en este instante supremo!

—Yo lo adivino criatura angelical.

—¿Verdad que sí?

—¿Y cómo no si tu alabastrina frente es el espejo fiel que refracta las emociones puras de tu alma tan cándida como la tórtola que anida en la copa de este árbol que nos dá sombra?

—Juan...

—¡Oh! Ahora... ahora es cuando mi pecho goza viendo brotar de tus celestes ojos ese rico tesoro en líquidas perlas convertido.

—¡Qué bueno, qué noble, qué grande y generoso eres para mí!

—¿Y no mereces que lo sea?

—¡Ay! No... tanto no.

—Casta madre de mis tiernos hijos, sino es con amor, con nobleza, bondades y generosidad, ¿con qué pagarte la deuda que contigo me hicieron contraer...

—No me recuerdes esa noche.

—Dices bien: recuerdos hay que matan.

—Y ese...

—Más que ninguno.

—¡Oh!

—Olvidémosle, sí. Olvidemos el pasado para pensar en lo presente.

—¿Y en lo porvenir?

—Tambien.

—Del porvenir quiero que me hables.

—¿Quieres que te revele mis proyectos?

—Sí.

—Son los siguientes. Pagar al rey en pocos meses la deuda de gratitud que nos hace contraer siquiera sea devolviéndonos la felicidad que nos habia usurpado contra toda razon y justicia; partir despues de Francia, ir á Castilla, comprar cualquiera villa á peso de oro, edificar un palacio que vosotros trasformareis en Paraiso, y en él, libres de los terroríficos y dolorosos recuerdos del pasado, libres de toda clase de enemigos, gozar tanta ventura como desventuras hemos sufrido desde que el mundo habitamos.

—¡Oh! ¡Qué bien! ¡qué bien!

—¿Te parecen bellos mis proyectos?

—Muy bellos, pero ignoro...

—¿Qué?

—Si son fáciles de realizar.

—¿Y por qué no?

—¿Tu hermano consiente...

—¿En partir á Castilla?

—Sí.

—Solo ambiciona el infeliz poder llorar un dia sobre la tumba de su padre.

—Colma, pues, cuanto antes su ambicion.

—Alejarme quisiera con vosotros mañana mismo de Francia, pero repito que me encadena un deber... la gratitud.

—¿El rey necesita tus servicios?

—Hoy más que nunca.

—Y te ordena...

—Me ruega que se los preste.

—¡Ah! ¡Te ruega!

—Tales fueron sus palabras.

—Pues no te muestres sordo, no, á los ruegos del que de esa suerte demanda el apoyo de tu poderoso brazo.

—Soy incapaz de tal infamia, Blanca mia, aun cuando el demandante haya sido ó sea mi más mortal enemigo.

—¡Generoso corazon!

—Te confieso que en la entrevista secreta que tuve anoche con su alteza me sentí tan conmovido de su debilidad y mansedumbre, como irritado en otro tiempo de su fortaleza, soberbia y despotismo.

—¿Conque el rey se muestra débil?

—Tan débil que su flaqueza el rubor hacia asomar á mis mejillas.

—¡Oh!

—Se halla, segun parece, completamente dominado por su ambicioso hijo el de Navarra.

—¡Oh! ¡oh!

—Y se vé rodeado de traidores.

—¿Será posible?

—Con nadie puede contar porque nadie le inspira confianza, y sus temores son tan grandes que en cada servidor cree ver un asesino pronto á descargar el golpe sobre su régio pecho.

—¡Cielos!

—Por eso, y conociendo sin duda mi hidalguía, se ha arrojado en mis brazos y me nombra custodio de su vida.

—¡Oh! Cómo supo vencerte y desarmarte.

—Verdad.

—Si los reyes comprendieran...

—Los reyes nada comprenden ni adivinan por desgracia hasta el momento supremo en que el peligro llama en las puertas de sus alcázares de un modo rudo y violento.

—¡Qué ceguedad!

—Ejemplos mil tiene la historia. ¡Cuántas veces los príncipes se han salvado de la muerte violenta que en gratitud querian darles los mismos que á su munificencia y liberalidad debian lo que eran, en brazos de un enemigo declarado, pero franco, noble y de humanitarios sentimientos!

—Verdad, verdad.

—Si Felipe el Hermoso en tiempo harto oportuno, cual lo fué recien vuelto á mi pátria, hubiera sabido conquistar mi corazon con una frase no más, ayer se evitára conquistarlo en fuerza de humillaciones, de otorgamientos y dádivas, y hoy no se viera dominado por un hijo rebelde, ni amenazado de muerte como se vé á cada momento por los que esperan mucho del nuevo rey que ocupar debe su trono.

—Cuanta razon tienes, Buridan.

—En fin, el mal está ya hecho.

—Pero el remedio intentado.

—Cierto, y á Dios juro hacerlo eficáz muy pronto.

—Plegue al cielo que cumplir puedas en breve la sagrada mision que como á leal te se confia.

—Sí, plegue al cielo.

—Y ahora...

—Hablemos de otra cosa. De tu pasado, Blanca.

—¡No por Jesus!

—Un poco nada más.

—¿Qué anhelas saber?

—Lo que por olvido sin duda me has callado.

—No recuerdo...

—Nada me has dicho de Goltran, nada de lo que fué de

vosotros una vez vueltos á Flandes, nada tampoco del modo que fuiste arrebatada de la ciudad de Brujas para sepultarte en este hasta hoy tu cautiverio.

—Mañana...

—Ahora, Blanca.

—¿Y tus hijos? ¿No anhelas ver á nuestros bellos hijos?

—Porque lo anhelo quisiera terminar pronto nuestro diálogo.

—Démoslo por terminado.

—No, no. Antes de volver al Louvre donde me espera el rey con impaciencia, necesito saberlo todo... absolutamente todo, y si ahora no me lo dices, ¿cómo me lo dirás cuando me haya entregado de lleno á las caricias de mis queridos niños?

—Pues bien, voy á complacerte en breves palabras, aunque al evocar ciertos recuerdos sufra mucho.

—Tu hermano Goltran...

—¡Murió!

—¡Cielos!

—¡Ay!

—¿Ha mucho tiempo?

—Pocos meses despues de volver á nuestra pátria.

—¿Asesinado?

—Sí.

—¡Oh! Me lo temia.

—Yo tambien, yo tambien temí siempre tan terrible desenlace. Su arrepentimiento no fué sincero, Buridan. Una vez en posesion de los cuantiosos bienes de nuestro padre, gracias á la libertad del conde Roberto, el sucesor de Guido de Dampierre, se entregó de nuevo á los escesos de una vida relajada. Huia de mi lado porque no me amaba ya ó porque temia mis justas reprensiones; esquivaba

el trato de sus iguales y buscaba el de la gente más ruin, más criminal y miserable, y en el juego, la orgía, la pendencia y las bacanales más inmundas pasaba los dias y las noches desgastando su salud, martirizando mi corazon y disipando la fortuna que nos legó el pobre mártir á quien el sér debimos. ¡Cuántas veces á mis lágrimas y ruegos debió no verse sepultado para siempre en un hediondo y lóbrego calabozo! ¡Cuántas veces tambien le salvé de la pública deshonra y del patíbulo arrojándome á las plantas del bondadoso conde soberano!

—¡Oh!

—Pero todo fué inútil, todo, y una noche...

—Fué muerto por sus propios compañeros de libertinage.

—¡Ay! Sin duda alguna.

—¡Pobre Blanca! Cuánto sufrir debiste.

—No quiero recordarlo, Juan.

—Y una vez sola en el mundo, ¿qué resolucion tomaste?

—No me dieron tiempo de tomar ninguna.

—¿Quién?

—Los miserables encargados de prolongar mi martirio.

—¡Ah! ¿Los emisarios de Felipe el Hermoso?

—Sí.

—Dime como...

—Una noche, algunas semanas despues de la muerte de Goltran y en ocasion en que me hallaba retirada de los ruidos de la córte en un pequeño castillejo que poseiamos á corta distancia de la ciudad, fuí sorprendida en el lecho por seis ó siete enmascarados que me intimaron el silencio y la obediencia pasiva, amenazándome de lo contrario con tu muerte y la de mis tiernos hijos.

—¿Con mi muerte?

—Dijeron tenerte en su poder.

—¡Oh! ¡oh!

—Pregunté á aquellos infames sayones á nombre de quien venian y me contestaron sin escrúpulo que á nombre del rey de Francia.

—Contaban sin duda con la impunidad.

—Les pregunté tambien qué es lo que intentaban hacer de mí, y me contestaron que conducirme á París sin pérdida de tiempo por órden del monarca.

—¡Villanos todos!

—En el primer momento la desesperacion me hizo resistir aquella órden despótica y arbitraria dictada en contra de mi honra, pero la idea de que mi resistencia podia causar tu muerte y la muerte tambien de nuestros bellos niños, abatió mi espíritu y me entregué á discrecion á los sicarios de Felipe, los cuales en una litera bien cerrada nos condujeron á París despues de un largo y penosísimo viaje para encerrarnos en este hotél de donde no he salido en tanto tiempo.

—¡Ira del cielo!

—¿Queda satisfecha tu natural curiosidad?

—Sí, satisfecha queda, pero ¡vive Dios! que no sucede lo mismo con mi venganza.

—¿Qué dices?

—¡Oh!

—¿Hablas de venganza despues que ha perdonado y todo lo dió al olvido tu generoso corazon?

—Blanca...

—Recuerda tus juramentos, tus solemnes promesas.

—No las olvido.

—Tampoco olvides que el rey dejó ayer de ser tu enemigo y mi tirano.

—Basta, basta.

—Juan...

—Héme tranquilo y risueño de nuevo, mi esposa idolatrada.

—Pues vén, sigue mis pasos, corramos al encuentro de nuestros queridos hijos.

—¡Oh! Sí, sí; volemos á estrecharlos en nuestros amantes brazos, porque anhelante estoy por escuchar de sus divinos lábios el dulce nombre de padre.

Y asidos de la mano estrecha y amorosamente, ambos abandonaron con rápido paso el deleitoso jardin para trasladarse al hotél donde esperaba á Buridan la felicidad mayor, la más suprema que esperimenta un padre al estrechar por vez primera sobre su corazon á los tiernos séres á quienes dió la vida.

CAPITULO XV.

De cómo Sataniel descubre por una feliz casualidad la existencia de un grande y próximo peligro.

Felipe el Hermoso cumplió fiel y religiosamente su palabra de rey, de padre y caballero, con gran contentamiento de los ménos y gran asombro é indignacion de los más.

Polioni habia sido públicamente reconocido como legítimo esposo de la princesa Leonor y armado caballero con gran pompa.

El enlace de Blanca y Buridan se habia efectuado tambien con gran solemnidad en la capilla real del Louvre, siendo el sacerdote encargado de echarles la bendicion nupcial el obispo de París y los padrinos los condes de Longueville á nombre del monarca.

Felipe el Hermoso llevó aun más adelante su liberalidad.

Donó por partes iguales á los duques de Lyon y á los condes de Alenzon el bello hotél de Nesle, y allí Blanca,

Leonor, Buridan y Polioni formando una sola familia, pasaron dias tan venturosos cual nunca para ellos amanecieran hasta entonces, pero forzoso es confesar que fueron cortos en número.

Hay séres nacidos espresamente para sufrir hasta que mueren, y Leonor, Blanca, Polioni y el esforzado Buridan eran sin duda de los predestinados.

Por eso la única felicidad que disfrutaron en su vida tuvo la duracion que tiene la luz del relámpago que ilumina el espacio en tempestuosa noche.

El flamante conde de Alenzon apenas se separaba un momento del lado del medroso monarca, y si alguna vez abandonaba el Louvre para volar á los brazos de su esposa y de sus hijos, Sataniel quedaba encargado de la custodia del rey que parecia prisionero de sus propios súbditos.

Enguerrando de Marigny sufria en silencio la humillacion por la que le hacian pasar de contínuo los nuevos favoritos, pero obligado por el miedo á mostrarse con ellos risueño y complaciente, sonreia siempre, acataba su voluntad, evitaba todo lo posible dar un paso que le hiciera aparecer como sospechoso á sus ojos y esperaba con paciencia la ocasion oportuna de libertarse de un solo golpe de aquel odioso yugo.

Ambos hermanos, adivinando sin duda lo que pasaba en el pecho del ministro, le espiaban sin trégua ni descanso, pero sin que Enguerrando por su parte ignorase que era espiado hasta en su propia casa.

El hijo de don Pedro de la Mota seguia ejerciendo cerca del conde de Longueville el honroso oficio de secretario privado para poder estar más al corriente en los negocios del Estado sin abandonar por eso los suyos propios, pues apenas la noche era llegada se trasladaba con misterio á los célebres subterráneos de la torre, observaba

con detencion si el tesoro permanecia en su puesto ó alguien habia podido descubrir la entrada de aquel asilo hospitalario que no se atrevía á abandonar como si el corazon le anunciase que aun debia serle útil en tiempo no lejano, despues visitaba en el hotél á su nueva familia, y acababa por volver al Louvre para relevar á su hermano en la cámara ó antecámara real.

Aquel estado de cosas era imposible que durase mucho tiempo.

El celo y escesiva vigilancia desplegada por Buridan iban devolviendo poco á poco la calma y tranquilidad al atribulado espíritu de Felipe el Hermoso que ya se atrevía á desafiar el poderoso influjo que entre la ambiciosa nobleza tenia su rebelde hijo de algun tiempo á aquella parte, pero aquel mismo celo y vigilancia aumentaba más y más el ódio que Luis el Hutin profesaba al osado aventurero, y hacia que el rebelde príncipe, instigado de contínuo por la infame duquesa de Borgoña, precipitase el momento de poner fin de un modo violento á lo que llamaba, y la córte con él, *el escándalo de los escándalos.*

Buridan que no ignoraba que se hallaba colocado sobre un volcan, nada dijo á su tierna esposa ni á sus leales amigos los duques de Lyon para no turbar la efímera felicidad que disfrutaban en el delicioso hotél de Nesle, y no pudiendo arrancar al pusilánime rey por quien tanto esponia su cabeza una órden de destierro que le librase de Luis é Isabel de Rocafort, se concretó á reçopilar los medios de conjurar la tempestad que sorda, pero terrible, comenzaba á rugir sobre él y toda su familia.

Pero en vano hubiera sido todo á no descubrir su hermano por una casualidad el secreto de los secretos que encerraba el medio de poner fin al *escándalo de los escándalos.*

Una noche, y en ocasion en que volvia al Louvre despues de hacer su cuotidiana visita á los súbterráneos de la torre, ocurriósele á Sataniel dirigirse á los aposentos de la duquesa de Borgoña que seguia siendo su querida, aunque no su cómplice, antes de ocupar su puesto de honor en las antecámaras reales en defecto de Buridan que le esperaba para volar á los brazos de su esposa y de sus hijos.

Al llamar de un modo convenido en la puertecilla secreta que daba paso al dormitorio de Isabel, la doncella Josefina que se hallaba de guardia y vigilante como siempre le salió al encuentro.

Ibale el hidalgo á preguntar por su señora, cuando en medio de las tinieblas que rodeaba á ambos, sintió que sellaba sus lábios con una mano suave y perfumada.

Sorprendido algun tanto Sataniel murmuró:

—¿Qué es esto?

—¡Silencio, señor!

—¿Duerme madama en tan tempranas horas?

—Bajad la voz todo lo posible.

—Te obedezco, hermosa.

—Así, así.

—Pero duerme...

—No, señor hidalgo.

—Entonces...

—Pero se halla en la inmediata cámara.

—¿Y qué importa si vengo á verla?

—Es que dudo que podais por esta noche conseguir tan natural deseo.

—¿Cómo?

—No se encuentra sola.

—¿Pues quién la acompaña?

—Monseñor Luis.

—¡Ah!

—Esto es un extraordinario, pues bien sabeis que madama por complaceros y con mil pretestos ha prohibido á su real amante que la visite de noche.

—Sí, sí, pero el caso es que esta vez...

—No culpeis á madama.

—Líbreme el cielo.

—Madama adora en vos.

—No dudo...

—Pero como el príncipe es tan exigente...

—¡Qué diantre! Cesa de disculpar á quien no culpo, y déjame pasar, Josefina.

—¡Cómo! ¿Qué intentais?

—Nada que te comprometa.

—Pero...

—Silencio y déjame solo un momento.

—Señor...

—Te lo mando.

Josefina que estaba vendida en cuerpo y alma á Sataniel, obedeció temblando aquella imperiosa órden.

Sataniel entonces pasó al dormitorio de la duquesa de Borgoña, el cual se hallaba débilmente iluminado por un rayo de luz que penetraba por las junturas de un tupido cortinaje que cerraba el paso á una estancia inmediata.

En aquella estancia conversaban en voz baja dos personas.

El hidalgo, no impulsado por los celos, pero sí por la esperanza de descubrir algun secreto importante, se aproximó á la puerta caminando sobre la punta de los piés y miró por las junturas del cortinaje que la cerraba.

Sentados en un muelle diván hallábanse Isabel y monseñor Luis el Hutin.

La primera estaba sumamente pálida.

El segundo pálido tambien y agitado hasta el extremo.

La duquesa preguntaba á la sazon á su real amante:

—¿Conque es llegado el momento supremo de poner fin á tantas y tan odiosas humillaciones?

—Sí, amada mia,—contestó el príncipe.

—¿Estais resuelto?

—Lo estoy.

—¿Contais con el apoyo...

—De todos los buenos y leales.

—¿Con cuántos dentro del Louvre?

—Con diez que valen por doscientos.

—¿Y fuera?

—Con el pueblo en masa y con parte del ejército que guarnece á París.

—¿De veras?

—No lo dudes, Isabel.

—Me asalta ún temor, bien mio.

—¿Cuál?

—Que seais vencidos aquí dentro antes que los de fuera se aperciban.

—¿Y quién te dice que habrá lucha?

—¿Y si la hay?

—No temas; no la habrá.

—¿Pero y si la hay?

—Venceremos.

—¿A toda la guardia del palacio?

—Y al mismo Satanás si se opone á mis intentos.

—Cuidado, señor, mucho cuidado.

—Repito que tengo bien tomadas mis medidas para sorprender dormidos á Monseñor y á esos infames y temerarios aventureros que con escándalo de todos son hoy los verdaderos reyes de Francia.

—No olvideis que Buridan no duerme.

—La punta de un acero le hará dormir por una eternidad.

—¡Oh! Plegue al cielo que nos veamos pronto libres de ese mortal y peligroso enemigo.

—Respondo librarte en breve de tu eterna pesadilla.

—¿Por ventura no lo es de vos tambien?

—¡Rayos de Dios! Sí... no puedo negarlo.

—Matadlo, matadlo, pues sin compasion ni lástima.

—¿Tenerle lástima? ¿Tenérsela tampoco á esos engendros del crímen que sus hijos apellida con orgullo?

—¡Oh!

—¡Morirán, morirán todos!

—¡Silencio, señor!

—¿Qué temes, Isabel?

—Que podais ser escuchado.

—¿Por quién?

—Por el mismo Buridan.

—¿Aquí?

—Ese hombre es como Dios ó como Satanás que se hallan en todas partes.

—¡Bah! No exajeres hasta el extremo de presentarlo á mis ojos como un sér sobrenatural.

—Vos mismo teneis pruebas de su poder maravilloso.

—¡El infierno lo confunda!

—Tranquilizaos, señor, pero sed prudente.

—Lo seré, duquesa, y ¡ay! del infame...

—¿A qué hora teneis concertado apoderaros de Monseñor?

—A las doce.

—Buridan guarda de noche en su poder la llave de la régia cámara.

—No lo ignoro.

—Y vela en la antecámara con su hermano Sataniel.

—Tampoco lo ignoro.

—¿Y cómo evitareis que uno de los dos dé la voz de alarma?

—Sellando sus lábios con el hierro.

Sataniel no quiso escuchar una palabra más de aquel diálogo.

Sabia lo bastante para prevenir á su hermano y conjurar entre los dos el rayo que amenazaba sus cabezas, y aun tal vez la del mismo rey de Francia.

Caminando de nuevo sobre la punta de los piés abandonó el dormitorio y poco despues los aposentos de la duquesa de Borgoña sin hácer advertencia ninguna á Josefina porque estaba convencido de que á nadie como á ella convenia en aquellas circunstancias guardar un profundísimo silencio respecto al espionaje que acababa de practicar, y se dirigió con mesurado paso y semblante sereno en la apariencia á la antecámara real donde contaba hallar á Buridan, como lo halló conversando con varios gentiles hombres de servicio que esperaban la hora en que S. A. tenia por costumbre retirarse al lecho.

Al divisar á su hermano, el conde de Alenzon se separó del grupo de caballeros para salirle al encuentro y preguntarle con ansiedad:

—¿Has visto á mis ángeles?

—Sí,—contestó Sataniel con voz sombría.

—¿Están buenos?

—Y te esperan.

—¡Oh! Diez horas mortales sin gozar de sus caricias.

—Y es muy fácil que pases otras diez privado de ese goce.

—¡Cómo!

—Hermano, tengo que hablarte.

—¿Qué ocurre, Sataniel?

—Mucho y... muy grave.

—¡Cielos!

—Que nadie lea en tu semblante la sorpresa.

—¿Nos amenaza algun peligro?

—Uno inminente.

—¿En el Louvre?

—Sí.

—El rey de Navarra...

—De Luis el Hutin se trata.

—¡Ah! ¿Y qué intenta ese temerario y rebelde príncipe?

—¿No adivinas?

—No por Jesus.

—Asesinarnos.

—¡Hola!

—Y apoderarse del rey á viva fuerza.

—¡Diablo!

—Ni sé si para privarle de la vida ó de la corona únicamente por medio de una forzosa abdicacion.

—¡Oh! ¡Oh! Esto es más sério de lo que parece.

—No mires con desden ese peligro como acostumbras á mirarlos todos ó nos perdemos irremisiblemente.

—Lo tomaré en consideracion, hermano.

—Debes hacer más... mucho más.

—¿Qué?

—Poner los medios para conjurarlo.

—¿Conque tan inminente es?

—Muy inminente.

—¿Y tan próximo se encuentra?

—A dos pasos de nosotros.

—¡Diantre!

—Antes de tres horas sin duda habrá estallado.

—¿Luego se trata de una verdadera y formal conjuracion?

—Sí.

—A cuya cabeza se halla colocado...

—Luis el Hutin, y tal vez sus hermanos los condes de la Marche y de Poitiers.

—¿Y Enguerrando de Marigny?

—Lo ignoro.

—¡Qué lástima!

—Más tarde lo sabremos.

—¿Son muchos los conjurados?

—En la calle miles, segun creo.

—¿Y dentro del Louvre?

—Diez.

—¿No más?

—No más.

—¿Estás seguro?

—Y tanto.

—¿Y con ese número de hombres piensa el rebelde príncipe llevar á cabo su criminal empresa?

—En este momento son muy pocos, pero antes de yo poseer ese secreto eran bastantes.

—Tienes razon.

—Para una sorpresa bastan dos hombres de corazon templado.

—Como nosotros, por ejemplo. ¿Pero crees que hay muchos Satanieles y Buridanes en el mundo?

—¡Hum!

—Tampoco lo creo yo, y perdóneme Dios la falta de modestia.

—No obstante, el pigmeo David venció al jigante Goliat.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese puñado de cortesanos revoltosos hubieran podido vencernos facilmente por medio de la sorpresa.

—Sí, no dudo...

—Confiesa, pues, que la posesion de su secreto vale para nosotros más que un tesoro en las actuales circunstancias.

—Sino niego... ¿mas cómo lo adquiriste?

—De un modo casual.

—¿Por medio de una confidencia?

—Poco ménos.

—Explícate, Pedro.

—Lo haré en breves palabras. No ignoras que á fuerza de oro logré comprar á Josefina, la doncella de la duquesa de Borgoña.

—No lo ignoro.

—Tampoco ignoras que por cálculo sigo fingiendo amor á esa odiosa Mesalína.

—¿A Isabel de Rocafort?

—Sí.

—Adelante.

—Pues bien, esta noche, hace un momento, me dió no sé porqué la idea de hacerla una visita.

—¿Y ella tal vez...

—Escucha. Josefina me abrió sin vacilar la puertecilla secreta que desde un oscuro y siempre solitario corredor comunica á los dormitorios, pero me anunció con gran terror y misterio que no podia ver á su señora por hallarse en aquel momento en compañia de su amante número uno.

—¿En compañia de Luis el Hutin?

—Cierto.

—¡Hola! Y sin duda esta circunstancia...

—Picó mi curiosidad.

—Y entonces...

—Ordené á Josefina que me dejase solo, me introduje en silencio en la alcoba de la adúltera esposa de Odon IV, y desde allí...

—Todo pudiste escucharlo.

—Impunemente.

—¡Bravo! ¿Pero Isabel toma parte activa en esta empresa?

—Pues no.

—Que me place.

—Es el alma de la intriga.

—Como es el alma de todas.

—Ella te aborrece tanto ó más que el de Navarra.

—No lo ignoro, ni tú desconoces ya la causa que motivó ese ódio.

—¡Miserable mujer!

—Pero ¡ay de ella! si queda esta noche derrotada.

—La idea de que venza me acobarda.

—Hermano...

—¿Crees que temo por tí ó por mí?

—¿Pues por quién?

—Por tus hijos.

Buridan por toda contestacion dirigió á Sataniel una mirada tierna y espresiva, mirada en la que iba envuelta toda la gratitud que atesoraba su corazon de padre.

Despues preguntó con acento, á su pesar conmovido:

—¿A qué hora deben penetrar aquí los conjurados?

—A las doce.

—Nada más quiero saber.

—Vás á formar tu plan de campaña?

—Lo tengo ya formado.

—¿Y es...

—Lo conocerás más tarde.

—¿Cuál es mi puesto?

—El hotél de Nesle.

—¡Cómo!

—A él debes de trasladarte sin pérdida de tiempo.

—¡Dejándote abandonado!

—Me basto solo.

—¡Qué temeridad!

—No me repliques, Pedro.

—No puedo consentir...

—¿En dejarme espuesto á perecer?

—Cierto.

—¿Y consentirás en dejar en la misma esposicion á mis tiernos é indefensos hijos?

—¡Ah!

—Responde.

—¡Imposible, hermano mio!

—Pues vete al hotél para ser el custodio de sus vidas que están más amenazadas aun que puede estarlo la mia.

—Iré, Juan.

—Si el peligro asoma anúnciamelo colocando una luz en cualquiera de las ventanas que dan al Sena.

—Bien.

—Pero si arrecia, si los infames toman el edificio por asalto...

—Moriré matando.

—¡Desgraciado! ¿Para que mueran tambien mis hijos? No, no se trata de morir inútilmente.

—¿Pues de qué se trata?

—¿Será posible que no me comprendas? De huir.

—¡Ah!

—De huir todos á los subterráneos de la torre.

—Huiremos.

—Podeis trasladaros á ellos por el patio que separa la torre del hotél.

—Sí, sí.

—Nada más te advierto.

—¿Y cómo sabré si tú...



—Adios, adios, y cuida de no turbar hasta el último momento la santa paz que reina en aquel delicioso Paraiso.

—No te ocupes de mí, que harto de que ocuparte tienes.

—¿Pero y si mueres?

—¿Quién piensa en morir?

—Hermano....

—Y bien, si muero... haz para mis hijos las veces de su padre.

—¡Maldita suerte la nuestra!

—Pedro, perdemos un tiempo muy precioso. Vete.

—Guarda por Dios tu pecho del enemigo acero.

—Lo proteje la cota que conquisté en Turquía.

—Adios, Juan.

—Adios, Pedro.

—Hasta la tumba.

—No. Hasta mañana que nos veremos aquí mismo.

—¡Oh!

—Adios, adios, y cuida de no turbar hasta el último momento la santa paz que reina en aquel delicioso Paraiso.

CAPITULO XVI.

De cómo uno de los reyes más poderosos de la cristiandad, se vió una noche en el caso de envidiar la condicion de un mendigo.

Este diálogo habia tenido lugar en voz muy baja y en un apartado rincon de la antecámara.

A nadie sin embargo llamó la atencion tal incidente, sin duda porque estaban ya todos acostumbrados á ver á los nuevos favoritos conversando entre sí y con el mayor misterio á todas las horas del dia y de la noche.

Cuando Sataniel se ausentó despues de extrechar fuertemente la mano de su hermano, Buridan se aproximó de nuevo al grupo que formaban los gentiles hombres de servicio, con el semblante tranquilo y la sonrisa en los lábios, y despues de hablar con ellos de cosas indiferentes por espacio de cinco ó seis minutos, penetró en la cámara real sin anunciarse, haciendo uso del privilegio que le concediera el mismo rey.

Felipe el Hermoso no estaba solo á la sazon.

El preboste Capetal le anunciaba en aquel momento

que París dormia tranquilo y satifecho del paternal gobierno de su bondadoso y magnánimo monarca.

En esto Capetal seguia la misma marcha que siguiera en otro tiempo su antecesor Pedro Jumeau.

Felipe aparecia meditabundo y distraido, pero al oir el ruido que produjo la puerta y ver entrar á Buridan, sus facciones se reanimaron algun tanto.

El preboste despues de cumplir con su deber, y advirtiendo que el rey ningun caso le hacia, pidió la vénia con respeto y abandonó la cámara.

Entonces Buridan avanzó algunos pasos al lugar donde se hallaba sentado Felipe el Hermoso, y dijo:

—Monseñor, deseo hablar con V. A. sobre un asunto de muy alta importancia.

—Empezad, conde amigo,—contestó el rey con afabilidad.

—Señor, aquí no puede ser.

—¡Cómo!

—La antecámara está muy inmediata y la puerta abierta.

—Cerradla si os place.

El hidalgo obedeció, pero añadió despues:

—Ni aun así estamos bien, Monseñor.

—¿Temeis que os escuchen otros oidos que los mios?

—¡Las tablas de una puerta son tan débiles!

—¿Y es de tal importancia lo que teneis que comunicarme?

—Ya he tenido el honor de decirlo á V. A.

—¡Oh! Pues siendo así pasemos á la cámara privada.

—Iba á suplicarlo á Monseñor.

Felipe abadonó el sillon que ocupaba, su galgo favorito el cojin de terciopelo donde estaba acurrucado fingiendo dormir profundamente para vengarse de su régio dueño

que aquella noche ni una sola caricia le habia hecho contra toda su costumbre, Buridan tomó la lámpara que ardia sobre una mesa, y rey, vasallo y perro se trasladaron en silencio á la inmediata estancia cuya puerta cerró tambien el hidalgo interiormente.

Por la mente del monarca cruzó entonces una idea terrible.

Del fondo de su corazon brotó la desconfianza, y el temor á una traicion se retrató súbitamente en su pálido y marchito rostro.

El maquinal é impremeditado movimiento que hizo para dirigir su diestra al pomo de la daga, arrancó al conde de Alenzon una sonrisa amarga y dolorosa.

—Cómo, señor, ¿desconfiais de vuestro ángel custodio?—le dijo.

—Perdonad, conde,—barboteó el rey con voz confusa.—Acabo de ser víctima de una sospecha horrible.

—No se me oculta.

—Un vértigo enloquecedor se apoderó de mi mente al veros...

—Cerrar esta puerta como cerré la anterior.

—Os lo confieso.

—Porque temiais...

—¡Basta!

—¡Ah Monseñor, Monseñor! ¡Cuán poco á fondo conoceis mi corazon todavía!

—¡Basta por el cielo, basta! No sigais martirizándome con vuestras justas recriminaciones. He obrado mal, os he pedido perdon... ¿qué más quereis, amigo mio?

—Señor,—exclamó Buridan arrojándose á las plantas del monarca y depositando un ósculo entusiasta en su nerviosa diestra, blanca y pequeña como la de una dama;—por ese cariñoso título con que me honrais de contínuo,

seria capáz de sacrificar por la conservacion de vuestra preciosa vida, mil vidas que yo tuviera.

—Convencido estoy de ello, Buridan.

—Pues si convencido estais, señor...

—Os suplico que olvideis tan enojoso incidente.

—Quedais obedecido.

—Y decidme sin dilacion lo que ocurre.

—Ocurre, alteza, lo que no podia ménos de suceder tarde ó temprano estando el Louvre poblado de rebeldes y traidores.

—¡Ah! Mi hijo...

—Monseñor Luis al fin se decide á arrancarse el antifáz.

—¡Qué escucho!

—Al fin se mueve...

—Pero...

—Al fin está resuelto á dar el golpe de Estado que hace tiempo proyecta.

—¡Cielos!

—No lo dudeis.

—¿Pero qué intenta ese insensato y mal aconsejado príncipe?

—¿No lo adivinais, señor?

—Decídmelo sin demora.

—Apoderarse del rey á viva fuerza...

—¡Qué oigo!

—Ni sé si para obligarle á que abdique en sus sienes la corona ó para obligarle á que muera en breves horas.

—¡Dios de Dios!

—Ved si el secreto merecia ser revelado con misterio.

—¿Pero estais loco para acusar á Luis de tan criminal intento?

—¿Loco? No, gracias al cielo, Monseñor.

—¿Estais cierto de lo que decís?

—Muy cierto, alteza.

—¿A quién debeis esa fatal confidencia?

—A vuestro propio hijo.

—¡Cómo!

—No hace una hora que sorprendí su secreto en el momento en que lo revelaba á madama la duquesa de Borgoña.

—¡Ah, infame mujer! Ella es su ángel malo... su perversa consejera.

—Y hasta hoy no os habeis convencido de esa verdad tan grande.

—¿Pero cuándo, cuándo proyecta llevar á cabo...

—Esta noche.

—¿Esta noche?

—A las doce

—¡Misericordia!

—Ved si el peligro está próximo.

—¿Mas con qué apoyo cuenta?

—¿Y me lo preguntais, señor? Con el clero, la nobleza y el pueblo.

—¡Ira de Dios!

—Con el primero porque le ha jurado no cobrarle los diezmos de sus rentas en mucho tiempo.

—¡Oh!

—Con la segunda porque le ha ofrecido devolverle sus antiguos fueros y privilegios.

—Seguid.

—Y con el tercero porque le ha prometido rebajar la mitad de los impuestos.

—¿Pero cuenta con el ejército?

—¿Quién duda que contará con él perteneciendo sus más renombrados capitanes á la nobleza primitiva?

—¿Conque es decir que me encuentro solo, que estoy perdido, que debo morir ó abdicar antes que luzca el sol del nuevo dia?

—No, Monseñor.

—¡Cómo!

—No tanto.

—¿No habeis dicho que me abandona el clero, la nobleza, el ejército y el pueblo?

—Sí, alteza.

—¿Y bien?

—¿Qué importa que os abandonen todos si os queda Buridan?

—¡Ah esforzado y generoso caballero!—exclamó el rey con entusiasmo y vertiendo algunas lágrimas dulcísimas en tanto que se arrojaba en brazos de aquel hombre sobrenatural cuyo espíritu jamás desfallecia y cuya arrogancia era tanta que en los momentos de mayor peligro y á semejanza de un Dios se creia potente para sepultar al género humano en las entrañas de la tierra con sólo dejar caer su airada diestra.

Buridan no viendo en aquel instante en el rey más que un sér desgraciado y desvalido que le imploraba con llanto su opoyo y proteccion, lo estrechó con fuerza contra su robusto pecho y luego dijo:

—¡Valor, señor! Os repito que si todos os abandonan, nada importa en tanto que os quede Buridan que vale él solo tanto como ellos juntos.

—Alenzon, Alenzon, por más que os considere un Titan, un Coloso, no puedo creeros capaz de luchar á la vez con tantos millones de hombres.

—¿No?

—Vuestro entusiasmo, el amor que me profesais os trastorna el juicio, amigo mio.

—Voy á probar á V. A. que no tengo el juicio insano.

—¡Ay!

—¿Me dais permiso para ello?

—¡Salvadme si podeis, que es lo que importa!

—De salvaros trato, Monseñor.

—¿Y eso es posible ya?

—Nada hay imposible para vuestro fiel criado.

—¡Oh!

—Pero para vencer necesito luchar y para luchar carezco de los medios necesarios.

—¿Y esos medios...

—En manos están de V. A.

—Contad con ellos, pues, valiente caballero.

—Pues cuente el rey tambien con que el triunfo será nuestro.

—¿Qué necesitais para conjurar la tempestad?

—En primer lugar ámplias facultades para obrar con energía á nombre de vuestra gracia dentro y fuera del palacio por espacio de veinticuatro horas.

—Os las otorgo.

—En segundo lugar una órden de prision firmada por la real mano.

—¿Contra quién?

—Contra monseñor Luis de Navarra.

—¡Cielos!

—Y contra madama la duquesa de Borgoña.

—Os entrego á esa mujer sin vacilar.

—¿Y al príncipe?

—¡Imposible!

—Reflexionad, señor.

—¡Oh qué tortura!

—Preso el príncipe la conjuracion es muerta.

—¿Estais seguro?

—Segurísimo, alteza.

—Pues que él mismo lo quiere... ¡sea!—exclamó Felipe el Hermoso con voz enérgica, sentándose ante una mesa donde habia recado de escribir, estendiendo las órdenes de prision y entregándoselas á Buridan.

Luego, fijando por casualidad sus azorados ojos en un relój de arena que habia sobre la misma mesa, murmuró aterrado:

—¡Las once!

—Una hora falta no más.

—¿Y lo decís con esa calma?

—Con ella he vencido siempre.

—Mas reparad que son las once.

—Aunque me sobra el tiempo, voy desde luego á prepararlo todo para tranquilizar á V. A.

—¡Tranquilizarme!

—Comprendo que no podreis, señor, hasta que el peligro pase, pero ese peligro pasará... y muy pronto.

—¡Plegue al cielo!

—Valor, alteza, que Dios, la justicia y el derecho están de vuestra parte.

—¿Creeis que mi espíritu desmaya?

—Nunca pensé...

—Vedme dispuesto á luchar á vuestro lado en defensa de la vida que intentan arrebatarme con el trono.

—Muy bien, señor, pero no creo prudente...

—Acabad.

—Que el rey desnude su acero contra ese puñado de asesinos que vendrá en breve á regar con sangre las antecámaras reales.

—¡Cuidado, conde!

—¡Oh! No fué mi intento ofender con el dictado de asesino á un príncipe de Francia, aunque... forzoso es confe-

sarlo, ¿quién sabe si mañana hubiera merecido el de parricida á no interponerme yo en la fatal senda que ha emprendido aconsejado por esa satánica mujer llamada Isabel de Rocafort?

—Buridan...

—Repito que no intento ofender á mi rey y señor ofendiendo á su augusto pero rebelde hijo.

—¡Basta por Jesus!

—Me referia á los diez nobles con que cuenta dentro del Louvre para apoderarse de V. A. y los cuales tienen la órden de asesinarme cobardemente en la antecámara para poder mejor llevar á cabo su criminal designio.

—¡Qué escucho!

—Mi muerte debe asegurarles el triufo.

—¡Debe!

—Dije mal: debia.

—¡Oh!

—Porque no estoy tan reñido con la vida para permitirles salir triunfantes con su primer intento.

—Tomad todas las precaucciones necesarias, y guardaos.

—Me guardaré para el servicio de mi rey.

—Sobre todo no seais temerario, no quedeis solo en la antecámara.

—Solo debo quedar en la apariencia.

—¿Y no temeis un golpe de daga, Buridan?

—Ved, señor, lo que á mi pecho escuda,—contestó el conde de Alenzon desabrochando su ropilla de terciopelo y seda y mostrando al monarca las finas mallas de la misma cota que otra noche no ménos célebre en las páginas de su historia, mostró á Margarita de Borgoña en la renombrada torre de Nesle.

—¡Una cota de mallas!

—Del mejor templado acero.

—Me place que seais tan precavido.

—Aconsejo á V. A. que tome mi precaucion.

—¿La creeis necesaria?

—Nunca estará demás.

—Seguiré, seguiré vuestro ejemplo, caballero.

—Ahora ruego á Monseñor que tome sin vacilar otro consejo no ménos prudente que el anterior.

—¿Cuál es?

—El de exigir al gobernador del Louvre las llaves del palacio.

—¡Ah! ¡Ah! Nos olvidábamos del buen conde de Longueville.

—Ignoro si es de los conjurados, abrigo la confianza de que sigue siendo fiel á V. A. pero como medida de precaucion considero conveniente...

—Apresarlo.

—Hasta mañana no más.

—Conducidlo, pues, sin pérdida de tiempo á las prisiones de Estado.

—¿A las prisiones de Estado?

—Sí.

—Seria una imprudencia, Monseñor.

—¡Cómo!

—No se prende en nombre del rey á un primer ministro de la corona sin producir algun escándalo, y máxime habitando en el mismo palacio del monarca.

—Comprendo, Buridan.

—Debemos fingir que lo ignoramos todo.

—Si, sí.

—Por eso soy de opinion que Mr. Enguerrando de Marigny quede encerrado hasta mañana en esta misma cámara.

—¡Aquí!

—¿Dónde mejor, señor?

—Sea. Id en su busca, conde, porque el tiempo pasa con asombrosa rapidéz.

Buridan obedeció en silencio aquella órden pronunciada con acento suplicante, y despues de abandonar la cámara privada y abrir la puerta del despacho, exclamó en voz alta:

—Caballeros, S. A. el rey nuestro señòr os desea buena noche y ordena que todos os retireis hasta mañana.

Entonces los gentiles hombres, los pajes y ugieres de servicio despejaron la antecámara.

Solo quedó en ella de pié y con los brazos cruzados sobre el pecho un hombre de elevada talla y de marcial apostura.

Era el capitan de guardias del rey, el único servidor tal vez en quien Felipe tenia alguna confianza.

—¿A mí tambien me despide S. A.?—preguntó al privado cuando hubo salido el último gentil hombre.

—No, caballero,—contestó Buridan aproximándose á él despues de haber cerrado la puerta del despacho.—Monseñor ordena que os quedeis y exige de vos un gran servicio.

—¿Un gran servicio?—preguntó el oficial un tanto sorprendido.

—Sí.

—¿En este instante?

—Sí.

—Vedme dispuesto...

—Pues escojed entre los más leales veinte valientes guardias y ocultaos con ellos en esa inmediata estancia.

—¡Diablo! ¿Se trata...

—De un asunto grave, caballero.

—Algun peligro...

—¡Chist!

—¿Eh?

—Bajad la voz.

—Picais mi curiosidad.

—¿Curioso sois?

—No, pero en este momento...

—Su alteza me asegura que sois fiel y reservado.

—Su alteza sabe que puede contar con mi brazo hasta exhalar el último suspiro de mi vida.

—Tal me ha dicho.

—Hablad, hablad sin temor, señor conde. ¿Qué ocurre aquí de grave? ¿De qué se trata?

—De salvar la vida del rey.

—¡Cielos!

—Bajad más la voz.

—¿Pueden oirnos?

—Estamos rodeados de traidores.

—¡Ah!

—Y de asesinos.

—¡Ira de Dios! De asesinos que atentan contra la sagrada persona del monarca...

—¡Imprudente! ¿Quereis callar con mil rayos?

—Perdonad mis arrebatos, pero...

—Ya me pesa haberos dicho nada.

—No os pese que yo os doy mi formal palabra de ser prudente y comedido.

—Enhorabuena.

—Hablad, hablad.

—Nada puedo deciros por carecer de tiempo.

—Pero...

—Basteos saber que á las doce penetrarán en esta antecámara algunos embozados.

—¡Oh!

—Mas suceda aquí lo que suceda no os movais de vuestro escondite hasta que yo os lo ordene.

—Muy bien.

—Cuidad que el secreto importa mucho.

—Mi pecho es un sepulcro.

—Nada más debo advertiros.

—Pero...

—Dejaos de peros y obedeced, que en nombre del rey os hablo.

El capitan plegó el lábio, se inclinó con respeto y abandonó la antecámara para volver poco despues seguido de veinte guardias, los cuales con los aceros desnudos se ocultaron en la estancia que habia indicado Buridan.

Iba el oficial á imitar á sus soldados, cuando el hidalgo lo detuvo diciendo:

—Todavía no.

—¿Debo quedarme aquí?

—Hasta que yo vuelva.

—Y debo tambien impedir la entrada en la cámara real...

—A todo el mundo.

—Idos tranquilo, señor conde, idos tranquilo.

CAPITULO XVII.

Magnanimidad de Buridan.

Buridan así lo hizo.

Tranquilo salió de la antecámara real porque el capitan de guardias le inspiraba, lo mismo que al rey, una extrema confianza.

Con rápido y sigiloso paso dirigióse á los aposentos del gobernador del Louvre al través de oscuras y solitarias galerias y corredores para llegar más pronto y evitar un mal encuentro, cuando al pasar ante una puertecilla de servicio creyó escuchar el chirrido de una llave que giraba dentro de una mohosa cerradura.

Aquella puerta iba sin duda á ser abierta, como lo fué en efecto pocos segundos despues.

Buridan, para evitar ser visto, retrocedió dos pasos y se ocultó en el hueco de otra puerta paralela á la primera.

—¡Diantre!—murmuró en su interior.—¿Misterios tenemos en campaña? Las puertas del Louvre están cerradas

á estas horas y nadie por lo tanto puede salir á la calle. ¿Adónde irá, pues, el que abandona su casa en este momento? ¿Y á qué casa pertenece ese postiguillo? ¿A la de Isabel de Rocafort? No puede ser. ¿A la de los condes de Marche ó de Poitiers? Tampoco. ¿A la del rey de Navarra? ¡Diablo! Me hace sospechar... ¡Oh! ¡oh! ¿Si habrá algo de comun entre el chirrido de esa llave y el golpe de Estado que se intenta? ¿Pero nadie sale? Sí, percibo un bulto... dos... y conversan en voz baja... Escuchemos.

Buridan aprestó el oido con atencion y escuchar pudo sin gran dificultad el siguiente diálogo:

—¿Os volvereis atrás?

—Primero morir.

—Ved que de vos depende el éxito feliz ó desgraciado de la empresa.

—No lo ignoro.

—Al primer grito de alarma...

—Serán abiertas las puertas del palacio.

—Es cuanto exijo que hagais.

—¿Me dais la vénia para retirarme?

—Sí.

—Guardeos el cielo.

—Hasta despues.

Cesó el diálogo, oyóse de nuevo el chirrido de la llave y luego los pasos de un hombre que avanzaba hácia el lugar donde se hallaba oculto nuestro aventurero.

Aquel hombre iba rebozado hasta los ojos en una flotante capa.

Al pasar por delante del espía, sintió de súbito que una mano de hierro hacía presa en su garganta.

—¡Traicion!—rugió con sorda voz.

—¡Silencio ó sois muerto en el acto!—dijo Buridan colocándole al pecho la punta de su daga.

—¡Buridan!

—El mismo soy, Longueville.

—¿Adónde vais?

—¿De dónde venís?

—¿Me espiabais?

—¿Conspirábais?

—Caballero...

—Basta de disimulo, señor ministro.

—¡Oh! ¿Qué significa esto?

—¿Quereis que os lo explique?

—Sí.

—Pues alejémonos de esa puerta.

—Sigo vuestros pasos.

—Pero os advierto que si dais un grito ó haceis el más leve movimiento para desnudar la espada, os divido el corazon en dos pedazos.

—Hidalgo...

—Mi lenguaje es rudo, nada cortés, pero franco y la franqueza es lo que más importa en este instante.

—¡Oh!

—Venid, venid.

Y ambos se alejaron con breve paso de aquel sombrío corredor para internarse en otro á cuyo final se divisaba un farolillo pendiente de la bóveda.

Llegado que hubieron hasta colocarse bajo los débiles rayos de su luz, Buridan se detuvo y dijo bruscamente á Longueville:

—Señor gobernador del Louvre, Sr. superintendente de Hacienda, señor consejero de Estado, sois un traidor, pero el rey lo ignora y yo os perdono el crímen que intentais.

—¿Osais insultarme hasta ese punto?—exclamó con mal reprimida cólera Marigny cuyo terror iba aumentando por momentos.

—No os insulto, os hago justicia, conde.

—¡Ira de Dios!

—Calmaos, que la calma importa mucho.

—Abusais de mi paciencia, hidalgo.

—Vos abusais de mi bondad y humanitarios sentimientos.

—¡Basta!

—Basta, pues, y seguidme.

—¿A dónde?

—A las prisiones de Estado.

—¿Qué decís?

—Que sois mi prisionero.

—¿Vuestro prisionero?

—En nombre del rey.

—¡Ah!

—¿Os causa asombro la noticia?

—¿Pero por qué se me prende?

—¡Brava pregunta! Se os prende por traidor.

—Buridan...

—El rey sabe por mi conducto todo lo que pasa en el Louvre en este instante.

—¡Me habeis perdido, Alenzon!

—Amor con amor se paga, señor superintendente.

—¿Qué mal os hice yo?

—¿Y yo, qué mal os hice?

—Me habeis tendido un lazo.

—Tendiéndome estábais otro no hace mucho.

—¡Os engañais!

—¿De veras?

—¿Decís que lo sabeis todo?

—Absolutamente todo.

—Pues convencido estareis de que ningun daño se trataba de causaros.

—¡Diantre! ¿No?

—Creedme.

—¡Basta de farsas, Longueville!

—La primera condicion que impuse al príncipe...

—Adivino cuál fué, y por eso el príncipe me señaló como primera víctima.

—Os engañais, os engañais.

—¿Conque no debia morir á traicion á las doce de la noche en la antecámara real?

—Debiais ser preso hasta que la conjuracion triunfase.

—Muerto, muerto á puñaladas lo mismo que mi hermano Sataniel.

—¿Cómo convenceros de que tal consejo no pude dárselo yo á monseñor Luis de Navarra?

—¿Pues quién pudo dárselo, caballero?

—Tal vez madama la duquesa de Borgoña.

—¡Diantre! Bien puede ser.

—Esa dama os aborrece de muerte.

—¡Oh, sí! Como yo á ella.

—¡Ah! Pues si es cierto que existe una declaracion de guerra entre los dos...

—Cierto es tambien que ambos desearemos destruirnos.

—¿Entonces, por qué dudais que fué Isabel y no yo...

—Ya no dudo, conde.

—¿De veras, Alenzon?

—Os creo inocente respecto al proyecto de mi muerte.

—Creedme, sí, creedme, porque os juro por la salvacion de mis hijos...

—¡Basta, Longueville!

—En nombre de ellos os ruego que no me perdais.

—Salvaros quisiera, mas no puedo.

—¡Cómo! ¿Ignorais que existe una alianza entre Sata-

niel y yo? ¿Ignorais que hemos jurado salvarnos mútuamente de todos los peligros?

—No, pero Buridan no es Sataniel.

—Buridan es el hermano de mi aliado.

—Buridan solo es en este instante un fiel vasallo del rey: el único amigo, el único apoyo, el único defensor con que cuenta en este supremo momento en que ruje la tempestad sobre su régia cabeza.

—Y bien, yo soy el primero en suplicaros que conjureis esa horrible tempestad si contais con medios para ello.

—Y tanto como cuento.

—Pero salvadme.

—Que os salve su alteza si su magnanimidad es tanta.

—¡Imposible! Monseñor no me perdonará jamás porque ha tiempo que me aborrece.

—¿Desde cuándo? Desde que sospecha vuestra cobarde traicion, vuestra odiosa ingratitud.

—Alenzon...

—¿No es cierto?

—¡Oh!

—¿Por qué, por qué le pagásteis con tan negra ingratitud los beneficios que os hizo?

—La fatalidad me impulsó al crímen.

—¡La fatalidad!

—Y el miedo .. el miedo sobre todo. A no acceder á los deseos de ese ambicioso príncipe, cuya impaciencia por gobernar es tanta, ¿qué hubiera sido de mí, qué de mis hijos, qué de mi esposa y mis hermanos? La miseria, la infamia, la cautividad y la muerte pesara sobre todos.

—¡Basta! ¡basta!

—¡Oh! Por piedad, conde, no aumenteis mis amarguras, no me precipiteis más en el abismo.

—¿Y soy yo quien os precipita?

—En vuestra mano está la salvacion de mis inocentes hijos.

—¡Basta!

—Un padre implora á otro padre y no es siquiera escuchado.

—¡Qué diantre!

—¿Os conmoveis al fin?

—Y bien, ¿qué es lo que exigís de mí?

—La salvacion.

—Trataré de salvaros.

—¡Gracias, gracias!

—¿Pero cómo?

—Dejándome huir con toda mi familia.

—Es tarde para eso.

—Es tiempo todavía.

—No.

—¿Que nó decís?

—Tiene el rey tan bien tomadas las medidas, que nadie, ¿entendeis? nadie absolutamente podrá esta noche escapar del Louvre.

—¡Cielos!

—Intentadlo y vos, vuestros hijos y vuestra esposa seríais muertos antes de traspasar sus umbrales.

—¡Oh Dios! ¿Y qué hacer?

—Obedecerme en todo ciegamente.

—Estoy pronto...

—Pues seguidme.

—¿Adónde?

—A la cámara del rey.

—¡Qué escucho!

—Allí hareis entrega de las llaves del palacio, y luego de vuestra espada.

—¡Cielos!

—¿Qué os asombra?

—¿Y es de esa suerte como me quereis salvar?

—Sí.

—Os burlais de mí, señor conde de Alenzon.

—Soy incapaz de burlarme del vencido.

—Pero...

—¿Fiais en mi palabra ó no?

—¿Y qué hacer sino fiar?

—Pues seguidme y obedecedme sin abrigar temor alguno.

—¡Oh!

—Vamos, vamos porque el tiempo vuela.

—Vamos, y plegue al cielo...

—Ni una palabra más, señor ministro,—dijo Buridan entrelazando su brazo al de Enguerrando de Marigny y obligándole á caminar con paso rápido.

—¡Ministro!—murmuró Longueville con acento de amargura.—Todavía me llamais ministro..... ¡Qué escarnio!

—¿Tambien creeis que os escarnezco?

—¿Y cómo no?

—¿Conque tan infame me considerais?

—¡Ah!

—Enhorabuena. Pensad de mí lo que gusteis, dudad cuanto querais, temed lo que os plazca, pero tened en cuenta que cuando Buridan empeña una palabra...

—¿La cumple?

—Siempre que en su mano está cumplirla.

—¿Y la que me habeis empeñado...

—La cumpliré pese á quien pese. Mas silencio: hemos llegado: serenad vuestro semblante y no olvideis que el rey aun os cree inocente y que si os prende hasta mañana es solo por mera precaucion, para evitar que los conjura-

dos se apoderen de vos y por lo tanto de las llaves del palacio.

—¿De veras? ¿Su alteza ignora...

—Nada le he dicho repecto á vos respetando el pacto que hicisteis con mi hermano Sataniel.

—¡Ah conde!

—Entremos.

Buridan empujó suavemente la puerta de la antecámara real y pasó adelante seguido del atribulado ministro.

—¡Quién vá!—dijo á media voz el capitan de guardias volviéndose con rapidéz al oir el ruido de la puerta.

—¡Súbditos del rey!—contestó el de Alenzon desembozándose.

—¡Ah! ¿Sois vos?

—¿Nadie á venido?

—Nadie.

—¿Llamó su alteza?

—No.

—La gente...

—Quieta en su puesto.

—Sea ese el vuestro hasta que yo salga á relevaros.

—Está bien.

—Guárdeos el cielo.

Buridan y Marigny pasaron entonces á la cámara real.

Felipe el Hermoso se paseaba por ella á la sazon con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sus facciones estaban pálidas, aunque serenas, y su abstraccion era tan grande en aquel momento que no oyó el ruido que produjo la dorada puerta al abrirse inpulsada por la mano del aventurero noble.

—¿Monseñor?—llamó Buridan con voz respetuosa.

Felipe se estremeció de placer al reconocer aquella voz amiga, en aquel supremo instante mucho más armoniosa

para él que un coro de arcángeles y serafines, y volviéndose con prontitud, dijo:

—Loado sea Dios porque estais de vuelta, amigo mio. ¡Ah! ¿Qué veo? Y os acompaña mi buen conde de Longueville...

—Señor...—murmuró Enguerrando doblando una rodilla en tierra para besar la régia mano.

—Alzad, alzad.

—Mr. de Buridan...

—¿Os ha dicho que anhelaba veros?

—Sí, alteza.

—En efecto, lo anhelaba.

—¿Y para qué, Monseñor, si me es permitida esta pregunta?

—Para satisfacer dos caprichos.

—Leyes son para mí los de mi rey.

—¿Deveras, Marigny?

—Harto lo sabe V. A.

—Pues acatad la primera depositando por esta noche en manos del conde de Alenzon las llaves del Louvre.

—Queda acatada, señor,—contestó Enguerrando sacando de su escarcela las mencionadas llaves y entregándolas á Buridan.

—Y acatad la segunda,—prosiguió el rey con la misma calma,—sacrificando por esta noche vuestra libertad...

—¡Mi libertad!—murmuró el ministro fingiendo gran sorpresa.

—En aras de mi capricho.

—¡Oh!

—Capricho tengo, os lo confieso, porque seais mi prisionero hasta mañana.

—¡Cielos!

—No os alarmeis.

—¿Habré incurrido en alguna falta involuntaria...

—No, Marigny.

—Mis enemigos...

—¡Eh! Siempre soñando estais con las intrigas de vuestros enemigos. No se trata de castigar en vos ningun crímen, puesto que no creo que los hayais cometido.

—Pongo al cielo por testigo de esa gran verdad.

—No es necesario.

—V. A. sabe...

—Basta de inútiles protestas, basta.

—Plego el lábio, señor.

—¿Y os resignais á satisfacer mi capricho valadí?

—Es mi deber satisfacerlo.

—Pues entregad las armas al conde de Alenzon y pasad á mi cámara privada donde podeis entregaros al reposo tranquilo y confiado hasta mañana.

El superintendente obedeció sin replicar aquella órden y penetró en la oscura cámara despues de lanzar una suplicante mirada al impasible Buridan.

Este cerró la puerta con dos vueltas de llave, la cual se guardó luego en la escarcela.

Entonces Felipe el Hermoso le tomó de una mano, lo condujo al hueco del balcon y le preguntó con ansiedad y en voz muy baja:

—¿Dónde habeis hallado á Longueville?

—En su casa,—contestó Buridan con acento que no daba lugar á la duda.

—¿Solo?

—Sí, Monseñor.

—¿Qué hacia en aquel momento?

—Trabajar en su despacho.

—¿Pero solo?

—Absolutamente solo.

—¿Se sorprendió cuando le anunciásteis que el rey deseaba verle en tan intempestivas horas de la noche?

—No, Monseñor.

—¿Y os siguió sin repugnancia?

—Sí, Monseñor.

—¡Oh! ¿Si en efecto será inocente ese hombre?

—Por inocente lo tengo.

—Plegue al cielo que lo sea, porque de lo contrario ¡ay de él, como ay de todos los traidores que me cercan!

—Me place escuchar de los lábios de vuestra gràcia tan enérgicas palabras; pero señor, el momento supremo del peligro se aproxima y es fuerza separarnos.

—¿Quién vela en la antecámara en este instante?

—Vuestro leal capitan de guardias.

—¿Le habeis iniciado en el secreto?

—Sí, Monseñor.

—¿Habeis tomado todas las medidas necesarias?

—Sí, alteza.

—¿Qué resta pues?

—Esperar con el corazon tranquilo.

—Tranquilo late el del rey.

—Tambien el de Buridan.

—¡Ah mi bravo caballero!

—Señor, ¿me dais permiso para ir á ocupar mi puesto?

—Id, Alenzon, id y que el cielo nos preste su favor y ayuda.

Buridan comprendiendo que no habia tiempo que perder besó con respeto la mano del monarca y abandonó la cámara con seguro paso y despues de advertir al rey que cerrase la puerta interiormente.

Felipe el Hermoso tomó en el acto, aunque con alguna repugnancia, tan prudentísimo consejo.

En la antecámara seguia haciendo la centinela el ca-

pitan de guardias.

—A vuestro puesto, caballero oficial,—le dijo el hidalgo aproximándosele con rapidéz.

—¿Es llegada la hora?

—Sí.

—Enhorabuena.

—Pronto, pronto al escondite.

—¿Y vos?

—Mi puesto es este.

—¡Cómo! ¿Aquí os vais á quedar?

—Aquí.

—¿Solo?

—Solo.

—Cuidado, caballero.

—¿Qué quereis decir, capitan?

—Que los conjurados suelen en todas ocasiones emplear el puñal con preferencia á la espada.

—Gracias por el aviso, amigo, pero ved lo que me escuda,—dijo Buridan mostrando al oficial las mallas de su cota como media hora antes se las mostrára al rey.

—¡Ah! ¡Ah! Eso ya es otra cosa, pero cuidado, repito, mucho cuidado, porque un golpe de daga en la garganta...

—¡Bah!

—No permitais que se os aproximen mucho.

—Dejadme obrar.

—Yo saldré al primer asomo de peligro.

—Libraos de salir hasta que yo os avise.

—Pero...

—¿Quereis desbaratar mi plan?

—Todo lo contrario.

—Pues concretaos á seguir mis instrucciones.

—Está bien, está bien.

—A vuestro puesto, caballero.

CAPITULO XVIII.

La emboscada.— Matanza horrible en las antecámaras reales.—Buridan vuelve á mostrarse magnánimo con el vencido.

El capitan de guardias se retorció con placer su hermoso mostacho peinado á la borgoñona, desnudó el acero, saludó al hidalgo y penetró sin replicar palabra en la estancia donde ocultos estaban sus soldados.

Buridan entonces probó si salian con facilidad de sus respetivas vainas la espada y el puñal, tomó asiento en un divan fronterizo al de la puerta de entrada, colocó con indolencia un muslo sobre otro, se cruzó de brazos, reclinó la cabeza en la pared, entornó los párpados blandamente y en esta actitud se aprestó á esperar el peligro.

La ténue luz de una lámpara de plata suspendida del centro del rico artesonado, iluminaba débilmente los objetos.

El silencio llegó á ser tan profundo que nuestro héroe podia escuchar sin grande esfuerzo los violentos latidos de su fogoso corazon.

Las doce y media serian ya sonadas cuando la puerta de la antecámara chirrió suavemente al abrirse impulsada con lentitud por una mano hasta entonces invisible.

Al escuchar aquel ruido Buridan entreabrió los párpados para mirar con disimulo, y contra lo natural en tales casos su corazon empezó á latir más lenta y acompasadamente.

—¡Loado sea Dios!—murmuró.—Hé aquí á mis hombres.

En efecto, un embozado y aun enmascarado personaje acababa de penetrar en la antecámara con gran recato, y tras suya otros diez más tambien con antifaces.

Todos venian con las espadas desnudas y vestidos completamente de negro, sin duda con el objeto de no ser reconocidos por los colores de sus trajes habituales.

El que primero osó poner la planta en los aposentos reales, y que era sin duda el jefe de los conjurados, lanzó en derredor de sí una mirada escrutadora y tan pronto como viera á Buridan se dirigió á él con paso rápido y le colocó una mano en el hombro bruscamente.

Entonces nuestro hidalgo hizo un brusco movimiento como si despertase de súbito de un profundísimo sueño, abrió los ojos desmesuradamente, contempló por espacio de un ségundo al conjurado con muestras del mayor asombro y exclamó al fin con bronca voz y poniéndose de pié con lijereza:

—¡Quién vá!

—¡Silencio ó sois muerto, hidalgo!—le dijo el enmascarado colocándole al pecho la punta de la espada.

—¿Quién sois?

—No os importa conocer mi nombre.

—¿Qué quereis?

—Lo sabreis en breve.

—¡Cielos! Esa voz....

—¿Creeis reconocerla?

—¡Sois monseñor Luis de Navarra!

—Y bien, el mismo soy.

—¡Ah!

—¿Os causo asombro?

—Ni asombro, ni miedo, ni sorpresa.

—¡Fanfarron infame!...

—¡Alto allá el príncipe!

—¿Os atreveis...

—En nombre del rey os mando que me digais sin demora á quién buscais en las antecámaras reales á tan altas horas de la noche, con el acero desnudo y seguido de gente armada y encubierta.

—¿Me lo mandais?—preguntó el príncipe con sordo acento y haciendo esfuerzos inauditos por reprimir su ira.

—En nombre de S. A. sí.

—¿Y si no tengo por conveniente decíroslo?

—Creeré que venís con intenciones pérfidas y daré la voz de alarma.

—¡Cuidado!

—Nada me arredra.

—¡Cuidado, Buridan!

—¿A quién buscais, señor?

—A vos.

—¿Y bien?

—¿No adivinais con qué objeto?

—Ni adivinarlo quiero.

—Pero es fuerza que lo sepais.

—Ya escucho.

—Os busco para exigiros las llaves de esa cámara.

—¿La del rey?

—La del rey.

—¿Deseais ver á S. A?

—Lo deseo.

—S. A. duerme.

—No importa.

—Y á nadie recibe á tan intempestivas horas.

—Recibirá al príncipe heredero.

—A nadie.

—Os repito que es forzoso...

—¡Ah! ¿Es forzoso violentar á mano armada la voluntad del rey?

—Hidalgo, obedeced sin réplica.

—Solo á Monseñor debo obediencia.

—Tambien la debeis á los príncipes de la sangre.

—Os engañais.

—¡Cómo!

—Acabemos, señor, porque nuestras voces pueden turbar el sueño de S. A.

—¿Duerme?

—Pero no en la confianza que pueden inspirarle sus amados hijos.

—¡Miserable!

—¡Basta de insultos, príncipe! ¿Es la vida del rey lo que me pedís?

—La llave de su cámara.

—¿Quién os ha dicho que la tengo en mi poder?

—Saberlo no os importa.

—Mas por el cielo que me importa mucho conocer las intenciones que os guian á la presencia del monarca.

—¿A vos?

—A mí que soy el encargado de velar por su existencia en este instante más que nunca amenazada.

—Acabemos... acabemos.

—Salid todos y habremos acabado.

—¡Esa llave!

—En nombre del rey... ¡atrás!

—¿Tú lo quieres? ¡Pues muere, aborto del infierno!—rugió Luis el Hutin descargando una furiosa estocada sobre el pecho del hidalgo.

A tan tremendo golpe contestó Buridan con una sardónica carcajada, y atravesando la antecámara de dos saltos colosales se colocó ante la puerta de entrada con el acero desnudo para impedir la fuga de los conjurados.

Estos que á su vez creyeron que trataba de escaparse de una muerte cierta, avanzaron hácia él blandiendo las tizonas con rabioso encono, pero á los primeros golpes que descargó sobre ellos el temerario aventurero, hubieron de retroceder atropelladamente al fondo de la cámara.

—¡Favor al rey los leales!—gritó entonces Buridan con voz potente.

Y como por ensalmo la estancia se pobló de gente armada que en breve encerró á los traidores en un estrecho círculo para hacer en ellos una espantosa carniceria.

Los gritos de ¡traicion! los ayes de agonía y las imprecaciones más horribles unidas al estridente ruido que producia aquel bosque de aceros al chocarse con violencia, atronaron por el pronto aquel reducido espacio.

Luis el Hutin que luchaba como un leon furioso, aunque luchaba en vano por la desigualdad de fuerzas, al ver su causa completamente perdida quiso intentar el último recurso, y logrando, despues de hacer un sobrehumano esfuerzo, romper el estrecho círculo que lo encerraba, corrió al balcon, lo abrió violentamente y aplicándose á los lábios una pequeña bocina de plata, lanzó al espacio una nota aguda y prolongada.

Despues huyó de la antecámara sin cuidarse del peligro en que dejaba á sus infames cómplices.

Al verlo huir, Buridan exhaló un grito de rabia y corrió tras suya con la velocidad del rayo.

En aquel momento Felipe el Hermoso abria la puerta de su cámara y gritaba á sus guardias con voz desfallecida:

—¡Deteneos, caballeros!

Pero ya era tarde.

De los diez conjurados, todos pertenecientes á la primera nobleza, ocho acababan de exhalar el último suspiro y los dos restantes caian sobre un lago de sangre acribillados de mortales heridas. . . . .

Presa de un vértigo enloquecedor el mal aconsejado príncipe, corrió á la ventura largo espacio de tiempo por las oscuras galerías, corredores y escaleras privadas del palacio, hasta que al fin se halló sin saber cómo en el frondoso y solitario jardin, bañado á la sazon por los plateados rayos de la luna.

Su idea dominante era la fuga.

¿Pero por dónde huir si era probable que todas las puertas del Louvre se hallasen custodiadas interiormente?

—Por el postigo que comunica á la ribera,—se dijo concibiendo de súbito una halagüeña esperanza.

—¿Pero y la llave?—se preguntó despues con desaliento.—¡Ah! ¡Maldicion!... ¡Estoy perdido!

—Y tan perdido, príncipe,—le contestó una voz allí inmediata.

Luis el Hutin que acababa de detenerse en medio de una calle de árboles para cobrar aliento, volvió con asombro la cabeza y vió á seis pasos de distancia á su implacable enemigo, á su eterna pesadilla, á Buridan.

La luz de la luna le iluminaba de lleno.

En la diestra conservaba aun desnudo el acero tinto en sangre, y en la siniestra traia un rollo de pergamino.

—¡Ira de Dios! ¿Tú aquí?—le gritó el rey de Navarra con acento indefinible.

—Yo aquí,—contestó el aventurero sordamente.

—¿Tú en seguimiento mio?

—Ya lo veis.

—¿No estás satisfecho con haberme vencido con la astucia y la espada hace un instante?

—No.

—¿Qué quieres, pues?

—Mataros como matan los valientes.

—¡Matarme!

—Matar al verdugo de Margarita de Borgoña, matar al miserable que sometió un dia mis miembros al tormento para arrancarme un secreto y despues ordenó que me asesinasen cobarde y villanamente.

—¡Ah! ¡ah! ¿Me aborreces por esa causa?

—Y por otras muchas.

—Y yo ¿por cuántas debo aborrecerte, Buridan?

—Por cuantas gusteis.

—Me has robado la honra, á mí, á un príncipe de la sangre.

—¡Mentís, rey de Navarra!

—¡Villano!...

—Mentís repito, porque mal pude robar la honra á quien...

—¿Qué vas á decir, infame?

—Plego el lábio por no ofender á quien tanto amor y respeto me merece.

—¡A Margarita!

—A la madre de mis hijos.

—¡Ira de Dios!

—¿Sufrís al recordar ese incidente? Sufrid enhorabuena, que harto sufrí á mi vez por vuestra causa.

—¿Qué dice este hombre?

—¡Ah! ¿Ignorais que yo tambien tuve celos?

—¿Celos de mí?

—Celos de quien al arrebatarme la mujer amada me arrebató todas mis ilusiones y esperanzas.

—Comprendo, señor hidalgo de mezquina cuna. Ambicionabas su mano para ser noble, muy noble, y sobre todo... muy rico.

—Os engañais. El oro y las ejecutorias de nobleza son para Buridan cosas muy valadís. Ambicionaba su mano porque la amaba con el delirio del primer amor.

—¡Oh! Satanás impidió que se colmase tu ambicion para que se consumase mi deshonra.

—Culpad, pues, á Satanás.

—Tambien tú culparle debes.

—Tambien, tambien, y así lo hago. En cambio vos aborreceis y perseguís de muerte al hombre que en nada os podia ofender cuando amaba á Margarita de Borgoña.

—¿Por ventura no has amado despues á la reina de Navarra?

—Si la amé la amé en silencio pues que jamás osé decírselo, y de esta verdad hartas pruebas teneis.

—¿Por ventura no la amas todavía?

—Hoy ménos que nunca podré amarla, perteneciendo por entero mi corazon á otra mujer.

—Y si eso es cierto, ¿por qué la arrancaste de los calabozos de Gaillard donde espiaba sus crímenes?

—¿Y eso preguntais á un pecho hidalgo? La dí libertad obedeciendo mis impulsos generosos y humanitarios: la dí libertad porque á sufrir la condenábais un afrentoso suplicio.

—Que sufrirá tarde ó temprano.

—¡Oh! Eso... únicamente Dios lo sabe.

—Y los hombres.

—¡Hum!

—Juro no descansar un momento hasta tenerla de nuevo en mi poder.

—Os cansareis en vano.

—¿Sí?

—Sí, monseñor.

—Tu confianza me asombra.

—La vuestra me maravilla. Id, id á Borgoña reclamando la esposa que os ha ultrajado al esposo á quien ultrajando estais.

—¡Hidalgo!...

—¿Os molestan mis verdades?

—¡Me exaspera tu cinismo!

—¡Mi cinismo!

—¿Olvidas que hablando estás á un príncipe de Francia?

—Aquí, y en este momento supremo no hay príncipes ni vasallos.

—¿Pues qué hay, descreido impío?

—Dos hombres que se aborrecen de muerte.

—¡Es verdad!

—Dos hombres que por más que la fortuna los haya colocado en diferentes esferas, no podrán jamás humillarse el uno al otro: dos hombres que miden la misma talla para no necesitar un palmo más de tierra que su contrario donde reposar despues de muertos; dos hombres, en fin, que esgrimen aceros igualmente templados.

—Tienes razon.

—Pues si la razon me sobra y nuestros ódios son tan grandes, preparaos...

—¿A qué?

—A morir.

—¿Y por qué no á matar?

—Porque lo habeis intentado muchas veces y ninguna lo habeis podido conseguir.

—Líbrate de esta.

—En guardia, pues.

—¡Atrás, menguado!

—¿Menguado me llamais?

—¿Tomaste á veras mi broma? ¿Creiste de buena fé que el rey de Navarra consentiria degradarse midiendo su espada con la de un aventurero?

—¡Por Lucifer!...

—Desprecio tu soberbia y compadezco tu demencia.

—¿Conque temeis deshonraros midiendo vuestro acero con el mio?

—Mil veces sí.

—¿Y no os batireis?

—No.

—¿Y si os obligo á ello?

—¿Cómo?

—Como se obliga á los cobardes.

—¡Miserable!... ¿Serias capáz?...

—De todo, porque vuestra sola presencia me enloquece de furor.

—¡Oh rabia!

—Basta de denuestos y exclamaciones inútiles. Uno de los dos sobra en el mundo...

—Ese eres tú, traidor y mal nacido.

—Pues bien, matadme.

—Espera, espera que ya llegará el momento.

—¿Creeis que llegue?

—Los héroes de tu estofa no mueren en las soledades y oscuridad de un jardin: mueren en una plaza pública, á la luz del sol y á la presencia de la canalla que les victorea y les entona himnos de alabanza.

—¡Diantre! Teneis un modo tan especial de recordarme á Montfaucon, que casi, casi...

—Te dan deseos de morir en él.

—Sí por el cielo.

—Pues espera, repito, espera, mi bravo Buridan.

—Esperaré con calma, pero en tanto bueno será ir contrayendo algun mérito para que el plazo se aproxime.

—¿Crees haber contraido pocos?

—Falta el mayor.

—¿Cuál?

—El de enviar á la eternidad un príncipe coronado para que me abra las puertas del infierno.

—Pues hé aquí uno que te se entrega indefenso para que te sea más fácil coronar tu obra,—dijo Luis el Hutin con asombrosa sangre fria y arrojando en tierra su espada tinta aun con la sangre de los leales servidores de su padre y su rey.

Buridan hizo un movimiento de sorpresa al advertir su accion, y luego exclamó:

—¿Qué haceis?

—Ya lo ves.

—¡Quedaros indefenso!

—Para que me mates pronto.

—¿Conque deseais morir?

—Para lograr ensordecer y no seguir escuchando tu cínico lenguaje.

—¡Hola!

—Acaba, acaba pronto, miserable.

—¡Alto allá, príncipe! ¿A quién tomais por asesino?

—Al que ya lo fué una vez.

—Por amor... es verdad; por salvar á la madre de mis hijos, pero por complaceros, por vengar en vos mis ódios, ¡por Cristo! que no lo volveré á ser jamás.

—¿No?

—No.

—Pues si empeño tienes en contarme en la lista de tus muertos, no esperes conseguirlo en buena ley.

—¿No?

—No.

—Enhorabuena. Otro se encargará de desembarazarme de vos.

—¿Quién?

—El rey vuestro augusto padre.

—¡Mi padre!... ¡Estás demente!

—¿Dudais que lo haga? ¿Dudais que una vez en su poder las pruebas de vuestro crímen vacilará un momento en someteros á un tribunal competente que os declarará reo de alta traicion y por lo tanto desposeido de todos los derechos á la sucesion del trono?

—No, no puedo dudarlo siendo tú su ángel malo, su infame consejero.

—Temblad, rencoroso Valois, porque si hasta hoy en Francia no se han eregido los patíbulos para que suban á ellos los príncipes de la sangre, hay mil medios para evitar que impunes queden sus crímenes. Por ejemplo; mazmorras muy famosas tienen los castillos de Gisors y de Gaillard donde lo mismo cabe un rey que un miserable villano.

—¡Calla, aborto del infierno!

—¡Hola! Parece ser que mis verdades os amargan.

—Me exaspera tu lenguaje osado.

—Lo creo, orgulloso señor, lo creo. Pero el mismo lenguaje rudo, franco y persuasivo, al que por desgracia suya están los reyes muy poco acostumbrados, oyó de mis lábios una noche vuestro egregio padre, y ¿lo creereis? quedó encantado de escucharlo y me suplicó que en lo

sucesibo no emplease otro en su presencia.

—¡Por Cristo! ¿Y pretendes que yo te haga la misma súplica?

—¿Pretender cosa de tan poca monta para mí? Ni por sueños. Mas quizás no os pesaria.

—¡Aparta, miserable! Luis de Valois no se humilla y degrada hasta el punto de hacer vergonzosas alianzas con gentes de tu estofa.

—¡Pobre príncipe!

—Acabemos, acabemos.

—Acabar deseo.

—Yo más que tú, porque al robarme la paciencia me robas un tiempo muy precioso.

—¡Ah! ¡ah! ¿Se os hace tarde para poneros al frente de los amotinados?

—Sí.

—¿Con que abrigais la esperanza de ganar en las calles de París lo que habeis perdido en el Louvre hace un instante?

—No te lo oculto.

—¡Vana esperanza!

—¿Vana?

—Sí.

—La conjuracion habrá estallado á estas horas con el carácter de un motin popular.

—¿Y qué importa?

—Los conjurados vencerán.

—¿Contais con el triunfo?

—Cuento con él.

—¡Iluso!

—No te engrias con la derrota que acabas de hacerme sufrir, temerario aventurero: si por el número me has vencido, por el número te venceré antes quizás de una hora.

—¿Vos?

—Aunque el infierno te preste su favor, como no dudo que te lo presta siempre.

—¡Delirais, señor! Hablais de victorias y estais preso.

—¡Preso!

—Mirad donde os hallais. En el Louvre.

—Pronto me hallaré fuera, y pronto tambien al frente de mis parciales.

—Opino lo contrario.

—¿Quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿Asesinándome?

—No.

—¿Cómo, pues?

—Haciéndoos mi prisionero.

—¿Tú hacerme prisionero?

—En nombre del rey.

—¡Infame!

—Ved la órden que me autoriza,—dijo Buridan con la mayor sangre fria y mostrando á Luis el Hutin el pergamino que aun conservaba en la siniestra mano.

—¡Ira de Dios!

—Leedla, leedla y reconoced la firma.

—¡Oh... esto es el colmo de las humillaciones!

—¿Y quién tiene la culpa?

—Tú, infame Buridan, tú que has arrancado al débil monarca esa infamante órden.

—Y bien, ¿no estaba en mi derecho despues de conocer vuestros criminales intentos?

—Tambien yo lo estoy para protestar enérgicamente.

—Mañana... en el parlamento si gustais.

—Ahora mismo.

—Será en vano.

—Vana es tambien la esperanza que abrigas de perderme.

—¿Cómo lo evitareis?

—Matándote, miserable, ya que te empeñas en morir á mis manos.

Y dicho esto con espresion colérica, Luis el Hutin desenvainó la daga con la velocidad del rayo y asestó un terrible golpe sobre el pecho de su aborrecido enemigo.

Pero como media hora antes, Buridan contestó á tan brusca acometida con una estridente carcajada.

El rey de Navarra, de cuya diestra saltó la daga hecha pedazos, retrocedió dos pasos aterrado y murmurando con cavernosa voz:

—¡Satanás te proteje!

—Os engañais, régio asesino; me proteje Dios y despues de Dios una cota de Vizcaya que conquisté en los campos de Turquía luchando con armas más nobles que las vuestras.

—¡Maldicion! ¡Maldicion!

—Sois impotente para matarme ni leal ni traidoramente, príncipe; impotente tambien para resistir mis deseos; estos son presentaros al rey sin pérdida de tiempo y es fuerza que los satisfagais.

—¡Nunca!

—No me obligueis á la violencia.

—¡Mátame de una vez!

—No soy asesino, monseñor.

—Preséntame cadáver al rey y asi tu pobreza será mayor á sus ojos.

—Vivo... vivo es como debo presentaros.

—No conseguirás tu objeto.

—¿Nó?

—No.

—¡Por Luzbel! Pues ahora lo veremos.

Y Buridan iba á precipitarse como un tigre furioso sobre el desarmado príncipe cuando el silencio de la noche fué interrumpido de súbito por las agudas notas de un clarin de guerra que se dejó escuchar por la parte de la ribera del Sena.

El aventurero contuvo su accion y aprestó el oido.

Luis el Hutin sonrió siniestramente.

—¿Qué significa esa señal?—murmuró el esposo de Blanca-flor como si á sí mismo se dirigiese la pregunta.

—Significa que los escolares acaban de levantar bandera de revelion y vienen á cercar el Louvre.

—Ellos... los escolares... ¡Pobres doctores en ciernes! conozco á fondo esa gentecilla vocinglera para que me cause sobresalto su venida.

—¡Fanfarron!

—Todas las escuelas juntas y todo el pueblo reunido no es fuerza suficiente para asaltar y apoderarse del Louvre en tanto que yo esté dentro.

—¡Fanfarron! ¡Fanfarron!

—¿Dudais de esta verdad?

—Que yo me viera libre... que yo me viera al frente de esa gente á quien desprecias, y...

—¿Qué hariais?

—Abatir en diez minutos tu soberbia insultante y pedantesca.

—¿Tomando el Louvre por asalto?

—Y colgándote despues de la almena más alta de París.

—¡Por Cristo Nuestro Señor que acepto el reto!

—¿Que lo aceptas?

—Con sin igual placer.

—Sin duda porque me tienes apresado.

—Os dejo libre.

—¡Qué escucho!

—Os dejo libre, os permito que os lleneis de infamia colocándoos al frente de los traidores á su rey, por el singular placer de venceros dos veces esta noche.

—¿Estás demente?

—¿Aceptais mi oferta?

—Sí.

—Enhorabuena.

—Reflexiónalo antes.

—Reflexionado lo tengo.

—¿Y si te arrepientes?

—Jamás se arrepintió Buridan de lo que hizo.

—Cuenta que si te venzo...

—¿No imitareis mi conducta de este instante? Ya lo sé, porque en algo han de diferenciarse los Valois de los Buridan. ¿Y qué? ¿Creeis que os temo? Sí os temiese ni os dejaria libre ni vivo.

—¿Hasta cuándo has de seguir insultándome?

—Hasta que exhale el ultimo suspiro de mi vida.

—¡Oh! Quiera el infierno que sea esta misma noche.

—Id, id á poner los medios.

—¿Te empeñas en jugar con el peligro?

—Sí, porque jugar con él es el más grato entretenimiento para los hombres de mi temple.

—¡Oh!

—Huid, huid antes que sea tarde.

—¿Mas por dónde si todas las puertas se encuentran custodiadas?

—Una hay que no lo está.

—¿Cuál es?

—La del jardin.

—¡El postigo!

—Por hay podreis salir sin ser visto.

—¿Y la llave?

—En mi poder.

—¡Ah!

—Seguidme, monseñor.

Luis el Hutin despues de recojer del suelo la espada que habia arrojado momentos antes, siguió anhelante á su generoso enemigo que lo condujo en breve y sin pronunciar una palabra al extremo del jardin donde se hallaba situado el postiguillo que daba paso á la ribera.

Despues de haberlo abierto con una llave que para el efecto sacára de su escarcela, le dijo:

—Príncipe, libre teneis la salida. Corred sin pérdida de tiempo á preparar el ataque mientras yo me apresto á la defensa.

—¡Tortura horrible!—murmuró el rey de Navarra á media voz, bajando confuso la cabeza y sin ser osado á moverse del lugar donde se hallaba.

—¿Qué es eso? ¿Vacilais?

—Vacilo al aceptar vuestra generosa oferta.

—¡Bah! No veais generosidad sino egoismo en esta accion.

—Mi orgullo se revela al considerar que os voy á deber tal vez la vida tan pronto como traspase los umbrales de esa puerta.

—Comprendo. No considerándoos capáz de hacer lo que yo hago en este instante quisiérais no serme deudor de gracia alguna.

—¡Oh!

—¿Es cierto?

—Buridan...

—Tranquilizaos, príncipe, y acallad vuestros escrúpu-

los, porque ni yo he de recordaros jamás esta deuda que os perdono, ni vos...

—Basta, basta.

—¿Aceptais mi oferta ó no?

—La acepto.

—¿Sin escrúpulo?

—Sin escrúpulo.

—Que me place.

—Pero antes de muchas horas...

—¡Oh! Antes de muchas horas... ¿quién puede saber lo que será de nosotros?

—No me comprendeis.

—Harto os comprendo. Me amenazais con una venganza horrible si por acaso soy vencido en la sangrienta lucha que vá á empeñarse en breve entre un hijo ingrato y un padre sobrado bueno para aquellos á quienes dió el sér; pero, ¿lo creereis, monseñor? Ni aun ligeramente turba esa amenaza la tranquilidad que mi espíritu goza en este instante.

—Repito que no me comprendeis.

—¿No?

—No.

—¿Y bien?

—No pudiendo explicarme más, al tiempo encomiendo la mision de revelaros lo que callo.

—¡Al tiempo!

—En tanto, adios, Buridan.

—Guárdeos el cielo, y no permita que os pongais de nuevo esta noche al alcance de mi acero.

Luis el Hutin no pudo oir sus últimas palabras porque habia desaparecido presuroso por la inmediata callejuela.

Entonces Buridan avanzó dos ó tres pasos fuera del postigo y tendió una mirada investigadora en derredor de sí.

Todo yacia en el mayor silencio y calma.

Solo en lontananza dejábase escuchar un rumor sordo que ora acrecia, ú ora se amortiguaba por completo.

Pero la ribera estaba desierta y ni una sola luz brillaba en las ventanas de la torre y del hotél de Nesle.

Al notar esta última circunstancia, el pecho de nuestro aventurero respiró con libertad.

—Todavía reina la paz al otro lado del Sena,—dijo:—¿qué importa, pues, que aquí reine la guerra, la muerte y desolacion? Nada, nada. Hijos de mi alma, dormid tranquilos en el regazo de vuestra casta madre; Blanca-flor, no llores porque esta noche el hado cruel me separa de tus amantes brazos; hermano y amigos mios, nada temais por mí; rey de Francia, espérame; tú tambien sufres el mayor de los dolores que un padre puede sufrir y es justo consolarte.

Dicho esto volvió á entrar en el jardin, no sin haber dirigido antes una tiernísima mirada al hotél de Nesle iluminado á la sazon por plateados rayos de la luna, cerró el postigo, guardóse la llave en la escarcela y penetrando en una larga calle de árboles, la misma sin duda que fué testigo en tiempo no lejano de la entrevista de Polioni y Leonor de Valois la noche en que esta fué robada del Louvre por el intrépido hidalgo, se dirigió con paso rápido hácia el régio alcázar donde le esperaba Felipe el Hermoso con impaciencia suma y sin saber qué pensar de su prolongada ausencia.

CAPITULO XIX.

El leon y la pantera.— Ardides.

Mas apenas habria salvado la mitad de la distancia, cuando creyó escuchar en el extremo de la calle el sordo murmullo de dos voces y el ruido de unos pasos que se aproximaban velozmente.

Obedeciendo un impulso natural, ocultóse tras un árbol corpulento y esperó con el acero desnudo.

Su espera fué de corta duracion.

Pronto, y despues de salvar un pequeño recodo, aparecieron á su vista dos mujeres recatadas con flotantes mantos negros.

Ya no hablaban, pero su paso era tan rápido que Buridan podia oir sin dificultad desde su escondite la respiracion anhelosa de sus pechos.

La direccion que llevaban era la misma que habia traido el conde de Alenzon, luego no cabia duda; se dirigian al postigo para escapar del Louvre.

Buridan al adivinar quien eran las tapadas fugitivas, sonrió de un modo siniestro y murmuró en sus adentros:

—La soga tras el caldero, ¿éh? Es natural, pero no lógico que yo permita tu fuga, amada mia.

Y como las damas se hallasen ya á dos ó tres pasos de distancia del árbol que lo ocultaba, de súbito se hizo visible á ellas y las dijo saludando cortesmente con la espada:

—Guardeos el cielo, bellísimas señoras.

—¡Ah!

—¡Buridan!—exclamaron con espresion de sorpresa y terror ambas mujeres y tratando de escapar cada cual por diferente lado.

Pero Buridan con solo alargar los brazos detuvo á la una por el cuello y á la otra por la mano, preguntando despues con el acento más natural del mundo:

—¿Qué es esto? ¿Por qué las amigas huir quieren de sus antiguos amigos?

—¡Caballero, por piedad!

—¡Soy inocente, señor conde!

—¡Eh! ¿Qué dice Josefina? ¡Que es inocente! Esa es buena... ¿Quién á puesto en duda tu inocencia?

—¡Oh!

—Soltadme.

—¿Os hago daño, Isabel? No es estraño. Teneis un cuello tan débil y un cútis tan delicado!

—¡Me estrangulais!

—Os acaricio, duquesa.

—Matadme, pero no me deis martirio.

—¡Ah! ¿Confesais al fin que puedo y debo mataros?

—¡Misericordia!

—¿A quién se la pedís? ¿A Dios ó al diablo?

—A vos... á vos.

—¿Y sabeis quién soy yo?

—El conde de Alenzon.

—Os engañais.

—El caballero Buridan.

—Vuestro amante de una noche.

—¡Ah!

—Vuestro enemigo de diez años.

—¡Cielos!

—Vuestra víctima de diez años tambien.

—¡Mi víctima!

—¿Y creeis que Buridan, el Buridan de hoy, vuestro amante de una noche, vuestro enemigo y vuestra víctima, os puede tener misericordia?

—Yo se la imploro.

—En vano.

—Yo se la imploro de rodillas.

—Pero siempre en vano aunque se la pidieseis arrastrándoos por la tierra como un reptil ménos venenoso que vos.

—¡Oh Dios mio!

—Tambien evocais en vano el nombre de Dios, porque Dios no puede escuchar á una criatura tan criminal, tan infame, tan miserable como la dama blanca de Borgoña.

—¿Conque es decir que no debo esperar misericordia ni de Dios ni de los hombres?

—Creo que no, señora.

—¿Y de vos ménos que de nadie?

—¡Oh! De mí ménos... mucho ménos.

—Está bien.

—Parece que os resignais.

—No me queda otro recurso segun veo.

—Teneis razon.

—Estoy á vuestra merced: haced de mí lo que querais.

—Por lo pronto quiero hacer de vos mi prisionera de guerra.

—¡Cómo!

—Vos empeñásteis el combate, luchamos, os he vencido y os prendo.

—¿Que yo empeñé el combate?

—Sí.

—¿Que me haceis prisionera?

—Sí.

En nombre del rey de Francia.

—¡Ah!

—Ved la órden escrita de su puño y letra.

—¡Maldicion!

—¿Ahora maldecis? ¿Ya no os resignais? Peor para vos, novilísima señora.

—Pero eso es una traicion cobarde.

—Cobarde ¿eh?

—El rey no puede haber dictado tan arbitraria órden.

—No la ha dictado: la ha escrito.

—¿Conque así falta Monseñor á los deberes de la hospitalidad?

—Eso pregunta S. A. á la improvisada duquesa de Borgoña.

—Caballero...

—He dicho *improvisada* y no me retracto, Isabel.

—¡Oh!

—No rechineis con tal fuerza vuestros pequeños y preciosos dientes, pues seria una lástima...

—¿Qué mal, Dios mio, qué mal he podido yo causar al rey para que con tal rigor me trate?

—¡Cómo! ¿Habeis sido capaz de olvidarlo en tan pocos momentos?

—Soy inocente, Buridan.

—¿De veras?

—Completamente inocente.

—Y os acusan de traidora, de regicida, de...

—¡Gran Dios!

—¡Qué crueldad!

—¡Acusarme de regicida!...

—Es un horror, una calumnia, una impostura infame; obra todo de vuestros mortales enemigos.

—No ignoro que tengo muchos en el Louvre.

—¡Pobre Isabel!

—No ignoro que hace tres meses conspiran para perderme.

—¡Pobre duquesa!

—¡Cómo os burlais!

—¿Burlarme y estoy profundamente conmovido al escuchar vuestras amargas y sin duda justas quejas? ¡Oh! No me creais con un corazon tan empedernido, tierna y cariñosa amiga de otros tiempos más felices, ni interpreteis la obediencia que presto á los mandatos reales por ódio que no puedo teneros.

—¿No?

—No, amiga mia.

—¿Amiga me llamais?

—Lo fuísteis en Borgoña, y aun en Borgoña creo hallarme.

—¡Ah Buridan!

—¡Ah Isabel! Pero perdemos un tiempo muy precioso.

—¿Qué quereis decir?

—Que os amenaza un inminente peligro...

—¡Cielos!

—Y que debeis conjurarlo esta misma noche.

—¿Huyendo?

—Todo lo contrario.

—¿Cómo, pues?

—Destruyendo los artificios de vuestros enemigos, presentando al rey, por mi conducto, pruebas irrecusables de vuestra inocencia.

—¡Pruebas!

—Irrecusables, sí.

—¿Y sino las tengo en este momento?

—¡Cómo! Ni una...

—Ni una.

—¡Oh! Entonces contaos por muerta.

—¡Misericordia!

—Las órdenes de su alteza son terminantes. Si á la hora de ser presa no habeis probado á satisfaccion mia que inocente sois de los acontecimientos de esta noche, debeis ser secretamente estrangulada en las prisiones de Estado.

—¡Horror!

—Y ved que los minutos pasan con asombrosa rapidéz.

—¿Pero quién es el rey para atentar tan arbitrariamente contra mi vida?

—El rey.

—¿Olvida que hay jueces para condenar los criminales?

—No, pero adivinando que os condenarian á la hoguera, os hace la grácia de morir estrangulada.

—¿Olvida que tengo un esposo y señor natural?

—No, pero como le consta que tan pronto como caigais en poder de vuestro señor y esposo sufrireis una muerte idéntica á la que sufrieron no ha mucho los caballeros d' Aunoi por crímen de adulterio en la abadía de Mau-

buisson, trata de ahorraros la vergüenza pública y los dolores consiguientes á tan horrible suplicio.

—¡Dios de bondad!

—Ya veis que el rey procura por vos.

—Y vos más que el rey todavía.

—No lo dudeis, duquesa.

—¡Ah Buridan, Buridan!

—Resolveos, Isabel.

—¿Y á qué, Dios mio?

—A confesar ó á morir.

—¿Pero qué quiere su alteza que confiese?

—Todas las culpas y pecados que contraido habeis desde que en mal hora pisasteis los umbrales del Louvre.

—Ninguna culpa he cometido.

—¿Ninguna?

—Soy inocente.

—Pues probadlo.

—No puedo, buen Dios, no puedo.

—¡Diantre! Sereis el primer acusado que nada pueda decir en pró de su causa.

—Podria decir mucho, pero ¿para qué si nada creerian los que perderme han resuelto?

—No tanto.

—¿Me creeriais vos?

—Yo siempre creo la verdad.

—Juro decírosla, Buridan.

—Pues bien, venid.

—¿Adónde? ¿A las prisiones de Estado?

—A vuestra cámara.

—¡Ah!

—Ya veis que empiezo por no trataros con el rigor que se me ordena.

—¡Oh amigo mio! Que bueno, qué grande, qué generoso sois.

—¿Tal os parezco ahora?

—¡Perdon! ¡Perdon por todo lo pasado!—exclamó Isabel de Rocafort con acento suplicante, cayendo á las plantas del hidalgo y cubriendo una de sus manos de lágrimas y besos apasionados.

Buridan al contacto de los lábios de Isabel se estremeció de un modo horrible cual si le hubiese mordido un venenoso aspid, pero dominándose de súbito dejó abandonada la mano á los halagos y caricias traidores de la dama blanca concretándose á decir fingiendo con gran sorpresa:

—¡Cómo! ¿A mis plantas?

—Este es mi puesto.

—¿A mis plantas la noble y altiva duquesa de Borgoña?

—Vuestra esclava no más.

—No puedo permitir...

—No me moveré de aquí hasta tanto que me hayais perdonado...

—¿Qué, señora?

—Todo... todo el mal que os pudieron causar mis infundados celos...

—¡Celos!

—Y mis criminales ódios.

—Habeis hablado de celos, y no adivino...

—¿Que no adivinais?

—Para esperimentar celos se necesita amar.

—Yo os amé un tiempo con delirio.

—¿Vos?

—Con locura.

—¿Vos?

—Yo, Buridan, yo.

—Las víboras no aman.

—Juan mio...

—¿Vuestro me llamais?

—Mio fuiste una vez á despecho de la orgullosa Margarita.

—¡Silencio! No profaneis ese nombre con vuestros lábios.

—¡Cuánto amas á esa mujer!

—¡Silencio digo!

—Ni aun quieres que recuerde...

—Nada que pueda despertar en mi corazon los justos deseos de venganza que en él duermen.

—¡Oh!

—Alzad, alzad y acabemos.

—Repito que no me moveré de vuestras plantas sin obtener vuestro perdon.

—¿Y creeis que os lo puedo conceder en este instante?

—Yo os lo imploro.

—¡Imposible!

—Vos que tuvísteis piedad de todos los enemigos vencidos, tenedla de esta mísera criatura.

—La ofensa que me inferísteis fué de muerte.

—Lo reconozco... lo confieso... me arrepiento.

—¿Vos arrepentiros?

—Sinceramente.

—¡Mentís!

—¿Qué pruebas quereis que os dé? ¿Qué quereis que haga para merecer vuestro perdon y vuestra amistad que nunca debí perder de la suerte que perdí?

Buridan despues de escuchar estas preguntas reflexionó un momento.

Luego una sonrisa satánica se dibujó en sus lábios.

Despues dijo:

—¿Me preguntais qué pruebas necesito para creer

en la sinceridad de vuestro arrepentimiento?

—Sí.

—¿Estais pronta á dármelas?

—Mil que me pidais.

—Una puede bastarme.

—¿Cuál es?

—Para saberlo os sobrará el recuerdo de vuestros adúlteros amores con el rey de Navarra.

—¡Ah! ¿Quereis que los dé al olvido?

—En este instante.

—¿Y que huya de su lado?

—Para siempre.

Isabel exhaló un sofocante grito de alegría al concebir una esperanza engañadora.

Creyó la infame Mesalina que Buridan la amaba ó cuando ménos que la deseaba por lo bella y seductora, y que teniendo celos de Luis el Hutin la exigia una preferencia que estaba pronto á comprar con un generoso perdon.

Isabel, por lo mismo que era tan criminal é impía, era á la vez supersticiosa en alto grado, sin duda hasta la exageracion.

Desde que supo que el antiguo paje del gran duque Roberto no habia muerto, como lo pregonó la fama, bajo los muros de Constantii pla, una voz secreta la anunciaba sin cesar que aquel hombre habia de ser la causa de su perdicion y de su muerte.

En vano habia tratado mil y mil veces de destruirlo para evitar su propia ruina.

Buridan siempre habia escapado ileso de todos los lazos que le tendiera al paso misteriosamente.

Buridan, pues, ó estaba protegido por Satanás ó era el elegido por Dios para castigar sus muchos crímenes.

Esta última idea era la que más la dominaba, y por eso cuando momentos antes apareció el hidalgo ante ella espada en mano en el instante mismo de fugarse del Louvre por considerar completamente perdida la causa de su régio amante, creyó que era llegada la hora de la expiacion y se resignó á morir sin exhalar una queja.

Mas, lo repetimos, las postreras palabras de Buridan la hicieron concebir una esperanza, y á ella se aferró como el naúfrago á la tabla salvadora.

—Este hombre me ama ó me desea,—se dijo;—entonces nada debo temer ni de él, ni del rey, ni de Odon, ni de nadie. Estoy en salvo: osadía, pues, para luchar contra el destino que hace algun tiempo se me muestra tan adverso. Adelante, adelante.

Luego se alzó de la dorada arena donde aun yacia arrodillada, y posando sus blancas manos sobre los robustos hombros del caballero, le dijo con acento dulce y grave al mismo tiempo:

—La prueba que me pedís la teneis ya concedida, amigo mio.

—¿De veras?

—No lo dudeis.

—¿Conque dais al olvido ese criminal amor?

—Del cual estoy tambien arrepentida.

—¿En tan pocos momentos?

—¡Ah Buridan! Si conociérais la historia de esos amores malhadados.

—¡Ah!!

—Si supiérais cuál es el estado de mi corazon en este instante...

—¡Oh!!

—¡Dios mio! Carezco de valor para explicároslo, pero

harto, y á mi pesar, dicen mis ojos lo que pasando está en mi alma.

—Sí, sí.

—¿Leer podeis en ellos?

—Como leia en otro tiempo.

—¿Y qué leeis?

—Amor.

—Es verdad.

—¿Pero para quién?

—¿Y eso me pregunta el hombre que me lo inspiró hace diez años, que le dió muerte despues en fuerza de desdenes, y que en este instante acaba de resucitarlo con el fuego de sus miradas?

—Isabel...

—Buridan mio.... yo te adoro, yo te amo con igual pasion con que te amaba en Borgoña,—exclamó la taimada duquesa arrojándose con arrebato en los brazos del conde de Alenzon y sellando sus lábios con un sonoro beso.

—¡Imprudente! ¿Qué haces?

—Obedecer lo impulsos de mi corazon de fuego... de mi corazon que es solo tuyo, idolatrado amante mio.

—¿Delante de testigos?

—¿Quién puede observarnos despues de Dios?

—Esa mujer.

—Josefina es mi esclava.

—Los esclavos ódian á sus señores.

—Josefina es mi confidenta, mi amiga.

—Josefina es una infame.

—¡Cómo!

—Baja la voz, adelanta unos pasos y colócate en la sombra.

Isabel obedeció con ansiedad y sin separar su torneado

brazo del cuello de Buridan que prosiguió diciendo á su oido:

—Quiero y debo probarte hasta la evidencia que estás completamente perdida, es decir, que no te resta en el mundo otro amparo ni otro defensor que yo.

—¿Qué escucho?

—Esa mujer te vende.

—¡Cielos!

—Y te ha vendido siempre.

—¡Imposible!

—Por ella he sabido todo cuanto has maquinado en contra mia, en contra de mis hijos y en contra de Margarita, tanto en París como en Borgoña.

—¡Misericordia!

—Por ella he descubierto á tiempo los infames proyectos de tu amante, y lo he vencido salvando al rey y dando muerte á todos los conjurados.

—¡A todos!

—Ménos á su jefe que ya gime en una lóbrega prision.

—¡Luis está preso!

—Como lo estarias tú á no valerte mi clemencia.

—¡Ah Buridan mio!

—¿Te convences ahora de que ni un solo amigo tienes?

—Te tengo á tí.

—¿Te convences ahora de que estás completamente perdida?

—No, porque me encuentro en tus brazos.

—¿Y si de ellos te rechazo?

—Mátame antes.

—¡Matarte!... tal castigo mereces, Isabel.

—¡Piedad! ¡Piedad!

—Y bien, te perdono, doy al olvido todo lo pasado...

—¿Será cierto?

—Y voy á vencerte y humillarte devolviéndote bien por mal.

—¡Oh!

—De esta suerte se vengan de sus crueles enemigos los hombres como yo, duquesa.

Isabel profundamente conmovida se arrojó de nuevo á las plantas del hidalgo y abrazando estrechamente sus rodillas prorrumpió en sollozos lastimeros.

Buridan entonces la elevó en sus brazos como una ligera pluma, imprimió un amoroso beso en sus húmedas y pálidas mejillas, y despues la dijo:

—No más lágrimas, no más súplicas, no más hablar de lo que olvidar quiero á toda costa.

—Juan...

—¿Prometes complacerme?

—Sí, sí.

—Pues cesa ese llanto amargo.

—Te obedezco.

—¿Dices que me amas?

—Como te amé en Borgoña, de la única suerte que puede y debe amar una mujer.

—¡Oh!

—¿Pero y tú?

—Tambien te amo, tambien mi pecho esperimenta por tí una satánica pasion.

—¿No me engañas?

—Te lo juro.

—¿Y Margarita?

—No me la nombres.

—¿Y tu esposa?

—Tampoco me la recuerdes.

—¿Conque es verdad? ¿Conque yo únicamente, yo soy la reina absoluta de ese corazon que tanto he codiciado y por

el que tan criminal me hice á pesar mio?

—Tú, únicamente tú en él imperas.

—¡Buridan mio!...

—Pero cuenta que si con ingratitudes ó traicion me pagas...

—¡Mátame!

—Eso haré sin compasion ni lástima

—Yo soy la primera en ordenártelo.

—Y bien, pensemos ahora en lo que más importa... en salvarte.

—¡Oh! Sí, sí.

—En el Louvre peligra tu existencia.

—No lo ignoro.

—Monseñor te aborrece porque te cree el ángel malo de su hijo primogénito, y el mismo rey de Navarra ha verse libre te entregaria á Odon sin pérdida de tiempo.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—¿Pero por qué causa me entregaria Luis cuando él mismo ha resistido siempre...

—Porque la venda á caido de sus ojos.

—No te entiendo.

—Porque conoce tu historia detalladamente.

—¡Cielos!

—Y sabe tambien que no era él el único amante que tenias en la córte de Francia.

—¡Es imposible!

—¿Imposible que lo sepa?

—Sí.

—Te engañas, Isabel.

—Al separarnos esta noche pocos momentos antes de tener lugar tan sangriento drama en la antecámara del rey, todo debia ignorarlo.

—Es cierto, pero despues lo supo todo.

—¿Quién pudo revelárselo?

—Yo.

—¡Ah Buridan! ¿Qué hiciste?

—Vengarme de tí ignorando que te hallabas á dos pasos del arrepentimiento.

—¡Dios mio!

—El mal ya está causado; ahora lo que importa es el remedio.

—¡Ay! Dudo que lo tenga mi causa, Buridan.

—¿Dudas?

—¿Y cómo no?

—¿Dudas porque te falta el apoyo de Luis el Hutin? ¿Luego de mí nada esperas? ¿Luego me crees impotente para salvarte del abismo á cuyo borde te encuentras?

—¿Que tal supongas, Juan mio?

—Tus dudas indican...

—Ya desaparecieron por completo.

—Más vale así, Isabel.

—Todo lo espero de tu valor sin par, de tu cariño y magnanimidad, sí, ¿pero qué hacer en tan críticas circunstancias?

—Huir.

—¿A la ventura?

—No.

—¿A lugar determinado?

—Sí.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

—¿Fuera de París?

—Situado está en sus inmediaciones.

—¿Tú me acompañarás á él?

—Se entiende.

—¿Ahora?

—Ahora es imposible porque el rey me espera, pero cuando halla logrado devolver la calma á su agitado espíritu, cuando completamente tranquilo se halle el Louvre, vendré á esperarte aquí.

—¿Y yo dónde debo permanecer en tanto?

—En tu cámara.

—¿Volver á ella?

—Es preciso.

—Exponerme...

—Nada temas porque te protejo yo, y mi voluntad es en el Louvre respetada despues de la del rey.

—¡Oh!

—No es por mero capricho por lo que te aconsejo que á tu aposento tornes tomando las mismas precauciones que al salir debiste usar, sino por convenir á nuestro intento.

—Explícame...

—En primer lugar el traje femenino es peligroso para la fuga.

—¡Ah! Quieres que vista...

—Aquel bello disfraz de caballero que vestias la vez primera que te ví en la córte de Felipe... digo mal, en Auteuil; en la hostería de Vénus.

—¡Ay! No me recuerdes aquella noche.

—Sí, sí; más vale que olvidemos...

—Serás complacido, ídolo mio; vestiré el traje que dices.

—Muy bien.

—¿Qué más debo hacer?

—Burlar la vigilancia de Josefina.

—¿Burlar su vigilancia?

—No debe seguirnos porque es un enemigo encubierto.

—¡Ah!

—Ni debe sospechar que yo protejo tu fuga.

—Temes...

—Que me haga aparecer como un traidor á los ojos del rey.

—¡Imfame!

—Para evitar ese peligro conviene que os acompañe hasta tu cámara cual si mis prisioneras fuéseis; despues y en su presencia prorrumpirás en amenazas contra mí y cuando la creas dormida vestirás el disfraz, saldrás de tus aposentos por la puerta de servicio...

—Y vendré en tu busca.

—Sí.

—Todo se hará como aconsejas.

—Pues partamos.

—Partamos Buridan mio.

Y la dama blanca despues de estrechar con pasion contra su latiente seno á aquel hombre que pocos momentos antes era su irreconciliable enemigo y ahora su amigo, su amante y decidido protector, corrió al encuentro de la atribulada Josefina que ni una sola palabra habia podido oir del anterior diálogo, conversó en secreto con ella un breve instante y luego los tres penetraron en el Louvre con el mayor recato y guardando un profundo silencio.

CAPITULO XX.

El triunfo del conde de Alenzon.

Tan pronto como logró separarse de la duquesa de Borgoña y su doncella, Buridan se dirigió presuroso á la cámara del rey, suponiendo que en ella era esperado con impaciencia suma.

Y no se engañaba.

Felipe el Hermoso despues que todo hubo terminado preguntó por él cien veces, mandó otras tantas en su busca y viendo que nadie lo encontraba sospechó que la gran temeridad de su esforzado paladin le habria aconsejado lanzarse á la calle para combatir él solo á los amotinados.

Entonces tembló por la vida de Buridan que tan necesario le era, como momentos antes temblara por la suya propia y ordenó que algunos fieles servidores salieran del Louvre con recato para inquirir noticias de lo que en las calles ocurria.

Al atravesar una espaciosa estancia tropezó nuestro aventurero con uno de aquellos esploradores que volvia jadeante de cansancio.

Era Roberto Valet, el ayuda de cámara del rey.

—¡Hola!—le gritó sospechando que de la calle venia y deseando orientarse ántes de llegar á la presencia del monarca.

Roberto volvió la cabeza presuroso y al reconocer al favorito exhaló un grito de alegría y corrió á sus brazos cual si fuese un antiguo y muy querido amigo.

—¡Loado sea Dios... loado sea Dios porque con bien os trae, imponderable caballero!—le dijo con entusiasmo y la voz un tanto sofocada por la emocion y las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Valet era un pobre viejo, un servidor leal que adoraba en su señor, y como no ignoraba que á Buridan debia el rey la vida aquella noche, su gratitud era tanta que no sabiendo cómo demostrársela le acariciaba como á un hijo sin pararse antes á reflexionar si le causaría enojo ó no aquella prueba de ilimitada confianza.

—¡Qué diantre!—exclamó con placer el esposo de Blanca-flor pagando al anciano caricia por caricia.—¿Llorais, Valet?

—De alegría, señor conde.

—¿Y por qué de alegría?

—Porque mi señor se ha salvado de un inminente peligro, y á vos, á vos debe su salvacion.

—¡Bah! Lo debe al valor de sus soldados.

—Al vuestro, al vuestro.

—Y bien, sea como sea, su alteza se ha salvado.

—¡Salve Dios siempre al rey!

—¡Amen!

—¡Ah caballero, que traicion tan indigna y tan villana!

—¡Chist! No digais eso tan alto, Vatel amigo.

—¿Que no lo diga?

—No, porque llamar villano á un príncipe de la sangre es peligroso.

—¡Es un mónstruo!

—¡Chist!

—Un hijo desnaturalizado.

—¿Quereis callar?

—No puedo, señor, no puedo.

—¿Conque tan reñido andais con vuestra vida?

—Poco me importa perderla.

—No olvideis que monseñor Luis tiene amigos en el Louvre.

—Que son otros tantos enemigos encubiertos de su alteza.

—Y si os oyen hablar de esa manera y el príncipe vuelve un dia á la gracia de su padre...

—No volverá jamás.

—¡Hum!

—Yo os lo aseguro.

—Y bien, de todas suertes conviene ser prudentes.

—Lo seré por mi parte si tal me aconsejais.

—¿Pero de dónde venís tan fatigado, Valet?

—De buscaros inútilmente.

—¡Diantre!

—Su alteza no cesa de preguntar por vos.

—Harto siento...

—¿Dónde habeis estado desde que derrotásteis á los conjurados en la antecámara, valeroso caballero? Monseñor por saberlo hubiera dado no ha mucho la mitad de su existencia.

—¿Dónde me preguntais? En mil partes á la vez: en el Louvre, en las calles, en las plazas, en los cuarteles, en el

hotél de Nesle, en el palacio de los ministros, en cuantos sitios habia que conjurar algun peligro.

—¡Oh! Sois infatigable.

—¡Bah! Pero su alteza...

—Repito que espera vuestra llegada con impaciencia suma.

—¿Está solo?

—No, señor conde. Cuando salí en vuestra busca le acompañaban los príncipes, los ministros y muchos prelados y nobles que al tener noticia de lo ocurrido se han apresurado á venir para demostrar su lealtad.

—Que me place.

—Corred, corred, señor...

—Decidme antes si venís de la calle.

—Por su puesto. No hallándoos en palacio...

—¿Y qué hay?

—Nada absolutamente.

—¿Se han retirado los alborotadores?

—A la primera intimacion que les han hecho los leales que ocupan militarmente todas las encrucijadas.

—¡Bravo! La campaña es nuestra.

—Y tan nuestra, pero monseñor Luis no pudo ser habido.

—De perseguirlo vengo, pero en vano.

—¡Oh!

—Mas no debe preocupar al rey tan pequeño contratiempo.

—¿De veras?

—Tengo mis razones para espresarme así.

—Nunca os faltan palabras para tranquilizar los ánimos.

—Tranquilícese el vuestro y vamos á la presencia del rey.

—Vamos, vamos.

Y Buridan y el viejo ayuda de cámara, dando por terminado el diálogo empezaron á caminar con paso rápido sin pronunciar otra palabra.

No dejó de chocar en alto grado á nuestro hidalgo la noticia que le diera Valet respecto á la repentina retirada de los amotinados.

Sabia que los escolares no era gente que abandonaba el campo sin luchar antes con ventaja ó sin ventaja.

Al abandonarlo esta vez sin cebarse en las primeras filas de los agentes del preboste ó de los soldados realistas, ¿habian obedecido alguna órden superior dimanada de cualquiera de sus jefes?

¿Habria el consejo del rey de Navarra influido para evitar la efusion de sangre aquella infausta noche en que tan á punto estuvo de merecer los dictados de regicida y parricida?

Y si esto es verdad ¿qué miras se llevaba el turbulento príncipe al suspender en las calles la obra comenzada en el palacio?

¿Debia considerar aquello como una estratagema ó como una prueba de arrepentimiento?

Las últimas palabras pronunciadas por Luis el Hutin al aceptar la libertad que tan generosamente le concediera aquella noche, le habian hecho cavilar mucho y en aquel momento le hacian cavilar más.

Esta es la causa de que al penetrar en la antecámara real seguido de Valet su rostro apareciese sombrío.

Excusamos decir que la espaciosa estancia se hallaba cuajada á la sazon de nobles, gentiles hombres, pajes, escuderos y soldados de todas graduaciones, los cuales al divisar al intrépido Buridan corrieron á su encuentro, le estrecharon las manos á porfia y le proclamaron con en-



—El conde de Alenzon.

tusiasmo salvador de la sagrada persona del monarca.

Buridan no se sintió ni remotamente conmovido al escuchar aquellos plácemes, aquellos víctores, aquellas enhorabuenas y aquellas frases lisongeras pronunciadas con los lábios pero no dictadas por los corazones, y despues de dar las gracias á todos adelantó á la puerta de la cámara régia con la mayor naturalidad y aplomo.

Entonces un ugier abrió la dorada puerta que permanecia herméticamente cerrada y anunció en voz alta:

—El conde de Alenzon.

—Que pase, que pase nuestro bravo y leal caballero,—contestó una voz profundamente conmovida.

—Era la de Felipe el Hermoso, qüien abandonó el sillon que ocupaba para salir al encuentro de su nuevo privado.

Buridan adelantó algunos pasos y apareció por fin ante el consejo reunido precipitadamente en la cámara real.

Allí pudo ver con solo tender en su derredor una rápida mirada, al príncipe Cárlos de Valois, á los condes de Poitiers y la Marche, á Guillermo de Plasian, Pedro Flotte, Sciarra Colonna, Guillermo de Nogaret, el obispo de París y otros muchos prelados y nobles cuyos nombres no podia recordar.

Pero lo que le llamó la atencion sobremanera fué ver tambien ocupando su puesto de honor á Enguerrando de Marigny.

Dijimos que Felipe el Hermoso habia abandonado su sillon para salirle al encuentro.

Sin darle tiempo para besarle la mano ni contestar cortesmente á los afectuosos saludos que todos le dirijian, lo condujo asiéndole suavemente de un brazo á la cámara privada, cuya puerta cerró, y una vez solos le dijo:

—Me teneis muy incomodado, mi leal amigo.

—Señor...

—Dije mal: me teniais muy inquieto y pesaroso.

—¿Inquieto y pesaroso?

—Temblaba por vuestra vida.

—¡Ah Monseñor! Y con cuánta usura recompensais mis pobres esfuerzos y escasísimos servicios.

—¿Escasos? ¡Por el cielo que vuestra modestia iguala á vuestro valor imponderable!

—Y bien, señor; si algo hice por mi rey en cumplimiento de mis deberes y del solemne juramento que pronuncié una noche en esta misma cámara, repito que estoy sobradamente recompensado con los parternales temores que V. A. abrigaba por mi salud durante el tiempo que á mi pesar he permanecido ausente.

—¡Ah Buridan amigo! No es esta la ocasion más oportuna para probaros el mucho afecto y amor que me inspirais.

—Señor...

—Las circunstancias exijen que nos entreguemos exclusivamente á la salvacion del Estado.

—Sí, sí, Monseñor.

—Pero mañana...

—Ruego á V. A. que hablemos del presente.

—Para eso os he traido aquí.

—Siento no poderos comunicar ninguna nueva.

—¡Cómo!

—Todas las debe saber vuestra gracia con mucha antelacion.

—¿Todas?

—Tal presumo...

—Os engañais. Hace una hora que deseo saber lo que fué de vos despues de la refriega, y aun lo ignoro.

—Sé á mi vez que V. A. se dignó mandar que me buscasen por todas partes.

—Pero en vano, porque no os hallaron.

—No era fácil.

—¿Dónde habeis estado?

—En mil partes á la vez.

—En el Louvre...

—Y en la calle.

—Me lo temia.

—El peligro no existia únicamente aquí y era forzoso conjurarlo do quiera que se hallase.

—¿Y lo habeis conseguido en parte?

—Totalmente.

—¡Qué escucho!

—La prueba es que hemos vencido tan vasta conjuracion sin derramar en las calles una sola gota de sangre.

—¿De veras?

—Los amotinados se han replegado á sus casas y en ellas amanecerán tranquilos.

—¡Cobardes! Huyeron á la sola presencia de mis leales.

—No, Monseñor. Ni merecen el dictado de cobardes, ni su retirada puede interpretarse como fuga.

—No comprendo...

—La gente de las escuelas sobre todo se hallaba dispuesta á la lucha, y dispuesta tambien á vencer ó morir en la demanda.

—Pero se han retirado.

—Porque pudieron escuchar á tiempo la voz de la razon.

—¡Ah!

—Un breve discurso pronunciado al aire libre pudo más que podido hubieran dos mil picas y otras tantas lanzas.

—¿Y quién pronunció ese discurso que aplaudo sin haberlo oido?

—Vuestro fiel vasallo.

—¡Vos!

—Yo por servir á mi rey me trasformé en tribuno popular.

—¡Ah caballero! Sois inimitable y esforzado cual ninguno.

—La escesiva bondad de V. A. le hace ver en mí esclusivamente prendas que adornan á cualquiera de vuestros fieles servidores.

—No, Buridan, no.

—Sí, Monseñor.

—La abnegacion de todos ellos juntos no hubiera igualado á la vuestra.

—En el consejo hay hombres...

—Muy bravos, no lo dudo, pero que al verme vencedor, gracias á vuestros esfuerzos, fínjense adictos y leales.

—¡Oh!

—Proseguid, proseguid vuestro relato.

—Poco me resta que añadir, señor.

—Los escolares fueron vencidos con un bello discurso, ¿pero y la hez del pueblo siempre dispuesta al motin con la esperanza de la rapiña?

—La hez del pueblo fué vencida y desarmada más facilmente todavía.

—¿Más?

—Sí, alteza.

—¿Cómo?

—Con algunos puñados de oro.

—¡Ah!

—Bastó que viera en las brillantes monedas impreso el

busto de su querido rey para que al punto recordase la fidelidad y respetos que le debe.

—¡Miserables!

—Tenian hambre los infelices, señor, y con aquel oro pudieron comprar pan para ellos, sus hijos y sus mujeres.

—¿Con que mi pueblo está hambriento?

—Muy hambriento; tanto, que por saciar esa imperiosa necesidad, vuestro pueblo que os ama á pesar de todo, no hubiera esta noche vacilado en daros muerte si un traidor hubiera dicho á su oido:—En el Louvre hay pan sobrante y el rey lo niega á tus hijos.

—¡Oh!

—Es tan fácil amotinar las masas que nada tienen que llevar á sus famélicas bocas.

—Es verdad, Buridan,—murmuró el rey con voz sombría.

—El que tiene mucho y el que nada tiene son dos séres turbulentos, audaces y dispuestos siempre á la batida: el primero impulsado por la ambicion y la codicia, y el segundo acosado por la necesidad.

—Teneis razon.

—Pero señor, de esos dos séres ¿cuál es el verdadero culpable?

—El primero, el primero.

—El primero, sí, Monseñor, porque ese hace traicion á su pátria y su rey para aumentar lo que le sobra, para adquirir lo supérfluo, en tanto que el segundo grita lo que le mandan que grite con la esperanza de ganar lo necesario para el dia.

—Verdades me decís profundas.

—Señor, si quereis reinar en paz, quitad un mucho á los unos para poder dar un poco á los otros.

—¿Creeis que nada he quitado á la nobleza?

—Quitadle más todavía.

—No es posible, caballero.

—Arrebatadle ese poder que le concedió el conquistador y con el cual de vasallo se erije en rey y señor cuando le place en desdoro del trono y quien le ocupa.

—Es pronto para dar tan gigantesco paso.

—¡Pronto!

—¡Ay del que intentase darlo sin preparar antes el terreno!

—El príncipe que lleno de fé y de audacia cuente con el apoyo de su pueblo puede sin peligro alguno dar en una sola hora ese gran golpe de Estado.

—¿Y qué príncipe puede contar con el firme apoyo de su pueblo?

—Aquél que le dé pan, que rompa las cadenas en que gime y ahuyente las tinieblas en que mora.

Felipe el Hermoso que al escuchar las entusiastas palabras de Buridan recordaba con amargura á su preboste Jumeau, sonrió melancólicamente y despues preguntó con voz tranquila:

—¿Y cómo se conseguiría eso?

—Muy facilmente, alteza.

—Veamos.

—Invirtiendo una gran parte de las rentas del Estado en obras de pública y reconocida utilidad que ocuparian por el pronto miles de brazos, y darian pan á otras tantas familias; fomentando la agricultura, esa fuente inagotable de la riqueza universal; libertando el comercio que dá vida á los pueblos; protegiendo las ciencias, las artes y la industria que dan lustre, esplendor y valimiento á las naciones cultas; aboliendo la esclavitud; llevando á cabo por medios fáciles la redencion de los siervos, y administran-

do y no vendiendo justicia como por desgracia se está haciendo en nuestros dias.

—¿Y eso puede hacerlo un rey cuyo tesoro vé exhausto?

—Sí, Monseñor, porque hay mejoras que pueden realizarse sin dinero.

—¿Os burlais?

—No alteza.

—Explicaos, pues.

—Bastaría con rebajar mucho los impuestos á todo aquello que fuese reconocido como de pública necesidad para aumentarlos extraordinariàmente á lo supérfluo.

—¡Ah! ¡Ah!

—De esa suerte al paso que se ponia un freno al lujo, se conseguiria estirpar poco á poco la miseria.

—Vuestras teorías son muy bellas, Alenzon, pero dificiles de llevar al terreno de la práctica.

—¿Dificiles?

—Hoy muy dificiles.

—Si Juan Buridan pudiese ser rey un solo año para probar lo contrario á V. A.

—Si Buridan fuese rey alimentando esas ideas, se volveria loco como Felipe de Valois está á punto de volverse desde que las alimenta.

—¡Cómo!

—¿Creeis que el rey no piensa de algun tiempo á esta parte como piensa en este instante su súbdito más fiel?

—Pero...

—Pero de nada le sirve acariciar tales quimeras.

—Dé Monseñor el primer paso, y...

—Ya intenté darlo, caballero; ¿y qué he conseguido? Vos lo sabeis mejor que nadie; levantar una cruzada en contra mia, cruzada á cuyo frente se ha colocado mi propio hijo.

—¡Oh!

—¿Os convenceis al fin de que es pronto todavía para realizar vuestro bello ideal, amigo mio?

—Señor...

—Contestad ingénuamente.

—Y bien, Monseñor, me convenzo.

—¡Gracias á Dios!

—Pero no pierdo la esperanza...

—Tampoco la pierde el rey. Más advierto con sorpresa que nos hemos alejado del principal asunto, y recuerdo con disgusto que me espera el consejo.

—Perdonad, señor, si fuí la causa...

—Tornemos á lo que más importa en las actuales circunstancias.

—Mandad, alteza.

—Deciais que los amotinados se han retirado tranquilos.

—Sí, Monseñor.

—¿Y no temeis que vuelvan?

—No, Monseñor.

—¿Por esta noche al ménos?

—Ni mañana, ni pasado, ni nunca si el gobierno de V. A. toma las medidas necesarias para evitar su vuelta.

—¿Pero y mi hijo?

—Huyó del Louvre tan pronto como vió su causa perdida en la antecámara.

—¿Vos le vísteis huir?

—Y aun corrí en su persecucion.

—Sin conseguir darle alcance.

—Las sombras de la noche favorecieron su fuga en las calles de la ciudad.

—Más vale que tal haya sucedido.

—¡Oh!

—Sí, Buridan, más vale,—insistió Felipe el Hermoso exhalando un profundísimo suspiro.—En la derrota lleva el castigo de su culpa: dejémosle, pues, huir en paz á sus estados de Navarra.

—Hágase la voluntad del rey,—contestó Buridan con muestras de gran disgusto.

—Los reyes no debian ser padres muchas veces.

—De tan ingratos hijos nunca.

—Alenzon...

—Perdonadme, alteza.

—Nada debo perdonaros pues que hablais por desgracia con gran fondo de razon.

—Creed, señor, que no me anima contra el augusto y mal aconsejado príncipe ninguna pasion ruin y vengativa.

—Os creo.

—Pero...

—No hablemos más de Luis.

—Plego mis lábios.

—En cambio hablemos de su infame consejera.

—¿De madama la duquesa de Borgoña?

—Sí.

—Señor, tambien se ha fugado.

—¡Cielos!

—Cuando fuí en su busca para conducirla á las prisiones de Estado, segun dispuso vuestra gracia, ya no se hallaba en su cámara.

—¡Ira de Dios!

—Sospecho que de acuerdo con monseñor Luis, abandonaria el Louvre disfrazada, antes de las doce de la noche.

—¿Pero la habeis buscado?

—Por todas partes, aunque inútilmente.

—¡Miscrable mujer!

—Abrigo la esperanza de reducirla á prision antes de muchas horas.

—¡Vana esperanza la vüestra!

—No, Monseñor.

—Se habrá acojido á Luis.

—¿Y qué importa?

—Habrá huido con él á Navarra.

—¡Imposible!

—Isabel es capaz de todo.

—¿Pero monseñor habia de llevar el escándalo hasta ese extremo?

—¡Oh!

—¡Imposible! ¡Imposible!

—¿Por qué no me mostré sordo á sus súplicas y ruegos? ¿Porqué no escuché desde el primer momento las justas reclamaciones de su esposo que hoy en represalias me amenaza con una guerra civil?

—Aun es tiempo de reparar el mal.

—Es tarde ya, Alenzon.

—No, Monseñor pues que juro por mi fé de cristiano y caballero presentaros esa dama viva ó muerta...

—¿Cuándo?

—Antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Decís que viva ó muerta?

—Porque temo...

—¿Qué os obligue á usar de la violencia?

—Que apele al suicidio para esquivar el castigo que la espera.

—Y bien, no importa.

—¿Cierto, señor?

—Ningun obstáculo os arredre para cumplir lo jurado.

—Está bien.

—Nada más por esta noche, caballero. Descansad, en esta cámara si os place, hasta que el dia llegue, y entonces...

—Monseñor, no es todavía para mí llegado el momento de poderme entregar tranquilamente al reposo.

—¿Qué os resta aun que hacer?

—Con vénia de V. A. consagrarme un instante á mi familia.

—¡Cielos! Habia olvidado...

—¿Me dais permiso, señor, en tanto que el consejo permanece reunido, para pasar al hotél de Nesle?

—Sí, sí, Alenzon. Id á tranquilizar á mis hijos y vuestra pobre esposa.

—Eso haré en breves momentos.

—Contad por vuestro el resto de la noche.

—Tanta bondad...

—Id, id tranquilo á vuestro hogar, mi bravo caballero, que ahora el peligro, gracias á vos no es tan inminente para el rey.

Buridan sin replicar una palabra besó la mano de Felipe que lo despidió afectuosamente, y abandonó con paso rápido las cámaras reales para trasladarse al jardin donde contaba hallar á la duquesa de Borgoña esperándole con impaciencia, como en efecto sucedia.

CAPITULO XXI.

En el que se dá cuenta del horrible y sangriento drama que tuvo lugar en la cámara de Isabel de Rocafort, en tanto que Buridan recibia los plácemes del rey y del Consejo por su heróica accion.

Retrocedamos un tanto, y antes de proseguir el relato de esta verídica y peregrina historia demos cuenta á nuestros benévolos lectores de la terrible escena que tuvo lugar en los aposentos de Isabel de Rocafort en tanto que nuestro aventurero conferenciaba con Felipe el Hermoso y le mentia hazañas que no habia podido llevar á cabo en las calles públicas puesto que le fué imposible abandonar el Louvre como era su intento hacerlo despues de la derrota de los conjurados.

Isabel al quedar sola con su doncella se dejó caer con abatimiento en un sitial, y ocultando entre ambas manos su bello rostro cubierto á la sazon de una palidéz cadavérica, permaneció algunos segundos entregada á las más profundas reflexiones.

Josefina que tambien estaba pálida y más agitada aun que su señora, respetó por algun tiempo aquella quietud y

calma, mas luego no pudiendo resistir la curiosidad que la mortificaba hacia una hora por no haber podido oir ni una sola palabra de lo que en secreto hablaran en el jardin los reconciliados enemigos, avanzó dos ó tres pasos, se arrodilló ante la duquesa y la preguntó con cariñoso acento:

—¿Llorais?

—No,—contestó Isabel con voz sombría abandonando su primitiva actitud y arrojando sobre su traidora confidenta una mirada siniestra.

Josefina que no podia adivinar, ni aun sospechar remotamente lo que pasaba en el alma de su señora, no se curó de aquella mirada que en otra ocasion hubiérala aterrado, y prosiguió en sus preguntas:

—No llorais, pero sufrís cruelmente, ¿verdad?

—Tú lo has dicho, sufro cruelmente... sufro un infierno de dolores indecibles.

—¡Pobre ama mia!

—¿Me compadeces?

—¿Cuándo he dejado de hacer mios vuestros sufrimientos.

—Nunca, es cierto. ¡Me amas tanto!

—Harto sabeis que os idolatro.

—¡Te unen á mí tantos vínculos!

—Los de la amistad más firme y desinteresada.

—Y los del crímen, Josefina.

—¡Oh!

—¿No es verdad?

—Verdad es por desgracia.

—¡Cómo! ¿Qué significa ese acento lastimero?

—Nada, nada.

—¿Estarás arrepentida de haber sido mi cómplice por espacio de tantos años?

—¡Jesús! ¿Yo arrepentida de haberos servido fiel y lealmente? ¡Nunca!

—¿Nunca lo estarás?

—Jamás, señora.

—Enhorabuena.

—Interpretásteis mal mi acento quejumbroso.

—¿Pues qué te apena, Josefina?

—¿Y me lo preguntais? ¡Dios mio!

—Explícate.

—Me aflije la desgracia que nos acaba de ocurrir.

—¿Una desgracia?

—Horrible.

—No comprendo.

—Pero señora...

—Explícate repito.

—Me refiero...

—¿A lo ocurrido en el jardin?

—Cierto.

—Tropezando en el momento de fugarnos...

—Con vuestro mortal enemigo.

—¿Y á ese encuentro llamas desgracia horrible? ¡Deliras!

—¡Cómo!

—¿Y á Mr. de Buridan apellidas mi enemigo mortal? ¡Estás loca!

—Pero señora...

—Repito que estás loca.

—No hace dos horas...

—Que lo era, es cierto, pero hace media...

—¿Que es vuestro amigo?

—Y mi amante.

—¡Cielos!

—¿Te asombras?

—¿Y cómo no?

—¡Pobre mujer!

—Vuestro amante el caballero Buridan...

—El mismo ha solicitado serlo.

—¿Despues de lo ocurrido en Borgoña aquella noche...

—Me ha perdonado aquella ofensa, de la cual apenas se acordaba.

—¿Será posible?

—No lo dudes.

—¡Oh ventura!

—¿Te alegras de que al fin sea mio ese hombre á quien tanto amé y á quien tanto amo en silencio y á pesar mio hace diez años?

—Me alegro pòrque vais á ser dichosa siquiera sea por algunas horas.

—¿Por algunas no más?

—Temo que esos nuevos amores os hagan perder los antiguos y con ellos la proteccion que os dispensa monseñor el rey de Navarra.

—¿Qué me importa Luis si de nada puede ya servirme?

—¡Cómo!

—Luis de Valois acaba de ser vencido por Buridan.

—Ya lo sabiamos, y ese acontecimiento os obligó á intentar la fuga.

—Pero ignorábamos que habia sido preso.

—¡Preso!

—Por órden del rey su padre.

—¡Ah!

—Juzga ahora lo que puede importarme la pérdida del cariño de un amante cuya estrella se acaba de eclipsar tan súbitamente.

—Pero el conde de Alenzon...

—Hoy es el verdadero rey de Francia.

—¿Y decís que os perdona...

—Y que me ama.

—Si eso es verdad os felicito cordialmente, bellísima señora.

—¿Dudas?

—Por parecerme excesiva tanta ventura como nos reportaria la amistad no más de ese hombre incomparable.

—Pues cuenta que su amor hácia mí será en breves dias tan inmenso como el que profesó á Margarita de Borgoña.

—¡Oh!

—No puedo explicarme más por ahora. Retírate á descansar.

—¿Y vos?

—No dormiré tan pronto.

—Pero mis servicios...

—Me son innecesarios por esta noche.

—¡Ah! ¿Le esperais?

—Sí.

—¿Y no debo abrir la puerta?

—La abriré yo misma.

—Como gusteis.

—Vete y descansa sin ocuparte de nada.

—El cielo os haga tan feliz como deseo.

—Gracias, Josefina.

—Buenas noches, señora.

—Hasta luego.

—Este *hasta luego* pronunciado por la duquesa de un modo particular, no dejó de llamar un tanto la atencion de Josefina, pero tranquilizada luego se retiró á su dormitorio contíguo al de su señora, se metió en cama y se dur-

mió profundamente antes de cinco minutos.

Isabel de Rocafort dejó pasar quince sin moverse del sitial que ocupaba.

Despues se irguió como el génio del mal, tendió en derredor de sí una mirada siniestra, retrocedió dos pasos con horror al contemplarse por casualidad en un espejo que ante sí tenia, tranquilizóse luego, se armó de un agudo puñal que habia sobre una mesa, tomó la lámpara en la siniestra mano y con sigiloso paso penetró en el dormitorio de su doncella favorita.

Al leve ruido que produjo la puerta, Josefina despertó de súbito.

Pero lo dama blanca habia tenido tiempo para ocultar el puñal entre los pliegues del vestido.

—No te alarmes; soy yo,—la dijo con el acento más natural del mundo.

—¿Me necesitais, señora?—barboteó con voz ininteligible la doncella que se sintió asaltada por una sospecha cruel.

—Sí.

—¿Por qué no habeis llamado?

—Temí despertar á tus compañeras.

—Y llevais la bondad hasta el extremo...

—¿Qué haces?

—Levantarme.

—No lo intentes.

—Pero...

—Bien estás en el lecho.

—No puedo permitir...

—Te mando que no te muevas.

—Os obedezco, pues.

La duquesa dejó la lámpara sobre la mesa de noche, se aproximó al lecho y dijo:

—Solo se trata de unas preguntas que me olvidé hacerte cuando nos despedimos.

—¡Ah!

—Es cosa del momento.

—¿Pero tan urgentes son...

—Mucho.

—En ese caso formuladlas, que estoy pronta...

—¿A contestar la verdad?

—Como siempre.

—Como siempre no.

—¿Os he mentido alguna vez, señora?

—Infinitas.

—¿Que tal supongais?

—Baja la voz.

—Ese acento... esa mirada...

—¿Que te revelan?

—Un grande, pero injusto enojo.

—¿Contra tí?

—¡Ay!

—Te engañas.

—¿Pues contra quién?

—No te importe.

—¡Oh!

—¿Crees haberme ofendido?

—Nunca.

—¿Estás cierta?

—Muy cierta.

—Recuerda bien.

—Nunca os falté, señora.

—En ese caso tranquilízate.

—No puedo.

—¿Qué causa tu sobresalto?

—Vuestro ademan, vuestra mirada, vuestras miste-

riosas frases, vuestra misma presencia en mi dormitorio.

—Repito que te tranquilices, repito que solo vengo para dirigirte una pregunta, Josefina.

—Y bien, señora, formuladla.

—Es la siguiente.

—Ya escucho.

—¿Cuántas horas hace que vendiste por última vez mis secretos á Mr. de Buridan?

—¡Cielos!

—Responde.

—¿Que vendí vuestros secretos?

—Y los del rey de Navarra.

—¿A Mr. de Buridan?

—Sí.

—¡Nunca!

—Mientes.

—Señora...

—Mientes repito, Josefina.

—Os han engañado...

—Ya lo sé.

—El conde de Alenzon me quiere mal sin duda y os ha dicho...

—La verdad.

—No, no.

—Tienes valor para negar hasta ese punto.

—Soy inocente, señora.

—¡Inocente!

—Al ménos del crímen que se me imputa.

—¿De veras?

—Jamás he hablado al caballero Buridan desde que estamos en París.

—Recuerda bien.

—Nunca, nunca.

—¿Ni á su hermano el caballero Sataniel?

—¿Cómo negar lo cierto? Al caballero Sataniel hablé mil veces, pero siempre por mandato vuestro.

—¿Y nunca confidencialmente y por tu cuenta?

—¡Jamás!

—Luego tampoco habrás recibido de su mano como premio de tu traicion infame...

—¿Qué?

—Oro, joyas...

—Ni un sous, ni una sortija.

—¿Y esa cruz de brillantes que pende de tu cuello?

—¡Cielos!—exclamó Josefina con espanto y ocultando precipitadamente su desnudo seno con las ropas de la cama.

—¡Es tarde!—murmuró Isabel sonriendo siniestramente.

—Madama...

—Confiesa la verdad y te perdono, siempre que me dés palabra de arrepentirte sinceramente de tus ingratitudes.

—Os juro...

—Basta de monosílabos y negativas, porque perdemos un tiempo muy precioso.

—Convenceos de mi inocencia, señora.

—¿De quién es esa joya?

—Mia.

—¿Quién te la dió?

—Nadie.

—¿Tú la compraste?

—Sí.

—¿Mas cómo reunir pudiste la exhorbitante suma que habrá costado?

—¡Oh!

—Responde ó sospecharé que me has robado y si tal sospecha abrigo cuenta que mañana mismo te entrego como ladrona á los tribunales de justicia.

—¡Horror!

—Habla, habla pronto.

—Tenedme misericordia y lástima, no me perdais y yo os lo confesaré todo.

—¡Gracias al diablo!

—¿Os compadecereis de mí?

—Nunca he sido cruel con los que bien me sirvieron un dia.

—¿Y me perdonareis?

—Si te arrepientes.

—Arrepentida estoy... arrepentida de todo corazon.

—Dame una prueba confesando la verdad.

—Estoy pronta.

—Esa cruz de brillantes...

—No la he comprado yo en efecto.

—¿Quién te la ha dado?

—El caballero Sataniel.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿En premio de qué servicio?

—En premio de dejarle entrar secretamente en vuestro dormitorio.

—¿A qué hora?

—Muy temprano.

—¿En ocasion de hallarse á mi lado monseñor el rey de Navarra?

—Sí, madama.

—De suerte que desde mi dormitorio...

—Pudo veros, que era lo que deseaba.

—Y oirnos tambien.

—Lo ignoro.

—La prueba de que escuchó todo lo que hablamos, la prueba de que pudo impunemente sorprender nuestro secreto, es bien palpable.

—¡Oh!

—Todos los iniciados en la conjuracion fueron leales porque todos se aprestaron á la lucha y todos en ella sucumbieron. Solo, pues, Sataniel pudo revelar al rey y Buridan lo que tramaba el príncipe contra su padre.

—Tal vez.

—O tú misma...

—¡Eso no! Yo no he visto al conde de Alenzon... yo no me he separado de vuestro lado ni un instante.

—De todas suertes consumaste una traicion infame.

—Pero inocentemente.

—No te creo.

—Creedme por Dios, señora.

—Por tu culpa me veo perseguida y amenazada por el rey.

—¡Oh!

—Por tu culpa monseñor Luis gime en prisiones en este momento.

—¿Y qué os importa si decís que no le amais?

—¿Y no debe importarme el peligro en que me has puesto?

—Decís que Mr. de Buridan os ha jurado salvaros.

—¿Y si no me salva?

—Sí, sí.

—¿A quién deberé mi ruina?

—¡Perdon!

—A tí, miserable criatura.

—¡Perdon! ¡Perdon!

—Tu crímen merece cien muertes.

—¡Piedad!

—No puedo tenértela, Josefina.

—¡Cómo!—exclamó la doncella con espanto é incorporándose en el lecho bruscamente.—¿No me perdonais?

—Para perdonarte es tarde.

—¿Qué intentais, pues?

—Imponerte el castigo merecido.

—¡Matarme!

—Matarte.

—¡Vos misma!...

—¿Crees que me faltará valor!

—¡Misericordia!—gritó Josefina al ver brillar en la diestra de la duquesa el afilado puñal, arrojándose al suelo desnuda como estaba y abrazándose estrechamente á su señora para evitar su criminal accion.

Mas en vano.

Isabel habia elevado á la altura de su cabeza el brazo armado del homicida acero, y cuando Josefina se abrazó á ella se lo sepultó en la espalda con rabiosa furia en tanto que decia:

—¡Muere, perra traidora, y vé al infierno para abrirme paso!

Ni un solo ¡ay! pudo exhalar la desdichada víctima que rodó á los piés de su lecho envuelta en un mar de sangre.

Entonces la dama blanca tomó en su convulsa mano la lámpara de plata que habia dejado sobre la mesa de noche, abandonó presurosa el teatro donde acababa de consumar tan horrendo crímen, pasó á su dormitorio, se despojó de sus ricas vestiduras, púsose el traje de caballero

con el cual la vimos por vez primera en la hostería de maese Pasquet, rebozose en una flotante capa y cuando su disfraz estuvo completado, mató la luz de un soplo, salió de sus aposentos por la puertecilla secreta que ya conocen nuestros lectores, y se aventuró con breve paso en la inmediata y oscura galeria.

CAPITULO XXII.

Desde el Louvre á los subterráneos de la torre de Nesle.

Algunos minutos despues se hallaba en el jardin y en el lugar de la cita.

Pero Buridan no habia llegado todavía, ó al ménos no se encontraba en aquel sitio.

Temerosa de haberse equivocado por efecto de la oscuridad que reinaba á causa de haberse ocultado la luna hacia rato, llamó en voz baja y temblorosa:

—¿Buridan?

No tuvo contestacion su llamamiento.

—¿Buridan?—volvió á llamar.

Tampoco.

—No ha venido aun,—murmuró con desaliento.—¿Pero vendrá? ¡Oh! Solo me faltaba el último desengaño.

Sus esperanzas renacieron de nuevo al escuchar confusos pasos en el estremo opuesto de la calle de árboles donde se hallaba.

—¡Ahí está!—exclamó con satánica alegría.—¡Ah! ¡Bendito sea! No me engañaba, cumple fielmente su promesa, viene á salvarme dando al olvido todo el mal que le he causado... ¡Gracias, gracias, generoso Buridan! Yo juro premiar tu hidalga accion con el primero y ultimo amor de mi vida, y juro tambien exclavizarme á tí, besar la tierra que pises y convertirme en perro sumiso y obediente si á tan mísera condicion un dia me condenas por capricho.

Y dicho esto con sentido acento, se replegó á un lado del camino y esperó con la mano homicida colocada sobre su corazon que latia ruda y violentamente.

Los pasos, en tanto, se aproximaban con rapidéz.

Cuando se hallaron muy cerca de la dama blanca, una voz conocida murmuró:

—¿Isabel?

—Aquí estoy, Buridan mio,—contestó la duquesa saliendo al encuentro de su nuevo amante y arrojándose en sus brazos temblando de alegría y de emocion.

—¿Disfrazada?—preguntó el hidalgo correspondiendo apasionadamente á las dulcs caricias de la dama.

—Toca mis vestiduras ya que verlas no puedes.

—¡Qué formas tan bellas atesoras!

—Bien mio...

—¡Cuán hechicera estás con este traje!

—¿Sí?

—Con él lograste en Auteuil encender la volcánica pasion que desde este instante me hace tuyo.

—¿De veras?

—Te lo aseguro.

—Pues si eso es cierto prometo á mi dulce dueño no vestir otro en la vida.

—Isabel...

—¿Qué no haria yo por mantener viva en tu pecho eternamente la llama de esa pasion que dices te avasalla?

—Lo que yo haré para que la tuya no se apague.

—¡Oh Juan idolatrado!

—Partamos vida mia, partamos sin pérdida de tiempo.

—Sí, sí, porque es muy tarde.

—¿Hace mucho que esperas?

—Breves instantes no más.

—Lo celebro: mi impaciencia era mucha, pero el rey...

—¿Te ha dado al fin permiso para abandonar el Louvre?

—Sí, Isabel.

—¿Nada te habló de mí?

—Preguntóme si habia logrado reducirte á prision cual es su gran deseo.

—¡Ah!

—Pero le contesté que no porque habias huido del Louvre.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y te creyó?

—¿Qué hacer?

—Pero habrá dado órdenes para que se me busque en todas partes sin trégua ni descanso.

—¿Quién lo duda?

—¡Soy perdida, pues!

—No temas porque yo soy el encargado de buscarte.

—¿Tú exclusivamente?

—Sí.

—¡Oh! Entonces me he salvado.

—Repito que te tranquilices.

—¡Gracias, gracias, mil veces, Buridan querido!

—Caminemos más deprisa.

—¡Ay! apenas puedo dar un paso.

—En efecto, advierto en tí un gran desfallecimiento.

—No te lo oculto.

—Un gran temblor...

—Que apenas me permite hablar.

—¿Estás enferma?

—Temo que sí.

—¿Te ha ocurrido algo grave durante nuestra momentánea ausencia?

—Nó, nó.

—Me engañas.

—Y bien, nada quiero ocultarte puesto que para tí ya no deben existir secretos en mi pecho.

—Habla, habla.

—Josefina...

—¿Qué has hecho de esa mujer?—preguntó Buridan con sobresalto porque casi adivinaba lo ocurrido.

—Inutilizarla para una nueva traicion.

—¿Matarla?

—¡Ay!

—Responde.

—Sí, Buridan.

—¡Miserable!!

—¡Perdon!

—Has cometido un nuevo crímen, has teñido con sangre tus manos por la milésima vez y en el momento que la piedad de un enemigo evitaba la efusion de la tuya...

—¡Perdon! ¡Perdon!

—Yo te perdono, pero no es posible que el cielo se apiade nunca de tí, Isabel.

—Ella me obligó á ser de nuevo criminal.

—Explícate.

—Sospechando que trataba de fugarme dejándola abandonada, se puso á que saliese sola de la cámara.

—¡Ah!

—No queriendo yo acceder á traerla en mi compañía, por habérmelo tú aconsejado, llegó al extremo de insultarme y amenazarme con voces que debian descubrir mi permanencia en el Louvre.

—¡Ah! ¡ah!

—Entonces, ciega por la ira, aconsejada por el miedo, la dí muerte para evitar que gritase.

—¿Juras haber dicho la verdad?

—Lo juro.

—¿Juras tambien no volver á derramar sangre en tu vida aun cuando la necesidad te obligue?

—Lo juro.

—¡Ay de tí si á lo jurado faltas!

—Mátame si tal hago, Buridan.

—Y bien; para salir del Louvre, de esta mansion tan funesta para tí, solo nos falta dar un paso.

—He aquí la llave del postigo.

—Tambien yo la tengo.

—Abre, abre, amante mio, y salgamos pronto.

—Un momento, Isabel.

—¿Qué ocurre?

—Voy á exigirte un favor.

—¿A mí?

—¿Me lo concederás?

—Mil que me pidas.

—Pues permite que coloque sobre tus ojos esta ligera venda.

—¡Cómo! ¿desconfias...

—No, Isabel mia, pero el lugar á donde voy á conducirte, encierra un secreto que no me pertenece.

—Pero...

—Y que he jurado no descubrir á nadie.

—¡Ah!

—Ni á mi propio hermano.

—¿Será posible?

—Creeme.

—Te creo, te creo, y no seré yo quien te obligue á quebrantar tan solemne juramento.

—Pero si temes una felonía, aun estás á tiempo para retroceder.

—¿Qué dices?

—Bien pudieras temer...

—¡Calla, Juan! ¿Habia de dudar de los sentimientos que te animan? ¿Habia de creerte tan cobarde que fueras á abusar de la confianza que he depositado en tí? ¡Imposible!

—Pues bien, compláceme.

—Venda mis ojos que ninguna resistencia opongo.

Hízolo así el hidalgo, abrió despues el postigo, tomó del brazo á la duquesa, salió con ella á la ribera, cerró de nuevo la puerta, guardóse la llave en la escarcela y luego dijo con acento firme:

—Vamos.

Y dama y caballero empezaron á caminar con paso rápido por la gran sábana de fina arena que separaba el Louvre del caudaloso rio.

Llegado que hubieron á la orilla y á determinado sitio, ambos se detuvieron y Buridan rebuscó un momento entre los sáuces.

Pronto encontró lo que buscaba.

Era un pequeño batél que siempre tenia dispuesto á su

servicio en una ó en otra orilla, y el cual pasaba como de la propiedad del pescador á quien se lo compró una noche como recordarán nuestros lectores.

Cuando lo tuvo libre de la amarra, tomó á Isabel en sus brazos y la trasladó á su fondo.

Despues empuñó los remos y con fuerza hercúlea le hizo vogar con la rapidéz de una gaviota hácia la orilla opuesta.

La dama blanca sonrió entonces maliciosamente, y rodeando con su delicado brazo la robusta cintura de su amante, le dijo:

—Querido Buridan, he prometido no ocultarte nada y debo ser fiel á mi promesa.

—No comprendo...—murmuró el hidalgo.—¿Te falta hacerme alguna otra revelacion?

—No, amado mio.

—Entonces...

—Pero advertirte quiero que esta venda colocada sobre mis ojos, es inútil.

—Te engañas.

—Ella podrá evitar que vea pero no evita que adivine á dónde me conduces con tanto misterio.

—¿Conque adivinas?

—Sí.

—¿Y á dónde te conduzco?

—A la torre de Nesle.

—¡Qué locura!

—O al hotél de Nesle.

—Mayor locura aun.

—¿De veras?

—¿Cómo he de conducirte á esos lugares si el primero está habitado por la princesa Juana y el segundo por los duques de Lyon, mi esposa y mis hijos?

—¡Es verdad!

—¿Habia de cometer la imprudencia de colocarte bajo la proteccion de cualquiera de esas personas que tantos motivos tienen para odiarte?

—¡Oh!

—Tranquilízate, Isabel, y no tortures tu mente tratando de adivinar lo que es imposible que adivines.

—Me voy convenciendo de que tienes razon.

—Ni te muestres tan impaciente por penetrar este misterio que un juramento me obliga á no descubrirte por ahora.

—¿Yo mostrarme impaciente?

—Advierto...

—Te engañas, Buridan.

—Es muy fácil.

—Sí, sí.

—Pero hemos llegado.

—¿Al lugar hospitalario?

—A la orilla opuesta del Sena.

—¡Ah!

—Trata ahora de guardar todo el silencio posible.

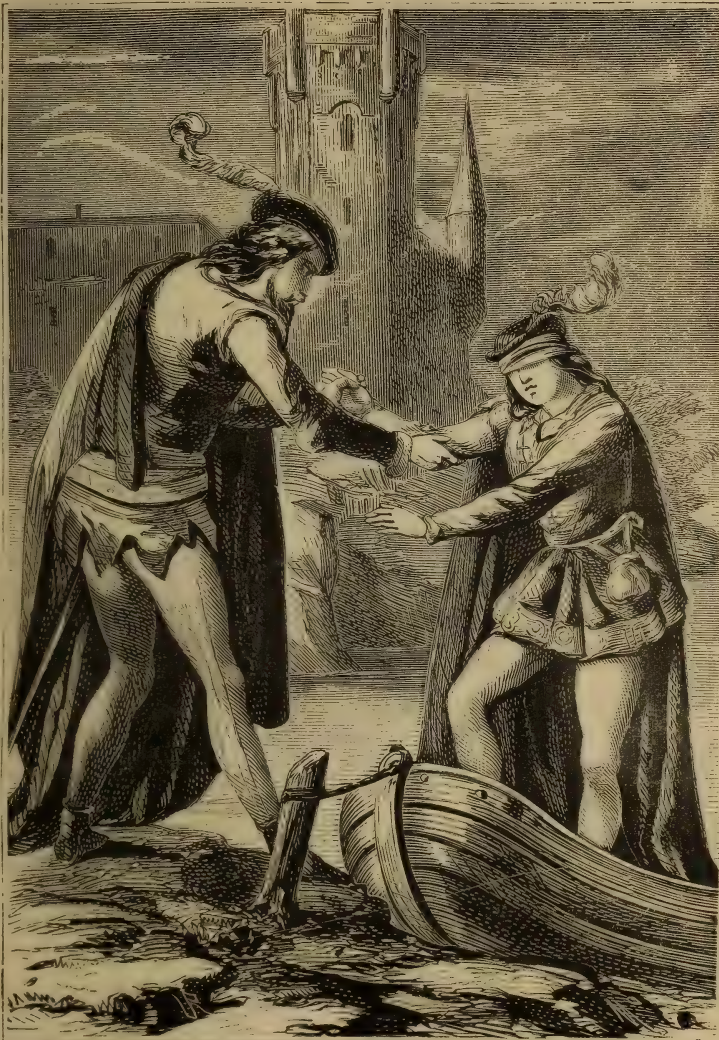
—Ni una palabra más pronunciarán mis lábios hasta que tú me lo ordenes.

—Bien: espera.

Y Buridan saltó con ligereza sobre la arena, amarró el batél á una gruesa estaca que sobresalia del agua, tomó luego en sus brazos á la dama blanca, la colocó á su lado y asiéndola de una mano empezó á caminar con ella al través de las tinieblas.

Algunos minutos despues se hallaban en las ruinas del castillejo que tantas veces hemos mencionado en el trascurso de esta obra.

El conde de Alenzon halló sin grande esfuerzo la en-



—Tomó luego en sus brazos á la dama blanca.

trada de la galería subterránea y se aventuró en ella con Isabel, no sin advertir antes á esta que caminase encorvada para evitar un golpe en la cabeza.

Hasta la mitad del camino pudo no más la duquesa guardar silencio como habia prometido.

—¡Oh Dios! exclamó con voz desfallecida.—¿A dónde me conduces? ¿Por dónde caminamos?

—¡Silencio!

—No puedo respirar en esta atmósfera.

—Valor.

—Aquí me ahogo... un frio glacial se apodera de mis miembros.

—Valor, que pronto llegamos.

—¿Es esto el infierno?

—El purgatorio, Isabel.

—¡Oh! ¿Y sin duda por el purgatorio me haces pasar al infierno, Buridan?

—Ahora lo sabrás.

—¡Buen Dios!

—Detente.

—¿Hemos llegado?

—Sí.

—¿Me quito la venda?

—Espera.

—¿Todavía?

—¡Y aun dices que la curiosidad é impaciencia no te devoran!

—¡Oh!

Buridan despues de buscar á tientas en el muro el simulado resorte, lo oprimió con fuerza y la puerta giró al fin sobre sus goznes suavemente y sin producir ruido alguno, volviéndose á cerrar de igual suerte luego que el conde y la duquesa hubieron traspasado sus umbrales.

Los subterráneos de la mansion del crímen yacian en el mismo estado en que los encontramos cuando habitaba en ellos Estrella la gitana.

En aquel infernal ántro, al que Zoraida llamaba con sarcasmo *el camarin de la sultana,* veianse aun las arcas seculares, el mísero lecho, la desvencijada mesa y la sempiterna lámpara de hierro, cuya luz ni una sola vez llegó á extinguirse en el trascurso de ocho años.

Despues de pasear una mirada escrutadora por todos los rincones para convencerse de que estaba solo con la dama blanca, Buridan dijo á esta:

—Ahora si que hemos llegado á puerto de salvacion, bella duquesa.

—¡Loado sea Dios!

—Ya eres libre para quitarte la venda.

—¿Ya?

—Sí.

—Gracias por la concesion de tan suspirada libertad.

Y de un violento tiron Isabel de Rocafort se arrancó el pañizuelo de los ojos, más luego exhaló un penetrante grito de terror y expanto al observar donde se hallaba.

—¿De qué te asombras?—la preguntó Buridan con calma glacial y en tanto que se cruzaba de brazos.

—¿Y tú me lo preguntas?

—No adivino...

—Me asombro de encontrarme donde me encuentro.

—¿Has estado aquí alguna vez?

—Nunca.

—Entonces...

—¿Pero esto qué significa?

—Adivínalo.

—¿Una tumba?

—Edificada para vivos.

—¡Un calabozo subterráneo!

—Sin duda.

—¿Y á un calabozo me traes?

—Para tenerte segura.

—¡Para tenerme segura!

—Por unas cuantas horas nada más.

—¡Cielos!

—¿Qué?

—Ese cambio de lenguaje...

—¡Bah!

—Esas frases misteriosas...

—¿Tambien crees que encierran misterio mis palabras?

—Buridan... algo me ocultas.

—Nó, Isabel.

—Algo me ocultas de terrible.

—Recobra calma y siéntate.

—No podré tranquilizar mi espíritu en tanto que abrigue esta sospecha odiosa.

—¿Que abrigas una sospecha, dices?

—Sí.

—¿Cuál?

—¡Oh!

—¿Qué temes?

—Haber caido en un lazo.

—Y bien, ¿para qué seguir fingiendo? Tu sospecha es cierta y tus temores fundados.

—¡Misericordia!

—Paciencia, Isabel.

—¿Conque todo ha sido un sueño?

—Sí, por desgracia tuya.

—Tus juramentos de amor han sido falsos.

—Tan falsos como los tuyos.

—¿Falsas tambien tus promesas de salvarme?

—¡Já, já, já, já! ¿Y creiste en ellas?

—¡Ah miserable... miserable!

—¡Ah infame y poco sagaz pantera que así caiste en el lazo que á tus piés tendió el leon cansado de luchar sin fruto contra su artero enemigo.

—¡Condenacion!

—Ruje... ruje, que aquí tus gritos solo por Dios pueden ser escuchados.

—¿Conque estoy perdida?

—Más aun de lo que estabas en el Louvre.

—¿Qué intentas hacer de mí?

—¿No lo sospechas siquiera?

—¿Vengarte del pasado?

—Y del presente.

—¿Matándome?

—Sería venganza muy mezquina.

—¿Cómo, pues?

—Devolviéndote injuria por injuria, infamia por infamia y tormento por tormento.

—¡Horror!

—Y despues conducirte á Borgoña en una jaula á semejanza de las fieras, entregarte á Odon que te espera con impaciencia febril y gozarme luego en el suplicio á que estás condenada por adúltera.

—¡Oh! No harás tal.

—¿Que no?

—Yo te lo imploro.

—En vano.

—Yo te lo imploro de rodillas en nombre de tus tiernos hijos.

Y al decir esto, Isabel de Rocafort se arrojó anegada en lágrimas á las plantas de Buridan, cuyas rodillas abrazó con fuerza convulsiva.

Mas el hidalgo la rechazó indignado, retrocedió dos pasos, la contempló un segundo con horror y luego dijo:

—¡Aparta, víbora... no muerdas mis rodillas!

—¡Piedad!

—En vano, en vano me la pides.

—Te la imploro en nombre de tus hijos, Buridan.

—¡Miserable de tí! ¿Piedad imploras al padre en nombre de sus hijos contra cuya vida conspiraste tanto?

—¿Yo?

—Tú, infame asesino.

—Te han engañado.

—¿Tan pronto despareció de tu memoria el recuerdo de lo que una noche aconsejaste en la hostería de Vénus á tu amante Luis de Valois?

—No recuerdo esos horrores.

—¿Ni otros muchos que has cometido desde que en mal hora te conocí en Borgoña?

—Tampoco, tampoco.

—Preciso será, pues, que refresque tu memoria.

—Líbrame de tal tortura.

—¡Ah! tiemblas...

—¡Perdon, Buridan, perdon!

—¿Y de qué perdon me pides si dices que en nada me has ofendido?

—No niego que te ofendí terriblemente, pero de todo el mal que te causé impulsada por los celos, estoy...

—¿Arrepentida?

—Sinceramente arrepentida.

—¡Mientes!

—Creeme por la salvacion de tu alma.

—¡Mientes, repito!

—¿Que más pruebas quieres que las amargas lágrimas que vierto?

—Esas lágrimas te las arranca el miedo.

—No.

—Te vés perdida, te reconoces impotente y no pudiendo desgarrarme las entrañas, á mis plantas te arrastras como un reptil inmundo, y lloras y mendigas un perdon...

—Te engañas, Buridan mio.

—¿Tuyo me llamas, infame?

—¿Habia yo de desear tu muerte como supones?

—¿No aconsejaste á Luis el Hutin que me la diese en Gisors?

—¡Error cruel!

—¿No ordenaste á mi propio hermano que me asesinase en Auteuil?

—¡Dios mio!...

—Responde, miserable criatura.

—El miedo me volvió entonces loca.

—Como ahora te vuelve cobarde.

—¡Oh!

—Y últimamente, ¿no suplicaste hace muy pocas horas á tu digno amante que te librase por medio del puñal de tu eterna pesadilla?

—Si tal hice anohe, arrepentida estoy ahora.

—Y bien, aunque lo estés, ¿qué me importa?

—¡Cómo!

—¿Crees que el arrepentimiento podrá librarte del castigo que mereces?

—Sí, por Dios... Me librará.

—¡Vana esperanza!

—Buridan...

—Tus lágrimas, aunque sinceras sean, no podrán borrar jamás de mis espaldas la infamante marca que un dia estampaste en ellas.

—¡Oh! No me recuerdes ese suceso que me espanta.

—Pues si el verdugo se espanta de su obra, ¿qué hará la víctima, Isabel?

—¡Perdon, perdon, Buridan idolatrado!

—¡Ira de Dios! ¡Su idolatrado Buridan me llama cual llamármelo pudiera la más tierna esposa ó la querida más amante!

—Yo fuí un tiempo para tí esa querida amante é idólatra.

—¡Tú!

—Yo lo soy ahora tambien.

—¡Tú!

—Yo te amo...

—Sí, con el amor de la hiena.

—¿Y qué importa? Las fieras tambien aman.

—Las fieras sí, pero no las mujeres como la dama blanca de Borgoña.

—Tambien, tambien.

—Mentira.

—¿Quieres pruebas?

—Ya me has dado bastantes.

—De lo que pueden mis celos, pero no de lo que puede mi amor.

—Tu amor desprecio, mujer,—exclamó Buridan con el desden más soberano.

—¡Como siempre!... ¡Ah!

—Como siempre, sí.

—¿Y no te acusas de haberme precipitado al mal con tus desdenes y desprecios crueles?

—¿Yo acusarme de ser causa de tantos y tan horrendos crímenes como has cometido desde la edad más temprana?

—Tú... solo tú eres la causa de ellos.

—¡Miserable!

—Coloca la mano sobre tu corazon, Buridan; dá oidos por la vez primera á los gritos que exhalar debe tu conciencia...

—¡Calla, víbora!

—Yo era buena cuando te conocí.

—¡Perversa fuistes desde que viniste al mundo!

—Te engañas.

—¡Esto más!

—Yo era un ángel de candor y de inocencia...

—Un aborto del infierno.

—Un ángel, Juan, pero el amor que me inspiraste y el desengaño que en breve sufrió ese amor que aun no ha podido extinguirse, me convirtió en demonio cruel y despiadado.

—¡Viven los cielos! Si llegase un momento en que de tal conversion tuviera que acusarme...

—¿Qué harias?

—Desgarrarme el pecho con mi propia daga.

—¡Oh!

—Pero estoy libre de tener que apelar al suicidio para castigarme de un crímen que ni aun soñé cometer.

—Pero que cometiste siquiera fuese involuntariamente.

—No.

—Sí, Buridan.

—¡Por Luzbel! ¿Te empeñas en arrojar sobre mi conciencia la sangre que has derramado por el bárbaro placer de gozarte en la agonía de tus víctimas?

—¿Qué dice?

—Responde.

—Yo no he vertido sangre.

—¿No?

—¡No!

—¿Y esta que aun humea en tu diestra, miserable ase-

sino?—exclamó Buridan en el colmo del furor, arrastrando tras suya á Isabel hasta colocarla ante la mesa sobre la que ardia la lámpara de hierro y mostrándola las rojas manchas de sangre de que estaban llenas sus bellas y crispadas manos.

La duquesa al verlas palideció como un cadáver y exhaló un penetrante grito de terror.

—Responde, la dijo el de Alenzon sacudiéndola un brazo con fuerza convulsiva.—¿De quién es esta sangre?

—¡Oh!

—¿Responderás?

—¡Misericordia!

—¿De quién es?

—De Josefina.

—¿Quién la ha vertido?

—Yo.

—¿Y tambien por causa mia?

—Sí.

Buridan al escuchar esta contestacion afirmativa lanzó un rugido salvaje que atronó las bóvedas del medroso subterráneo, y en el parasismo de su furor estampó en la mejilla de Isabel la más cruel bofetada.

Entonces á su grito contestó otro grito penetrante.

Y velóz como el relámpago la dama blanca le arrancó del cinto la acerada daga y descargó un tremento golpe sobre su robusto pecho.

La cota de mallas conquistada un dia á los turcos en la guerra de las cruzadas salvó á su dueño aquella noche por tercera vez la vida.

Buridan desarmó fácilmente á su enemigo, lo elevó luego en sus brazos cual si una leve pluma fuese, lo arrojó despues con violencia sobre el miserable lecho que perteneció en un tiempo á su madre la convertida Zorida,

y haciendo presa en su garganta y colocando en su pecho una rodilla, dijo:

—Pantera de la córte de Roberto, el leon de las selvas de Borgoña te ha vencido por la milésima y última vez.

—¡Mátame!—exclamó la duquesa con voz enronquecida y sofocada.

—¿Que te mate?

—Yo te lo imploro.

—¿Y qué me importan tus súplicas?

—Yo te lo mando.

—¿Y quién eres tú para mandarme?

—Una miserable criatura nada más.

—¡Gracias á Dios que lo confiesas!

—Mátame, mátame porque la muerte merezco.

—Ya lo sé que mereces dos mil muertes, pero yo no te daré ninguna porque no soy ni asesino ni verdugo.

—¿Qué eres, pues para mí?

—Un juez.

—¿Quién te ha dado poderes para eregirte en tal?

—Dios.

—Te engañas: es imposible que Dios...

—¡Qué diantre! No es este el momento más oportuno para discutir sobre la legitimida de mis derechos.

—Y bien, no seré yo quien pierda el tiempo tan inútil y lastimosamente.

—Que me place.

—¿Te empeñas en eregirte en juez?

—Sí.

—Júzgame, pues, Buridan.

—Há tiempo que te juzgué en el tribunal de mi conciencia.

—¿Y á qué pena me condenaste?

—A la del Talion, primero.

—¡A la infamia!

—A ella me condenaste un dia siendo inocente.

—Pero eso no es administrar recta justicia.

—¿Lo crrees así, duquesa?

—Eso es tomar una bárbara venganza.

—¿Y bien?

—Eso es cobrar á una indefensa mujer ojo por ojo y diente por diente.

—Así entiendo yo en casos escepcionales como este, la justicia en la tierra.

—¡Déspota!

—¡Diantre! Qué bello apóstrofe.

—Te vales de la fuerza bruta y eso es indigno en un hombre que blasóna de hidalguía.

—¿Sí?

—Sí.

—No hace un instante que de iguales armas te valiste para vencerme y esquivar el castigo que mereces.

—¡Oh!

—No hace un instante que con traicion pagaste mi traicion. ¿Es cierto?

—No lo niego.

—¿Qué puedes, pues echarme en cara? ¿De qué crímen me acusarás sin acusarte á tí misma?

—Te acuso de ser la causa primordial de todos los que he cometido.

—¿Otra vez?

—Otra y mil más.

—¡Vive el cielo!...

—¡Ah! ¿Te exasperas? ¿Empiezas á esperimentar remordimientos?

—¿Yo?

—En vano me lo ocultas.

—¿Yo esperimentar remordimientos por un crímen que ni aun soñé cometer? ¿Por un crímen que tú gratuitamente me imputas?

—¡Gratuitamente!

—Harto sabe Dios que sí.

—Te forjas esa ilusion, pero en vano .. en vano.

—Miserable... ¿confesarás mi inocencia?

—No, porque no existe.

—Enhorabuena: acúsame de lo que gustes: yo te acuso á mi vez, te juzgo, te condeno y voy sin pérdida de tiempo á aplicarte una de las principales penas. Las otras las reservo para el ejecutor de la alta justicia de Borgoña.

—¿Una de las principales penas has dicho?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Recuerda aquello de ojo por ojo y diente por diente.

—¡Horror!

—Prepárate, Isabel.

—¿Tendrás valor?

—¿No lo tuviste tú?

—Yo estaba loca entonces.

—Tambien yo estoy loco ahora.

—Los celos me impulsaron...

—A mí me impulsa la venganza.

—¡Piedad!

—¿La tuviste de mi?

—¡Perdon! ¡Perdon!

—Es tarde.

—Apelo á tu hidalguía, Buridan.

—Tarde... muy tarde.

—Dáme la muerte...

—Eso incumbe al verdugo.

—Desgarra mis entrañas lentamente... gózate en mi

agonía si te place... yo no me quejaré, por el contrario, moriré bendiciéndote, pero por lo que más ames en el mundo, por la salvacion de tu alma, por la de tus hijos inocentes líbrame del hierro enrojecido, líbrame del patíbulo, líbrame de la afrenta de caminar á él entre un populacho ébrio de gozo, desnudas las espaldas, con un dogal al cuello y con la cabellera cortada por las infamantes tijeras del verdugo.

—No puedo.

—Yo me acuso de haberte inferido la mayor afrenta que se puede hacer á un noble, yo me acuso de haber apelado á los hechizos para ser la esposa del duque de Borgoña, yo me acuso del crímen de adulterio, de haber conspirado contra la vida de Odon, contra la del rey, la tuya, la de Margarita y la de tus tiernos hijos...

—¡Miserable!

—Yo me reconozco merecedora de los mayores castigos, pero por Dios, Buridan mio... oye mi súplica sentida como siempre oiste las que te dirigieron tus más encarnizados enemigos... no lleves la venganza hasta el extremo que intentas, mátame aquí... mátame aquí.

—Repito que no soy asesino.

—Permite pues, que por mi propia mano castigue tantos crímenes.

—Repito que tu muerte no es bastante para saciar mi venganza.

—¿Es posible que no la hayas saciado sellando mi mejilla con tu mano?

—No: necesito el hierro enrojecido.

—¿Para sellar mi rostro?

—Sí.

—¡Bárbaro!

—Diente por diente, Isabel, ojo por ojo.

—¿Conque no hay remedio?

—No lo hay.

—¿Ni aun implorándote piedad en nombre de tus hijos?

—No, y mil veces no.

—¡Oh! Pues no has de lograr tus satánicos intentos, tirano aborrecido.

—¡Já, já, já, já! ¿Cómo lo impedirás?

—Matándome.

—¿Mas cómo sino tienes armas?

—¿Cómo? ¡Mira!

Y dicho esto Isabel de Rocafort se incorporó de un brinco en el mísero lecho donde yacia acurrucada y estampó contra el muro su bellísima cabeza con una furia salvaje.

Tres gritos distintos formaron entonces un solo eco en la bóveda del pavoroso subterráneo.

El primero habíalo exhalado Isabel al caer sobre el lecho exánime y anegada en sangre.

El segundo, Buridan que retrocedió dos pasos con horror.

El tercero Sataniel que en aquel instante apareció en escena.

CAPITULO XXIII.

En los subterráneos de la Torre de Nesle.

Buridan al divisar á su hermano corrió á su encuentro presuroso.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó con espanto Sataniel.

—Una cosa horribie, Pedro.

—¿Quién es esa mujer?

—Luego lo sabrás.

—Pero...

—Ante todo: ¿que es de mis hijos?

—Duermen tranquilos.

—¿Y mi esposa?

—Duerme de igual suerte.

—¿Y los duques de Lion?

—Tambien.

—¿Conque ningun peligro habeis corrido?

—Ninguno.

—¿Y nada saben...

—Nada.

—¡Loado sea Dios!

—¿Pero y tú? ¿Qué ha sido de tí durante tantas horas, Juan? ¿Qué ha ocurrido en el Louvre?

—¿Lo ignoras?

—Ahora abando el hotél.

—Y has venido á los subterráneos...

—Sin sospechar que podia hallarte en ellos. Mas cuenta, cuenta...

—Voy á satisfacer tu justa curiosidad.

Y Buridan puso al corriente á Sataniel en breves minutos de todo lo ocurrido en el palacio real desde las doce de la noche.

—Has vencido, y por ello doy gracias al cielo, hermano mio,—dijo Pedro con acento que ninguna alegría revelaba,—pero temo que tu triunfo sea efímero.

—¿Efímero?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque has dejado escapar al rey de Navarra.

—¿Y qué me importa ese rebelde príncipe si á estas horas correrá á uña de caballo en direccion á sus estados.

—¡Hum!

—¿Sospechas que no haya salido de París?

—Eso sospecho.

—Y bien, el rey le hará salir en breve ó le hará entrar en los calabozos de un castillo.

—¿Y si no sucede ninguna de las dos cosas?

—¡Cómo!

—¿Y si Luis el Hutin al ver su causa perdida se arroja á las plantas de su padre y el padre perdona siguiendo los

consejos de los nobles que dices le rodeaban cuando abandonaste el Louvre?

—¡Imposible!

—Témelo todo de la sagacidad de Luis y de la debilidad de Felipe.

—No creas que fio de nada ni de nadie, hermano.

—¿Si tal ha sucedido, qué va á ser de nosotros?

—¡Diantre!

—Responde.

—No lo sé.

—Yo sí.

—Habla.

—Tan pronto como el príncipe vuelva á la gracia del rey, tu privanza en palacio ha terminado.

—¿Estás loco?

—Plegue á Dios que sean infundados mis temores.

—Aun cuando el rey perdone al rebelde, ¿no comprendes que de ninguna suerte consentiria en mi sacrificio puesto que el verdadero sacrificado seria él tan luego como mi apoyo le faltase?

—Su consejo le hará ver lo contrario.

—Felipe el Hermoso no se fia de sus consejeros hace tiempo.

—¡Ah hermano mio! El rey de Francia se fia del último que le miente lealtad.

—No tanto.

—Yo te lo abono, porque conozco su carácter más á fondo que tú puedas conocerlo.

—¡Diantre! Si prosigues así acabarás porque abrigue los mismos temores que tú abrigas.

—No es mi intencion mortificar tu espíritu, pero deseo que vivas prevenido.

—¿No te he dicho que de nada ni de nadie fio?

—Enhorabuena.

—Si el rey lleva la ingratitud hasta el extremo de premiar mis recientes servicios entregándome á la venganza de su hijo... ¡ay del rey!

—En el pecado podrá llevar la penitencia, pero en tanto tú, tus hijos, tu esposa y el pobre Polioni...

—Nada temo por ellos ni por mí.

—¿No?

—No.

—¡Hum!

—Nada temo repito, en tanto que tu brazo no me falte.

—Este jamás te faltará.

—Pues tampoco la proteccion del cielo.

En aquel momento se dejó escuchar en el subterráneo un quejido sepulcral y lastimero.

Sataniel palideció al escucharlo.

—¿Qué significa ese ruido?—preguntó tendiendo en derredor de sí una mirada investigadora.

—¡Ah! ¡ah! Nos habíamos olvidado de la pantera.

—¿Qué pantera, Juan?

—La de Borgoña.

—La duquesa...

—Se encuentra en mi poder.

—¿Aquí?

—Mírala moribunda.

—¡Cielos!

—¿Moribunda dije? Me engañaba: solo es presa de un desmayo producido por la violencia del golpe.

—Sí, recuerdo que al entrar...

—Se estampaba la cabeza contra el muro.

—¿Mas por qué razon atentó contra su vida?

—¿Y me lo preguntas?

—¿La amenazaste con entregarla á su esposo?

—Y con otro castigo más terrible que es fuerza que sufra antes que exhale el último suspiro.

—Explícate.

—Me explicaré despues.

—Mas cuéntame cómo lograste apoderarte de ella y conducirla á los subterráneos.

—La historia es sencilla, pero peregrina, Pedro. Despues de vencer la conjuracion en las antecámaras reales, corrí al jardin del Louvre en seguimiento del príncipe que huia cobardemente. Luego de apresarlo y darle libertad como ya te he referido, me dirigia satisfecho á los aposentos de Isabel para prenderla en nombre de S. A., cuando creo escuchar los pasos leves y rápidos de dos personas que avanzaban á mi encuentro por la misma calle de árboles. Me detengo, me oculto, se aproximan más, las reconozco á pesar de ir muy rebozadas...

—Y eran...

—Isabel y su doncella Josefina.

—Que sin duda trataban de huir...

—Por el postigo que dá paso á la ribera.

—¡Oh! ¡oh!

—Prosigo mi relato. Cuando pasaban presurosas ante el árbol tras el cual yo me ocultaba, salgo de improviso, las saludo cortesmente, ambas se aterran al verme, ambas me imploran gracia de rodillas, y la duquesa me habla de su antiguo amor y jura que será mi esclava si la perdono y la protejo. Semejante proposicion me hace concebir la idea de vengarme pronta y cumplidamente de tan infame mujer, y mintiéndola amor como ella me mentia, finjo acceder á sus deseos y la conduzco aquí para desengañarla en breve. Esta es la historia, Pedro.

—Peregrina es por cierto como digiste en un principio.

—¿Apruebas mi conducta en este caso?

—En parte.

—¿Qué es lo que desapruebas?

—Que hayas descubierto tan imprudentemente á Isabel nuestro secreto.

—¿La entrada de los subterráneos?

—Sí.

—Tranquilízate, porque no la he descubierto nada.

—¡Cómo!

—La dama blanca á venido aquí con una venda en los ojos.

—¡Ah!

—Todo lo habia previsto, Pedro.

—Bien, bien, me tranquilizo; pero saber deseo...

—¿Qué?

—Lo que piensas hacer de tu prisionera.

—Nada más sencillo que satisfacer tu curiosidad. Pienso entregarla al rey para que su alteza á su vez la entregue al gran duque de Borgoña que la reclama con instancia.

—Pues vive Dios que para trasladarla de nuevo al Louvre no valia la pena de haberla traido á la torre con tanta exposicion.

—No vale la pena, ¿éh?

—Tal creo.

—Pero te engañas.

—¿No la apresaste en el jardin del Louvre?

—Sí.

—¿Desde el jardin no pudiste conducirla á las prisiones de Estado?

—Sí.

—¿Y por qué no lo hiciste, Juan?

—Porque necesitaba vengarme.

—¿No te vengabas entregándola al verdugo?

—No.

—¡Diantre! ¿Qué castigo podrás imponer á tu enemiga, á la enemiga de Margarita, á la perseguidora de tus hijos, que supere ó iguale al del tormento y al de la muerte?

—El de la marca.

—¡Cielos!

—¿No te parece que ese supera á todos?

—Sí; pero tendrás valor...

—¿Para qué?

—¿Para imponérselo, á Isabel?

—Y tanto.

—¡Horror!

—Asombradizo te encuentro esta noche, Sataniel.

—Y yo á tí cruel en demasía.

—¡Cómo! ¿Cruel me llamas?

—Cruel te llamaría, hermano mio, si llevases tan lejos la venganza.

—¡Vive el cielo! Pues te juro que á pesar de llevarla hasta ese extremo no me lo llamarás.

—¿No?

—A ménos de ser injusto.

—¿Tan terrible es la ofensa que vengar deseas?

—Muy terrible.

—¿Cuándo te la infirió Isabel?

—Hace diez años.

—¿Dónde?

—En la córte de Borgoña.

—¡Ah!

—¿Quieres conocer la historia de esa ofensa?

—Sí, para poder juzgarla.

—Pues escucha, hermano.

Y Buridan iba á dar comienzo á su relato, pero en aquel instante la dama blanca hizo un brusco movimiento, exhaló un profundo y doloroso suspiro y murmuró con voz débil y acento suplicante:

—¡Perdon, Buridan, perdon!

CAPITULO XXIV.

En el que Buridan dá principio á la historia de unos amores en presencia de los protagonistas de ella.

Despues abrió los ojos y al tender una mirada inquieta en torno suyo, preguntó con asombro:

—¿Dónde estoy?

—¿Lo has olvidado, duquesa?—dijo con sarcasmo Buridan adelantando con los brazos cruzados hasta colocarse junto al lecho.

—¡Ah! ¡Todo lo recuerdo ahora... todo!

—Que me place.

—¡Dios mio, Dios mio, qué despertar tan horroroso!

—¿Soñabas por ventura que te hallabas en brazos de tu amante y cómplice el rey de Navarra?

—Soñaba hallarme muy lejos de tu lado.

—¿Y tal sueño te halagaba?

—¿Y cómo no, hombre cruel?

—Pues no hace muchas horas que al parecer cifrabas

toda tu ventura en permanecer muy próxima á tu querido Buridan.

—¡Oh!

—¿Es que entonces le amabas?

—Como siempre le amé.

—Diantre con tu amor, duquesa.

—Le amaba entonces como le amo ahora.

—¡Hum!

—Pero él se empeña en no creerme, él solo dá oidos á sus deseos de venganza, y no solamente no corresponde á mi cariño, sino que es incapaz de perdonarme las ofensas que un dia le inferí impulsada por los celos.

—Sí, es muy cruel, despiadado y desdeñoso el tal amante.

—Por piedad, Buridan mio, no me martirices tanto con tan impías burlas. Conmuévete ante mi grande infortunio... no lleves á cabo, no, la amenaza que me hiciste pocos momentos antes de atentar en vano contra mi existencia aborrecida.

—¿Conque aborreces la existencia?

—Tanto como la amaba antes.

—¿Y por qué Isabel?

—¿Y tú me lo preguntas?

—¿Tienes miedo á las manos del verdugo?

—Tengo miedo á las tuyas.

—¡Ah! ¡ah!

—Tengo miedo al castigo que intentas imponerme...

—En justa represalia.

—¡Oh Dios!

—El suplicio del hierro candente...

—¡Es horroroso!

—Lo sé por experiencia, y es justo que tú lo sepas tambien.

—¡No por Jesús!

—¿Dices que no es justo?

—Sí... reconozco la justicia que te asiste... Todo lo reconozco, todo; hasta la bárbara ley de represalias, pero por lo mismo que me confieso culpable, por lo mismo que estoy arrepentida de mis crímenes, ¿por qué no me perdonas, Juan?

—Porque no puedo.

—¿Qué te impide ser piadoso conmigo como con otros lo fuiste?

—Un agudo dolor que incesantemente taladra mis espaldas.

—¡Ah! Reniego de la mano que te causó ese dolor horrendo.

—Es tarde.

—¡Perdon Buridan, perdon!

—Es tarde, Isabel... muy tarde.

—¿Tienes el corazon de mármol que ninguna súplica logra conmoverlo?

—Más duro aun que el mármol.

—¡Es de diamante, sí!

—De diamante como el tuyo.

—El mio seria tierno, amante y cariñoso si quisieras.

—Tambien el de Buridan lo será como dices, luego que se haya vengado.

—Antes... que sea antes.

—¿Para Isabel?

—Sí por Dios.

—Es tan imposible como escalar el cielo.

—¡Hiena!

—¡Já, já, já, já! Hiena me llama la pantera de Borgoña.

—¿Conque nada debo esperar de tu piedad?

—Nada.

—Pues bien, acabe de una vez tortura tanta.

—¿Te resignas?

—Me someto.

—Enhorabuena.

—Cúmplase tu bárbara sentencia... dije mal; justa y equitativa debo llamarla, porque lo es, lo reconozco. Héme indefensa... haz lo que quieras de mí, Buridan, y que Dios te perdone como te perdona la mujer que tanto te amó en dias para los dos más felices.

Pronunció Isabel estas palabras con tan estudiada ternura y sentimiento, fueron al parecer tan espontáneas las lágrimas que brotaron de sus azules ojos, que Buridan quedó vencido como siempre que luchaba con tan desiguales armas.

Quedó vencido, perdonó sin vacilar á la culpable en el fondo de su magnánimo corazon, pero creyó oportuno seguir fingiendo inclemencia para ceder poco á poco y probar en tanto la validéz del arrepentimiento que mostraba su enemiga.

Despues de algunos segundos de silencio, durante los cuales no separó su mirada de águila del pálido semblante de la duquesa que no cesaba de llorar extrechamente asida á las almohadas del mísero lecho que ocupaba, la dijo:

—Tu resignacion, siquiera sea mentida, ha podido más que tus súplicas y resistencia, y estoy pronto á concederte una gracia.

—¿Una gracia?—exclamó Isabel con acento de alegría y enjugándose con precipitacion sus bellos ojos para mirar con ternura al que tan consoladoras palabras pronunciaba.

—Sí.

—¿Será verdad? ¿Y cuál es?

—La de concederte un juez imparcial.

—¡Un juez!

—Quien despues de escuchar mi acusacion y tu defensa, sentenciará esta causa equitativamente y con arreglo á la más estricta justicia.

—¿Quieres burlarte?

—No es tal mi intento.

—¿Y quién es ese juez? ¿dónde está?

—Aquí,—contestó Buridan tomando de la mano á su silencioso hermano y haciéndolo visible á la duquesa.

—¡Sataniel!—exclamó la dama con espanto.

—El mismo soy, señora.

—¿Tú en esta caverna inmunda?

—Ya lo veis.

—¿Cuándo has llegado?

—No ha mucho.

—¿Y con qué intencion?

—Respetad mis intenciones.

—Perdona mi pregunta si te parece inoportuna, pero temí...

—¿Que á vos llegaba sediento de venganza?

—¡Ay! Sí, Sataniel.

—Tranquilizaos.

—¡Dios mio!

—Vuestro temor fué infundado.

—¿De veras?

—Os lo aseguro, Isabel.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Todo el mal que me habeis causado en los pocos meses que tuve la desgracia de conoceros, os perdoné al saber que estábais presa y á punto de espiar otros crímenes mayores.

—¡Generoso corazon!

—No es ménos generoso el de mi hermano, y os lo prueba la gracia que os acaba de conceder.

—¿Conque de tí puedo esperar clemencia?

—Segun, duquesa.

—¡Ah!

—No vengo á perdonar agravios agenos, pero sí á juzgarlos sin pasion, sin ódio, sin prevencion de ningun género.

—Es cuanto imploro que hagas en mi favor, amigo mio.

—Y bien, os escucho á los dos.

Y dicho esto Sataniel se cruzó de brazos y tomó asiento en una esquina del lecho que ocupaba Isabel de Rocafort.

Esta quiso ser la primera en hablar, pero Buridan la interrumpió diciendo:

—Me toca á mí, duquesa.

Y luego volviéndose á su hermano, añadió:

—Préstame atencion, que únicamente para que tú la escuches voy con brevedad á relatar la historia de la afrenta que vengar deseo.

—Te escucho atento.

—Hace diez años que entre la servidumbre de la hija muy querida del gran duque Roberto de Borgoña, apareció una mañana del modo más misterioso una bellísima jóven apenas salida de la edad de niña.

Era alta, esbelta y lánguida como la palmera del desierto; tenia ojos de cielo, talle de ninfa, cabello de oro y rostro de querube.

Su cortedad era tanta que no era osada á pronunciar una palabra: tanta tambien su modestia que si un noble la miraba bajaba al punto los ojos ruborosa y aun demostrando desear que la tierra se abriese para que en su seno la ocultase.

Repito que era un ángel la tal niña.

—¡Cuanto sarcasmo y burla!—murmuró la dama blan-

ca con acento de amargura y ocultando su semblante entre ambas manos.

Buridan fingió no oirla y continuó:

—Tan súbita y deleitosa aparicion, fué saludada en un principio con sorpresa y luego con entusiasmo por aquella córte galante, bulliciosa y amante por excelencia de todo lo que era bello, aunque no fuese elevado y grande.

Los gentiles caballeros más celebrados por sus aventuras amorosas, giraron desde el primer momento en su derredor como las mariposas giran en torno de la luz que las fascina: la galantearon sin tregua ni descanso, quemaron pródigamente á sus plantas el incienso de la adulacion, dijéronla ternezas, requiriéronla de amores... pero todo en vano.

O la recien aparecida carecia de corazon ó este aun dormia el sueño de la virginidad, de la inocencia y la ignorancia, pues á la palabra amor quedábase tan impasible como se queda todo aquel á quien hablan en un idioma completamente desconocido para él.

Y si la importunaban mucho... ¿que dirás que hacia, hermano mio? Refugiarse llorando en los brazos de su noble señora la princesa, que siempre la recibia en ellos con cariño y bondad que pagó despues la protejida con la más negra ingratitud.

¡Cuando digo que era un ángel la bella forastera!

Su educacion esmerada, su hermosura, que parejas corria con la de la hija del gran duque, su inocencia, su candor y sus desdenes despertaron muy mucho la curiosidad de todos, y todos á porfía trataron de indagar quién era y de dónde venia aquel rarísimo prodigio.

Lo único que pudieron saber, bien por sus lábios, bien por los de la princesa, ó bien por los del gran duque, fué que se llamaba Isabel de Rocafort, que nacido habia en

novilísima pero pobre cuna, que se habia educado en un convento, y que acababa de quedarse huérfana y sola en el mundo, por cuya causa el bondadoso soberano de Borgoña se declaró su protector, la hizo venir á su palacio y la incluyó en la servidumbre de su hija, recomendando á ésta que la considerase más como hermana que como servidora.

Margarita satisfizo bien pronto los deseos de su cariñoso padre.

Isabel fué para ella desde el primer momento una hermana amante, una amiga y confidenta íntima, una compañera inseparable.

Entre las dos no existia al parecer secreto alguno, ni tampoco existia diferencia.

Las dos vestian con igual lujo y riqueza, las dos eran amadas por el anciano duque, adoradas por los cortesanos y servidas por las damas de igual suerte, y entre las dos compartian los honores de las fiestas.

Semejante intimidad, y más que todo, tan grande favor y preferencia concedida á una advenediza, despertó, como es de suponer, la envidia y rivalidad en las mujeres y aumentó la pasion de muchos hombres que ambicionaban su mano para escalar el poder y llegar más pronto al templo de la fortuna.

Pero Isabel despreciaba los ódios de las unas y se burlaba de las pretensiones de los otros.

Y se burlaba, no con recato sino en presencia de sus adoradores.

Porque la huérfana desvalida habia ido perdiendo poco á poco aquella timidez y encogimiento que la hacian tan seductora á los ojos de los unos y tan ridícula á los ojos de las otras, y á los dos meses de estancia en la fastuosa córte de Borgoña ya no se ruborizaba como en un princi-

pio si la miraban fijamente, ni vertia lágrimas cuando la hablaban de amor, sino que por el contrario, reia como una loca y jugaba con la pasion de sus adoradores como pudiera hacerlo la más refinada coqueta.

En aquella época tenia un amante la princesa Margarita.

Este amante llamábase Buridan.

Dejo de hacer su retrato por modestia, pero repetiré lo que todo el mundo decia.

Que Buridan era el doncel más hermoso, apuesto y gentil de toda la Borgoña.

A los ojos de la córte pasaban Margarita, y Buridan como dos buenos amigos, como dos compañeros de la infancia, pero en realidad erán amantes, y aunque muy niños, ya se habian otorgado mútuamente inequívocas pruebas de su amor y jurado ser el uno del otro ante el altar más adelante.

Isabel de Rocafort tuvo el capricho de enamorarse ciegamente desde el primer momento que lo viera, del prometido de su amiga y no dejaba pasar una ocasion oportuna para declararle su pasion por todos los medios indirectos que le sugeria su talento.

Pero Buridan que solo vivia para Margarita, desdeñó aquella pasion y fingió no haberla siquiera adivinado, mas inútil fué su disimulo; la favorita habia jurado sin duda robar á su señora la felicidad que disfrutaba y lo consiguió, aunque por breves dias, apelando á los medios más infames.

El ángel, pues, empezaba á trasformarse en demonio.

—¡Oh Dios mio!—volvió á exclamar la duquesa, cuyo llanto no cesaba.

—¿Soy buen cronista ó no, Isabel?—preguntó el de Alenzon con lo mayor naturálidad.

—Tenme lástima y dá pronto fin á ese relato.

—¿Que dé pronto fin y empiezo ahora?

—¡Qué martirio!

—No fué pequeño el que hiciste sufrir á Margarita.

—¡Ay! ¿Y el que yo sufrí despues?

—¿Tú?

—Prosigue, hermano,—interrumpió Sataniel.

—Prosiguo pues. En gracia á la duquesa que me suplica la brevedad con lágrimas en los ojos, pasaré por alto ciertos detalles repugnantes que te darian una idea exacta de los instintos perversos que abrigaba Isabel de Rocafort bajo aquel esterior angelical que la hacia irresistible.

Tambien omitiré la relacion de los medios de que se valió para convencer á Buridan de que le era infiel su adorada Margarita, de que debia vengarse y de que en parte alguna encontraria más dulce venganza que en los brazos de la mujer que le idolatraba en silencio.

Baste decir que el celoso y engañado doncel se arrojó una noche en ellos y juró cuanto Isabel le exigió que jurase, é hizo cuanto le ordenó que hiciese.

La princesa al tener noticia, tal vez por los lábios de su misma amiga, de la infidelidad de su amante, cayó gravemente enferma, mas llevó la generosidad hasta el extremo de no acusar á los traidores como causa primordial de los cruentos dolores que sufria.

Como Buridan amaba con delirio á la compañera de su infancia, como solo habia sido infiel por vengarse de una falta que su amada no habia cometido, pronto empezó á experimentar remordimientos, pero Isabel se encargó de sofocarlos en el fondo de su corazon con maravillosa maestría y la pobre víctima de aquella odiosa intriga siguió sufriendo en silencio sin que nadie se compadeciese de sus cuitas.

En este estado las cosas llegó á palacio un noble cuya fama en aventuras amorosas empezaba á ser universal.

Aquel noble vino á ser la Providencia para los divorciados amantes y el infierno sin duda para Isabel de Rocafort.

Llamábase Enrique de Poitiers, era feo, pero de una fealdad irresistible segun él mismo decia con petulancia, muy pobre á causa de haber disipado su patrimonio en la córte de Felipe el Hermoso, de donde llegaba á la de Borgoña huyendo del ridículo en que le ponia su pobreza, pero tan sumamente amable, cortés, servicial é insinuante que era imposible tratarlo una sola vez sin desear al punto ser su amigo.

Lo fué de Buridan desde el primer momento en que se vieron, y tan estrecha llegó á ser su amistad que no acertaban á separarse el uno del otro ni un segundo.

Sin duda por esta causa llegó á descubrir en breve lo que todos ignoraban, esto es, que el paje amaba ó fingia amar á la doncella favorita de la hija del gran duque y que la princesa, enferma estaba de celos.

Descubrir tal secreto y hacer propósito de poner remedio al mal, fué para Poitiers obra de algunos minutos.

—Una mañana llamó aparte á Buridan y le dijo:

—Os doy la enhorabuena, amigo mio.

—¿Por qué?—preguntó el paje un tanto sorprendido.

—¿Y me lo preguntais con esa candidéz?

—Servios explicaros.

—Os la doy muy cumplida por el grande favor que gozais entre las damas de palacio.

—¿Yo?

—No os hagais el chiquito y el modesto.

—Pero...

—No me negueis que muchas bellas se disputan vuestro

corazon con grande empeño, enfermando de celos las vencidas en la lucha y mostrándose las vencedoras orgullosas de su triunfo.

—¿Quereis burlaros, Poitiers?

—Todo ménos eso.

—Yo no amo á dadie.

—¡Mentirosillo!...

—Ni nadie me ama.

—¿No?

—No.

—¿De veras ignorais que os aman con delirio?

—Y tan deveras.

—¡Qué diantre! Y que atrasado estais de noticias, señor doncel mimado.

—¿Pero quién me puede amar con la pasion que decís?

—La única dama que puede competir en belleza con la princesa Margarita.

—Hay tantas.

—Solo hay una.

—¿Su nombre?

—Isabel de Rocafort.

—¡Delirais! Isabel no ha reparado en mí siquiera.

—Os puedo probar que ha reparado en vos y vos en ella un poco más de lo debido.

—Enrique...

—Tengo mis razones para hablar así.

—Explicaos.

—¡Oh! Basta de disimulo, ingrato amigo. ¿Me negareis que visitais en secreto á la doncella favorita cuando yo os veo entrar y salir de su aposento todas las noches?

Buridan quedó aterrado al escuchar estas palabras, pero Poitiers logró tranquilizarlo jurando que guardaria el secreto, y desde entonces el paje se entregó á discrecion,

es decir, cantó de plano lo que ocultar no podia á quien lo sabia todo.

—Repito que os doy la enhorabuena,—prosiguió luego Enrique,—pero con ella debo daros tambien un acertado consejo que espero tomareis por la cuenta que os tendrá tomarlo.

—¿Un consejo?

—De amigo leal.

—¿Y cuál es?

—El siguiente: Dad al olvido el amor de Isabel de Rocafort, no volvais de noche y con tanto misterio á su aposento y huid todo lo posible de su trato.

—¿Por qué?

—Porque os puede ser fatal.

—¿Serme fatal el trato de esa dama?

—Sí.

—No lo creo.

—Para otro lo fué muy mucho.

—¡Ah!

—Ella abriga la esperanza de unirse á vos y por eso no ha vacilado en concederos sus favores, pero yo os aconsejo que os corteis la mano antes que enlazarla con la suya en los altares.

—Me aterrais.

—Os doy pruebas de amistad hablando de esta suerte.

—No dudo, pero...

—¿Estimais en algo vuestra honra?

—La estimo en lo que la estima todo noble.

—Pues seguid mi consejo.

—¿Por ventura Isabel...

—Es una miserable.

—¡Imposible!

—¿Creeis ser el primero que ha obtenido sus favores?

—¿Cómo no?

—¡Pobre niño!

—¡Poitiers!...

—Otros los han obtenido antes que vos.

—¿Dónde?

—En la córte de París.

—¿En París ha estado Isabel?

—Muchos años con su padre, en calidad de dama de la reina Juana. El Louvre fué para ella el primer teatro de sus desordenadas aventuras amorosas, en el Louvre la conocí y la galantee con éxito...

—¿Vos tambien?

—Yo tambien.

—¿Será posible?

—No lo dudeis.

—¡Oh! Permitid que sí, Poitiers, permitid que dude de la veracidad de vuestras palabras, de la justicia de vuestras acusaciones.

—Otro amigo ménos verdadero que yo se ofendería al oiros, pero yo no puedo ofenderme y estoy pronto á daros pruebas inequívocas que os hagan abrir los ojos á la luz.

—Dádmelas, dádmelas:

—Pero antes escuchad la peregrina historia de esa púdica doncella, conocida en la córte de Felipe el Hermoso con el nombre de *la dama blanca*.

Y Poitiers refirió á su amigo Buridan un cúmulo tal de escandalosos hechos y de aventuras repugnantes...

—¡Mintió Poitiers! Mintió como un bellaco y mal nacido,—exclamó indignada la duquesa de Borgoña.

—¿Conque mintió?

—Como un bellaco, repito.

—¿Conque aquella historia...

—Fué una invencion diabólica.

—¿Conque no os educásteis en la córte de París y no en un convento como entonces decíais para engañar á los incautos?

—No puedo negar esa verdad, pero sí niego las faltas que me imputan haber cometido en ella.

—¡Bah!

—Juro que era pura y honrada cuando en tus brazos me arrojé loca de amor.

—Já, já, já, já.

—¡Y lo duda!

—Pruebas al canto de lo contrario, duquesa.

—¡Oh!

—Y sigo mi relato. Horrorizado, pero no convencido todavía el inocente Buridan despues de escuchar de los lábios de Enrique la peregrina historia de la dama blanca, exigió á su amigo las pruebas prometidas.

—Os las daré,—le dijo sériamente el hidalgo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En la cámara de Isabel.

—¿Qué intentais?

—Ya lo vereis, amigo mio.

—Pero...

—Id allá á la hora acostumbrada sin que os arredre la prohibicion de vuestra querida, y lo demás dejadlo á mi cuidado.

Y dicho esto, Poitiers se separó de Buridan sonriendo maliciosamente.

El jóven paje pasó un dia cruel á pesar de no amar á Isabel de Rocafort.

Temeroso de que pudiera leer algo en su semblante huyó de su lado cuanto le fué posible, pero al llegar la no-

che no pudo evitar quedar con ella á solas un momento en la antecámara de la pobre Margarita, y entonces Isabel le dijo al oido estas palabras:

—Querido Buridan, te amo más que nunca, pero te suplico que esta noche no vayas á verme porque estoy enferma y mis doncellas no querran separarse un momento de la cabecera de mi lecho.

Buridan prometió obedecerla y se alejó de su amada pretestando temor de despertar sospechas en las damas que entraban y salian.

Una de las promesas de Poitiers se habia complido.

La prohibicion habia sido formulada.

El paje cumplió á su vez la palabra empeñada á su amigo y á la hora de costumbre fué con sigilo á los aposentos de la dama blanca.

La oscuridad era grande.

El silencio tambien.

Buridan halló la puerta entornada no más; la empujó suavemente, penetró en la primera estancia que estaba envuelta en tinieblas, abrió la puerta de la segunda, donde habia luz... ¿y qué es lo que vió?

A la casta Isabel prodigando caricias á Enrique, entre cuyos brazos se encontraba.

———

CAPITULO XXV.

En el que se dá cuenta del trágico fin que tuvieron los amores de la dama blanca y de Buridan.

—¡Bravo!—exclamó Sataniel con acento sarcástico y rompiendo por vez primera el largo silencio que guardaba.

La duquesa no pronunció ni una palabra ni hizo el más leve movimiento.

El conde de Alenzon prosiguió de esta suerte:

—Al verme, la inocente y virtuosa Isabel exhaló un grito penetrante de terror y rodó desmayada de los brazos de su antiguo amante Enrique de Poitiers.

Este lanzó una carcajada brutal y saliéndome al encuentro, dijo:

—¿Estais convencido?

—Sí,—contestó con calma glacial el paje.

—¿Os puede caber alguna duda?

—Ninguna.

—¿Y qué pensais hacer ahora?

—Renunciar al amor y los favores de esta infame Mesalina.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Me acabais de quitar un grande peso del corazon, Buridan.

—¿Es que amais á Isabel?

—Por el contrario, la aborrezco.

—Entonces...

—Pero os amo á vos como á un hermano, comprendo cuán inocente sois todavía, y...

—Comprendo, comprendo lo demás, y os doy las gracias por el favor que me acabais de prestar, favor al cual os viviré eternamente agradecido.

—¡Bah! No merece la pena...

—¿Que eso digais?

—Y bien, si me creeis acreedor á alguna recompensa, otorgádmela en este momento empeñando vuestra palabra de honor de no volver á penetrar en esta estancia aunque os lo supliquen de rodillas y con lágrimas sentidas.

—Yo os la empeño.

—¿Y tambien de despreciar á Isabel como merece?

—Sí.

—Quedo tranquilo, y espero que á mi vuelta...

—¡Cómo! ¿Vais á ausentaros de la córte?

—Mañana mismo.

—¿Por qué?

—¡Diantre! Para dejar que pase la tempestad.

—No comprendo...

—Para esquivar la venganza que en el primer momento podria tomar en mí esta preciosa criatura.

—Temeis...

—Más temo á una mujer ofendida en su amor, que á

veinte leones enfurecidos, y á una mujer como Isabel más que á todas las del mundo.

—¡Oh!

—Capaz sería de asestarme con su propia mano una traidora puñalada.

—¡Fuego de Dios! ¿Luego yo mismo despreciando su cariño no estoy exento...

—No os aconsejo que vivais desprevenido.

—Muy prevenido viviré, os lo juro.

Y dicho esto ambos hidalgos abandonaron la cámara sin curarse del aflictivo estado en que quedaba la doncella favórita.

Al siguiente dia Enrique de Poitiers se alejó de la córte para visitar sus mezquinos dominios con permiso del gran duque, y Buridan corrió de nuevo á los brazos de su amada Margarita para confesar su falta y de quien obtuvo sin grande esfuerzo un generoso perdon lo mismo que su ingrata y traidora amiga.

Aquí termina la primera parte de mi historia.

Voy á dar comienzo á la segunda para terminarla con la brevedad posible.

Margarita y Buridan se consideraron las criaturas más felices de la tierra desde que tuvo lugar su reconciliacion.

No así la dama blanca que desde entonces vivia para la venganza.

Irritada sin duda por los contínuos desdenes y desprecios del dichoso paje y las sátiras punzantes que sin cesar la dirigia la princesa, concibió un horrible proyecto para vengarse del primero, proyecto que es imposible que haya podido concebir mujer celosa y vengativa desde que el mundo es mundo.

—¡Basta! ¡Basta!—exclamó con acento desesperado

Isabel de Rocafort, arrodillándose en el lecho y juntando las manos en actitud de súplica.

—¿Y por qué ha de bastar, duquesa?—preguntó Buridan un tanto sorprendido al advertir su brusco movimiento.

—Dá por finalizada esa terrible historia.

—Si falta lo mejor... la parte más dramática.

—Líbrame de la tortura de escucharla.

—¿Es un mandato el que me dirijes?

—Es una súplica.

—¡Ah! Una súplica.

—No la desatiendas por lo que más ames en el mundo, amigo mio.

—¿Conque tanto daño te hace...

—El solo recuerdo de aquella noche me asesina.

—¿Pues qué diré yo, Isabel?

—¡Perdon!... ¡Piedad!

—Tú no la tuviste de aquel gallardo mancebo que en vez de causarte mal, te hizo feliz sin merecerlo, por espacio de unos dias.

—¡Es verdad! Fuí muy cruel... muy despiadada...

—Tú te mostraste sorda á sus gritos de dolor...

—¡Dios mio!

—¿Y te extraña que él ahora se muestre sordo á los tuyos?

—No, no; nada puede extrañarme... está en su legítimo derecho, puede en justicia devolverme mal por mal, martirio por martirio, pero yo apelo á su hidalguía y abrigo la esperanza de que no lo hará.

—¡Que no lo hará!

—No, porque él es bueno, magnánimo y generoso.

—Te engañas, duquesa. Desde entonces es tan perverso ó poco ménos que tú.

—Pruebas ha dado de lo contrario.

—¿A quién?

—A todo el mundo.

—Pero no te las dará á tí.

—¡Cielos!

—No las esperes, no, en tanto que su venganza no quede satisfecha.

—¡Oh, qué crueldad... qué crueldad!—murmuró con voz desfallecida la duquesa de Borgoña dejándose caer de nuevo sobre el miserable lecho para sofocar sus sollozos con las súcias almohadas donde reclinaba la cabeza.

—Prosigue, Juan, prosigue,—dijo Sataniel,—y acabemos pronto esta terrible y dolorosa escena.

—Voy á complacerte, porque tanto como tú deseo poner un breve fin á este relato.

—Te escucho.

—Decia que la dama blanca irritada por los contínuos desdenes y desprecios de Buridan que habia descubierto al fin las miserables intrigas que puso en juego para separarlo de Margarita acusando á esta princesa de una infidelidad que ni soñó cometer, juró vengarse de un modo bárbaro y cruel del hombre que solo habia sido su amante en la apariencia.

Cuando todo lo tuvo preparado para llevar á cabo su venganza, pidió licencia al gran duque para ausentarse algun tiempo de la córte y visitar su castillo de Rocafort que estaba situado en la frontera y habiéndola obtenido se ausentó en efecto despues de despedirse cordialmente de Margarita y Buridan.

Ambos amantes respiraron con libertad cuando la vieron alejarse de palacio.

Y entonces se entregaron sin reserva á los goces de su amor.

Y ocho ó diez dias trascurrieron en la más plácida calma.

Una noche transitaba confiado Buridan por una oscura y desierta callejuela de la ciudad, cuando de súbito se sintió, más bien que se vió, acometido por cuatro ó seis jayanes que lo arrollaron con sus capas, lo derribaron en tierra, le quitaron las armas que llevaba, sellaron su boca con una fuerte mordaza, vendaron sus ojos y lo trasladaron en brazos al interior de una casa que debia estar situada en el mismo callejon.

Llegado que hubieron á una estancia preparada de antemano, lo depositaron sobre un lecho parecido al que ocupa en este instante la bella duquesa de Borgoña, y lo dejaron libre.

Dije mal: libre quedó el mancebo de las fieras garras de sus aprehendedores, pero no de las fuertes ligaduras que aprisionaban sus brazos y sus piernas.

Buridan nada podia ver porque aun tenia colocada la venda sobre los ojos.

De súbito aquella venda le fué arrancada por una mano invisible.

—¿Y á quién dirás que vió ante sí?

—A Isabel de Rocafort de pié como yo estoy junto al potro del martirio, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la mirada centellante... pálida... desencajada como indudablemente estará en este momento madama la duquesa de Borgoña.

—¿Y bien?

—No me interrumpas, Pedro.

—Prosigue que la historia me imteresa.

—¡Oh! ¡Es tan interesante!

—Sigue, sigue.

—Buridan al verla cerca de sí cuando la creia lejos, y

sobre todo, al verla en aquel estado de exaltacion febril, quiso exhalar un penetrante grito de terror, pero no pudo por impedírselo la mordaza que destrozaba sus lábios.

Concretóse, pues, á encomendar su alma á Dios y á despedirse mentalmente de su adorada Margarita.

Por tan muerto se contaba despues de recordar lo que le dijo Enrique de Poitiers respecto al vengativo carácter de la bella Mesalina la noche que la sorprendió en sus brazos, que no hubiera dado por su vida ni un solo escudo de plata.

Sin embargo, se engañaba el jóven paje al suponer á Isabel con deseos de atentar contra su existencia.

Deseaba otra cosa mucho más terrible que la muerte y satisfizo cumplidamente su deseo.

—¿Qué deseaba, Juan?

—Ahora lo sabrás, hermano.

—¡Oh! Me martirizas.

—Tocamos el fin de tan peregrina historia.

—¡Loado sea Dios!

—Prosigo.

—Isabel no estaba sola en la estancia que tenia un aspecto miserable y terrorífico.

Los seis jayanes la rodeaban silenciosos y graves como estátuas.

Una mezquina lámpara pendiente de la techumbre lanzaba los débiles rayos de su luz sobre tan hermoso cuadro.

El fuerte olor á carbon medio encendido de que estaba impregnada la atmósfera, advirtió al jóven hidalgo la proximidad de un hornillo en el que sin duda se calentaba un manjar muy poco apetitoso.

—¡Cielos!—exclamó con espanto Sataniel.—Creo adivinar...

—No me interrumpas ó no daré fin jamás.

—¡Ira de Dios!...

—Imita á la duquesa que calla como una muerta.

—¡Infame! ¡Infame!

—Prosigo mi tantas veces interrumpida relacion.

—Luego de verse el paje libre de la venda que le impedia ver, reinaron en la sala del tormento, pues tal nombre merece, algunos segundos de terroroso silencio.

Cansada Isabel de contemplar fijamente á Buridan, varió de postura, estendió una mano yerta como la de un cadáver, acarició con ella la mejilla del amordazado hidalgo, y le dijo con ronca voz y sonriendo siniestramente:

—Eres mio otra vez, hermoso niño.

El preso se encogió de hombros con desden.

—Mio,—prosiguió diciendo la dama blanca en el mismo tono;—de nuevo te robo para hacerte mio, pero esta vez no te aprisiono con mis amantes brazos sino con fieros cordeles que martirizan tus carnes.

—¿Y bien? preguntó Buridan con los ojos, ya que á sus lábios no les era dable formular pregunta alguna.

—¿No te importa el cambio de cadenas?

—No,—contestó el paje con un movimiento negativo de cabeza.

—¿Conque hasta ese punto desprecias las caricias que un dia te prodigué loca de amor?

—Sí,—contestó el jóven de igual suerte.

—¡Miserable!—exclamó entonces la dama blanca en el parasismo del furor y descargando sobre la mejilla del cautivo una infamante y terrible bofetada.

Recibir la ofensa y romper las ligaduras que sujetaban sus brazos haciendo un violento esfuerzo, fué para el amante de Margarita obra de un solo segundo.

Pero los jayanes se arrojaron sobre él como hambrientas fieras y lo amarraron de nuevo antes de darle tiempo

para vengarse despedazando á su cruel enemiga.

—Quitadle la mordaza,—gritó Isabel que habia huido al fondo de la estancia despues de cometer su heróica hazaña.—Quitadle la mordaza que quiero tener el placer de oir sus imprecaciones y blasfemias.

Los sayones obedecieron el mandato.

—Y el amante de la princesa más bella de la tierra pudo al fin respirar libremente, hablar y atronar el espacio con sus gritos de rábia y justa indignacion.

Pero por no complacer á su verdugo, ni gritó, ni increpó, ni maldijo en el primer momento.

Unicamente dijo con el acento más natural del mundo:

—Me has inferido una mortal ofensa, y de ella tomo acta, Isabel de Rocafort.

—Sí, sí, toma acta de cuanto gustes, bello paje, para recordarlo todo bien el dia del desagravio.

—Ese dia llegará.

—Lo dudo.

—Aunque me mates no ha de faltar quien vengue cumplidamente la injuria que acabas de inferir al primer noble de los estados de Borgoña.

—¿No ha de faltar?

—No.

—¿Y quién será tu vengador?

—Ya lo sabrás cuando el momento llegue.

—¿Margarita?

—O el mismo Satanás.

—Já, já, já, já. ¿Tienes pacto con el diablo para contar con su apoyo? Pero si es así muy poco se conoce: debiera haberte librado del lazo en que has caido como una incauta avecilla.

—¿Lazo y has apelado á la fuerza más brutal?

—¡Bah! Todos los medios son buenos para conseguir el fin apetecido.

—Pero tienes razon, lazo fué... traicion cobarde. ¡Oh! Aunque seis eran los mastines que arrojaste á mi paso para darme caza, buena cuenta hubiera dado de ellos ha dejarme hacer uso de la espada.

—¡Fanfarron!

—No me tendrias en tu poder cual me tienes, infame.

—¡Qué valientes son los cortesanos con los lábios!

—¡Menguada ramera! ¿Dudas que soy capaz de despedazaros á los siete con mis dientes si al alcance de ellos llegais á colocaros?

—¡Maldicion sobre tí bellaco! Si vuelves á pronunciar tan fea é insultante frase, juro á Dios sacarte los ojos con un hierro candente.

—¿Tú?

—¿Me desafias estando maniatado?

—Sí.

—Tientas mi cólera.

—De tentarla trato para saber de lo que eres capaz.

—¡Tiembla!

—Buridan solo tiembla de amor á las plantas de la mujer amada.

—A las plantas de Margarita, por ejemplo.

—Sí, á las plantas de la bellísima Margarita de Borgoña que vale por mil Isabeles de Rocafort.

—¡Infame!

—¡Hola! Parece que los celos te irritan sobremanera.

—Los celos me impulsan á la venganza.

—Pues véngate y sufre, maldita.

—Tú... tú sufrirás más que yo, orgulloso paje.

—Te engañas. Despues de muerto...

—¿Conque moririas gustoso en este instante?

—Con tal de librarme de tu odiosa presencia.

—Pues tu gusto no ha de cumplirse, Juan.

—¿No?

—Te condeno á vivir.

—Enhorabuena.

—Y te condeno tambien á arrastrar una existencia vergonzosa y miserable.

—¿Tú? ¿Tú condenarme á la miseria?

—No me comprendes. Voy á condenarte á la infamia.

—¡A la infamia!

—Eterna.

—¡Cielos!

—¿Y sabes cómo se infama á un noble?

—Acaba.

—Con el hierro candente.

—¡Horror!

—¡Hola! Parece que te aterras.

—¿Qué es lo que intentas, mujer?

—Ya te lo he dicho.

—¡Infamarme!

—Y hacerte mi esclavo por medio de la marca, Buridan.

—¡Oh! No es posible que lleves la crueldad hasta ese extremo.

—¡Hola! ¡hola! Parece que ya empleas un lenguaje más dulce, más tierno y persuasivo.

—¿Qué mal te hice yo para que intentes tomar tan bárbara venganza?

—¿Y eso me preguntas?

—Ninguno te he causado.

—¿Ninguno?

—¿Tengo yo la culpa de no poderte amar como deseas?

—Pero la tienes de mis crueles sufrimientos.

—No.

—De las humillaciones, de los escarnios, de las sangrientas burlas que me ha hecho sufrir la altiva Margarita por espacio de tres meses.

—Tampoco.

—¿Quién la reveló que habia sido débil é imprudente hasta el extremo de concederte mis favores?

—Poitiers.

—¡Mientes!

—Lo juro.

—Y bien, el infame Poitiers se lo revelaria primero, pero luego se lo confesaste tú y entre los dos os burlásteis de la pobre Isabel á maravilla.

—¡Error!... ¡Error!

—¡Basta de negativas, Juan! Me has deshonrado...

—¿Yo deshonrarte?

—Te has burlado despues de mi deshonra, has dado muerte sin piedad á mis ilusiones y esperanzas, y es justo que me vengue.

—Mátame si me crees culpable.

—La muerte es poco.

—¿Qué intentas, pues?

—Ya te lo he dicho dos veces.

—¡Sellar mis carnes con el infamante hierro!

—Sí.

—¡Vive Dios que no has de conseguir tu miserable intento!

—¿No?

—¡No!

—¿Cómo lo impedirás?

—Ven á saberlo, despiadada hiena.

—Espera, espera que allá voy, hermoso y valiente caballero.

Y dicho esto hizo una seña á los sayones que se arrojaron de nuevo sobre Buridan que en vano luchó desesperadamente por espacio de algunos minutos contra fuerzas tan superiores y estando atado de piés y manos.

Cuando quedó vencido, tendido boca á bajo en el inmundo potro y con las espaldas completamente desnudas, Isabel se aproximó á él llevando en la diestra una barilla de hierro en cuya punta habia un grande sello del mismo metal enrojecido al fuego, y en donde podian verse grabadas estas palabras: *Esclavo de Isabel de Rocafort*. Un segundo más tarde el infamante letrero quedó impreso en las desnudas carnes del inocente é indefenso caballero.

—¡Horror!—exclamó Sataniel levantándose de súbito con los ojos chispeantes de indignacion.

Un quejido doloroso halló despues eco en la bóveda del subterráneo.

Habíalo exhalado la duquesa de Borgoña.

CAPITULO XXVI

Del no ménos trágico fin que tuvo la duquesa de Borgoña.

—He terminado mi historia,—dijo al fin Buridan despues de un largo intervalo de terroroso silencio.

—Creo que aun falta algo.

—Lo que falta importa poco.

—Sin embargo, deseo saber...

—¿Qué, Pedro?

—Lo que pasó en aquella infame casa despues que sufriste tan horroroso suplicio.

—¡Oh! Lo ignoro.

—¡Cómo!

—Porque nada ví.

—¿Te desmayaste?

—Confieso mi flaqueza... me desmayé.

—¿Y qué mucho?

—Pero no fué el dolor, fué la impotente rábia que se apoderó de mi corazon al sentirme tan infame y villana-

mente deshonrado por la mano de una mujer que debió nacer sin honra, lo que me privó de los sentidos.

—Te creo.

—¡Oh! Cada vez que recuerdo aquel horroroso drama...

—¿Pero y luego?

—Luego...

—¿Cuando recobraste el uso de los sentidos, dónde estabas?

—En el palacio ducal, en mi aposento, en mi lecho, en cuya cabecera velaba mi confidente el médico del príncipe soberano.

—¿Orsini?

—Sí.

—Pero...

—El me dijo que habia sido hallado exánime por los agentes del preboste en una inmunda callejuela y conducido al palacio en tal estado, tan pronto como fuí reconocido. Me dijo tambien que por fortuna solo él tuvo noticia de tan desgraciado lance, y que nadie se halló presente cuando me aplicó la primera cura á la sospechosa herida que tenia en las espaldas.

—¿Conque llegó á sospechar...

—¿Y cómo no?

—¿Y entonces tú, qué hiciste?

—Confesarle la verdad y suplicarle el secreto, como tambien que borrase con sus cortantes instrumentos el infamante letrero que sellaba mis carnes.

—¿Y accedió á tus súplicas?

—En el mismo instante.

—¿Y sufriste tan terrible y dolorosa operacion?

—Mil muertes sufrido hubiera.

—¡Horror!

—Sufrí... pero curé maravillosamente.

—Sin quedar señal...

—De la infamante no; de la quirúrgica, de la que borró la mancilla, sí.

—Señal horrenda que ha poder vértela á cada instante ..

—No es menester verla para recordar que existe.

—Es verdad. ¿Pero qué fué de Isabel?

—Aquella misma noche debió huir de la ciudad, y algun tiempo despues se supo que sin permiso del gran duque se habia establecido en la córte de Inglaterra, de donde no volvió á la de Borgoña...

—Hasta hace un año ó poco más, para seducir á Odon y compartir con él el trono del gran Roberto.

—Sí.

—Conozco un poco la historia de ese enlace singular.

—Debe ser curiosa.

—Mucho. Prometo referírtela.

—¡Oh, no! Nada nuevo quiero saber respecto ámi cruel enemiga.

—Bien haces, Juan.

—He dado fin á la historia; entablada queda la querella, hecha la acusacion... Ahora, si pude, que se defienda madama.

—¿Lo oís, duquesa? A vos toca hablar.

Isabel entonces separó las manos de su pálido y desencajado rostro, y despues de contemplar fijamente á Sataniel, le dijo:

—No esperes que pronuncie una palabra en mi defensa.

—¿No?

—No.

—¿Luego os confesais culpable?

—Sí.

—¿Y confesais tambien...

—Que soy acreedora al más cruel de los castigos.

—Enhorabuena.

—Cumple tu deber, amigo mio: sentencia segun tu conciencia te lo dicte.

—Eso haré, señora.

—¿A qué pena condenas á Isabel de Rocafort, hermano?

—Primero á ser marcada con hierro candente en la mejilla para que el sello infamante no pueda ser borrado sin afear el rostro.

—¡Horror!—exclamó la duquesa con espanto.

—Justicia equitativa y justa,—dijo Buridan con acento solemne.

—Luego,—prosiguió Sataniel,—á ser entregada á su ultrajado esposo, para que este á su vez pueda vengar su afrenta y castigar tantos y tan horrendos crímenes cuya sola enumeracion me espantaria. Este es mi fallo, esta la sentencia.

—¡Oh Dios!

—¿Os parece cruel, duquesa?

—No, no.

—Ejecútese, pues.

—¿Lo oyes, Isabel? Tu juez ordena que se ejecute al punto la sentencia de tu infamia y de tu muerte.

—Y bien, ¿qué esperas?

—¿Estás dispuesta á sufrir el horrendo martirio que sufrir me hiciste hace diez años?

—Sí. Héme resignada. Dios á dicho: Si con hierro matas con hierro serás muerto; si con hierro hieres con hierro serás herido: yo herí con hierro tus carnes, hiere, pues, las mias de igual suerte sin compasion ni lástima, que ni lástima ni compasion tuve de tí aquella terrible noche.

—¡Es verdad!

—¡Oh! Si yo pudiera borrar de las páginas de mi historia tan espantoso crimen!

—¿Conque estás arrepentida de haberlo cometido?

—¿Para qué jurarlo sino he de ser creida?

—Y bien, quiero creerte.

—¿Será verdad?

—Creo en tu arrepentimiento, Isabel.

—¡Ah, gracias... gracias!

—Y porque creo, al fin te perdono.

—¡Qué escucho! Que me perdonas... que perdonas á la infame mujer que tanto mal te ha causado...

—Sí.

—A la despiadada enemiga de Margarita...

—Sí.

—A la perseguidora de tus hijos...

—En nombre de los hijos te perdona el padre.

—¡Ah Buridan, Buridan! ¡Cuán grande, cuán magnánimo y generoso eres!

—¡Y dudar pudiste de la grandeza de mi corazon á pesar de las amenazas que mis lábios proferian!

—¡Perdon... perdon por mi injusticia!

—Tambien te lo otorgo generoso.

—¡Oh!

—Eres libre, en este mismo instante serás trasladada desde estos subterráneos al lugar que tú misma designes, pero allí pide á Dios la proteccion que yo no puedo concederte porque mi generosidad no alcanza á tanto.

—Salir de aquí...

—Es preciso, pero saldrás ilesa como no podias esperar.

—Sí, sí, pero yo te imploro que no me saqués de esta tumba.

—¡Cómo!

—Yo te imploro que no me expongas á caer en manos

de unos jueces que serán más severos y ménos piadosos que vosotros.

—Pides un imposible.

—¡Ah Buridan!

—Ni aquí puedes permanecer ni yo puedo impedir que se cumpla lo que por Dios está escrito.

—¡Me aterras!

—Resígnate y partamos.

—¿Pero á dónde?

—Fuera de estos subterráneos.

—¿Para dejarme abandonada?

—Dios no te negará su amparo.

—Y tú me lo niegas... ¡Cruel! ¡cruel!

—Cruel me llama todavía.

—¡Ah, perdon! Ni sé siquiera lo que digo.

—El dolor te hace ser injusta.

—No, no: ya he recobrado la razon; ya puedo de nuevo apreciar en lo que valen tus infinitas bondades, ya estoy resignada con mi triste suerte... Vamos.

Y al decir esto, Isabel despues de haber abandonado el lecho intentó caminar algunos pasos, pero en vano, porque sus débiles piernas se negaron á sostener el peso de su cuerpo, y hubiera rodado sobre el húmedo pavimento á no sostenerla Buridan y ayudarla á sentarse sobre uno de los viejísimos arcones.

—¡Imposible!—murmuró con voz desfallecida y con los ojos empañados por las lágrimas que á ellos se agolpaban desde el fondo de su corazon.—No tengo fuerzas para dar un paso.

—¿Os sentís enferma?—preguntaron ambos hidalgos con solicitud y movidos á piedad.

—Mi espíritu desfallece por momentos, la luz huye de mis ojos... ¡Ay! Me siento morir, amigos mios.

—Isabel...

—Duquesa...

—Será tal vez un devaneo.

—¿Quién lo duda?

—Sí, sí.

—Tranquilizaos, descansad todo el tiempo necesario para recobrar de nuevo fuerzas, y luego...

—Agua... dadme agua por piedad.

—¿Tienes sed, Isabel?

—Me abrasa la fiebre, Buridan.

—¡Desdichada!

—Toca mi frente.

—¡Quema!

—Toca mis manos.

—La fiebre te devora, infeliz.

—¿Me compadeces, Juan?

—¡Oh! No soy perverso y vengativo hasta el extremo de no moverme á compasion el estado en que te encuentras.

—Cuánto bien me haces.

—¡Infeliz! ¡Infeliz!

—¿Pero no me dais agua?

—¿Y dónde hallarla ahora?

—¡Cómo! ¿No la hay en este calabozo?

—Sí,—contestó Sataniel que habia rebuscado por todos los rincones.—Aquí hay un cántaro lleno y un cubilete tambien.

—¡Loado sea Dios!

—Tomad, señora.

—Gracias, Sataniel amigo. Será el último favor que prestarás á la mujer que te amó un dia, aunque no con la pasion que amó á tu hermano.

Fueron estas palabras pronunciadas por Isabel con un

tan sentido acento, que conmovidos los hidalgos volvieron un momento el rostro para ocultar la emocion que los embargaba.

Aprovechando la duquesa aquella momentánea distraccion, abrió con presteza el secreto de una de las ricas sortijas que adornaban sus bellas manos y vació su contenido en el cubilete.

Despues apuró el agua hasta la última gota.

—¡Esto es hecho!—exclamó luego con voz sorda y entregando el humilde recipiente á Buridan.

—¿Qué quieres significar...

—Que todo á terminado ya en el mundo para mí.

—¡Cómo!

—¿Qué dices?

—¿Tan enferma os sentís, duquesa?

—Muy enferma, Sataniel.

—¡Oh! Pues sería una crueldad dejaros morir sin prestaros ninguna clase de auxilios.

—Serán vanos.

—Voy...

—¿Adónde, amigo mio?

—En busca de un doctor de toda mi confianza.

—Es inútil.

—No.

—Llegaria tarde.

—Pero...

—Y además, para mi mal carece la ciencia de remedios.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—exclamó Buridan retrocediendo un paso con asombro.—Tu semblante se desencaja por segundos.

—Es que la muerte llega á pasos de gigante.

—Duquesa...

—No os alejeis... llegad... no me priveis del placer de morir en vuestros brazos.

—¡Oh Dios!

—Buridan mio...

—¿Pero qué es lo que pasa por tí, desventurada?

—Una cosa horrible, Juan.

—¿Qué has hecho para enfermar tan súbitamente?

—¿No lo adivinas?

—Esplícate.

—He tomado un veneno para que corroa mis entrañas.

—¡Cielos!

—¡Horror!

—¿Pero cuándo?

—Hace un momento.

—¿Con el agua?

—Sí.

—¡Ira de Dios!

—En esta sortija lo encerraba.

—Has cometido un nuevo crímen...

—Pero será el último.

—¡Maldicion! ¡Maldicion!

—¡Cómo! ¿Te desesperas porque voy á morir pronto y sin sufrir el martirio y la deshonra que me esperaban en Borgoña?

—¡Oh!

—Responde.

—Yo que te he perdonado generoso no podia desear que perecieses en un suplicio infamante.

—Pero sin desearlo tú hubiera perecido en él.

—¿Quién sabe?

—¡Ay! Odon no es Buridan.

—Isabel...

—¿Verdad, bien mio? ¿Verdad que no has podido hallar

en el mundo otro hombre que abrigue los grandes y generosos sentimientos que tú abrigas?

—Duquesa...

—No me dés ese título que aborrezco.

—¿Que lo aborreces? ¿Que lo aborreces y por llevarlo...

—¡Calla!

—¡Ah!

—No aumentes mi agonía con los recuerdos del pasado.

—¡Perdon, pobre mujer!

—Llámame tu Isabel, ahora que todo el mal que te causé me has perdonado.

—¿Que te llame mia?

—¡Ay! Es verdad... no puedes: tienes una esposa buena como un ángel y cometerias un crímen llamando tuya á una mujer que tambien pertenece á otro hombre.

—Pensemos en salvarte, desgraciada.

—Es ya tarde.

—Un médico, Pedro, un médico. El de los duques de Lyon... el de la princesa Juana que está más próximo.

—¡Detente, Sataniel! No vayas.

—Sí.

—Os repito que es tarde, muy tarde para poner remedio al mal. Además, quiero morir aquí... en vuestros brazos y no en los del verdugo.

—Sálvate de la muerte que yo despues te salvaré del patíbulo afrentoso.

—No. Prefiero morir ahora que mi arrepentimiento es sincero.

—¡Oh!

—Mañana, ¿quién sabe si lo sería?

—Isabel...

—Os ruego que me dejeis morir aquí sin prestarme

otros auxilios que vuestros consuelos cariños.

—Y bien, muere si morir deseas, pero protesto...

—Basta, basta.

—No temas que de nuevo te importune.

—¡Gracias, Juan! Pero recuerdo que has nombrado no ha mucho á la condesa de Poitiers.

—¿Y eso te extraña, infeliz?

—Has dicho tambien que su médico se hallaba más próximo que el de los duques de Lyon.

—Y no mentia.

—¿Pues dónde estamos?

—En los subterráneos de la torre de Nesle.

—¡Ah! Lo sospechaba.

—¿De veras?

—¿Pero es aquí desde donde has burlado por espacio de tanto tiempo la persecucion de los reyes de Francia y de Navarra?

—Sí.

—¡Oh! Bien; te felicito por ello y te aconsejo que á nadie descubras el secreto de su entrada en tanto que vivas en París.

—¿Crees que tendré un dia que ocultarme de nuevo en este ántro?

—Y con tu esposa y tus hijos.

—¿Luego corremos peligro?

—Mucho peligro en tanto que exista Luis el Hutin.

—No se me oculta.

—Juró exterminarte y exterminar tambien á los hijos de su esposa Margarita.

—Ya lo sé.

—Huye de Francia, Juan, aunque el príncipe está preso. Ninguna ocasion más á propósito. Huye... huye con toda tu familia.

—Seguiré fielmente tu consejo.

—¿De veras?

—Sí.

—Es un consejo de hermana el que doy.

—Gracias, Isabel.

—Pero Dios mio...

—¿Qué?

—Nos olvidábamos de una cosa importante.

—No adivino...

—El rey al tener noticia de mi muerte creerá que he sido asesinada, y aunque debe alegrarse mucho, mandará buscar los supuestos asesinos para dar en su dia cuentas á mi ultrajado esposo Odon.

—Es verdad.

—Es preciso evitar que muchos infelices sufran siendo inocentes por mi causa.

—¡Oh!

—Es preciso evitar tambien que sobre vosotros recaigan las sospechas.

—¿Y cómo?

—Me ocurre una idea.

—Habla por Dios.

—Declararé por escrito que apelé al suicidio para librarme del castigo que merezco por mis crímenes.

—¿Y eso harás?

—Eso me ordena la conciencia que haga.

—Pues obedece á tu conciencia si salvar quieres tu alma.

—Dadme, dadme un pergamino y una plnma.

Sataniel corrió á uno de los arcones en busca de lo que pedia la moribunda duquesa.

—Pero pronto,—exclamó esta con voz desfallecida,—porque mis fuerzas se agotan y la luz huye por momentos de mis ojos.

—¡Ah desdichada, desdichada criatura!

—Dame valor, Buridan querido.

—¡Si la vida que te falta pudiera darte, infeliz!

—Eso no, porque la vida es lo que más aborrezco en este instante supremo.

—Aquí teneis la pluma y el pergamino, señora.

Isabel se apoderó con ánsia febril de ambos objetos, y sobre la desvencijada mesa, junto á la cual se hallaba sentada y luchando con la muerte, escribió con grande trabajo lo siguiente:

«Yo la duquesa de Borgoña declaro ante Dios y para satisfaccion del rey y de su alta justicia, haberme dado violenta muerte con veneno y por propia voluntad con el fin de esquivar el justo castigo á que me hice acreedora por mis infinitos crímenes. De ellos daré pronta cuenta á Dios Nuestro Señor, quien me los perdonará sin duda pues que estoy en este instante sinceramente arrepentida. Igualmente declaro haber privado de la vida con puñal á mi doncella Josefina, algunas horas antes de privarme de la mia.

»Perdonadme todos y rogad por la salvacion de mi alma cuantos esta declaracion leyeren ú oyeren leer.

Isabel de Rocafort.»

Apenas habia terminado de estampar la firma en el escrito, exhaló un penetrante grito de dolor y cayó muerta sobre el fangoso pavimento.

A su grito contestaron con otro más penetrante aun ambos hermanos.

Creyéndola únicamente desmayada trasladáronla al lecho, aflojaron el justillo de brocado que vestia, rociaron agua diferentes veces sobre su pálido y desencajado rostro, mas notando que todos los esfuerzos eran vanos

para hacerla volver en sí, Buridan colocó una mano sobre su corazon y al advertir que no latia exclamó con acento sombrío:

—No hay esperanza. Su espiacion á terminado en la tierra.

—¡Está muerta!

—¡Muerta!

—¡Oh!

—Oremos, oremos por su alma pecadora, hermano mio, que harto lo necesita la cuitada.

Sataniel obedeció en silencio, y ambos hidalgos permanecieron largo rato arrodillados al pié del lecho mortuorio.

CAPITULO XXVII.

Roberto Valet.

Cuando Buridan volvió al Louvre despues de concertar con Sataniel los medios más fáciles y ménos peligrosos para sacar de los subterráneos el cadáver de la duquesa de Borgoña para que recibiese honrosa y sagrada sepultura, sin tener siquiera valor de penetrar en el hotel para satisfacer los deseos de su corazon de padre y amante esposo, era ya muy entrado el dia.

Ninguna señal advirtió en las márgenes del rio ni en las calles que tuvo que atravesar, que pudiese recordarle lo ocurrido en París la anterior noche.

La misma animacion que los dias anteriores se notaba en la ribera; la misma tranquilidad, la misma paz en las calles, las plazas y las casas de los honrados ciudadanos.

La conjuracion, á cuya cabeza se pusiera imprudentemente el heredero del trono, solo habia sido una chispa eléctrica apagada oportunamente en las antecámaras rea-

les con la sangre de ocho ó diez traidores en el momento en que debia producir el incendio general.

Al ménos así lo creyó de buena fé nuestro hidalgo que no vaciló en darse el parabien por su reciente triunfo.

Pero vana esperanza.

El triunfo no existia, y si existia no era él en verdad el vencedor, sino el vencido.

Su momentánea ausencia del palacio real habia bastado para hacer cambiar la faz de las cosas.

Así tambien lo debió creer Buridan tan luego como penetró en el Louvre.

Al atravesar un estrecho y desierto corredor para llegar más pronto y sin ser visto á la cámara del rey, tropezó con un hombre que al reconocerlo exhaló una exclamacion de grata sorpresa.

Era Roberto Valét.

—Es providencial, dijo,—que os halle siempre á poco pasos de distancia cuando voy en vuestra busca.

—El cielo os guarde, amigo mio.

—Y á vos tambien, señor conde.

—Deciais...

—Que en vuestra busca iba.

—¿Adónde?

—Al hotél de Nesle.

—¿De parte del rey?

—Sí.

—¡Cómo! ¿Monseñor se halla ya levantado?

—¡Ay! Hace veinticuatro horas.

—¿Luego no ha reposado ni un momento durante la noche?

—No le han dejado.

—¿Quién?

—Los señores del consejo.

—¡Ah! ¡ah!

—Solo hace media hora que han abandonado la cámara real.

—¿Y qué han resuelto? ¿Qué han aconsejado á S. A ?

—¡Ay!

—¿Sabeis, Valet?

—Sí, pero temo cometer una imprudencia siendo el primero en revelaros...

—Nada temais.

—¿Me guardareis el secreto?

—Os doy mi formal palabra de guardarlo.

—Pues sabed que han aconsejado al rey que perdone á su rebelde é ingrato hijo.

—¡Cielos!

—Tal consejo ¿quien no lo esperaba?

—¿Pero lo ha tomado Monseñor?

—Despues de muhos ruegos.

—¡Oh!

—¿Qué quereis? Al fin es padre.

—Sí, es padre, más antes que padre, rey, y el rey no debe perdonar sin imponer antes el merecido castigo al que algunas horas antes quiso atentar contra su preciosa vida sin respetos humanos y divinos.

—Teneis razon, Mr. de Buridan; no debia, porque el crímen ha sido espantoso, pero...

—Le han hecho comprender que el crímen no ha existido.

—Casi, casi.

—Que monseñor Luis es poco ménos que inocente.

—Eso sobre todo.

—¿Y se ha convencido el rey de su inocencia? ¿Se ha dejado engañar hasta ese punto?

—Fuerza es confesarlo. Sí, caballero.

—¡Pobre rey!

—¡Pobre padre!

—¿Y quién, quién ha sido el hábil consejero que ha tenido suficiente influencia en el ánimo del ultrajado monarca para hacerle variar de concepto y resolucion en tan breves horas?

—Han sido varios los que obtuvieron el triunfo.

—¿Conoceis sus nombres?

—Sí.

—Indicádmelos para que yo á mi vez conozca á los verdaderos enemigos de su alteza.

—Fueron los condes de Poitiers y la Marche, monseñor Cárlos de Valois, monseñor el obispo de París, Mr. Enguerrando de Marigny y sus hermanos el arzobispo de Sens y el obispo de Veanvais, que accidentalmente se hallan en la córte.

—¡Ah! ¡ah!

—Esos señores...

—No osaré decir que todos son traidores.

—Pero podreis decir sin temor de equivocaros que son más adictos al príncipe que al rey.

—¿Lo creeis así tambien, Valet?

—No os lo oculto.

—¡Infeliz, infeliz del monarca que tales hijos, tales hermanos y tales súbditos tiene!

—¡Oh!

—Supongo que la noticia del perdon le habrá sido comunicada á monseñor Luis sin pérdida de tiempo.

—Sin pérdida de tiempo, sí.

—Que habrán partido emisarios en su busca.

—El obispo de París tomó á su cargo el mensage.

—¿Y llevó á cabo su cometido?

—Media hora despues.

—¿Tan pronto?

—Su palacio dista muy poco del Louvre.

—Luego en su casa...

—Estaba oculto el rebelde.

—¡Bravo!

—¿Creiais que habia huido?

—Yo lo hacia camino de sus estados de Navarra.

—¿Pero para qué huir despues de la derrota teniendo tan buenos defensores?

—Decís bien.

—¡Ah caballero Buridan! ¿Por qué dejásteis solo al rey en poder de sus enemigos? Vuestra influencia hubiera indudablemente vencido á la que ellos tienen todavía en el ánimo de mi pobre señor.

—Ignoraba que hasta ese extremo es débil el monarca.

—¡Ay! Los sufrimientos, los desengaños y las decepciones han debilitado su espíritu de algun tiempo á esta parte.

—Además, S. A. me ordenó fuese á mi casa para tomar descanso.

—¡Dios mio!

—¿Pero creeis formalmente que mi momentánea ausencia puede haber influido...

—¿Quién lo duda?

—¡Vive el cielo!

—Ha hallaros vos al lado de mi señor, no hubiera vuelto al Louvre el príncipe rebelde.

—¿Conque ha vuelto?—preguntó Buridan no siendo dueño de ocultar el terror que le causára esta noticia.

—¿No os dije que partió en su busca el obispo de París?

—¡Oh!

—El rey de Navarra vino de incógnito al amanecer, se

arrojó á las plantas de su padre, le pidió perdon delante del Consejo, echó toda la culpa á los nobles que habian muerto la noche anterior á vuestras manos, protestó una y mil veces de su inocencia, fué creido y despues de conversar largo rato en secreto con S. A. tornó á sus aposentos tranquilamente y con más favor y valimiento que ayer tenia.

—Me llenais de asombro.

—¡Ay señor conde!

—¿Conque conversó en secreto con el rey?

—Largo rato, sí.

—¿Y no pudísteis saber lo que trataron padre é hijo?

—No, por desgracia.

—Yo lo adivino, Valet.

—¿De veras?

—Sí.

—Decidme...

—Trataron de mi ruina.

—¡Imposible!

—¿Imposible os parece?

—De todo punto imposible.

—¡Pobre amigo mio!

—El rey os ama... me consta.

—Pero me aborrece el príncipe.

—¿Y qué importa?

—¡Cómo!

—Yo opino que nada.

—¿Conque no importa y acaba de reconciliarse con su augusto padre?

—¿Y bien?

—¿Conque no importa y vos mismo confesais que hoy tiene mucho más favor y valimiento que ayer tenia?

—Es cierto, pero...

—Estoy perdido, Valet, estoy perdido.

—Tranquilizaos, señor conde.

—¡Oh! Poco me importa morir, pero no os oculto que me importa mucho la suerte que correria mi familia luego que yo espiase en Moutfaucon el crímen de haber defendido con bravura la vida del monarca, villanamente amenazada un dia y otro por su propio hijo.

—Repito que os tranquiliceis.

—No es posible, amigo mio.

—Su alteza no puede ser ingrato hasta el extremo de...

—No será ingrato, pero es débil, y de los espíritus débiles nada bueno se puede esperar, Valet.

—Teneis razon, pero como seguireis fortaleciéndole.....

—¿Y me lo permitirán?

—¿Quién será osado á impedirlo?

—Quien habrá sido osado á exigir al rey un auto de prision en contra mia.

—¿El príncipe?

—Sí.

—No lo creo.

—En aquella secreta conferencia...

—¿Sabeis lo que sospecho?

—Decid.

—Que en esa conferencia padre é hijo han tratado de la ruina de madama Isabel, en vez de tratar de la vuestra.

—¡Bah!

—Apostaría la cabeza.

—Yo no apostaría un dedo por temor de quedar manco.

—¿Os fundais al dudar, en el amor que el príncipe profesaba á la duquesa?

—Y que profesa.

—Hoy no.

—¡Cómo!

—Esos criminales amores acaban de ser ahogados en un lago de sangre.

—Explicaos.

—¿Ignorais lo acontecido?

—¿Y cómo no si acabo de llegar al Louvre despues de cuatro horas de ausencia?

—Madama Isabel á huido de palacio en el silencio de la noche.

—¿De veras?—dijo Buridan fingiendo grande asombro.

—Y al huir ha dado muerte con un puñal, en cuya empuñadura están grabadas las armas de Borgoña...

—¿A quién?

—A su doncella favorita, á su cómplice, á su mejor amiga.

—¡A Josefina!

—A Josefina.

—¡Horror!

—Al tener noticia el rey de tan infame crímen, se ha horrorizado como vos y como todo el mundo.

—¡Oh!

—Y el mismo príncipe, lleno de indignacion, mandó que se la buscase sin pérdida de tiempo para imponerla el castigo que merece.

—¿Y ha sido hallada?

—Aun no.

—Ni la hallarán tampoco, si son los servidores del rey de Navarra los encargados de buscarla.

—Lo veremos.

—¡Incauto Valet! ¿No comprendeis que monseñor Luis está interesado en su fuga?

—Despues de lo ocurrido no es posible; y como su alteza está á su vez interesado en mantener la paz con la Borgo-

ña, la mantendrá entregando, como en justicia pide, al duque Odon la adúltera.

—¡Hum!

—He oido hablar algo de eso en el consejo privado de esta noche.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces la cosa varía un poco.

—Y tanto como varía. No desmayeis, señor conde, porque os repito que abrigo la creencia de que nada se ha tramado contra vos en la cámara real.

—¡Plegue al cielo!

—Id, id á convenceros.

—¿Decís que el rey me espera?

—Con impaciencia.

—¿Se halla solo?

—Creo que le acompaña el superintendente.

—No importa.

—Id, señor conde, id, y en caso de peligro contad con el firme apoyo de este pobre viejo que os ama como á un hijo.

—¡Valet!...

Conmovido de todas veras Buridan al escuchar las sentidas frases del anciano, lo extrechó en sus brazos cordialmente y luego se alejó de él con precipitados pasos llevando el corazon enternecido, pero presa la mente de ideas á cual ménos halagüeñas.



—Conmovido de todas veras Buridan al escuchar las sentidas frases del anciano, lo estrechó en sus brazos cordialmente.

CAPITULO XXVIII.

De cómo Buridan llega á convencerse al fin de que es sincero el cariño que le profesa el rey de Francia.

Como suponia el ayuda de cámara, el conde de Longueville se hallaba á la sazon en el despacho del rey.

Al oir anunciar al conde de Alenzon, palideció notablemente, pero se repuso pronto y se retiró cortesmente á un extremo de la estancia.

Felipe el Hermoso palideció tambien á pesar suyo, y mucho más cuando Buridan doblando una rodilla besó su bella pero descarnada mano cariñosa y respetuosamente.

Parecia que la deseada presencia de aquel hombre á quien era deudor del trono y de la vida, despertaba en su corazon un cúmulo de remordimientos, cuyos acerbos dolores le robaban las escasas fuerzas que le restaban despues de las violentas y recientes emociones que acababa de sufrir.

Y así era en efecto.

Buridan arrodillado parecia un juez tranquilo, pero

severo, pronto á pronunciar una sentencia condenatoria.

El rey de Francia de pié ante él, parecia un reo que espera el fallo temblando de terror.

Al notar esta última circunstancia nuestro hidalgo se contó por muerto.

—No hay duda,—se dijo interiormente;—mis sospechas son ciertas, mis temores tambien. Luis el Hutin me ha vencido porque este rey imbécil y abyecto es incapaz de protegerse á sí mismo, cuanto más de proteger en el momento del peligro á sus más fieles y adictos servidores. Enhorabuena, moriré, pero no permita el cielo que sea sin tomar antes una justa y ruidosísima venganza.

Habian reinado en la cámara algunos segundos de silencio.

Al fin fué interrumpido por Felipe el Hermoso, quien haciendo levantar al hidalgo le tomó de una mano, lo condujo al hueco del balcon desde el cual se dominaba el Sena y el hotél y torre de Nesle, y le dijo con balbuciente voz:

—Seais bien venido, amigo mio.

—Prolongue el cielo indefinidamente los preciosos dias de V. A. para gloria y felicidad de sus estados.

—Gracias por vuestro buen deseo, Alenzon, pero los dias del rey están harto contados.

—¿Que tal creais, señor?

—¡Ay! Me siento muy enfermo de cuerpo y alma, caballero.

—Las recientes emociones...

—Han sido muy violentas.

—Forzoso es confesarlo.

—Muy violentas, y por lo tanto superiores á mis ya estenuadas fuerzas.

—¡Oh!

—Pero no hablemos de esto, Buridan.

—Señor, creo que de ningun asunto más interesante podemos tratar...

—Sí; hay otro asunto que sino interesa á la salud del rey, interesa á la tranquilidad de su reino.

—¡Ah!

—Os esperaba con impaciencia.

—Harto sentí cuando Valet me dijo...

—¿Habeis visto á Valet?

—V. A. lo envió en mi busca.

—Cierto; ahora lo recuerdo: ¿y dónde os halló?

—En el Louvre.

—¡Siempre puntual!

—Mi deber...

—Vos cumplís con el vuestro como bueno.

—Cumplirlo juré una noche sobre los santos Evangelios.

—Sí, y el rey juró tambien ser para vos un amigo, no separaros jamás de su lado...

—Lo recuerdo, Monseñor.

—Hasta hoy los dos hemos cumplido lo jurado.

—Es cierto.

—Pero en este instante...

—En este instante...

—El rey con harto dolor tiene que ser perjuro.

—¡Cielos!

—Perdóneme Dios por tan horrible pecado, y perdonadme vos tambien mi bueno, leal y esforzado caballero.

—Vuestra alteza me retira su gracia...

—¡Oh! Eso nunca.

—Me niega su amistad que me honraba y enorgullecia tanto...

—Ménos aun.

—Entonces...

—Pero os alejo de mi lado...

—¡Ah!

—Obligado por las circunstancias.

—¡Lo comprendo!—exclamó Buridan con amargura.—Estorvo en el Louvre y se me destierra despiadadamente.

—No es el rey quien os destierra, amigo mio.

—No es el rey... ya lo sé: es su augusto hijo, el príncipe que anoche mismo...

—¡Silencio, caballero!—dijo Felipe colocando una mano sobre los lábios del hidalgo.

—Me callo y me resigno.

—Sí, por Dios; yo os suplico que os resigneis siguiendo no más mi ejemplo.

—¡Oh!

—¿Lo hareis así, Alenzon?

—¿Y vuestra gracia me lo pregunta sabiendo que me resignaria gustoso á morir si á muerte me condenase?

—¡Gracias... gracias! ¡Ah! ¡Si ver os fuera dable lo que pasando está en este momento en el angustiado pecho del rey á quien llaman el más poderoso de la tierra!

—Monseñor... perdon si soy la causa del más insignificante de los dolores que laceran vuestro noble corazon,—exclamó el esposo de Blanca arrojándose á las plantas del débil y afligido monarca, besando con efusion sus manos.

—No sois vos, soy yo quien suplicar debe perdon en este instante.

—Señor...

—Yo, que faltando á lo jurado sacrifico á la paz de mi familia al más grande y generoso de los hombres.

—¿Y no es justo?

—No, pero es forzoso.

—Pues bien, yo me someto á esa fuerza irresistible.

—¿Sin llamarme ingrato?

—Por el contrario; recordando lo mucho que por mí y los mios habeis hecho, y bendiciéndoos por ello.

—¡Ah Buridan amigo!

—¡Cuánto sufrís, señor!

—Teneis razon. ¡Cuánto!... ¡Cuánto!

—Y ser yo la causa...

—No digais tal. ¿Qué culpa teneis vos?

—Es vervad: la tienen otros que os aman ménos que vuestro fiel vasallo, aunque finjan lo contrario.

—Tampoco, Buridan: nadie la tiene. Tan vergonzosas decepciones, tan cruentísimos dolores como sufro, solo es el principio de la terrible expiacion á que me condena, el cielo.

—¡Ah!

—He sido muy criminal en Flandes, muy criminal en Francia, muy criminal en todas partes. ¿Cómo, pues, no he de purgar mis crímenes? ¿Por ventura los príncipes están exentos del castigo divino?

—Monseñor...

—¿Pero qué digo?... ¿qué hago?... ¡Si estoy loco!

—Calmaos, señor: yo os lo imploro.

—Y yo escucho vuestra súplica, porque nunca como ahora he necesitado de la calma y serenidad para no perder el átomo de dignidad real que me han dejado mis amados hijos.

—¡Oh!

—¿Sabeis lo que ha pasado aquí durante vuestra ausencia?

—Todo me lo ha contado Valet, el único amigo que tiene V. A. despues de Buridan.

—¡Es cierto!

—Vuestros consejeros han conseguido probaros la inocencia del príncipe heredero.

—¿Conseguido? En la apariencia no más.

—Monseñor Luis se ha arrojado á vuestras reales plantas...

—Y el padre ha perdonado con todo su corazon.

—¿Y el rey?

—Unicamente con los lábios.

—Pero el príncipe al pactar las paces, exigió...

—Que fueseis hoy mismo vos y vuestro hermano desterrados de la córte.

—¿Tambien mi hermano?

—Tambien.

—¡Y el rey accedió!

—Para evitar mayores males.

—¡Plegue al cielo que nuestro destierro los evite!

—Nada temais.

—Si algo temo es por mi rey.

—Nuestra separacion durará poco.

—¿Poco?

—Dos meses no más.

—¡Qué escucho!

—Es cuanto ha podido conseguir de mí el sometido rebelde.

—¡Gracias, señor!

—Además, el príncipe no os ódia tanto como creeis.

—¡Que no me ódia!

—No, Buridan, puesto que sin grande esfuerzo logré que os perdonase lo pasado.

—¡Cielos! ¿Será verdad?

—No lo dudeis.

—¡Bondad de Dios! He recobrado al fin su gracia como

recobré la del monarca más grande, magnánimo y bueno de la tierra...

—Sí, sí.

—Pero si me perdona... ¿por qué me aleja de vuestro lado? ¿por qué exige mi destierro?

—Por cubrir las apariencias.

—¡Oh!

—¿Olvidais que teneis muchos envidiosos en la córte?

—¡Ay! No lo olvido, señor.

—Para acallar su envidia finjo sacrificaros, de acuerdo con mi hijo; finjo castigar en vos el crímen de haberme defendido anoche como lo hicísteis, mi generoso amigo.

—Monseñor, yo respeto tan poderosas causas y estoy pronto á salir de la córte y aun de Francia si así lo exige la paz y tranquilidad de vuestro reino, pero antes imploro á mi rey y señor muy amado la concesion de una pequeña gracia.

—Pedid cuantas gusteis.

—Con una basta.

—¿Qué deseais, querido Buridan?

—Que me siga mi esposa al lugar de mi destierro.

—¿Estais en vos?

—¿Pido un imposible, alteza?—preguntó el caballero palideciendo por grados.

—Sí, amigo mio.

—Creo muy natural y lógico que la mujer corra siempre la suerte del marido.

—Pero en esta ocasion...

—En esta como en todas.

—No, amigo conde, no. Os repito que en vez de tratarse de un severo castigo y de una larga ausencia, solo se trata de un pequeño viaje de recreo por el interior del reino, y aun con carácter de servicio público.

—Así debo creerlo, pues que me lo aségurais, señor, y por eso mismo insisto en suplicaros que permitais á Blanca participar de las delicias de ese recreativo viaje.

—¡Oh! No querais separar un solo dia á vuestra tierna esposa del lado de mi adorada Leonor. Ellas se aman con entrañable cariño, ellas son dichosas morando bajo el mismo techo... no pretendais, no, turbar su dicha con tan cruel separacion.

—Pero...

—Os repito que me pedís un imposible.

—¡Ah! ¡Un imposible!

—Mi coriñosa Leonor sufriria mucho los dias que permaneciese ausente su amiga Blanca.

—Pero Blanca sufrirá tambien ausente de su esposo.

—No sufrirá si vos os empeñais en ello.

—Habré de sucumbir á tan penoso sacrificio.

—Ceded... yo os lo suplico.

—¡El rey me lo suplica!

—Más que el rey, el amigo.

—¡Oh!

—¿Cedeis al fin gustoso?

—Pero temblando.

—¡Cómo!

—Temblando por la vida de Blanca y la de sus tiernos hijos.

—¿Qué decís?

—¡Ay señor!

—Explicaos, Alenzon. ¿Qué quereis significar con tanta reticencia? ¿Temeis algo?

—Temo mucho.

—¿Y qué temeis?

—Que durante mi ausencia se lleve á cabo en mi familia una terrible venganza.

—¿Estais loco? ¿Y quién habia de vengarse de vos tan bárbara é inícuamente?

—No seré osado...

—Decidlo.

—El respeto...

—Os mando que me lo digais dejando á un lado consideraciones y respetos. ¿Quién es ese enemigo de quien temeis venganza tan infame que yo castigaria con la muerte?

—El príncipe.

—¡Mi hijo! Insisto en creer que teneis trastornado el juicio esta mañana, Buridan.

—Monseñor...

—¿No os he dicho que os ha perdonado generosamente? ¿O es que no creeis en su perdon?

—Y bien, alteza... no creo en él.

—Caballero, haced más justicia á un príncipe de la sangre.

—Perdonadme.

—Y no considereis al rey tan débil que consienta que nadie, absolutamente nadie sea osado á cometer el menor atropello en vuestros deudos.

—Imploro de nuevo gracia por mis imprudentes palabras y por haber abrigado un solo instante tan infundados temores.

—Infundados, sí.

—Ya estoy tranquilo, señor.

—¡Dios sea loado!

—Y dispuesto á partir cuando me lo ordene V. A.

—Partid hoy mismo para tornar más pronto.

—Partiré en este instante. ¿Mas á dónde?

—Libre quedais para escojer el punto de residencia fuera de la córte.

—Merced tan señalada jamás podré olvidar, señor.

—¿Y cómo podrá el rey dar al olvido lo mucho que os debe, caballero?

—Monseñor...

—Si hoy aparece ingrato á vuestros ojos, no le culpeis.

—Monseñor...

—Partid, partid, Alenzon, para abreviar en lo posible tan dolorosa despedida.

—¡Oh! Si ver pudiera el rey lo que pasando está en mi corazon leal en este supremo instante...

—Si ver pudiérais á vuestra vez lo que pasando está en el mio...

Buridan, profundamente conmovido se arrójó á las plantas del monarca, besó su mano con más cariño que respeto, é iba luego á alejarse de la cámara real precipitadamente, cuando Felipe el Hermoso lo detuvo por un brazo, diciendo:

—Un momento todavía.

Buridan se inclinó en silencio.

El rey prosiguió:

—Me olvidaba haceros una pregunta importante.

—La escucho con respeto, Monseñor.

—¿Qué sabeis de la fugitiva duquesa de Borgoña?

Buridan palideció ligeramente al escuchar esta pregunta, pero contestó con voz tranquila:

—Nada, señor.

—¡Es singular! ¿Se ha tragado la tierra á esa mujer á quien todos buscan infructuosamente?

—Infructuosamente por desgracia la he buscado yo tambien antes de tornar al Louvre.

—¡Es singular! ¡Es singular!

—Sospecho que habrá huido de París favorecida por las sombras de la noche.

—Correos he mandado en todas direcciones.

—¿Y ninguno á vuelto con la noticia...

—Ninguno.

—Es pronto todavía.

—¿Sabeis lo que ha hecho esa mujer infame?

—Valet me dió cuenta del suceso.

—¡Ay de ella si llega á ser habida!

—Su crímen es monstruoso, pero no el primero ni el mayor que ha cometido.

—¿Es posible?

—Tal afirman los que conocen su historia.

—¿Y pudo el duque Odon unirse con semejante mónstruo?

—El duque Odon es una de sus víctimas.

—Decís verdad.

—Ha tiempo que la venda á caido, y ha tiempo por lo tanto que desea castigarla cual merece.

—Pues por Jesús crucificado que no han de pasarse muchos dias sin que satisfaga sus justísimos deseos.

—Lo dudo, señor.

—¿Que lo dudais?

—Madama Isabel consentirá morir por su propia mano antes que por la del verdugo.

—Plegue al cielo que apele á ese recurso hoy mismo.

—¡Oh!

—Con el suicidio evitaria el escándalo.

—Y lo evitará, Monseñor.

—¿Abrigais esa esperanza?

—Porque conozco á fondo el carácter de madama.

—¿Os es familiar su historia?

—Tanto como la mia.

—Y nada me habeis dicho...

—Monseñor, el temor de turbar la paz de vuestra au-

gusta familia, plegó siempre mis lábios.

—Os comprendo.

—Su alteza el príncipe...

—No prosigais.

—Ya enmudezco.

—¡Infame... infame mujer! A ella debo los inauditos dolores que sufriendo estoy ha tantos meses. A ella debo la rebeldía de mi hijo... la enemistad con mi buen primo el de Borgoña, y á ella deberé sin duda el pernicioso ejemplo de que un súbdito, leal hasta hoy, levante pendon mañana contra su rey y señor.

—No creo que el duque Odon...

—¿Ignorais que se halla en la frontera al frente de un poderoso ejército?

—Ese ejército será disuelto por su mandato tan pronto como se le haga justicia.

—Y se le hará cumplida.

—¿Entregándole la presa que reclama?

—Sí.

—¿Viva ó muerta?

—Viva ó muerta.

—Quiera el cielo que podais hacerlo, señor, sin tropezar con los obstáculos que un dia...

—Aquellos obstáculos desaparecieron por completo.

—¿Es posible?

—Debísteis sospecharlo, conde.

—Temí que el príncipe...

—El príncipe juró esta mañana ciega obediencia al rey al obtener de sus lábios un perdon que ni merecia ni esperaba, y juró asímismo reparar el mal causado imprudentemente.

—Cumpla como bueno lo jurado y que por ello le bendiga el cielo...

—Como le bendecirá su padre.

—Será justo.

—¡Oh! Si esta roconciliacion hubiera tenido lugar antes de ahora, cuántos dolores se evitára el padre y cuántos pecados se evitára el hijo.

—Señor, ¿por qué tender la vista á lo pasado?

—Porque es imposible separarla de él, mi bravo caballero.

—¡Ah!

—¿No comprendeis que es imposible?

—No, Monseñor.

—¡Cómo!

—Nada creo que existe imposible para el hombre, y ménos si este hombre es el representante de Dios sobre la tierra.

—¡Basta! ¡Basta!

—Perdonad si atrevido...

—No existe falta para otorgar perdon: me habeis dicho que no existen imposibles para los hombres y ménos para los reyes, y para decirlo comprendo que os impulsó el deseo de que venciese los obstáculos que se oponen tanto á mi felicidad presente como á mi felicidad futura.

—Cierto, señor.

—Pero ¡ay! para vencer me faltan fuerzas.

—Llamadlas en vuestra ayuda.

—¡Es tarde!

—Rogad á Dios que os las preste.

—Tarde tambien para que Dios me escuche.

—Monseñor...

—Sí, Buridan.

—¡Oh! Vuestra alteza delira.

—Teneis razon... deliro... solo delirando pude cometer la impiedad de dudar de la divina gracia. Sí, sí, deliraba

porque en efecto, tengo fiebre. Dad al olvido mis frases, Buridan.

—¡Ah! Si así pudiérais, señor, olvidar lo que tan cruento mal os causa...

—Seguiré vuestro consejo... lucharé conmigo mismo, me venceré, lo daré al olvido todo.

—Desde el lugar de mi destierro pediré á Dios que así suceda.

—¡Vuestro destierro!... Es verdad. ¡Cosa más rara! ¡Ya no recordaba que el rey ha desterrado de la córte al mejor de sus amigos. ¡Já, já, já, já! Y aun abrigábamos el temor de que mi memoria sea demasiado fiel!

—Monseñor...—murmuró Buridan que habia quedado aterrado al escuchar la histérica carcajada que acababa de lanzar el rey, cuyas facciones estaban pálidas y desencajadas como las de un cadáver.

—Id, id, mi leal y bravo caballero,—prosiguió diciendo Felipe el Hermoso con acento amargo y al mismo tiempo sarcástico;—id sin pérdida de momento á sufrir el castigo que os impone por vuestra lealtad el soberano á quien anoche salvásteis de los aceros regicidas.

—Monseñor... me desgarrais el corazon.

—¡Ya lo sé, pobre conde, pero no es ménos cierto que el mio tambien se encuentra desgarrado!

—¡Oh suerte impía!

—Partid resignado, como resignado quedo, pero os aconsejo que no os alejeis mucho de París.

—Seguiré fielmente vuestro real consejo.

—No es el rey quien os la dá... Es el amigo.

—¡Gracias, Monseñor, mil y mil gracias!

—Tambien os ruego que al menor asomo de peligro...

—¿Penetre en la córte?

—Sí.

—¿Y destruya ese peligro?

—Sin consideracion de ningun género.

—Bien, Monseñor, bien.

—Yo os autorizo y os absuelvo de antemano.

—Me dais la vida al ordenarme que siga la vuestra custodiando.

—Ni una palabra más, mi fiel amigo.

Y dicho esto Felipe el Hermoso estrechó á Buridan con fuerza convulsiva contra su régio y débil pecho.

Despues lo repelió de sí con blandura y le indicó la puerta con la mano.

Embargado por una emocion profunda nuestro hidalgo obedeció en silencio.

Enguerrando de Marigny permanecia mudo y quieto como una estátua de mármol en el mismo rincon al cual se retirára en un principio.

Al divisarlo, Buridan le lanzó una mirada que encerraba la más terrible amenaza.

Luego abandonó precipitadamente la cámara real.

Al comprender el valor de aquella mirada furibunda, el superintendente de Hacienda palideció de muerte y dió algunos pasos en seguimiento del desterrado favorito.

Pero el rey que advirtió su accion desde el lugar donde se hallaba, lo detuvo diciendo con acento severo:

—¡Quedaos, Longueville!

CAPITULO XXIX.

El lazo.

Buridan atravesó con igual paso rápido la antecámara cuajada á la sazon de cortesanos, sin que ni uno solo de los que el dia anterior se le vendian por amigos le tendiese la mano ó le saludase cordialmente.

Al advertir aquel cambio de conducta, en los lábios de nuestro héroe se dibujó una sonrisa de desprecio.

—¡Pobres gusanos! murmuró despues.

En la segunda antecámara le esperaba un paje en cuya librea se divisaban los colores distintivos de la casa de Navarra.

—Señor conde,—le dijo con sumo respeto cuando pasaba á su lado;—¿teneis mucha prisa?

Buridan se detuvo, contempló al paje de piés á cabeza con sorpresa, y luego exclamó:

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Para en caso de que os digneis contestarme negativamente, dirigiros una súplica.

—¿A mí?

—A vos, señor conde.

—¿Os puedo servir en algo?

—No se trata de servirme.

—¿Pues de qué se trata?

—De complacer á mi señor que á vos me envía.

—¿Y quién es vuesto señor, gentil doncel?

—Su alteza el rey de Navarra.

—¡Ah!

—Desea veros un momento antes de que os alejeis de la córte.

—¡Desea verme!

—Y os suplica...

—¡Me suplica!

—Que á su presencia vayais.

Buridan reflexionó un momento antes de contestar y luego dijo:

—Complazcamos á su alteza.

—¿Venís?

—Os sigo.

—¿Voluntariamente?

—Se comprende, pues que no seriais vos por cierto quien á la fuerza me llevase.

—Perdonad. He querido decir...

—Adelante, adelante.

Y paje y caballero abandonando la antecámara real se dirigieron presurosos á los aposentos de monseñor el de Navarra.

Buridan caminaba sereno, y aunque sospechaba una traicion infame por parte de su poderoso é irreconciliable enemigo, iba resuelto á vender cara su vida ó su libertad.

Pocos minutos despues se hallaba en presencia del

primogénito del rey de Francia.

Luis el Hutin estaba solo á la sazon, sentado en un sillon de alto respaldo y en actitud meditabunda.

A pesar de tener el rostro medio oculto entre las palmas de las manos, Buridan advirtió que estaba pálido, tan pálido y marchito casi como el de Felipe el Hermoso.

Nuestro hidalgo despues de tender en derredor de sí una mirada escrutadora como temeroso de que alguno se ocultase tras los tapices que cerraban las diferentes puertas de la cámara en que se encontraba, y notando que el príncipe no se curaba de su presencia, adelantó dos pasos con resolucion y dijo inclinándose respetuosamente:

—Monseñor... estoy á vuestras órdenes.

Al escuchar su voz Luis separó las manos de su abrasada frente, miró con fijeza, pero sin ódio, á su enemigo, suspiró luego como si acabase de despertar de un profundo y penoso sueño y dijo despues con la mayor naturalidad:

—Seais bien llegado, caballero.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor,—repitió Buridan en un tono que parecia encerrar un reto.

—Partís de la córte segun tengo entendido.

—El rey me manda partir.

—¿Muy lejos?

—Lo ignoro todavía.

—Y á despediros venís?

—Vengo á vos, señor, en cumplimiento de una órden.

—¿Quién la dictó?

—Vuestra gracia.

—Os engañais.

—Por conducto de un paje.

—Os engañais, repito.

Buridan se encojió de hombros.

El príncipe prosiguió en el mismo tono:

—Ese paje es imposible que os haya dado una órden, pero sí posible que os haya hecho una súplica.

—Es cierto.

—¿Lo habiais olvidado?

—Confieso que sí, monseñor.

—¡Oh! Mala memoria teneis.

—Perdonadme.

—Y si con tanta facilidad dar al olvido pudiérais otros hechos...

—¿Quién lo duda?

—¿De veras podreis?

—Bastará un mandato.

—¿De quién?

—De aquel que quiera que olvide.

—¡Oh! Si fuese cierto...

—¿Por qué dudar, señor?

—Pues bien, yo quiero que olvideis todo lo que anoche aconteció en el Louvre.

—¿Todo?

—Absolutamente todo.

—Sereis obedecido.

—Si obedecido soy á vuestra vez sereis premiado.

—Dispensadme la pregunta, Monseñor. ¿Por quién?

—Por el rey de Navarra.

—¿Con la muerte?

—Con su amistad, que es mejor premio.

—¡Ah!

—¿Os asombrais de que os la ofrezca?

—Confieso...

—No me extraña, Buridan, porque siempre juzgásteis

mal el corazon de Luis.

—Señor, siempre lo juzgué...

—Por las apariencias.

—Sin duda.

—Pero es muy malo juzgar por ellas, caballero.

—Opino como V. A.

—Yo mismo he sido víctima de ese error al querer juzgaros una vez.

—¡Ah!

—Ved si soy franco.

—En verdad que no esperaba...

—¿Tal franqueza?

—Y bondad tan extremada.

—¿Por qué?

—Por recordar demasiado cierta escena que tuvo lugar anoche en el jardin del Louvre.

—Al desenlace de esa escena debeis sin duda mis bondades.

—¡Oh!

—El perdon de todo lo pasado, y...

—¡El perdon de todo lo pasado!

—Sí.

—¡No es posible!

—¿Lo dudais?

—La magnanimidad de vuestro régio corazon no puede alcanzar á tanto.

—¿Alcanzaría la del vuestro?

—Tambien lo dudo.

—Pues no dudeis que alcanza la del mio á perdonar ofensas tan terribles como inferido me habeis.

—Ya no dudo, señor, pero aceptar no puedo merced tan señalada.

—¡Cómo!

—Prefiero la muerte, el más severo castigo á sufrir la tortura de los remordimientos.

—¡Ah! ¿Conque experimentariais remordimientos aceptando mi perdon?

—Remordimientos horribles.

—Pues ¡por el cielo! que á sufrirlos os condeno.

—Haceis muy mal, señor.

—¿No quereis que me vengue?

—Vengaos ahora que podeis hacerlo impunemente.

—Pues ved cómo se venga el príncipe á quien comparais sin duda con Neron ó con Tiberio.

—Alteza...

—Os condeno á vivir, para mayor martirio.

—Haceis mal... haceis mal.

—Os condeno á ser libre y á gozar de la paz y felicidad de la familia, si es que en su seno la podeis hallar.

—Tal vez os pese un dia, monseñor.

—¿No me condenásteis anoche á la misma pena, desgraciado?

—¡Oh!

—¿No me concedísteis la libertad y la vida cuando teniais órden de arrebatarme la primera y yo mismo os suplicaba que me arrebatáseis la segunda?

—¡Cielos!

—Responded.

—Es muy cierto.

—¿Y os pesará un dia haber hecho lo que hicísteis?

—No lo espero, aunque en desventura me redunde tal accion.

—Repito vuestra respuesta, caballero.

—Más...

—Basta, basta, y no pretendais sobrepujar en mag-

nanimidad é hidalguía al primer príncipe de la sangre.

—No fué mi intento...

—Insisto en condenaros á vivir y vivireis más que os pese: insisto en condenaros á ser libre y lo sereis á pesar de cuanto hagais porque á prisiones os reduzca, y sino os condeno hoy á seguir gozando los favòres que ayer gozábais en la córte... no me tacheis de débil.

—Señor...

—Tampoco culpeis al rey mi augusto y amado padre.

—¡Oh!

—Culpad á las circunstancias y á otros enemigos más implacables, aunque más encubiertos, que os habeis creado sin sospecharlo siquiera.

—¡Dios mio!

—En igual sentido hablo de vuestro hermano Sataniel que os debe acompañar en el destierro.

—Os oigo, señor, y aun dudo que verdad sea lo que escucho.

—¡Incrédulo!

—Que me perdonais generoso... que no tomais venganza del pasado... que no castigais severo sin lástima ni piedad los crímenes que cometí un dia arrastrado por la fatalidad que sin cesar me arrastra al precipicio...

—Sí; todo os lo perdono... todo.

—Monseñor... hay ocasiones en que el perdon es más cruel que la muerte misma.

—¿Y esta es una de ellas?

—Mi corazon pudiera únicamente responderos.

—Conociendo vuestro carácter lo comprendo, pero conociendo el mio vos como yo conozco el vuestro, debeis tambien comprender lo mucho que sufriria anoche al

aceptar de vuestra mano los dones que me otorgásteis.

—¡Ah!

—¿Lo comprendeis, Buridan?

—Sí, alteza.

—Pues resignaos como yo me resigné, y sufrid como yo sufrí en silencio.

—Resignado estoy, y dispuesto á pagaros esta deuda...

—¿Cómo?

—Como sabe pagarlas Buridan cuando en generosidad le vence su contrario.

—Eso anhelando estaba y para eso os he llamado, caballero.

—¿Será cierto?

—¿No es con una amistad sincera, inextinguible, heróica, llena de abnegacion, con lo que pagais tales deudas?

—Sí, Monseñor.

—¿Y me la ofreceis?

—Temeroso de verla rechazada.

—Alejad ese temor y sed mi amigo.

—¡Oh ventura!

—Venturoso puede llamarse el príncipe que tan preciosa adquisicion acaba de hacer.

—Señor...

—¿Os arrepentireis?

—¡Jamás!

—¿Me sereis leal?

—Hasta la muerte.

—¿Podré contar siempre con vuestro consejo?

—Y con mi brazo.

—Contad á vuestra vez con ocupar el puesto de Marigny cuando yo rey de Francia me titule.

—¡El puesto de Marigny!

—Os lo otorgo de antemano.

—¡Oh, gracias, gracias, generoso príncipe!

—¿Estais contento?

—La felicidad me abruma.

—Pues demos fin á esta entrevista que debe ser un secreto para todos.

—Lo será señor.

—¿Os ha visto entrar alguno?

—Nadie.

—Cuidad que nadie salir os vea.

—Pero el paje...

—Cuento con su discrecion.

—Me tranquilizo.

—Partid ahora á vuestro destino, Buridan.

—¡A mi destierro!

—No deis tal nombre á un viaje de placer que os obligan á efectuar los envidiosos de la córte.

—¡Oh!

—¿Os ha dicho Monseñor mi augusto y muy amado padre que en libertad quedais para escojer el punto de residencia?

—Sí, alteza.

—¿Os ha dicho tambien que vuestra ausencia de París solo debe durar dos meses?

—Sí, alteza.

—Dadnos noticia del lugar donde os halleis para poderos llamar antes si es posible.

—Sereis obedecido.

—Partid, partid, amigo mio.

—Que el cielo guarde los preciosos dias de tan augusto príncipe.

—Adios... hasta la vuelta.

Buridan besó respetuosamente la mano de Luis el

Hutin y abandonó la cámara murmurando en sus adentros:

—Tu amigo... creer yo en tu amistad y en tus halagos de serpiente... ¡Mentecato!

—Mi amigo... ser tú mi amigo... ¡pobre necio!—exclamó á su vez el de Navarra al quedar solo.—Espera, espera cuarenta y ocho horas y sabrás adónde alcanza la amistad de Luis el Pendenciero.

El mismo paje que le salió al encuentro en la antecámara del rey, esperaba á Buridan en la del príncipe.

—¿Ya os vais, señor?—le preguntó en tono familiar.

—Sí,—contestó el esposo de Blanca, secamente.

—¿Y os vais contento?

—¿Qué os importa?

—Perdonadme, pero me importa todo aquello que puede importar á mi señor.

—¿De veras, señor paje?

—Como poseo su entera confianza...

—¡Hola!

—¿No os lo ha dicho monseñor?

—Creo que sí.

—¿Mas no me direis á vuestra vez si salís ó no contento de la entrevista?

—¡Diantre! ¿Nada os revela mi rostro?

—El me revela descontento.

—Poco entendeis de letras.

—Confieso que no entiendo una palabra.

—Por eso no podeis leer en este espejo del alma.

—¡Ah!

—Os aconsejo el estudio, amigo mio, por ser de grande utilidad.

—Aprovecharé el consejo.

—Y adios.

—El cielo os guarde.

El de Alenzon salió y el paje cerró la puerta.

—¡Mal rayo te parta, fiscalizador del diablo!—murmuró entre dientes el primero alejándose á grandes pasos.

—Ya caiste en la red, infame aventurero,—exclamó el segundo á media voz, y en tanto que se dirigía al aposento del príncipe.

CAPITULO XXX.

Preparativos de ataque y de defensa.

Un rayo que hubiera caido á las plantas de Blanca-flor, de la duquesa de Lyon, de Sataniel y Polioni, no les dejara más aterrados que les dejó la noticia del destierro notificada por Buridan al volver al hotél de Nesle despues de su entrevista con el monarca de Navarra, más luego que las exclamaciones de asombro de los hombres y el llanto y los ayes de dolor de las hermosas damas hubieron cesado un tanto y le permitieron dar cuenta detallada de lo ocurrido recientemente así en la cámara del rey como en la cámara del príncipe, la tranquilidad volvió poco á poco á sus atribulados espíritus y ya nadie consideró tan inminente el peligro como lo considerara en un principio.

—Pero á pesar de las pruebas de cariño que dices te ha dado el rey y del generoso perdon que te ha otorgado el príncipe, te se condena, te se destierra cruel y despiadadamente,—exclamó Blanca-flor con amargura.

—Es verdad,—contestó su esposo que hacia esfuerzos inauditos por tranquilizar á todos en fuerza de fingir una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.—Se me desterrará lo mismo que á mi hermano, pero solo con el objeto de cubrir las apariencias, de complacer á los poderosos magnates descontentos y envidiosos de mi repentino encumbramiento.

—¡Ay!

—¡Infames!

—¿Qué quereis, amigas mias? La envidia es muy terrible.

—Sí, muy terrible.

—Y tan peligrosos los hombres que hoy en la córte se hallan doninados por tan odiosa pasion, que los mismos reyes de Francia y de Navarra no son osados á declararles guerra abierta.

—¡Oh!

—En esta batalla me han vencido... ¡Paciencia! ¿Quién dice que en la siguiente no seré yo el vencedor?

—Mi corazon lo dice.

—Tu corazon se engaña, idolatrada esposa mia.

—¡Ay! ¡Pluguiera el cielo!

—¡Oh, basta! ¿Hemos de dudar de todo? ¿Hemos de desmayar hasta ese extremo por tan liviano contratiempo? Dos meses de destierro ficticio...

—Dos siglos de ausencia dolorosa.

—¿Dos siglos? Ni cuatro dias.

—¡Cómo!

—Prometo burlar la vigilancia de mis crueles enemigos y penetrar de incógnito en la ciudad todas las noches, si esto es preciso para que estés tranquila.

—Es de veras?

—Lo juro.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias, mi bien idolatrado!

—Mas con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no te has de afligir cuando partir me veas.

—Me pides un imposible.

—¿Y no tendrás valor para vencerlo?

—Sí, sí, con tal de complacerte.

—Pues bien, dejadnos solos, hijas mias, porque el momento de nuestra partida se aproxima y necesito dar algunas instrucciones á mi buen amigo Polioni. En tanto vosotras podeis dar las órdenes oportunas para que todo esté dispuesto.

—Me alejas de tu lado bajo un liviano pretesto.... ¡Cruel!

—¡Por Dios, Blanca!...

—Hermana mia, vamos,—dijo Leonor con acento suplicante y rodeando su torneado brazo á la cintura esbelta de María de Compliegne.—¿No comprendes que sin querer desgarras sin piedad su ya dolorido corazon? ¿No le vés cómo sufre á la sola idea de ausentarse de nosotros? ¿No oiste decir que necesitan estar solos un momento?

—Ese empeño despierta en mí una cruel sospecha.

—Ninguna abrigar debes.

—¡Ay! Algo me ocultas, Juan mio.

—¿Pero es posible que no he de ser creido? ¿Es posible que hasta ese extremo dudes de mi lealtad, María?

—¡Perdon! ¡perdon! Ya no dudo, ya te creo... ya te dejo.

—¡Oh qué tortura!

—Adios.

—Llamadnos pronto.

—Sí.

—Dios de bondad... ¡hasta cuándo!

Blanca y Leonor abandonaron la cámara, la primera vertiendo amargas y desconsoladoras lágrimas, la segunda tratando en vano de tranquilizar el agitado espíritu de su pobre amiga que parecia condenada por Dios á sufrir eternamente.

Cuando quedaron solos, Buridan tomó de la mano á Sataniel y Polioni que yacian cabizbajos y pensativos, los condujo al más apartado rincon de la estancia y les dijo con acento breve:

—Tenemos pocos momentos que perder, hermanos.

—¿Qué quieres decir, Juan?

—Que debemos aprovechar el tiempo que nos resta de permanencia en la córte.

—¿Y cómo?

—Concertando entre los tres, y sin que esos pobres ángeles se aperciban, un plan de ataque y de defensa.

—¿Qué oigo?

—¿Pero para qué?

—¡Desgraciado! ¿Y eso me preguntas?

—¿Quién nos declara la guerra?

—¿No has dicho que ningun peligro nos amaga á pesar de haber sido condenados á destierro?

—Sí, pero os he mentido.

—¡Ah!

—¡Cielos!

—Os he mentido por no afligir á esas débiles mujeres.

—El rey...

—Nada debemos temer del rey que me ama más que nunca.

—Luis el Hutin...

—De ese, de ese lo debemos temer todo, porque es mi enemigo irreconciliable.

—¿No dices que te ha otorgado su perdon?

—No creo en él.

—¿No dices que ha mendigado, ó poco ménos, tu amistad?

—Para engañarme mejor.

—¡Oh!

—Todas sus protestas de amistad fueron falsas, su llamamiento un lazo infame.

—¿Será posible?

—¿Y eso dudais conociendo á fondo su carácter? Tiene sed de venganza y desea apagarla cuanto antes.

—Pero si eso es verdad, ¿cómo teniéndote en su poder no la ha saciado?

—¿Yo he estado en su poder?

—Al ménos á solas con él en su aposento.

—Eso no bastaba, Pedro, llevando como llevaba espada al cinto, y sabiendo como sabe con cuánta facilidad sabe Buridan salir ileso de las traidoras emboscadas en que cae.

—Eso es cierto.

—Además, aunque posible le hubiera sido darme hoy muerte...

—¿No te la hubies dado?

—No.

—¿Por qué?

—Por temor de despertar en el rey la antigua energía que hoy duerme en el fondo de su abatido corazon.

—Tal vez.

—¿Qué sería de nosotros á no abrigar ese temor? ¿Tan poco borrascosa crees que habrá sido la escena habida esta mañana entre padre é hijo?

—¡Oh!

—Convenceos: aunque débil é ingrato Felipe el Hermo-

so, me protejerá en tanto que exista, porque no puede olvidar lo mucho que me debe en los pocos meses que le sirvo: no puede olvidar, nó, que á mis esfuerzos debe en este instante la vida y la corona. Esto me lo ha dado á entender repetidas veces en nuestra última entrevista.

—Y bien, si la proteccion que con justicia te dispensa el rey te pone á salvo de los ataques de tus implacables enemigos, ¿qué temes de Luis el Hutin?

—Nada por mí.

—¿Por mí tal vez?

—Tampoco.

—¿Por quién pues?

—Por mis inocentes hijos.

—¡Ah!

—Teneis razon, amigo mio. Todo lo debeis temer por ellos que son la presa codiciada por ese sanguinario príncipe,—dijo el duque de Lyon que hasta entonces permaneciera pensativo y silencioso.

—¿Opinas como yo?

—Sí, conde. El rey de Navarra al mentiros amistad solo ha querido adormeceros, inspiraros confianza, obligaros á partir tranquilo y sin tener el pensamiento fijo en el hotél de Nesle.

—Verdad, verdad.

—En el hotél de Nesle que sin duda intenta convertir en teatro de un bárbaro y sangriento drama.

—¡Horror!

—Esa, esa es la idea fija del infame.

—¡Maldicion sobre él!

—¡Y aun os extraña que respete vuestra vida! ¿Y qué mucho si antes de atentar á ella desea veros sufrir los dolores más inauditos y acerbos sobre la tumba de vuestros hijos asesinados?

—¡Calla, Polioni, que al hablar así me matas!

—Lo conozco, mi cariñoso amigo, pero es fuerza que aquí cada cual exponga sus temores.

—Sí, sí.

—Ya conoceis los que yo abrigo.

—Los mios en nada se diferencian de los tuyos.

—¿Y los vuestros, Sataniel?

—Tampoco; fuerza es confesarlo.

—Pues entonces vivamos prevenidos.

—Eso no basta.

—Eso es el todo.

—Es preciso huir de esta maldita Francia.

—¿Ahora?

—Esta misma noche.

—¡Qué locura!—exclamó el duque de Lyon.

—¿Locura lo crees, hijo mio?

—Sí, padre y señor amado. No puedo ménos de calificar de locura toda fuga cuyos preparativos no estén hechos de antemano.

—¡Ah!

—¿No opinais como yo, amigo Sataniel?

—Sí, Polioni.

—Teneis dos votos en contra.

—Pero...

—Reflexionad, señor. ¿Podriais fugaros esta noche llevando con vos á vuestra esposa y vuestros hijos sin producir un grande escándalo?

—¿Y qué me importa el escándalo?

—Pero os importarán sus consecuencias.

—Tampoco.

—¿Será posible?

—¿Qué puedo temer una vez fuera de los muros de París?

—Que os den alcance.

—¿Quién?

—Los que solo esperan que deis un paso aventurado para perderos y perder á toda vuestra familia.

—No lo conseguirán, pero aun cuando lo consigan, ¿estaré entonces más perdido de lo que estoy ahora?

—Mucho más.

—No lo creo.

—Hoy vuestros enemigos no os atacan abiertamente porque aun les infundís algun temor; hoy de nada os pueden acusar sin acusar tambien al mismo rey, pero si huis y sois cojido os acusarán ante el Parlamento de un crímen que en todas las naciones se castiga con la muerte.

—¿De qué crímen hablas?

—Del de alta traicion.

—¿Y á mí...

—Os acusarian de traidor.

—¿Por huir?

—Por huir.

—No comprendo cómo puede cometer una traicion el que huye de un peligro.

—Ellos se encargarian de hacérselo comprender al rey y al Parlamento, diciendo:—Ese hombre despues de haberse hecho dueño de todos los secretos del Estado abusando de la confianza que en él depositó el monarca, se fuga al extranjero para venderlos al soberano que mejor los pague.

—¡Ira de Dios!

—Eso dirian.

—¿Y serian creidos?

—Sin duda alguna.

—¿Y las pruebas?

—Sin pruebas se condena al que se quiere perder.

—¡Oh! ¡Tienes razon!... ¡Tienes razon!

—¿Lo veis, señor?

—Siendo inocente de tan odioso crímen, sufriria la suerte de los traidores, y mis tiernos hijos, y mi pobre esposa...

—Y vuestro hermano, y yo mismo...

—¡Basta! ¡basta! Desisto de mi proyecto que desecho por quimérico.

—¡Loado sea Dios!

—¿Pero qué hacer, qué hacer para evitar ambos peligros, ó por mejor decir ese cúmulo de peligros que nos rodea?

—¿Qué hacer?

—Sí.

—Seguir mis consejos, y perdonad que sea osado á dároslos siendo tan incompetente por la edad.

—Habla, habla, mi siempre querido niño.

—¿Los tomareis?

—Sin vacilar.

—¿Y vos, Sataniel?

—Seguiré el ejemplo de mi hermano.

—Que me place.

—¿Qué debemos hacer?

—Obedecer sin pérdida de tiempo la órden del rey, que contra toda voluntad os destierra de la córte, atravesando muy despacio las principales calles de París para que todo el mundo os vea y nadie dude.

—Lo haremos.

—Esperar la llegada de la noche en cualquiera aldea de las inmediaciones.

—Bueno.

—Volver entonces protegidos por las sombras, penetrar en los subterráneos de la torre, sacar de allí el cadáver

de la duquesa de Borgoña, depositarlo en lugar dónde pueda ser hallado mañana sin grande esfuerzo...

—¿Sabes...

—Todo me lo ha contado Sataniel.

—¡Ah!

—Proseguid, Polioni.

—Practicada tan penosa operacion, volvereis á los subterráneos y en ellos permanecereis ocultos durante los dos meses que debe durar vuestro destierro.

—¡Bravo!

—Acepto el consejo.

—¿Os parece bueno?

—Lo creo muy prudente.

—De esa suerte, si el peligro asoma seremos tres en vez de uno para combatirlo.

—Sí, sí.

—Ya nada temo de ese vengativo príncipe.

—¿Pero habrá inconveniente en que Blanca y vuestra esposa sepan...

—Ninguno: deben saberlo para que estén tranquilas.

—Bien, muy bien. Repito que tu idea es famosa, hijo mio.

—Todas las noches nos veremos para acordar lo que las circunstancias exijan.

—Por su puesto.

—Luego que haya trascurrido el plazo de dos meses, os presentareis de nuevo en la córte fingiendo un largo viaje, suplicareis al rey que os permita hacer otro por el extranjero en compañía de toda vuestra familia, y sino accede á vuestras súplicas, entonces...

—Apelaremos á la fuga.

—Cierto.

—Sin temor ni consideracion de ningun género.

—No seré yo quien os aconseje que las tengais.

—Así lo espero.

—Nada más debemos hablar sobre el particular en este instante.

—Es verdad, porque las horas trascurren, y...

—Partamos, partamos,—interrumpió Sataniel con impaciencia.

—Llama á Leonor y Blanca, amigo mio.

Polioni se dirigia á la puerta de la cámara, cuando esta fué abierta por un paje que anunció en voz alta:

—Monseñor Enguerrando de Marigny.

Los tres personajes de esta escena hicieron un movimiento de sorpresa al escuchar tal nombre, pero antes de que pudieran preguntarse mútuamente qué significacion podia tener aquella extraña visita, el conde de Longueville apareció ante ellos, pálido y desencajado como un cadáver.

Despues de saludarse unos y otros ceremoniosamente, Sataniel se aproximó al valido y le preguntó en voz baja:

—¿Qué ocurre, monseñor?

—Nada que deba alarmaros.

—El rey...

—No se trata del rey.

—¿Pues á qué debemos la honra...

—Al deseo de estrecharos las manos en señal de despedida.

—Tanta bondad...

—Y á la necesidad de probaros...

—¿Qué, señor conde?

—Que hoy es Marigny el mismo amigo de siempre.

—Lo dudo, monseñor.

—¿Que lo dudais?

—Perdonad si llevo la franqueza hasta ese extremo.

—¡Ah! No eran vanos mis temores. Me creeis causa directa de la desgracia que pesa sobre vuestras cabezas, pero estais ambos en un lamentable error, y para decíroslo he venido.

—¿Que estamos en un error?

—Sí, Sataniel.

—¡Pluguiera á Dios!

—Dios y el rey saben cuántos esfuerzos hice para salvaros del destierro.

—¿Vos?

—Yo, amigo mio.

—¿Y nada pudísteis conseguir...

—Nada por desgracia.

—¡Es extraño!

—Os ruego que desecheis ese sarcástico acento, y que escucheis mis excusas con ménos prevencion.

—Sin prevencion os oigo.

—Pero sin darme crédito.

—No tanto, monseñor.

—¿De veras, Sataniel? ¿De veras creeis que sigo siendo el mismo amigo de siempre?

—Perdonad si os repito que no, si os digo que aun dudo y dudaré en tanto que no me deis pruebas inequívocas de esa amistad decantada.

—Hartas os dí.

—No lo olvido, pero se trata del presente. Hoy ninguna me habeis dado.

—¿No os he dicho...

—¿Que os fué imposible?

—De todo punto imposible vencer un obstáculo con el cual han tropezado SS. AA.

—¿Qué obstáculo es ese?

—La obstinacion de muchos nobles poderosos.

—¿Que anhelan vernos alejados de la córte?

—Sí.

—Pero quién lo desea más, ¿ellos ó vos?

—¿Que eso me pregunteis?

—Quién lo desea más, ¿vos ó el rey de Navarra?

—Sataniel...

—Señor conde, es llegado el momento de hablar sin consideraciones ni reservas.

—Me estais ofendiendo cruelmente.

—No es mia la culpa, sino vuestra, vuestra porque habeis faltado á todo lo que un dia jurásteis en ocasion solemne.

—Os juro...

—Pero peor para vos: ¿Quereis guerra? pues tendreis guerra á muerte ya que la paz os cansa ú os repugna por haberla pactado con un hombre que vale tanto como vos, pero á quien estais acostumbrado á considerar como esclavo porque esclavo vuestro ha sido muchos años.

—Sataniel, no abuseis de vuestra superioridad.

—Vos abusais de la vuestra.

—Os engañais.

—No, no me engaño por desgracia.

—¿Qué pruebas teneis para acusarme de perjuro?

—¡Oh! Si una sola tuviera, podiais contaros camino de Montfaucon, aunque allí debiese esperaros en brazos del verdugo.

El conde de Longueville tuvo impulsos de sellar con su propia daga los lábios que tan terrible amenaza acababan de proferir, pero logrando dominarse á tiempo, exclamó con acento de amargura:

—¡Siempre amenazas é insultos!

—Temblad que del amago pase al golpe, monseñor.

—¿Otra vez? Os perdono.

—Gracias os doy por el perdon.

—Antes os pregunté qué pruebas teniais para acusarme de haber faltado en nada á lo que un dia pactamos, y ahora pregunto: ¿qué pruebas necesitais para convenceros de que ninguna culpa he tenido en que el príncipe fuese perdonado por su padre, y ménos aun en que los conjurados hayan impuesto al rey antes de someterse la condicion de que salgais desterrados de la córte?

—¿Qué pruebas?

—Sí.

Sataniel reflexionó un momento y luego contestó secamente.

—Ninguna por ahora.

—Es forzoso que os las de.

—No veo fuerza, caballero.

—No puedo permitir que os alejeis dudando de mi buena fé y de mi amistad leal.

—Y bien, no partiré dudando ni de la una ni de la otra

—Es cuanto deseaba.

—¿Quedais tranquilo?

—Mi rostro debe indicároslo.

—Servios, pues, tranquilizarme á mí antes de alejarme.

—¿Cómo?

—Prometiéndome velar por los séres que aquí quedan expuestos á las iras del rey de Navarra.

—¿La esposa y los hijos de vuestro hermano?

—Sí.

—¿Y qué podeis temer habiendo el príncipe perdonado á Buridan?

—Temo, y Buridan más que yo, que mueran cobardemente asesinados.

—¡Cielos!

—Eso tememos y eso queremos evitar.

—¿Pero no os he dicho...

—Nada me repitais y prometedme que velareis por ellos.

—No solamente os lo prometo sino que os lo juro por mi fé de cristiano y caballero.

—Gracias, monseñor.

—¿Quedais á vuestra vez tranquilo?

—Sí.

—¿Y vos, señor conde de Alenzon?—preguntó el superintendente esforzando la voz y dirigiendo la vista al extremo de la cámara donde se hallaba Buridan conversando en secreto con su buen amigo Polioni.

—Tambien,—contestó el esposo de Blanca aproximándose y tendiendo la mano al ministro.

—¿Pero sabeis de lo que se trata?

—Ni una palabra de vuestra conversacion he perdido.

—Me alegro porque de esa suerte me evitais daros de nuevo satisfaccion...

—Excusaos, monseñor. Tranquilo parto y confiado en que dejo un amigo y un poderoso aliado que hará en mi ausencia las veces de padre para mis tiernos hijos.

—¡Oh, sí! No confiareis en vano.

—¡Plegue al cielo!—murmuró Sataniel con voz sombría.

—¡Gracias, gracias!—dijo Buridan estrechando con efusion las manos de Enguerrando.

—Pues que tranquilos quedais,—exclamó este,—vuelvo al lado del monarca para decirle...

—Que vamos en este mismo instante á cumplimentar sus órdenes.

—Concédaos el cielo un viaje próspero y feliz.

—Y á vos una privanza más segura de la que hoy gozais.

—¡Oh!

—Adios, monseñor, adios.

—¿Amigos...

—Haced que hasta la muerte lo seamos.

CAPITULO XXXI.

De qué suerte se vengó Buridan de Marieta Pasquet.

Una hora despues, Buridan y Sataniel, en trage de camino, montados en briosos alazanes, seguidos de una numerosa escolta de criados y acompañados del jóven esposo de la bella Leonor de Valois, atravesaban lentamente las calles de la ciudad, fingiendo partir á su destierro.

El rey de Navarra los vió alejarse desde un balcon de sus cámaras y sonrió siniestramente.

Buridan sonrió tambien de igual suerte al adivinar aquella sonrisa como habia adivinado la presencia de su encarnizado enemigo tras las colgaduras del balcon.

Fuera ya de los muros de París, el improvisado duque de Lyon abrazó extrechamente á los hijos de Zoraida, los tres fingieron grande pena al despedirse para engañar mejor á los criados, y el primero tornó al hotél de Nesle con la comitiva y los segundos empezaron á caminar por una escabrosa senda en la que penetraron los caballos por propia voluntad.

Diez minutos habrian trascurrido sin pronunciar una palabra, cuando Sataniel rompió el silencio diciendo:

—Abrigo un temor, hermano mio.

—¿Un temor?—preguntó el de Alenzon con sobresalto.

—Pueril, pero que sin embargo...

—Explícate, Pedro.

—¿Inspirará recelos y sospechas á Luis el Hutin que viajemos sin criados teniendo tantos dé sobra en el hotél?

—¡Diantre! Es fácil.

—Luego temes como yo...

—¡Bah! No quiero temer nada.

—Forzoso es temer que por esta causa mande seguirnos la pista.

—Pues temamos lo que gustes y pongamos los medios para tranquilizar nuestros temores.

—¿Y bastará poner los medios?

—Sin ellos nadie consigue los fines.

—¿Y cómo conseguirás tú burlar el espionage de los agentes de Luis?

—Por medio de una hábil maniobra.

—Sepamos qué maniobra es esa.

—Ponemos los caballos al escape, seguimos camino recto hasta una legua de distancia, torcémos despues á la derecha, caminamos otra legua de igual suerte y penetramos en Auteuil sin que ningun parisiense pueda sospechar que en tal aldea hacemos alto para esperar la noche.

—¡Magnífico!

—¿Te parece bien?

—Pero hacer alto en Auteuil...

—¿Prefieres otro punto?

—Otro cualquiera.

—Pues yo no.

—En Auteuil deben hallarse establecidos todavía Pasquet y Marieta.

—Precisamente por eso prefiero el punto indicado.

—¡Cómo! ¿Intentas...

—Descansar en la famosa hostería de Vénus.

—¿Y no temes...

—¿Qué?

—¿Que los hostaleros te delaten y te impidan por lo tanto penetrar esta noche en la ciudad?

—No.

—Otra vez ya lo hizo Marieta.

—No lo olvido, y sin duda por recordarlo tanto deseo hacerla una visita.

—¿Para vengarte?

—Cierto.

—Desecha tan ruin proyecto.

—Suprime los consejos y adelante.

—Pero...

—Al escape ese alazan, piadoso caballero.

Sataniel obedeció sin replicar palabra, y los caballos, poco acostumbrados al fiero aguijon del acicate, partieron como una exhalacion atropellando cuanto encontraban á su paso.

Una hora más tarde Buridan llamaba con imperio en la hostería de Vénus, cuya puerta se hallaba cerrada á cal y canto, como se dice vulgarmente, á pesar de ser no más que el medio dia.

Nadie tuvo por conveniente contestar á su brioso llamamiento.

Llamó otra vez y tampoco.

—¡Diantre!—exclamó haciendo un gesto de disgusto.—¿Si habrán los célebres Pasquet mudado de domicilio?

—Cierto,—contestó Sataniel pasando revista á la fachada del sombrío casaron.

—La muestra no está en su puesto.

—¿De veras?

—Mira.

—¡Ah malditos! Huyeron de la quema sin tener siquiera la atencion de notificármelo.

—Hicieron bien.

—¿Aplaudes su conducta?

—¡Pobre gente!

—Compadécelos en buen hora, pero yo les juro...

—¿Quién llama con tan malos modos?—preguntó en aquel momento en el interior de la casa la voz de una mujer.

—Quien puede,—contestó Buridan con imperio y soltando al fin el pesado aldabon con el cual habia estado repicando sin interrupcion por espacio de tres ó cuatro minutos.

—¿Qué quereis?

—Entrar.

—¿Para qué?

—Para tomar descanso.

—Esta casa ya no es una hostería.

—No importa: quiero y debo entrar, buena mujer.

—¡Cómo se entiende!

—Abrid en nombre del rey, ó por el cielo...

—¡En nombre del rey!

—Abrid, abrid,—repitió Buridan con impaciencia.

Su interlocutora obedeció haciéndose visible prontamente.

Era una aldeana alta, fornida, vigorosa, fresca y apetecible todavía á pesar de sus cuarenta y cinco primaveras.

Al oir las palabras ¡en nombre del rey! se habia asustado grandemente, y el susto se hizo mayor al contemplar el lujoso atavío de los recien llegados y el severo aspecto de sus rostros.

Buridan y Sataniel sin hacer caso del temblor que la sobrecogía penetraron en el anchuroso portal, que en otro tiempo sirviera de taberna, conduciendo del diestro los caballos, y el primero dijo entonces con voz de autoridad:

—Cerrad la puerta.

La aldeana obedeció convulsa y azorada.

—¿Cómo os llamais?—prosiguió el aventurero.

—Renata, para servir á Dios, al rey y á vuesas señorías.

—¿Sois el ama de la casa?

—Soy la criada.

—¿Cómo se llama vuestro amo?

—Maese Pasquet.

—¡Gracias al diablo que con él topamos! En busca de ese bribon venimos.

—¡Dios mio! ¿Para hacerlo preso?

—O para hacerlo tajadas.

—¡Misericordia!

—Silencio, mujer, ó te costarán muy caros tus lamentos.

—Por el buen Dios os suplico que no hagais mal á mi pobrecito amo. Moveos á compasion... es inocente... es incapaz de haber ofendido á monseñor el rey nuestro señor...

—¿Qué sabes tú?

—Lo sé porque incapaz es el pobre de causar mal á una mosca.

—¡Basta!

—Moveos, moveos á compasion y lástima, mis nobles y poderosos señores. Es muy desgraciado, está enfermo...

—¿Quién?

—Mi pobrecito amo.

—¡Diantre!

—Pero muy enfermo, casi á las puertas de la muerte.

—¿De veras?

—No os engaño, monseñor.

—¿Y desde cuándo?

—Hace un mes... más de un mes, desde el momento en que quedó poco ménos que arruinado.

—¡Qué oigo!

—¿Ignorábais...

—Sí, Renata.

—Pues yo os contaré...

—Nada me conteis. ¿Dónde está Pasquet?

—En cama...

—¿Y Marieta?

—En la cabecera de su lecho.

—Guiadme allá.

—Pero...

—Guiadme digo.

—¡Piedad para mis pobrecitos amos que son inocentes!—exclamó Renata arrojándose á las plantas de Buridan desecha en lágrimas y abrazando fuertemente sus rodillas.

—¡Qué diantre! Alzad, buena mujer; no se trata de hacerles ningun daño.

—¿De veras, monseñor?

—Yo os lo aseguro bajo mi fé de caballero.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Renata, ¿qué es lo que ocurre ahí? ¿porqué llorais? ¿quién á llamado? ¿es el médico,—preguntó en aquel momento á voces Marieta desde el rellano de la escalera que conducia á los aposentos del piso superior de la casa.

—No, señora,—contestó la piadosa sirvienta;—son dos nobles caballeros que preguntan por el amo.

—¿Dos nobles caballeros?

—Que vienen en nombre del rey.

—¡Cielos!—exclamó madama Pasquet, cuyos presurosos pasos se dejaron escuchar en la escalera.

Dos segundos despues apareció en el portal.

Al aproximarse al grupo y reconocer á su antiguo amante, exhaló un grito más penetrante que el primero y estuvo á punto de caer sin sentidos.

Pero por fortuna suya Buridan la retuvo á tiempo en sus robustos brazos y la dijo con voz imperceptible:

—Nada temas, mísera criatura.

—¡Buridan!...

—¡Silencio!

—Caballero...

—Tranquilizaos, señora, y conducidme al aposento de vuestro esposo.

—Está enfermo... muy enfermo...

—Yo soy médico y vengo á darle la salud.

—¡Vos!

—¿Qué dudais?

—¡Oh Dios mio!

—Guiad, madama.

—Venid, venid, señor, si tal es vuestro deseo.

—Pero antes ordenad á esa mujer que conduzca los caballos á la cuadra y les dé abundante pienso.

—Renata, obedeced.

—Al punto,—contestó la aldeana tomando los caballos del diestro y desapareciendo con ellos del portal toda confusa y asustada por lo que estaba pasando.

—Y ahora subamos.

—Pero este caballero...

—Es mi hermano.

—No lo ignoro. ¿Pero no sube tambien?

—Se queda aquí para guardar la puerta.

—Temeis...

—Una nueva traicion.

—Caballero...

—Vamos, vamos.

—¡Dios mio... compadeceos de nosotros!

Y Marieta vertiendo un mar de amargas lágrimas y con vacilantes pasos se dirigió á la escalera.

Buridan la siguió despues de tranquilizar con una seña á Sataniel que quedó haciendo la centinela en el portal.

En mitad de la escalera la acongojada María tropezó y cayó desfallecida.

El de Alenzon la tomó en sus brazos movido á piedad al verla en tal estado, ascendió los peldaños que faltaban, penetró en el primer aposento que halló al paso, depositó á la jóven sobre un viejo sillon, y dijo con bondad:

—Tranquilízate un poco y luego hablaremos, Marieta.

Pero Marieta en vez de seguir aquel consejo se deslizó del sillon para caer á las plantas de su antiguo amante, abrazó con fuerza convulsiva sus rodillas y exclamó con acento desgarrador despues de algunos segundos de silencio solo interrumpido por sus mal reprimidos sollozos:

—¡Perdon, Buridan, perdon! ¡Mátame á mí que soy la culpable, pero no hagas mal alguno á mi infeliz marido!

—¿Qué dice esta mujer?

—Yo te imploro por el recuerdo de nuestro antiguo amor.

—¿Pero qué estás diciendo, Marieta?

—¡Ah! ¡Piedad! ¡Piedad!

—¿De qué amor me hablas?

—Buridan mio...

—¿Por qué me pides perdon?

—Si no os lo imploro para mí.

—¿Pues para quién?

—Para mi esposo moribundo.

—¿Y qué mal me ha hecho Pasquet?

—Ninguno.

—Entonces...

—Pero yo temo...

—Te he dicho que nada temas ni por tí ni por él.

—¡Cómo! ¿No os guia á nuestra casa la intencion de vengaros?

—Buridan no sabe vengarse de una débil mujer.

—Pero yo soy muy culpable.

—Te perdono.

—Yo merezco la muerte por haberos un dia delatado á vuestros crueles enemigos que sedientos estaban de vuestra generosa sangre.

—Mereces la muerte, sí, mil muertes mereces por tal infamia y felonía, pero te condeno á vivir para mayor castigo.

—¡Oh, no, no! Yo quiero morir y morir á vuestras manos en este momento.

—¿Tanto te martirizan los remordimientos?

—Me despedazan el corazon.

—¡Dios es justo!

—Matadme... ¡quiero morir!

—¿Tan desesperada estás?

—¡Oh! Mi vida es un infierno hace dos meses.

—¡Pobre mujer!

—¿Y aun me teneis piedad?

—Sí, Marieta, te la tengo y por eso te perdono, y por

eso te prohibo que recuerdes el pasado.

—¡No recordarlo y es mi cruenta pesadilla!

—Ruega á Dios que te de calma y tranquilidad de espíritu, y Dios al fin tendrá misericordia de tí como la he tenido yo.

—¡Cuánta bondad encierran vuestras palabras! ¿Y es así como os vengais de esta mísera mujer que tanto os ha ofendido?

—Así, María.

—¡Ay! ¡Y que yo no pueda adoraros eternamente de rodillas como os adoro en este instante!

—Basta, basta, y abandona esa actitud humilde.

—¡Eso no! Este es mi puesto en tanto que permanezcais aquí.

—Marieta...

—Dejadme, permitidme que bese vuestras rodillas ya que no soy digna como en otro tiempo de besar vuestros lábios de fuego.

—¿Hablas de besar mis lábios?

—¡Ah!

—¿Hallándose tu esposo al borde de la tumba?

—¡Perdon!

—¿Hallándote tú á dos pasos del patíbulo?

—¡Qué oigo!—exclamó madama Pasquet con espresion de terror y palideciendo hasta asemejarse á un cadáver.—¡A dos pasos del patíbulo! ¿Habeis dicho eso, Buridan?

—Eso he dicho.

—¡Misericordia!

—Madama la duquesa de Borgoña acaba de expiar sus crímenes; antes de morir ha delatado á sus numerosos cómplices y tu nombre figura en la lista que obra en poder del rey.

—¡Estoy perdida!

—No, todavía no porque yo vengo á salvarte.

—¡Vos! ¿Y podeis vos...

—Todo lo puedo con su alteza.

—¡Bondad del cielo!

—¿Quieres que te salve?

—¿Y eso me preguntais?

—Pues te salvaré en premio al cariño que me tuviste un dia, pero has de seguir en todo mis consejos.

—Estoy pronta, amado Buridan mio. ¿Qué debo hacer?

—Huir.

—¿Adónde?

—Al extranjero.

—¿Y me dejarán huir?

—Nadie será osado á molestarte porque yo protejeré tu fuga.

—¡Ah Dios de bondad! Olvidaba que es imposible salvarme.

—¿Por qué?

—Porque Pasquet está enfermo en el lecho y yo no puedo dejarlo abandonado.

—Ni te lo consentiria: pero Pasquet curará y os fugareis los dos.

—¡Ay!

—Curará, Marieta.

—Lo dudo... lo dudo.

—¿Qué mal le aqueja?

—Lo ignoro.

—¿Y el médico?

—Lo ignora tambien, y á diestro y siniestro le receta pócimas y brevajes que lo matan poco á poco.

—¡Bravo!

—¡Infeliz Pasquet!

—Renata me ha dicho que habeis quedado arruinados ó poco ménos.

—¡Ay!

—¿Es eso cierto?

—Sí, Buridan.

—¿Cuándo ocurrió esa desgracia?

—Quince dias despues de haberos sido traidora.

—¡Ah! ¡ah!

—Fué un castigo del cielo... ya lo sé, y por eso me resigno con la pobreza.

—¿Pero cómo pudisteis quedar arruinados tan súbitamente?

—Mi esposo habia depositado su pequeña fortuna en manos de un judío genovés establecido en París: ese judío infame despareció de la noche á la mañana huyendo, segun dicen, de la rapacidad de los ministros del rey que todo lo quieren para ellos, y al robarnos nos dejó perdidos como á otras muchas familias.

—¿Y quién se fia en judíos? Otro judío avaro como Pasquet, quien seducido por las promesas de grandes ganancias que le hiciera su compadre el de Génova... ¡Já já já! ¡Soberbio chasco!

—¿Os reis?

—¿Y cómo no?

—¡Qué crueldad!

—Vamos, vamos á ver á ese pobrete Pasquet que tantos años ha bautizado el vino para que al fin y postre un judío genovés cargase con los derechos de pila.

Aquellas palabras que parecian una sangrienta burla no pudieron ménos de arrancar algunas lágrimas de dolor á Marieta, y Buridan al verlas deslizarse silenciosas por sus pálidas mejillas, estrechó á la jóven en sus brazos con paternal cariño y la dijo:

—No te aflijas, gacela desdichada. Enjuga esas líquidas perlas que enrojecen tus preciosos ojos, que perlas sólidas tendrás para reponer la pérdida que lloras.

—Buridan...

—Sea este abrazo el último que nos demos en la vida.

—¡El último!

—Y este beso tambien.

—¡Dios mio... prestadme fuerzas!

—La presencia de tu esposo te las prestará sobradas. Despídete del amante hasta la eternidad, y vamos.

—¿Adónde?

—A dar algun consuelo al sin ventura Pasquet, pues es muy justo que se los dé quien tanto le ha ofendido.

Marieta, presa de una emocion vivísima selló por última vez con sus pálidos lábios los lábios rojos del hermoso noble, y murmuró despues con apagada voz y arrancándose con un supremo esfuerzo de sus brazos:

—¡Vamos!

Y saliendo de la estancia empezó á caminar por un largo corredor apoyándose en las paredes para no caer desvanecida.

Y Buridan siguió sus pasos taciturno y abatido como el reo que al patíbulo camina, y diciendo en sus adentros:

—¡Buen Dios! ¿Estaré yo condenado á labrar la desventura eterna de cuantas mujeres me aman?

Al final del corredor habia una puerta cerrada.

Al llegar ante ella se oyó una voz quejumbrosa que decia:

—Marieta... consoladora mia... ¿eres tú?

—Yo soy, esposo idolatrado,—contestó la jóven abriendo la puerta con violencia, penetrando en un reducido aposento y arrojándose llorosa en los brazos de una especie de esqueleto que se hallaba sentado en una cama

rodeada de modestos cortinajes que se veia en su centro.

Aquella momia acartonada era Pasquet, quien murmuró con alegría inmensa luego que tuvo en sus brazos á María.

—¡Loado sea Dios! Ya estás aquí de nuevo. ¡Cuánto has tardado, ángel mio!

—Perdóname.

—¿Vino el médico?

—No.

—¿Pues quién llamaba con tal furia?

—Un caballero que... es muy amigo nuestro.

—¿Muy amigo?

—Viene á darnos pruebas de ello.

—¿Su nombre?

—Se llama...

—¿Cómo?

—Pero no te alarmes.

—Acaba. Se llama...

—Mr. de Buridan.

—¡Cielos!

—Presente, queridísimo Pasquet.

—¿Vos aquí?

—Yo junto á vuestro lecho del dolor.

—¿Venís á vengaros?

—¿Vengarme? ¿Y de qué ofensa?

—¡Ay! Todo lo sé, señor de Bournonwille, todo lo sé. Mi ilusa más que criminal esposa, seducida ó amedrentada por la aborrecida duquesa de Borgoña, osó atentar un dia contra vuestra preciosísima existencia, y es justo... muy justo que os vengueis aniquilándonos...

—¿Qué diablo estais diciendo?

—Matadme á mí que soy el responsable y perdonadla á

ella que por la edad, poco juicio y ménos reflexion está exenta de toda responsabilidad.

—Cuando digo que teneis la cabeza á pájaros.

—¡Ay señor de toda mi alma! y á pájaras tambien la tengo, pero esta vez sé muy bien lo que me digo. Estais en vuestro derecho, lo que me estraña es que hayais tardado tanto tiempo en hacer uso de ese derecho, pero creedme á mí que os hablo poco ménos que desde el fondo de la tumba horrible, pavorosa y fria, la duquesa...

—¡Basta! La duquesa de Borgoña ha muerto.

—¡Ha muerto!

—Y nada debeis temer de ella.

—Pero del rey...

—Tampoco.

—De vos...

—Ménos aun.

—¡Qué escucho!

—Yo no vengo á vengarme de las pasadas travesuras de María.

—¿Pues á qué venís, señor?

—A perdonaros.

—¡Ah!

—Y á devolveros la salud.

—¡A devolverme la salud y estoy ya medio muerto!

—No importa.

—¿Pero cómo operareis ese milagro?

—¿Cómo? Mirad.

Y Buridan diciendo esto abrió de par en par la ventana, y uno tras otro arrojó al huerto todos los pomos, redomas, jarros y recipientes de todas clases que llenos de pestíferas pócimas ocupaban una pequeña mesa colocada á los piés del lecho.

Despues se aproximó al enfermo, y antes de que este

ni su esposa pudieran reponerse de la primera sorpresa, depositó sobre el cobertor de la cama un rico collar de perlas que acababa de sacar de su escarcela encerrado en un estuche, diciendo:

—Esto vale una fortuna: os lo regalo.

—¡Cielos!

—¡Un collar de perlas de la Arabia!

—Vendedlas y volvereis á ser ricos.

—¿Estoy soñando?

—No, Pasquet; estais despierto, y aun creo que un poco más aliviado.

—¡Bondad de Dios! ¿Decís que nos regalais esta joya?

—En union de una maleta llena de escudos de oro que viene á la grupa de mi caballo.

—¡Gracias, gracias por tan imponderable generosidad, grande, sublime, ilustre y magnánimo señor!

—No pondereis tanto una liberalidad que tiene sus ribetes de egoista, amigo Pasquet.

—¡Ah!

—Si os hago rico es con dos condiciones.

—¡Condiciones!—exclamó el pobre hombre con asombro y paseando una mirada angustiosa del rostro de Buridan al rostro de Marieta.

—Esta le ordenó por señas que asintiese á todo.

—¿Y qué condiciones son esas, caballero?

—La primera que os habeis de poner bueno sin pérdida de tiempo.

—¡Eso quisiera!

—Pues querer es poder. Despedid al médico que ninguna falta os hace, no volvais á tomar jaropes que os envenenan, abandonad esa cama que os consume, alimentaos bien, haceos fuerte de espíritu, pensad en lo porve-

nir, no recordeis el pasado, y habreis hecho el milagro antes de quince dias.

—Seguiré vuestros consejos, mi amado señor.

—No os pesará.

—¿Y la segunda condicion?

—Es que tan pronto os hayais restablecido arregleis vuestros asuntos, reunais vuestra modesta fortuna y os vayais con Marieta á establecer á cualquier punto del extranjero.

—¡Qué escucho! ¡Abandonar mi pátria!

—Y para siempre.

—¿Pero por qué, señor conde?

—El por qué voy á explicároslo detenidamente, pero en tanto suplico á vuestra esposa ordene á Renata nos prepare la comida y diga á mi hermano que puede subir cuando le plazca.

—Sereis obedecido al punto.

—Id mi buena amiga, id.

Marieta abandonó el aposento, el de Alenzon ocupó su puesto á la cabecera del enfermo y habló con él largo rato hasta que logró convencerle de que los aires de su pátria le eran muy poco favorables tanto á la salud como al bolsillo, y que debia sustituirlos con los de cualquiera punto del extranjero antes de que fuese tarde. . . .

. . . .

Seis horas despues, y cuando ya la noche habia cerrado por completo, Buridan y Sataniel se despedian para siempre de aquella pobre familia á quien habian hecho feliz con su visita postrera, y volvian á París á pié y por caminos escusados, logrando sin grande esfuerzo asaltar las murallas y llegar sin ser vistos ante los muros de la sombría torre de Nesle.

Una vez en los subterráneos, y sin perder momento,

tomaron en sus brazos el cadáver de Isabel de Rocafort despues de colocar en su escarcela el pergamino en que habia escrito su declaracion al rey algunos minutos antes de espirar, volvieron á salir á la ribera, depositáronlo en el fondo del batél que al efecto tenian dispuesto y oculto entre los sáuces que crecian frondosos en la orilla, y cortando la amarra dejaron que se deslizase por la suave corriente del caudaloso Sena.

Despues tornaron á los subterráneos y desde allí penetraron misteriosamente en el hotél por el pátio que separaba ambos edificios, para devolver la tranquilidad y la alegria á Blanca, Leonor y Polioni que ya les esperaban con impaciencia suma.

CAPITULO XXXII.

De cómo Gaston de Mongomerry llega á París huyendo de la muerte, y dá cuenta á su amigo de cuanto ocurrió en la córte de Borgoña, durante su permanencia en ella.

Un mes ha trascurrido desde los últimos acontecimientos que acabamos de reseñar.

Durante este tiempo nada que sea digno de mencion habia ocurrido ni en el Louvre ni en el hótel de Nesle.

Con el destierro de los favoritos las pasiones se calmaron en la córte, y el mismo Luis el Hutin demostraba con sus actos de sumision al rey haber desistido por completo de sus proyectos ambiciosos y á todas luces criminales.

Pero las dolencias del monarca francés se agravaban cada dia más y más, y esta era sin duda la causa de la quietud en que vivia el príncipe heredero, cuya exaltacion al trono debia ser muy próxima.

Los temores de Felipe el Hermoso en vez de disminuir con la sumision y cariño que le fingia su hijo primogénito, se habian aumentado con la ausencia de Buridan, de

quien no podia olvidarse un solo instante, y á tal extremo llegaron en los últimos dias de su vida que le era imposible entregar sus miembros al descanso sin tener á su lado al leal Roberto Valet y en la antecámara una numerosa guardia con la consigna de impedir á todos, inclusos los príncipes, la entrada en su dormitorio.

Siempre que sus dolores se lo permitian, trasladábase al hotél de Nesle para visitar á su querida hija y preguntar á Blanca-flor por su esposo, pero siempre tambien que la condesa le contestaba que ninguna noticia de él tenia, exhalaba un suspiro doloroso y tornaba al Louvre más taciturno y triste que al salir lo estaba.

Buridan y Sataniel permanecian en tanto ocultos en la torre, y engañados completamente respecto de las intenciones que abrigaba el príncipe, vivian casi tranquilos como toda su familia y esperaban con impaciencia que trascurriese otro mes para poder presentarse en público.

En este estado las cosas llegó una noche al hotél de Nesle un misterioso y encubierto caballero preguntando por el duque de Lyon.

Polioni al tener aviso de ello ordenó que al punto lo introdujesen á su presencia, ¿y cuál no seria su sorpresa al reconocer en el recien llegado á fray Bonifacio de la Consolacion?

—¿Vos en París y sin habernos dado noticia de vuestra venida?—le dijo luego de haberlo estrechado afectuosamente en sus brazos.

—Perdonadme, señor duque, pues que me fué imposible daros aviso alguno,—respondió el ex-templario con voz sombría.

—¿Y la reina de Navarra?

—¡Silencio!



—¿Cual no seria su sorpresa al reconocer en el recien llegado á fray Bonifacio de la Consolacion?

—¡Oh! Nada temais, padre mio; en este palacio no hay espias: podeis hablar con libertad.

—¿De veras?

—Yo os lo aseguro. Decid, decid, ¿qué es de madama Margarita? ¿En dónde está?

—En el castillo de Gaillard.

—¡Qué escucho!

—La verdad, señor duque.

—¿Me habrán engañado los oidos? ¿Habeis dicho que madama...

—Se halla de nuevo en poder de su cruel esposo.

—¡Cielos!

—¿Lo ignorábais?

—¿Y cómo no ignorarlo?

—¿Lo ignora tambien vuestro amigo el caballero Buridan?

—Tambien, tambien.

—Lo creo. Si él lo supiera...

—¡Oh! Decidme.... explicadme.... nada me oculteis. ¿Cómo á ocurrido esa desgracia?

—Deseo no perder tiempo refiriendo dos veces tan sencilla como dolorosa historia. ¿Dónde se encuentra vuestro amigo el conde de Alenzon?

—¡Ah! ¿Sabeis...

—Nada ignoro de cuanto á ocurrido en París desde que pisásteis sus umbrales en mala ó en buena hora.

—¿Quién pudo enteraros...

—La fama. Llegué esta mañana muy temprano y algunas horas despues era sabedor de todo.

—¿De todo?

—Sí.

—Entonces...

—¿Qué?

—¿Por qué me preguntais dónde se encuentra mi amigo?

—Sé que hace un mes jimiendo está en el destierro, ¿pero dónde? ¿en qué punto?

—Todos, incluso el rey, lo ignoramos.

—No es posible.

—¿Dudais de lo que digo?

—Vos dudais de mi lealtad, y lo siento, señor duque.

—Creed...

—¡Oh, basta! Ménos reserva con el hombre que juró un dia eterna amistad á Buridan y Margarita de Borgoña. No me considereis traidor, no me creais capaz de vender vuestro secreto á los Valois, de quienes soy, como sabeis muy bien, enemigo irreconciliable.

—¿Yo creeros traidor á nuestra causa despues de lo que hicísteis por nosotros?

—Pues si traidor no me creeis, no vacileis un punto en descubrirme el lugar donde se oculta Buridan. Necesito ir en su busca, hablarle...

—Voy á complaceros, padre mio.

—¿De veras?

—En este instante.

—Decid, decid.

—Buridan no ha salido de París.

—Lo sospechaba.

—Y se oculta...

—¿Dónde?

—En la torre de Nesle.

—En la torre de Nesle que hoy habita la condesa de Poitiers...

—Cierto.

—¿Y os fiais de esa princesa?

—No.

—Entonces...

—El conde de Alenzon y su hermano Sataniel no se ocultan en los pisos superiores de la torre, sino en los subterráneos, de cuya entrada nadie conoce el secreto escepto nosotros.

—¡Ah!

—¿Quereis penetrar en ellos?

—¿Y eso me preguntais?

—Pues bien, esperad un momento y descansad en tanto.

Dicho esto Polioni abandonó la cámara dejando solo al ex-templario.

Un cuarto de hora despues volvió embozado en una flotante capa, bajo la cual llevaba oculta una linterna encendida.

—Madama Blanca y mi bella esposa Leonor,—dijo,—tienen ya noticia de vuestra llegada y os saludan afectuosamente.

—¡Cómo! Las habeis dicho...

—Aquello no más que convenia.

—Hicisteis bien.

—¿Venís?

—Vamos.

—Asíos de mi capa y dejaos guiar sin pronunciar palabra.

Fray Bonifacio obedeció en silencio.

El jóven duque de Lyon penetró en su dormitorio, seguido del ex-templario, abrió por medio de un resorte una simulada puerta que habia en el mismo muro donde se apoyaba la cabecera del suntuoso lecho, descendió una empinada y peligrosísima escalera de caracol á cuyo final habia otra puertecilla forrada de gruesas planchas de hierro y la cual abrió sigilosamente con una llave que al

intento llevaba preparada; atravesó caminando sobre la punta de los piés el ancho pátio del hotél; se aproximó al muro de la sombría torre de Nesle, abrió una tras otra muchas puertas con la misma llave, descendió otra escalera no ménos peligrosa que la anterior, y al fin se detuvo diciendo á su silencioso acompañante en tanto que sacaba la linterna que oculta habia traido bajo los pliegues de la capa.

—Ya hemos llegado.

En efecto, se hallaban en los subterráneos de la torre y en el departamento donde estaba oculto el tesoro que un dia habia pertenecido al falso astrólogo Orsini.

—¡Oh Dios, y cuán sombrío es esto!—murmuró Gaston de Mongomerry con espresion de asombro.—Ningun subterráneo he visto que más terror inspire.

—¿Ni en Gaillard?

—Ni en Gaillard.

—Me consolais un poco.

—¿Lo decís recordando á madama Margarita?

—Sí.

—¡Ay! No os consoleis tan pronto, porque su calabozo no es ménos horrible que este.

—¡Pobre princesa!

—¿Pero dónde están los caballeros Buridan y Sataniel?

—Venid á verlos, padre mio.

Y Polioni atravesando con ligera planta el subterráneo, se aproximó al muro fronterizo, abrió, oprimiendo el resorte, la simulada puerta que ya conocen nuestros lectores y anunció en voz alta:

—Fray Bonifacio de la Consolacion.

Dos gritos de asombro que repitieron los ecos de la bóveda, resonaron entonces en la inmediata estancia, si

se nos permite dar este nombre á la medrosa tumba que daba seguro asilo á los hijos de Zoraida.

Estos, que á la sazon se hallaban conversando, tranquilamente ante la mesa sobre la cual ardía la lámpara de hierro, corrieron luego al encuentro de los recien llegados, y Buridan se arrojó en brazos del ex-templario presa de una emocion vivísima y en tanto que exclamaba:

—Mongomerry... Mongomerry... ¿Vos en París? ¿Vos á mi lado? ¡Oh! ¡Cuán dolorosos recuerdos despierta de súbito en mi mente vuestra presencia, amigo mio!

—Lo creo,—contestó Gascon con acento que encerraba un amargo reproche:—os habiais olvidado completamente de nosotros, y...

—¿Olvidarme?

—O poco ménos.

—Estais en un error.

—Dos meses hace que nos separamos en la ermita de Nuestra Señora de la Consolacion, y nada durante tan largo tiempo han sabido de vos los pobres fugitivos.

—¿Y me acusais de ingrato por tan prolongado silencio?

—¿Y cómo no?

—¡Bien se conoce que ignorais lo que en París ha pasado durante esos dos meses!

—Nada ignoro.

—¿Nada?

—Nada, señor conde de Alenzon.

—¡Ah!

—Mas luego hablaremos de eso.

—Sí, sí; hablemos ahora de vos, de Margarita.

—Es muy justo que hablemos de esa princesa.

—¿Cuándo habeis llegado?

—Esta mañana.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Quién os ha dicho que yo me ocultaba en esta inmunda mazmorra?

—Quien me ha conducido á ella.

—Polioni.

—Despues de grandes esfuerzos, porque desconfiaba sin duda de mi lealtad.

—Perdonadlo.

—Tal hice desde el primer momento.

—¿Habeis visto al rey?

—¿Y que eso me pregunteis, Buridan?

—¡Ah! Dispensadme; tengo sin duda la mente trastornada: llegué á olvidar un instante que habeis muerto hace un año para Felipe el Hermoso.

—¡Oh!

—Olvidé que os exponíais á morir si os dábais á conocer al que juró exterminio á los templarios.

—¡Es verdad!

—Pero decid, decid, ¿qué os ha movido á venir á París arrostrando ese peligro?

—¿Ni lo sospechais siquiera?

—Venís de Borgoña...

—Huyendo.

—¡Cielos!

—Huyendo de la muerte.

—¡Qué escucho! El duque Odon...

—Es un infame, un traidor, un fratricida.

—¡Qué decís!

—¡Fratricida!

—Margarita.

—Rogad á Dios por su alma, Buridan.

—¡Misericordia!

—¡Ha muerto!

—Lo ignoro, caballeros, pero si tal desgracia no ha ocurrido todavía, no tardará mucho tiempo en ocurrir.

—¡Ira de Dios!

—¿Pero qué es lo que ha sucedido en Borgoña? ¿Qué es lo que ha hecho Odon de su hermana á quien decia amar tanto?

—¿Quereis saberlo de una vez?

—Me estais matando con tantas dilaciones.

—Entregarla á su marido Luis el Hutin...

—¡Cielos!

—En cambio del cadáver de Isabel de Rocafort que el de Navarra le remitió no ha quince dias.

—¡Oh!... ¡Maldicion!

—Hé ahí cómo ha vengado Odon la mortal ofensa que le infirieron los Valois.

—¡Dios mio... voy á volverme loco!

—He ahí á lo que ha quedado reducido el ponderado valor de ese invencible guerrero que no ha vacilado en vender su propia sangre para comprar una humillante y vergonzosa paz con la Francia.

—¡Satanás confunda al felon y fratricida infame! ¡Venganza sobre él!

—Sí, venganza, pero en tanto la sin ventura Margarita habrá subido ó está á punto de subir al infamante patíbulo que la deparan los Valois aborrecidos.

—¡Oh!

—¿Mas qué hacer, qué hacer para impedir ese crímen, si aun para impedirlo hay tiempo?

—Nada se puede hacer, Buridan.

—Sí, Mongomerry.

—No. ¿Creeis poder arrancar de nuevo de los subterráneos de Gaillard á esa infeliz princesa, como un dia la arrancásteis?

—Querer es poder para mí, y yo quiero ¿entendeis? yo quiero impedir la muerte de la madre de mis hijos.

—No basta querer en esta ocasion, amigo mio.

—Sí.

—Está muy reciente vuestra anterior hazaña para que duerma tranquilo como dormia entonces Renato de Montesquieu. No con la astucia sino con la fuerza le podriais ahora arrebatar su presa.

—Y bien...

—Y bien, ¿Teneis un ejército disponible para tomar por asalto los fortísimos muros de Gaillard?

—No... no lo tengo por desgracia, pero poseo un tesoro y con él puedo poner mil hombres en pié de guerra en diez dias.

—¡Insensato!

—Mongomerry, ¿dudais que sea capáz de hacer lo que digo?

—No, pero dudo que consigais otra cosa que perderos y perder á vuestros inocentes hijos.

—¡Ah! ¡Mis hijos!

—No se me oculta que en gran peligro se encuentran, ni se me oculta tampoco que para velar por ellos permaneceis escondido en estos subterráneos en compañía de vuestro esforzado hermano en tanto que la córte y el mismo rey que finge amaros tanto, os creen viajando por lejanas tierras.

—¡Oh!

—Tranquilizaos, habed calma, reflexionad y resignaos al fin á la suerte á que está condenada esa sin ventura reina.

—¿Resignarme? ¡Imposible!

—Ello es fuerza, porque sois impotente como yo para salvarla.

—Antes de confesar mi impotencia, antes de declararme vencido lucharé sin tregua ni descanso.

—¿Y qué adelantareis?

—Ya lo veremos.

—Buridan...

—¡Basta!

—¡Oh qué temeridad tan insensata! Caballero Sataniel, señor duque de Lyon, ayudadme á convencer á este loco.

—Mongomerry... ¡teneis razon... estaba loco!... Perdonadme... ¡Ah, Margarita, Margarita! que Dios se apiade de tí y te preste su proteccion poderosa. ¡Hijos mios... rogad al cielo por el alma de vuestra infortunada madre!

—Hermano...

—Buridan...

—Basta, basta, amigos mios. Vedme tranquilo, vedme resignado, vedme dispuesto á soportar con estoicismo otro dolor más cruento que el que acaba de lacerarme el corazon en este instante.

—¡Ah!

—Pero renunciar al placer de la venganza es imposible.

—¿Y quién os aconseja que renuncies á él? No seré yo por cierto que ardo en los mismos deseos que vos ardeis sin duda.

—¡Infame Odon!

—¡Y le creiais bueno, grande, noble y generoso!

—¡Oh!

—Todos, todos son iguales.

—Pues todos recibirán tarde ó temprano su merecido castigo.

—Plegue á Dios que sea pronto.

—Señor de Mongomerry, me habeis dicho que venís de Borgoña huyendo de la muerte.

—No os he mentido.

—¿Decretó el gran duque vuestra prision?

—Al propio tiempo que la de madama Margarita, la de Lherbier, Pablo y Santiago.

—¡Cielos! Habia olvidado á esos bravos partidarios.

—¡Infelices!

—¿Presos quedaron cuando os fugásteis?

—Y muertos.

—¡Muertos!

—En un patíbulo.

—¡Horror!

—Con el suplicio premió Odon á los esforzados paladines que dieron á su hermana libertad dos meses antes.

—¡Miserable!

—¿Qué quereis? Yo mismo hubiera muerto de igual suerte á no apelar á la fuga.

—¡Ira del cielo!...

—¡Paciencia! ¿No ha de llegar mi dia?

—¿Mas qué pensais hacer ahora?

—Por lo pronto ocultarme.

—¿En dónde?

—A vos os lo pregunto.

—¿Os place aquí?

—Sea aquí.

—Nada os faltará en esta mazmorra...

—Gracias, mi leal amigo.

—De cuya seguridad respondo.

—Sé que podeis hacerlo.

—Me ha salvado tantas veces de la prision y la muerte...

—Lo creo, Buridan.

—Pero estareis cansado de tan penoso viaje, y es justo que reposeis hasta mañana.

—No.

—Hacedlo, Mongomerry en ese lecho que es el vues-

tro, y cuando ambos nos hallemos más tranquilos de las recientes emociones; nos daremos mútuamente cuenta detallada de cuanto nos ha ocurrido durante tan larga ausencia.

—Como gusteis.

—Sí, sí, es preciso para caminar de acuerdo en adelante.

—Caminemos de acuerdo todos y nos vengaremos bien y pronto, pues que todos tenemos que vengar algun mortal agravio.

—¡Oh, sí!

—¿Puedo contar con vuestro apoyo?

—¡Hasta la muerte!—contestaron á la vez Buridan, Polioni y Sataniel extrechando afectuosamente la mano del ex-templario que luego se arrojó en sus brazos vertiendo una lágrima de fuego.

CAPITULO XXXIII.

De cómo la doncella Sol vendió unas llaves al escudero Ignacio por una cantidad que solo poseyó cinco minutos.

La noche siguiente, y á hora de las diez, Buridan, segun tenia por costumbre, abandonó los subterráneos dejando en ellos á Sataniel y Gaston de Mongomerry y penetró recatadamente en el hotél para visitar á su familia.

—Halló á esta reunida segun costumbre en los aposentos de Polioni, en cuyo dormitorio sabemos que se hallaba situada la puerta secreta que daba paso por medio de una escalera de caracol al patio de la torre, y su alegría fué tan grande al encontrar despiertos en tan avanzadas horas á sus pequeños hijos, que sin curarse de la presencia de su cariñosa Blanca y la de los duques de Lyon, corrió á su encuentro, los extrechó en sus brazos y prodigó á los dos caricias á porfia.

Los inocentes niños que creyeron á su padre de vuelta del destierro, pues aquella era la vez primera que lo veian despues de un mes de ausencia á pesar de que Buridan los

veia á ellos todas las noches dormidos y extrechamente abrazados en su lecho, prorumpieron en gritos de alegría y le nombraron á voces vertiendo lágrimas de júbilo que aquel padre idólatra por sus hijos se apresuraba á enjugar con el fuego de sus amantes lábios.

Pero á las voces de ¡Padre... padre mio! ¿Estais de vuelta? que daban sin saber lo que se hacian las angelicales criaturas, Blanca-flor contestó con un grito de espanto exhalado involuntariamente, y corriendo al grupo que formaban en un extremo de la cámara, les dijo tapando con las manos sus pequeñas bocas:

—¡Silencio, desgraciados!

Aterrados los niños al oir aquellas palabras y contemplar el gesto de su madre, calláronse de súbito y ocultaron sus rubias cabecitas bajo los pliegues de la capa del conde que los habia sentado sobre sus rodillas para poderlos acariciar mejor.

No ménos sorprendido Buridan alzó sus asombrados ojos hácia el pálido semblante de su esposa, y la dijo con dulzura:

—¿Qué has hecho, Blanca mia? Has asustado á mis ángeles. ¿Por qué les impones silencio? ¿Por qué turbas su alegría?

—¿Y me lo preguntas, Buridan?

—¿Te causan celos las caricias que me hacen?

—¡Celos! Causarme celos mis hijos... ¡Con cuánta crueldad me tratas al sospecharlo siquiera!

—Perdóname pues fué una broma inocente.

—Bien mio...

—¿Pero por qué, por qué cesar hiciste su acento celestial?

—¡Desgraciado! Porque iban á delatarte con sus gritos.

—¡Ah!

—¿Olvidas tu posicion actual? ¿Olvidas que los espias nos rodean?

—Tienes razon, Blanca querida: todo lo habia olvidado... todo.

—Tranquilizaos,—dijo entonces la bella duquesa de Lyon aproximándose al grupo seguida de Polioni.—Todos se han alejado de la antecámara segun habia ordenado y nadie por lo tanto ha podido oir el nombre de nuestro buen hermano.

Buridan pagó á Leonor aquella grata noticia con un cariñoso beso que depositó en su pequeña y blanca mano.

—¿Vés?—dijo luego dirigiéndose á su esposa.—Dios proteje á los buenos padres.

—Pero...

—Comprendo; no debemos abusar de su divina proteccion, y mis queridos niños que lo comprenden así tambien no gritarán de nuevo y me acariciarán mucho... mucho, pero en silencio para que nadie se aperciba de que los vengo á ver contra la voluntad del rey. ¿Verdad, hijos mios, que me llamareis padre callandito para que la servidumbre no lo oiga?

—Sí,—contestaron Juan y Gaston con voz compungida é imperceptible.

—Ni direis mañana á vuestra aya que me habeis visto esta noche.

—No.

—¿Lo oyes, Blanca? Me prometen guardar silencio porque comprenden que una imprudencia suya me podria alejar para siempre de su lado.

Al oir estas palabras los tiernos infantes prorrumpieron en un amargo llanto y Blanca-flor tuvo que tomarlos en sus brazos para tranquilizarlos, cosa que consiguió muy pronto con sus maternales caricias, como tambien que se

durmieran profundamente luego que Buridan hubo sellado sus lábios con un beso apasionado..... el último que debia darles.

Despues de este incidente, María de Compliegne fué la primera en preguntar á su esposo por fray Bonifacio de la Consalacion.

—Conversando quedó tranquilamente con mi hermano, de quien ya se ha hecho grande amigo,—contestó Buridan.

—¿Pero está resignado?

—¿Y cómo no si yó lo estoy y no soy un santo como él?

—¿Qué proyecta?

—Nada me ha dicho, ni osado fuí á preguntarle.

—¡Ah Buridan, y cómo engañas á tu esposa!

—¿Que te engaño?

—Sí.

—¿Y en que, Blanca?

—No te inspiro sin duda confianza, temes que de nuevo mis celos se exasperen y por eso me ocultaste...

—¿Pero qué dices? ¿á qué te refieres que no entiendo...

—¡Hipócrita!

—Explícate...

—Yo me encargo de explicar sus misteriosas palabras y la causa que motiva sus sentidas quejas,—interrumpió Polioni.

—¿Tú?

—Yo que no pudiendo resistir esta mañana tanto sus ruegos como los de Leonor...

—Cometiste la imprudencia...

—De revelarles todo.

—¡Desgraciado!

—Perdonadme, amigo mio.

—Sí, perdonadlo,—suplicó la duquesa estrechando con

efusion entre las suyas una mano del hidalgo.

—Perdonado queda, pero hizo mal en revelar un secreto que turbará sin duda la poca felicidad que disfruta mi pobre Blanca.

—¡Tienes razon!—murmuró esta.—Tu pobre Blanca no puede ser feliz en tanto que esté en peligro la madre de tus hijos.

—¡Ah!

—Sé que á tus denodados esfuerzos debió un dia la libertad, y por ello estoy orgullosa en vez de estar corroida por los celos.

—¡Eres un ángel!

—Sé que hoy gime de nuevo en duro cautiverio, que se halla expuesta á perder tal vez la vida, y esta noticia me ha desgarrado el corazon.

—Blanca...

—No puedo aborrecer á esa mujer, aunque por muchos años me ha robado tu cariño.

—Relega por Dios al olvido ese recuerdo doloroso.

—¿Crees que me mortifica?

—Lo creo porque es cierto.

—Te engañas.

—Pluguiera al cielo.

—Te engañas como te engañarias al creer que hoy Margarita me inspira otro sentimiento que no sea el de lástima.

—¿Es de veras?

—Te lo juro.

—¿Conque te inspiran compasion las cuitas de esa pobre reina?

—Sí, porque es la madre de tus hijos.

—¡Ah! ¡Gracias... gracias! Si supieras cuánto bien me causan tus palabras! Yo no amo á Margarita, no puedo

amarla como amante despues de haberme consagrado á tí en cuerpo y alma, idolatrada Blanca mia, pero has dicho muy bien, es la madre de esos inocentes séres por cuyas venas mi propia sangre circula, es mi hermana, la compañera de mi infancia, la protectora de mi niñéz desvalida, y seria un mónstruo, una fiera sin entrañas si al saber que en tal peligro se encuentra...

—No corrieras en su auxilio.

—No llorase de dolor como ahora me vés llorar.

—¿Qué veo?

—Amigo mio...

—Conde...

—¡Perdon! ¡Perdon!

—Sino te recrimino.

—¡Cuán buena eres!

—Yo tambien como tú vertí lágrimas amargas al tener esta mañana noticia de lo ocurrido en Borgoña; y esperaba con impaciencia suma la llegada de la noche...

—¿Para qué?

—Para saber si estás dispuesto á salvar de nuevo á Margarita.

—¡Salvarla!

—Yo te aconsejo que lo intentes.

—¡Tú!

—Te lo suplico en nombre de sus hijos.

—¡Calla!

—Qué, ¿serás cobarde esta vez?

—Sí, Blanca, soy cobarde, porque he reconocido mi impotencia.

—¡Cómo!

—Fuerza es dejar entregada á esa infeliz á su cruenta suerte.

—¡Eso no!

—Es forzoso, sí, porque no hay poder humano que la salve.

—Inténtalo, Juan, en union de Sataniel y de Gaston de Mongomerry.

—En vano, en vano lo intentaria, porque está muy reciente el recuerdo de mi anterior hazaña y se vigila mucho á la cautiva y á mí se me vigila más.

—¡Oh Dios!

—Al primer paso imprudente que diera, me perdería y os perdería á todos sin remedio.

—¡Ah!

—¿No lo reconoces, Blanca?

—¡Ay! Sí.

—¿No lo conoceis tambien vosotros, amigos mios?

—Tambien, tambien.

—¡Dios se apiade, pues, de la infeliz pecadora!

—Pero dejarla expuesta á la venganza de su cruel esposo...

—¿Y qué hacer?

—Estoy resuelta,—exclamó Leonor de Valois con entusiasmo.

—¿A qué, hermana mia?

—A impetrar mañana mismo el perdon de Margarita.

—Será en vano,—murmuró Buridan moviendo tristemente la cabeza.

—¿Qué sabemos?

—Luis aborrece de muerte á su esposa y ha jurado su exterminio.

—Pero Luis me ama y no resistirá á mis súplicas.

—¡Ay!

—Ya vereis como triunfo.

—¡Plegue al cielo!

—Sí, sí; abrigo esa esperanza. ¿Por qué no la abrigais vosotros?

—Yo no dudo de tu triunfo, Leonor mia.

—Tampoco yo.

—Ni yo,—dijeron casi á la vez Buridan y Polioni para no desanimar á la jóven princesa, pero firmemente convencidos de que todos sus ruegos y lágrimas serian insuficientes para conmover el empedernido corazon de Luis el Hutin.

Media hora despues de tener lugar esta conversacion, Buridan se despedia de su amante esposa y sus cariñosos amigos para volver á los subterráneos de la torre de Nesle, y Blanca, Leonor y Polioni se retiraban á sus respectivas cámaras para entregarse al reposo, en tanto que dos doncellas de servicio, que al efecto fueron llamadas por la condesa de Burdeos, tomaban en sus brazos á los dormidos niños y los trasladaban á su dormitorio.

Una de estas doncellas llamada Sol, invitó á su jóven compañera á que se retirase á su aposento, luego que hubieron terminado su servicio ordinario, prometiendo hacer la guardia ella sola todo el resto de la noche.

En un principio Mencia no pudo ménos de sorprenderse grandemente al oir tal invitacion de los lábios de una compañera que estaba reputada entre la servidumbre del hotél como la criatura más egoista y enemiga de hacer favores que existia, pero tanto la importunó Sol diciendo que la inspiraba lástima su estado soñoliento, que al fin se tuvo que convencer de que por lástima y no por miras particulares la alejaba de su lado, y obedeció contenta y agradecida en extremo.

Al verla desaparecer, Sol sonrió de un modo siniestro.

Luego se reclinó indolentemente en un divan, apoyó

la mejilla en la palma de la mano y permaneció en esta actitud largo rato con la mirada fija en la entornada puerta de la antecámara.

Al fin despues de doce ó quince minutos de espera, aquella puerta se abrió sigilosamente y un hombre de fea catadura y de mirar avieso apareció en su dintél.

Era el escudero del duque de Lyon.

Al verlo, Sol se incorporó con rapidéz en el divan y le dijo con voz sumamente ténue:

—Adelante, Ignacio.

—¿Estás sola?—preguntó el llamado Ignacio en el mismo tono y adelantando un paso con temor.

—Sí.

—¿Duerme la condesa?

—Sí.

—¿Y Mencia?

—Duerme tambien en su aposento.

—¡Ah! ¡ah! Eres una muchacha de provecho.

—Entra, entra sin temor alguno.

El escudero obedeció, cerró la puerta con sigilo, se aproximó al divan caminando sobre la punta de los piés, tomó asiento al lado de la jóven y rodeando con familiaridad un brazo á su cintura, la dijo:

—Ya estás obedecida, paloma.

—Gracias, señor gabilan.

—Pero acabemos.

—Pues si aun no hemos empezado.

—Tenemos poco tiempo que perder.

—Toda la noche es nuestra.

—Te engañas.

—¿De veras?

—La gente espera con impaciencia al pié del postigo que comunica al campo.

—¿Y bien?

—Para que entren solo hace falta la llave.

—Pero esa llave...

—¿Dónde está?

—En mi poder.

—Dádmela, Sol.

—Poco á poco.

—¡Cómo! ¿Resistes en el supremo instante...

—Yo no resisto, pero recuerdo lo pactado.

—¡Ah!

—¿Tan pronto diste al olvido...

—No, no.

—Recuerda bien. Cada llave vale cincuenta escudos de oro.

—¡Qué horror!

—Ni un sous ménos.

—Yo te ofrecí treinta.

—Pero yo no acepté tu ofrecimiento.

—Te daré cuarenta.

—He dicho que ni un sous ménos de cincuenta, Ignacio.

—¿Es decir que me condenas á no ganar nada en este negocio?

—¡Bribon!

—¡Y aun dices que me amas!

—¡Basta de pasatiempo! ¿Conviene el trato?

—¿Y qué remedio?

—¿Lo aceptas?

—Desde luego.

—Venga, pues, el dinero.

—Vengan las llaves.

—Toma.

—Y toma.

Sol entregó á Ignacio cuatro pequeñas llaves que sacó

del seno, é Ignacio á Sol una repleta bolsa de cuero que oculta llevaba entre la ropilla.

El escudero contempló la mercancía con alegría infernal, y la doncella reconoció el contenido de la bolsa con ojos de codicia.

—¿Está justa la cuenta?—preguntó.

—Dos cientos escudos de oro.

—¿Pero están justos?

—Cuenta si dudas.

—Fio en tu palabra.

—¡Gracias al diablo que fias una vez!

—Ignacio...

—Ahora falta lo mejor.

—¿Qué falta?

—Clasificar estas llaves.

—¡Ah! Es verdad.

—Esta grande...

—Es la del postigo.

—¿Y esta?

—La del aposento de la condesa y sus hijos.

—¿Y esta?

—La del aposento de la duquesa.

—Luego con la cuarta se abre la cámara del duque de Lyon.

—Cierto.

—No lo olvidaré.

—No las confundas.

—¡Bah! ¿Soy tan necio?

—Ahora vete.

—Sí que me iré, porque me esperan,—dijo Ignacio ocultando con mucha flema las llaves en la escarcela de piel de toro que pendia de su cinto al lado de una larga daga;—pero antes...

—¿Qué?

—Debemos darnos un abrazo por si es el último en la vida.

—Abrázame y vete, Ignacio.

Ignacio obedeció, pero con tan pérfido intento que dos minutos despues Sol habia espirado estrangulada sin serle dable exhalar ni el más leve quejido.

El asesino luego que hubo terminado su obra se levantó del divan y el cadáver de la mísera doncella rodó sobre la alfombra que cubria el pavimento.

Entonces Ignacio le sacó del seno la bolsa de cuero que pocos momentos antes le entregara, y despues de ocultar la prueba de su crímen bajo el ancho divan á cuyo pié se hallaba, abandonó la antecámara con silencioso pero breve paso y á favor de las tinieblas llegó en pocos minutos sin ser visto ni escuchado al postigo que daba salida al campo.

CAPITULO XXXIV.

Dramas sangrientos.

Despues de abrirlo con temblorosa mano, sacó fuera la cabeza con recato, pero siéndole imposible distinguir nada á causa de las densas tinieblas que reinaban en su derredor, lanzó un ténue silbido y esperó con el oido atento.

Poco tiempo permaneció esperando el asesino y traidor escudero del duque de Lyon que sin duda dormia confiado lo mismo que su bella esposa y la sin ventura María de Compliegne, en tanto que se conspiraba villana y cobardemente contra sus preciosas vidas.

Lenta y silenciosamente fuéronse aproximando al postigo uno tras otro hasta siete hombres que llevaban los rostros enmascarados y los aceros desnudos, y cuando todos se hallaron reunidos en derredor de Ignacio, el que parecia jefe de aquella gavilla de malhechores, dijo:

—Bien haya tu puntualidad, amigo.

—Guardeos el cielo, señores. ¿Hace mucho que esperábais?

—No.

—Que me place.

—¿Duermen todos en el hotél?

—Todos, señor.

—¿Y las llaves?

—En mi poder.

—Resistió mucho Sol antes de entregártelas?

—Tanto que me obligó...

—¿A qué?

—A vencer su resistencia.

—¿Cómo?

—Estrangulándola.

—¿Qué has hecho, Ignacio?

—Quitar de enmedio un estorvo.

—Sí, pero sus gritos...

—Ni uno siquiera á exhalado.

—Me tranquilizas.

—Nada debeis temer.

—Aprovechemos el tiempo.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Guia primero á la cámara de la condesa de Alenzon.

—Venid, pero guardad silencio.

Los enmascarados penetraron en el hotél, y en tanto que uno quedaba para guardar el postigo, los seis restantes se aventuraron en las sombras guiados por el traidor Ignacio que pronto los condujo ante los aposentos de María de Compliegne.

Antes de penetrar en la antecámara donde yacia el cadáver de la doncella Sol, el misterioso personaje de quien nos vamos ocupando detuvo por un brazo al escudero y le dijo en voz baja:

—Espera. Ahora ya piso terreno conocido.

—Esa puerta...

—Es la de la antecámara.

—Cierto, señor.

—¿Pero tras ella, quién vela?

—Nadie.

—¿Y las doncellas de servicio?

—Una ha muerto, la otra duerme.

—¿Ahí?

—En su aposento.

—¡Bravo!

—Ningun obstáculo se opone...

—Dáme la llave.

—Tomad.

—Seguidme dos en silencio.

—¿Y yo, señor?

—Tú en tanto debes entenderte con el duque.

—¡Ah! Bien.

—Que te ayuden esos bravos.

—Basto yo solo.

—Pues dispon de sus servicios como mejor te parezca.

—Pero la duquesa...

—¡Desgraciado! Ya te dije ayer que su vida debe respetarse.

—¿Y si grita?

—Dejad que grite.

—¿Y si nos reconoce?

—Huid y nada temais.

—Está bien, está bien.

—Vete, Ignacio, y obra con decision y con prudencia.

Dicho esto el personaje misterioso penetró en la antecámara de Blanca-flor seguido de dos enmascarados, que como hemos dicho en un principio llevaban los aceros

desnudos para poder herir á la primera seña de su jefe, y cerró la puerta sigilosamente.

Entonces el escudero colocó de centinela en la parte superior de la escalera principal, á uno de los enmascarados que habian quedado á sus órdenes, á otro ante la puerta del aposento de madama Leonor de Valois, y con el tercero se dirigió rápidamente á la antecámara del duque de Lyon.

En ella velaba... dijimos mal, dormia un jóven y bello paje muellemente reclinado en un divan.

Tan profundo era su sueño que ni pudo escuchar el ruido que produjo la puerta al ser abierta, ni los pasos de los que se le aproximaron.

Ignacio lo comtempló un momento con feroz sonrisa y en tanto que acariciaba el pomo de su larga daga.

Adivinando su intencion el enmascarado, le dijo:

—¿Lo mato?

—No, que viva,—contestó el escudero,—pero quedaos á su lado é impedid que grite si despierta.

Despues abrió en silencio, con la llave que al efecto sacó de su profunda escarcela, la puerta de la cámara de de su jóven señor y penetró en ella resueltamente.

Todo yacia allí en el mayor silencio y calma.

La ténue luz de una lámpara de plata colocada sobre una mesa de pórfido, iluminaba de lleno los ricos tapices que cerraban el paso al dormitorio del esposo de Leonor de Valois.

Ignacio tuvo intencion de apagarla, pero desistió de su intento temeroso sin duda de no hallar en medio de las tinieblas el objeto que buscaba y avanzó lentamente despues de desnudar la daga.

Pero como sus ojos estaban fijos en aquellos tapices tras los cuales temia ver aparecer á cada instante la arrogan-

te figura de su señor, tropezó bruscamente con un mueble y estuvo á punto de caer de bruces.

Una imprecacion horrible barbotearon entonces los labios del asesino.

Al ruido que produjo debió despertar Polioni porque exclamó de súbito y con voz un tanto alterada desde el fondo del dormitorio:

—¡Quién anda ahí!

—¡Mil rayos me confundan!—murmuró Ignacio con acento desesperado y sin saber qué partido tomar en tan apurado trance.

Pero antes de que pudiera tomar una resolucion, se descorrieron los pesados tapices que ocultaban la puerta de la alcoba y apareció en su dintel Polioni desnudo, con la cabellera en desórden y la espada desnuda en su crispada diestra.

Al sorprender en aquella actitud á su escudero, exhaló un grito de sorpresa y le preguntó avanzando hacia él algunos pasos:

—¿Qué haces ahí?

—Esperaros,—contestó con voz sorda el asesino.

—¿Esperarme?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Para mataros.

—¡Tú!

—Yo.

—¡Ah perro mal nacido! ¿Venias á asesinarme?

—No os lo oculto.

—¡Infame! Ven, pues; atrévete,—exclamó el jóven caballero lleno de indignacion, y asestando una terrible estocada al pecho del asesino.

Pero este evitó el golpe dando hácia atrás un salto y

desnudando la espada con la rapidéz del rayo para ponerse en guardia.

—¡Hola! ¡Hola! Parece que tambien vos sabeis dar golpes alevosos.

—¡Miserable!—rujió el duque avanzando más y más con imprudente empeño hasta chocar su acero con el del asesino.—Vas á morir crucificado como mueren los villanos traidores en mi tierra.

—¿De veras? Pues ¡diantre! cuidad nó morir como mueren en la mia los nobles improvisados.

—¡Perro!

—Basta de insultos y acabemos.

—Ríndete á discrecion y te perdono.

—¿Que me rinda? ¡Buena es esa! ¿Quién lleva la desventaja en esta lucha? Vos que estais completamente desnudo.

—¡Ah! Tienes en cuenta la desnudéz de mi pecho y eso te anima á proseguir el duelo... Mas no importa.

—Vana es la resistencia, caballero.

—¿Vana?

—Estais sentenciado á muerte y es preciso que murais de un modo ó de otro.

—¿Y quién me sentencia á muerte? ¿Tú, traidor cobarde?

—El rey.

—¡El rey!

—De órden del rey voy á mataros.

—¡Mientes! No es posible que el rey haya dictado tan bárbara sentencia contra el esposo de su hija.

—¿No? Pues la habrá dictado el príncipe.

—¡Cielos! ¡Todo lo adivino ahora!

—¿Sí? Me alegro porque me evitareis explicaciones. Ea, acabemos, porque este negocio se prolonga demasiado.

¿Acatais ó no la voluntad del monarca?

—¿Qué me propones?

—Que os dejeis buenamente atravesar el corazon de una estocada.

—¡Ira del cielo!

—Ello és fuerza que murais.

—Mátame, pues, si puedes, pero en tanto toma esta de buena ley que te regalo.

Y le asestó tan tremenda estocada en medio del corazon, que el miserable despues de lanzar un grito desgarrador cayó de bruces á sus plantas.

Estaba muerto.

Pero cuando el jóven duque de Lyon creia haberse salvado de tan inminente peligro, se abrió con estruendo la puerta de la cámara y tres enmascarados con los aceros desnudos se precipitaron en ella y le acometieron á la vez con fiera saña.

Al verlos entrar, Polioni, que ya estaba bastante fatigado, se consideró perdido y encomendó su alma á Dios de todas veras.

Con la rapidéz del rayo se armó de un pequeño taburete para escudar su desnudo pecho, y solo de esta suerte pudo tener á raya dos ó tres minutos á sus fieros y silenciosos acometedores.

Como la puerta de la cámara habia quedado abierta, pudo escuchar, aunque confusamente, varias voces que gritaban desesperadamente á muy lejana distancia:

—¡Socorro!... ¡Asesinos!... ¡Fuego!... ¡Fuego!

Luego otra voz más próxima, más distinta y más querida para él que lloraba con sofocado acento:

—Polioni... Angelo... esposo... mio ¿dónde estás?

—¡Aquí!... ¡Aquí!—contestó el inseparable compañero de Buridan, sintiendo que sus fuerzas se reanimaban y

prosiguiendo en la lucha con más brio.

—¡La duquesa!—murmuró uno de los enmascarados asesinos.

—¡Acabemos, acabemos antes que llegue!

Y el que habia pronunciado estas palabras aprovechó un ligero descuido de su víctima y de una fiera estocada le atravesó la garganta.

Polioni cayó expirante en el momento en que Leonor aparecia en la puerta de la cámara con las ropas y los cabellos en el mayor desórden, gritando con apagada voz:

—¡Deteneos en nombre del rey!

Pero era tarde.

Los asesinos al ver á la duquesa huyeron aterrados, y la sin ventura jóven solo tuvo fuerzas para llegar ante el cadáver de su esposo y precipitarse sobre él exhalando un grito lastimero, el último de su vida.

Los gritos de ¡fuego! ¡fuego! proseguian en tanto resonando con más fuerza bajo los artesonados de las cámaras del hotél.

El humo iba ya penetrando en todas partes y sin duda el elemento destructor tardaria poco en invadir aquella parte del edificio hasta entonces respetada.

De súbito el silencio de muerte que reinaba en el aposento donde acababa de representarse tan sangriento drama, se turbó con un ruido extraño que se dejó escuchar en la inmediata alcoba.

Luego aparecieron en el dintél de su puerta tres hombres que llevaban la muerte retratada en los semblantes y las espadas desnudas en las crispadas diestras.

Eran Buridan, Sataniel y Mongomerry que llgaban de los subterráneos de la torre de Nesle atraidos por los gritos que exhalaban los moradores del hotél en demanda de socorro.

El humo de que estaba llena la cámara les impidió distinguir en un principio los objetos, pero Buridan más impaciente que ninguno y sospechando sin duda lo que ocurrido habia allí, corrió á tomar la lámpara pero al dar los primeros pasos tropezó con los cadáveres de Leonor y Polioni y cayó de hinojos sobre ellos.

—¡Luz... una luz aquí!—gritó entonces con cavernosa voz:

—¿Qué sucede? ¿Qué has tropezado?

—¡Dos cadáveres!

—¡Cielos!

—La lámpara... la lámpara.

—Huyamos de este aposento ó nos exponemos á morir ahogados por este maldito humo.

—¿Sabes dónde te encuentras? En la cámara de Polioni.

—Pero...

—Y aquí hay dos cadáveres... y el uno es de mujer.

—¡De mujer!

—¡Blanca es sin duda!

—¡Imposible!

—¡Esa luz por piedad!

Gaston de Mongomerry aproximó la lámpara cuya luz se extinguia por momentos y cuando á favor de sus débiles rayos pudieron reconocer los cadáveres, los tres á un mismo tiempo exhalaron un penetrante grito de terror.

—¡Muertos!—exclamaron retrocediendo un paso con espanto.

—Asesinados los dos villanamente.

—¡Ah! ¡Maldicion!... ¡Maldicion!

—Hermano, ya no podemos dudar. Llegó al fin el momento de la más terrible prueba. Nuestros temores se rea-

lizan... por aquí ha empezado la bárbara venganza del Hutin.

—¡Por su hermana!

—Por su hermana y tu mejor amigo.

—¿Y por quién habrá acabado?

—¿Acabar? Seguir dirás.

—¿Pero por quién? ¿Por quién?

—¡Dios mio! De sospecharlo me aterro.

—¡Ah hijos de mi alma!... ¡Hijos... hijos mios!

Y poseido de un vértigo enloquecedor, con la mirada centelleante, la respiracion anhelosa, desgarrada la ropilla, la cabellera en desórden y crispado el puño que blandia su espada siempre vencedora, Buridan se precipitó fuera de la cámara como impulsado por el rugiente huracan y gritando sin cesar con sofocado y desgarrador acento:

—¡Hijos... hijos de mi alma!

A sus gritos de dolor se unian los gritos de angustia y espanto que exhalaban por do quier las mujeres de la servidumbre del hotél que en aquel instante estaba convertido por algunos puntos en una lava de fuego que en vano trataban de apagar los soldados de la guardia que habian acudido á los pisos superiores desde el primer momento.

El instinto más bien que la memoria guiaba á Buridan á los aposentos de su esposa.

Al salir de una desierta cámara para penetrar en otra tropezó con un grupo de criados que como él caminaban á la ventura y que al verlo en aquel estado á la oscilante luz de una lámpara que pendia de la techumbre, quisieron detenerlo dándolo la voz de ¡alto! y colocando ante su pecho la punta de las espadas.

—¡Paso canalla!—les gritó el conde blandiendo su tizona con rabiosa furia.

—¡Alto! ¡Alto!

—Dejadme, miserables.

—Dáte preso en nombre del rey.

—¿Yo preso?

—Este es uno de los asesinos.

—Uno de los incendiarios.

—¿Qué dicen estos perros?

—Desarmadlo,—gritó entonces con voz de autoridad uno de los mayordomos de los duques de Lyon que se hallaba entre el grupo de criados que cerraban el paso á su señor sin conocerlo todavía.

—Dejadme, dejadme digo, que voy en busca de mis hijos... de los hijos de mi alma que tal vez hayan muerto á manos de ese infame y vengativo rey.

—¿Qué dice este hombre?

—¿Quién es?

—¿Cómo os llamais?

—¡Idiotas! ¿Aun no me habeis reconocido? Soy Buridan... soy el conde de Alenzon.

—¡El conde!

—¡Nuestro señor!

—Miradme bien.

—¡El es!

—Sí, sí.

—¡Perdon, perdon, señor conde!—exclamó entonces el mayordomo aproximándose á Buridan todo confuso y compungido.—Estábamos tan aturdidos, tan...

—Bien, bien, lo conozco, pobres gentes; lo estoy yo tambien y tengo más corazon que todos vosotros juntos.

—¡Ay señor! ¿Pero cuándo habeis llegado?

—Dejaos de preguntas y contestad á las mias. ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

—Una desgracia horrible.

—¿Quién ha prendido fuego al palacio?

—Se ignora.

—¿Quién ha asesinado á los duques de Lyon?

—¡Ay!

—Responded.

—Tambien se ignora.

—¿Pero se sospecha?

—Aun no se puede sospechar de nadie.

—¿Y mis hijos?... ¿y mi esposa?... ¿Qué es de ellos?

—¡Dios mio!

—¿Han muerto?—gritó Buridan en el parasismo del dolor.

—No, no. Viven.

—¡Mentís!

—Se han salvado.

—¡Mentís!

—Se han salvado huyendo del hotél.

—Me engañais por lástima sin duda.

—Os juro...

—¡Atrás! Quiero verlos vivos ó muertos.

—¡No, por Jesús, señor! No paseis adelante.

—¡Já, já, já, já!... Dice que no han muerto y quiere impedir que vea sus cadáveres... ¡Idiota!... ¡idiota!... ¡idiota!

—Señor...

—¡Atrás!... ¡Atrás, infames embusteros!—gritó con voz potente el sin ventura caballero atropellando á cuantos el paso le cerraban y corriendo de nuevo á la ventura.

En aquel momento aparecieron en la puerta de la cámara Mongomerry y Sataniel que venian en su busca.

Al reconocer al segundo, el pobre mayordomo le gritó con angustiosa voz:

—Corred, señor, corred y detenedlo. No permitais por Dios que penetre en la cámara amarilla.

Sataniel y el ex-templario obedecieron presurosos aquella súplica sentida, pero ya era tarde.

Buridan habia logrado penetrar en el dormitorio de su esposa y visto á esta y á sus inocentes hijos bárbaramente asesinados á puñaladas sobre el revuelto lecho donde momentos antes de espirar dormian los tres estrechamente abrazados.

Nos es imposible describir lo que en aquel supremo instante pasó por el alma del sin ventura padre, y gustosos por lo tanto renunciamos á tan penosísima tarea.

Ni un grito de dolor, ni un débil ¡ay! pudo exhalar siquiera.

Por espacio de dos ó tres segundos comtempló aquel horroroso cuadro que se ofrecia á su vista, con espresion estúpida; luego, observando que en el pecho del niño que llevaba su nombre habia clavado un pequeño puñal de adiamantada empuñadura, se lo arrancó bruscamente, se aproximó con él á la lámpara que ardia sobre la mesa de noche, lo contempló breves momentos, y al reconocerlo lanzó una estridente carcajada y cayó sin sentido en brazos de su hermano Sataniel que acababa de penetrar en la alcoba mortuoria seguido de Gaston de Mongomerry.

El homicida acero que habia dado muerte un dia al gran duque Roberto II de Borgoña, se la habia dado tambien aquella noche á los hijos de Margarita.

El mismo puñal cortó el hilo de la vida del abuelo y de los nietos.

¡Juicios de Dios!

CAPITULO XXXV.

Desde el Louvre al hotél de Nesle.

Felipe el Hermoso, que aquella noche se habia retirado al lecho mucho más temprano de lo que tenia de costumbre, á causa de sus dolencias que por momentos se agravaban, acababa de entornar los párpados al sueño teniendo asida entre las suyas febriles una mano del fiel Roberto Valet que no podia separarse un instante de su lado, cuando le despertó de súbito un confuso murmullo de voces que se dejó escuchar en la antecámara, y el cual iba creciendo por segundos hasta el punto de hacerse distintas muchas de las palabras que se pronunciaban.

Asustado el rey que siempe creia ver entrar en la régia cámara un grupo de sus descontentos y ambiciosos súbdito con los aceros desnudos y resueltos á poner fin violentamente á su vida, se incorporó penosamente en el lecho, miró aterrado en derredor de sí, luego fijó su penetrante mirada en los tapices que cerraban la puerta del dormitorio para observar si eran agitados por una mano

invisible, y á pesar de no ver á nadie, como el tumulto crecia en la antecámara, sacudió con fuerza convulsiva un brazo de su viejo servidor que dormia profundamente con la cabeza apoyada en las mismas almohadas donde descansaba la del rey y le dijo con agitada voz y aplicando los lábios á su oido:

—Valet... amigo mio... despierta.

El pobre anciano despertó en efecto todo azorado y confuso por aquella falta involuntaria y perdonable si se tenia en cuenta las infinitas noches que habia pasado en vela para que su régio señor durmiese tranquilo y confiado.

Pero como su soñarrera apenas le permitiese abrir los ojos, de nuevo el rey le sacudió el brazo bruscamente diciéndole en voz más alta:

—Despierta, Valet.

—Señor, si estoy despierto.

—No, desgraciado, que duermes como un leño.

—¡Ah! Perdonad, Monseñor; estaba tan...

—No te reprendo, pero quiero que despiertes por completo.

—Ya lo estoy, alteza.

—¿Y nada escuchas?

—¿Dónde?

—¡Desventurado! En la antecámara.

—¡Ah! Sí... un murmullo de voces...

—Que en un principio fué sordo... muy sordo, pero que por momentos se hace más distinto.

—¡Oh!

—¿Qué significa ese tumulto?

—Ignoro...

—¿Quiénes son los osados que así turban el reposo de su rey?

—Señor, ignoro...

—Tambien el rey lo ignora y quiere saberlo todo sin pérdida de tiempo. Vé, mi buen Roberto, vé á enterarte de lo que quieren de nuevo esos revoltosos cortesanos á las altas horas de la noche.

El pobre Valet, todo tembloroso y pálido, abandonó precipitadamente la régia alcoba para volver cinco minutos despues más pálido y tembloroso todavía.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Felipe con angustioso acento.

—Señor, una horrible desgracia.

—¿Una desgracia dices?

—Pero espantosa. ¡Ay!

—Explícate.

—El hotél de Nesle...

—Acaba.

—Es presa de las llamas.

—¡Misericordia!

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—¿Y mi hija?

—Nada sé... nada saben...

—¡Ah miserables cobardes! ¡La habrán dejado perecer!

—¡Imposible!

—Pronto, pronto... mis ropas... mi caballo...

—Pero señor...

—Vísteme al punto.

—¿Qué intenta V. A. hallándose en tal estado?

—Volar á su socorro.

—Si todo el pueblo de París trabaja para extinguir las llamas.

—¿Pero y mi hija?

—Se habrá salvado, señor.

—Quiero verla... quiero salir á su encuentro... Pronto... pronto; que se dispongan todos para seguirme. Vísteme, Valet.

—Pero...

—¿Obedecerás, malvado?

Roberto obedeció llorando, porque teniendo ya conocimiento de los horrorosos crímenes perpetrados en el hotél, temia, y no sin razon, una mayor desgracia tan luego como el rey fuese sabedor de la muerte de su idolatrada hija la duquesa de Lyon.

Luego que se halló vestido, Felipe el Hermoso se dirigió con vacilantes pasos á la cámara privada, abrió el balcon violentante y al contemplar desde allí la triste realidad, exhaló un grito penetrante y desgarrador, cayendo luego desfallecido en brazos de Roberto que habia seguido sus pasos sollozando.

Pero pronto recobró una energía que llenó de asombro á su viejo confidente, y temeroso sin duda de perderla si vacilaba un momento, pasó á la inmediata cámara donde ya se hallaban reunidos y esperándole los príncipes de la sangre, los ministros, las autoridades así eclesiásticas, civiles y militares y otros muchos altos dignatarios de la corona, y les dijo por única salutacion:

—En marcha, en marcha todos al hotél de Nesle.

Cinco minutos despues salia del Louvre seguido de una numerosa comitiva.

La ribera del Sena se hallaba á la sazon cuajada de un gentío inmenso que producia un ruido atronador con sus voces, sus gritos, lamentos é imprecaciones lanzadas á determinadas y conocidas personas de la córte.

Mucho llamó la atencion del rey estas imprecaciones, algunas de las cuales llegaron distintamente á sus oidos, y no pudiendo por más tiempo resistir su curiosidad, llamó

á parte á Enguerrando de Marigny y le preguntó en voz baja:

—¿A quién acusa mi buen pueblo?

—Lo ignoro, señor,—contestó el ministro algo confuso.

—¿No oís sus maldiciones? ¿No oís sus quejas?

—En efecto...

—Pues qué, ¿no ha sido casual la desgracia que todos lamentamos?

—Así se asegura.

—¡Infeliz princesa! ¡Infelices niños! ¡Malditos, malditos sean por Dios sus asesinos despiadados!—gritó con lastimero acento en aquel instante una mujer del pueblo destacándose de un grupo ante el cual pasaba el rey á la sazon.

Felipe el Hermoso se extremeció al oirla y exclamó con angustiada voz:

—¡Cielos! ¿Qué dice esa mujer? ¿De qué princesa habla? ¿de qué niños? ¿de qué asesinos?

—Señor, no la hagais caso... debe estar loca... ninguna noticia tenemos de que hayan ocurrido desgracias personales en el hotél.

—Me engañais.

—Juro á V. A...

—Y si eso es verdad, ¿dónde está mi hija? ¿Qué sabeis de mi hija?

—¡Tu hija ya no existe, rey, pues su hermano la asesinó bárbaramente, como tambien á la esposa y los hijos de Buridan!—gritó en aquel momento una potente voz que salió de un inmediato grupo.

Un clamoreo general resonó entonces en derredor de la régia comitiva.

Un angustioso grito que reasumia todos los dolores

que laceraban en aquel momento el corazon del sin ventura padre, contestó á las fatídicas palabras del misterioso delator.

Veinte ginetes quisieron atropellar los grupos que cada vez eran más compactos para buscar al temerario que acababa de lanzar á voces el epíteto de asesino fratricida sobre uno de los príncipes de la sangre, pero advirtiéndolo Felipe gritó extendiendo un brazo sobre las masas:

—¡Deteneos! Nadie atropelle á mi buen pueblo.

Los nobles obedecieron.

El buen pueblo victoreó á su rey con entusiasmo.

Pero Felipe el Hermoso apenas oyó aquellos entusiastas víctores.

Solo tenia oidos para seguir escuchando estas terribles palabras:

¡Tu hija no existe, rey, pues su hermano la asesinó bárbaramente, como tambien á la esposa y los hijos de Baridan!

Pasado que fué el primer momento de estupor, mandó con voz enérgica que se le aproximase su hijo primogénito.

El rey de Navarra obedeció en el instante.

Entonces Felipe arrrancó bruscamente de manos de un criado una antorcha encendida para examinar con detencion el semblante del príncipe á quien su pueblo acusaba de asesino, pero asombrado el caballo al ver pasar ante sus ojos con tal rapidéz aquella lengua de fuego se asustó terrriblemente y de un fiero bote derribó al ginete en tierra.

Un grito de terror exhalaron entonces todos los espectadores.

—¡El rey ha muerto!

—¡Han asesinado al rey!—gritó el pueblo con indignacion y espanto.

—¡Mentís!—exclamó entonces con voz potente el rey de Navarra irguiéndose sobre los estribos para que mejor le vieran sus acusadores.—Su alteza cayó impensadamente... S. A. vive y vais á verlo de nuevo á caballo.

—¡Viva el rey!

—¡Mueran los traidores cortesanos!

—¡Ah miserables y como abusais de mi paciencia!—murmuró con voz sorda el de Navarra y apeándose tambien como ya toda la comitiva lo habia hecho para acudir en auxilio del monarca.

Felipe el Hermoso habia quedado muy mal parado con el violento golpe que recibiera al caer, pero repuesto algun tanto, ordenó que lo trasladasen al hotél sin pérdida de tiempo en una lancha, y hubo que obedecer sus órdenes, puesto que aun era rey para dictarlas, despues de haber intentado en vano persuadirle de que podia costarle caro su fatal empeño.

Así sucedió en efecto.

Cuando pisó los umbrales del hotél, del cual Sataniel y Mongomerry habian ya sacado desmayado á Buridan para ocultarlo en los subterráneos de la torre aprovechando la confusion que por do quier reinaba, el incendio habia sido dominado por completo, mas al penetrar en la primera cámara y ver tendidos sobre fúnebres bayetas los cadáveres de su hija Leonor, de Polioni, de Maria de Compliegne y de los tiernos infantes que el sér debieron á Margarita de Borgoña, lanzó un espantoso grito de dolor y cayó sin sentidos como herido por el rayo.

Y en este mísero estado fué de nuevo conducido al Louvre y colocado en el lecho del cual no debia volver á levantarse.

Dos horas despues volvia de tan penoso desmayo, pero conociendo que los momentos de su vida eran contados, se

negó á tomar medicamento alguno, mandó que todos despejasen la cámara y llamando á parte á su hijo primogénito, cuyo semblante se parecia en lo cadavérico al de su moribundo padre, conversó con él en secreto largo espacio de tiempo.

CAPITULO XXXVI.

La venganza del templario.— ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Era el amanecer del primer aniversario de la muerte del gran Maestre de los Templarios, Santiago de Molay.

Felipe el Hermoso *el Emplazado* se hallaba en la agonía.

El plazo fijado por la víctima desde el horrible suplicio al que fué despiadadamente condenado, como tantos otros inocentes, iba al fin á cumplirse.

La régia alcoba y la inmediata cámara se hallaban desiertas, por haberlo así ordenado el rey momentos antes.

Un fraile capuchino se hallaba sentado á la cabecera del lecho real, y exhortaba en voz baja al moribundo.

De súbito este ministro del Señor aparecido en el Louvre de un modo misterioso, cesó en sus exhortaciones que apenas oia el rey, salió presuroso de la alcoba, cerró interiormente la puerta de la cámara, volvió al lado del enfer

mo, y se arrancó con violencia el tosco sayal que vestia, y el cual arrojó bajo del lecho, para quedar convertido en un apuesto caballero.

Cuando hubo operado tan súbita y extraña trasformacion, se aproximó más al lecho, se cruzó de brazos y exclamó con sepulcral acento:

—¡Asesino de los templarios, vuelve á la vida un momento... yo lo mando!

Al escuchar aquel acento Felipe despertó del letargo en que sumido quedara por espacio de tres ó cuatro minutos escuchando al fraile agonizante; abrió los ojos desmesuradamente, miró al desconocido con fijeza y preguntó despues con voz apenas perceptible:

—¿Quién osa acusarme de asesino en el supremo instante en que voy á comparecer ante el tribunal de Dios?

—Yo,—contestó el misterioso personaje, que no era otro que Gaston de Mongomerry, sin variar de tono ni postura.

—¿Y quién eres tú?

—¿No me conoces?

—Ese acento...

—Recuerda bien.

—Ese desacato...

—¿Vas á convertirte en polvo y todavía recuerdas los respetos y las grandezas humanas?

—¡Miserable!

—¿Vas á comparecer ante el tribunal de Dios y todavía insultándome manchas tu conciencia con un nuevo pecado?

—¿Quién eres, quién?

—Mírame bien, Felipe.

—En vano... Mi vista apenas puede distinguir tu rostro.



—Llama, llama, asesino de los templarios, pero no esperes que nadie venga en tu socorro.

—¿Quieres saber mi nombre?

—Te suplico que me lo reveles.

—¡Ah! Me lo suplicas.

—Sí, sí.

—Al fin abates tu altivéz y orgullo.

—Tu nombre... ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Gaston de Mongomerry.

—¡Cielos!

—¿Te aterras, rey de Francia?

—¿Qué ha dicho este hombre?

—La verdad, príncipe.

—¡Imposible! Tú no puedes ser Gaston.

—¿No?

—El templario de ese nombre...

—Pereció como su padre en la hoguera... ¿verdad?

—Un tribunal los sentenció á tan horrible suplicio.

—¡Mientes! Fuiste tú quien dictó tan bárbara sentencia tirano aborrecido.

—Seas quien seas recuerda que todavía me titulo rey.

—¡Pobre gusano!

—Que puedo castigar tu alevosía...

—¿Alevoso me llamas, miserable?

—¡Poder de Dios! Me insulta hasta ese estremo... á mí... al rey de Francia...

—Al más infame de los hombres.

—¡Oh! Te costará la lengua tal ultraje.

—No temo tus amenazas.

—Valet... Marigny... guardias...—gritó con voz débil y ahogada el moribundo y aterrado monarca en tanto que pugnaba, aunque en vano, por alcanzar una campanilla de oro que habia sobre la mesa de noche.

—Llama, llama, asesino de los templarios, pero no esperes que nadie venga en tu socorro,—le dijo Gaston son-

riendo con sarcasmo al contemplar los impotentes esfuerzos que hacia Felipe en demanda de auxilios.

—¡Condenacion! ¡Condenacion!

—Nadie vendrá, repito hasta que yo me aleje, porque tengo bien tomadas las medidas.

—¿Con que estoy en tu poder?

—Como yo lo estuve un dia en el tuyo por desgracia.

—¿Y qué intentas?

—Vengarme, gozándome en los tormentos de tu agonía.

—¡Horror!

—Y aun haré más, te aplicaré la pena del Talion, haré que exhales el postrer suspiro de tu odiosa existencia...

—¿Cómo?

—Abrasado por las llamas como abrasado murió mi sin ventura padre.

—¡Tu padre!

—Arturo de Mongomerry.

—¡Cielos!

—¿No te he dicho que soy su hijo Gaston?

—¡Mientes! Gaston murió tambien en el suplicio.

—¿Lo viste tú morir?

—No, pero leí su nombre en la lista de los sentenciados á la hoguera.

—Y bien, es muy fácil, puede ser cierto lo que dices, pero la sentencia no llegó á ejecutarse por fortuna porque Gaston logró fugarse algunas horas antes.

—Me engañas... me engañas.

—Mírame bien... recónoceme al fin y sufre el martirio de verme vivo en tanto que para tí vá expirando el plazo que fijó el gran Maestre del Temple en el suplicio,—dijo fray Bonifacio tomando en su diestra la lámpara y colocándola la luz ante su rostro para que lo iluminase de lleno.

Felipe el Hermoso al reconocerlo exhaló un ahogado

grito de terror y se cubrió el semblante con sus crispadas manos.

—¿Me has visto bien? ¿Me has reconocido al fin?

—¡Gaston de Mongomerry!

—El mismo soy.

—¡Loado sea Dios! Tu fuga me evitó un crímen.

—¡Ah! ¿Con que al fin confiesas que fuiste criminal?

—¡Piedad!... ¡Perdon!

—¿Y á quién se lo pides, miserable? ¿Al hijo á quien dejaste huérfano como á tantos infelices solo por vengar los celos que los del temple te inspiraban y arrebatarles sus inmensas riquezas para saciar un tanto la hidrópica sed de oro que siempre te ha devorado?

—¡Mongomerry!...

—¿Al hijo que hace un año vive arrastrando una existencia miserable por esperar este momento deseado en que vengar debe los manes de su anciano é inocente padre?

—¡Oh!

—No puedo tenerte piedad... no puedo perdonarte, rey tirano.

—Yo te lo imploro.

—Pero en vano imploras.

—Gaston...

—Podria perdonar á mi cruel perseguidor, pero jamás al verdugo de mi padre á quien en medio de una espantosa hoguera la sien orló con la corona del martirio.

—¡Piedad!

—En vano, en vano pides que la tenga de tí.

—No turbes la agonía de un moribundo que pronto vá á comparecer ante el severo tribunal de un Juez Supremo.

—Tú turbaste la de centenares de infelices con carcajadas de triunfo.

—¡Acusacion impía!

—¿Así olvidas tus criminales hechos? ¿Qué sucedió en París el 13 de octubre de 1307? ¿Quién atizó las llamas de la hoguera en que fueron quemados vivos cincuenta y nueve templarios en un campo inmediato á la abadía de San Antonio? ¿Quién los acusó de crímenes cuya sola enumeracion ha herizar los cabellos, y los cuales ni aun soñaron cometer los infelices caballeros?

—¡Oh Dios!

—Responde.

—No lo sé... no lo sé.

—Tú, miserable... tú.

—¡Piedad!

—¿Y aun me la imploras?

—En nombre de tu padre á quien voy á ver dentro de breves minutos.

—¡Imposible! Mi padre está en el cielo, y el infierno es el lugar que ocupar debes eternamente, Felipe.

—¡Calla!

—¿Te aterra esa sola idea?

—¡Calla!... ¡Calla!

—Pues fuerza es que te convenzas de que no hay salvacion para tu alma.

—La habrá... Dios es misericordioso...

—Con el pecador arrepentido.

—Yo lo estoy... yo lo estoy de corazon.

—¿Tú?

—Sí, sí.

—¡Já, já, já, já!

—¿Dudas? ¿Te gozas atormentándome?

—¿Y cómo no?

—¡Qué crueldad!... ¡Qué crueldad!

—Tú me enseñaste á ser cruel; tú me implusaste á la venganza.

—¡Misericordia, Gaston de Mongomerry!

—¿La tuviste tú de mí?

—¡Perdon! ¡Perdon!

—¿Lo otorgaste alguna vez?

—Cuantas me fué posible.

—¿A quién?

—A mis más encarnizados enemigos.

—¡Mientes!

—¡Oh qué tormentos me haces sufrir!

—¡Sufre, maldito!

—No me maldigas... no te ensañes hasta ese extremo en un pobre moribundo... paz al que va á morir... respeto á su agonía... perdon... necesito tu perdon para morir tranquilo, Mongomerry.

—No esperes que te lo otorgue.

—¿Tienes de fiera las entrañas?

—De fiera son como las tuyas.

—Yo te imploro en nombre de lo que más ames en el mundo.

—A nadie amo porque tú me robaste un dia el sér á quien podia amar.

—En nombre de lo más sagrado...

—¡Basta!

—Por la memoria de tu padre y de mi pobre hija.

—¡Ah!! ¿Te acuerdas de la angelical Leonor, bárbaramente asesinada anoche por su propio hermano?

—¡Horror!

—Asesinada por su hermano... por el heredero de tu trono.

—¡No me lo recuerdes!

—De tal padre tal hijo.

—¡Misericordia!

—Por ese solo crímen la raza de los Valois maldita

será por el cielo hasta su extincion completa.

—¡Calla!

—¡Sufre! ¡Sufre!

—¡Oh Dios! Me muero... mi voz se extingue por momentos... la luz de mis ojos desparece... se turba mi razon...

—Sí, vas á morir porque expirando está el plazo que te fijó Santiago de Molay en el patíbulo para comparecer ante el tribunal del Juez Supremo.

—¡Ay!

—Y vas á morir solo, abandonado como un mísero can por tus hijos, tus amigos, tus favoritos y tus cortesanos que en este momento besarán como esclavos las plantas del nuevo rey.

—¡Llámalos!

—¿Que los llame?

—Llama á mis hijos los condes de Poitiers y la Marche para que recojan mis últimos suspiros.

—No esperes que haga tal.

—Llama, pues, á un sacerdote para que dulcifique con su santa palabra la amargura de mi terrible agonía.

—Tampoco.

—¡Un sacerdote, por Dios!

—Los impíos no los necesitan.

—Sí...

—Los enemigos y perseguidores de la Iglesia, ménos.

—¡Por piedad!

—Muere como has vivido, infame.

—¡Oh buen Jesús! Ténme piedad ya que los hombres me la niegan... no me abandones en este trance cruento... merecedor soy de tu gracia porque estoy arrepentido... sí... ¡Ay!... ¡Me muero!

—Felipe...—exclamó el ex-templario que se sentia in-

capaz de llevar más adelante su venganza.—Felipe...

—¡Calla!—murmuró el rey con expirante voz y acento suplicante.—¡Paz al que va á morir... paz al que expira arrepentido!... ¡Piedad!... No turbes mi oracion postrera... ¡no me maldigas, Mongomerry!

—No, no te maldigo, no puedo llevar la crueldad hasta ese extremo en este supremo instante... por el contrario, si mi bendicion ha de contribuir á tu salvacion, yo te bendigo, rey, y te perdono.

—¿Qué escucho?

—No te engaño.

—¡Me perdonas!

—¡Que así te perdone el cielo!

—¡Oh! ¡Gracias... gracias!

—¿Quedais tranquilo?

—Muero feliz. Gaston..... hijos..... Francia querida..... adios... adios para siempre... rogad todos... por el grande... pecador. ¡Ay! Jesús... ¡recibe mi alma!

Tales fueron las últimas palabras que pronunció Felipe el Hermoso un año despues, el mismo dia y á la misma hora en que fué emplazado ante el tribunal de Dios por el gran Maestre de los Templarios, Santiago de Molay.

Gaston de Mongomerry al convencerse de que habia exhalado el postrer suspiro, se arrodilló á los piés del lecho con religioso respeto, oró por su alma un breve instante, se levantó despues, vistió de nuevo el tosco sayal que ocultaba perfectamente sus cortesanas vestiduras, calóse la capucha hasta los ojos, salió de la régia alcoba, y abriendo la puerta que cerrado habia interiormente, dijo con acento grave á los nobles que esperaban con impaciencia suma en la antecámara:

—Podeis pasar, señores.

Luego aprovechando la confusion que reinó en los pri-

meros momentos, salió del Louvre sin ser visto, y nadie despues, ni el mismo Buridan, tuvo noticia de su paradero.

Cinco minutos más tarde el gran canciller del reino, Pedro de Flotte, gritaba con voz robusta desde la puerta de la cámara real:

—¡El rey ha muerto!

Y los nobles contestaban con entusiasmo:

—¡Viva el rey!

CAPITULO XXXVII.

Reseña histórica.

Antes de dar comienzo al último libro de nuestra obra inaugurando el nuevo reinado, reseñemos ligeramente el anterior con el auxilio de uno de sus más autorizados historiadores, que entre otras cosas dice lo siguiente:

Felipe pasó el último año de su vida en una languidéz que le condujo al sepulcro á la edad de cuarenta y ocho años y á los veintinueve de su reinado.

Unos atribuyen su enfermedad á una caida del caballo que montaba en una cacería, y otros á la pesadumbre producida por sombrías reflexiones que le sumergieron en una melancolía habitual.

En efecto, el pasado y el presente debian atormentarle no ménos que el porvenir.

Con tres hijos, todos mayores de edad, pudo prever la extincion de su raza.

Le era imposible ocultarse que el escesivo aumento de los impuestos, habia hecho odioso su gobierno, y que la

variacion de la moneda, afrentoso agiotaje, imprimia un sello indeleble de ignominia sobre su reputacion.

Cuando recordaba su conducta respecto de los templarios, en vano procuraba tranquilizar su conciencia con las pruebas legales de sus desórdenes, porque sus retractaciones y su noble firmeza en los suplicios no podian dejar de escitar por lo ménos en su ánimo dudas y remordimientos terribles, así como los torrentes de sangre derramada en la guerra de Flandes, cuyos motivos presentaban una equívoca justicia.

Por último, la deshonra de su familia.

Tres nueras acusadas á la vez de mala conducta; dos de ellas condenadas, y solo una librada de la acusacion, pero no de las sospechas.

Sus seductores castigados públicamente como para divulgar el oprobio de las princesas y sus esposos... ¡Cuán amargas reflexiones no debian despertar en él tan siniestros recuerdos!

No debemos, pues, extrañar que sus contemporáneos creyesen, como acabamos de decir, que murió de pesadumbre.

Encargó á su hijo disminuyese los impuestos y aliviase al pueblo, exhortacion tan frecuente en los moribundos cuanto olvidada de sus sucesores.

Bernardo de Saisset, aquel obispo de Pamiers, tan altamente declarado contra Felipe el Hermoso, dice de este príncipe:

—«Este hombre es un fantasma, una hermosa imágen que nada sabe hacer sino mirar al mundo y hacerse mirar.»—

Aunque estas palabras son el sarcasmo de un enemigo, puede juzgarse que no lo hubiese aventurado en un escrito público, sino hubiese tenido al ménos algun fundamento

para las acriminaciones, y nos inclinamos tanto más á creerlo así, cuanto que todos saben que es harto frecuente en los *hermosos* complacerse en su persona y exigir en cierto modo la admiracion de los demás por medio de una afectacion y unos melindres apenas excusables en el otro sexo.

Prescindiendo de esta ridiculéz, Felipe poseia las cualidades propias para atraerse la estimacion.

Mostró mucho celo en que se hiciese justicia, aunque en lo que le concernia personalmente, se separó muchas veces de los preceptos de esta.

Manifestaba capacidad para los negocios, y su política por lo regular fué acertada.

Se le acusa de escasa firmeza, á no ser que el interés sugiriese sus venganzas.

Por otra parte era valiente, generoso, magnífico y ávido de gloria, pero mucho más aun de oro para derrocharlo hasta la prodigalidad.

Preveia, segun se dice, el fatal estado en que caeria el reino despues de su muerte, y este triste vaticinio fué considerado como una de las causas de la pesadumbre que dió fin á sus dias.

El reinado de Felipe el Hermoso forma época en la historia de la monarquía, porque fija la demarcacion entre los antiguos parlamentos y el nuevo.

Sino ha sido el autor de ella, al ménos ha dado con sus frecuentes convocatorias la idea de los Estados generales, que unas veces han consolidado, otras minado, y por último, derribado el trono.

Felipe hizo más escasos los duelos jurídicos, y agregó á la Francia partes considerables de Flandes y del Lionesado, la Champaña y el condado de Angulema.

En su tiempo cesaron las cruzadas, aunque él tomó

tambien la cruz con sus hijos, muchos señores y el rey de Inglaterra; pero parece que estos príncipes no miraban esta accion sino como una ceremonia propia para granjearles en la opinion de los pueblos el concepto de celo y valor.

La brújula, ó la propiedad de dirigirse al Norte, conocida tal vez antes del reinado de Felipe, no se aplicó hasta su tiempo á la marina.

Sus disensiones con Bonifacio delucidaron los puntos de disciplina controvertidos entre los Papas y los reyes, y dieron nacimiento á lo que se llama libertades de la Iglesia galicana, que no son en realidad otra cosa que una barrera contra las exigencias de la Santa Sede.

La córte romana se procuró un grande opoyo en las órdenes religiosas mendicantes, que polulaban desde mediados del siglo XIII y durante todo el XIV.

Hallábanse á la sazon en todo el fervor de la práctica del voto de pobreza, de manera que la mayor parte desechaba los bienes que les ofrecia la admiracion con que los fieles veian la austeridad de su vida.

Deseoso de desvanecer el escrúpulo de los más timoratos de estos frailes, el Papa Nicolás III, que habia sido franciscano, declaró que los bienes raices que se diesen á los mendicantes pertenecerian al Papa, y que los frailes solo tendrian su usufructo.

La exageracion en lo tocante á la renuncia de los bienes temporales, llegó entre alguno de los devotos de ellos hasta el punto de defender que los alimentos de que hacian diario uso, pertenecian al Papa y no á ellos.

El clero secular se abandonó tambien á exageraciones de otro género: hallábase demasiado persuadido de su preeminencia, y se mostraba inexorable en lo relativo á sus privilegios.

Pedro de Jumeau, preboste de París, habia hecho ahorcar á un estudiante por un delito que merecia la muerte.

La Universidad se quejó vivamente de este ataque á los derechos que ejercia sobre sus dependientes, y no satisfaciéndole las respuestas del rey, cerró sus aulas y cesó en sus funciones.

El tribunal eclesiástico fulminó excomunion contra el magistrado, y el clero hizo causa comun con la Univer sidad.

De todas las parroquias de París salieron procesiones seguidas de un pueblo numeroso, y se dirigieron á la casa del infractor de las inmunidades.

Todos arrojaban piedras á ella gritando:

—«¡Retírate, maldito Satanás; reconoce tu iniquidad y honra á nuestra santa Madre la Iglesia, que has ultrajado atentando á sus inmunidades: si así no lo haces, que tu muerte sea la de Dathan y Abiron, á quienes el infierno tragó vivos!»—

El preboste fué sentenciado á dar una reparacion á la Universidad, con mandato expreso de ir á Roma para obtener su absolucion.

El rey fundó dos capillas donde debian decirse misas perpétuamente por el descanso del alma del estudiante, y que quedarian á disposicion de la Universidad.

Cuando ocurrió aquella escena escandalosa que hoy escita la risa, Felipe acababa de salir de sus discordias con Bonifacio y sin duda no quiso malquistarse con el clero que le habia servido bien en ellas.

Esto sucedia al mismo tiempo que el pueblo, abrumado de impuestos y disgustado de la variacion de la moneda, tomaba en todas partes una actitud amenazadora, y se creyó se le aplacaría contemporizando con sus preocupaciones.

De este modo el abuso del poder obliga muchas veces á transigir con ciertas exigencias vituperables y compromete deplorablemente la autoridad.

Una disposicion más importante y digna de la política y prevision de Felipe el Hermoso, fué la que erigió en ley con motivo de los heredamientos que formó á sus dos hijos últimos.

Desde Hugo Capeto hasta Felipe Augusto, los heredamientos habian sido dados en plena propiedad y sin ninguna condicion de reintegro, de manera que no podian volver á la corona sino por medio de alianza ó por adquisicion: desde Luis VIII hasta Felipe el Hermoso, se habia estipulado el reintegro, pero únicamente á falta de herederos: Felipe el Hermoso restringió la trasmision de los heredamientos á los herederos varones, y conforme á la ley sálica, estableció que á falta de estos, los heredamientos que se concediesen en lo sucesivo, volviesen por derecho á la corona.

Del reinado de Felipe el Hermoso y de la época de la prision de los templarios, data la Confederacion Helvética, que debe su nacimiento á las medidas tiránicas del emperador Alberto, hijo del famoso Rodolfo de Habsburgo, para formar un principado en Suiza á uno de sus hijos.

Movido de este deseo, propuso á los estados del imperio que formaban los cantones Schewitz, Uri y Unterwalden, la idea de agregarlos á las tierras de la casa de Habsburgo.

Al saber su negativa, mandó á los comisionados que enviaba á nombre del imperio, que los vejasen por todos los medios posibles.

Su objeto era inducirlos á la rebelion, que le presentaria un pretesto plausible para hacerles la guerra y subyugarlos.

Los tres estados, resueltos á rechazar la tiranía y á defender su independencia, se confederaron entonces, merced á los desvelos de tres hombres célebres en su pátria: Wernier Stonffacher, natural de Schwitz; Gualtero Furtz, de Uri; y Arnoldo de Melchthal, de Unterwalden.

Estos, despues de haberse asociado á muchos de sus amigos, y entre ellos al heróico Guillermo Tell, se apoderaron de las ciudadelas que Alberto habia construido para avasallarlos, las demolieron, espulsaron á los comisionados y aun dieron muerte á algunos.

Enterado el emperador de estos desórdenes promovidos por su ambicion, se dispuso á aprovecharse de ellos, y estaba ya próximo á las fronteras, cuando fué asesinado por uno de sus sobrinos que le reclamaba su herencia.

Despues de Alberto, diferentes príncipes de la casa de Austria hicieron repetidas tentativas contra los suizos, pero sus esfuerzos fueron siempre estériles, y la Confederacion se aumentó en diferentes épocas con nuevos territorios que la elevaron sucesivamente al punto á que llegó más tarde.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

EN LA MANSION DEL CRÍMEN.

CAPITULO PRIMERO.

Proyectos matrimoniales.

Muchos meses habian trascurrido desde que Felipe el Hermoso exhalára el último suspiro de su vida acosado por los remordimientos más crueles, algunas horas despues de haber muerto del modo trágico que dejamos apuntado, su muy amada hija Leonor de Valois, Polioni, la sin ventura María de Compliegne y los tiernos hijos de Margarita de Borgoña, y el mismo dia en que expiraba el plazo fijado en el horrible suplicio de las llamas por el gran maestre de los Templarios, Santiago de Molay.

Su primogénito, despues de llevar á cabo de un modo tan misterioso la cruel venganza que habia jurado tomar de la afrenta que le infiriera Margarita antes y despues de ser su esposa, subió al trono de Francia á la edad de veintitres años bajo el nombre de Luis X con gran contenta-

miento de los nobles con quienes habia conspirado en secreto tantos años, y especialmente del pueblo que fiando en la solemne promesa que le hiciera un dia, contaba que desde el primer momento en que empuñara el cetro y las riendas del gobierno disminuirian los exhorbitantes impuestos y gabelas que pesaban sobre sus débiles y cansados hombros.

Pero vana esperanza.

Luis el Hutin no habiendo necesitado de los esfuerzos de su pueblo para asentarse en el trono de sus mayores, se creyó esento de todo compromiso y en vez de disminuirlas aumentó las cargas de un modo escandaloso y sin importarsele un ardite de que los gritos de entusiasmo se fuesen trocando en gritos de maldicion por todas partes.

Es cierto que á la ingratitud no le impulsaba la codicia ni el afan de amontonar tesoros, pero siendo más pródigo y magnífico aun que su padre y careciendo de recursos para inaugurar de un modo brillante su reinado por haber hallado exhaustas las arcas del Erario, tuvo, para adquirirlos, que apelar á tan odiosos é impopulares medios.

Además, el *gran ladron de Francia* como llamaba el pueblo á Enguerrando de Marigny, proseguia al frente de la Hacienda, y harto sabemos á qué medios apelaba siempre este célebre ministro para allegar recursos á sus vacias cajas.

Por su consejo el nuevo rey convocó la nobleza y el pueblo, á cada uno en las capitales de las senescalías, y les hizo exhortar por medio de comisarios que envió para que le suministrasen subsidios extraordinarios con promesa de reintegrárselos con las rentas del patrimonio real.

Por su consejo concedió derecho de vecindad á los mercaderes italianos, y obtuvo dinero de ellos por la libertad de comerciar.

Por su consejo dirigió su voz al clero, y éste estimulado á pagar un diezmo, accedió á ello.

Por su consejo tambien se apoderó de los fondos que se habian recaudado para ir á Tierra Santa, y se hallaban depositados en Lyon, bajo la condicion de devolverlos, lo que tuvo que ejecutar su sucesor Felipe el *Largo*.

Los judíos no fueron olvidados en estos planes rentísticos.

Luis los llamó y les hizo pagar harto caro su regreso.

Se envió á las provincias algunos comisionados para que examinasen la conduta de los jueces, y se obtuvo de los prevaricadores multas proporcionadas á los delitos y á sus facultades.

Se vendieron tambien algunos empleos de judicatura y se propusieron cartas de emancipacion á los siervos de la corona, pero como los que estaban encargados de tales negocios daban á este privilejio un valor escesivo, pocos siervos quisieron comprarlo.

Esto solo fué al principio un ofrecimiento, pero cuando los traficantes vieron que la mercancía no halagaba obtuvieron el permiso de obligar á comprarlo, y una parte del moviliario de los siervos, única especie de propiedad que hasta entonces se les permitió poseer, fué el precio de su libertad.

Se comprende que este procedimiento llenó por un momento el vacío de las cajas de Enguerrando de Marigny que vivia poderoso y que debia pagar pronto con la vida su culpable condescendencia á los desórdenes de todos los miembros de la familia real.

Pero tan grandes recursos, adquiridos de la suerte que dejamos indicado, solo fué en manos del superintendente de Hacienda una gota de agua arrojada en el Occeano, y muy pronto hubo que pensar en otros medios, pues los im-

puestos eran antes gastados que percibidos, siendo por lo tanto insuficientes.

Luis X por esta causa llegó á perder su habitual jovialidad, á ensimismarse con frecuencia, á huir de los placeres que tanto amaba y á recordar más de una vez que al paso que él era pobre, Enguerrando era excesivamente rico.

Un dia en que su mal humor era mayor que nunca, hizo comparecer á su presencia al superintendente y le preguntó con tono desabrido, cómo se componia para amasar tan grandes bienes estando al servicio de un príncipe á quien faltaba contínuamente el dinero.

El ministro palideció de muerte al escuchar esta pregunta y pensó, con sobrada razon, que no teniendo el rey más templarios que quemar, judíos que despojar, jueces prevaricadores á quien multar ó siervos á quien vender su libertad, nada imposible sería que le ocurriese la diabólica idea de acusarle de un crímen capital para enviarlo á Montfaucon y confiscar despues sus bienes.

Pero Longueville era más astuto que Luis, y no se dejaba cazar tan fácilmente.

Por mucho que amase el oro amaba más la vida, y temeroso de perder lo primero y lo segundo en un momento, contestó con dignidad y fingiendo una emocion profunda:

—Señor, siempre rendí buena y fiel cuenta á Monseñor vuestro padre, y otro tanto estoy dispuesto á hacer con mi augusto soberano tan pronto como me lo ordene.

—No dudo...—murmuró Luis el Hutin algo confuso por haberse dejado llevar tan lejos de su carácter.

El ministro prosiguió:

—Pero como comprendo que el honor de V. A. es antes que todo en el mundo, y como ese honor, para mí tan

precioso, se encuentra hoy comprometido por falta de recursos conque poder hacer frente á muchas obligaciones, de todo corazon os ofrezco los pocos bienes que adquirí legítimamente durante la administracion pasada, por si ellos os pueden servir de algo.

Enguerrando jamás habia sido tan accesible pero comprendió que semejante condescendencia era la que podia darle mejores resultados, como sucedió en efecto.

Avergonzado Luis, exclamó:

—¿Qué me proponeis, Marigny?

—Señor, que acepteis...

—¿Una limosna?

—No, monseñor; mi pobre hacienda que por derecho pertenece al rey lo mismo que mi vida.

—Guardadla para vuestros hijos que son sus herederos legítimos.

—El rey es antes que ellos.

—Guardad lo que, segun propia confesion, adquirido habeis con gran legalidad en tanto que servisteis á mi padre.

—¡Oh! Eso sí: nadie sin faltar á la verdad y dar pruebas de ser un enemigo ruin, puede acusarme de haber cimentado mí fortuna...

—¡Basta!

—Lo que poseo lo debo á la munificencia de vuestro augusto padre.

—No lo dudo.

—Por eso ruego á V. A...

—¡Basta, digo!

—¡Ah señor! ¿Despreciais mi pobre oferta?

—No la desprecio, conde, pero no puedo aceptarla.

—¡Oh!

—¿De qué serviría vuestro sacrificio sino podia aliviar

en nada la dolencia que el Erario sufre?

—No obstante...

—Gracias os doy, Longueville. No es vuestra hacienda sino un consejo sábio lo que necesita el rey para salir de sus apuros.

—¿Un consejo?

—Prudente y acertado.

—En otra ocasion tuve el honor de darlo á V. A.

—¡Ah! ¿Os referís al negocio...

—Del nuevo enlace.

—¿Estais loco?

—Señor...

—¿Quién diablo os sugirió esa idea?

—La necesidad.

—Ese consejo no es acertado ni prudente.

—Siento que no sea del agrado de mi rey.

—Ese negocio, cuya bondad no desconozco, no puede llevarse á cabo.

—Eso sí, Monseñor.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Rompiendo un lazo.

—¿De qué suerte?...

—Ya indiqué á V. A...

—¿Por medio del divorcio?

—Cierto.

—Nos costaría caro.

—No obstante...

—¿Qué ventajas me reportaría ese enlace si el dote de mi nueva esposa habia de gastarse en los preparativos de boda?

—Una muy grande, señor.

—Veamos.

—La de dar al trono un heredero legítimo.

—Bien, sí... es cierto... ya he pensado en eso más que vos, pero he pensado tambien que al propio tiempo que una compañera digna, necesito un dote respetable para evitar la bancarrota.

—¡Oh!

—¿No habeis pensado lo mismo?

—Sí, Monseñor.

—El divorcio por lo tanto es imposible.

—Lo conozco.

—¿A qué medios apelariais, pues, para dar al rey esposa y dote en las actuales circunstancias?

—No me atrevo á decirlo.

—¡Cómo!

—Perdonad.

—Sed franco, Longueville.

—No debo...

—Yo os lo mando.

—Pues bien, señor, apelaria... á la muerte.

—¿De quién?

—De madama Margarita.

—¡Cielos!

—Señor...

—¿Me proponeis un crímen?

—Líbreme Dios de cometer tal infamia.

—Entonces...

—No es un asesinato, es un castigo justo y severo lo que propongo al rey, y si lo lleva á efecto quedará libre en un segundo y sin temor de que su conciencia se revele nunca por haber obtenido la libertad por ese medio.

—¿De veras?

—Tal es mi opinion, señor.

—¡Oh! Explicadme, explicadme eso, mi querido Ma-

rigny,—dijo Luis el Hutin con visible alegria, dejándose caer con indolencia en un sillon y aprestándose á escuchar con atencion suma las explicaciones que habia pedido á su primer ministro.

Desde su acceso al trono, Luis, á imitacion de muchos hijos de familias arruinadas, tuvo la idea de restablecer algun tanto su hacienda por medio de un buen matrimonio, y puso sus miras en Clemencia, hija del rey de Hungría.

Desgraciadamente tenia que salvar una gran dificultad para llegar á está union.

Margarita de Borgoña, déspues de haber sido villanamente entregada por su hermano Odon, proseguia encerrada en los calabozos subterráneos de Gaillard y tratada de la manera más cruel, pero como los sufrimientos solo lograron endurecerla, se hallaba muy lejos de abandonar este mundo sino se la ayudaba eficaz y poderosamente. (1)

---

(1) Debe recordarse que su esposa, Margarita de Borgoña, acusada de adulterio, estaba presa en el castillo de Gaillard. Ignórase si fué condenada á la reclusion por sentencia de algun tribunal despues de los trámites marcados por la ley, ó bien si juzgada como culpable por conjeturas muy verosímiles, fué encerrada sin forma de proceso y sin fallo jurídico.

En este último caso el marido tenia á lo más el derecho de dejarla padecer en su encierro sino queria someterla á un juicio legal, pero al subir al trono deseó sentar en él á una compañera.

Muchas y muy graves consideraciones se oponian á que llamase á Margarita, de la que le quedaba no obstante una hija llamada Juana.

Cárlos Martel, rey de Hungría tenia una princesa llamada Clemencia; Luis la pidió en matrimonio y la obtuvo. La llegada de la futura esposa fué el decreto de muerte de la esposa antigua. Su marido la hizo extrangular en el encierro despues de dos años de dura prision, y fué en seguida á hacerse consagrar á Reims con la nueva reina.—*Anquetil.—Historia de Francia.*

Es verdad que se podia salvar la dificultad por medio del divorcio, pero era preciso para esto el agrado del Papa, y el Santo Padre en tales asuntos seguia ni más ni ménos el ejemplo de sus antecesores, que consistia en la escelente habilidad de dar con una mano para recibir con la otra, y como los favores espirituales tenian siempre un precio muy elevado, el dote de la princesa de Hungría corria el riesgo de quedar sepultado en la córte Pontificia, lo que no entraba en la cuenta del rey de Francia que tenia más necesidad de dinero que de mujer.

Por eso Luis no queria oir hablar de divorcio á su ministro.

Para Enguerrando era un inminente peligro Margarita de Borgoña.

Esta mujer terrible podia acusarle de muchos crímenes, y aun probar sus malversaciones y sus adúlteros amores con la madre del monarca reinante.

La ocasion era, pues, favorable para librarse de tal peligro, aniquilándola, y así el ministro al obedecer las órdenes del rey que le pedia explicaciones, trabajó cuanto le fué posible para convencerle de que la detencion perpétua de la reina de Navarra no habia sido pronunciada sino por gracia especial y con la condicion tácita de que esta reina se mostrára digna de clemencia observando una conducta ejemplar, lo cual no habia cumplido pues no se la oia pronunciar más que imprecaciones é injurias contra aquellos que tan benignamente la habian tratado despues de haber recibido de ella tan crueles ofensas.

Al rey satisfizo grandemente este preámbulo; habia pensado más de una vez en deshacerse de su esposa bajo cualquier pretexto, pero le repugnaba tomar la iniciativa.

Ahora que ya tenia espedito el camino, ahora que toda la responsabilidad podia recaer sobre Enguerrando, nada debia detenerle, y por lo tanto empezó á gestionar sin pérdida de tiempo cerca del rey de Hungría por medio de un comisionado hábil y entendido en materia tan delicada.

CAPITULO II.

De cómo la nueva esposa de Luis el Hutin hace su entrada triunfal en París cuando aun no habia espirado Margarita de Borgoña.

Como hemos visto, el superintendente de Hacienda faltando á lo que mil y mil veces jurara solemnemente en otras tantas ocasiones, no solamente no dulcificaba los rigores del duro cautiverio que sufria la sin ventura Margarita de Borgoña por medios indirectos que nada le comprometieran, sino que empleaba toda su influencia de valido y primer consejero de la corona para deshacerse de ella de la manera más inícua.

Este cambio de conducta reconocia por causa la desaparicion de Sataniel y Buridan.

Nadie en París habia oido hablar de ellos desde que salieron desterrados por órden, aunque contra la voluntad de Felipe el Hermoso, y vanas habian sido las pesquisas que hicieron despues Luis el Hutin y su ministro para averiguar su paradero.

Unos aseguraban que habian huido al extranjero, por

consejo del difunto monarca, en donde debieron recibir la noticia de la catástrofe ocurrida una noche en el hotél de Nesle; otros que aquella misma noche penetraron de incógnito en la ciudad para ser testigo de tan horribles y sangrientos dramas y huir despues de Francia temerosos de correr la misma suerte que corriera su familia; y otros, en fin, que habian perecido entre las llamas que en los primeros momentos consumieron una parte del bellísimo palacio construido por Felipe IV, y que al siguiente dia sus cadáveres aparecieron carbonizados, ó poco ménos, flotando sobre las aguas del Sena.

Luis el Hutin acogió esta noticia con entusiasmo, la creyó verdadera y poco despues habia dado al olvido la memoria de aquellos que habian sido sus más peligrosos y encarnizados enemigos.

Enguerrando de Marigny, por el contrario; la acogió con reserva, con desconfianza, y no durmió tranquilo en mucho tiempo, temeroso siempre de ver aparecer ora en palacio, ora en la calle, ú ora en el templo á aquellos hombres á quienes creia protegidos por un poder sobrenatural.

Pero su intranquilidad y sus supersticiosos temores solo duraron tres meses.

Observando que durante el trascurso de estos ninguna noticia habia llegado á sus oidos respecto á los aventureros, los creyó muertos como los creia el rey y solo entonces pudo respirar con libertad, con verdadera libertad como no habia respirado desde el dia en que Margarita y Sataniel se le rebelaron y amenazaron con pruebas que podian perderle sino satisfacia al punto todos sus caprichos y exigencias.

Muerto el confidente y poseedor de todos sus secretos, ¿qué podia temer?

—Nada,—se contestaba él mismo con satisfaccion siempre que se dirigía esta pregunta:—absolutamente nada, porque poseo la entera confianza de Luis X como poseia la de Felipe IV, porque me hallo revestido de unas facultades que me hacen tan inviolable como lo es el mismo rey, y porque siendo inmensamente rico soy por lo tanto inmensamente poderoso en una córte donde todo está supeditado al oro.

Errónea presuncion la suya.

Aquellas riquezas mal adquiridas, de las cuales blasonaba y á las que consideraba como un antemural, como un impenetrable escudo donde debian estrellarse los emponzoñados dardos que le lanzaba la envidia sin trégua ni descanso, debian ser su perdicion y la ruina de toda su familia.

Le aborrecia el pueblo, le aborrecia el clero, le aborrecia el ejército, le aborrecia la nobleza, le aborrecia todo el mundo, hasta el mismo rey que no podia olvidar ciertas decepciones que le hiciera sufrir siendo príncipe heredero, y el cual solo esperaba una ocasion favorable para tomar venganza, como sabia tomarlas el primogénito de Felipe el Hermoso.

Se habia encumbrado tanto por medio del abuso y de las malas artes que era inevitable su caida.

¿Y quién duda que contribuyeron muy mucho á que esta se efectuase más pronto y de un modo tan ruidoso los infames consejos que diera al rey, tan luego como se convenció de que nada debia temer de Sataniel y Buridan, para que se deshiciese de la reina de Navarra de la suerte que se deshizo al cabo, para asentar en el trono de Francia á una princesa extranjera solo porque esta princesa poseia un rico dote y podia contar con toda su influencia y apoyo?

Sus enemigos que solo necesitaban un pretexto, se apoderaron de este para minar su poder, y Cárlos de Valois se encargó de derribarle al primer soplo como tendremos ocasion de ver antes de mucho.

Tan bien y tan activamente trabajó el embajador francés en la córte de Hungría, que á los quince dias de gestionar el matrimonio de su señor, Cárlos Martel habia firmado con júbilo tan noble y ventajosa alianza, Clemencia se habia casado con Luis el Hutin por medio de poderes y se habia puesto en camino para París seguida de un numeroso y lucido acompañamiento.

Al saber tan fausta nueva, el rey hizo llamar á Enguerrando y le dijo sin tratar de ocultar la alegría que experimentaba:

—Señor de Longueville, ya tenemos reina... y por lo tanto dinero en abundancia conque hacer frente á la bancarrota que parece os complaceis en anunciarme un dia y otro con cruel empeño.

—Monseñor...—tartamudeó el ministro todo confuso y desconcertado al escuchar de los lábios del monarca las últimas palabras que parecian encerrar una acusacion.

—¿Habeis entendido bien? Ya tenemos reina... y dote.

—Pero...

—Cárlos Martel acepta gustoso la honra que le dispenso emparentando con su casa, Clemencia es ya mi esposa...

—¡Vuestra esposa!

—Lo es ya.

—¿Será posible?

—Leed estos pliegos que acaba de remitirme nuestro bueno y activo embajador en la córte de Hungría.

—¡Cielos!

—¿Qué os pasa, conde?

—S. A. la nueva reina...

—¿Qué?

—Se halla ya en camino...

—Y debe llegar en breve.

—¡Oh Dios!

—¿Qué significan esas exclamaciones?

—Perdonad...

—¿Es que os pesa lo hecho?

—Líbreme el cielo.

—¿Es que os asusta la premura?

—Tal vez, señor.

—¡Bah!

—Reflexionad...

—¿Qué debo reflexionar, Marigny?

—Que madama Clemencia es ya vuestra esposa, siéndolo, todavia madama Margarita.

—¿Y bien?

—No debo explicarme más.

—Os explicásteis lo bastante para que el rey os comprendiese.

—Me tranquilizo pues, señor.

—No temais un escándalo, que estoy muy lejos de darlo á los ojos de la Europa entera.

—¡Oh! Jamás temí que la prudencia de V. A...

—No más nos ocupemos de tan pequeño obstáculo que quedará vencido tan luego como sea necesario, y hablemos de otros que á vos toca vencer por ser mayores en las actuales circunstancias.

—¿Otros obstáculos?

—Sí.

—¿Mayores que el lazo que os une...

—Mayores, mucho mayores.

—No adivino...

—Se trata de recibir de un modo digno y ostentoso á la futura reina de Francia.

—¡Ah!

—De obsequiarla con unas brillantes fiestas.

—Es preciso.

—Tan brillantes que escedan si es posible á las que solemnizaron mi union con Margarita de Borgoña.

Enguerrando suspiró tristemente al oir estas palabras.

—¡Cómo! ¿Qué significa ese suspiro y ese gesto, señor superintendente?—exclamó con disgusto Luis el Hutin.—¿Qué me quereis dar á entender?

—Que no tenemos dinero, Monseñor,—contestó resueltamente Longueville.

—¿Qué no tenemos dinero?

—Doloroso es decirlo, pero harto lo sabe V. A.

—Mas lo tendremos en breve.

—Pero hasta tanto...

—Se apela al crédito.

—¡Al crédito!

—¡Ira de Dios! ¿Saldremos ahora conque hasta el crédito nos falta?

—No digo tanto, pero...

—Basta de peros, conde: hace falta dinero para quedar con honor y es preciso extraerlo ó de la superficie ó de las entrañas de la tierra.

—Se extraerá, señor.

—Apelad á cualquier medio; enviad á la hoguera á media docena de judíos y confiscad sus bienes.

—No olvidaré el consejo, alteza, por si á tomarlo la necesidad me obliga.

—Enhorabuena, pero no olvideis tampoco que la princesa Clemencia hará su entrada en París antes de ocho dias.

—Todo estará dispuesto para recibirla dignamente.

—Si tal sucede, contad con la eterna gratitud del rey, —dijo Luis X dando por terminada aquella conferencia.

Enguerrando de Marigny cumplió fielmente su palabra.

Ocho dias despues el pueblo de París olvidaba por un momento su hambre y su miseria para entregarse con frenético arrebato á los placeres á que *de valde* le brindaba su muy amado rey con motivo del brillante recibimiento que hizo á su nueva esposa.

Clemencia de Hungría efectuó su entrada en la ciudad entre entusiastas víctores, pasando por bajo de mil arcos triunfales y sobre una tupida alfombra de flores, y fué á alojarse, hasta tanto que se verificase su coronacion, en la sombría torre de Nesle, entonces convertida en delicioso templo, y en compañía de la princesa Juana de Borgoña que habia logrado reconciliarse de nuevo con su esposo el conde de Poitiers, y era tan feliz como desgraciada algunos meses antes.

CAPITULO III.

De cómo un misterioso personaje va una noche á llorar sobre la tumba de la esposa y los hijos de Buridan.

La misma noche que siguió á tan hermoso dia, y cuando ya todos los ruidos se habian acallado en la ciudad y apagado todas las luces en el Louvre y en la torre de Nesle, un hombre rebozado hasta los ojos en una negra capa á pesar del escesivo calor que hacia, se destacó de entre las sombras y se aproximó con paso rápido á las elevadas tapias que cerraban el jardin perteneciente al hotél que en tiempo no lejano denominaba el pueblo *el nido de palomas* por habitar en él dos matrimonios jóvenes, hermosos, amantes y felices como las aves mencionadas cuando en la soledad de los bosques pueden entregarse sin testigos importunos y sin miedo á la asechanza del milano á los legítimos goces de sus purísimos amores.

Una vez llegado al pié del muro tendió en derredor de sí una mirada escrutadora y aprestó el oido con cuidado hasta convencerse de que se hallaba completamente solo,

y nadie por lo tanto podia sorprenderle.

Luego sacó de entre los pliegues de la capa una escala de seda que al intento llevaba prevenida, arrojó con fuerza y maestría uno de sus extremos sobre la tapia, prendió el garfio al primer intento, la escala quedó lista; trepó por ella nuestro hombre con la agilidad de una ardilla y algunos segundos despues se hallaba en el jardin sin contratiempo alguno.

Conocedor profundo debia ser de aquellos lugares deliciosos donde tantas veces persiguieron con incansable afan las pintadas mariposas los tiernos y malogrados hijos de Margarita de Borgoña, cuando á pesar de las tinieblas que apenas permitian distinguir los árboles á cuatro ó seis pasos de distancia, logró sin tropiezo alguno llegar al extremo opuesto donde se alzaba esbelta la gótica capilla que Felipe el Hermoso mandará construir contigua al hotél de Nesle.

A la derecha de este pequeño templo que tenia comunicacion interior con el palacio, veíase un pabellon de construccion caprichosa, mandado edificar tambien por el antecesor de Luis X para que sirviese de vivienda á un viejo inválido llamado Perinet, el cual hacia en el hotél las veces de jardinero, de enterrador, de sacristan y de guardian de la capilla.

A la izquierda de la puerta de este pequeño edificio, cerrada á la sazon como la del templo, habia una ventana de poca altura y sin reja.

A ella se dirigió sin vacilar nuestro embozado para llamar con mesura en sus cerradas maderas.

En un principio no obtuvo contestacion, pero al segundo llamamiento se dejó escuchar en el interior una voz bronca y soñolienta que preguntaba:

—¿Quién llama?

—Un huésped del otro mundo,—contestó con sepulcral acento el misterioso personaje aplicando los lábios á la juntura de las maderas para no tener que esforzar la voz.

—¡Diablo!—exclamó Perinet con grande asombro y abandonando de súbito el lecho donde hasta entonces durmiera tranquilo y sosegado.—¿Escuché mal? ¡Un huésped del otro mundo!...

—Tal es quien os honra visitándoos, Perinet.

—¡Diantre! ¿Sabeis mi nombre?

—Nada ignoran los muertos.

—¿Conozco yo el vuestro?

—No.

—¿Me lo direis?

—Tampoco.

—¿Ni la intencion que os guia...

—Eso sí.

—¿Qué quereis, señor muerto?

—Abrid y lo sabreis, señor vivo.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Necesitais ayuda para entrar?

—Abrid.

—Basta de farsa, tunante y mal nacido y peor muerto bellaco. ¿Has asaltado las cercas del jardin para robar la capilla? ¿Y pides con desenfado que te abra la puerta de mi casa? Pues espera, espera, que voy á abrirte el corazon de par en par.

Y dicho esto, Perinet que era un viejo muy intrépido, se armó de una larga lanza con hierro enmohecido que en un rincon del aposento tenia muy conservada como reliquia y recuerdo de sus pasadas glorias, abrió de súbito la ventana y asestó un fiero golpe al negro fantasma que apareció ante sus ojos medio oculto por las sombras en que se hallaba envuelto el jardin.

Pero el nocturno visitante que sin duda estaba preve-

nido para tan brusco ataque, evitó el golpe por medio de un movimiento rápido y desarmó al inválido sin grande esfuerzo.

Luego aprovechando el primer momento de sorpresa, saltó dentro de la estancia, cerró con prontitud las maderas de la ventana y avanzando hácia el aterrado conserge con un puñal en la diestra, le dijo con voz sorda:

—Si gritas eres muerto, Perinet.

—Me entrego á discrecion, señor,—murmuró el pobre hombre cayendo de rodillas ante el desconocido que tenia el rostro velado con una máscara de seda negra.

—No te queda otro recurso, señor traidor.

—¿Traidor me llamais?

—A traicion darme la muerte quisiste.

—A traicion tambien vos penetrásteis...

—¡Silencio!

—Y como mi deber...

—¡Silencio digo, ó eres muerto!

—¡Perdon!... ¡No me mateis!

—Pues obedece sin réplica.

—Estoy pronto.

—¿A todo?

—Obedeceros en todo debo si quiero conservar la vida.

—Cierto.

—¿Qué deseais, y á qué venís con tal misterio á tan altas horas de la noche á un palacio que todos tienen el deber de respetar por pertenecer á Monseñor el rey Luis X?

—Vengo á lo que vengo.

—Perdonad.

—Y únicamente deseo que me introduzcas sin pérdida de tiempo en el panteon de la capilla.

—¡En el panteon!

—Sí.

—¡Dios mio! ¿Qué intentais?

—No te importe saberlo.

—¡Una profanacion sin duda!

—Te engañas, no soy profanador de tumbas.

—¿Pues quién sois?

—El diablo.

—¡Oh!

—O un huésped del otro mundo como te dije antes.

—¡Ah!

—¿Obedecerás?

—Pero...

—¿Obedecerás, Perinet?—gritó el enmascarado con voz airada y blandiendo de nuevo su puñal sobre el pecho del viejo jardinero, enterrador y conserge.

—Al punto... al punto.

—Guia pues.

—¡Oh Dios mio! ¿Qué intenta y quién es este hombre que tiene tanto de alma en pena como yo de arzobispo de París?—murmuró en su interior el aterrado Perinet.

No teniendo tiempo para contestarse á sí mismo satisfactoriamente, tomó temblando un manojo de gruesas llaves que de un clavo pendian en la pared, luego la lámpara de hierro que iluminaba la estancia débilmente, y con ambos objetos penetró seguido del misterioso personaje, en un aposento donde habia una puerta cerrada, la que abrió con una de las llaves del manojo despues de un momento de vacilacion.

Aquella puerta daba paso á la capilla del hotél, ténuemente alumbrada por los débiles rayos de luz que despedia una gran lámpara de plata pendiente del centro de la nave.

Una vez dentro del sagrado recinto, el enmascarado se

descubrió la cabeza con religioso respeto, y se detuvo un instante.

Tomándolo á indecision, Perinet le preguntó abrigando un resto de esperanza:

—¿Os arrepentís?

—¿De qué?—preguntó á su vez el desconocido con sorpresa.

—De haber entrado en el templo.

—No, pues que en ninguna parte se está mejor que en la casa de Dios.

—Pero si sois el diablo...

—Soy quien soy.

—Perdonad.

—Adelante.

Perinet exhaló un ahogado suspiro y avanzó con paso tardo á causa de su cojera hasta el altar principal, tras del cual habia una puertecita forrada con una plancha de hierro.

El guardian la abrió temblando, y volviéndose al nocturno visitante, le dijo:

—Este es el panteon.

—Y bien, pasad.

—¡Cómo! ¿Tambien debo...

—Tambien debeis acompañarme.

—Pero...

—¿Qué es eso? ¿Temblais, maese Perinet?

—Confieso que...

—Me maravilla que miedo tenga á los muertos quien á los vivos temblar hizo tantas veces en los campos de batalla.

—¡Ah señor! Vos parece que conoceis muy bien mis hechos de armas.

—Sé que guerreásteis como un bravo en Flandes muchos años.

—Pero ignorais sin duda lo que acontece aquí.

—¿Aquí?

—En el panteon.

—¿Y qué acontece?

—Que los muertos...

—¿Salen de sus tumbas?

—Todas las noches.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—¿Vos los habeis visto?

—Más de una vez.

—¿Será posible?

—Los he visto, los he visto vagar por la capilla, por el jardin y por las cámaras del hotél exhalando suspiros quejumbrosos y á veces exclamando con voz sepulcral y aterradora:—¡Venganza... venganza contra el tirano fratricida!

—¿Decian eso?

—Lo dicen siempre.

—¿Y á qué tirano aluden?

—¡Cómo! ¿Ignorais la historia de esos muertos?

—Vos me la contareis despues.

—¿Luego tampoco sabeis á quién venís á visitar?

—Vos me direis los nombres de cada uno cuando nos hallemos ante sus lechos mortuorios.

—Llegar hasta ellos...

—Es preciso.

—Pero imposible.

—¿Por qué?

—Ya os dije antes...

—¿Qué á las doce salen de sus tumbas?

—Sí.

—Pero á la una tornan á ellas, y la una es ya sonada, maese.

—¿Os empeñais en pasar?

—Me empeño.

—Pues adelante, y que Dios se apiade de nosotros.

—¡Amen!— contestó el desconocido persignándose devotamente.

Perinet imitó al enmascarado, quien desde aquel momento empezó á merecerle un concepto más tranqulizador, y ambos despues de llevar á cabo tan religiosa práctica descendieron en silencio una escalera de piedra que los condujo á la bóveda ó panteon de la capilla del hotél donde se veian diez ó doce mausoleos de mármol blanco labrado primorosamente.

Al encontrarse en tan fúnebres lugares, el misterioso personaje exhaló un profundísimo suspiro y tomando la lámpara de hierro de manos del conserge que le miraba de hito en hito como si tratase de reconocer sus facciones al través de la tupida máscara de seda que lo ocultaba, avanzó con paso lento hasta llegar al pié del primer mausoleo y entonces preguntó con voz que revelaba á las claras la profunda emocion que embargaba su pecho en aquel instante:

—¿Quién duerme en esta tumba?

—Tres ángeles,—contestó Perinet con acento triste.

El desconocido al oir esta sencilla contestacion tendió una mano al inválido que la extrechó con efusion entre las suyas sin darse cuenta de lo que hacia.

El primero prosiguió preguntando:

—¿Sabeis cómo se llamaban en el mundo?

—Sí.

—Decídmelo, amigo mio.

—Se llamaban Blanca-flor, Juan y Gaston.

—¿Tres hermanos sin duda?

—Una madre y dos hijos gemelos.

—¡Ah! ¿Y la madre era...

—La condesa de Burdeos, la esposa muy amada...

—¿De quién?

—De un héroe.

—¿Su nombre?

—Buridan.

Tras de esta contestacion reinaron algunos segundos de sepulcral silencio que al fin interrumpió el desconocido preguntando:

—Y la segunda tumba ¿quién la ocupa?

—Otro héroe.

—Se llamaba...

—El duque de Lyon.

—Muy bien. ¿Y la tercera?

—Nadie.

—¡Cómo!

—Nadie la habita, señor.

—¿Pues y la duquesa? ¿y la jóven Leonor de Valois?

—Parece que conoceis un tanto la historia...

—Contestad á mi pregunta.

—Pronto estoy á complaceros.

—¿Dónde reposan lo restos inanimados del ángel por quien pregunto?

—En el panteon del Louvre.

—¡Ah!

—Aquí no era bien que reposáran, por más que aquí reposen los de su esposo infortunado.

—¿Tal opinais?

—Tal opina Monseñor el rey Luis X que dispuso la separacion de ambos esposos aun despues de muertos.

—Bien... muy bien.

—¿Han quedado cumplidamente satisfechas vuestras preguntas?

—Sí.

—¿Qué más deseais?

—Nada.

—¿Podemos salir?

—Aun no.

—¿Qué os falta?

—Orar.

—¡Ah!

—Dejadme un momento solo, no me interrumpais que pronto acabaré este deber religioso.

—Señor, no tengais prisa por mí; orad, orad cuanto gusteis que yo os acompañaré en silencio en vuestras oraciones.

Dicho esto, Perinet se retiró á un rincon donde quedó oculto por las sombras.

Entonces el desconocido dejó la lámpara sobre las frias losas que cubrian el pavimento, se postró de hinojos ante el primero y segundo mausoleo, y oró mentalmente largo espacio de tiempo.

Terminado que hubo este deber se irguió de nuevo, abrazó extrechamente el frio mármol que encerraba las cenizas de María de Compliegne y de los hijos de Margarita de Borgoña y rompió en sollozos lastimeros que hallaron eco en las bóvedas del panteon.

Tambien debieron hallarlo en el corazon del viejo inválido porque salió de entre las sombras con la ligereza que le permitia su cojera, y aproximándose al enmascarado le dijo con voz sentida en tanto que le contemplaba con religioso respeto:

—¿Llorais, señor?

No obtuvo contestacion su cariñosa pregunta.

Volvió á formularla y tampoco.

Como hacia algunos segundos que habia cesado en sus

sollozos y su inmovilidad era completa, Perinet, temeroso sin duda de que hubiera muerto en fuerza de dolor, le sacudió un brazo suavemente.

Entonces el misterioso caballero hizo un movimiento brusco como si acabase de despertar de un profundo letargo, abandonó su apasionada actitud, se irguió con rapidéz suma, miró á Perinet con asombrados ojos al través de su antifáz de seda negra y exclamó en tanto que echaba mano maquinalmente á la empuñadura de su daga:

—¿Quién sois?

—¡Cómo! ¿Ya no me conoceis?

—¡Ah! Perinet.

—El mismo soy.

—Perdonad: estaba...

—¡Pobre caballero!

—Y bien. ¿Qué quereis?

—Conoceros.

—¿Conocerme?

—Salir de esta incertidumbre que me mata.

—No comprendo...

—Basta de misterios, basta. Os he oido sollozar de un modo que desgarraba el alma; os he sorprendido abrazando con amorosa pasion esa urna cineraria que encierra los inanimados restos de una madre y dos hijos que al morir bárbaramente asesinados, lloraban la ausencia del padre y del esposo...

—¿Y bien?

—Decidme quién sois para llorar de esa suerte.

—¿Quereis saberlo?

—Sí por Dios.

—Soy quien vengar debe los manes de estas pobres víctimas de la más cruel tiranía.

—Pero vuestro nombre...

—No lo tengo.

—¡Cómo!

—Los hombres lo han borrado ha seis meses de la lista de los vivos.

—¡Qué escucho!

—Para acabar, soy, como os dije en un principio, un huésped del otro mundo: soy el duque de Lyon.

—¡El duque de Lyon!

—Vuestro antiguo señor.

—¿Quereis burlaros de mi ignorancia?

—Ni el lugar, ni la hora, ni la ocasion son para burlas apropósito.

—Y sin embargo os burlais.

—Abrid esa tumba y os convencereis de lo contrario. Si en ella encontrais el cadáver de Polioni...

—¡Oh callad!

—¿No quereis hacer la prueba?

—Otra más sencilla se me ocurre.

—¿Cuál?

—Arrancáos la máscara y permitidme ver el rostro.

—¿Qué me pedís?

—Una gracia... una prueba... la única que necesito para salir de dudas.

—Me es imposible concedérosla.

—¡Ah! Vuestra imposibilidad aumenta mis sospechas.

—¿Qué sospechais... desgraciado?

—Que sois...

—¿Quién?

—El padre, el esposo, el amigo de los que aquí reposan.

—¿Estais loco?

—No temais descubriros... soy el mismo de siempre... el servidor fiel, leal y entusiasta de mis antiguos señores.

—Perinet...

—¡Por piedad, caballero!

—El conde de Alenzon murió la misma noche...

—Engaño... engaño...

—Su cadáver fué hallado flotando sobre las aguas del Sena.

—Miente quien tal afirma.

—Lo afirma el rey.

—El rey miente.

—Perinet...

—¿Qué me importa decir en alta voz lo que siente el corazon?

—Puede costaros la cabeza.

—Pesa ya demasiado sobre mis cansados hombros.

—Conque creeis...

—Que vive el conde.

—Y sospechais...

—Que el conde sois.

—Y para salir de dudas...

—Deseo ver vuestro rostro.

—Pues vedlo y convenceos, temerario.

Y dicho esto, el misterioso caballero se arrancó el antifáz con glacial indiferencia, dejando su hermoso y pálido semblante descubierto.

Al verlo, Perinet exhaló un penetrante grito de alegría y cayó sin sentidos al pié de la tumba de Blanca-flor y de los hijos de Margarita de Borgoña.

CAPITULO IV.

La voz misteriosa.

Todo el siguiente dia lo pasó Luis el Hutin en una incertidumbre horrible.

Clemencia se hallaba ya en París.

La ratificacion de su enlace debia verificarse en breve, su coronacion tambien; ¿pero cómo llevar á cabo una cosa y otra sin haber enviudado antes?

Margarita de Borgoña vivia aun y su existencia era una cruel pesadilla para el nuevo rey.

Repugnándole sin duda apelar al hierro ó al veneno para romper de una vez aquellos lazos tan dulces en otros tiempos y tan odiosos entonces, pero como romperlos de un modo ó de otro era forzoso desde el momento en que Cárlos Martel aceptára las proposiciones del monarca francés, Luis ordenó en secreto á Renato de Montesquieu que aumentase todo lo posible los rigores del cautiverio para con ellos dar pronto fin á tan larga y repugnante lucha.

El gobernador de Gaillard que deseaba ardientemente vengarse de Margarita por el peligro en que puso su cabeza al fugarse en época no lejana con ayuda del esforzado Buridan, ejecutó al pié de la letra tan crueles órdenes, pero la cuitada prisionera debia tener una naturaleza de acero, pues todos sus esfuerzos para hacer que sucumbiese fueron vanos.

Desesperado Luis al ver que ninguna noticia satisfactoria recibia de Gaillard, preguntó á Renato por medio de un mensaje cuando supo que la princesa de Hungría se habia ya puesto en camino para la córte de Francia:

—«¿Ha muerto?»—

—«Ni morirá en mucho tiempo sino se la ayuda poderosamente,»—contestó Montesquieu precisamente la misma mañana del siguiente dia en que Clemencia verificó su entrada en París victoreada por el pueblo, del cual debia ser reina en breve.

—Pues se la ayudará ¡viven los cielos!—exclamó el rey con voz colérica y tomando un pergamino que contenia escrita la sentencia de muerte de su legítima esposa, presentada dias antes por Enguerrando de Marigny, pero en el momento de ir á estampar su firma al pié del fatal escrito, todo su valor despareció de súbito y sin duda para recobrarlo de nuevo con la presencia de Clemencia se trasladó inmediatamente al hotél de Nesle seguido de la córte para saber de sus divinos lábios cómo habia pasado la noche la bellísima princesa.

Los condes de Poitiers y de la Marche acompañaron á su hermano en esta visita, y la princesa Juana en tanto que el rey conversaba con Clemencia en presencia de las damas y caballeros que habia traido en su compañía desde la córte de su padre Cárlos Martel, halló medio de

trasladarse con su esposo Felipe el Largo á una inmediata estancia donde quedaron solos.

Ya dijimos al final del capítulo II del presente libro que ambos esposos se habian de nuevo reconciliado y que aquella reconciliacion hizo á Juana tan feliz que pocos dias bastaron para que resplandeciese en sus marchitas y pálidas facciones la mágica belleza que en tiempo no lejano tantos admiradores tuvo para hacerla tan culpable como desventurada.

Como la reconciliacion era todavía muy reciente, Felipe, siempre temeroso de su hermano Luis el Hutin, no era osado, aunque lo deseaba, á ordenar que su esposa abandonase la torre para trasladarse al Louvre, pero esta misma separacion, forzosa entonces, aumentaba la pasion que experimentaba por la mujer á la cual se habia unido siendo un niño perdidamente enamorado y de quien jamás dudado hubiera á no ser por sus hermanos que la hacian aparecer á sus ojos como un mónstruo, lo mismo que á Margarita y Blanca.

Al penetrar en aquella apartada y silenciosa cámara, su primer movimiento fué correr á los brazos de la jóven princesa para inundar sus purpúreas mejillas de apasionados besos.

Despues la hizo sentar en un cómodo divan y sin dejar de estrecharla contra su corazon, la dijo con ternura:

—Luz de mis ojos... gracias, gracias por haber adivinado y satisfecho mis deseos. Comprendiste que mi pecho se abrasaba en el fuego de la pasion que me inspiras, y al traerme á esta cámara has querido...

—Calmar esa tortura con mis besos no ménos apasionados que los tuyos,—contestó Juana entrelazando sus torneados brazos al cuello del jóven príncipe y acariciando sus mejillas con sus hermosos lábios.

—¡Ay! Que tus besos queman, Juana mia, y en vez de apagar la llama de mi pasion sin límites...

—¿La aumentan?

—De un modo extraordinario.

—¿Y lo sientes?

—¿Que tal pregunta me hagas?

—Felipe mio....

—¡Oh mi bien idolatrado! No cambiaria este supremo instante por las coronas de todos los reyes de la tierra.

—¿Será verdad?

—¿Y lo dudas habiendo dicho mil veces que leer te es dado en mis ojos lo que en mi alma pasa?

—No, no. Dudar seria morir.

—Y harto has vivido muriendo, pobre niña.

—¡Ay!

—Al hablar de dudas, involuntariamente me extremezco.

—Pues no hablemos de ellas.

—Cuando recuerdo cuán cruel y despiadado fuí contigo...

—¡Calla!

—¡Con cuánta injusticia traté á la más virtuosa de las mujeres y á la más fiel y amante de lás esposas!...

—¡Calla por Dios!

—Dudar de tu virtud.... dudar de tu amor sin límites...

—¡Me matas!

—¡Oh! Jamás, jamás me perdonaré un crímen tan odioso.

—¿No te lo he perdonado yo?

—Tú eres un ángel.

—¿No dí al olvido el pasado?

—Dar al olvido el cruento martirio que has sufrido por

espacio de tantos y tantos meses...

—Sí, sí.

—No es posible.

—Nada hay imposible para la mujer que ama.

—Es cierto, pero eso...

—Eso tampoco es imposible, Felipe.

—Y bien, quiero creerlo para calmar un tanto los remordimientos que despedazan mi corazon.

—Esposo mio...

—¡Pobre mártir!

—¿Mártir me llamas?

—Mártir, sí; víctima inocente fuiste de mis terribles celos, de mis odiosas sospechas, de mis acusaciones torpes.

—Tú no tuviste la culpa de mis horrendos sufrimientos.

—¿Que no la tuve?

—No.

—¡Me disculpa!

—Tu buen padre, engañado á su vez, me confundió con las culpables que osaron acusarme para envolverme en su ruina.

—¡Oh, basta, basta!

—¿Mas qué me importan los sufrimientos pasados si ellos son causa de que goce en este instante en tus amantes brazos la felicidad mayor que puedo ambicionar?

—Juana mia...

—¿Qué me importa? responde.

—No lo sé.

—Nada, nada.

—Me humillas mostrándote tan magnánima.

—Dices que tenias celos.

—Pero terribles, lo confieso.

—¿Y qué significan los celos?

—Amor... mucho amor.

—Luego me amabas cuando dudabas del mio.

—Te amaba, sí, como un loco.

—Yo lo leia en tus ojos y ese descubrimiento me hacia soportar con más resignacion tus desvíos, tus desdenes y desprecios, porque abrigaba la esperanza de que al fin tus dudas desparecian para hacerme la justicia merecida.

—¡Oh!

—¿Verdad que ya no dudas?

—No, no.

—¿Verdad que me amas mucho?

—Hoy más que nunca.

—¿Más?

—Mucho más.

—¡Dios mio!

—¿Y tú, idolatrada Juana?

—Tambien, tambien te amo hoy mucho, muchísimo más que ayer te amaba, y si de tal suerte aumenta esta pasion que me enloquece...

—Esposa mia...

—¡Ah Felipe, Felipe, y cuán dulce y tierna es una reconciliacion como la nuestra!

—Bendigo el supremo instante en que tuvo efecto.

—Yo tambien.

—¿Conque eres feliz?

—Tan feliz que envidia deben tenerme los ángeles del cielo.

—Y sin embargo, aun no lo somos bastante.

—¿No?

—Algo nos falta.

—No comprendo...

—¡Cómo! ¿Nada ambicionas?

—¿Y qué ambicionar puedo?

—Volver al Louvre y al tálamo conyugal, del cual te separé un dia tan sin compasion ni lástima.

—¡Ah!

—¿No ambicionas volver á él?

—¡Dios mio! ¿Y eso me preguntas?

—Y me ocultabas...

—¡Ay! Carecia de valor para confesarte mi deseo.

—¡Pobre niña! Pero no me culpes si ha satisfacerlo no me anticipé desde el primer instante.

—¿Yo culparte?

—Monseñor el rey...

—No ignoro por desgracia que mi augusto cuñado no me ama porque aun duda.

—Te equivocas, Juana.

—¡Cómo!

—Sus dudas desparecieron por fortuna al desparecer las mias.

—¿Será verdad?

—Y la prueba es...

—Sí, sí; la prueba es que me ha honrado confiándome la guarda de su bellísima y futura esposa.

—Cierto.

—Gracias, gracias le doy una y mil veces.

—Ya no duda, repito, te ama como te amaba en otro tiempo, y si hasta hoy no ha accedido á mis súplicas para que al Louvre vuelvas...

—No me digas la causa.

—¿La adivinas?

—Sí, despues de haberme honrado con la compañía de la princesa Clemencia.

—Cuando su esposa sea, ambas abandonareis la torre para no volver á ella.

—Que llegue pronto ese instante ruego al cielo.

—Llegará, ángel querido.

—Pero ¡gran Dios! para que llegue...

—¿Qué?

—Habrá de cometerse un crímen.

—¿Un crímen?

—Horrible.

—No adivino...

—Nada me ocultes, Felipe, si darme una prueba quieres de la confianza que te merezco.

—Explícate.

—¿Qué es de Margarita?

Felipe el Largo palideció ligeramente al escuchar esta pregunta, pero contestó sin vacilar y con acento lúgubre:

—¡Murió!

—¡Murió!—exclamó con asombro la princesa palideciendo á su vez hasta asemejarse á un cadáver.

—Sí.

—¿Dónde?

—En Gaillard.

—¿Ha mucho?

—Ha quince dias.

—¿Violentamente?

—De enfermedad.

—Y nada me habias dicho.

—Perdóname: el rey me prohibió...

—¡Pobre Margarita!

—Compadécela, sí, porque fué tan desgraciada como culpable.

—Es verdad. ¡Pobre... pobre Margarita!

Y la condesa de Poitiers al pronunciar estas sentidas palabras, vertió algunas amargas lágrimas de dolor que su enamorado esposo se apresuró á secar con el fuego de sus lábios.

En aquel momento una doncella de confianza les anunció que el rey y su comitiva se disponian á volver al Louvre y hubieron de separarse con un estrecho abrazo.

Luis el Hutin volvió en efecto á su palacio más sombrío que habia salido de él para visitar á la princesa Clemencia, y se encerró en la misma cámara en que tantas veces vimos solo á su padre Felipe el Hermoso huyendo de los negocios del Estado ó de las disensiones de familia.

Y todo el dia permaneció en ella ensimismado y sin permitir la entrada á nadie, y solo cuando llegó la noche ordenó á Enguerrando de Marigny que compareciese á su presencia.

El superintendente de Hacienda obedeció el régio mandato sin pérdida de tiempo.

Bastóle contemplar un momento con fijeza las facciones del monarca para adivinar desde luego lo que pasaba en su alma.

Luis el Hutin que á la sazon se hallaba sentado ante una mesa-despacho y tenia aun en la mano una pluma con la cual acababa de firmar al fin la sentencia de muerte de Margarita de Borgoña, al sentir los pasos de su primer ministro alzó la cabeza, le lanzó una mirada profunda y le dijo precipitadamente:

—Esto es hecho, Longueville.

Enguerrando que al ver el pergamino y la actitud del monarca lo habia adivinado todo, fingió grande sorpresa y murmuró en tanto que se inclinaba con respeto:

—No adivino...

—¿No adivinais?

—No, Monseñor.

—¡Cosa rara en vos!

—Sírvase V. A...

—Madama Clemencia se halla ya en París hace treinta y cuatro horas.

—Tenemos esa dicha.

—Para que sea mi legítima esposa, falta...

—Que vuestra gracia enviude.

—Para el efecto hace dias que me presentásteis una sentencia de muerte.

—Cierto, señor.

—¿Es esta?

—Esa es.

—Y bien, héla aquí firmada.

—¡Ah!

—De Margarita se trata, caballero.

—Al fin V. A...

—No hay medio de retroceder.

—Eso no, por desgracia.

—O por fortuna. ¿Quién sabe?

—Teneis razon, señor.

—En fin, Longueville, firmada está la sentencia.

—Y la ejecucion...

—Debe verificarse en breve.

—¿En secreto?

—En secreto para que todo el mundo crea que Margarita ha muerto de enfermedad larga y penosa y con mucha antelacion á la época en que tuvieron principio mis gestiones matrimoniales en la córte de Hungría.

—Sabeis, señor, que mi pecho es una tumba.

—Por no fiarme de nadie á vos exclusivamente confio tan delicado negocio.

—Yo tuve la honra de ser el primero en iniciar á vuestra alteza...

—No lo olvido, y por lo tanto á vos corresponde la gloria de dar felice cima á la empresa.

—Estoy pronto...

—¿A todo lo que os mande?

—Es mi deber.

—Pues preparaos para efectuar un largo viaje.

—¡Ah! Se trata...

—De ir á Gaillard, de entregar esta órden á Renato de Montesquieu y de presenciar la ejecucion.

Longueville palideció visiblemente.

Luis el Hutin al advertirlo, exclamó sonriendo sardónicamente:

—¿Qué es eso? ¿Os inmutais?

—No, no.

—Advierto...

—Perdonad, Monseñor.

—Y bien, ¿aceptais ó no la mision delicada que os confio?

—La acepto, señor, la acepto.

—¡Ay de tí si tal haces, Enguerrando!—murmuró en aquel momento una voz misteriosa, sepulcral y ténue al oido del ministro.

Marigny que se hallaba á la sazon próximo á una puerta, se volvió aterrado, descorrió el tapíz rápidamente, registró luego todos los rincones de la régia cámara..... pero en vano.

A nadie halló.

Más y más aterrado con esta circunstancia, quedó parado por espacio de algunos segundos, mudo, con la mano maquinalmente puesta sobre la empuñadura de su espada y con los ojos fijos en aquel tapíz, tras del cual habia creido escuchar una amenaza terrible.

Asombrado el rey que nada habia oido y sí solo observado con gran extrañeza la actitud de su ministro, exclamó:

—¿Qué haceis? ¿Qué os pasa?

—Perdonad, Monseñor,—contestó Marigny con apagada voz y tratando de disimular la terrible emocion que lo apresaba:—Creí que nos espiaban.

—¿Que nos espiaban?

—Sí, alteza.

—¿Espiarnos aquí?

—Tal temor abrigué por un segundo.

—¿Y qué os indujo á sospechar...

—La simple ondulacion de ese tapíz.

—¡Ah!

—Pero he registrado...

—Y...

—Nada... á nadie veo.

—¡Já já já já!

—He sido víctima de una alucinacion... lo confieso.

—¡Pobre conde! Advierto que enferma teneis la mente hace unos dias.

—Señor...

—Y más enferma aun desde que sois sabedor de que está firmada la sentencia de muerte de madama Margarita.

—Confieso que estoy...

—¿Enfermo?

—Un tanto afectado.

—¡Ah!

—Porque al fin madama fué en otro tiempo mi señora y vuestra esposa muy amada.

—Es verdad. ¡En otro tiempo!

—Y no lejano.

—En conclusion, ¿es que sentís la muerte de la adúltera?

—Me amoldo á los sentimientos de mi rey.

—Contestad categóricamente. ¿Sentís su muerte ó no?

—No, alteza, porque la creo necesaria y de absoluta necesidad en las actuales circunstancias.

—En ese caso presenciareis sin grande pena la espiacion de sus enormes é imperdonables crímenes.

—Tal espero que suceda.

—Tomad, pues, esta órden para Renato y partid á Gaillard.

—¿Cuándo, señor?

—Esta misma noche.

—¿A qué hora?

—A la que gusteis.

—¿Las doce?

—La creo la más oportuna y conveniente.

—Nadie debe apercibirse...

—Nadie.

—Está bien.

—Sois el único que posee este secreto, por lo tanto el único tambien que puede revelarlo.

—Monseñor...

—Adios, duque de Longueville.

—¡Duque!

—Tal título os doy considerándoos de vuelta.

—¡Ah!

—Partid, partid.

El superintendente enagenado de alegría ante la perspectiva de la recompensa ofrecida al servicio que debia prestar á su señor, dobló en silencio una rodilla, besó la régia mano y abandonó la cámara privada.

CAPITULO V.

De cómo monseñor Enguerrando de Marigny que se hallaba poseido de un terror supersticioso, resuelve consultar á un hechicero para saber si viven Buridan y Sataniel.

Pero al atravesar con paso presuroso un largo y oscuro corredor para dirigirse á sus aposentos, escuchó más distinta la misma voz que oyera momentos antes en el despacho del monarca, y la cual le dijo con sepulcral acento:

—¡Tiembla, Enguerrando, si cumples las criminales órdenes del rey!

—¡Ira del cielo!—gritó entonces el ministro desnudando la espada con desesperacion y corriendo airado al lugar de donde la voz partiera, pero en vano esta vez tambien buscó con afan por todas partes pues á nadie pudo hallar.

Presa de un terror supersticioso quedó por espacio de algunos segundos imposibilitado para dar un paso ni pronunciar una palabra; luego quiso huir de tan medrosos y

solítarios lugares, pero de nuevo la voz sobrenatural y misteriosa le gritó desde más larga distancia:

—¡Tiembla, infame consejero, tiembla por tu vida y la vida de tus hijos!

—¡Oh Dios! ¡Mis hijos!...—murmuró Marigny con desfallecido acento, apoyándose en la pared porque notaba que le abandonaban las fuerzas, y enjugándose el frio y copioso sudor que de su frente brotaba.—Me amenaza con esterminar mis hijos si soy portador de la sentencia de muerte de Margarita de Borgoña... ¿Pero quién? ¿Quién puede ser? ¿Algun espíritu infernal que trata de torturarme? ¡Ah! No, no. Esa voz no es sobre natural... es humana... la reconocí desde un principio. Pertenece á Buridan, á ese hombre terrible y misterioso que es mi eterna pesadilla como lo es del rey. ¿Pero no ha muerto? ¿No me aseguraron que su cadáver apareció flotando sobre las aguas del Sena al siguiente dia de tener lugar la horrible catástrofe en el hotél de Nesle? ¡Me engañaron! Buridan vive, como tambien Sataniel, y ambos están sedientos de venganza... de justísima venganza, lo confieso. Creerán que yo fuí el instigador de aquellos odiosos crímenes y querrán vengarse. Se engañan, se engañan si tal creen. Soy inocente... ninguna participacion tuve en aquellos hechos que deploro... conozco al verdadero culpable, es cierto, hasta hoy he callado su nombre aun exponiendo el mio á la execracion general, pero que vengan, que vengan á mí los querellantes y sabrán toda la verdad por mis lábios. Buridan, Sataniel... venid... haceos visibles, acusadme si os place, pero permitidme la defensa antes que descargueis sobre las inocentes cabezas de mis hijos el rayo de vuestra justa venganza. ¿No me oís? ¿Os mostrais sordos á mis ruegos? ¡Ah! ¡Maldicion! ¡Maldicion!

Y loco, desesperado, presa más que nunca del supersticioso terror que se apoderara de su espíritu desde que oyó por vez primera la misteriosa voz en la cámara real, Enguerrando caminó algunos pasos á la ventura llamando á grandes gritos á Sataniel y Buridan.

Pero en vano.

Nadie contestó á sus voces.

Volvió á repetirlas con más fuerza y entonces oyó en lontananza un acento conocido que pronunciaba su nombre y escuchó los precipitados pasos de un hombre que se aproximaba, y el cual en breve apareció en el corredor con una linterna en la mano.

El recien llegado era el ayuda de cámara, el hombre de confianza del ministro.

Al reconocerlo, Marigny corrió á su encuentro diciendo con apagada voz y acento que revelaba una inmensa alegría:

—Lebrun, el cielo te envia en mi socorro.

Lebrun al ver á su señor en tan lamentable estado, lanzó una exclamacion de sorpresa y preguntó luego:

—¿Pero señor, qué os pasa?

—¡Oh amigo mio!

—¿Estais enfermo?

—No, no.

—Estais tan pálido... tan agitado...

—No hagas caso.

—¿Por qué dábais tan desaforadas voces?

—¿Me oiste?

—Por una casualidad.

—Y viniste en mi socorro...

—Cumpliendo mi deber.

—¡Gracias, gracias!

—¿Habeis sido víctima de alguna traicion, de alguna emboscada infame?

—No.

—Teneis la espada desnuda.

—¡Bah!

—¡Ah señor! Algo grave me ocultais, y al ocultármelo pruebas inequívocas me dais de la poquísima confianza que os inspiro...

—Lebrun...

—¡Paciencia!

—Contesta ante todo á mis preguntas.

—Estoy pronto...

—¿No fuiste tú quien me comunicó la noticia de la muerte del conde de Alenzon?

—Yo fuí, señor.

—¿Estás cierto que murió?

—Y tan cierto.

—¿No has oido hablar...

—¿De qué?

—De su reciente resurreccion.

—¿De su resurreccion?

—Sí.

—No, monseñor, ni creo...

—¿En qué no crees?

—En la resurreccion de los muertos.

—¡Impio!

—Perdonad.

—Fuerza es que creas cuando te diga que hace un momento escuché la voz...

—¿De Mr. de Buridan?

—Sí.

—¿Será posible?

—No lo dudes, desgraciado.

—¿Pero dónde?

—Primero en la cámara real.

—¡Cielos!

—Y luego en este mismo corredor.

—Pero...

—La oí, la oí distintamente amenazarme con tomar una terrible venganza sobre mí y sobre mis inocentes hijos.

—¡Ah!

—Una de dos, ó Buridan no ha muerto como la opinion pública asegura ó Dios ha operado en su cadáver el prodigioso milagro que operó en el de Lázaro.

—¡Oh! ¡oh!

—Es preciso salir de dudas... sí, preciso,—exclamó el ministro con resolucion, envainando el acero que aun conservaba desnudo en la mano, rebozándose en la capa y adelantando algunos pasos.

—¿Qué intentais, señor?—le preguntó Lebrun todo sorprendido al notar su actitud resuelta.

—¿Qué intento?

—Permitid que os lo pregunte.

—Ya te lo he dicho. Salir de una vez de esta duda que me mata.

—¿Pero cómo?

—Apelando á un medio odioso, pero seguro.

—¿A la mágia?

—Sí.

—Cuidado, señor.

—¿Qué quieres dar á entender...

—Que es peligroso apelar á tan reprobados medios.

—No me importa.

—El rey ha jurado exterminar á todos los hechiceros y castigar severamente á cuantas personas, por elevadas

que estas sean, cometan el pecado de consultar con ellos.

—Repito que nada me importa... nada.

—Entonces nada tampoco objeto ya.

—Retírate, Lebrun: déjame solo.

—¿Que os abandone? Eso nunca.

—¿Quieres acompañarme á la morada de Sarmiento?

—Mi deber es acompañaros á todas partes.

—Pues sígueme.

—Vamos, señor, y Dios quiera...

—¡Silencio! Ni una palabra más.

—Ya enmudezco.

Terminado así este diálogo, amo y criado guardaron un profundo silencio, abandonaron presurosos el oscuro y estrecho corredor donde por tres veces resonára la amenazadora y misteriosa voz que tanto terror causó al atribulado ministro del rey Luis el Hutin.

Pocos momentos despues salian del Louvre por una puerta excusada y se dirigian á la morada de un famoso hechicero español llamado Sarmiento que vivia en uno de los más apartados barrios de París, y con el cual habia Enguerrando de Marigny cometido la imprudencia y la debilidad de consultar en muchas ocasiones sobre los asuntos más delicados del Estado, dando lugar con semejante conducta á la murmuracion de las gentes sencillas y timoratas que miraban con horror á estos embusteros y fingidos sábios á quienes creian entregados á Satanás en cuerpo y alma en cambio del poder sobrenatural que les prestaba.

Pero un hombre embozado hasta los ojos y con el rostro enmascarado habia podido oir todo el diálogo anterior desde un oscuro rincon del corredor donde tuvo lugar, y cuando se hubo convencido de que la firme resolucion del conde de Longueville era consultar al mago español sin

pérdida de tiempo, abandonó aquellos lugares sin ser visto ni escuchado, salió del palacio real sin contratiempo alguno y se dirigió por distinto camino y con precipitado paso á casa de Sarmiento, adonde llegó un cuarto de hora antes que Marigny y Lebrun.

Algunas palabras misteriosas que debian ser una contraseña, y las cuales pronunció, luego de llamar, con los lábios aplicados á la cerradura, bastaron para que la puerta fuese abierta en el instante por la mano del mismo Sarmiento que lo condujo despues de muchos cumplidos á una pequeña estancia del piso bajo, cuyo decorado sencillo y modesto hasta rayar en miseria, no denunciaba la vivienda de un tan famoso hechicero.

Tampoco podia indicar nada el traje del dueño de la casa, á quien por sus vestidos podia confundírsele con un hombre de justicia, y por su aspecto con el ciudadano más honrado, bonachon é inofensivo.

Luego que dejó la lámpara sobre una mesa, Sarmiento se dirigió al enmascarado que permanecia de pié y silencioso en medio de la estancia y en puro frances y con acento melífluo le dijo haciéndole una profunda reverencia:

—Estoy como siempre á vuestras órdenes, señor y dueño mio.

—Gracias, maese,—contestó secamente el del antifáz.

—Mandad.

—¿Me esperábais?

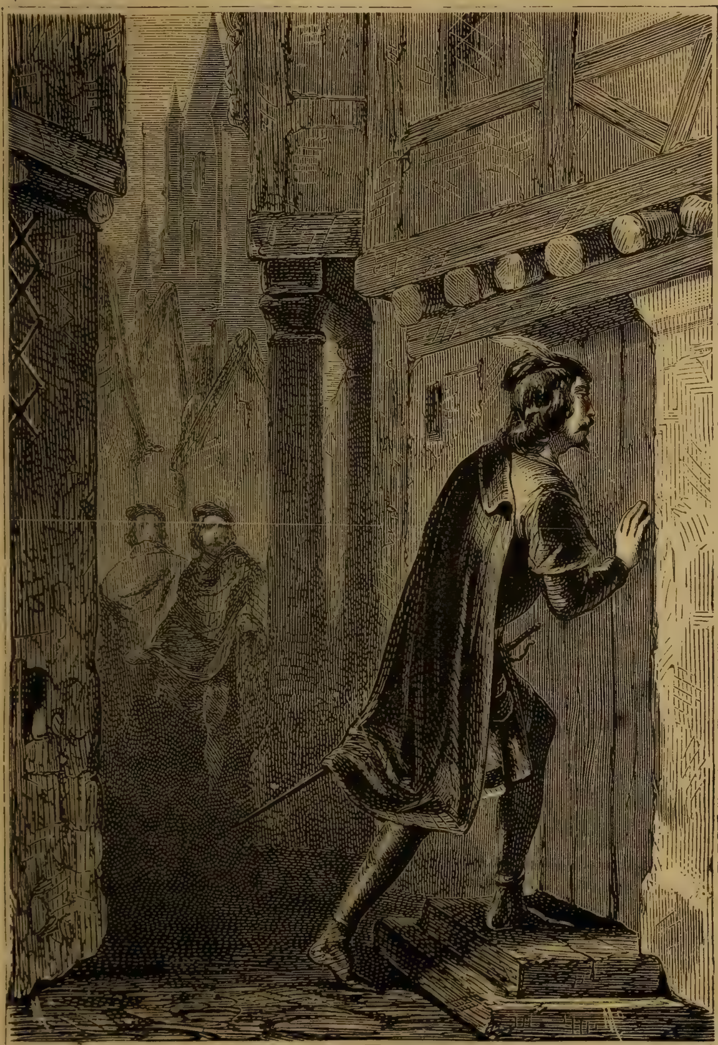
—No por Dios.

—¿Estais solo?

—Completamente solo.

—¿Y vuestro criado?

—Salió al punto de oraciones á caza de las noticias que deseais tener para mañana.



—Algunas palabras misteriosas que debian ser una contraseña...

—¿Y vuestra mujer?

—Salió tambien con el mismo objeto.

—¿Luego podemos hablar con entera libertad?

—Sí, monseñor.

—Que me place.

—¿Ocurre algo grave?

—Tanto como grave, no, maese.

—¿De qué se trata?

—De que me presteis un nuevo servicio.

—Ya sabeis que estoy pronto...

—El cual yo mismo he valuado en el precio de veinticinco escudos de oro.

—Señor...

—¿Os parece poco?

—Me parece mucho.

—¡Bah! Aceptadlos.

—Pero...

—Aceptadlos, Sarmiento, si me quereis complacer.

—Por complaceros cometeria los mayores crímenes, pero creed que me repugna tomar vuestro dinero.

—¡Cómo!

—He querido decir que me remuerde la conciencia.

—¿A vos?

—A mí que demuestro no tenerla.

—¿Y por qué?

—¿Y me lo preguntais? Me habeis tres veces salvado la vida; otras tantas me habeis...

—Nada me recordeis, maese.

—¡Ah señor!

—Y al asunto, porque tenemos muy poco tiempo que perder.

—Espero vuestras órdenes.

—Dentro de breves segundos llamará á vuestra puerta

un elevado personaje á quien no podeis negar la entrada.

—¿Su nombre?

—Monseñor Enguerrando de Marigny.

—¡Ah! El superintendente... ¡Diantre! Ya hacia tiempo que no me honraba con sus visitas ni llenaba mis arcas con sus flamantes escudos. ¿Pero qué objeto le traerá esta vez?

—Quiere saber si vive un cierto personaje llamado Buridan.

—¡Ah! ¡ah!

—Sospecha que no murió como todo el mundo cree.

—Y desea por medio de la mágia...

—Saber lo que vos mismo ignorais.

—¡Bravo!

—¿Comprendeis lo que á mi vez deseo?

—Servios indicármelo.

—Que le digais que vive.

—Sereis obedecido.

—Que vive para vengarse de los infames y despiadados asesinos de sus hijos, de su esposa y de su amigo.

—Descuidad.

—Y hacedle comprender que morirá de mala muerte, como tambien sus hijos, su esposa, sus hermanos y sus deudos, si no halla un medio de desobedecer las órdenes del rey que se empeña en hacerlo esta misma noche portador de la sentencia de muerte de Margarita de Borgoña.

—¡Qué escucho! Madama Margarita...

—¡Silencio! Aquí está nuestro hombre acompañado de su criado Lebrun.

—¡Oh! ¡Oh!

—¿Me habeis comprendido, Sarmiento?

—Sí, mi querido salvador.

—Pues cumplid con vuestro deber.

—Estoy pronto.

—Engañadlo bien con vuestra mentida ciencia.

—Saldrá de aquí tan convencido y aterrado como el más ignorante campesino.

—Pues abrid, abrid porque llama con impaciencia suma.

—¿Pero y vos?

—Me ocultaré.

—¿En la sala de los conjuros?

—Sí. Quiero presenciar la escena que se prepara.

—Tomad la llave; bajad por la escalera secreta; yo haré que ambos desciendan por la trampa.

—Pronto, pronto.

El enmascarado tomó la llave que le ofrecia el fingido hechicero y desapareció por una pequeña puerta.

Entonces Sarmiento fué sin luz á abrir á los que llamaban con insistencia en la puerta de la calle.

Cinco ó seis minutos despues volvió acompañado de Longueville y de Lebrun.

Ambos traian retratado el terror en los semblantes aunque hacian esfuerzos sobrehumanos por disimularlo.

El hechicero venia diciendo al ministro privado de Luis el Hutin:

—Me pedís un imposible, monseñor.

—Nada hay imposible para Enguerrrando de Marigny,—contestó el ministro con imperio.

—No lo dudo, pero...

—Y ménos para el hombre que paga á peso de oro los servicios que le prestan.

—¡Ah señor! No se trata de recompensas ahora.

—Entonces...

—Pero nada tengo preparado.

—Estais reputado por el primer mago del mundo, y por

lo tanto pocos preparativos necesitais para descubrir una cosa tan sencilla...

—¿Sencilla?

—Tal la creo.

—No obstante...

—Os doy todo el tiempo que necesitais para prepararos, maese.

—Concededme un solo dia.

—Ni una hora, maese Sarmiento.

—Puede pesaros, señor.

—No os importe.

—¿Os empeñais en que esta misma noche...

—Sí.

—Sea.

—¡Gracias al diablo que resuelto os veo!

—Bajemos á la sala de los conjuros.

—Bajemos.

—¿Os ha de seguir vuestro criado?

—Yo no abandono á mi señor.

—Ya lo oís, maese. Quiere bajar tambien á ese ántro infernal que á todos causa espanto.

—Pues colocaos á mi lado y apoyaos en mis hombros.

—¿Qué intentais?

—Os suplico la obediencia, monseñor.

Marigny y su ayuda de cámara Lebrun obedecieron en silencio al hechicero.

Cuando ambos se hubieron agarrado fuertemente á sus hombros, Sarmiento pegó un fiero golpe con la planta sobre el pavimiento que era de madera, y entonces descendieron suavemente por una especie de escotillon á la manera que descienden los actores por el tablado de un teatro, cuyos sótanos hacen las veces de infierno.

¿Qué es lo que pasó en aquella nueva y artificiosa man-

sion del espíritu de las tinieblas luego que descendieron á ella Enguerrando, Lebrun y el hechicero?

Se ignora.

Solo nos dice la historia que un cuarto de hora despues amo y criado salieron de casa de Sarmiento para trasladarse al Louvre, y que Marigny tuvo que meterse al punto en cama por hallarse enfermo de gravedad segun opinó el médico de cámara que acudió á su auxilio en el instante.

CAPITULO VI.

Otra vez en el Castillo de Gaillard.—Horrible suplicio de Margarita de Borgoña.

Luis el Hutin, á cuya noticia llegó en breve lo ocurrido, se desesperó muy mucho por semejante contratiempo, pero una vez recobrada la tranquilidad pasó á los aposentos de su primer ministro, le prodigó palabras de consuelo, intentó en vano conocer las causas que habian producido tan repentina y misteriosa enfermedad y al fin se retiró á su cámara despues de recojer de la escarcela del valido la sentencia de muerte de Margarita de Borgoña.

Luego mandó llamar á su consejero Guillermo de Plasian, conferenció con él en secreto por espacio de media hora y á la una de la noche salia de París seguido de algunas lanzas con direccion á Gaillard el nuevo portador de la fatal sentencia.

Renato de Montesquieu que vivia ignorante de lo que ocurria en la córte, se sorprendió grandemente al verlo

entrar una mañana por las puertas del castillo de su mando.

Plasian que era su íntimo y antiguo amigo, aumentó su sorpresa, su curiosidad, y aun su terror, cuando le dijo en voz baja luego que se hubo apeado del caballo:

—Amigo mio, en nombre del rey nuestro señor, necesito conferenciar con vos á solas sin pérdida de tiempo.

Renato sin poder disimular la emocion que lo apresaba, lo condujo á una de las cámaras superiores, cerró las puertas interiormente, le invitó á tomar asiento, lo efectuó á su lado y le dijo al propio tiempo que le daba con la mano un golpecito familiar sobre el hombro:

—Estamos solos, mi leal amigo.

—Que me place, querido Montesquieu.

—¿Os hallais cansado?

—Mucho.

—¿Quereis descansar antes...

—No puedo.

—¿Venís de París?

—De París vengo.

—¿Exclusivamente á Gaillard?

—Sí.

—¿Me traeis órdenes?

—Sí.

—¿Verbales?

—Escritas, firmadas y selladas por el rey.

—¡Diantre! ¿Qué ocurre?

—Mucho y muy grave.

—¿He caido en desgracia?

—Por fortuna no se trata de vos en esta ocasion, amigo mio.

—¿Pues de quién se trata?

—Antes de presentaros esas órdenes y de contestar á

vuestra pregunta, permitid que á mi vez formule otra.

—Os escucho.

—¿Y madama Margarita?

—¡Ah! ¡ah! Empiezo á comprender.

—¿De veras?

—¿Es de ella de quién se trata?

—Sí.

—Quedo tranquilo.

—¿Vive?

—Todavía.

—Pero se hallará exánime... espirante...

—Os engañais, Plasian.

—¿Conque es mujer de tanta fibra?

—Vos juzgareis despues de verla en el estado á que la he reducido por mandato de Monseñor el rey.

—Recuerdo que últimamente escribísteis á su alteza que no moriría tan pronto á ménos que se la ayudase poderosamente.

—Y no mentia.

—Pues bien, Monseñor tomando en consideracion vuestro consejo, os envia por mi conducto...

—¿Qué?

—Esa ayuda poderosa.

—¿Una órden?

—Sí.

—Para que madama...

—Termine su martirio dentro de una hora.

—¡Cielos!

—¿Qué os asombra?

—La impaciencia que demuestra S. A. por verse libre de los lazos que le unen á esa infeliz mujer.

—Vuestro asombro cesará tan pronto como os diga lo que en la córte ocurre.

—¿Qué ocurre, amigo mio?

—¿De veras ignorais...

—Todo... absolutamente todo. ¿Qué diantres quereis que sepa hallándome siempre encerrado en este apartado nido?

—Teneis razon.

—Saciad, saciad mi justa curiosidad.

—Sabed, pues, que el rey se casa.

—¡Que el rey se casa!

—O se casará tan luego como enviude.

—¿Y con quién?

—Con la princesa Clemencia, hija de Cárlos Martel.

—¡Oh!

—Todo se halla dispuesto: el consentimiento otorgado, firmados los contratos y la novia en poder de su futuro esposo.

—¿Será posible?

—No lo dudeis.

—Me dejais estático.

—Solo falta la bendicion del sacerdote, pero para que esa bendicion descienda sobre las cabezas de los régios contrayentes, es preciso...

—Que Margarita muera.

—Cierto.

—¡Pobre señora!

—¿La compadeceis?

—Soy cristiano, Plasian.

—No os censuro por ello, Montesquieu, pues yo tambien me siento conmovido y pesaroso de haber sido el portador de la fatal sentencia.

—¡Ah!

—Pero ni vos ni yo podemos nada, como no sea obedecer ciegamente.

—¡Es verdad!

—Obezcamos, pues, sin pérdida de tiempo.

—Estoy pronto.

—Hé aquí las órdenes firmadas por el rey. Enteraos y obrad en consecuencia.

Renato tomó los pliegos de pergamino que le presentaba el caballero Guillermo de Plasian, los abrió temblando y despues de besar con respeto la firma real que al pié de cada escrito habia estampada, procedió á su lectura.

Cuando hubo terminado de leerlos en voz baja, dijo con voz sombría:

—Cúmplase la voluntad del rey.

—¿Quedais enterado?—le preguntó Guillermo.

—Sí, amigo mio.

—¿Y estais pronto á obrar?

—Es mi deber.

—Pues abreviemos todo lo posible.

—¿Con que la ejecucion debe tener lugar en el instante?

—En el instante, sí.

—¿Vos debeis presenciarla?

—Tal me ha ordenado el rey, pero...

—¿Qué?

—No quisiera comparecer ante esa pobre reina sin corona.

—Os comprendo.

—¿Y hallais un medio...

—Todo creo que lo podeis presenciar oculto tras de la puerta del calabozo que tiene una rejilla con el objeto de espiar desde ella las acciones de los prisioneros.

—Me place la idea.

—Voy, pues, con vuestro permiso á dar las órdenes convenientes.

—Una pregunta.

—¿Qué deseais saber?

—¿Teneis un buen ejecutor en el castillo?

—Lambert es hombre entendido en la materia.

—¿Teneis un religioso...

—Se buscará en la aldea.

—Cuidad de no buscarlo parecido al célebre penitente del valle, quien en cierta ocasion...

—¡Oh! No me recordeis aquel suceso.

—Bueno es no eharlo en olvido, Montesquieu.

—Tengo desde entonces tomadas las precauciones necesarias para evitar otra sorpresa.

—Me alegro, amigo mio, porque ha fugarse en esta ocasion madama...

—¡Fugarse! ¡Pobre princesa! No existen ya hombres capaces de ayudarla en tan gigantesca empresa.

—¿Lo decís por el rumor que circuló hace tiempo sobre la muerte del conde de Alenzon?

—Sí.

—No os fieis, porque hay muchos Buridanes en el mundo.

—No soy de vuestra opinion, Plasian.

—Y aun el primero dudo que haya muerto como asegura el vulgo.

—¡Ah! Dudais...

—Creo que existe, y aun creo tambien que ronda ha tiempo este castillo.

—¡Diantre!

—¿No sospechais lo que yo?

—¿Y cómo si os repito que por muerto lo contaba?

—¡Hum!

—Y bien, ¿qué me importa que viva y ronde la prision de la mujer á quien parece haberse consagrado en cuerpo

y alma desde su más temprana edad? Nada. Mis medidas para impedir que aquí penetre están muy bien tomadas, y además, falta tan poco para que todo acabe...

—Teneis razon: si abreviais el negocio, antes de una hora podeis veros libre de la terrible responsabilidad que pesa sobre vuestra cabeza.

—¡Oh!

—Abreviadlo, querido Montesquieu.

—Voy con vuestra vénia...

—Id, id, que aquí os espero.

Renato abandonó la cámara algun tanto afectado y empezó sin pérdida de tiempo á dar las órdenes necesarias para que con el mayor sigilo y prontitud se llevase á efecto la terrible ejecucion.

Margarita en tanto permanecia en su hediondo calabozo en el mismo estado de exasperacion en que la vimos diferentes veces antes de fugarse á los estados de su hermano Odon, que no vaciló en cometer la infamia de entregarla indefensa á sus verdugos por conservar una vergonzosa paz con el monarca de Francia.

En sus accesos de furor ya no maldecia únicamente al rey, á su esposo, á Marigny y á la princesa Juana, su miserable delatora en otro tiempo, sino que maldecia tambien á su antiguo amante, y sobre todo, al hombre por cuyas venas circulaba su propia sangre.

Y maldecia á Buridan por considerarlo olvidadizo é ingrato como todos, pues ignoraba la infeliz todo lo ocurrido una noche de triste recordacion en el hotél de Nesle, como igualmente ignoraba que fuese reina de Francia por muerte de su suegro Felipe el Hermoso, pero pronto debia salir de la ignorancia en que vivía desde que entrara de nuevo en los subterráneos de Gaillard.

Un hombre se encargó de revelárselo todo media hora

despues de llegar al castillo Guillermo de Plasian.

Aquel hombre era su carcelero Chavot.

Chavot que por órden expresa de Renato no pronunció ni una sola palabra delante de la prisionera desde el momento en que pisó de nuevo los umbrales de la prision sombría.

Asombrada Margarita de verlo entrar en el calabozo á horas tan inusitadas, abandonó de un brinco el monton de hedionda paja sobre el cual se hallaba á la sazon acurrucada y dormitando, y con voz ronca y ademan amenazador, le dijo:

—¿Por qué vienes á interrumpir mi reposo á tales horas, mal nacida criatura?

—Perdonad,—murmuró Chavot algo confuso.

—¡Hola! ¿Al fin recobraste el habla? ¿Al fin dejas de ser grosero y soez con una princesa de la sangre? ¿Al fin te permite contestar á mis preguntas ese condenado gobernador, á quien confunda el infierno? Que me place. Habla, contesta, díme á lo que vienes.

—Señora, vengo...

—¿Tambien me tratas con el respeto debido? ¿Es que has llegado á saber al fin, mísero gusano, que soy hija del gran Roberto II de Borgoña y nieta del santo rey Luis IX? ¡Por Satanás! Los felones por largo tiempo han tenido perdida la memoria.

—Nadie olvida quién sois.

—¿De veras, señor vergante?

—Nadie, señora.

—¿Ni lo olvidaron un dia?

—Tampoco, segun creo.

—Crees mal, pues tú mismo...

—¡Oh señora! Nos alejamos lastimosamente del asunto principal que á vos me trae.

—¿Qué quieres, maldito?

—Rogaros que me escucheis con calma un breve instante.

—Mucha necesito para soportar tu odiosa presencia, pero puesto que me lo ruegas la tendré para escucharte. Habla, no vaciles... ¿qué me vienes á anunciar?

—Señora, que un enviado de Monseñor el rey Luis X, acaba de llegar á este castillo.

Margarita al escuchar estas palabras retrocedió dos pasos con asombro y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Luis X!...—exclamó con expresion indefinible.—¿Has dicho Luis X, Chavot?

—Sí, madama.

—¿El rey Luis X?

—Sí, madama, sí.

—¡Cielos! ¿Me engañará el deseo? ¿Me engañará este infame para gozarse luego en mi desesperacion? ¿Habré escuchado mal?

—Habeis escuchado bien, y no os engaño.

—¿De veras, Chavot amigo?

—Creedme como creeis en Dios Nuestro Señor.

—¿Luego soy reina de Francia en este instante?

—Ya hace más de seis meses que lo sois por haber pasado á mejor vida monseñor Felipe IV.

—¡Ah!! ¡Murió al fin el maldito viejo!...

—Señora...

—¡Y nada me habias dicho!

—Perdonad. Las órdenes que tenia...

—¡Reina! ¡Soy reina de Francia hace más de medio año!

—Reina sois, sí, señora, pero...

—Y aun tengo por cama real inmunda paja, por alimento pan y agua y por régias vestiduras girones asquerosos...

—Tranquilizaos.

—¡Infames, infames todos!

—Escuchadme en calma.

—No os perdonaré jamás haberme hecho sufrir tanta miseria y tortura.

—¿Os dignareis oirme?

—¿Qué tienes que decirme, odioso carcelero?

—Os hablé de un enviado...

—¡Alto allá, perro! trata cual es debido á tu reina y tu señora, ó con mis reales manos...

—Calmaos.

—Habla, habla.

—Decia á V. A...

—¿Que un emisario real acaba de llegar á este castillo?

—Sí, madama.

—¿Y bien?

—Dicho señor tiene cosas que deciros por espreso mandato de Monseñor el rey, y son de tal importancia, segun tengo entendido, que necesitais para escucharlas...

—¿Qué necesito?

—Mucha calma y un poco de atencion.

—De ambas cosas dispondré á su tiempo.

—Permitid que lo dude.

—¡Carcelero!...

—Os veo tan agitada...

—¿Y qué te importa?

—Nada y mucho tratándose de vuestro bien, señora.

—Explícate, Chavot.

—Si os mereciese un poco de confianza, me atreveria...

—¿A qué?

—A daros un consejo.

—¿Tú?

—Perdonad mi atrevimento.

—¿Y qué consejo es ese?

—No me atrevo...

—Habla... yo te lo mando.

—Soy de opinion, señora, que para que podais recibir como es debido al enviado de vuestro real esposo, os convendria que recibiérais antes á un sacerdote...

—¡Un sacerdote!

—¡Sí, madama!

—¿Y para qué?

—Para que con sus santos consejos logre calmar un tanto vuestro atribulado espíritu.

Margarita al escuchar estas palabras pareció herida por el rayo.

Sin grande esfuerzo habia adivinado la terrible verdad.

Al anunciarle que era reina, aquel hombre le anunciaba tambien que debia morir por mano del verdugo antes de asentarse en el codiciado trono.

Presa del mayor terror se replegó hácia el muro y dijo con voz desfallecida:

—No, no es á un caballero de la córte... es al verdugo á quien me anuncias.

—Tranquilizaos.

—La proposicion del monge me lo revela todo.

—Y bien, si lo adivinais...

—¡Ah! ¿Con qué es verdad?

—Señora, yo...

—¡Infames... infames asesinos!

—Su alteza el rey...

—Ese... ese es el más infame de todos.

—¡Por Dios, madama! no aumenteis vuestros pecados en tan supremo instante con tan horrendas palabras.

—¿Qué osais decir, bellaco mal nacido?

—Os doy un consejo de cristiano.

—¡Atrás, carcelero!—gritó entonces Margarita en el parasismo del furor.—¿Quién osará poner las manos sobre la reina de Francia? ¡Atrás, repito, ó con mis propias manos te estrangularé, demonio!

—Madama...

—¡Calla, perro!

—Pensad en vuestra salvacion.

—Buridan... Buridan mio... ¿Dónde estás? Vén en mi ayuda como viniste tantas veces.

—En vano llamais á ese hombre.

—¿En vano?

—Sí, por desgracia vuestra.

—Te engañas. Tal vez tras de esa puerta espere el momento oportuno para arrebataros la presa.

—¡Ay! Tras de esa puerta solo espera el sacerdote.

—Y el verdugo... ¿verdad?

—El rey lo quiere.

—¡Miserables!

—Pensad...

—Pero no, es imposible que se cometa tal crímen; es imposible que el cielo me abandone hasta ese punto; es imposible que Buridan no venga en mi socorro.

—Buridan no existe, señora.

—¡Que no existe!

—Buridan murió al siguiente dia de morir el rey Felipe IV.

—¡Mientes!

—Pongo al cielo por testigo de esta verdad.

—¡Mientes! ¡mientes!

—Su cadáver fué hallado flotando sobre las aguas del Sena.

—¡Asesinado sin duda!...

—¿Quién sabe?

—¡Maldicion sobre sus asesinos! ¡Maldicion sobre tí, Luis, por haber llevado á cabo la bárbara venganza que juraste!

—¿Es posible, señora, que ni aun al borde de la tumba puedan vuestros lábios dejar de formular horribles maldiciones?

—Chavot, por lo que más ames en este mundo, contesta sin dilacion á mis preguntas.

—Señora...

—Será la postrera gracia que me otorgues.

—¿Qué deseais saber?

—Esa terrible historia.

—¿Qué historia, madama?

—La de la muerte de Buridan.

—Ignoro sus detalles,—contestó Chavot que tenia órden de no ocultar nada á Margarita, como tambien de revelárselo todo poco á poco para prolongar su cruento martirio.

—¿Pero sabes que fué efectivamente asesinado?

—Eso sí.

—¿Y su escudero Polioni?

—Tambien.

—¿Por quién, Chavot?

—Lo ignoro.

—Nada me ocultes.

—Repito que desconozco los nombres de los asesinos.

—¿Y mis hijos?... ¿Qué ha sido de mis hijos?

—¿Vuestros hijos, señora?

—Dije mal: los hijos de cierta dama llamada Blancaflor.

—¿La condesa de Burdeos?

—La querida de Felipe IV.

—Direis la esposa del caballero Buridan.

—¡Cómo! ¿Buridan la hizo su esposa?

—¿Lo ignorábais?

—¡Ira del cielo!

—Señora...

—Y bien, por esa mujer te pregunto.

—Murió.

—¿Asesinada?

—De un modo misterioso.

—¡Cielos! ¿Y sus hijos?

—Tambien lo fueron la misma noche.

—¡Hijos!... ¡Hijos de mi alma!—exclamó Margarita con desgarrador acento y apoyándose exánime en una de las gruesas columnas de piedra que sostenian las chatas bóvedas del subterráneo.

Pero su abatimiento duró breves instantes.

El dolor agudo y cruento que acababa de experimentar por vez primera en sus entrañas maternales, la convirtió en furiosísima pantera, y poseida de un vértigo enloquecedor corrió desalentada al encuentro del hombre que tan despiadadamente le acababa de anunciar el trágico fin de aquellos niños, fruto criminal de sus primeros amores, con intencion sin duda de extrangularlo con sus crispadas manos, pero Chavot que adivinó el intento se sustrajo á sus violencias huyendo del calabozo con la rapidéz del rayo.

Algun tiempo despues volvió acompañado de un monge y de otro personaje de formas hercúleas, elevada talla y aire sombrío, el cual llevaba atravesado en su cinturon de cuero un largo cuchillo desprovisto de vaina.

Este personaje era Lambert.

Margarita, vencida por el dolor, habia caido de nuevo en un profundo abatimiento.

El fraile, el carcelero y el verdugo la hallaron fuertemente abrazada á una columna y con la cabeza lánguidamente caida sobre el pecho.

Al ruido que produjo la puerta abandonó aquella actitud, se irguió tranquila y miró sin asombro á los recien llegados.

Entonces la dijo el monge con cariñoso acento:

—Madama la reina, ya es hora de pensar en vuestra salvacion.

Margarita al escuchar estas terribles palabras, suspiró profundamente.

El fraile continuó:

—Hija mia, ¿no quereis reconciliaros con nuestro Señor Dios, á quien habeis tan grandemente y de contínuo ofendido?

—Sí, sí,—repuso la cuitada con desaliento impropio de su carácter:—¡pero morir... morir en un calabozo inmundo cuando debia estar sentada sobre el más bello trono del mundo!...

—¡Oh! Reflexionad, amada hija, que no es este el más oportuno instante para pensar en las pompas y grandezas terrenales.

—¡Ay! Teneis razon, padre mio.

—En Dios misericordioso debeis tener el pensamiento fijo.

—Lo tendré... lo tengo ya, señor.

—Señora,—interrumpió Lambert bruscamente;—despachad si os place, pues debemos dar, á quien nos envia, severa cuenta del tiempo que á vuestro lado perdemos.

Margarita al escuchar estas palabras perdió de súbito la tranquilidad de espíritu que empezaba á disfrutar escuchando al monge y se sintió de nuevo acometida por uno

de aquellos raptos de furor que tanto la asemejaban á una fiera sedienta de venganza y sangre humana.

Revolvióse iracunda contra el imprudente ejecutor amenazándole con el crispado puño y despues le gritó con voz colérica:

—¡Miserable gusano! ¿Quién eres tú para ordenarme con tal imperio que abrevie los instantes de mi vida?

—¿No me conoceis?

—¡Perro mal nacido!...

—Soy el verdugo.

—¡Infame criatura!

—El último amigo que os debe acariciar en este mundo. Já, já, já, já.

La prisionera al escuchar aquellas innobles frases que encerraban un tan marcado insulto, y sobre todo aquella brutal é irónica carcajada lanzada sin respeto á su condicion y su desgracia por el más vil de los hombres, creyó volverse loca de desesperacion y rechinando los dientes con violencia se arrojó de un salto sobre el verdugo con intencion de ahogarlo.

Pero el brutal Lambert que sin duda tenia órden de no guardar consideracion alguna á la mujer que todavía era reina de Francia, la recibió con el puño levantado y con tal rapidéz y fuerza lo descargó sobre su débil pecho que la infeliz cayó como si la hubiese herido el rayo.

El sacerdote entonces no pudo ménos de exhalar un grito de horror.

Margarita ni una sola queja, ni un solo ay de dolor exhaló al recibir tan inhumano golpe y rodar sobre el fangoso pavimento.

Solo furiosos gritos de amenaza y expantosos rugidos á semejanza de la pantera herida, en tanto que se arrastra-

ba por el suelo y se retorcia los brazos para mordérselos despues con fiera saña.

Aquella escena singular en vez de conmover horripilaba.

En vano el fraile se arrodillaba á su lado, trataba de levantarla y la dirigía la palabra en nombre de Dios con lágrimas y sollozos, porque no era escuchado ni atendido.

Animado el verdugo, que en un principio quedó aterrado de su obra, al escuchar una imperiosa voz que resonó de súbito tras la cerrada puerta del calabozo ordenándole obrar sin pérdida de tiempo, avanzó resueltamente hasta la reina, y empujándola torpemente con el pié sin hacer caso de la suplicante mirada que le dirigió el monge, gritó:

—¡Ea! ¡ea! Basta de voces destempladas, de pataleos y rabietas.

—¡Aparta, aparta asqueroso reptil que yo te escupo al rostro! ¿Lo oyes? te escupo y te desprecio como mereces serlo.

—Enhorabuena. ¿Qué me importa? Pero aquí hemos venido por órden del rey, y no para perder el tiempo lastimosamente.

—Maldigo á ese rey que nombras como os maldigo á todos.

—¡Señora, en nombre de Dios!—suplicaba el monge.

—Dejadme, infames, dejadme.

—¿Os levantareis del suelo?

—¡Jamás!

—¿Os lenvantareis para morir como es deber en una reina?

—No y mil veces no, felon maldito.

—Hija mia...

—¿Os confesareis siquiera con mil diantres?

—Matadme como á una fiera, pues que como á tal tratais á una débil mujer, cobardes é inhumanos asesinos.

—Confesaos...

—¡Nunca!

—¡Por Nuestro Señor Jesucristo!

—¡Dejadme!

—¿Pero es posible, hija del alma, que á la luz prefirais las tinieblas por morir sin confesion?

—¡Ay!

—Responded, señora.

—No, no quiero perder mi alma, padre mio.

—Pues arrepentios... confesad...

—Que se aleje ese hombre y haré cuanto me ordeneis.

—¿Lo ois, Lambert? Alejaos un poco.

—Pero...

—Yo os lo mando en nombre del Crucificado.

El feroz ejecutor obedeció, aunque de mala gana, y fué á reunirse á Chavot que desde un oscuro rincon contemplaba mudo y horrorizado aquella violenta y repugnante escena.

Entonces el sacerdote volvió á dirigir su cariñosa y persuasiva voz á la cuitada princesa que al fin logró recobrar la calma poco á poco y se levantó diciendo con desfallecido acento:

—Teneis razon, padre querido. La vida en esta horrible mansion debe serme odiosa y despreciable, y por lo tanto la ódio y la desprecio. Quiero morir, puesto que la muerte, segun me asegurais, me abrirá por una eternidad las puertas de la mansion empírea.

—¡Oh, sí, hija mia! Porque si fueron grandes los crímenes cometidos, mayor fué la expiacion sufrida.

—¡Ay!

—Vamos... ¡valor!

—No me falta en este trance crüel.

—¿Qué dudais, pues?

—Vamos, vamos. Quiero postrarme ante el tribunal de la penitencia para acabar de una vez tortura tanta.

Y dicho esto, hizo al religioso un signo con la mano para que tomase asiento sobre una enorme piedra, único mueble que habia en la lóbrega prision, y luego se arrodilló ante él enteramente resignada.

Al verla en aquella actitud humilde, el venerable ministro del Señor elevó con uncion al cielo sus ojos húmedos todavía por las lágrimas, para darle gracias por haberle concedido suficiente poder para reducir despues de tan penosa lucha á tan grande pecadora, de cuyo arrepentimiento ya no podia dudar.

Reinó en el subterráneo un largo intérvalo de silencio, solo interrumpido por el chisporroteo de la lámpara que pendia de la bóveda, la respiracion anhelosa del carcelero y el verdugo y el suave murmullo que formaban las voces del sacerdote y la penitente.

De tiempo en tiempo Lambert consultaba al monge con la mirada.

Al fin este último despues de un cuarto de hora de impaciente espera por parte del ejecutor y de dos silenciosos personajes que todo lo observaban ocultos tras de la puerta del calabozo, levantó la mano para bendecir á la culpable.

Al advertir esta accion, que debia ser una señal convenida, Lambert se lanzó sobre su presa como un tigre, pero Margarita obedeciendo al instinto de conservacion se puso de pié rápidamente y se asió á sus vestidos fuertemente para impedir, como lo consiguió, que sacase del cinturon de cuero el arma fatal que debia herirla de muerte.

Y de nuevo se travó una lucha desigual y horrible entre el verdugo y la víctima.

Margarita lanzaba penetrantes gritos pidiendo esta vez socorro, pero en vano.

Y en vano tambien Lambert pugnaba por desembarazarse de aquel lazo, y no pudiéndolo conseguir, asió con rábia los largos cabellos de la infeliz princesa que flotaban en desórden sobre sus hombros y espalda, los hizo una trenza retorcida, la rolló en derredor de su cuello y lanzando un grito de alegría salvage, apretó con su puño de hierro hasta lograr el objeto apetecido.

—¡Hijos mios!...—murmuró entonces la infeliz Margarita con sofocada voz y abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡Buridan querido!... ¡Luis... yo te maldigo y te emplazo ante el tribunal de Dios dentro del término de un año!

Estas fueron sus últimas palabras.

Su rostro tomó el color de púrpura, sus ojos se inyectaron de sangre... ¡estaba extrangulada!

Al advertir que habia muerto, el verdugo la dejó rodar sobre el fangoso pavimento.

Al ruido que produjo su cuerpo al caer, se abrió silenciosamente la puerta del calabozo y dos hombres penetraron en él y se aproximaron para examinar el cadáver.

Ambos estaban horriblemente pálidos.

Eran Renato de Montesquieu y Guillermo de Plasian.

Luis el Hutin podia casarse desde aquel momento con Clemencia de Hungría; como se casó en efecto algunos dias más tarde, pero estas terribles palabras: *Luis... yo te maldigo y te emplazo ante el tribunal de Dios dentro del término de un año*, y el recuerdo de que su padre Felipe el Hermoso y el Papa Clemente V, tambien emplazados por el gran

maestre de los Templarios, murieron efectivamente en el curso de un año, agitó vivamente su espíritu sin que nada pudiese disipar la especie de terror que lo apresaba, espirando once meses y medio despues para dejar el trono y la corona á su hermano Felipe el Largo, como tendremos ocasion de demostrar más adelante.

CAPITULO VII.

De cómo el rey Luis el Hutin dá en el hotél de Nesle un espléndido baile de máscaras para festejar á su futura esposa.

En tanto que tenian lugar estas terribles escenas en el castillo de Gaillard, en la córte de París solo se pensaba en fiestas y en placeres.

La futura reina estaba complacidísima del recibimiento que la hicieran los franceses, y así se lo decia á cada instante á su inseparable amiga la condesa de Poitiers, y el jóven rey que demostraba hallarse cada dia más enamorado de ella, inventaba placeres tras placeres y hacia que las fiestas se sucediesen con maravillosa rapidéz.

Sabiendo lo muy aficionada que era la bella Clemencia á la danza, ordenó que á toda costa y sin pérdida de tiempo se reparasen los preciosos salones del hotél de Nesle, deteriorados muchos de ellos á causa del incendio que se propagó en el mencionado edificio la misma noche en que perecieron tan bárbaramente asesinados los tiernos hijos de la sin ventura Margarita de Borgoña, como tambien Blan-

ca–flor y Polioni, y dispuso que en ellos tuviese lugar un suntuoso baile de máscaras, fiesta que en aquella época empezaba á estar en voga en Francia, invitando para el objeto á la flor y nata de la nobleza del reino.

Sus órdenes se ejecutaron puntualmente.

Muchos de los que estaban en el secreto de lo acaecido en el hotél la víspera de la muerte de Felipe el Hermoso, censuraron al rey en voz baja por haber escojido aquel local para efectuar la fiesta.

Otros le aplaudieron con la mejor buena fé del mundo.

Clemencia que vivía ignorante de todo, porque nadie habia sido osado á revelarla los grandes secretos que más tarde descubrió sin desearlo, aplaudió tambien la idea de su futuro esposo, á quien pagó aquella galantería con una sonrisa encantadora que vino á aumentar la amorosa llama en que se abrasaba el corazon del aventurero monarca.

Llegó la noche fijada para el baile.

Luis el Hutin ignoraba todavía que era libre, y esta circunstancia le tenia de un mal humor insoportable, aunque trataba de disimularlo todo lo posible.

No es nuestro objeto describir la brillante fiesta que empezaba á inaugurarse bajo tan malos auspicios para el rey.

Solo diremos que el suntuoso decorado de los salones llenó desde luego la admiracion de los embajadores de Aragon, Castilla, Inglaterra, Granada y otros reinos cuyas córtes no eran ménos fastuosas que las de Francia, y que la riqueza de los disfraces, así de las damas, como de los nobles barones y caballeros, contrastaba de un modo lastimoso con la miseria en que gemía el buen pueblo de París.

Al penetrar en el salón principal la princesa Clemen–

cia asida del brazo de la princesa Juana, ambas ricamente disfrazadas de sultanas, fué saludada con una salva de aplausos entusiastas.

Orgulloso el rey por el triunfo que acababa de obtener la dama de sus pensamientos sobre todas las bellezas de la córte reunidas en el hotél aquella noche, atravesó el salon con más apresuramiento que magestad para salirla al encuentro y felicitarla, como así lo hizo con galantes frases.

La danza dió principio en aquel mismo instante.

Luis y Clemencia fueron los primeros que dieron el ejemplo.

Los segundos Juana y el conde de la Marche.

Terminado que hubo el primer baile, en el que se guardó el mayor órden, compostura y etiqueta á pesar de estar consagrada la noche á la confianza y al placer por disposicion del mismo Luis, empezó á reinar una alegría loca entre los concurrentes, y las delicadas bromas á que autoriza el antifáz, empezaron á cruzarse entre uno y otro sexo con gran contentamiento de Clemencia, quien á cada chiste que oia pronunciar en su derredor, lanzaba una infantil carcajada.

Luis el Hutin en otra ocasion hubiera gozado en extremo al verla reir de aquella suerte, pero en aquel momento solo podia hacerlo en la apariencia porque su pensamiento estaba fijo en otra parte.

En el castillo de Gaillard.

Mortificábale la idea de lo que pudiera haber ocurrido allí, y maldecia en su interior la tardanza de Plasian, quien sin embargo no tardaba en volver á la córte, atendiendo el poco tiempo que hacia que llevara á cabo la terrible mision que le alejára de ella.

Queriendo sin duda distraerse, y notando que no lo

podria conseguir en tanto que permaneciese con el rostro descubierto pues que ni sus más íntimos amigos,—si es que los reyes pueden tener amigos de confianza,—eran osados á darle una sola broma, púsose el antifáz, dejó á Clemencia al cuidado de la complaciente condesa de Poitiers que aquella noche estaba condenada á hacer el papel de dueña, y se lanzó en medio del gentío que poblaba los salones.

Pero ni aun así logró su objeto porque todos lo reconocian por el disfráz, y en donde quiera que se aproximaba cesanban al punto las bromas para hablarle con respeto.

Despechado de todas veras y sintiendo la cabeza enferma, huyó de aquel salon y se refugió en otro, yendo á ocultarse tras el tapiz de una ventana, cuyas maderas abrió para aspirar el puro ambiente de la noche.

Allí quiso su buena ó mala estrella que se le aproximase un máscara, un noble caballero abencerrage que desde luego llamó la atencion del rey, como llamára la de todos los que le habian visto desde que entrara en el hotél, por la profusion de perlas blancas y negras, diamantes, rubies y esmeraldas de que estaba cuajado su traje de seda de vistosísimos colores.

Fingiendo no reparar en la admiracion del monarca, el abencerrage colocó familiarmente una mano sobre su hombro y le dijo:

—¿Cómo tan solo, Luis?

El acento de aquella voz hizo extremecer al rey que quedó estático é imposibilitado para pronunciar una palabra.

El máscara prosiguió diciendo con el mismo desenfado:

—¿Cómo es que abandonas á tu futura esposa y á tus

amados súbditos? ¿Por qué huyes de la espiendente fiesta dispuesta por tí mismo en el palacio en que no ha mucho tuvo lugar el sangriento drama cuyo protagonista fuiste? ¿Es que te acosan y persiguen los remordimientos?

—¡Ira de Dios!—exclamó Luis con voz colérica y asiendo con fuerza al abencerrage por un brazo.—¿Sabes por ventura á quien hablando estás?

—Y tanto como lo sé.

—Lo dudo en vista de tu osadía.

—Haces mal en dudar.

—¿Quién soy?

—¿Quieres que te lo diga sin respeto ni consideracion á lo que representas en la tierra?

—Sí, sí.

—Eres el asesino de Blanca, de Polioni, de Margarita y sus hijos.

—¡Miserable!

—Tú eres el miserable, Luis.

—¡Villano mal nacido y traidor!...

—¡Quieto, rey, ó te despedazo entre mis manos!

—¿Osas al rey?

—Quieto, digo.

—¡Hola, mis leales caballeros!

—¡Siencio!—dijo el máscara colocando con rapidéz y fuerza una mano sobre los lábios del monarca para sofocar su voz que de nadie pudo ser escuchada.—Si de nuevo gritas, sino amoldas á mi acento el tuyo, te divido el corazon con esta daga y te envio á ser pasto de los peces que cobija el Sena.

—¡Ah! ¿Conque quieres asesinarme?

—Lejos de mí tan criminal idea.

—¿Qué intencion te guió, pues, al sorprenderme de la suerte que lo has hecho?

—La de decirte frente á frente verdades que ya te he dicho.

—Repítelas si te place, pero arráncate el antifáz.

—No debo obedecerte, rey.

—¿Temes que te conozca?

—Temo que caigas á mis plantas muerto de terror con solo ver mi rostro.

—No lo conseguirias.

—¿No?

—No.

—¡Tiemblas!

—Luis de Valois no tiembla ante los hombres.

—Pero temblará ante los muertos.

—¡Ah! ¡ah! ¿Y tú lo estás?

—Quién sabe.

—¡Pardiez! Linda broma me estás dando.

—¿A broma tomas mis palabras?

—A broma quiero tomarlas.

—¿Todas?

—Todas las que has cometido la osadía de pronunciar.

—Puede pesarte.

—No á tí, porque de esa suerte te libras de morir ahorcado mañana mismo en Montfaucon.

—Te repito, rey, que no me asustan tus amenazas.

—¿Crees que las tuyas me acobardan?

—Sí, porque temblar te veo.

—¡Vive Dios!

—¡Silencio, Luis!

—¡Oh¡ Esto ya es demasiado.

—Paciencia, rey, paciencia. Te decia que tiemblas, y el negármelo es inútil. ¿Y cómo no has de temblar si comprendes que estás en mi poder y puedo á mi capricho disponer de tu existencia como tú dispusiste de la de tantos

séres ménos inofensivos y completamente inocentes?

—¡Por Lucifer! Voy á darte una prueba de que no te temo.

—¿Cómo?

—Arrancándote el antifáz.

—Te permito que lo hagas.

Luis el Hutin arrancó con ímpetu el antifáz al máscara, pero en el mismo instante exhálo un ahogado grito de terror y de sorpresa.

A su grito contestó una histérica carcajada que acabó de helar la sangre en las venas del monarca.

En vez del semblante hermoso y varonil que sospechaba estar oculto tras de aquel trozo de seda negra que conservaba rugoso en su crispada diestra, descubrió con asombro á la pálida luz de la luna que penetraba por la ventana, el rostro horrible y desfigurado de un cadáver que parecía acababa de salir de la tumba despues de muchos meses de permanencia en ella.

Y aunque todo era artificio, segun pueden suponer nuestros lectores, la ilusion fué tan completa que el rey, presa de un supersticioso terror exclamó con voz sorda y en tanto que retrocedía hasta tropezar con los hombros en el muro que formaba el antepecho de la ventana:

—¡Polioni!

—¡Ah! ¿Por fin me has reconocido?

—Pero es imposible... los muertos no salen de sus tumbas sino por permision del cielo.

—¿Y quién te asegura que por permision del cielo yo no he salido de la mia?

—¡Imposible!... ¡Impcsible!

—¿Aun dudas?

—Todo eso es ficcion... mentira... tú no eres quien dices ser.

—Soy Polioni que abandona momentáneamente su lecho mortuorio para echarte en rostro la profanacion horrenda que cometes turbando con los ruidos de un sarao la paz que reinaba en este alcázar que tú trocaste una noche en cementerio con el puñal del asesino.

—¡Basta!

—Soy Polioni que viene á pedirte cuentas del pasado.

—Solo á Dios debo darlas.

—Y á los hombres que aun viven para vengar los manes de tus víctimas.

—¡Ah señor farsante! Ahora descubro tu artificio. A favor de un antifáz que tan bien imita el rostro de un cadáver quieres infundir espanto en mi ánimo, pero si lo has conseguido en el primer momento, te advierto que no lo conseguirás en adelante. Tus últimas palabras confirman las sospechas que abrigaba desde el instante en que ante mí apareciste y me hacen reconocer al hombre que se oculta bajo tan rico disfraz.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Pues quién crees que soy?

—Buridan.

—¡Já, já, já, já! ¿Yo Buridan? Estás loco, rey de Francia.

—El maldito aventurero que fingió morir para librarse del justo castigo á que se hizo acreedor por sus enormes crímenes.

—¿Conque tampoco crees en su muerte?

—Ménos que en la resurreccion de Polioni.

—¡Impío!

—¡Basta de farsa, aventurero temerario!

—Creerás al fin mal que te pese.

—Si eres en efecto Buridan como sospecho, descúbrete

sin temor, impetra mi perdon y te lo concederé magnánimo.

—¿Osas imponerme condiciones estando en mi poder?

—¿Que tal pretendas, menguado, hallándome á dos pasos de mis súbditos?

—Alza la voz y te probaré que sí.

—¡Infame!

—Haz el más leve movimiento para escapar y me convierto en asesino como tú te convertiste hace seis meses.

—¡Miserable! ¿De qué crímenes acusas al rey de Francia?

—¡Oh! Ya te lo he dicho muchas veces.

—¡Acusacion odiosa... suposicion sacrílega!

—¿Hablas de sacrilegio y cometiéndolo estás esta noche profanando la mansion de los muertos que tú hiciste para llevar á cabo una bárbara venganza?

—¡Oh, basta, basta!

—¿Te aterran mis verdades?

—Seas quien seas acaba de decir la intencion que aquí te trae.

—¿No la adivinas?

—¿Deseas vengar los manes de tus deudos?

—Ha medio año que ese deseo es mi único alimento.

—¿Deseas beber mi sangre real?

—Sí, pero no es tiempo de beberla todavía.

—¡Ah!

—He jurado sobre tí una venganza horrible, grandiosa y que dejará recuerdos en la historia de esta nacion infeliz aherrojada al yugo de la raza maldita de los Valois, y la he de llevar á cabo tan pronto como la ocasion se me presente propicia.

—Cuidado que tarde mucho en presentarse.

—Tú mismo has de presentármela.

—¿Tal esperanza abrigas?

—Sí, Luis.

—¿Y la abrigas tambien de poder escapar con vida de este hotél?

—Si muerto estoy, ¿cómo he de escapar con vida?

—Me encanta ese juego de palabras. Tienes razon, muerto estás, tan muerto que no abrigo el temor de que otra vez abandones la tumba para venir á insultarme.

—¿Tal crees?

—Tal creo.

—Enhorabuena. Acepto esa especie de reto que á la muerte lanzas.

—Tambien acepto el tuyo.

—Cuenta que las hostilidades van á romperse en breve por mi parte.

—Sospecho que ya están rotas cuando con tal osadía hablas y tratas á tu rey.

—Mi rey está en el cielo.

—¿Te empeñas en pasar por un espectro?

—Que espectro soy te probaré ahora mismo.

—¿Cómo?

—Burlando tus inocentes proyectos.

—¿Adivinas lo que intento?

—Sí: intentas prenderme tan pronto como este puñal se desvie de tu pecho.

—Cierto es.

—¡Pobre rey!

—¡Infeliz temerario!

—Veremos quién vence á quién.

—Veremos.

—Adios, Luis de Valois.

—Adios, conde de Alenzon, adios.

El abencerrage en tanto que se sonreia siniestramente

al oirse llamar conde de Alenzon con tan marcada ironía, arrancó de las manos del rey el antifáz de seda negra, colocóselo sobre su rostro tan maravillosamente pintado y se alejó del hueco de la ventana para confundirse entre los nobles convidados de ambos sexos que poblaban el salon.

Entonces Luis el Hutin descorrió con temblorosa mano los cortinajes que lo ocultaban y exclamó con sofocada voz:

—¡A ese!... ¡á ese!... ¡Prendedlo!

Pero ya era tarde para ejecutar sus órdenes.

Como al indicar con la mano al abencerrage indicára al mismo tiempo á otros muchos máscaras entre los cuales se hallaba confundido, reinó un pánico terrible en el primer momento, pues todos se creian designados como reos.

Cuando la calma se hubo restablecido despues de explicarse el rey, cien oficiosos caballeros corrieron en todas direcciones en busca del culpable, pero este habia ya desaparecido del hotél como por encanto.

CAPITULO VIII.

Principio de las hostilidades.

Como Luis el Hutin guardó un profundo silencio respecto á las causas que le movieran á dictar la órden de prision contra el misterioso máscara que tanto habia llamado la atencion en los salones por la riqueza de su traje árabe, la curiosidad, como era consiguiente, se exasperó de un modo terrible en los primeros momentos, pero al fin se fué calmando poco á poco, y media hora despues ya nadie se acordaba del suceso.

Nadie, empero, es mucho decir.

Acordábase el rey con insistencia tenaz, y cuantos esfuerzos hacía para darlo al olvido eran vanos.

En medio de la alegría loca que en su derredor reinaba, todavía creia escuchar distintas estas fatídicas palabras:

—He jurado sobre tí una venganza horrible, grandiosa y que dejará recuerdos en la historia de esta nacion infe-

liz aherrojada al yugo de la raza maldita de los Valois, y la he de llevar á cabo tan pronto como la ocasion se me presente propicia.

¿Qué clase de venganza proyectaba aquel hombre extraordinario, que ya no dudaba fuese Buridan, su mortal y encarnizado enemigo?

No podia ni sospecharlo siquiera, y esta incertidumbre, su repentina aparicion cuando lo creia muerto, su misteriosa fuga y la tardanza de Plasian llegaron á impresionarle tanto, que á no temer disgustar á la princesa Clemencia hubiera desde luego interrumpido la fiesta retirándose al Louvre en busca de reposo y soledad.

Al fin un paje vino á distraerle pronunciando á su oido dos ó tres palabras.

Al escucharlas, Luis abandonó el salon donde se encontraba con una precipitacion que no dejó de sorprender á cuantos lo observaron.

En aquel instante en el salon principal daba principio otra danza.

Clemencia bailaba con su futuro cuñado el conde de la Marche.

El de Poitiers con una bella dama de la primera nobleza.

Don Tirso Mendez de Lara, embajador del rey de Castilla don Alfonso XI, avanzaba ufano para impetrar de la princesa Juana la honra de bailar con ella, cuando se interpuso un máscara que por el disfráz todos creyeron fuese el rey de Francia y se retiró despues de saludar respetuosamente.

La misma equivocacion debió sufrir la condesa de Poitiers, pues que le dijo en tono de cariñosa reprension:

—¿Cómo habeis tardado tanto, Monseñor? Madama Clemencia se encuentra desconsolada.

—No soy el rey, señora,—contestó el máscara al oido de la dama.

—¡Ah! ¡No sois el rey!

—Me habeis sin duda equivocado por el traje.

—Perdonad.

—Yo os suplico que me otorgueis tal gracia.

—Concedida la teneis aunque el perdon no habeis menester, señor.

—Mil y mil gracias, bellísima señora.

—Pero en cambio...

—¿Qué deseais?

—¿Me otorgareis lo que os pida?

—Pronto estoy á complaceros.

—Voy á poneros á prueba.

—Lo anhelo.

—Decidme en secreto vuestro nombre.

—¡Ah! ¡Mi nombre!

—No temais que lo revele en tanto que tengais puesto el antifáz.

—Tales temores no abrigo tratándose de una dama tan discreta.

—¡Oh!

—Pero...

—¿Qué?

—Complaceros no puedo.

—¿No podeis? ¡Es estraño!

—Harto lo siento, siquiera sea por egòismo.

—Explicaos.

—Me proguntais por mi nombre y yo de nombre carezco.

—¡Cómo!

—Uno tenia, pero los hombres lo han borrado de la lista de los vivos.

—¿Os quereis burlar?

—Lejos de mí esa idea.

—Olvidaba que es noche de mascarada. Adelante, adelante, pues la broma es original como ninguna. Deciais que os han borrado el nombre...

—De la lista de los vivos.

—¿Luego vos no lo estais?

—Así parece.

—Estais muerto...

—Hace seis meses.

—Y salís de la tumba para venir á un baile... Já, já, já, já.

—¿Os reis, señora?

—Perdonad, señor muerto, pero me haceis tan feliz con vuestras ocurrencias.

—Mucho me place. ¡Habeis sido tan desgraciada hasta hace pocos dias!

—¡Oh! Eso ya es hablar en sério.

—¿Y os disgusta?

—Prefiero una conversacion jovial.

—Entablémosla.

—¿No me revelareis el nombre por el cual érais conocido en este mundo ingrato al cual volveis por pasatiempo sin duda?

—Sí, pero temo...

—¿Qué temeis?

—Temo que os extremezcais al escucharlo.

—¿Tan terribles recuerdos ha dejado?

—Así dicen los medrosos.

—¿Lo oí pronunciar alguna vez cuando os pertenecia?

—Muchas.

—¿Os llegué á conocer?

—Sí.

—¿A tratar?

—Tambien.

—¿Erais mi amigo?

—Y muy leal.

—¿De veras?

—No os engaño.

—Decidme el nombre... os lo suplico.

—Me llamaba...

—¿Cómo?... ¿Cómo?

—Buridan.

—¡Cielos!

—¡Silencio por Dios, señora!

—Ese acento...

—Dejo de fingir la voz.

—Ese acento...

—Es el del amigo leal y cariñoso que comprásteis un dia á precio de lágrimas de arrepentimiento.

—¡Buridan!...

—El mismo soy.

—¿Con que vivís?

—La farsa es terminada. Vivo, madama para amar y aborrecer.

—¿Y vuestro hermano?

—Tambien vive.

—¿Dónde está?

—En el baile.

—¿Y á qué venís aquí, cuitados?

—A preparar nuestra comun venganza.

—¡Cielos!

—¿No la habeis deseado alguna vez?

—¡Dios mio!

—¿No creeis justos los deseos que nos animan?

—¡Oh, sí! Muy justos.

—Gracias, gracias por esa confesion.

—¡Desdichado amigo mio!

—Mis hijos, mi esposa, mi amigo, piden sangre desde el fondo de sus tumbas.

—¿Y vais á derramarla?

—Para acallar sus manes.

—¿Esta noche?

—No es tiempo todavía.

—¿Qué intentais?

—Decíroslo no puedo en este instante. Nos veremos sin testigos, y...

—¿Dónde?

—Donde nos vimos otra vez tan misteriosamente.

—¿En la torre?

—Sí. Dejad abierta la puerta del oratorio y esperad tranquila.

—¡Ah! ¡El oratorio! ¿Permaneceis todavía oculto en los subterráneos?

—No hallo otro asilo más seguro.

—¡Por Dios, Buridan amigo! no cometais una imprudencia.

—¿Qué temeis?

—Que os descubran.

—Y que os comprometa, ¿verdad?

—¡Oh!

—Tranquilizaos, cariñosa amiga. No ignoro que conquistado habeis de nuevo en fuerza de constancia el corazon de vuestro esposo, y...

—¡Ah! ¿Sabeis...

—Que hoy por hoy sois muy feliz, madama.

—Es verdad; lo soy.

—¡Plegue al cielo que lo seais eternamente.

—Gracias... gracias.

—Creo prudente separarnos.

—Un momento todavía.

—Observo que me hace señas de inteligencia...

—¿Quién?

—Aquel caballero castellano que ostenta en su blanco manto la roja cruz de Santiago?

—¿Os conoce?

—Es Sataniel.

—¡Ah!

—Tal vez me advierte la aproximacion de un peligro.

—Pues huid, huid antes que seais reconocidos, pero decidme antes qué sabeis de la infeliz Margarita.

—¡Margarita!

—¿Qué sabeis de ella?

—¿De veras ignorais lo que acontece?

—Yo solo sé lo que decirme quieren.

—¿Qué os han dicho?

—Primero que murió víctima de una enfermedad lenta y penosa.

—Fuísteis engañada, señora.

—Ya lo sé. Luego añadieron que existia, y...

—¿Y que estaba sentenciada á muerte?

—Todo lo contrario: que su esposo la perdonaba, si bien debia permanecer eternamente encerrada en el castillo de Gaillard.

—¿Y lo creísteis?

—Abrigué mis dudas.

—Pero hoy ya no podreis dudar respecto á la triste suerte que habrá corrido la cuitada sabiendo que de un momento á otro Clemencia de Hungría debe ser reina de Francia.

—Me han asegurado que para serlo solo se espera el

consentimiento de Su Santidad. La cuestion del divorcio debe haberse terminado.

—¿Terminar y aun no empezó?

—¡Cómo!

—Señora, habeis sido cruelmente engañada, no sé por qué razon. Vuestro real cuñado no ha soñado siquiera con la cuestion de divorcio, porque divorciándose ni se vengaba de Margarita como se ha vengado de Buridan, ni podia allegar entero el dote de Clemencia, que es á lo que aspira.

—Pero...

—Para romper los lazos que le impedian unirse á esa princesa extranjera, proyectó otra cosa.

—Explicaos por Dios.

—¿No teneis noticia del repentino viaje emprendido por el caballero Guillermo de Plasian no ha muchos dias?

—Sí.

—¿Sabeis á dónde fué?

—No.

—A Gaillard.

—¿Y bien?

—Era portador de la sentencia de muerte de vuestra pobre prima.

—¡Cielos!

—Sentencia que ya se habrá ejecutado.

—¡Dios mio!

—El rey espera con impaciencia la vuelta de Plasian para consagrarse en Reims con la nueva reina.

—¡Oh qué horror!

—Serenidad, señora. Colocaos el antifáz para ocultar mejor las terribles emociones que indudablemente agitan vuestro espíritu en este momento, y fingid seguir creyendo lo que os dicen.

—Buridan... mis fuerzas desfallecen.

—Valor, madama.

—¡Desdichada... desdichada Margarita!

—¡Silencio! No alceis tanto la voz. Nos observan... empiezo sin duda á infundir sospechas entre estos cortesanos que me estarán maldiciendo porque les privo del placer y la honra de bailar con vos.

—¡Bailar!

—Fuerza es que baileis, amiga mia, si disimular quereis la profunda emocion que os apresa en este instante.

—¡Ah!

—Y adios, adios, señora.

—No tardeis por Jesus en cumplir vuestra palabra.

—La cumpliré muy pronto.

Dicho esto, Buridan se inclinó respetuosamente, y se confundió entre los cortesanos que á la sazon no bailaban.

Apenas se habia alejado cuatro pasos, don Tello Mendez de Lara que acechaba sin duda la ocasion, se aproximó á la condesa de Poitiers que siguiendo el consejo de su amigo se habia colocado el antifáz para ocultar sus emociones, la invitó galantemente para la danza y la princesa accedió automáticamente, obedeciendo tambien á Buridan.

Este al separarse de Juana se aproximó con disimulo al caballero de Santiago que le esperaba en un apartado estremo del salon, y le dijo:

—¿Qué hay, hermano?

—¡Oh, cuánto has tardado!—contestó Sataniel con acento de dulce reconvencion.

—Ya reparé en tus señas de inteligencia, pero madama...

—¿Te has descubierto á ella?

—Sí.

—¡Imprudente!

—Nada temas. Juana es nuestra mejor amiga y confidenta.

—Quiera el cielo...

—¿Pero qué ocurre?

—El rey...

—¿Dónde está el infame?

—Conversando en un apartado gabinete con Guillermo de Plasian.

—¿Plasian ha vuelto ya?

—Hace un cuarto de hora que llegó al hotél.

—¿Pudiste oir...

—Lo preciso.

—¿Y bien?

—La sentencia fué ejecutada en Gaillard.

—¡Oh! ¡Pobre Margarita!

—La infeliz murió extrangulada por mano del verdugo.

—¡Extrangulada!

—Así asegura Plasian.

—¡Horror! ¡Infames y despiadados asesinos!

—No es tiempo de lamentarnos, Juan.

—Pero es tiempo de dar principio á nuestra comun venganza.

—Eso sí. Y mira... la ocasion es propicia: la paloma húngara acaba de abandonar la danza y ninguno de los príncipes la acompaña.

—¡Bien!

—Aprovecha el tiempo y al subterráneo con ella.

—No olvides nada de lo que tenemos acordado. En tanto que yo, fingiéndome el rey, consigo sacarla del salon bajo cualquier pretesto, corre á la cámara que habitó nuestro malogrado Polioni, abre la puerta que dá paso á la escalera secreta que comunica con los subterráneos de la torre, y...

—En la torre os esperaré.

—No; en la cámara de Polioni y con el acero desnudo. ¿Quién sabe lo que ocurrir puede?

—Tienes razon.

—Pronto, pronto.

Sataniel abandonó el salon principal sin que nadie lo advirtiese.

Entonces Buridan se aproximó á Clemencia que se extremeció de alegría al divisarlo, conversó con ella en voz baja un breve instante y luego ambos desaparecieron tambien del salon graciosamente asidos del brazo.

De este atrevido hecho solo fueron testigos cuatro nobles que galanteaban respetuosamente á la engañada Clemencia cuando se aproximó al grupo el fingido rey, los cuales se llenaron de verdadero asombro cuando tres ó cuatro minutos despues vieron llegar á Luis el Hutin con el semblante descubierto en el que irradiaba una extrema alegría, buscando con la mirada una persona á quien no podia descubrir por parte alguna.

El de más edad de aquellos cuatro caballeros se atrevió entonces á preguntarle:

—¿A quién buscais, Monseñor?

—A nuestra futura reina,—contestó Luis afectuosamente.—¿Sabeis si baila en este instante?

—Señor, si acaba de salir.

—¿Del salon?

—Sí, alteza.

—¿Se ha trasladado al otro?

—Se ha trasladado sin duda á las cámaras interiores.

—¿Enferma?

—Suponemos que no.

—¿La acompaña nuestra bella hermana?

—Madama Juana danza en este instante con el embajador de Castilla.

—¿Pues con quién salió la reina?

—Con un máscara que viste un disfráz idéntico al de vuestra gracia.

—¡Cielos!—exclamó Luis el Hutin con espanto porque á su mente afluyó de súbito el recuerdo de Buridan.—Con un máscara que viste un disfráz idéntico al mio...

—Tan idéntico que todos, inclusa madama la princesa, lo equivocamos con V. A.

—¡Ira de Dios! ¿Luego ignorais quién es el hombre que se oculta bajo aquel disfráz?

—Lo ignoramos, señor.

—¿Por qué puerta salieron?

—Por esta más inmediata.

—¿Hace mucho?

—Hace un instante.

—Seguidme, seguidme los cuatro con disimulo para que nadie se aperciba.

Los caballeros obedecieron sin adivinar lo que iba á suceder, y Luis el Hutin al verse libre de testigos importunos, desnudó el acero, dió rienda suelta á su furor profiriendo sordas y terribles amenazas que no pudieron comprender los nobles que le seguian tambien con las espadas desnudas, y corrió como un demente pasando de una á otra cámara sin hallar lo que buscaba.

Al fin despues de algunos minutos de infructuosas pesquisas, escucharon lejana una angustiada voz que gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Es ella!—exclamó el rey.

—Sí... es el acento de madama.

—Y pide auxilio...

—¡Maldicion sobre el infame!

—¡Favor!... ¡Socorro! ¡Luis!....—seguia gritando la misma voz aunque con ménos fuerza.

—¡Oh rabia!

—¡Corramos!... ¡Corramos!

Atravesaron tres ó cuatro cámaras más y al fin se detuvieron ante una puerta cerrada tras de la cual se escuchaba el sordo rumor de una violenta lucha y la voz suplicante de la princesa de Hungría.

Meter en la cerradura la punta de su daga y abrir la puerta fué para uno de los caballeros obra de dos segundos.

Entonces los cinco se precipitaron en tropel en la cámara donde seis meses antes habia sido bárbaramente asesinado el jóven duque de Lyon y muerto de dolor sobre su cadáver la tiernísima Leonor de Valois.

Ya era tiempo.

La primera parte de la venganza de Buridan estaba á punto de ejecutarse á pesar de la heróica resistencia de Clemencia que casi exánime y arrastrándose por el pavimento se aferraba á cuantos muebles tropezaba al paso para impedir que la llevasen en brazos los dos enmascarados que la rodeaban.

Al reconocer al rey lanzó un grito de alegría y perdió el conocimiento.

Buridan y Sataniel lanzaron otro de furor al verse sorprendidos, y como les era imposible huir por la escalera secreta á causa de haberles cerrado el paso sin sospecharlo siquiera dos de los cuatro caballeros que acompañaban al rey, desnudaron las espadas con la velocidad del rayo y acometieron á los cinco con ímpetu salvaje.

—¡En nombre del rey!—gritó uno de los nobles sin abandonar la lucha.



—Matadlo, caballeros, y habreis prestado al rey el mayor y mejor de los servicios.

—¿Qué se nos exige en nombre de ese tirano?—dijo Buridan con el mayor desprecio al propio tiempo que buscaba con afan el pecho del monarca, que siempre hallaba á cubierto de sus terribles estocadas.

—¿Tirano me llamas, miserable?

—Y delante de tus despreciables esclavos, por si ignoran que lo eres.

—¡Ira de Dios!

—¡Villano!

—¿A quién llama esclavos este infame?

—A vosotros, instrumentos viles del más vil de los tiranos.

—¡Mil rayos te confundan!

—Gracias, príncipe.

—Cerrad la boca de esa sierpe con una buena estocada.

—Ni buena ni mala pueden dármela, en tanto que yo... ¡Pobres disfraces y en qué estado tan deplorable os dejo para tornar al baile!

—¿Cinco contra dos y ese hombre vive?

—Y viviré hasta que lleve á cabo la venganza que te he jurado esta noche, asesino de mis hijos y verdugo cruel de Margarita de Borgoña.

—¡Diez años de reinado por tenerte en mi poder!

—Já, já, já, já.

—¡Matadlo, caballeros, y habreis prestado al rey el mayor y mejor de los servicios.

Buridan contestó con otra carcajada y de esprofeso, como tambien el silencioso Sataniel que se vatia como un héroe, retrocedió algunos pasos con direccion á la ventana de la cámara cuyas maderas permanecian abiertas.

El rey no podia adivinar, ni sospechar siquiera, la intencion que impulsaba á sus enemigos al ceder tantos pal-

mos de terreno, y su alegría fué extrema por creerlos ya medio vencidos.

Los cuatro nobles luchaban como bravos adalides, pero en vano.

Las puntas de sus aceros no habian tocado todavía el cuerpo de aquellos hombres de hierro que combatian jugando, en tanto que las de estos despedazaban sus disfraces y arañaban su piel de un modo cruel y despiadado.

Buridan y Sataniel proseguian retrocediendo con meditada táctica.

Los insultos que el primero dirigía al rey no habian cesado un solo instante.

—Vedlos casi vencidos,—exclamó Luis el Hutin con acento desesperado.—¿Qué dudais, caballeros? Arremeted de frente.

—Arremeted, arremeted, bohemios, que vuestro señor lo ordena, pero cuidado con la piel porque el camino es espinoso.

La desesperacion del rey rayaba en la demencia.

Veinte veces habia dejado su pecho en descubierto, pero otras veinte se salvó de una muerte cierta gracias á la generosidad de sus enemigos ó á que en sus planes de venganza no entraba la instantánea muerte del monarca.

La lucha se prolongaba demasiado y la fatiga de los combatientes era extrema.

Al fin ambos hermanos se hallaron dando la espalda al antepecho de la ventana que no era muy alto por fortuna.

Entonces Buridan exclamó dirigiendo la palabra por última vez al rey:

—Odioso Valois, no olvides lo que esta misma noche te ha dicho un abencerrage en el sarao. Los manes de los que aquí murieron por tu causa, serán vengados del modo

más terrible é inesperado. Tú me has herido en las afecciones más tiernas del corazon... yo debo herirte primero en el orgullo de rey y de esposo y luego exterminarte. ¡Guárdate!... ¡Guárdala!

—¡Abajo!—gritó despues con voz potente.

A esta palabra, que parecia encerrar un mandato, Sataniel desapareció por la ventana con la rapidéz del relámpago, siguiéndole en breve Buridan.

Un grito de admiracion lanzaron á la par el rey y sus cuatro caballeros.

Luego se dejó escuchar el sordo zumbido que producen las aguas cuando cae sobre su mansa superficie un objeto pesado.

CAPITULO IX.

La paloma de Hungría y el gavilan de Borgoña.

—¡Se han fugado!—exclamaron con acento de desesperacion los cuatro caballeros cuando lograron salir de su primera sorpresa.

—Pronto, pronto,—dijo con voz de autoridad Luis el Hutin cuyo asombro no era menor que el de sus nobles:—corred á dar las órdenes oportunas para que se registre el Sena y la ribera antes que los infames puedan internarse en la ciudad. Traédmelos vivos ó muertos y os colmaré de dones.

Los caballeros iban á obedecer presurosos, cuando el rey los detuvo de nuevo diciendo:

—Un momento todavía. Antes de abandonar esta cámara, jurad por vuestra fé de cristianos no revelar á nadie lo que ha pasado en ella.

—¡Juramos!—exclamaron en coro los nobles.

—Gracias, señores, gracias. Ahora corred en busca de

esos villanos mal nacidos y no descanseis hasta encontrarlos. Avisad tambien á la condesa de Poitiers para que con recato y disimulo abandone el sarao y se traslade á este aposento en busca de madama la princesa, á cuyo cuidado quedo en tanto. Id.

Obedecieron los nobles caballeros.

Al quedar solo, el jóven monarca corrió en auxilio de su futura esposa que seguía desmayada en medio de la estancia, la tomó en su brazos blandamente estremeciéndose de placer, la depositó en un blando divan, sentóse luego á su lado y puso en juego cuantos medios estaban á su alcance para hacer que en sí volviese, como al fin lo consiguió despues de dos ó tres minutos.

Al despertar de su letárgico sueño, Clemencia tendió en derredor de sí una mirada de espanto, y cuando sus ojos tropezaron con la mirada del monarca, en cuyo semblante se hallaba retratada la angustia y la ansiedad, exhaló un penetrante grito, se refugió en sus brazos temblorosa y exclamó con suplicante acento:

—¡Salvadme, Luis... salvadme!

—En salvo estais, Clemencia mia,—la dijo el Hutin con amoroso acento y extrechando suavemente contra su robusto pecho el pecho tierno y delicado de la bellísima dama, por la cual empezaba á esperimentar una pasion sin límites.

—¿Será verdad? ¿Cesó el peligro? ¿Huyeron los malvados?

—Huyeron, sí.

—¡Oh, gracias por haber llegado tan á tiempo, mi señor y esposo.

—Huyeron los cobardes esquivando el castigo que iba á imponerles mi espada, pero serán muy pronto habidos y espiarán en Montfaucon su odioso crímen.

—¡Oh Dios mio!

—¿Qué intentaron hacer con vos los miserables?

—No lo sé: solo recuerdo que obligarme querian á que les siguiese fuera del hotél.

—¿Os dijeron adónde?

—No.

—¿Cómo pudísteis caer en tan infame lazo?

—¡Ah buen Dios! Fuí engañada cruelmente. El más osado de los dos, el que vestía un disfráz en todo semejante al vuestro...

—Fingióse el rey.

—Y me suplicó en el salon del baile que le siguiese á la inmediata cámara donde debia revelarme un importante secreto.

—¡Ah! ¡ah!

—Como creia hablar con vos, cedí á su súplica, abandoné el sarao, pasamos á otra estancia, luego á otra y otras y por fin llegamos á esta donde nos esperaba el segundo enmascarado. Entonces empecé á sospechar de aquellos hombres, y como la casualidad hizo que cayese el antifáz del primero dejando su rostro en descubierto...

—No prosigais, bella Clemencia.

—¡Ah señor!

—Tranquilizaos y no dudeis que su osadía será castigada pronto y de un modo severo.

—No os pido venganza, pero sí proteccion. Dios mio... ¿qué mal hice yo en tan pocos dias para tener ya enemigos en un país que siempre me han pintado como cuna de la hidalguía y caballerosidad?

—Ningun mal habeis podido causar, purísima Clemencia, y por lo tanto solo amigos y servidores leales teneis y tendreis siempre en vuestra nueva pátria.

—¿Y esos hombres?

—No es á vos á quien aborrecen.

—¿Pues á quién?

—Al rey.

—¡Ah!

—Fuerza es confesarlo. Tengo dos enemigos implacables, temerarios y poderosos pues que parece los protege el averno cuando aun no he logrado destruirlos. Me odian por causas que os revelaré algun dia; han jurado venganza horrible...

—¿Y en mí quisieron tomarla?

—¡Triste verdad!

—¡Dios mio!

—Pero tranquilizaos: en adelante...

—¡Ah señor! Ya no me consideraré segura en parte alguna.

—Lo estareis en todas partes cuando seais reina de Francia.

—Pero en tanto...

—Nada temais, repito.

—¡Oh!

—Solo me resta suplicaros...

—¿Qué, Monseñor?

—Un profundo secreto sobre lo que acaba de pasar aquí.

—Encerrado quedará en mi pecho por una eternidad.

—Gracias, madama, gracias. Ahora si gustais volver podemos al salon de baile antes que se note vuestra ausencia, y aun la mia.

—¿Volver al sarao? ¡No por Dios! Me siento algo indispuesta y mi indisposicion pudiera interpretarse...

—¿Qué deseais?

—Vuestra vénia para retirarme de la fiesta en busca de reposo.

—¿Mi vénia? ¿No sois la soberana y yo el esclavo?

—Monseñor...

—Ese título pronunciado por vuestros divinos lábios, me entristece, Clemencia.

—Luis... mi dulce esposo...

—Ese, ese ambiciono y al escucharlo me deleito.

—¡Ah!

—¿No os sucede á vos lo mismo? ¿No esperimentais un dulcísimo deleite...

—¡Buen Dios!

—Decidme que me amais con igual pasion que os ama vuestro esclavo.

—Mentiria.

—¡Cómo!

—Sí, porque os amo con más pasion aun.

—¿Será verdad?

—¿Y lo dudais? ¡Cruel!

—Clemencia idolatrada...

—Basta, basta.

—¡No por Jesús!

—Debemos separarnos.

—Un momento todavía... otra palabra tan dulce y enloquecedora como las que acabais de pronunciar... una prueba de esa pasion que me pintais... una tan sola que baste á calmar el amoroso fuego en que se abrasa mi corazon esclavizado.

—¿Qué me exigís?

—Un poco de piedad.

—¿Quereis hacerme caer en un peligro cuando me acabais de salvar de otro inminente?

—Clemencia...

—Basta, Luis mio.

—Si vuestro soy... ¿por qué dudais?

—¡Oh!

—¿Quereis matarme?

—Daros la vida quiero, cruel.

Y al decir esto, Clemencia se alzó del divan resueltamente, imitóla el rey, por un momento sus hechiceras cabezas quedaron confundidas, chocáronse sus lábios y el eco de un beso ardiente y apasionado resonó en el artesonado de la cámara.

Luego se separon asustados como si acabasen de cometer un crímen.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta la condesa de Poitiers.

Su palidéz y temblor eran estremos.

Clemencia al verla corrió á su encuentro y se arrojó en sus brazos como pudiera haberlo hecho en los de una hermana cariñosa y tierna.

—¿Qué ocurre, Dios de bondad,—exclamó Juana en tanto que correspondia dulcemente á las caricias de la futura reina;—qué ocurre que el conde de Beaufort, cuya palidéz y turbacion eran estremas al penetrar en el salon de baile, me suplicó viniese en vuestro auxilio y se alejó despues precipitadamente?

—Tranquilizaos, madama.

—No podré en tanto...

—La bella princesa al revelarla yo ciertos secretos de Estado, que era preciso conociese antes de asentarse en el trono, se afectó tanto que perdió el conocimiento.

—¡Cielos!

—Más vedla ya, merced á la permision de Dios, en disposicion de volver á la torre para entregarse al reposo.

—¡Ah! ¿Quereis abandonar el sarao, madama?

—Sí, sí, mi dulce amiga. Volvamos á la torre.

—Volvamos, pues, sin pérdida de tiempo.

Ambas princesas se despidieron del monarca, y este dijo rápidamente al oido de Juana:

—Buridan vive sediento de venganza. Cuidad de la honra de Clemencia y mi reconocimiento será eterno.

La condesa palideció más y más al escuchar estas palabras porque ellas le revelaron cuanto habia pasado momentos antes en aquella cámara sombría donde tuvieron lugar escenas tan terribles en tiempos no lejanos.

Buridan, aunque sin éxito al parecer, habia ya dado principio á su venganza.

La esposa de Felipe el Largo quiso replicar en el mismo tono que él empleara á su real cuñado, pero Luis se lo impidió con una seña.

Un cuarto de hora despues las jóvenes princesas se hallaban en la torre de Nesle, y los alegres convidados á tan espléndido baile se retiraban del hotél haciendo comentarios diversos y formando temerarios juicios sobre la repentina enfermedad de la futura reina.

Tambien Luis el Hutin se retiró al Louvre seguido de una brillante comitiva, pero en un estado de ansiedad terrible porque hasta aquel momento habian sido inútiles cuantas pesquisas se hicieron para hallar á sus encarnizados enemigos. . . . .

. . . .

A las altas horas de la noche, y cuando todos al parecer dormian en la torre, la puerta secreta del oratorio de la condesa de Poitiers se abrió sigilosamente y un hombre embozado hasta los ojos apareció en su dintel.

Era Buridan.

¿Qué buscaba aquel hombre infatigable á tales horas y en semejantes sitios?

Pronto vamos á saberlo.

Animado por el silencio profundo que reinaba en su derredor, pasó adelante, dejó abierta la puerta secreta que le diera entrada para tener pronta la retirada en caso necesario, salió sin tropezar del oratorio como si tuviera el don de ver en las tinieblas, atravesó con la misma seguridad muchas cámaras deshabitadas y al fin se halló dentro de un suntuoso dormitorio cuyas puertas cerró sin producir el más leve ruido.

Luego avanzó algunos pasos y tropezó con los pesados cortinages de un lecho.

¿Quién descansaba en él?

¿La princesa Juana de Borgoña?

Buridan descorrió suavemente las cortinas, sacó una linterna que oculta llevaba bajo los pliegues de la capa y aplicó los rayos de su luz al rostro de la persona que dormia confiada y bien agena á tan extraña visita.

Era Clemencia.

Tan profundo era el sueño de la bellísima hija de Cárlos Martel de Hungría, que no bastaron para disiparlo, ó interrumpirlo al menos, los rayos de luz que hirieron sus párpados tan brusca y súbitamente.

Una dulcísima sonrisa contraia á la sazon del modo más encantador sus rojos y hechiceros lábios.

¿Soñaba la princesa?

¿Soñaba por ventura que se hallaba en brazos de su régio esposo que la pedia lleno de emocion dulcísima la primera prueba de su virginal amor?

Sin duda, porque Clemencia sin dejar de sonreir plegó los lábios y lanzó al espacio un beso tan casto y puro como su alma angelical.

Buridan entonces sonrió siniestramente; dejó con suma calma la linterna sobre la mesa de noche y la capa sobre un taburete; desnudó el puñal de acerada punta que pen-

dia de su cinto cuajado de preciosas piedras y colocó despues la siniestra mano sobre el seno de la jóven.

A tan brusca presion despertó de súbito y un grito ahogado dejaron escapar sus lábios.

—¡Silencio!—la dijo Buridan con voz sorda y blandiendo el arma fatal sobre su tierno pecho.—Silencio, futura reina de Francia ó eres muerta antes que puedas ceñir la diadema que antes que tú ciñó Margarita de Borgoña.

—¡Dios mio! ¿Qué significa esto?—murmuró la cuitada niña con desfallecido acento y sin osar moverse ni aun para ocultar con las ropas del lecho la desnudéz de sus hombros y seno de una nítida blancura.

—¿No lo adivinas?—preguntó Buridan con calma glacial.

—Esa voz...

—¿Crees haberla escuchado alguna vez?

—Ese rostro...

—¿Lo has visto antes de ahora?

—¡Oh Dios de misericordia! Todo lo adivino.

—Que me place.

—Vos sois el que esta noche en el hotél...

—El mismo, bellísima princesa.

—¿Por qué me perseguís con tal encarnizamiento?

—Porque os ódio.

—¡Me odiais!

—Sí.

—¿Qué mal os hice yo?

—No entra en mi ¡cálculo decíroslo.

—¿Qué quereis?

—Vengarme.

—¿Del rey?

—Y de vos.

—¡Piedad!... Ningun mal os he causado.

—Vanas son vuestras súplicas como vanos serian vuestros gritos.

—Respetad mi inocencia... compadeceos de mí... ¡no me mateis, señor!

—¿Y quién trata de daros muerte, señora?

—¿Pues qué intentais?

—Adivinadlo.

—¡Cielos!

—¿Empezais á comprender?

—¡Miserable! ¿Es la honra lo que á robarme venís en el silencio de la noche y con la daga en la mano como ladron cobarde?

—Cierto, madama. Vuestra honra apetezco como el avaro el mayor de los tesoros.

—No lograreis vuestro criminal intento.

—¡Pobre niña!

—Primero consentiré morir que permitiros llevar á cabo en mí tan bárbara venganza.

—Morir... y tan jóven... y con un trono en perspectiva... ¡Qué locura!

—Matadme por piedad, pero dejadme la honra que ya no me pertenece.

—Y bien, ¿sino os pertenece ya, qué os importa que yo tome una joya que no es vuestra?

—¿Llevais la crueldad hasta el extremo de burlaros?

—¡Basta, princesa!

—¡Oh! Sí... basta de tortura. Dejadme... idos.

—¿Sin vengarme?

—Ningun mal os he causado.

—Pero me lo ha causado el hombre á quien ya podeis llamar esposo.

—Si es cierto, á él y á nadie más debeis cuentas pedir.

—Ya se las pido y se las cobro, pero resta la postrera

y vos en su nombre vais á saldarla, señora.

—¡Atrás, infame!

—En vano, en vano resistireis á mis deseos.

Y dicho esto Buridan arrojó lejos de sí la daga y se precipitó sobre la aterrada princesa para tomarla en sus brazos.

Clemencia al sentirse trasportada en ellos, lanzó espantosos gritos para pedir socorro, pero el vengativo caballero logró sofocar su voz aplicando con fuerza sus ardientes lábios á la boca de la desdichada jóven.

Trabóse entonces una lucha desesperada y desigual en la que el débil quedó vencido por el fuerte, y Buridan pocos momentos despues salia del suntuoso dormitorio dejando en él impresa una terrible huella de su paso.

Clemencia quedaba de nuevo desmayada.

CAPITULO X.

En donde se prueba que un buen dote hace á la novia perfecta á los ojos de un hombre codicioso.

Pasó la noche.

Llegó al fin el nuevo dia y Luis el Hutin contra toda su costumbre abandonó el lecho muy temprano, pero no para saludar la aurora con la alegría casi infantil conque solia saludarla cuotidianamente su padre Felipe el Hermoso, ni para entregarse con ahinco á los trabajos del Estado, sino para adquirir noticias respecto al paradero de Buridan y Sataniel que habian llegado á ser su pesadilla como en otro tiempo lo fué el primero de estos osados aventureros para el exterminador de los caballeros del Templo.

El preboste Capetal y sus subordinados, lo mismo que los misteriosos agentes que componian la policía secreta creada para el servicio particular del monarca, habian permanecido toda la noche haciendo inútiles pesquisas para

hallar á los culpables molestando y llenando de alarma á pacíficos y honrados ciudadanos solo porque sus casas aparecian á sus ojos como sospechosas, y al fin llegado que hubo el dia tornaron cabizbajos al Louvre para dar cuenta al rey sucesivamente del éxito fatal que habian tenido sus esfuerzos.

Uno de estos agentes que llegó el último de todos, presentó á Luis un pliego cerrado en forma de carta, sellado con cera negra y en cuyo sobre se leia:—«Para el rey. Secreto de Estado.»

Luis el Hutin se apoderó de la carta temblando interiormente como si adivinase el contenido que encerraba.

Despues de examinar con detencion la forma de la letra, que no pudo reconocer, preguntó al agente en tanto que fijaba una penetrante y escrutadora mirada en su pálido y turbado rostro:

—¿Quién os ha entregado esto?

—Nadie, Monseñor,—contestó el esbirro temblando de terror y bajando la vista más y más confuso y aturdido.

—¿Nadie?

—No, Monseñor.

—¿Dónde la habeis hallado, pues?

—En mi ropilla.

—Explicaos pronto y con claridad.

—Acababa yo de salir de la última casa que registré infructuosamente, cuando al atravesar una desierta callejuela me llamó la atencion una pobre vieja que asomada se hallaba á la ventana de su casa para advertirme que llevaba una carta prendida con artificio en la parte posterior de mi tabardo. Lleno de sorpresa vuelvo la cabeza atrás, miro y en efecto; la mujer no se burlaba ni mentia: la carta...

—¿Era esta misma?

—Sí, Monseñor.

—¿Y no sospechais quién pudo habérosla prendido con disimulo tanto?

—No, Monseñor.

—Decís que al salir de una casa os sucedió la aventura.

—En efecto, Monseñor, y á ella torné sin pérdida de tiempo, pero sus moradores, marido y mujer, que son ciegos, decrépitos y viven de la caridad pública, diéronme pruebas en sus contestaciones de no ser cómplices en tan misteriosa intriga.

—Está bien. Retiraos y esperad mis órdenes.

El agente abandonó la cámara real despues de hacer una profunda reverencia.

Luis el Hutin no habia separado un solo instante la vista de su rostro.

Cuando lo vió desparecer tras el tapíz, exclamó á media voz:

—¿Será un traidor ese hombre?

Luego fijando sus azorados ojos en la carta que conservaba en la mano sin tener valor para romper el sello, prosiguió diciendo:

—¿Qué significa esto? ¿De quién es este escrito? ¿Qué secreto de Estado puede encerrar su contenido? ¿Será una asechanza de ese infame é infatigable aventurero á quien Satán confunda? ¡Oh! Me causa pavor la idea de abrir esta misiva que puede encerrar entre sus pliegues esos horribles polvos que matan lenta y dolorosamente al que tiene la imprudencia ó la desgracia de aspirarlos. ¡Ira del cielo! ¿Y he de temblar y detenerme ante tan ruin obstáculo? Adelante. Salgamos de la duda que mata más que todos los venenos descubiertos por la ciencia.

Y separando del rostro la gacela cuanto le fué posible, la abrió violentamente y sacudió sus pliegues.

Pronto se convenció de que no encerraban los polvos cuya existencia temia no sin fundado motivo.

Un tanto más tranquilo fijó su anhelante mirada en el final del escrito, y entonces un sofocado grito de terror dejaron escapar sus pálidos y convulsos lábios.

La carta estaba firmada por Buridan y su contenido era el siguiente:

«¡Asesino de mis hijos, de mi esposa y de mi mejor amigo: verdugo despiadado de tu hermana Leonor y de tu esposa Margarita de Borgoña... estoy vengado!

»La primera parte de mi venganza se consumó por fin anoche en la torre de Nesle despues de tener principio en el hotél.

»¡Tiembla que se consume la segunda!

»Tú me heriste en el corazon: yo te he herido en la honra.

»Clemencia ya no es la casta y pura vírgen recien trasportada á tu corrompida córte desde las agrestes y pintorescas montañas de la hermosa Hungría.

»Si á pesar de todo la sientas en el trono que ocupar debia la malograda Margarita.... ¡tiembla! porque no amenaza en vano

Buridan.»

Un rayo que hubiese caido á sus régias plantas, no le dejara más anonadado que le dejó la lectura de aquel insultante y amenazador escrito.

En los primeros momentos no le fué dable pronunciar una sola palabra, pero repuesto un tanto de tan cruel como terrible sorpresa, prorrumpió en desentonados denuestos y amenazas que atronaron los ámbitos de la régia cámara.

Por fortuna suya nadie pudo escucharlas, porque aque-

lla cámara era la misma á la cual Felipe el Hermoso tenia por costumbre retirarse para meditar ó tratar de sus asuntos privados, y sabemos que estaba completamente aislada.

Así, pues, el secreto de su deshonra, si es que en efecto existia, quedaba todavía oculto á los ojos de la córte, que aunque corrompida hasta el extremo, hubiera podidó poner algun obstáculo á su enlace con la rica princesa húngara.

Describir lo que pasó por el alma de Luis el Hutin en tan supremo instante, es imposible.

A la tempestad sucedió por fin la calma y con la calma vino la reflexion.

Pensó, pues, que Buridan, el odioso Buridan, despechado por el mal éxito de su primera tentativa de venganza, pudo muy bien haber escrito aquella carta con el solo objeto de mortificar su espíritu y exasperar su orgullo sin que la honra de la bellísima princesa se hubiera empañado en lo más mínimo en las pocas horas que hacia que se separara de su lado.

Pero pensó tambien que Buridan era muy temerario, muy atrevido y muy capaz de haber ejecutado lo que tenia la osadía y avilantez de asegurar bajo su firma.

Aunque con despecho reconoció en aquel hombre un poder muy superior al suyo y al de todos los reyes juntos de la tierra, un poder satánico, sobrenatural que lo hacia invulnerable y le permitia llevar á cabo las más gigantescas y descabelladas empresas, penetrar en todas partes sin necesidad de llaves y sin temor á los guardianes, como tambien variar de forma y hacerse invisible siempre que las circunstancias lo ordenasen ó su capricho lo exigiese.

Y pensando de tan extrañó modo empezó á sentirse

herido y mortificado por los dardos envenenados de la duda que no debia desparecer jamás de su desconfiado corazon.

Deseoso de salir de ella si posible era, y temiendo ser presa de nuevo de la desesperacion sin límites que le acometiera en un principio, guardóse en la escarcela el fatal escrito, abandonó la solitaria cámara privada, llamó á dos ó tres de sus más fieles servidores, dispuso que el esbirro que esperaba sus órdenes fuese encerrado en las prisiones del Louvre, ofreció una exorbitante suma al que le presentase á Buridan vivo ó muerto en el término de veinticuatro horas, y se trasladó á la torre de Nesle solo con el acompañamiento necesario para indicar al buen pueblo que su sagrada persona caminaba por las calles.

Sus dudas y temores aumentaron de un modo terrible cuando le notificaron que la princesa Clemencia guardaba el lecho todavía á causa de la indisposicion que la obligó la noche anterior á retirarse del sarao.

Pálido, convulso y agitado se presentó á la condesa de Poitiers que no estaba ménos pálida, convulsa y agitada que su real cuñado.

El rey apenas pudo reparar en esta circunstancia.

Despues de saludarla cortesmente, la dijo con acento breve:

—Madama, os suplico mandeis retirar de la antecámara á vuestra servidumbre, pues solo Dios debe escuchar lo que deciros tengo.

Juana obedeció el mandato llena de turbacion, y luego de cerrar la puerta interiormente, dijo con balbuciente voz é inclinándose ante Luis:

—Solos estamos, Monseñor.

—Gracias, hermana mia.

—Pero pálido estais...

—Sentaos.

—¿Os sentís enfermo?

—Confieso que sí, madama.

—¡Dios mio!

—Tranquilizaos. Mi dolencia es pasajera.

—¡Oh!

—Que os tranquiliçeis repito.

—Tambien yo desde anoche...

—¿Os sentís enferma?

—Afectome mucho la noticia de la aparicion de ese temible aventurero, porque su solo nombre me hace estremecer de espanto.

—De Buridan voy hablaros.

—¡Ah!

—Pero ante todo no me oculteis si es grave la dolencia que aqueja á madama Clemencia.

—¿Grave? No, Monseñor; tranquilizaos.

—Me han dicho al entrar...

—¡Oh! Sus damas se alarman sin motivo á causa sin duda del escesivo amor que la profesan. La indisposicion que esperimentó en el sarao tan repentinamente, continua, es cierto; la noche no la ha pasado muy buena, pero yo que no me he separado un momento de ella os puedo asegurar...

—¡Ah! No os separásteis un momento de madama...

—¿Cómo abandonarla hallándose indispuesta y estando á mi cuidado?

—Gracias, gracias por vuestras infinitas bondades, hermana mia, mas...

—¿Qué, Monseñor?

—Hablemos claros, madama.

—Señor...

—Anoche os oculté un secreto y hoy debo revelároslo,

dándoos con ello otra prueba de la escesiva confianza que me inspirais.

—Tanto favor...

—¿Nada os dijo Clemencia respecto á lo ocurrido en el hotél?

—Nada, Monseñor.

—Es discreta.

—En cuanto á su discrecion...

—Pues oid, oid en pocas palabras explicado el misterio de su indisposicion repentina.

Y Luis el Hutin refirió á Juana con todos sus detalles la escena terrible que tuvo lugar la noche anterior en la misma cámara en que fué despiadadamente asesinado Polioni.

La condesa de Poitiers sabia ya todo lo ocurrido por boca de Clemencia, quien como mujer al fin nada la pudo ocultar, pero habia jurado guardar el secreto y cumplió fielmente su juramento.

Así, pues, fingió grande sorpresa al escuchar al rey y se deshizo en exclamaciones de terror, que Luis creyó verdaderas, no sospechando que hasta aquel punto fuese su cuñada maestra en el arte de fingir y engañar cuando la convenia.

El rey prosiguió diciendo despues de terminado su relato:

—Ahora bien; Buridan no es hombre que desmaya ante el primer obstáculo que tropieza en su camino cuando ha jurado una venganza tan terrible, y es posible que anoche mismo...

—¿Qué, Monseñor?—preguntó Juana llena de sobresalto.

—Hiciese en la torre lo que proyectó en el hotél.

—¡Cielos!

—¿No sospechais lo mismo?

—¡Imposible!

—Buridan es temerario.

—¿Y qué importa?

—Lo puede todo...

—Ménos mancillar la honra de una princesa que será en breve su reina soberana.

—Tambien, madama.

—No, Monseñor; pero si es cierto que tiene poder para ello, no lo ha conseguido aun, ni espero que lo consiga.

—¿Estais cierta?

—¿No he dicho á V. A. que no me he separado de madama hasta este instante?

—¿Y quién más velaba en su dormitorio?

—Nadie más.

—¿Estais segura de no haberos dormido?

—¡Por Dios, Monseñor! ¡Que dudeis hasta ese estremo!

—¡Oh señora! Es que vos ignorais...

—Acabad por Jesús.

—Leed, leed este fatal escrito.

—¡Una carta!

—Leedla.

—Pero...

—Es de Buridan.

—¡Ah!

—Ved lo que afirma con impúdica osadía.

Juana de Borgoña leyó con terror y gran sorpresa, esta vez no fingida, el contenido de la carta de nuestro aventurero.

Al terminar, sus facciones se asemejaban á las de un cadáver.

Pero tampoco en aquella ocasion Luis el Hutin pudo

sospechar de su cuñada, de cuya virtud no dudaba ya como dudára en otro tiempo.

En su cadavérica palidéz solo vió el jóven monarca la natural indignacion que debia causar á todos los que leyeran tan atrevido é insultante escrito.

La misma Juana se encargó de afirmarle en esta idea con la indignacion y cólera que fingió apresarla despues de su lectura.

Tales y tan buenas cosas dijo en defensa de la princesa de Hungría y en descrédito de Buridan, que éste quedó á los ojos del rey como un bellaco mentiroso y calumniador.

Sin embargo, Luis el Hutin dudaba aun.

—Y bien, Monseñor,—añadió la condesa probando el último esfuerzo para obtener el triunfo;—si de nada sirven mis juramentos, si de nada mis protestas de fidelidad, consultad á la princesa, interrogadla, amenazadla si es preciso, y si ella confiesa un hecho que yo niego con todas las fuerzas que la inocencia me presta...

—¿Qué me proponeis?

—Probad.

—¡Nunca! ¡Nunca! Vuestra palabra me basta para tranquilizarme y seguir creyendo una calumnia infame y digna de los mayores castigos cuanto afirma este asqueroso escrito.

—¡Oh! ¡Gracias al cielo! ¡Pobre Clemencia!

—Ruégoos que todo la oculteis.

—Lo haré, Monseñor, siquiera sea para evitar á ese inocente ángel el mayor de los dolores que acibararian su dicha por una eternidad.

—Gracias, madama, gracias,—murmuró Luis poniéndose de pié.

—¡Cómo, señor! ¿Ya os vais?

—Sí, hermana mia.

—¿Sin ver á Clemencia?

—No es bien que interrumpa su reposo. Hacedla presentes mi amor y mis respetos y anunciadla que tornaré esta tarde para ponerme á sus plantas.

Dicho esto besó con galantería la mano de la princesa y abandonó la torre con el corazon lleno de las mismas dudas que lo mortificáran al entrar en él.

No obstante, como sobre todos los escrúpulos y dudas estaba el respetable dote de la bellísima Clemencia, unióse á ella dos dias despues con toda pompa y solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de París y ante el mismo altar donde se unió algunos años antes con la infeliz Margarita de Borgoña.

CAPITULO XI.

Las pruebas acusadoras.—De cómo monseñor Cárlos de Valois logra vengarse al fin de Enguerrando de Marigny.

Algunos dias son trascurridos desde que tuvieron lugar los últimos acontecimientos que reseñados quedan en el capítulo anterior.

Clemencia de Hungría era ya reina de Francia y ocupaba en el Louvre sin ostentacion y orgullo el puesto que ocupado hubiera la malograda hija de Roberto II de Borgoña á no morir en tan temprana edad víctima de sus terribles é indisculpables extravíos.

Luis el Hutin la amaba ó fingia amarla con igual pasion que amára un dia á su primera esposa, y aquel amor mentido ó verdadero hacia tan feliz á la bellísima princesa que pronto dió al olvido las caricias de su padre, las pintorescas montañas de la Hungría y el cariño de sus amigos de la infancia, para pensar únicamente en su *hermoso y muy amado dueño,* en el amor que la desmostraban sus vasallos y en la nueva pátria que la deparára el cielo.

Y en medio de la embriaguez de su felicidad, la inocente niña no advertia que Luis no era feliz como lo era ella.

Amando á su nueva esposa con pasion creciente y no habiéndose sentido una sola vez torturado por el recuerdo de la terrible muerte que mandara dar á Margarita en los hediondos calabozos de Gaillard, ¿qué causa motivaba la inquietud, el disgusto y la tristeza que dominaba al jóven rey, precisamente en la época en que más tranquilo, más dichoso y más alegre estar debia?

¿Eran los celos, las dudas respecto á la consumacion de la venganza que aseguraba Buridan haber llevado á cabo en la persona de la inocente Clemencia?

Casi podemos asegurar que no, puesto que no habia vuelto á acordarse del terrible aventurero desde el momento en que dejó de hablarse de él por haber sin duda desaparecido de París sin que los agentes del preboste lograsen descubrir el lugar donde hasta entonces se ocultara con el no ménos temible Sataniel.

¿Era la ambicion, alguna necesidad no satisfecha?

Sin duda.

Hacia siete meses que ocupaba el trono de Francia y uno que se enlazára con la hija de Cárlos Martel de Hungría, y aun no se habia hecho consagrar en Reims por falta de recursos.

Esta ceremonia habia sido aplazada en un principio por las pretensiones y discordias de los señores de la córte, á quienes fué preciso reconciliar; luego por los motines que los impuestos escitaban en las provincias, y que fué preciso apaciguar por medio de las armas; y últimamente porque el Erario estaba exhausto.

Como Luis X era más fastuoso y despilfarrador que lo fué su padre, ordenó que las fiestas que siguieron á su

boda se llevasen á cabo con un lujo y suntuosidad no usados bajo ningun reinado.

Sus mandatos fueron ejecutados al pié de la letra; las fiestas fueron brillantes, pero á su conclusion resultó que el dote de Clemencia se habia consumido ó poco ménos.

Entonces y solo entonces recordó Luis el Hutin que aun faltaba verificar la ceremonia aplazada.

Como siempre, recurrió á Enguerrando en tan terrible apuro, pero éste declaró terminantemente que ya no sabia de dónde sacar dinero, y era verdad, á ménos que lo sacase de sus propias arcas, y de tal abnegacion no se sentia capáz por entonces el ministro.

Su avaricia debió perderlo para siempre.

Despechado el rey al verse abandonado en aquel trance por el superintendente, empezó á escuchar con más atencion que nunca las amargas quejas que por doquier resonaban contra el poderoso magnate, y más que las quejas del pobre pueblo oprimido y agoviado bajo el peso de los crecidos impuestos que sobre él caian como una lluvia de fuego, las desembozadas y terribles acusaciones de sus enemigos de la córte.

Entre estos se contaba el tio del monarca.

Durante todo el reinado de Felipe el Hermoso, Enguerrando de Marigny habia tenido las llaves del Tesoro en calidad de superintendente de Hacienda, y gozába como sabemos del mayor prestigio en tiempo del citado monarca, cuya omnímoda confianza poseia.

Felipe el Hermoso le habia hecho castellano del Louvre, le dió el condado de Longueville y otros dilatados territorios.

El poder del superintendente era tan grande, que las crónicas de aquel tiempo le llaman *Coadjutor en el gobierno del reino.*

Tal elevacion no podia ménos de atraerle muchos y envidiosos enemigos.

A él atribuian, como á consejero íntimo del rey, las negativas que esperimentaban aquellos que no conseguian de este todo lo que deseaban, y sobre él, como sucede siempre respecto de los primeros ministros, recaia el general descontento.

Recordarán nuestros lectores que monseñor Cárlos, conde de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, esperimentó un profundo disgusto cuando habiendo tomado á su cargo en la primera guerra de Flandes el ofrecer la paz á Guido de Dampierre, si este iba en persona á solicitarla del rey, y la seguridad para su regreso, sino la alcanzaba, vió que su hermano, sin miramiento alguno al compromiso aceptado por él, retenia al flamenco en las prisiones del Louvre.

El conde concibió desde entonces un ódio mortal á Enguerrando, á quien creyó inspirador de aquella medida, y juró tomar venganza.

No podia escojer mejor ocasion para satisfacerla que el principio del reinado de un príncipe jóven, débil, inesperto, y sobre el cual le daba gran dominio su cualidad de tio.

No desperdició, pues, la ocasion de vengarse, y tan pronto como supo que el ministro se habia declarado impotente para allegar recursos al Tesoro, aconsejó á su sobrino convocase el consejo sin pérdida de tiempo para tratar en él de los apuros rentísticos.

Luis el Hutin accedió sin vacilar.

Estaba dado, pues, el primer paso para perder al aborrecido superintendente.

Este, bien ageno á lo que se maquinaba en contra suya, se hallaba una noche trabajando solo en su despa-

cho por primera vez desde que se viera acometido por una penosa enfermedad al salir de casa del hechicero Sarmiento, y la cual le obligó á guardar el lecho muchos dias, cuando le anunciaron que un misterioso personaje que recataba el rostro y el nombre, deseaba hablarle en secreto sobre un importante asunto del Estado.

Marigny palideció y tembló involuntariamente al escuchar estas palabras de boca de Lebrun.

—¿Dices que recata el nombre?—preguntó á su ayuda de cámara despues de algunos segundos de vacilacion.

—Y el rostro tambien, señor.

—¿Con el embozo de la capa?

—Y con una máscara de seda.

—¡Ah!

—¿Adivinais quién sea?

—No.

—Yo tampoco. ¿Pero sospechais que su intencion es pérfida?

—Nada puedo sospechar, pero el misterio en que viene rodeado...

—¿Me dais permiso para prenderlo en nombre del rey y así saldremos de dudas?

—No, Lebrun: sería cometer una imprudencia. ¿Sabemos por ventura quién es y lo que quiere?

—Así sabríamos...

—Basta. Que pase ese hombre.

—Pero...

—Que pase ese hombre, Lebrun.

—Bueno; pasará, señor, mas aunque me lo ordeneis no me moveré de la antecámara, desde donde velaré por vuestra vida que creo amenazada.

Y dicho esto, salió el criado de confianza del ministro.

Sus últimas palabras aterraron más y más al conde de Longueville.

Al fin apareció ante sus asombrados ojos el anunciado personaje, quien sin descubrirse y antes de saludar cerró la puerta interiormente, guardándose la llave en la escarcela con la mayor sangre fria.

Aterrado Marigny exclamó medio incorporándose como si tratase de impedir aquella accion agresiva:

—¿Qué haceis?

El de la máscara avanzó entonces hasta colocarse ante la mesa tras la cual se hallaba sentado el ministro y despues de inclinarse profundamente, dijo:

—Guardeos el cielo, monseñor.

—¿Pero qué habeis hecho, temerario?

—Cerrar con llave la puerta.

—¿Con qué intencion, señor enmascarado?

—Con la de evitar que nadie nos sorprenda conversando.

—No, vuestra intencion es otra. Venís rodeado de tal misterio...

—¿A qué?

—A darme muerte traidora.

—Os engañais,—contestó el de la máscara sin alterarse por aquella acusacion.—Vengo á daros la vida como amigo leal que fuí de vos en otro tiempo.

—¿A darme la vida?

—Sí; y más que la vida creo.

—¿Y cómo?

—Haciéndoos entrega de ciertos documentos que obran en mi poder contra vuestra voluntad.

—¡Cielos!

—¿Sabeis de qué documentos hablo?

—Ante todo quiero saber quién sois.

—Quien soy importa poco al caso.

—Importa mucho.

—¡Bah!

—Vuestro nombre.

—No lo tengo.

—¡Cómo!

—O no puedo usarlo ha más de medio año.

—¡Oh! Esa sola revelacion acaba de descubriros á mis ojos.

—¿Tal creeis?

—Inútil es el antifáz que os oculta el rostro. Os he reconocido.

—Sin duda os engañais como os engañásteis respecto á las intenciones que me guiaron á vos.

—No, no. Sois...

—¿Quién soy?

—Sataniel.

—¡Sataniel! Ese pobre aventurero murió hace tiempo de un modo trágico y misterioso.

—Mintió quien tal dijo.

—Vos mismo asegurásteis al rey...

—Me engañaba, ó mentia para calmar sus terrores.

—No es posible. Si vos hubiérais creido que Sataniel vivia, ¿cómo imaginar siquiera que faltado hubiéseis á la formal palabra que un dia le empeñásteis en esta misma cámara?

—¡Oh!

—Repito que no es posible. Vos lo creiais muerto y por eso trabajásteis tanto para que sucumbiese á manos del verdugo la sin ventura Margarita de Borgoña.

—¿Que trabajé contra esa pobre princesa?

—Nada negueis al que posee el sobrenatural poder de descubrirlo todo con solo desearlo.

—¡Ah!

—¿Os turbais?

—¡Perdon! ¡Perdon!

—¿Os confesais al fin culpable?

—Perdon si he cedido cobarde una vez más á las exigencias del monarca.

—Dijisteis bien. ¡Sois un cobarde, conde de Longueville!

—¡Oh!

—Sois un cobarde y un miserable traidor así á la causa del rey como á la de vuestros mejores amigos.

—¡Piedad!

—No la mereceis, Marigny, pero en atencion al servivicio que un dia me prestásteis arrancándome de manos del verdugo, os la otorgo y os perdono.

—¿Será verdad?

—Obrando así os doy una prueba inequívoca de que el monedero falso de las Catacumbas de París vale más que el primer noble de Francia.

—Sataniel...

—¿Creeis que os ofendo al hablaros de esta suerte?

—Teneis derechos para escupir mi frente altiva en otro tiempo y hoy humillada ante el más vil gusano de la córte.

—Esa confesion ingénua me reconcilia con vos.

—¡Si verdad fuese!

—Hé aquí la prueba,—dijo el hermano de Buridan, pues era él, entregando al angustiado ministro un pequeño paquete cerrado con esmero.

—¿Qué es esto? ¿Qué me entregais?

—Las pruebas del mayor de los crímenes que habeis cometido desde que ministro sois de Francia.

—¡Las cartas de la reina Juana!

—Sí.

—¿Y en vuestro poder obraban?

—Ya lo veis.

—¡Ah Sataniel... Sataniel... me habeis salvado.

—No lo afirmeis sin convenceros de que ese paquete las encierra todas.

—¿Qué me proponeis?

—Abridlo.

—¿Desconfiar de vuestra magnanimidad hasta ese punto?

—Abrid y contad.

Enguerrando obedeció temblando de emocion.

Trece eran las cartas que encerraba aquel paquete, cinco firmadas por él, y las ocho restantes por Juana de Navarra, esposa de Felipe el Hermoso.

La alegría que esperimentó el ministro al tener en su poder aquellas terribles pruebas de su crímen no conoció límites

Impulsado por la gratitud quiso arrojarse en brazos de Sataniel, pero este lo rechazó blandamente en tanto que le decia con sentencioso acento:

—Guardad esos abrazos para vuestros tiernos hijos, conde, porque ellos serán sin duda en breve la señal de una eterna despedida.

—¿Qué decís?

—Os he pagado mi deuda y me alejo de vuestro lado para siempre.

—¡No por Dios! No os alejeis de mí sin explicarme el misterio que encierran vuestras palabras.

—¿Creeis que encierran un misterio?

—Y muy terrible.

—¿Y no adivinais...

—No prolongueis mi tortura.

—Pues ellas os advierten la proximidad de un peligro mucho mayor que el que podia amenazaros estando esas cartas en mi poder.

—¡Cielos!

—Es cuanto deciros puedo.

—Decís que me amenaza un peligro...

—Inminente.

—¿Por qué lado?

—Mirad á lo más alto.

—¿Y esquivarlo podria?

—Solo huyendo de Francia á uña de caballo.

—¡Ah!

—Pero para huir es demasiado tarde.

—¡Misericordia!

—Por torpeza ó por incuria ó por sobra de orgullo y confianza, os habeis dejado acorralar por una jauría de lebreles que tienen hambre de vuestros títulos, honores, cargos y riquezas y devorado sereis sin compasion ni lástima.

—Me estais matando, Sataniel.

—No, monseñor: por hoy estais libre de la muerte, pero mañana...

—¡Poder de Dios!

—Mañana todo lo debeis temer del rey y del conde de Valois.

—¡Qué escucho!

—Ambos os aborrecen y ambos desean veros pendiente de la horca que vos mismo mandásteis elevar en Montfaucon.

—¡Horror!—exclamó Enguerrando con espanto en tanto que se dejaba caer con abatimiento en un sitial y ocultaba el rostro entre ambas manos.

—Conde de Longueville,—siguió diciendo Sataniel al mismo tiempo que colocaba la llave en la cerradura de la

puerta;—despues de haberos perdonado ningun mal os deseo, y por lo tanto al cielo rogaré que aplaque la ira de vuestros enemigos modernos como aplacó la de los antíguos. Adios.

Dicho esto, el hijo de Zoraida desapareció del despacho del ministro.

Cuando Lebrun penetró en él halló desmayado á su señor. . . . .

. . . .

Al siguiente dia muy temprano mandó el rey que se reuniese el consejo en el salon destinado al efecto, y él mismo dió el ejemplo de puntualidad ocupando de los primeros su puesto en la presidencia.

Los condes de Valois y de Longueville tambien se hallaban en los suyos.

Enguerrando estaba pálido, muy pálido, pero su palidéz lo mismo podia reconocer por causa la enfermedad que aun sufria que al miedo á los cargos terribles que iban á dirigírsele.

No ignorando de qué parte debia salir el primer dardo, esperó tranquilo y aun con aspecto arrogante.

El tio del rey lanzaba de vez en cuando sobre su víctima una mirada de profundo ódio.

Longueville no se arredró ante ella.

Al fin comenzó el debate.

Marigny, por órden del rey, dió con la mayor naturalidad y sangre fria cuenta detallada del estado precario del tesoro.

Aunque Luis no lo ignoraba, fingió grande sorpresa al oir de los lábios del superintendente la escaséz de dinero que sufria y preguntó:

—¿Qué se ha hecho de los diezmos impuestos al clero, de las cuantiosas riquezas que han debido producir las

alteraciones del sistema monetario y las contribuciones conque se ha abrumado al pueblo? (1)

—El superintendente que ha manejado los recursos públicos debe dar cuenta de ellos,—contestó el conde de Valois rompiendo bruscamente las hostilidades.

—La daré cuando el rey tenga á bien mandarlo,—replicó Longueville con arrogancia como si contase ya seguro el triunfo sobre su enemigo.

—Que sea ahora mismo,—dijo el tio del monarca con aspereza.

—Accedo á ello,—repuso el ministro con desabrimiento.

Y luego añadió fijando en su rostro una mirada de águila:

—Os he dado, Monseñor, una gran parte de esos recursos, y el resto se ha invertido en cubrir las atenciones del Estado.

—¡Mentís!—gritó enfurecido el conde de Valois.

—Vos sois quien miente, señor conde,—respondió el ministro poseido de furor tambien y dispuesto á jugar el todo por el todo.

Cárlos, ciego por la cólera, echó mano á la espada.

Enguerrando se preparó á la defensa, y hubiera ocurrido un combate á muerte á la presencia del rey, si los concurrentes no hubiesen separado á entrambos enemigos.

El tio del monarca obtuvo fácilmente que aquel que le habia faltado al respeto tan audazmente, fuese preso.

---

(1) Rigorosamente histórico como todo lo que sigue hasta el final de este capítulo.

Encerrósele primero en la torre del Louvre, su gobierno, y despues en el Temple, prision funesta para todo aquel que penetraba en ella.

Como vemos, los pronósticos de Sataniel empezaban á realizarse por desgracia de Marigny.

CAPITULO XII.

Los polvos maravillosos.—La despedida eterna.

Y en tanto que la causa del desgraciado valido empezaba á instruirse con pasmosa rapidéz y que el nuevo ministro que le reemplazó en el elevado puesto que habia ocupado por espacio de tantos años apelaba á todos los medios imaginables para allegar recursos conque poder hacer frente á los gastos de la consagracion, ceremonia que empezaba á ser la pesadilla del monarca, nada en Parîs se sabia respecto al paradero de los hijos de Zoraida.

Sin embargo, ni Buridan ni Sataniel habian abandonado la córte puesto que vimos al segundo penetrar impávido y desafiando toda clase de peligros, en la morada de los reyes la víspera del dia en que tuvo lugar la ruidosa caida del superintendente de hacienda.

En Parîs permanecian siempre ocultos en los famosos subterráneos de la Torre de los Crímenes, inactivos y en acecho de una ocasion propicia para llevar á cabo la terrible venganza que habian proyectado.

¿Pero en qué consistia aquella venganza?

Solo Dios y ellos lo sabian.

La condesa de Poitiers que á pesar de las promesas de su esposo aun seguia habitando la fatídica mansion, testigo en otro tiempo de sus ilícitos y criminales placeres, esperaba temblando de terror que la consumacion de aquella venganza se la anunciasen con la repentina muerte de su real cuñado, pero esto no sucedia nunca, y los dias pasaban tranquilos para el jóven rey que en brazos de Clemencia daba al olvido los horribles detalles que Plasian le refiriera sobre los últimos momentos de la sinventura Margarita de Borgoña, de quien nadie tampoco se acordaba ya en aquella córte corrompida y ávida de placeres como nunca.

Para la esposa de Felipe el Largo sin duda no existia otra clase de venganza que la deshonra y la muerte despues del enemigo á quien se ódia.

Buridan habia ya deshonrado al rey de un modo inícuo la víspera de enlazarse con la princesa húngara: ella mejor que nadie lo sabia... ¿qué le restaba, pues, para quedar cumplidamente vengado? Matar de una puñalada al matador cobarde de su esposa y de sus hijos.

Así pensaba la condesa, y aunque no apadrinaba tan infames medios, carecia de fuerzas para reprobarlos desde el fondo de su corazon, porque aborrecia á Luis á quien acusaba en silencio de ser la causa primordial de cuantos dolores sufriera en otro tiempo, y porque amaba á Buridan como al mejor de los amigos agradecida á los desinteresados consuelos que la prodigó en una época en que la despreciaban y abandonaban todos.

Sin embargo, ni el aventurero ni su hermano opinaban de igual suerte que Juana.

Comprendian sí la necesidad de vengarse cometiendo

un regicidio, matando al exterminador de su familia en el mismo instante en que veia realizados sus sueños de ambicion, de amor y gloria, pero ante la idea de una venganza oscura y vulgar retrocedian siempre.

Principalmente Buridan era amante fanático de los hechos grandes, así buenos ó malos, pues que con igual facilidad practicaba el bien ó el mal aquel hombre incomprensible.

Decia de contínuo con acento del más amargo dolor, que ruidoso habia sido el mal que le causáran los Valois, y que por lo tanto ruidosas y terribles debian ser tambien las represalias.

Y para llevarlas á cabo trabajaba sin trégua ni descanso hacia muchos meses.

Sataniel le ayudaba en su diabólica empresa sin oponerse en lo más mínimo á sus proyectos.

Dijimos al comenzar este capítulo que ambos aventureros permanecian ocultos y encerrados en los subterráneos de la torre de los crímenes desde la noche en que los vimos jugar tan gran papel en el baile de máscaras dispuesto por Luis el Hutin en el hotél de Nesle para festejar á Clemencia, pero se nos olvidó añadir que como en otras épocas salian disfrazados de aquel hediondo pero hospitalario asilo apenas la noche tendia su manto de crespon sobre la tierra, para adquirir en la ciudad las noticias necesarias al logro de sus fines.

Una de aquellas noches Sataniel salió solo y Buridan quedó en el subterráneo, sentado sobre el viejo arcon donde espirára la duquesa de Borgoña víctima de un activo veneno que ella misma se administró para esquivar el afrentoso suplicio que la esperaba, con los codos apoyados en el borde de la desvencijada mesa, las mejillas en las palmas de las manos y los ojos tenazmente fijos en el fon-

do de una cajita de plata abierta á la sazon y casi llena de ciertos polvos negros que formaban diminutos granos como las finas arenas de los rios y despedian un olorcillo ácre, aunque no del todo desagradable al olfato.

De vez en cuando abandonaba su primitiva postura, tomaba entre las yemas de los dedos índice y pulgar una pequeña cantidad de aquellos polvos, los arrojaba á la luz y lanzaba una carcajada histérica, terrible que hallaba siempre un eco fatídico en las bóvedas del subterráneo, cuando al atravesar la llama se inflamaban instantáneamente produciendo un ruido sordo como el que produce el ave al romper el vuelo, una densa columna de humo negro y un olor mucho más ácre.

Despues volvia á su actitud contemplativa.

Y de esta suerte, sin pronunciar palabra, dejó trascurrir dos horas que á otro le hubiesen parecido dos siglos y á él le parecieron dos segundos, y más tiempo permaneciera contemplando los maravillosos polvos, probando sus efectos á la luz de la lámpara de hierro y riendo como un niño ó un demente, á no volver Sataniel de su escursion nocturna y llamarle la atencion diciendo en tanto que arrojaba la capa sobre el mísero lecho donde lo vimos situado la vez primera:

—Guárdete el cielo, hermano.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pedro mio?—preguntó Buridan despues de exhalar un pequeño grito de sorpresa y en tanto que ocultaba la cajita de plata en su escarcela.

—Ya estoy de vuelta.

—¡Qué pronto!

—¿Pronto? Dos horas he tardado.

—¿Dos? ¡Cielos! Con cuánta rapidéz han trascurrido para mí.

—¿Has dormido?

—¡Dormir!

—¿Qué has hecho pues?

—Gozar de antemano en nuestra terrible pero justísima venganza.

—Pronto la veremos realizada.

—¿De veras?

—Sí.

—¿En qué te fundas para esperar...

—En las noticias que traigo.

—¿Son buenas?

—Soberbias.

—Habla, habla por Dios.

—El nuevo superintendente de Hacienda ha conseguido al fin allegar recursos cuantiosos al Tesoro.

—¡Hola!

—Y mañana mismo...

—Acaba.

—El cobarde Hutin y la paloma de Hungría se consagrarán en Reims.

—¿Será verdad?

—No lo dudes.

—¿Dónde has adquirido esa noticia?

—En el mismo Louvre donde se están haciendo grandes preparativos.

—¡Oh!!... ¡Gracias, Dios mio, gracias!

—Al fin...

—Pero nos alegramos sin razon fundada.

—¡Cómo!

—¿Y si han variado el programa de las fiestas que deben seguir á la consagracion?

—Nada se ha variado, hermano.

—¿Estás cierto?

—Ciertísimo.

—¿La fiesta de la regata tendrá lugar en el Sena y ante esta torre conforme se dispuso en un principio?

—Sí.

—Esa noticia vale por todas, Pedro.

—Repito que la hora de nuestra venganza se aproxima á pasos de gigante.

—¡Oh! Esta noche dormiré tranquilo por primera vez despues de seis meses de cruel insomnio.

—Duerme, sí, desgraciado, que harto lo necesitas.

—Pero no me entregaré al reposo sin dar antes el postrero adios al único sér despues de tí que aun me conserva algun afecto.

—¿A quién?

—A la princesa Juana.

—¿Qué intentas?

—Ya te lo he dicho; despedirme de ella.

—Otro dia...

—Mañana seria tarde porque abandonará la torre para seguir á la córte.

—Cuidado, Juan.

—¿Qué temes?

—Una imprudencia.

—¡Bah!

—Una imprudencia por parte de esa dama.

—Pruebas nos ha dado hasta hoy de ser la mejor amiga.

—Sí, pero...

—Seré cauto; nada le revelaré.

—Eso te suplico.

—Tranquilízate, Pedro. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—La hora crítica para verla sin testigos.

—¿Estará en su oratorio?



—Buridan se hallaba de pié ante ella.

—Así lo espero.

—Vete, pues, y vuelve pronto.

Buridan tomó de un rincon una linterna, la encendió en la luz de la lámpara de hierro, pasó al segundo subterráneo, abrió oprimiendo un resorte la simulada puerta que habia practicada en uno de sus muros laterales, y empezó á ascender con sigiloso paso la estrecha y empinada escalera de caracol que conducia al oratorio de la torre.

En él como esperaba el hidalgo, se hallaba sola y orando la condesa de Poitiers.

En el mismo lugar habia esperado muchas noches inútilmente la visita de su amigo, y aquella, como todas, iba ya á retirarse al lecho perdida la esperanza, cuando el suave chirrido que produjo al abrirse la puerta situada tras el reclinatorio la hizo alzar la cabeza presurosa y exhalar un pequeño grito de alegria.

Buridan se hallaba de pié ante ella.

La jóven condesa, sin darse cuenta de lo que hacia, corrió á sus brazos como pudiera haber corrido á los de un amante esperado con impaciencia suma.

El aventurero la estrechó en silencio contra su corazon, la besó una mano con respeto, y luego dijo:

—Una pregunta ante todo, señora y amiga mia.

—Formulad cuantas gusteis, Buridan amigo.

—¿Habeis cerrado la puerta de la inmediata cámara?

—Sí.

—¿Vuestra servidumbre...

—Se encuentra lejos.

—¿Conque estamos solos?

—Completamente solos. Dije mal: Dios nos escucha y nos vé desde esa cruz.

—Madama, concededme una gracia.

—Soy vuestra amiga, vuestra hermana. ¿Qué deseais?

—Pasar á la inmediata cámara. Aquí...

—Os comprendo.

—Lo que tengo que deciros... no es bien que dicho sea en tan sagrado recinto.

—Venid, venid.

Y Juana despues de tomar entre las suyas una mano del hidalgo, se trasladó con él al aposento bautizado en otro tiempo por Margarita de Borgoña con el nombre de *templo del amor*, donde ardía una lámpara de plata, cuya luz ténua y opaca tenia los objetos envueltos en una agradable semi-oscuridad.

Buridan despues de desembarazarse de la capa y dejar el birrete y la linterna sobre un mueble, obedeció una seña de la condesa que le ordenaba tomar asiento junto á ella en un divan.

Entonces dijo como si diese comienzo á la conversacion:

—Y bien, dulce y cariñosa amiga mia, al fin cumplo la palabra que os dí una noche en ocasion bien crítica; al fin tengo la dicha de estar á vuestro lado, al fin os vuelvo á ver despues de tanto tiempo de forzosa ausencia.

—¡Cuánto habeis tardado!

—¿Me esperábais?

—Todas las noches con impaciencia suma.

—¡Cuán grande y leal es vuestra amistad!

—¿Y mi cariño?

—¡Vuestro cariño!

—¿Dudais de él?

—No, no.

—¿Sentís que os lo tenga inmenso?

—¡Buen Dios! ¿Y esa pregunta me haceis?

—¡Oh!

—Madama, decís que me amais como á un hermano...

—Como al mejor, como al más amante y cariñoso de los hemanos.

—¿Y dudais que ese amor que no merezco me enorgullezca y haga un tanto feliz en medio de la espantosa desgracia que me aflije?

—¡Pobre amigo mio!

—No dudeis, no, conociendo como conoceis mi corazon siempre sediento de cariño.

—Mi duda os ofendería y por eso no la abrigo.

—Gracias, madama.

—¿Pero por qué, por qué habeis tardado tanto en venir en busca de los consuelos que mi amistad puede prestaros?

—Señora...

—¿Qué causa os lo ha impedido habitando como habitamos bajo un mismo techo y disponiendo como disponeis de todas las puertas secretas de la torre?

—Perdonad.

—¿No me lo direis?

—La causa ha sido...

—Decid.

—La dicha que disfrutais en la actualidad, madama.

—¡Mi dicha!

—¿No sois feliz con el amor que de nuevo os demuestra vuestro esposo?

—¡Su amor!

—¿Por ventura es fingido?

—No lo sé... no sé que pensar... ¡soy muy desgraciada!

—¡Cómo!

—Hace seis dias que Felipe no me visita.

—¿Será posible?

—Seis dias, durante los cuales solo dos veces se ha dignado preguntar por mi salud.

—Sin duda las muchas ocupaciones de monseñor...

—No le disculpeis, amigo mio.

—El conde os ama á pesar de todo.

—Me amó en otro tiempo..... cuando merecia ser amada...

—Señora, no recordeis el pasado.

—¡Ay!

—Dadlo al olvido, os lo ruego.

—Me amaba, repito, entónces, pero hoy hace esfuerzos para amarme de nuevo y no puede... ó no le dejan.

—¡Ah!

—¡Dios mio!

—No al dolor os entregueis de esa suerte, bellísima princesa; abrigad una esperanza y...

—Mis esperanzas murieron hace tiempo... en cuanto á mis dolores, durarán lo que mi vida dure.

—Tened fé en Dios.

—¡Ah Buridan... Buridan!

—Ha saber que tan desgraciada erais de nuevo, antes venido hubiese á prestaros mis consuelos.

—Gracias, grácias, mi bondadoso amigo. Pero bastante hemos hablado de mis cuitas: hablemos ahora de las vuestras.

—¡Mis cuitas!

—Sé que son muchas y terribles.

—¿Qué deseais saber?

—Todo... y nada. Temo abrir de un modo brusco en vuestro amante pecho la horrenda herida que aun el tiempo no ha podido cicatrizar.

—Ni podrá cicatrizarla nunca.

—¡Oh!

—¿Deseais conocer la historia de los siete meses trascurridos...

—Sí, sí. Nada pudísteis decirme la otra noche.

—Seré breve.

—Reasumid y así sufrireis ménos.

—Al ver bárbara y despiadadamente asesinados á mis tiernos hijos, á mi dulce esposa y á mi cariñoso amigo, perdí instantáneamente la razon, señora.

—¡Desgraciado!

—Entre la vida y la muerte y con el juicio insano permanecí en los subterráneos algun tiempo solícitamente cuidado por mi hermano Sataniel, y al fin despues de grandes esfuerzos logré recobrar la razon y la salud perdidas y con tan preciadas prendas el deseo más terrible de venganza que puede albergarse en corazon humano.

—¡Oh!

—Pero débil, perseguido de muerte por el exterminador de mi familia y sin contar con medios para llevarla á cabo tal cual proyectaba... ¿qué podia hacer? Nada, y por eso resolví salir de Francia jurando volver en breve y salí en efecto esquivando la persecucion de mis enemigos despues de hacer que circulase en París la noticia de mi muerte, así como tambien la de mi hermano.

Sataniel con el objeto de distraer mi mente y dar alivio á mi despedazado corazon, me condujo á España, juntos visitamos la tumba de su padre, y despues de recorrer los reinos de Castilla, Aragon, Granada, y Navarra, nos fuimos á Alemánia.

Mis gustos literarios me detuvieron algunos meses en aquel país que me es simpático.

Visité con placer sus universidades, trabé estrecha amistad con muchos sábios doctores, y hubiera de buena gana seguido sus consejos trocando el casco del guerrero por el bonete del escolar, á no impedírmelo una voz que de contínuo resonaba en mis oidos y la cual decia:

—«¡Vénganos!... ¡Vénganos!»

—¡Oh Dios!

—¿Comprendeis lo que aquella voz significaba? Lanzábanla en coro desde el fondo de sus frias tumbas mis hijos, mi esposa y mi amigo Polioni.

La voz terrible y misteriosa me obligó á tornar á mi aborrecida pátria y aquí estoy para cumplir mi juramento.

—Juramento de venganza...

—Pero horrible.

—Habladme de ella.

—Perdonad. Otro juramento pronunciado más recientemente plega mis lábios contra mi voluntad.

—Respeto vuestro secreto, pero no me oculteis si es vuestro intento exterminar la raza de los que tanto mal os han causado.

—Exterminarla debia, exterminarla juré... pero mis sentimientos humanitarios no me permiten castigar al inocente. Además, abrigo la esperanza de que os ha de hacer feliz vuestro esposo tan luego como se vea libre de la fatal influencia de su hermano.

—Si, sí; yo tambien abrigo esa esperanza y por eso os imploro que respeteis la vida de Felipe.

—Será respetada en vuestro nombre.

—Respetad tambien la del conde de la Marche. ¡Es tan niño!

—Los dos se salvarán... si Dios lo quiere.

—¡Cielos! ¿Qué me quereis dar á entender...

—Señora, el plan de mi venganza es tan diabólico, que lo mismo se puede ver envuelto en él el criminal que el inocente, el amigo como el enemigo, sin que yo mismo lo pueda remediar.

—¡Horror!

—Para evitar que tal suceda, voy á daros dos consejos.

—¡Me espantais!

—Oidme bien, madama. Mañana mismo, si es posible, abandonad esta torre maldita y no volvais á ella, porque sus cimientos están minados por el crímen y puede derrumbarse y aplastar á cuantos en ella habiten.

—¡Cielos!

—Huid, huid de ella cuanto antes.

—¿Y puedo hacerlo por ventura?

—La ocasion es propicia. Mañana tendrá lugar en Reims la ceremonia de la consagracion. Forzosamente debeis seguir á los reyes; seguidlos, pero no volvais aquí.

—¡Oh!

—Falta el segundo consejo: oid. En el programa de las fiestas que han de seguir á la ceremonia de mañana, se anuncia una regata en el Sena, que tendrá lugar de noche. En ella tomarán parte algunos nobles, aficionados á esta clase de ejercicios. Toda la córte, inclusos los reyes y los príncipes de la sangre presenciarán la lucha desde los bateles que exprofeso se les tendrá preparados. Ahora bien, si quereis salvar la vida de vuestro esposo aconsejadle en secreto á mitad de la fiesta que se aleje con vos todo lo posible de enfrente de esta torre.

—¡Qué misterios son estos!

—He concluido señora.

—Pero...

—¿Seguireis mis consejos?

—¿Y cómo no, si en ello me vá la vida? Los seguiré, los seguiré, Buridan amigo.

—Me habeis jurado solemnemente no impedir con traidoras ó imprudentes revelaciones la consumacion de mi venganza.

—Y cumpliré mi juramento aunque me cueste la vida y la vida de mi esposo.

—Lo sé, y por eso deposito en vos una ilimitada confianza.

—Si obro mal... que me perdone Dios.

—Dios permite muchas veces que un crímen se cometa para castigar y aun evitar otros mayores.

—¡Ah!

—Madama,—dijo Buridan poniéndose de pié súbitamente;—es tarde y debemos separarnos.

—¿Ya os vàis?

—Y para no volver.

—¡Cómo!

—Esta debe ser nuestra última entrevista.

—¡Imposible!

—Lo quiere el hado.

—Pero no lo consiente vuestra amiga que os ama y sufriria infinito al verse privada para siempre de vuestra dulce compañia.

—Señora, desde mañana no me pertenezco. Debo entregarme en cuerpo y alma al logro de mi venganza.

—Pero despues...

—Despues un abismo insuperable nos separará por una eternidad.

—¡Dios mio!

—Resignémonos.

—Resignarme á perderlo todo en un instante... ¡Imposible...

—Madama...

—¡Cruel! ¡Cruel!—exclamó Juana vertiendo un mar de amargo llanto.

Buridan tuvo lástima de su acerbo dolor y no vaciló en mentirla una esperanza para darla algun consuelo.

—¿Es vuestro deseo que nos volvamos á ver?—la preguntó estrechándola una mano con cariño.

—Sí, sí.

—Pues bien, nos veremos de nuevo. No importa dónde y cómo. Nos veremos, repito.

—¿Me lo jurais?

—Os lo juro.

—¡Gracias... gracias!

—Ahora...

—¡Oh no os vayais por Dios dejándome en tan horrible incertidumbre.

—No comprendo...

—No os vayais sin revelarme con qué clase de armas contais para consumar vuestra terrible pero justísima venganza.

—¡Ah! ¿Deseais conocer las armas conque cuento?

—Sí por Dios.

—¿Y para qué?

—Para preservarme de ellas.

—Y bien, son estas; miradlas,—dijo Buridan sacando la cajita de plata y mostrando los polvos maravillosos á la condesa.

Esta hizo un movimiento de sorpresa y terror.

—¡Un veneno!—exclamó.

—No es veneno.

—¿Pues qué es?

—Una cosa peor en ciertos casos. Estos diabólicos polvos, tan simples en la apariencia, se llaman *pólvora,* señora. Su inventor, un fraile y químico aleman, me vendió una buena cantidad á un precio fabuloso, y con ellos si quiero...

—Acabad.

—Puedo hacer volar en un segundo el Louvre, y aun París entero.

—¡Horror!

—¿Empezais al fin á comprender cómo y de qué suerte voy á vengar los manes de mis hijos?

—Buridan... ¡piedad para los inocentes!

—¡Ay de aquellos que despedazaron mi corazon directa ó indirectamente!

—¡Perdon!

—He jurado exterminar la raza maldita de los Valois cobardes y asesinos.

—Mi esposo...

—Salvadlo si podeis.

—¡Piedad en nombre del amor que me inspirais..... piedad!

—¡Qué escucho! Esa revelacicn...

—Os amo... os amo hace tiempo con delirio.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, Juana de Borgoña cayó sin sentidos en brazos de Buridan.

CAPITULO XIII.

La venganza de Buridan.

Luis el Hutin pudo lograr al fin su apetecido objeto, y por esta causa se mostraba cada vez ménos pesaroso de haber escuchado los pérfidos consejos de su tio el conde de Valois, quien al dictarlos pensó más en su venganza que en el bien del Estado y el monarca.

El nuevo ministro de Hacienda, el sustituto del procesado Enguerrando de Marigny gozaba de gran popularidad, sus talentos rentistícos eran por todos respetados, los pueblos esperaban mucho de su probidad y honradéz no desmentidas hasta entonces, y todos por lo tanto en fuerza de pensar en lo porvenir se olvidaron de los horrores y miseria del presente, contribuyendo á porfia á sacar de apuros al Erario sin que á nadie le ocurriese murmurar del ministro que inauguraba los actos de su administracion, arrancando en un dia al pobre contribuyente mayor suma que le arrancára en un año su aborrecido antecesor.

Esta condescendencia de los pueblos que entusiasmados

aplaudian la caida del poderoso valido de Felipe IV, colocó á Luis X en posicion de emprender grandes empresas guerreras, pero ante todo necesitaba consagrarse con la nueva reina, vencidas como estaban ya las mayores dificultades, y se consagró en efecto en Reims sin pérdida de tiempo y con gran pompa y solemnidad.

Toda la córte, los príncipes de la sangre y muchos nobles y barones de provincias que habian sido invitados de antemano, asistieron á la solemne ceremonia.

Una vez esta efectuada, dieron en París principio las brillantes fiestas anunciadas con tanta anticipacion y las cuales debian durar tres dias consecutivos.

Y como en la época en que los hijos de Felipe el Hermoso tomaron por esposas á las tres princesas más bellas de Borgoña, el rey regaló á los grandes de su córte vestidos nuevos cada dia; todos los gremios se presentaron lo mejor posible engalanados, cada uno con los distintivos y adornos peculiares á su arte; se construyeron en las plazas teatros adornados con magníficos telones donde se representaron sorprendentes farsas de mágia; tuvieron lugar torneos brillantísimos; manaron vino las fuentes; las milicias de la ciudad, armadas á la ligera, hicieron magníficos ejercicios delante de los reyes, y se dieron banquetes suntuosos en la llanura de San German de los Prados.

Y como entonces tambien, el buen pueblo, la *canalla*, comió tronchos de verdura y mendrugos de pan duro en tanto que sus señores comian manjares regalados, y rió, gritó, gozó á porfia porque todo esto se le permitia hacer sin exigírsele un nuevo impuesto.

Repetimos que las fiestas estuvieron muy brillantes y esplendorosas.

Pero tocaban á su fin con gran pesar del regocijado pueblo.

La noche del tercer dia era llegada.

Desde las primeras horas la mansa superficie del caudaloso Sena se vió materialmente cubierta de bateles engalanados primorosamente.

A una señal dada debian iluminarse sus costados con farolillos de vistosos colores, así como tambien la orilla de ambas riberas, en las cuales danzaba entusiasmado el pueblo á la luz plateada de la luna y al compás de los aires nacionales que tocaban infinitas bandas de músicos colocadas de trecho en trecho para que alternasen durante toda la noche.

Al pié de la escalinata que daba acceso á la célebre puerta del agua de la no ménos célebre y á la sazon más que nunca sombría torre de Nesle, se veian agrupadas hasta veinticinco ó treinta barcas de caprichosa forma, cada una de ellas montada por un solo hombre vestido de marinero.

Aquellos bateles y aquellos hombres de enjuto rostro y de fornido brazo, debian ser los héroes de la nocturna fiesta.

Entretanto los reyes y los príncipes, acompañados de la flor y nata de la nobleza del reino, comian tranquilamente en el Louvre.

Terminado el festin, Luis el Pendenciero que estaba aquella noche radiante de alegría, pronunció algunas palabras al oido de la bellísima Clemencia y se levantó diciendo en alta voz:

—Señores, el pueblo espera impaciente á sus príncipes y al tribunal que ha de presidir su fiesta popular. No le hagamos esperar más tiempo este dia, que harto espera todo el año. Vamos.

Todos entonces se pusieron en movimiento para abandonar la sala del festin y descender á la ribera.

Todos escepto Juana de Borgoña, quien pálida hasta asemejarse á un cadáver, convulsa y agitada tomó á su esposo de la mano, lo condujo al hueco de una ventana y le dijo con temblorosa voz:

—Felipe, me siento enferma.

—¡Enferma!—exclamó Felipe el Largo con espresion de doloroso asombro.—¿Qué teneis, Juana mia?

—No lo sé. Tal vez la agitacion de estos dias... la falta de costumbre...

—¡Cielos! Pálida estais.

—¡Oh!

—Lo pondré en conocimiento de S. A.; avisaré á los doctores...

—No, por Dios. Sería producir una alarma, Felipe mio, y no quiero que por mi causa se interrumpa la fiesta.

—Pero...

—Tranquilizaos: no es mi dolencia tan grave, más como me siento débil, deseo...

—¿Qué deseais?

—Quedarme aquí.

—Juana...

—Quedaos tambien, os lo suplico; no me abandoneis si me amais como decís amarme, y desde esta misma ventana presenciaremos la fiesta.

—Me proponeis un imposible.

—¡Cómo!

—Mi ausencia sería pronto notada por el rey, y causaría lo que vos misma tratais de evitar, la alarma.

—¡Ah!

—¿No lo comprendeis así? Vamos, mi amada Juana, habed tranquilidad, recobrad fuerzas, apoyaos en mi brazo y seguidnos. El puro ambiente de la noche os hará bien.

—¿Os empeñais?

—Os lo suplico.

—¡Sea!—contestó la princesa exhalando un profundísimo suspiro, tomando el brazo que con galantería la ofrecia el conde de Poitiers y siguiendo la comitiva.

Luego murmuró en su interior:

—Buridan amigo, no me acuses jamás de traidora y perjura, pues que por no serlo voy gustosa á esponer mi propia vida.

Al presentarse el monarca en la ribera, esta y las infinitas barcas que cuajaban el Sena se iluminaron de súbito y como por encanto, presentando una perspectiva maravillosa y sorprendente.

Los instrumentos bélicos lanzaron al espacio los ecos de una guerrera marcha y el numeroso pueblo prorumpió en un ¡viva el rey! entusiasta, atronador y prolongado.

Algunos minutos despues Luis el Hutin, Clemencia, Juana, el conde de Poitiers, el de la Marche, el de Valois y toda la nobleza ocupaban sus puestos en los bateles que se les tenia preparados, y se colocaban casi en el centro del rio y frente por frente á la Torre de los Crímenes, de donde en breve debía salir la muerte y el exterminio.

La fiesta de la regata dió comienzo.

Penetremos ahora en los subterráneos de la torre.

Un cuarto de hora antes de tener lugar los acontecimientos que dejamos referidos, Sataniel, de vuelta de París llegaba por la galería subterránea que ya conocen nuestros lectores, cerca de Buridan que le esperaba con impaciencia suma, y le decia con acento breve:

—Hermano, es llegada la hora.

—¡Por fin!...—exclamó Buridan con expresion indefinible.

—¿Está todo preparado?

—Todo, todo.

—¿El barril lleno de esos diabólicos polvos colocado en el centro del túnel que atraviesa el Sena?

—Sí.

—La mecha...

—Dispuesta para ser encendida.

—Bien.

—Pero la córte...

—Abandona el Louvre en este instante.

—¡Satanás... haz que el infame no varíe en un ápice el programa de la fiesta!

—Nada temas.

—¿Estás seguro de que no lo variará?

—Seguro... ¿quién puede estarlo?

—Dices bien: un capricho cualquiera puede salvarle la vida y malograr nuestra empresa. ¡Oh! Diez años de mi vida porque esto no suceda. Satanás... Satanás, oye mi ruego... Coloca al mónstruo y á sus infames sicarios sobre la máquina infernal que tú mismo me ayudaste á construir, y abre despues las puertas de tu reino para recibir la rica y abundante presa que he prometido regalarte.

—Hermano... ¿desvarías?

—¡Perdon, Pedro, perdon! El temor... la duda trastorna mi cerebro.

—Vuelve en ti... recobra calma, pues más que nunca la necesitas en este supremo instante.

—Pulsa mi corazon y te convencerás de que tranquilo late como latir debe el tuyo.

—Pues si eso es cierto obremos sin pérdida de tiempo.

—Sí, sí; salgamos pronto de tan angustiosa situacion.

—Algunos minutos más y todo habrá acabado.

—¡Oh!

—Vamos.

—Espera. Aun no me has dado cuenta del éxito de tus gestiones.

—Todo está preparado para la fuga.

—Los caballos...

—Ocultos en el lugar convenido.

—Nuestro tesoro...

—En poder del judío Samuel.

—Bien.

—Hé aquí la carta que nos debe acreditar en Sevilla cerca de su hermano Saul, en cuya casa tendremos letra abierta por igual cantidad que la depositada en París.

—Bien, bien.

—Guarda este precioso documento.

—¿Temes perderlo?

—¿Quién sabe lo que puede suceder antes que á España lleguemos?

—¡Oh!

—Guárdalo, guárdalo.

Buridan tomó sin replicar la preciosa carta de manos de Sataniel y la ocultó en el seno.

Despues pasaron en silencio al segundo subterráneo.

La gran losa estaba separada de su sitio, y de la estrecha boca que daba paso al túnel que atravesaba el Sena, y en el cual estuvo en otro tiempo enterrado el tesoro de Orsini, salia el extremo opuesto de una delgada mecha hábilmente preparada.

A su lado se veia un relój de arena.

Sataniel lo consultó con atencion.

—¿Qué hora es?—preguntó Buridan con ansiedad.

—Las diez.

—A las diez y cuarto París vestirá de luto como vestido está mi corazon ha tantos meses.

—¿Solo quince minutos tardará el fuego en recorrer la

distancia que nos separa de la máquina diabólica?

—Solo quince.

—Vamos á probarlo,—dijo Pedro tomando la lámpara en su convulsa diestra y avanzando un paso hácia la boca de la mina fatal.

—¡Espera!—le gritó su hermano.—Espara un momento, Pedro mio.

—¿Qué dudas?

—Debemos convencernos antes de que el malvado Hutin está en su puesto y no en la ribera como temo.

—Sube á verlo y avísame con la bocina.

—Sube tú, Pedro.

—No; mi puesto es este. Juré prender fuego á la mecha y cumpliré mi juramento.

—Pero...

—Obedéceme una vez.

—Y bien, voy á subir, haré la señal de fuego si la ocasion es llegada, pero apenas hayas cumplido tu terrible mision reúnete conmigo.

—Lo haré, porque gozar ansío como tú del magnífico y sorprendente espectáculo que vá á tener lugar ante los muros de este maldito alcázar. Vete, vete.

Buridan entonces se precipitó poseido de un vértigo enloquecedor en la escalera de caracol que lo condujo en breve al oratorio de la princesa Juana.

Aunque la torre se hallaba á la sazon abandonada por la servidumbre de la condesa, cerró la puerta interiormente y abrió con sigilo la ventana situada precisamente sobre la puerta del agua.

Despues asomó la cabeza con cuidado.

Un espectáculo sorprendente y delicioso se presentó á su vista entonces.

Centenares de barcas, rodeadas todas de una aureola

de luz, formaban una simétrica línea de combate á ambas orillas del rio.

En el centro y frente por frente de la torre, se hallaba agrupada en delicioso desórden una pequeña escuadra compuesta de diez y seis ó veinte bateles ricamente engalanados.

Formando en primera línea, veíase etro batel de mayores proporciones y de forma más esbelta, el cual ostentaba en un alto mástil el pabellon francés.

En la ribera opuesta, un numeroso pueblo frenético de alegria, se apiñaba y apretujaba sin piedad para seguir con la vista á los sostenedores de la lucha que á la sazon dirigian con la velocidad del rayo sus ligerísimos esquifes en direccion al lugar de los Buenos-Hombres, donde se hallaba constituido el jurado que habia de adjudicar el premio al que primero llegase.

Todos estos detalles que dejamos apuntados los abarcó Buridan con una rápida ojeada.

Aunque por la distancia le era imposible reconocer á los personajes de ambos sexos que montaban los bateles agrupados en el centro del rio, bastólo ver ondear el pabellon francés en uno de ellos para convencerse de que el rey, los príncipes y los principales señores de la córte estaban allí como para desafiar la cólera del ángel de las venganzas.

Aceptando aquel reto abandonó la ventana, se asomó á la escalera secreta, cuya puerta habia dejado abierta, se aplicó á los lábios una pequeña bocina de plata que pendia de su cuello por un cordon de seda y oro y lanzó una aguda nota que los ecos de las bóvedas repitieron sordamente.

Cuatro minutos despues Sataniel se hallaba á su lado.

Traia en una mano la lámpara y en la otra el reloj de

arena que colocó sobre el reclinatorio.

—¡Imprudente!—exclamó Buridan ocultando en un rincon la luz que podia delatarlos.

—¡Ah! Perdóname: no sé lo que me hago,—dijo Pedro pasándose una mano por la frente abrasada por la fiebre.

—¿Prendiste fuego á la mecha?

—La máquina infernal estallará brevemente.

—¡Que Dios se apiade de las almas de las inocentes víctimas que haga! Pero nó, no puede haberlas: solo los culpables morirán.

—¡Ay!

—Mira, hermano,—añadió Buridan conduciendo á Sataniel á la ventana y obligándole á contemplar el rio.—¿Ves aquél grupo de barcas?

—Allí están los malvados.

—Y solos... colocados precisamente sobre el túnel que atraviesa el Sena... sobre la máquina infernal... ¡Oh! Ninguno escapará, ninguno, y en tanto el pobre pueblo nada sufrirá en la catástrofe porque parece que la mano de Dios lo ha separado del abismo.

—Sí, el pueblo se salvará... ¿Pero y los otros inocentes?

—¿De qué inocentes hablas?

—De la reina, de la princesa Juana, de su esposo...

—Tranquilízate: los condes de Poitiers no están ahí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¡Loado sea Dios!

—Pero advierto que trascurre el tiempo y la catástrofe no llega.

—¡Cielos! Solo faltaba...

—Veamos que tiempo ha trascurrido.

Y corrieron afanosos para consultar el relój de arena.

—¡Veinte minutos!—exclamó Sataniel.

—¡Maldicion! La mecha se ha apagado.

—¡Lo temia!

—Corro á avivar su llama.

—Espera. Esa operacion está á mi cargo.

—No puedo permitir que expongas tu preciosa vida.

—¿Y he de permitir yo que la tuya expongas?

—Corramos, pues, á la vez y el que primero llegue...

—Adios, hermano, adios. Hasta luego ó hasta la eternidad.

Y dicho esto Sataniel desapareció corriendo como un demente por la escalera secreta despues de cerrar la puerta con violencia.

Al ver tan heróica accion Buridan exhaló un grito de espanto, tomó precipitadamente la lámpara sin cuidarse de ocultar los rayos de su luz, buscó en el muro el simulado resorte, abrió la puerta y corrió tras de su hermano bajando de seis en seis los peldaños de la tortuosa escalera.

Pero en tanto que ellos corrian en busca de la muerte Luis el Hutin huia presuroso del peligro que bajo sus piés tenia.

Juana de Borgoña, acosada por los remordimientos ó no queriendo hacerse cómplice de tan horrendo crímen se lo habia confesado todo en un momento cayendo despues sin sentidos en brazos de la jóven reina, y por esta causa en el instante mismo en que ambos aventureros salian del oratorio para avivar la llama de la mecha fatal, los nobles tripulantes de la pequeña flota desembarcaban aterrados y en confuso tropel en la ribera opuesta.

Mas al huir los unos del peligro, otros cien se lanzaron á él desatentados aunque ignorantes de su existencia.

Los bateleros al notar la precipitada fuga de los reyes lanzaron en tropel sus barcas para saber lo que ocurria y hubieran ocurrido más desgracias al reventar la mina y elevar las aguas en aquella parte del rio á una altura prodigiosa, á no impedirlo el mismo rey con las voces que les dió para que se retirasen.

Cuando Buridan llegó jadeante al subterráneo, Sataniel ya no se hallaba allí.

Era indudable que habia penetrado en el túnel para prender de nuevo fuego á la apagada mecha.

No bien habia tenido tiempo de dar algunos pasos cuando un horrísono estampido que hizo retemblar el sólido edificio, lo derribó en tierra, brusca é instantáneamente.

La máquina infernal, cuya explosion llenó de espanto al pueblo de París, funcionó al fin como esperaba su inventor, pero hizo al temerario Sataniel su primera víctima, sin que la venganza de Buridan quedase satisfecha, ni por lo tanto vengados los manes de sus tiernos hijos, de Margarita de Borgoña, de Blanca-flor, de la duquesa de Lyon y Polioni.

EPÍLOGO.

I.

Despues de estos terribles acontecimientos y de ver frustrada su colosal venganza de la suerte que acabamos de indicar, Buridan, que en el espacio de tan pocos meses habia perdido á su madre, á sus hijos, á su esposa, á su hermano y á otros muchos séres á quienes habia amado como sabia amar su corazon de fuego, huyó de Francia con el resto del tesoro del infame Octavio Orsini y se refugió en Alemania donde se entregó con ardor al estudio profundo de las ciencias, para tornar á París algunos años más tarde resuelto á cambiar su armadura de caballero por el traje de profesor de filosofia, como lo verificó sin grande obstáculo y sin que nadie pudiese reconocerlo despues de cambiar el nombre.

Este Buridan, dice un sábio escritor, ha tenido en las escuelas del siglo XIV una extrema reputacion.

Como era de la secta de los *nominaus* fué expulsado de París por la de los *riaus* y se retiró á Alemania.

Este famoso discípulo de Okam tiene hechos comentarios sobre la lógica, la moral y la metafísica de Aristóteles, que alcanzaron un prodigioso suceso. El sábio Naudé que ha leido estas obras las encuentra muy superiores.

Algunos historiadores han pretendido que Buridan no era contemporáneo de Margarita de Borgoña.

Están en un error.

Es cierto que despues de la muerte de esta reina fué cuando este personaje adquirió la gran reputacion de filósofo de que acabamos de hablar; pero no es ménos positivo que Buridan habia sido paje del duque de Borgoña Roberto II, y el amante de Margarita, hija de este príncipe y mujer de Luis X, llamado el Hutin, entonces rey de Navarra, y que esta reina, que le temia por los muchos secretos que podia descubrir, intentó asesinarle en la torre de Nesle.

Este último hecho está testado por los versos del poeta Villon en su *Ballade des dames du temps jadis.*

La opinion de Bayle es igualmente conforme á la tradicion, confirmada por los numerosos y laboriosos trabajos que hemos hecho sobre esto. (1)

II.

De la prision á la muerte no debia mediar mucho tiempo para Enguerrando de Marigny.

---

(1) Historia de la torre de Nesle.

Dijimos que habia sido encerrado primero en la torre del Louvre y luego en el Temple.

Las opiniones respecto del ministro, fueron unánimes.

Habia sido omnipotente en su influencia; era rico; habia manejado los tesoros del reino; durante su administracion se habian establecido muchos impuestos, y por lo tanto no podia dejar de ser culpable.

Sus amigos, sus protegidos, los hombres á quienes habia enriquecido con sus larguezas, se escondieron y solo halló defensores en su familia, pero se atribuyeron sus dilapidaciones á sus parientes y se les suscitaron acusaciones para alejarlos y reducirlos á la imposibilidad de solicitar gracia.

III.

Sabíase que era muy amigo suyo un célebre abogado llamado Paulo de Presle, que hubiera podido tomar su defensa y abogar victoriosamente por su causa, pero fué preso, abrumado con una acusacion calumniosa y despojado de sus bienes, que no le fueron devueltos cuando se le declaró inocente.

Como á pesar de las vivas diligencias que se hacian para multiplicar y agravar los desmanes de que se acusaba al superintendente, solo se presentaban inculpaciones vagas y mal probadas, se esparció con profusion una especie de proclama que invitaba «á los ricos y á los pobres y á todos aquellos á quienes Enguerrando hubiese perjudicado, á

que se presentasen en la córte del rey para presentar sus quejas, pues se les administraría recta y rígida justicia.»

Nadie se presentó, pero á fuerza de aglomerar acriminaciones sobre acriminaciones sin pruebas ni verosimilitud, se consiguió formar un acta de acusacion.

IV.

Enguerrando fué trasladado al castillo de Vincennes para comparecer ante una asamblea presidida por el rey, á quien acompañaban muchos señores y prelados.

Un abogado llamado Juan Bauniere, tomó la palabra por órden del conde de Valois.

Segun la práctica de aquel tiempo, empezó por un texto tomado de la Sagrada Escritura.

Despues de varias citas del Viejo Testamento, que procuró adoptar al asunto, «adujo los ejemplos de las serpientes que desbastaban la tierra en el Poitou en tiempo de San Hilario, y comparó esta serpiente á Enguerrando, á sus parientes, amigos y afiliados, y de aquí descendió á enumerar los casos y los delitos.»

Habló de la alteracion de la moneda; de los impuestos conque se habia agoviado al pueblo; de las sediciones que de esto habian resultado; de los donativos inmensos obtenidos del rey difunto por medio de villanos ardides; de los robos de sumas destinadas al Papa y á sus parientes; de las cartas en blanco selladas y arrebatadas por sorpresa al canciller, que debia presumirse habian sido cu-

biertas con cuentas falsas, á no ser que el acusado justificase la inversion de las cantidades citadas; del desmonte de los bosques; de muchos negocios utilizados en beneficio propio á espensas de los particulares; de las órdenes expedidas sin mandato expreso del rey; de la correspondencia oculta mantenida con los flamencos; del oro obtenido de estos para hacer estéril la última expedicion; y para no omitir cargo alguno, Juan Bauniere acriminó la insolencia de hacer colocar su estátua en la escalera del palacio que habia construido por órden del monarca.

Marigny pidió que se le dejára responder, y en verdad hubiera podido hacerlo victoriosamente respecto de muchos cargos, é insistió en que se probasen los desafueros de que se le acusaba, pero se le negó todo y despues de aquella escena humillante á la cual habia sido llamado para que apurase la copa de amargura que sus enemigos le presentaban, «fué de nuevo conducido al Temple, sujetado con gruesas cadenas de hierro y custodiado con la mayor vigilancia.»

V.

El jóven monarca estimaba justas las peticiones del acusado, y advirtiendo además que las acusaciones eran vagas y destituidas de fundamento, deseaba devolverle la libertad y absolverlo, pero temia á su tio.

Pidió á éste que el superintendente fuese desterrado y vigilado en la Isla de Chipre, de donde se le llamaría

cuando pareciese oportuno volver á tratar este asunto con más calma.

Pero no era esto lo que pretendia el poderoso enemigo de Marigny: deseaba su muerte, y aquella respuesta enérgica del superintendente cuando el conde le preguntaba qué habia hecho de los caudales públicos, «os he dado una gran parte» induce á sospechar que Valois temia la luz que podia arrojar un proceso en debida forma.

Sin embargo, como conocia la debilidad y la inesperiencia de su sobrino, no desconfió, atacándole con las armas de la superoticion, de hacer atropellar el juicio.

VI.

Creíase á la sazon en la existencia de hechiceros que por arte mágica podian poner en tan íntimo contacto las figuras de cera que hacian y las personas á quienes aquellas representaban, que estas sufrieran en su cuerpo los tormentos que el mago queria al parecer aplicar á las figuras, de manera que cuando pinchára esta ó aquella parte de la imágen, la persona representada experimentára el dolor en la misma parte; y por último, un pinchazo con la aguja en el corazon de la figura, matara al paciente despues de muchos dolores.

Esparcióse, pues, de repente el rumor de que la mujer de Enguerrando y su hermana recurrian á los sortilegios para salvarle, y que «habian hechizado al rey, al señor conde Cárlos y á otros barones, de manera que sino

se aplicaba el remedio lo más pronto posible, el rey, el conde y los barones se desmejorarian, se secarian y moririan en breve de mala manera.»

Para dar á estos rumores populares un barniz de verdad á los ojos del jóven monarca y del público, se prendió á un hechicero, á su mujer y á su criado, y se mostraron al rey algunas figuras agujereadas y sanguinolentas, halladas, segun se decia, en su casa.

Aquel desgraciado se ahorcó en la prision ó lo fué secretamente, y este acto de desesperacion, presentado al rey como una prueba y confesion del crímen, así como el proceso instruido á la mujer y al criado, quemada aquella y ahorcado á este, produjeron en el apocado monarca una plena conviccion.

Declaró que *retiraba su proteccion de Marigny,* y le abandonó al conde de Valois.

VII.

Entonces el príncipe convocó en el castillo de Vincennes algunos barones y caballeros, hizo leer ante ellos y el acusado las mismas acriminaciones contenidas en el primer informe, y á ellas se agregó la de maleficio y sortilegio.

Marigny protestó lleno de horror contra esta acusacion y pidió ser oido respecto de las otras; pero nadie le escuchó, y sin ninguno de los trámites legales empleados en las causas criminales, y ápesar de su calidad de caballero,

de conde de Longueville y de las altas dignidades de que se hallaba investido, fué condenado al suplicio infame de la horca, ejecutado, y su cadáver suspendido del patíbulo de Mont-faucon que habia mandado construir.

Caminó á la muerte con tranquilidad y firmeza, diciendo al pueblo:

—«Buena gente, ruega por mí.»

Aquel pueblo á quien su grandeza habia ofuscado, no se mostró insensible á su infortunio; el mismo encono de sus enemigos espiró con él, y dejaron declarar inocentes á su mujer y su hermana, acusadas de hechiceras; y sus hermanos, el uno arzobispo de Sens y el otro obispo de Veanvais, fueron absueltos del crímen de haber envenenado á Felipe el Hermoso, crímen que se les habia imputado para que les fuese imposible pedir gracia en favor de su hermano.

Muchos de los amigos del superintendente recobraron el crédito de que gozaban en la córte, pero no sus bienes que quedaron en poder de los que habian obtenido la confiscacion.

VIII.

Si el suplicio del infortunado Marigny fué acompañado de todas las circunstancias propias para mancillar su memoria, tampoco en tiempo alguno se dió más brillante reparacion.

Desde luego el rey que se habia dejado arrastrar por

las pérfidas insinuaciones de sus enemigos, manifestó muchas veces gran pesadumbre, y en su testamento legó una suma considerable á la familia de Marigny, en consideracion, dijo, «del inmenso infortunio que le habia sucedido,» pero no hay ejemplo en la historia del aparato con que el conde de Valois señaló su arrepentimiento.

Acometido de una cruel enfermedad, cuya causa no alcanzaba el médico, reconoció humildemente que la mano de Dios pesaba sobre él, en castigo del proceso instruido al señor Enguerrando.

Hizo conducir con pompa su cuerpo á la iglesia de Econis, en la cual el superintendente habia mandado construir una capilla.

Valois hizo en ella varias fundaciones, y como la enfermedad aumentaba con los más agudos dolores, mandó distribuir una limosna general en París, ordenando á sus dependientes que dijesen á cada pobre:

—«Rogad á Dios por el señor Enguerrando de Marigny, y por monseñor Cárlos de Valois.»

No consideramos del todo inocente á Enguerrando.

¿Quién es el hombre que revestido de un poder absoluto y con una grande administracion no comete faltas?

Pero su verdadero crímen, el que la posteridad le ha imputado, de acuerdo con sus contemporáneos, es el de haber favorecido la pasion de Felipe el Hermoso por el fausto y despilfarro, inventando y empleando toda clase de medios para abrumar con impuestos al pueblo.

Sin estos ministros, torpemente aduladores y cobardemente dóciles, pocas veces habria monarcas opresores.

IX.

La muerte de Marigny no libró á la Francia de la carga de los impuestos.

Parece que los que le sucedieron en el manejo de los fondos públicos fueron tan fecundos como él en punto á inventar gabelas.

Los flamencos creyeron que el principio de un reinado era un momento favorable para eximirse de pagar las cantidades que se obligaran á entregar en tiempo de Felipe el Hermoso.

Luis se decidió á compelerlos al pago por medio de las armas, pero el Erario estaba exhausto y para llenarlo se apeló á una fórmula deprecatoria por decirlo así, á un medio de insinuacion, en lugar del tono imperativo de los edictos pecuniarios usado hasta entonces.

Ya dijimos antes que el rey convocó la nobleza y el pueblo, á cada uno en las capitales de las senescalías para exhortarles á que les suministrasen subsidios extraordinarios; que concedió el derecho de vecindad á los mercaderes italianos; que estimuló al clero á pagar un diezmo; que vendió algunos empleos de judicatura, y que propuso primero y obligó luego á comprar cartas de emancipacion á los siervos de la corona.

Así, pues, durante el reinado de Luis el Hutin tuvieron lugar tres innovaciones que en lo sucesivo ejercieron una gran influencia en la constitucion del reino: la asamblea

de la nobleza y del pueblo, por senescalías, orígen de los Estados generales, la venta de los cargos públicos y la disminucion de la esclavitud.

X.

Las pesquisas severas contra otros empleados, las multas y las confiscaciones compuso una suma que puso á Luis en estado de levantar un brillante ejército que condujo contra los flamencos, pero el cielo peleó á favor de estos.

Las lluvias contínuas del otoño y del invierno, habian empapado la tierra y convertido á Flandes en una laguna cenagosa.

Los franceses se adelantaron hasta Courtray y sitiaron esta ciudad, pero además de que el agua brotaba donde quiera que se emprendian trabajos, ni aun se podia hallar un terreno sólido para fijar las tiendas de campaña.

Los hombres estaban sepultados en el fango hasta las rodillas y los caballos se hundian en él hasta las cinchas.

Cuanto más se avanzaba, más imposible se hacia traer víveres al campamento, y el ejército francés llegó á carecer de ellos absolutamente, así como de municiones.

Luis se vió precisado á levantar el sitio, dejando en el fango carros, arneses y equipajes, y á volver á Francia con sus batallones derrotados, tristes restos de un ejército tan floreciente dos meses antes.

XI.

Luis sobrevivió poco á tamaño desastre y murió en el mes de junio por haberse sofocado escesivamente, segun dicen algunos, jugando á la pelota en las horas mas calorosas del dia, y haberse luego retirado á una gruta, cuya grata frescura le produjo una fiebre que le condujo al sepúlcro.

Otros opinan que fué envenenado, sin que se sepa por qué ni por quién.

Las crónicas contemporáneas dicen que era enérgico, pero poco entendido en materias de gobierno; es decir, que deseaba el bien pero que no lo hacia.

No obstante, debe observarse que habiendo muerto á los veintitres ó veinticuatro años, hizo en diez y ocho meses reglamentos que aseguraban la libertad de las iglesias, las prerogativas de la nobleza y la felicidad de los pueblos; así mismo dió estabilidad al valor de las monedas por medio de sábias providencias que fijaban el título y el cuño de las especies señoriales, bajo la pena de que los que se separasen de ellos perdiesen su derecho de acuñacion.

Existe todavía un edicto suyo muy notable, en el que se prohibía, bajo cualquier pretesto que fuese, turbar á los labradores en sus trabajos, apoderarse de sus bienes, de sus personas, de sus aperos, de los bueyes y de todo lo que sirve á la agricultura.

Mediante esta ley y la de las emancipaciones, por el principio de la venta de los destinos públicos, y por el embrion, digámoslo así, de los Estados generales, su reinado, así como el de su padre, hace época en la historia de Francia.

XII.

Hásele llamado Hutin, como si dijéramos turbulento, batallador.

A semejanza de su padre y hermanos, era gallardo y apuesto, alegre hasta rayar en bullicioso, afectuoso y afable.

Dotado de estas cualidades, ¿cómo no halló preferencia en el corazon de Margarita?

Sin duda pasó dias más felices con Clemencia, á quien dejó embarazada de tres meses.

XIII.

Felipe, conde de Poitiers, hermano del difunto monarca, se hizo cargo de la regencia esperando el nacimiento del hijo póstumo de Clemencia.

Su primer acto fué convocar en el Louvre los grandes señores y los pares.

Tambien se dió á esta reunion el nombre de Parlamento.

Decidióse en ella que si Clemencia paria un príncipe, Felipe desempeñaria la regencia y la tutela por espacio de diez y ocho años, y que seria rey si nacia una princesa.

La asamblea concedió al regente los derechos de regalía en toda su plenitud, y Felipe usó de ellos como soberano.

Durante su regencia se presentó un asunto importante en sí mismo y más aun por sus consecuencias, puesto que fué una de las causas principales de la guerra que estalló entre la Francia y la Inglaterra y duró ciento veinte años.

El condado de Artois habia pasado á la casa de Francia por el matrimonio de Isabel de Hainaut con Felipe Augusto.

San Luis lo habia dado en heredamiento á su hermano Roberto, muerto en la batalla de Massoura, en Egipto.

Su hijo Roberto II tuvo dos, Felipe y Mahaud, esposa de Othon, conde de Borgoña.

Felipe falleció antes que Roberto II, su padre, y dejó un hijo llamado Roberto III en edad muy tierna.

Cuando Roberto II murió, su hija Mahaud se apoderó del condado de Artois, como directa y única heredera y en virtud de la costumbre de Artois, en donde la representacion no tenia lugar, y en donde por consiguiente el nieto no podia representar á su padre, que habia muerto antes de la declaracion de la sucesion.

No obstante, el sobrino de Mahaud lo revindicó de esta.

El proceso se instruyó ante el tribunal de los pares de

Francia, los que decidieron con arreglo á la costumbre, que el condado pertenecia á la tia.

Esto ocurrió en tiempo de Luis el Hutin.

Durante la regencia, el sobrino renovó sus pretensiones y empezó las hostilidades que causaron grandes disturbios en el país, cuyas opiniones se repartian entre la tia y el sobrino.

El regente apeló á las armas, y obligó al jóven Roberto á ceder y á constituirse prisionero, mientras se instruia de nuevo el proceso ante el Parlamento.

XIV.

Despues de un exámen de dos años, este tribunal pronunció un fallo conforme al de los pares y frustró las esperanzas del jóven príncipe.

No obstante, para indemnizarle, se obligó á Mahaud á que señalase pensiones sobre el condado, tanto para él como para su madre y una hermana que tenia, y para consolarle se le dió por esposa á la princesa Juana, hija mayor del conde de Valois, el enemigo de Marigny, y se erigió en pairía el condado de Beaumont-le-Rocher, que Luis el Hutín le habia dado como reparacion cuando habia perdido su pleito en primera instancia.

La segunda fué ratificada por la firma ó sello no solo de las partes interesadas, sino tambien de todos los príncipes, parientes y amigos con el regente á la cabeza, y el negocio se consideró como definitivamente orillado, pero en rigor solo era aplazado.

XV.

La reina dió á luz un niño llamado Juan, que solo vivió ocho dias.

«Sin motivo alguno, dice el P. Daniel, algunos autores no le colocan en el número de los reyes de Francia.

»Adquirió este título al nacer y le lleva en algunos documentos del tesoro de las cartas.»

El conde de Poitiers, regente, le mandó hacer exequias reales y tomó el cetro.

XVI.

Felipe el *Largo*, llamado así por su estatura alta y delgada, solo tenia veintitres años cuando subió al trono.

Es difícil dar interés á un reinado sin guerras y sin intrigas, no obstante, el de Felipe el Largo, aunque desprovisto de estos apoyos de la historia, puede atraer la atencion del lector.

Despues de más de ocho siglos que existia la monarquía, la corona, con tres escepciones (en 557, en 566 y 878) que no habian sido bastante marcadas, habia pasado siempre de varon en varon, y no se habia presentado una ocasion de discutir solemnemente si podia adornar las sienes de las mujeres.

La opinion contraria á la pretension que estas hubieran podido tener, prevalecia en los ánimos y se fundaba en una antigua ley llamada la *ley sálica*, cuya fecha y razon filosófica se ignoran.

Puede suponerse que los capitanes conquistadores que en el reinado de Clodoveo se formaron grandes *señoríos*, establecieron por costumbre que estos serian poseidos exclusivamente por el sexo guerrero, capaz de defender su integridad; y por lo mismo el cetro, tipo del principal señorío, no debia ser empuñado sino por una mano robusta y propia para manejar las armas.

XVII.

Nos resta hablar de la princesa Juana de Borgoña.

De Blanca su hermana, nada nos dice la historia despues de consignar que fué trasladada del castillo de Gaillard á la abadía de Maubuisson algunos dias antes de tener lugar allí mismo la ejecucion de su amante Felipe d' Aunoi.

Hemos visto que la condesa de Poitiers fué declarada inocente, y hemos visto tambien que su jóven esposo se reconcilió con ella cuando tuvieron lugar las bodas de su hermano con Clemencia de Hungría, pero cuando subió al trono despues de la muerte de Luis el Hutin, y sin que se sepa la causa, la rechazó de nuevo de su lado y la condenó para siempre á vivir en la sombría torre de Nesle, teatro de sus aventuras amorosas y aun de sus horribles crímenes.

Y en la mayor afliccion y desconsuelo pasó la cuitada princesa muchos años, sin que su vanidad de mujer se viese una sola vez halagada con el título de reina.

Corria el de 1321.

Habia á la sazon en las prisiones del Chatelet un personaje poco importante por su nombre y su nacimiento, pero que habiendo sido intendente de muchos ricos señores, logró por todos los medios posibles reunir una fortuna considerable, gracias á la cual habia creido usar con los aldeanos y villanos el mismo tratamiento que los grandes feudatarios usaban con sus vasallos; de tal suerte que un dia, impaciente por las reclamaciones de un arrendador á quien habia arrendado demasiado caro, y el que juzgaba no haber razon ni justicia para ello, mandó de una estocada en el pecho al pobre diablo llevar sus reclamaciones al otro mundo.

Este hecho no tuvo lugar sin causar gran sensacion y tumulto.

A los gritos del moribundo acudió gran número de gente del pueblo, y habiendo sabido lo que acababa de suceder, todos á porfia empezaron á saquear la casa de este villano que encerraba gente de su estofa, y á pesar de la cual lograron apoderarse de su persona para entregarla al juez, que como siempre sucede, llegó cuando todo estuvo concluido.

El crímen era patente.

Cien personas ó más lo atestiguaron.

El culpable no era noble y por lo tanto fué condenado á la horca.

XVIII.

No sabemos qué impúdico pícaro enriquecido ha dicho:

—No se ahorca á un hombre que tiene cien mil libras de renta.

Parece ser que el criminal que nos ocupa participaba de la misma opinion que el pícaro mencionado, pues despues de haber oido leer la sentencia de su muerte, en lugar de pedir un sacerdote, envió á decir al preboste de París que le rogaba fuese á oirle un breve instante.

El preboste, que se llamaba Capetal, no era rico pero tenia buena disposicion para llegar á serlo y estaba siempre dispuesto á no desperdiciar la ocasion que se le presentase.

Fué, pues, á ver al condenado, el que sin pérdida de tiempo le hizo presente lo altamente ridículo que seria mandar á la horca á un hombre de su importancia.

—¡Bah!—dijo el preboste con desprecio.—Nosotros hemos visto ahorcados á más grandes señores que vos, y entre ellos á monseñor Enguerrando de Marigny.

—Monseñor de Marigny,—dijo el condenado,—habia hecho al rey Luis el Hutin mucho mal para que no le sucediese tal desgracia, pero yo no estoy en el mismo caso.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

—Explicaos.

—La córte y el rey nuestro señor no tienen que ver nada aquí.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Pues quién?

—Vos.

—Explicaos.

—Vos, caballero, á quien encomiendo este negocio y si os agradan tres mil libras de buena y fuerte moneda...

—¡Hum!—murmuró el preboste que ya habia tomado su partido.—Tres mil libras son ligeras para contrapeso de la vida de un hombre, pues la sentencia dictada es preciso ejecutarla.

—¡Ah caballero! ¿Falta algun pobre diablo que ahorcar para que os embaraceis hasta ese punto?

Este miserable decia verdad.

Nunca faltaban gentes buenas que matar en castigo del más insignificante delito, pero la justicia, más espeditiva que la de nuestros dias, era todavía más lenta, de suerte que no habia entonces en las prisiones un condenado de baja estofa á quien fuese posible ejecutar en vez de este hombre que podia contar con el verdugo lo mismo que con los jueces.

Esta era una gran dificultad.

Sin embargo, el intendente no perdia aun las esperanzas, comprendiendo que en el punto á donde habian llegado las cosas era preciso reflexionar para vencer todas las dificultades.

—Señor,—dijo despues de algunos momentos de silencio;—pongamos cuatro mil libras en escudos de oro de buena ley y vos cuidareis de encontrar un villano á quien colocar en mi lugar y sitio.

—Esto no es cosa tan fácil como imaginais,—respondió el preboste, despues de haber reflexionado algunos instantes;—pues todavía falta leerle la sentencia por el escriba-

no de justicia en presencia del verdugo, y el villano no dejaria de gritar que no es el hombre mencionado en ella, y todavía, aunque no diga nada, falta ganar al atormentador que conoce á las gentes como el alconero á sus alcones, y falta tambien hacer callar al monge confesor del paciente.

—Pongamos, pues, cinco mil libras en razon de tantos inconvenientes, única cantidad que puedo reunir.

—Guardad silencio que ya os avisaremos,—dijo Capetal, y se ausentó del calabozo.

XIX.

La misma noche en que tuvo lugar esta conversacion, el preboste envuelto en una capa y el caperote sumergido hasta los ojos, entró en una barca á poca distancia del hotél de Saint-Paul y se hizo conducir á la isla de San Luis, que no era entonces más que una especie de huerta en donde se elevaban algunas chozas de tierra cubiertas de cañas y habitadas por pobres pescadores.

Estos desgraciados, á quienes devoraba la fiebre durante seis meses del año, tenian la obligacion de partir con las gentes del rey el producto de su penoso trabajo que era insuficiente para alimentar á sus familias cuando no traspasaban los límites de la legalidad.

Las riñas por lo tanto eran frecuentes entre ellos y los agentes de la autoridad.

Así, pues, en uno de estos encuentros un pescador llamado Pedro Chanoux habia tenido la desgracia de herir gravemente á uno de los agentes.

Detenido por este incidente, el desgraciado se habia entregado desde aquel momento á la mayor desesperacion.

Dejaba en la cabaña á su mujer, demasiado débil para soportar las privaciones, y á tres niños pequeñuelos.

Aterrado ante la idea de que estos infelices á quienes tanto amaba llegáran á morir de hambre, intentó ahorcarse desde luego en el calabozo.

XX.

A la familia de este prisionero era á la que Capetal iba á visitar á media noche.

Habia pensado, y no sin alguna razon, que puesto que Pedro habia querido darse la muerte cuando esta no hubiera hecho más que agravar la posicion de su pobre familia, se dejaria ahorcar voluntariamente por mejorar la suerte de su mujer y de sus hijos que le eran tan queridos.

Para negociar sobre esto iba á la isla de San Luis.

Estando en ella se hizo indicar la cabaña de Pedro Chanoux á donde llegó bien pronto para encontrar, como esperaba, á la madre y los niños tiritando sobre una cama de cañas secas, cerca de la que habia una especie de lámpara en la que ardia grasa de pescados.

XXI.

Sacando entonces de debajo de su capa pan y algunas provisiones, sin darse á conocer se las ofreció á la esposa del pescador, y cuando hubieron los cuatro satisfecho su hambre, continuó su obra de seduccion.

—Mujer,—la dijo con paternal acento;—os he tomado gran afecto y os quiero ayudar poderosamente á llevar mejor vida que la que habeis traido hasta hoy. Hé aquí una trientena de sous parisiens que recibireis mientras esperais más, pero es preciso para que todo vaya bien, obligar á Chanoux á seguir mis consejos, para lo cual me entregareis algun objeto que él sepa os pertenece y con el que yo pueda hacerle comprender que solo trato de hacerle bien.

Y diciendo esto puso el dinero en la mano de la pobre mujer, la que despues que la sorpresa y la alegría la permitieron contestar, sacó de un dedo un pequeño anillo de plata, única alhaja que habia poseido en su vida.

Este era el anillo nupcial, regalo de su marido, que no podia desconocerlo.

Cuando el cauteloso preboste lo tuvo en su poder, abandonó la choza despues de recomendar á la esposa de Pedro que por la mañana fuese á ver á su marido, prometiéndola que llegaría hasta él sin ninguna dificultad.

XXII.

En efecto, por la mañana la pobre mujer llegó cerca de Pedro á quien contó todo lo sucedido la víspera, conjurándole despues á que siguiese religiosamente los consejos de aquel hombre cuya aparicion milagrosa habia arrojado un rayo de alegria en su miserable cabaña.

Chanoux estaba dotado de una de esas organizaciones privilegiadas que hacen al hombre obedecer los impulsos de su corazon.

—Mujer,—la dijo con el mayor entusiasmo;—bendigo á ese salvador que puede venir á mí tan pronto como guste. Si le hacen falta mi sangre y mi vida, se las daré gustoso si él me asegura que en mi vieja morada no habrá jamás necesidades.

El desgraciado estaba muy lejos de imaginar que era su vida en efecto lo que queria comprar el pretendido bienhechor, pero no debia tardar en saber á qué atenerse.

XXIII.

Apenas su mujer partió para volver cerca de sus hijos, cuando el carcelero vino en busca del pescador para conducirlo á la presencia del preboste, el cual le dijo en el

momento que su causa estaba mal, puesto que el hombre á quien habia herido habia muerto, pudiendo esperar por lo tanto el ser ahorcado.

—Pero tengo piedad de tí, muchacho,—añadió,—porque eres padre, y en prueba de ello fuí á pedirle gracia al rey nuestro señor, más Monseñor Felipe está muy irritado, tanto que ni aun quiso escucharme luego de saber que de tí se trataba.

—¡Pobre Teresa!—exclamó el prisionero con amargura.—Te has alegrado demasiado pronto.

—No te aflijas, Chanoux.

—¡Ay!

—Yo puedo hacer menos desesperada tu posicion de padre y de esposo amante.

—No comprendo...

—Tu mujer tiene recibida de mí una suma suficiente para atender á sus primeras necesidades.

—Ya me lo ha dicho, y os doy por ello...

—Tampoco tiene á otra persona más que á tí que la deje por heredera de veinte buenos escudos de oro que voy á contar en el momento, y que tú legarás por oficio del guarda-notas que puedo hacer llamar en el instante.

—¡Ah señor! Que monseñor Dios os conceda grande y escojido sitio en el Paraiso si lo haceis así.

—Para ello no te impongo más que una condicion.

—¿Cuál es?

—La siguiente.

—Que no digas nada de lo que ha pasado aquí entre nosotros y que te dejes colgar como bueno y sin miedo, sufriendo el trance desgraciado aunque te se llame con otro nombre que no sea el tuyo.

—Monseñor, soy vuestro en cuerpo y alma, y estoy

pronto á demostraros que un villano tiene tanta palabra como un noble.

—Así me gustas, Chanoux.

—¡Veinte escudos de oro!.. ¿Habeis dicho veinte, monseñor?

—Y nada quiero rebajar, contando con que tú te mostrarás obediente.

—Juro...

—Y todavía te quiero probar que hombre soy de buen consejo y que no te he mandado llamar hoy para favorecerte, sino despues de haber recibido esta joya en señal de reconocimiento, la cual te presento á fin de que no tengas duda de mis buenas intenciones.

Y el miserable mostró al prisionero el anillo de plata que debia darle á conocer como al bienhechor de su familia.

Esto no hizo mas que afirmar la resolucion del desgraciado que prometió todo lo que quiso el infame preboste, recibiendo en el acto la suma prometida y despues de haber tomado todas las medidas necesarias para que llegase íntegra á su mujer.

Luego se preparó á morir valerosamente.

XXIV.

Las cosas pasaron desde entonces á satisfaccion de Capetal.

Mediante una suma parecida á la que habia entregado al pescador, se aseguró del concurso del verdugo, quien además le debia obediencia absoluta.

Chanoux se extremeció al escuchar la lectura del tribunal, entrevió una parte de la verdad y pareció pronto á hablar, pero el preboste que estaba presente le enseñó el anillo de plata y el desgraciado se detuvo.

¿Qué le importaba desde entonces que se le ahorcara por otro cuando en todo caso el preboste era el dueño de su suerte y cuando de todas maneras su muerte era segura?

Nada.

XXV.

Capetal fijó la hora de la ejecucion, despues escribió la órden para poner en libertad á Pedro Chanoux el pescador, y haciéndola llevar á casa del ex-intendente, cambió esta órden con las cinco mil libras prometidas.

XXVI.

Dos horas despues se conducia á Chanoux á la horca.

El desgraciado no profirió ni una sola queja.

Llegado al pié de la escalera fatal, subió sus peldaños sin temblar, y pasándole el verdugo la cuerda por el cuello lo lanzó á la eternidad.

En este momento un grito terrible se dejó escuchar

en medio del gentio que asistia á este triste espectáculo.

Despues se vió á una mujer arrojarse en medio de los archeros, gritando:

—¡Chanoux!... ¡Es él!... ¡Dios mio... le han matado por otro! ¡Deteneos!... Cortad la cuerda...

Pero Pedro estaba muerto, y la pobre mujer falta de fuerzas cayó desmayada al pié de la horca.

Cuando dejó á su marido por la mañana, habia recorrido una parte de la ciudad para hacer algunas compras, y volvia cerca de sus hijos en el instante en que arrastrada por la muchedumbre que creia asistir á la ejecucion del ex-intendente, se halló cerca del patíbulo donde reconoció á su marido.

Algunas mujeres del pueblo la socorrieron, merced á lo cual volvió bien pronto á su conocimiento para decir á voces que era á Pedro Chanoux á quien se acababa de ahorcar.

Grandes clamores se elevaron entonces entre el pueblo que gritó con rabia:—¡Sus al verdugo!—pero ya este último habia desaparecido y logrado llegar cerca del preboste para darle cuenta de lo ocurrido en el lugar del suplicio.

XXVII.

—¡La peste devore á esa perra!—exclamó Capetal con desesperacion.

Y añadió luego:

—Vamos, compadre, haz enterrar pronto á ese villano

despues de desfigurarlo de modo que no se le pueda conocer.

El ejecutor iba á obedecer esta órden, cuando grandes gritos llegaron de nuevo á sus oidos.

El preboste mandó á un criado para saber lo que pasaba, y este volvió diciendo que era el pueblo, el cual, despues de haberse apoderado del cadáver, descolgándolo del suplicio, lo llevaba hácia el Louvre pidiendo justicia.

—Esto vá malo,—dijo entonces Capetal con desaliento; —y temo que Monseñor el rey ponga las cosas en claro.

—Pues se me ocurre que en semejante trance lo mejor es ganar distancia tirando cada uno por su lado.

—¿Y dónde encontraré yo seguro asilo en este barrio, en el cual todos me conocen?

El verdugo reflexionó algunos instantes y luego dijo:

—Monseñor, tomad en el acto todo el oro y plata que tengais y haced dos partes iguales á fin de que llevemos la misma carga, y os llevaré á un lugar seguro donde estaremos los dos bajo tan alta proteccion que ningun mal nos podrá suceder.

Estas palabras no eran más que medianamente tranquilizadoras, pues Capetal no comprendia que el verdugo pudiese prestarle una proteccion segura, pero como no se podian escojer los medios, se resignó.

XXVIII.

El tesoro del preboste fué bien pronto dividido en dos partes iguales, y así equipados, estos dos miserables

llegaron sin contratiempo alguno cerca del hotél de Nesle.

—¡Maestro!—enclamó Capetal viendo que su compañero se disponia á llamar en la puerta de esta real morada.—¿Me quieres librar ligándome de piés y manos?

—No hayais temor, monseñor. No estaremos en ninguna parte con tanta seguridad como aquí, pues en breve nos hallaremos bajo la salvaguardia de la misma reina de Francia.

—¿Qué dices, desgraciado?

—Dejadme obrar.

Y llamó con fuerza, la puerta se abrió, los dos entraron y el verdugo pidió resueltamente ser conducidido á la presencia de la reina, pero se le contestó que madama Juana no queria recibir á nadie.

—Esta no es órden que reza conmigo, y cuando hayais dicho á madama que Landry, que fué en otro tiempo fiel servidor del señor Orsini, tiene que decirla cosas importantes que ella sola debe escuchar, no dudeis que me hará llamar inmediatamente.

Juana era amada por sus servidores por lo que creyeron que podrian perjudicarla sino se la daba cuenta de la llegada de este personaje, y diéronsela en efecto.

A los nombres de Orsini y Landry, que no habia podido olvidar, la reina no pudo contener un movimiento de terror y dió órden para que introdujeran á aquel hombre.

XXIX.

—Madama la reina,—dijo Landry doblando con respeto una rodilla ante Juana;—perdonad á vuestro servidor

indigno por haber osado reclamar vuestra poderosa proseccion.

—Habeis escogido muy mala protectora,—respondió la real reclusa,—pues nada puede hacer para serviros. No obstante decid de lo que se trata y os daré una prueba de mi buena voluntad.

—Señora, me llamo Landry, fuí servidor del señor Orsini, y en mí depositaba únicamente su confianza el sábio miré. Cuando este docto hombre fué herido mortalmente, escapé por fortuna de las garras de las gentes del rey y para encontrar un asilo seguro, me hice ayudante del verdugo de París.

Al escuchar estas palabras, Juana se levantó como impulsada por un oculto resorte y se apartó dos pasos de él.

—Madama la reina,—prosiguió Landry sin moverse,—¿quereis obligarme á que obedeciendo á la necesidad revele cuanto aquí ha pasado?

—¡Maldito!—exclamó la princesa con desesperacion.—¿Has venido para destrozarme el corazon con tus palabras?

—Madama, no quiero decir nada todavía al rey, quien estoy seguro que me haria gracia por mi sinceridad, pero si vos...

—¡Habla, habla!—dijo con imperio Juana, cuyos lábios palidecieron en tanto que se contraian los músculos de su rostro.

—Señora, empezaré diciendoos que de ayudante ascendí á maestro y que en la actualidad tengo el cargo y oficio de verdugo.

Juana de Borgoña volvió á retroceder algunos pasos más aterrada todavía y á punto de perder los sentidos.

La infeliz llegó á creer por un instante que su última hora habia sonado.

Landry continuó:

—Así, pues, madama la reina, por error y por órden del preboste he colgado y dado muerte á cierto villano que por sentencia debia ser puesto en libertad, disfrutando de esta el condenado á la horca. El pueblo se ha alborotado al saberlo y Monseñor el rey seguramente nos mandará ahorcar al preboste y á mí por la equivocacion, por lo que os imploramos nos deis bueno y seguro asilo en este hotél.

—¿Qué me pides, infame?

—Lo que es justo, señora.

—¡Aparta!

—¿No me lo concedereis?

—¡Jamás!

Y faltándola las fuerzas se dejó caer desfallecida en un sitial.

Landry abandonando entonces la postura respetuosa que guardaba, y levantando la cabeza como hombre que pasa del ruego á la amenaza, dijo audazmente:

—¡Está bien! Pero sobre tan injusta negativa iré á demandar justicia á Monseñor el rey, y como le quiero enterar del pasado y del presente, confesaré en voz alta todos vuestros hechos, viendo despues lo que sucederá á gente que de tal suerte me abandona.

Juana estaba en un estado terrible: un temblor convulsivo agitaba su cuerpo: un sudor frio inundaba su rostro anguloso y decrépito en la flor de la vida.

Más entretanto su razon no la abandonaba.

Agitó una campanilla de plata para que vinieran sus doncellas y ordenó que se hiciera entrar al preboste á fin de concertar un medio y aconsejarse en tan peligrosas circunstancias.

XXX.

En tanto que tenian lugar estos acontecimientos en la torre, el griterío aumentaba al otro lado del Sena bajo los balcones del Louvre, ante los cuales la muchedumbre habia llevado el cadáver del ajusticiado.

El rey, queriendo saber por qué se agitaba su buen pueblo, mandó que hiciesen entrar á algunos de aquellos que demostraban tener más influencia en los grupos de que ellos formaban parte, y supo pronto toda la verdad, pues el ex-intendente escapado de la horca habia caido en manos del populacho y para disculparse del crímen que se le imputaba lo habia confesado todo, protestando que al comprar al preboste su libertad ignoraba que otro debia ser ahorcado en su lugar.

Una de las buenas cualidades de Felipe el Largo era el amor á la Justicia.

Apenas subió al trono dió una ordenanza para que los individuos del parlamento, presidentes ú otros no interrumpieran el curso de la justicia bajo ningun pretesto, y más adelante un edicto expresando á los jueces que no debian tener respeto ni consideracion á las cartas ni misivas del mismo rey, ni escuchar ni atender otra autoridad que la del derecho.

Un príncipe capáz de contrarrestarse á sí mismo, no podia dejar impune tal crímen.

Así, pues, asomándose al balcon dió su palabra real

de que se haria buena y pronta justicia, y que no tendria reposo hasta que los culpables fuesen aprehendidos.

Esta captura era menos difícil de llevar á cabo de lo que se podia creer, pues Felipe sabiendo cuanto puede la corrupcion en semejante materia, y queriendo que en todos tiempos la verdad pudiera llegar hasta él, habia creado una especie de policía particular con la obligacion de no revelar á nadie más que al rey nada absolutamente de lo que concernia á las exacciones de la justicia y faltas de derecho, á fin de que pudiera remediarlo enseguida y castigar á los delincuentes con castigo ejemplar.

Entre las gentes destinadas á esta legion era un deber dar pruebas de celo y no cometer la menor falta en este sentido.

Uno habia visto al verdugo refugiarse en casa del preboste; otro habia seguido á larga distancia al preboste y al verdugo hasta la misma torre de Nesle, y un tercero habia penetrado en este lugar teniendo la certidumbre de que los dos culpables habian llegado á la presencia de la misma reina.

Todo esto lo supo Felipe, de quien se apoderó una furiosa cólera al oir el relato de estos hechos.

A ejemplo de Felipe el Hermoso, su padre, quiso sorprender á los culpables en fragante delito presentándose en la torre bien acompañado cuando apenas la noche habia tendido su manto.

La reina Juana escuchaba en aquel momento al preboste Capetal, el cual la demostraba que todas las cosas violentas tienen un pronto fin, y convenía por lo tanto ocultarse para dejar pasar la tormenta, esperando despues, merced á la suma que llevaba consigo, como tambien su compadre el verdugo, obtener de nuevo la gracia

real por medio de gentes espertas y entendidas en estos asuntos.

Algo más tranquila, la reina proyectaba ocultarlos en lugar seguro, cosa no difícil en aquel vasto palacio, cuando las palabras: —¡Monseñor el rey! ¡Monseñor el rey!— repetidas de puerta en puerta vinieron á difundir el terror en el alma de estos tres personajes.

—¡Perdida!—exclamó Juana retorciéndose las manos con desesperacion.—¡Estoy perdida! La hora de mi completa espiacion acaba de sonar.

—¡Señora, por Dios!—dijo el preboste que no estaba ménos aterrado que Landry.—No tembleis de esa suerte ó nos perdemos todos.

—¡Misericordia!

—¿No hay por aquí cerca un lugar seguro que nos pueda ocultar por algunos instantes?

—¡Aquí! ¡aquí!—exclamó Juana precipitadamente y abriendo la puerta de su oratorio.

Los fugitivos se ocultaron en aquel lugar sagrado al propio tiempo que entraba el rey en la cámara.

—Señora,—dijo Felipe á su angustiada esposa dejando á un lado los preámbulos;—si hemos rehusado siempre hacer de este lugar un convento á vuestro uso, no hemos querido por eso que viniera á ser mansion impúdica y albergue de matadores como lo fué ya en otro tiempo. Así, pues, ordenareis que nos entreguen en el momento á los criminales el preboste y el verdugo, á quienes habeis hecho sin vergüenza compañeros de la reina de Francia.

Juana perdió las fuerzas; sus rodillas temblaron; las palabras del rey le demostraron la imposibilidad de librar á los dos culpables de la cólera del monarca, y su terror llegaba al colmo al pensar en las revelaciones que Landry podia hacer, sino para salvarse, para vengarse al ménos

por no haber sido por ella protegido más eficazmente.

—Señor,—exclamó con débil voz y cayendo de rodillas;—no he llamado á esas gentes, ellas han venido á mí creyendo que tenia alguna influencia cerca de vuestra real persona, diciendo que en su hecho no habia más que error, y no mala voluntad. Señor, en este caso solo soy culpable de compasion y caridad, y por lo tanto no creo merecer vuestra cólera.

XXXI.

Felipe era demasiado amigo de la justicia para no comprender que, en efecto, no podia haber por parte de la reina complicidad en aquel asunto, y así trató de animarla.

—Quiero creeros, señora,—la dijo con dulzura y alzándola en sus brazos,—pero me es muy doloroso haberme visto obligado á venir á prender á tales gentes en vuestra morada, donde hubiera valido más que no los hubiéseis recibido. Decidme, pues, donde están á fin de que el escándalo no se prolongue.

Juana no pudo hablar, pero con la mirada indicó la puerta de su oratorio y cayó desmayada sobre un sillon.

XXXII.

Sin ocuparse de ella, Felipe la dejó en manos de sus mujeres y llamando á su capitan de guardias le ordenó

que prendiese á los homicidas en el lugar donde se habian refugiado, lo que se verificó á presencia suya.

Capetal estaba aterrado y se dejó prender sin pronunciar una palabra, pero Landry no se mostró de tan buena condicion.

—Señor,—gritó al pasar delante del rey;—no os extrañeis de hallarme en esta torre de Nesle, pues es lugar que me fué muy familiar en otro tiempo, viendo en ella cosas tan importantes á vuestro honor que estoy pronto á revelároslas si me haceis gracia de la vida, como lo debeis hacer por no haber tenido en lo sucedido hoy más parte que la obediencia que ordenado teneis se tenga al señor preboste.

Grande fué la sorpresa de Felipe al escuchar estas palabras.

Su mirada, más terrible que nunca, se volvió hácia Juana que felizmente para ella seguia desmayada.

Despues ordenó que los dos prisioneros fuesen encerrados en la torre del Louvre que servia de prision á las gentes arrestadas en aquella real morada, y de cuyos hechos se reservaba el rey el reconocimiento.

XXXIII.

Al siguiente dia muy temprano les hizo comparecer á su presencia.

¿Qué revelaciones hizo el antiguo servidor de Orsini?

Nadie lo supo, pero es de presumir que las tales revelaciones fuesen un cargo terrible para Juana, pues desde entonces fué guardada estrechamente en la torre de Nes-

le, sin que la fuese posible salir ni mudarse á otros aposentos del edificio, y sin que el rey su esposo la volviese á ver jamás.

XXXIV.

Sus confesiones de nada sirvieron á Landry y Capetal, pues su crímen habia difundido la conmocion en el pueblo.

Los dos fueron ahorcados tres dias despues de su arresto.

Como se les amordazó antes de conducirlos al suplicio, los parisienses pensaron que la autoridad real tenia algun interés en impedirles hablar al pueblo, pero habiendo el rey hecho anunciar que los bienes del preboste eran por él entregados por via de indemnizacion á la familia del desgraciado Chanoux, esto acabó de calmar la irritacion popular y bien pronto nadie se volvió á acordar de este hecho.

XXXV.

Poco tiempo despues Felipe V murió dejando la corona á su hermano Cárlos IV llamado el Hermoso, pero este cambio de reinado no mejoró la suerte de Juana.

La desgraciada princesa continuó por órden del nuevo

rey estrechamente vigilada, y sus terrores, sus remordimientos no acabaron hasta su muerte, acaecida en 1329.

En un artículo de su testamento hecho cuatro años antes, ordenó que el hotél de Nesle fuese vendido y que se consagrára el precio á la fundacion de un Colegio que debia ser llamado de Borgoña.

Es preciso creer que esto fué un acto de espiacion, y que la gran culpable, para disminuir un tanto la intensidad de sus remordimientos, habia debido consagrar á las escuelas aquel lugar donde desgraciados estudiantes habian sido sacrificados á sus placeres.

XXXVI.

El hotél de Nesle fué vendido en 1330 á Felipe de Valois mediante la suma de diez mil libras de buena y fuerte moneda.

Tal fué el último acto de este largo drama en el que Margarita de Borgoña y Buridan fueron los protagonistas.

FIN DE LA TORRE DE LOS CRÍMENES.

INDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO TERCERO.

VENGANZAS REALES.

LIBRO CUARTO.

EN LA MANSION DEL CRÍMEN.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

